

The background of the entire page is a dark, swirling purple smoke or mist. The smoke is most concentrated in the center and bottom, creating a sense of movement and depth. The color transitions from a deep, dark purple at the edges to a lighter, more vibrant purple in the center where the smoke is thicker.

# PURGATORIO

TODOS MIS DEMONIOS  
2

VERÓNICA A. FLEITAS SOLICH

## 1. En las nubes.

Nunca en la vida se me ocurrió imaginar que una cama podía ser así de confortable. Todavía con los ojos cerrados, pero consiente de que no soñaba —aquello era muy real, lo percibía con suma intensidad en cada milímetro cuadrado de mi piel, lo cual le daba crédito a la veracidad que mi cerebro le adjudicaba a los pensamientos que tenía al respecto —acomodé la espalda sobre el colchón moviéndome por debajo de las sábanas, y calcé mi cuello entre las livianas plumas de la almohada. Inspiré hondo y su perfume se metió en mis pulmones llegándome hasta el corazón. Estaba en las nubes.

—¿Estás despierta? —susurró. Su aliento aterciopelado me hizo cosquillas en la mejilla y la piel de todo el cuerpo se me erizó de una forma sumamente agradable. Despegué los párpados y ahí estaba él, contemplándome con una sonrisa en los labios; tan perfecto como siempre, con la cara fresca y los ojos ya limpios de cualquier preocupación.

A pesar de que las celosías estaban cerradas, la luz de la mañana se colaba por las rendijas. Las claras paredes le otorgaban a la habitación un aire etéreo, irreal, era como encontrarme dentro de una burbuja de vidrio, dentro del cual flotaba aire esmerilado. Todo, desde la cabecera de la cama, las sábanas y los muebles, irradiaba un reflejo perlado y sedoso, incluso su piel parecía hecha de algo más que simples células.

—Buen día —me deseó cuando le sonreí luego de refregarme los ojos para aclarar mi visión; él se vio todavía mejor si es que eso es posible, lo que me hizo pensar en lo mal que debía verme yo; sentía los ojos hinchados, la boca seca, supongo que tenía un aspecto horrible (empezando por mi cabello el cual todos las mañanas, indefectiblemente, daba la apariencia de haber pasado por un tornado). Como no apartó la mirada, ni salió corriendo, me resigné a creer que evidentemente estaba lo suficiente enamorado de mí para que no le importase en la más mínimo lo imperfecto de mi ser.

—Buenos días —le contesté haciéndome un bollo a su lado para hundir la cabeza entre su pecho, su cuello y su mandíbula, así percibir de primera fila el calor de su cuerpo. Vicente me abrazó y me estampó un beso en la frente.

—¿Dormiste bien?

—Mejor que nunca —. Mejor que nunca, porque me hallaba a su lado, estaba en su casa, en su cuarto y me amaba y yo lo amaba. Todo era perfecto—. ¿Qué tal tu noche, te quedaste todo el tiempo aquí?

Me acarició el pelo y asintió con la cabeza.

—¿Dónde más podría ir si tú estabas aquí?

Le agradecí eso con una sonrisa todavía más grande.

—Pasar la noche contigo fue un buen motivo para estrenar la cama —me susurró.

La cama y todo era a estrenar, por lo que con su perfume se mezclaba ese típico olor a nuevo que desprenden las cosas al ser sacadas del embalaje en el que vienen protegidas.

Sus brillantes ojos terminaron por despabilarme. Con la piel ardiendo gracias a lo incendiario de su mirada, me desarmé de las sábanas y con mi pierna ya sin yeso y sin bota, me enredé en las suyas igual que una serpiente que trepa por la rama de un árbol con la intención de llegar a lo más alto.

Vicente se ríe por lo bajo, apenas separando los labios y puso una mano sobre las costillas que todavía me dolían si hacía cualquier esfuerzo por mínimo que fuera, es más, en este momento, el dolor estaba allí, oculto bajo la superficie, suprimido por la adrenalina que fluía por mis venas. Acariciándome las costillas con uno solo de sus dedos —el calor de éste atravesaba la tela de la remera y me llegaba hasta las entrañas —me estampó otro beso, esta vez en la coronilla. Hubiese preferido algo más apasionado—, y desembarazándose de mí con suma delicadeza, me dejó sola en la cama nueva, entre las sabanas que todavía demasiado almidonadas.

—Voy a preparar el desayuno —soltó mi mirada—. ¿Se te antoja algo en particular?

Alcé una ceja en respuesta. ¿Todavía no había entendido lo que yo quería? Evidentemente se hacía el tonto. Desde que nuestra relación cobró todo el cariz de normalidad que podría tomar una relación semejante a la nuestra, veníamos arrastrando “ese” momento que nunca llegaba, y dilatando el tiempo de sentarnos y tener una conversación que yo, menos que él (intuía), quería tener que presenciar y mucho menos, ser protagonista. Lucas había insinuado que la fuerza de Vicente podía ser un problema, a mí eso me parecía algo remotamente insignificante. Y si el problema era otro... Bien, no me animaba a aventurar cuál podía ser, la excusa de mis huesos en recuperación ya no era válida para que continuase rehuendo de mí de un modo tan alevoso.

Resoplando me senté con la espalda apoyada sobre el cabezal de capitoné, el cual también olía a nuevo, a madera y a gamuza. Me quedé allí, con la vista en las hileras de rayas brillantes que eran las celosías, hasta que involuntariamente mi mano ascendió hasta el hueco entre las dos clavículas

cuando el puro brillante que me colgaba del cuello patinó por mi piel para quedar colgando de mi cuello. Lo toqué para convencerme de que estaba allí, de que era real.

Me propuse dejar de pensar en ello al menos por unos minutos, tenía la certeza de que si continuaba dándole vueltas a ese asunto iba a terminar de mal humor, o quizá algo peor: amargada. Procuré relajarme y disfrutar del momento.

La panza me crujió de hambre.

Aprovechando que la momentánea soledad, me tomé un momento para recomponerme e intentar ponerme al alcance del nivel de Vicente; bajé de la cama y fui directo al baño. Para la ocasión —mi primera noche en su casa— Vicente había tomado la precaución y la molestia, de poner en condiciones aquel sector de la casa. Había armado la cama con sábanas, y se molestó en traspasar sus cosas, desde el piso de abajo, donde estaba su santuario personal —alias celda monacal en la que supongo él creía cumplir castigo— hasta este baño, para acomodarlas junto a las que había comprado para mí, entre ellas un cepillo de dientes, un peine, un arsenal de cremas para el rostro y cuerpo y una bata de esponjoso algodón blanco.

Me dio antojo de pegarme una buena ducha... fría, de preferencia. Abrí la canilla de la ducha, es decir, de la cosa indescriptible que empotrada dentro de la cabina de cristal, constaba de una docena de boquillas plateadas; inmediatamente comenzó a brotar agua con el caudal de la manguera de bombero. Me despojé de la ropa que llevaba puesta, abrí la puerta de vidrio, y tomando aire, por las dudas —salía tanta agua del techo y las paredes que temí no poder respirar —me metí dentro de los chorros espumosos.

Por un buen rato, permití que el agua tibia corriese desde mi cabeza hasta mis pies libremente. Mi intención era que el agua terminase por arrastrar los últimos rastros de mis preocupaciones, el agua se fue por el desagüe tan clara y limpia cuanto salía de los picos semi ocultos entre la piedra de las paredes y techo de la cabina de ducha, dejándome a mí en las mismas condiciones que antes de poner un pie dentro del cubículo, ahora parcialmente lleno de vapor.

La mía era una batalla perdida... es decir, la suya era una batalla perdida, yo tenía muy en claro que quería y necesitaba estar a su lado por todo el tiempo que durase mi vida y si era posible más allá también, y eso no significaba pérdida alguna para mí, todo lo contrario, lo ganaba todo al estar junto a él; si esto era un intento suyo por mantenerme apartada de su vida, o por intentar no llegar a un nivel de compromiso mucho mayor, todas sus artimañas era en vano. Si cargaba con algún tipo de problema moral o culpa por el hecho de

que fuésemos a tener relaciones, tenía que aclararle que para mí, la circunstancia no conllevaba absolutamente ningún dilema moral de ningún tipo. Yo entendía que sucediese lo que sucediese, no podría amar nunca a nadie más, tanto como lo amo a él y que si me dejaba, o por algún motivo nos separáramos ya no habría razón para amar a nadie más porque mi vida estaría muerta, terminada.

Sin dudas yo estaba casada, atada, y todos los otros sinónimos de este adjetivo, que se le pudiese pegar a mi sentimiento, a él, hasta que la muerte nos separe. Sí, para mí no tenía nada de malo desear tenerlo a mi lado por siempre.

Me agarré de las modernas canillas y apreté los parpados con fuerza, otra vez me encontraba igual que como cuando se zafó de mí en la cama. Para olvidarme de las corrientes pasionarias que me iban a hacer explotar si al menos no intentaba relajarme un poco, tomé el champú y comencé a lavarme la cabeza. Cuando iba por el segundo enjuague ya parte de mi cerebro se concentraba en intentar encontrar un modo de desenredarme los nudos del cabello y, cuando cerré la canilla, el fuego estaba casi extinto.

Manoteé la bata, la mía estaba junto a la suya, y por suerte, las dos tenían olor a nuevo, sino sin duda, si hubiese percibido su perfume habría tenido que meterme otra vez la ducha para lavarme la cabeza por segunda vez. Me enfundé en el aterciopelado paño blanco y pasé una mano por el espejo para contemplar mi rostro. Cuando me vi me costó creer que aquel era mi rostro, parecía una máscara de cera cincelada a base de golpes de preocupación y un poco de dolor también. Me enojó no entender cómo es que no podía ser capaz de ser feliz, de disfrutar el momento, sin pensar en nada más, cómo podía tener el descaro de ser tan obtusa.

—Vamos, se realista, puede que esto se termine en un mes, en una semana, o en cualquier momento... con tu suerte y tus antecedentes. Esto es lo único que tienes, disfrútalo.

Mientras me mordía las unas —metafóricamente hablando —hice uso de las cremas; escurrí el largo de mi pelo y me vestí. En el momento exacto en que iba a abrir la puerta, llamaron a ésta con unos toques. La abrí y al otro lado Vicente sonreía ajeno a la maraña de pensamientos inconexos en la que se transformara mi cerebro durante los pocos minutos que duró su ausencia. A mi nariz, aparte de su perfume, llegó el rico aroma a café y el apetitoso efluvio del pan tostado. Por su costado derecho, logré atisbar la enorme bandeja plagada de comida sobre la cama.

—Por esta vez el servicio al cuarto es gratis —bromeó.

—Gracias, veré de qué modo te pago la próxima vez—. Me estiré y le planté un beso sobre los labios.

En silencio desayuné probando un poco de todo, tenía hambre y pocas ganas de hablar pese a que sentía la imperiosa necesidad de discutir ciertas cosas.

Vicente no tocó más que su taza de café con leche, lo que dejó a mi disposición una tentadora y maligna cantidad de comida.

Ahora con las celosías abiertas de par en par, el sol de media mañana entraba a raudales, tornando más crudos y filosos todos los bordes. Se me antojó que era susceptible de lastimarme con todo allí, menos con él, es más, tengo la certeza de que él estaba a mi lado o yo al suyo, por esa misma razón, para evitar que saliese lastimada.

Vicente dejó su taza vacía sobre la bandeja.

—Estás muy callada esta mañana —me dijo mirándome por el rabillo del ojo—. ¿Estás bien?

—Sí—. Para qué especificar.

Me observó fijo.

—¿Seguro? —hizo una pausa y ante mi silencio agregó—. ¿Hubieses preferido dormir en tu departamento?

—¿Eh? No, por qué me preguntas eso.

—Estás incomoda aquí.

—No —le sonreí sin demasiada convicción si bien no fue esa mi intención—. Para nada.

—¿Tuviste pesadillas otra vez?

Si las había tenido pero no tenía caso decírselo, habían sido al principio de la noche y logré ocultar el espanto con el que me desperté a comienzos de la madrugada sin que él se diese cuenta.

—No, dormí muy bien—. Era la verdad a medias, pero despertar a su lado compensaba lo de las pesadillas en las que reviví el momento en que Horacio se ocupaba de hacerle una nueva articulación a mi pierna izquierda.

Frunció el ceño y me miró con desconfianza.

—No es nada.

—¿Te duele algo? El médico tenía razón, no tienes que hacer ningún esfuerzo.

—¡Pero si no hice ningún esfuerzo! —la exclamación brotó de mi boca más fuerte de lo deseado—. Bajé la vista y la planté en el pan de manteca que comenzaba a ablandarse gracias al calor—. Mi mayor esfuerzo ha sido levantarme de la cama para darme una ducha—. Alcé la vista y ahora fue su

turno de apartar los ojos hacia un punto impreciso de la pared, hacia un punto impreciso al menos para mí, según me constaba sus ojos veían mucho mejor que los de cualquier humano regular, es por eso que en uno de nuestro tantos momentos a solas, descubrió una vieja cicatriz imperceptible al ojo humano, que yo tenía en el hombro izquierdo, la cual me la había ganado al caerme de un juego en la plaza cuando no tenía más de cuatro o cinco años.

La expresión en el rostro de Vicente se convirtió en roca sólida. Sin preguntarme si había terminado de desayunar o no, apartó la bandeja y se plantó frente a mí; me agarró la mano que yo no tuve tiempo de apartar, capturándome. No pude escapar, su fuerza era infinitamente mayor a la mía y sus ojos me mantenían prendida a su rostro por más que yo no lo quisiera.

—Tomemos las cosas con calma, ¿sí? Estos últimos dos meses han sido un tanto tormentosos.

—Me tomo las cosas con calma... —me mordí el labio inferior—, estoy calmada —jadeé nerviosa.

Vicente desprendió su mano derecha de la mía; pese a que me mantenía asida con una sola mano, no pude soltarme, y la posó sobre mi pecho, justo encima de mi corazón. Cuando apoyó su mano en mí, perdí el control, los latidos de mi corazón se fueron al demonio, pude sentirlos rebotar contra su palma igual que si fuesen golpes que da una enorme fiera enjaulada, contra las paredes de su prisión.

Me sonrió con sorna.

—¿A esto le llamas estar calmada?

Tironeé de mi mano pero no me soltó.

—Es tu culpa.

Apartó su mano de mi pecho y capturó mi otra mano suelta.

—Eliza...

—¿Cuál es el problema? —jadeé sin aliento.

—Hay más de uno; la verdad es que no tengo ganas de discutirlos ahora mismo. Pensé que podíamos compartir un agradable momento, juntos...

No lo dejé terminar.

—Ninguno de esos supuestos problemas tiene peso en esta discusión.

Vicente me sonrió y tironeó de mí todavía más, yo en vano, había estado intentando alejarme de su cuerpo. ¿Acaso no era consciente de lo que provocaba en mí?

—¿No quieres hacerlo conmigo? ¿Es eso? —rogué que se enojara a causa de mi suposición, necesitaba que me demostrara una vez más que no estaba tan

mal que yo pretendiese creer que podía merecerlo y lo hizo.

—Cómo se te ocurre —jadeó dentro de mi boca las palabras que me dejaron sin aliento.

Sus manos liberaron mis muñecas. Creyendo que era una señal prácticamente me abalancé sobre su boca. Me devolvió el beso con creces pero no me dejó ir más lejos.

—Hey... —apartó mi rostro del suyo—, vayamos con calma.

Apreté los labios, para evitar soltar un grito de frustración y de energía contenida y me senté de piernas cruzadas sobre el colchón.

—No te estoy rechazando —me dijo en voz baja—. Esto no es un desprecio; no es que no quiera, créeme que realmente lo deseo... —sus ojos brillaron con más intensidad. Apretó los labios y luego continuó—. Mucho más de lo que te puedas imaginar pero me parece que no nos vendría mal...

—Tomarnos las cosas con calma —solté de mal modo remedando sus palabras.

—Hace ciento cincuenta años hubiese sido muy mal visto que tú y yo compartiésemos esta cama —canturreó sonriente.

—Hace ciento cincuenta años a mí me habrían considerado toda una solterona.

—¿Me estás diciendo que quieres casarte conmigo?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—¡¿Qué?! —estaba proponiéndomelo, me lo preguntaba o simplemente quería confundirme todavía más.

—¿Qué? —lanzó en respuesta o en pregunta a mi exclamación.

—¿Es eso lo que hace falta?

—Me parece que esa es una discusión aparte-. Sus ojos dejaron de brillar.

—¿Cuál?

—La de nuestro futuro.

Por lo menos me dio la impresión de que consideraba el futuro en relación a ambos y no con caminos por separados, lo cual me dio cierta esperanza.

—Está bien, paremos un poco —le pedí con los brazos en alto en señal de rendición—, ya me perdí, necesito al menos una hora más para encontrarme en condiciones de discutir esto—. La mención al matrimonio me hizo retroceder abruptamente sobre mis intenciones. ¿Era esa su intención: asustarme?

—No tenemos nada que discutir, al menos por ahora.

—No en tanto y en cuanto yo no insista.

—Mejor cambiemos de tema. ¿Qué te gustaría hacer hoy?

A mí con estar a su lado me bastaba, el contexto me traía sin cuidado.



—Te molestaría mucho salir un rato.

Quizá el cambio de aire me viniese bien. A modo de respuesta me hincó de hombros.

—¿Vas a seguir enojada todo el día?

—No estoy enojada.

—Te amo —me dijeron sus ojos y sus palabras—. Hago lo que hago en pos de conseguir lo mejor para los dos.

Torcí la boca. Por qué tenía que ser su decisión la sentencia final, ¿qué pasaba con mi opinión, acaso ni importaba en lo más mínimo?

—Sabes que jamás te lastimaría —me dijo en un susurro sedoso y volátil.

—Por eso mismo, yo también lo creo.

—Quiero asegurarme también de no lastimarte sin querer.

—Confió en que no lo harás.

—Yo no tengo tanta confianza —retrucó.

—Que la mía baste para los dos.

—¡Que terca!

Lo miré con odio pero él se burló de mí.

—Lo discutimos luego. Voy a darme una ducha así salimos, me parece que lo mejor es que dejemos esta habitación cuanto antes.

Vicente se levantó de la cama y quitó la bandeja de encima del colchón para depositarla sobre la butaca arrinconada contra los pies de la cama.

—No me arrepiento de haber pasado la noche aquí, ni de estar contigo, ni de esperar, si es que la espera lo vale —entoné antes de que se alejase demasiado.

Vicente se dio vuelta y me miró torcido, tenía una mirada inquisitiva que jamás hubiese podido imitar por lo expresiva y contundente.

—Me refiero a que... —suspiré, con él siempre me costaba encontrar las palabras para expresarme y por lo general cuando lograba articular una frase ésta siempre solía sonar incoherente, fuera de lugar o susceptible a doble interpretación—, lo que quiero decir es que necesito saber que estoy esperando por algo, y no en vano.

Vicente alzó las cejas.

—Creo que lo que quiero decir es que necesito saber que no vas a decidir, de un día para el otro, largarte y abandonarme.

—Tienes razón, es demasiado temprano para discutir esto—. En un tranco se plantó frente a los pies de la cama y luego se arrodilló sobre ésta para quedar a unos cuantos centímetros de mí—. Por qué no nos hacemos un favor,

olvidémonos de todo esto, ¿sí? Simplemente fue increíble tenerte aquí conmigo. Trajiste de regreso a mi mundo la humanidad que creía perdida. Llevo demasiado tiempo solo y la verdad es que nunca, ni siquiera cuando todavía era humano, me consideraba a mí mismo formando parte de la vida de alguien más, y mucho menos necesitando ser parte de la vida de ese otro alguien de una manera tan imperiosa.

Casi se me sale el corazón por la boca de emoción al oír que me necesitaba.

—No me molesta necesitarte ni amarte más de lo que he amado nunca a nadie, siquiera a mí mismo, y que conste que la mayor parte de mí vida la viví centrado en lo que yo quería y necesitaba de un modo bastante egoísta, pero necesito tener un poco de tiempo para analizar con claridad esto.

—No hay nada que analizar.

—No me hace falta asimilar que te quiero conmigo pero hay unos cuantos detalles que hacen que esto sea diferente a cualquier otra relación y durante todo este tiempo pasaron tantas cosas que no tuvimos tiempo de detenernos a pensar en nada.

—¿Estás dudando otra vez? —le pregunté con miedo.

—No, no es que dude... No voy a irme a ninguna parte, te lo juro. No tengo intenciones de separarme de ti.

Nos quedamos en silencio.

—No estás esperando en vano —me aseguró.

Nos miramos.

Vicente alzó una mano y me acarició la mejilla, suavemente su mano se deslizó por mi cuello hasta detenerse en su base dejando marcado un rastro ardiente a su paso.

—Te amo. Finalmente, luego de tanto tiempo, he encontrado aquello que creía perdido—. Apretó los dientes, noté que los músculos de su mandíbula se tensaban—. Eres mi alma ahora y no creo poder volver a vivir sin mi alma otra vez.

Alzándome sobre las rodillas lo abracé con fuerza y él me devolvió el abrazo, ya no había ninguna tensión entre nosotros y la pasión no molestaba, no nos unía más que un cariño intenso, un amor que no necesitaba nada más que esto: la cercanía entre ambos. Eso era lo único que yo necesitaba, por todo lo demás podía esperar, incluso eternamente, siempre y cuando supiese que su amor era para mí, así como el mío le pertenecía desde el primer día que lo vi. Así, entre sus brazos, me sentí terriblemente tonta por haber gastando semejante cantidad de energía en cosas que no valían la pena, otra vez me

reprendí por desperdiciar con discusiones los minutos que por gracia esplendorosa, se me brindaban a su lado a modo de regalo de inestimable valor.

...

Menos de media hora más tarde estábamos los dos frente a la puerta cerrada de la cocina, listos para salir.

—¿A dónde vamos?

—Tengo que hacer unas compras —contestó guardándose las llaves de la casa en el bolsillo trasero del pantalón—. ¿Te importa que vayamos en tu camioneta?

—No, por supuesto que no—. De inmediato me puse a rebuscar la llave dentro de la cartera. Mi camioneta, es de decir, la que había sido suya hasta un mes atrás, estaba estacionada en el frente de la casa.

—Puedo conducir yo —me preguntó en el exacto momento en el que por fin, encontré la llave.

—Sí, claro—. Le lancé las llaves y él las atajó en pleno vuelo pese a que mi puntería fue tan mala que casi la mando entre la mata de hojas de un verde tan intenso como el naranja de las flores que crecían entre éstas.

Vicente abrió para mí la puerta del acompañante y me ayudó a subir. Rodeó a camioneta y se acomodó a mi lado. Ahora fui yo la que lo notó muy silencioso, desde que saliera de la ducha apenas si habíamos cruzado unas cuantas palabras, todas ellas impersonales y formales. Lo miré y como si supiese que lo miraba, dio vuelta la cara y me sonrió para después alzar y presionar el control remoto que abría el portón de entrada. Puso en marcha la camioneta y partimos. Como siempre, no esperó a que el portón de entrada terminara de cerrarse, no es que hiciese falta realmente, en la vereda de enfrente había una garita con un guardia de seguridad y su casa tenía alarma y me figuro que además contaba con otro tipo de seguridad que distaba mucho de los métodos usados por los simples humanos. Dudo que ningún ladrón se atreviera, por las loco que pudiese estar, a meterse en aquella casa, la que incluso a mí, que ya estaba acostumbrada a ella, en ocasiones todavía me ponía los pelos de punta, sobre todo cuando por error pasaba por alguno de esos corredores que daban a infinidad de ambientes vacíos, o peor aún, cuando sin querer me metía en aquella sala que se hundía en las profundidades de la casa, aquella misma en la que había visto a los demonios que casi acaban con mi vida.

Vicente había tenido algo de razón en eso de que hubiese preferido dormir en mi casa —con él por supuesto—, allí no terminaba de sentirme cómoda, no lograba relajarme por completo, y si él no estuviese junto a mí a cada segundo tal como estábamos siempre, no hubiese podido permanecer tantas horas allí. Por supuesto, no tenía pensado decirle que en lo que él, desde que me conoció, consideraba su hogar, yo tenía la impresión de ser asediada por cientos de ojos y fuerzas indescriptibles que no dejaban pasar por alto ninguno de mis movimientos, no al menos después de lo que dijo en la mañana.

Para Vicente era importante mi presencia allí, que pudiese penetrar en su mundo, y si él podía adaptarse al mío, yo tendría que hacer un esfuerzo por armarme de coraje y enfrentar el suyo, después de todo, una cosa venía con la otra y no podía vivir sin esa cosa, de modo que tendría que soportar la otra.

No pude evitar preguntarme si la casa simplemente no me gustaba porque había visto a aquellos demonios allí, o si esa sensación se trasladaría conmigo y con él si decidía mudarse de casa, cosa que se había planteado unos días atrás, pero no por mi incomodidad, sino por sus vecinos. Por desgracia, mi relación con Vicente me jugaba en contra a ese respecto, desde que empecé a visitar su casa cada vez más a menudo, comencé a entablar cierta relación con sus vecinos; no eran más que saludos de cortesía, pero esos saludos habían llevado a que él mismo comenzara a relacionarse con ellos, supongo que ya no pensaban ni que era un traficante ni nada malo. Siempre nos veían haciendo cosas normales, como volver del supermercado o salir a pasear, o incluso pasarnos unas cuantas horas a sol en su jardín, escuchando música o leyendo, o simplemente abrazados. En fin, ésta sería otra cosa con la que tendría que aprender a convivir si no quería arruinar mi relación con él.

—¿Qué es lo que vas a comprar?—curioseé después de un rato, cuando perdí el rastro de nuestro camino y de mis pensamientos. No tenía ni idea de nuestra ubicación en el mapa.

El semáforo en rojo nos detuvo.

—Necesito cambiar mi auto.

—¿El Mercedes?

—Sí, no puedo seguir conduciendo eso por la calle, llama demasiado la atención.

Sí, era cierto, los golpes de puño que tenía resultaban demasiado llamativos, sospechosos y extraños, sin embargo me parecía que esa no era una razón para deshacerse del automóvil, supuse que los bollos podía arreglarse, y además

tenía otros dos vehículos además de la motocicleta (la cual nunca le había visto usar), y el Mini Cooper s de Lucas —el cual dicho sea de paso llevaba dos días fuera de la cochera ya que mi amigo se encontraba fuera trabajando—. Recordar eso último me dio un escalofrío. ¡Que las vacaciones de Vicente durasen mucho tiempo! No quería tener que lidiar con eso también, es más, se me antojaba demasiado para mí, al menos por esta mañana.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Alguien se lo va a llevar —soltó por lo bajo sin mirarme.

El semáforo se puso en verde.

Entendí que “alguien” debía ser uno de los suyos, sino hubiese sido más específico. Cuando me hablaba en clave era porque no deseaba hacer referencia a cosas de su mundo.

—¿Realmente necesitas otro auto? Si quieres puedo devolverte la camioneta, de todos modos yo no la uso tanto. No era tan así, me llevaba y me traía todos los días del trabajo y comenzaba a depender de ella más de lo que me hubiese gustado.

—La camioneta es tuya —articuló a modo de respuesta a todo lo que le dije.

—Te la puedo prestar —repliqué sonriente.

—No, gracias —sonrió a medias sin desviar la vista del tráfico—. Necesito un auto nuevo, además ya tenía ganas de cambiarlo.

Sí, recordaba que Lucas había mencionado eso el día en que Vicente y él me regalaron la camioneta.

—Además será divertido. Te prometo que no voy a tardar mucho, ya sé que automóvil quiero así es que iré, lo probaré y en cuanto menos te des cuenta...

—inspiró hondo luego soltó el aire por la boca —...pensé que quizá pudiésemos ir a almorzar a algún lindo lugar junto al río o algo así, ¿qué te parece?

—Me gusta la idea—. Sí que sonaba agradable, sin embargo, algo, no sé qué exactamente, me molestaba al punto de amenazar con perpetuar en mí, la preocupación nacida en la mañana.

—De vuelta podemos pasar por la pastelería que te gusta para comprar algo para llevar a casa de tus padres.

Arrugué la nariz, había olvidado que mi mamá nos esperaba a tomar el té.

—Le prometí que iríamos —me recordó en cuanto notó mi mueca de desagrado.

Mi madre no perdía oportunidad de invitarlo a la casa, por la razón que fuese, en el momento que fuera, e incluso sin ninguna razón en particular.

—Lo había olvidado. Pensé que pasaríamos el día, juntos.

—Vamos a pasar el día juntos —me corrigió —serán unas pocas horas, además debo mantener las apariencias frente a tus padres.

—Otros novios no se preocupan por mantener tanto las apariencias cuando realmente no tienen ganas de ver a sus suegros.

Vicente me lanzó una mirada de las suyas.

—No quise decir eso —me retracté al instante, a sabiendas de lo mal que debían haber sonado mis palabras dentro de su cabeza.

—No me molesta en lo absoluto, tener que visitar a tus padres- remusgó entre dientes sin mirarme. Noté que apretaba con fuerza tal el votante que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Ya lo sé, lo que quería decir es que... —no me dejó terminar.

—Nada más intento no causarte problemas —murmuró soltando la palanca de cambios con un gesto de enojo—. No quisieras tener que dar explicaciones que no puedes dar.

—Vicente...

—Dejémoslo tal como está.

—No, porque...

—Me imagino lo difícil que debe resultar para ti esto, en ocasiones creo mi consciencia te pesa más que a mí.

—¡Eso no es cierto! —salté. El cinturón de seguridad me dio un tirón contra el pecho.

—Sí, lo es, y está bien, no te culpo.

—Vicente, las cosas no son así. No quise decir eso, simplemente quería hacerte entender que no tienes que estar todo el tiempo intentando hacer buena letra con mis padres, no estás en deuda ni con ellos, ni conmigo, ni tienes que demostrarle nada a nadie, yo sé que eres bueno y creo que no hacer falta que pases todo el rato desviviéndote por demostrarlo. Tendrías que relajarte ya, ellos no sospechan de ti ni de nuestra relación pero si continuas esforzándote tanto, acabaran creyendo que realmente hay algo malo en ti.

—Hay algo malo en mí.

—¿Estás de ánimo autoflagelatorio?

—No te burles.

—Vamos, Vicente, no puede ser que discutamos por esto otra vez.

—Es algo que por lo visto no podemos evitar —dijo entre dientes.

—Sí, sí podemos. Al menos yo creo poder—. Lo único quería hacerte entender es que quería tenerte para mí todo el día, yo estoy de ánimo egoísta

hoy, y realmente no se me antojaba compartirte con nadie.

Vicente volvió sus ojos lentamente hacia mí.

—Te amo y no me arrepiento —le aseguré.

Me sonrió sin despegar los labios y volvió la vista al frente después de decirme que él también me amaba.

—Te prometo que voy a compensarte lo de hoy. ¿Qué tal si mañana te paso a buscar por el trabajo y vamos a cenar a algún lado?

—Preferiría que me pasases a buscar y me llevaras a tu casa.

Me lanzó una mirada de desconfianza.

—Te prometo que voy a portarme bien, es sin segundas intenciones, lo juro.

Vicente extendió su brazo derecho y me tomó de la mano.

—¿Te quedarás a dormir otra vez?

Asentí con la cabeza. No estaba tan segura de querer pasar la noche en su casa otra vez, pero me figuraba que mientras más tiempo pasara allí, más rápido me acostumbraría a aquel lugar. No quería hacer que sintiera que todavía conservaba algún tipo de recelo sobre su vida y su mundo, sobretodo, no después de lo de recién.

—Gracias —me susurró apretándome la mano suavemente.

—¿Gracias por qué?

—Por todo. Constantemente tengo la impresión de que pese a todos los esfuerzos que hago por compensarte lo que pasaste y lo que soportas por mi culpa, estoy siempre en deuda contigo. Realmente no te merezco, ni merezco lo que vivo contigo, y aunque no quieras admitirlo sé que sabes que es así. Que me ames es injusto para el resto del universo y siento que estoy abusándome ti, que estoy apropiándome de algo que no me corresponde, y lo peor de todo es que no quiero y no estoy dispuesto a renunciar a ti, a dejarte pese a que sé que lo que hago está tan mal que terminará enviándome a lo más profundo del infierno.

—Lo que hacemos no está mal —fue lo único que me vino a la mente decirle para retrucar sus palabras. Me dio un escalofrío conocer su modo de pensar. Yo sabía que se sentía culpable por todo lo que me había pasado, e incluso era consciente de que él no había querido estar conmigo porque opinaba que lo nuestro no era correcto, jamás lo había admitido, delante de mí, de un modo tan abierto, que creía que lo nuestro realmente estaba mal, y que el hecho de permitirse estar a mi lado terminaría por condenarlo. El que me amara y que ese amor provocase en él que brotaran todos esos juicios sobre su persona me torturaba al punto de hacerme pensar si realmente no hubiese sido mejor para

él, que yo jamás insistiese en seguir con esta relación. ¿Mi amor realmente lo estaba condenando a lo peor? ¿Quién era más egoísta por querer seguir con esto: él o yo? ¿Quién de los dos estaba pagando el precio más caro?, sabía que en el peor de los casos, yo terminaría sola, pero ¿y él?, qué era lo peor que le podía pasar, y yo, ¿hasta qué punto estaba dispuesta a arrastrarlo a su perdición por el simple hecho de tenerlo a mi lado?

El mundo se me vino abajo en un parpadeo. Se me cerró la garganta y me dio un latigazo helado en el estomago. Me caí de las nubes y me estrellé contra el pavimento caliente, reseco y duro, dándome un golpe impresionante.

Vicente estacionó y apagó el motor sin que me percatase de ello.

—Llegamos —anunció arrancándome de mi agobiante pesadilla diurna.

Giré la cabeza, a mi derecha, estacionado sobre la vereda, un lujoso Mercedes-Benz brillaba cual gema preciosa a la luz de sol. A todas luces se notaba que era un último modelo y que valía una horrorosa e insultante cantidad de dinero. Según mis estándares de gastos, me figuraba que para Vicente no significaba demasiado, ni como vehículo, ni como dinero y mucho menos como demostración de poder, en los dos meses que llevaba de conocerlo había llegado a comprender que el ostentoso entorno que lo rodeaba no era más que una cáscara que él hubiese podido descartar con gusto en cualquier momento, los bienes materiales que poseía eran parte de una fachada que le recordaban lo que era, pero sus necesidades no superaban jamás lo básico, es más, ni siquiera incluían comida o bebida; hacía mucho tiempo que había dejado atrás aquellas cosas que formaban su carácter y su forma de ser en aquellos pocos años que viviera como humano.

El tiempo había pasado sobre su persona, modificando muchas cosas en su personalidad, según me había contado en casi las mismas pocas palabras con las que yo lo expreso ahora, sus ojos se habían abierto y veía el mundo de un modo en el que jamás hubiese sospechado pudiese hacerlo. Vicente era un alma vieja —por expresarlo de alguna manera —lo que sabía y lo que sentía sin duda no se comparaba con mi experiencia de vida y por eso yo tenía la constatación de que no tenía derecho a discutirle nada, que no podía poner en tela de juicio sus opiniones y decisiones, aún así era consciente de que en más de un caso él erraba, sin duda Vicente no podía ver más allá de lo que su vida tenía como fin, y todo delimitado por ese detalle; sin embargo yo sí era capaz percibir en su persona cosas que él ni imaginaba poseer. Era por eso que estaba a su lado, porque el nombre con el que insistía en definirse a sí mismo, nada tenía que ver con su ser y mucho menos con su alma.



2.

## Preocupaciones que roen el alma.

Dicho y hecho, en quince minutos, Vicente se decidió por el último modelo que la casa automotriz alemana había sacado al mercado (el mismo con el que me topé en cuanto miré por la ventanilla de la camioneta). Por la cara de asombro del vendedor creo que hasta para él resultó sorprendente consolidar la venta en tan poco tiempo, Vicente no se había tomado más tiempo en meditar el gasto, del que a uno puede consumirle escoger cual marca de zapatillas comprar. Por mi salud mental, y para aplacar las preocupaciones que me roían el alma con dudas y miedos me aparté del escritorio alrededor del cual, Vicente y el vendedor discutían el pago de la maquina para no tener que oír el número final al que habían llegado al sumar el monto de todos los extras con los que Vicente había decidido aprovisionar a su nuevo vehículo. Me quedé vagando por ahí, entre los automóviles sin prestar real atención a ninguna cosa en particular, solamente me concentré en no tropezar con nada, ni romper nada por accidente, hasta que terminó con los trámites relativos a la compra. Cuando se me acercó por la espalda y me dio un suave pellizco a la altura de la cintura casi se me sale el corazón de la boca del susto, no lo había oído llegar.

—Listo, podemos irnos —anunció pasándome su brazo por la cintura. Me estampó un beso en la sien y me sonrió—. Te dije que no tardaría nada. Me aferré a su cintura, procurando amoldarme al contorno de su pecho sin decir nada.

—Estamos bien ¿no? —me pregunto en voz baja al oído al tiempo que me abrazaba.

—Sí, estamos bien —le contesté para luego besarle el cuello.

—Sí, por lo visto sí.

Nos dimos una tregua mientras almorzábamos. Conversamos tranquilamente de temas neutrales y seguros para ambos; debo admitir que mis esfuerzos por dejar al margen todo lo inestable de esta relación, rindieron sus frutos, tendrían que haberme entregado una medalla por lograr disfrutar sin mácula, de su compañía, del paisaje, del buen clima y de la comida. Incluso, soportamos sin sobresaltos pasar por mi pastelería favorita, antes de encaminarnos a casa de mis padres.

—Estaba pensando —lancé de repente y él se volteó para mirarme—, que

quizá pudiésemos irnos unos días a alguna parte... como unas vacaciones. Puedo pedirle unos días a Julio. No sería mucho más de una semana ya que con lo de... —me corté en seco para no pronunciar aquello que echaría a perder todo —...bueno, en teoría ya me tomé la mitad de los días de vacaciones que me correspondían, por lo que supongo que no podremos irnos muy lejos considerando lo que tome el viaje en sí y eso, pero...

—Me parece buena idea —convino alegre.

—¿De verdad? —exclamé sorprendida, esperaba que me dijera que tenía que volver al trabajo o algo así.

—Sí, es una muy buena idea. ¿A dónde te gustaría ir?

—No sé, cualquier parte estaría bien. Quizá a la costa...

—Podemos ir más lejos que eso.

Pagar un pasaje avión por una semana no se me antojaba muy buen negocio.

—Nos merecemos un buen descanso.

De pronto se me ocurrió una idea rematadamente loca que acabaría con todos mis ahorros.

—Y qué tal si vamos a esa isla a la que Ariel envió a mis padres.

Vicente torció la boca.

—Mi madre no deja de repetir que es un lugar romántico y tranquilo, nadie nos molestará allí, ellos estuvieron prácticamente solos todo el tiempo.

—Es probable que eso sea ir demasiado lejos.

¿En referencia a la distancia o a lo romántico y tranquilo? No se lo pregunté.

—Podemos buscar algo más cerca.

—Tengo en mente el lugar perfecto.

—A sí, ¿cuál?

—Te lo cuento cuando averigüe si podemos ir.

—No vas a dejarme con el intríngulis.

—No te preocupes, ya te lo contaré.

—Vicente...

—Va a ser mi regalo para ti.

—No necesito que me hagas regalos, quiero que me cuentes dónde es ese lugar.

—Será sorpresa- dijo desacelerando para buscar un lugar donde estacionar.

—Vicente, por favor.

Vicente echó una mirada hacia atrás para calcular el espacio que lo separaba del automóvil que estaba estacionado detrás nuestro.

—¿No vas a dejarme hacer algo romántico? —dijo volviendo al frente para

poner reversa y así meter la cola de la camioneta en el reducido lugar en el que yo jamás, ni por arte de magia, la hubiese podido hacer encajar—. Vas a arruinarlo con tu curiosidad —añadió poniendo primera para pegarse al vehículo que teníamos delante.

—No pensé que fuesen esas tus intenciones —articulé sin poder dejar de sonreír.

Volvió a poner marcha atrás para hacer retroceder la camioneta apenas unos centímetros.

—Bueno, lo son —regresó el rostro al frente y puso primera otra vez—. Ahora... —la camioneta estaba embutida entre los dos autos y el cordón de la vereda.

Nos quedamos mirándonos fijamente. Su mirada me hizo perder la cabeza una vez más, quise acercármele para besarlo pero olvidé que llevaba el cinturón puesto, intenté despegar la espalda de la butaca y el cinturón me regresó a mi lugar de un tirón. Vicente soltó una risita suave y luego se me acercó sin tocarme.

—¿Puedo pasar la noche en tu casa?

Me quedé sin aire.

Alzó las cejas esperando una respuesta.

No tenía que meditarlo, podía instalarse en mi departamento indefinidamente si así lo quería.

—¿Puedo? —curioseó acercando sus labios a los míos.

En respuesta lo besé con intenciones de más. No es que pretendiese, al menos, no conscientemente, volver a la carga con lo de la mañana, simplemente no pude evitarlo. Vicente se apartó de mí y yo no pude hacer nada contra el cinturón de seguridad que en vano, intenté desabrochar, el muy terco me mantuvo contra el asiento mientras Vicente regresaba al suyo pasándose las manos por el pelo en un gesto casi maniático.

—Disculpa —jadeé, no quería alterarlo otra vez.

—Fue mi culpa también.

—Mejor bajemos, mis padres deben estar esperándonos.

—Sí, yo llevó la torta.

Eso no se lo iba a discutir, probablemente en mis manos, la torta de mousse de chocolate encontraría su final antes de que alguien pudiese probar bocado de ella.

Con una extraña facilidad, pude quitarme el cinturón de seguridad, y no pude dejar de preguntarme si los poderes ocultos de Vicente no alcanzaban para

gobernar también este tipo de artilugios.

Me bajé de la camioneta saltando a tierra sobre mi pierna sana mientras Vicente se ocupaba de bajar la torta del asiento trasero.

...

—Empezaba a preocuparme por ustedes —fue lo primero que me escupió a la cara mi madre en cuanto abrió la puerta de calle.

—Fuimos a almorzar y perdimos la noción del tiempo —explicó Vicente en nuestra defensa, en realidad en la mía, él no necesitaba excusa alguna para nada frente a mi madre, todo lo malo que pudiese llegar a hacer era instantáneamente perdonado por ella. La única que era susceptible de ser castigada, y la que de hecho parecía tener todos los números para ganarse un castigo siempre, era yo—. Esta mañana llevé a Eliza conmigo a ocuparme de unos asuntos y se nos hizo algo tarde por lo que todo lo demás se demoró también.

—No te preocupes Vicente —le dijo mi madre palmeándole el hombro luego de estamparle un beso en cada mejilla—. Lo que cuenta es que llegaron.

Empezamos a avanzar por el pasillo.

—Así que estuvieron ocupados. ¿Qué hicieron?

Vicente y yo cruzamos una mirada.

—Llevaba algún tiempo con ganas de cambiar el auto.

—¿Ese negro tan bonito que tienes?

—Sí.

—Es una pena que te lo hayan abollado de ese modo en el lavadero dónde lo dejaste para lavar.

Esa era la versión extraoficial de lo que le había pasado al Mercedes. Supuestamente se

lo habían abollado en el lavadero al que lo llevó para que lo limpiaran. Un imaginario empleado lo había chocado contra una de las maquinas de lavar igual de imaginaria.

—No se preocupe, es solamente un auto.

—Sí, pero ahora que tan generosamente le regalaste a Eliza tu camioneta... espero que ella te lo haya agradecido lo suficiente—. Mi madre me lanzó una mirada condenatoria por el rabillo del ojo.

—Me lo agradeció más de lo que debido.

—¿Entonces ya tienes auto nuevo?

—Sí, me lo entregan en un par de días.

—Me alegro por ti, te mereces todo lo mejor, me gustaría poder hacer por ti, más de lo que hago. Augusto y yo vamos a estar por siempre en deuda contigo por lo que hiciste por nosotros y por Eliza.

—No, ustedes no me deben nada, ya le he dicho que se olvide de eso, Noemí.

La conversación siguió por el mismo camino incluso cuando nos unimos con mi padre.

Mi madre tenía la mesa preparada en el jardín, junto con las tazas había bandejas con un montón de cosas ricas que ella misma había pasado toda la tarde preparando para agasajar a Vicente.

Merendamos y dimos cuenta de la torta y demás exquisiteces, es decir, mi padre y Vicente comieron, yo no podía pasar bocado, y además no tenía hambre y mi madre estaba demasiado ocupada atendiendo a Vicente para permitirse distraerse con la comida.

Lentamente el sol empezó a bajar, la merienda se dilató hasta muy tarde y no pudimos zafarnos de la invitación de mi madre de quedarnos a cenar, incluso Vicente le dijo que no tenía porqué molestarse, que no quería que tuviese que ponerse a cocinar por nosotros, pero mi madre le cerró la boca con tres palabras: entrega a domicilio.

Mi papá entró a la cocina, yo estaba en penumbras, buscando los cubiertos para poner la mesa, la pizza debía llegar de un momento a otro, y me estaba llevando mucho tiempo encontrarlos —no porque no supiese dónde hallarlos—.

—¿Qué haces aquí a oscuras?

Alcé los tenedores a modo de respuesta.

—¿Riñeron?

Desvié la mirada.

—No—. Saqué los cuatro cuchillos del cajón, uno a uno.

—¿Pasa algo?

—No—. Cerré el cajón, dejé los cubiertos sobre la mesada y abrí la puerta de la alacena superior para sacar los platos y los vasos.

—¿Algo anda mal en tu trabajo?

—¿Qué podría estar mal en mi trabajo? —reliqué alzando una ceja. Lo peor que podía sucederme en el trabajo era que se me rompiera una botella o algo así, y a eso, ya estaba más que acostumbrada.

—Eliza —mi papá entonó mi nombre parpadeando lentamente.

—No pasa nada. Todo está bien.

—Permíteme dudar. No conozco muy bien a Vicente, no al menos tanto como me gustaría para poder confiar en él...

Abrí la boca para replicar pero no me dejó entonar palabra.

—Por lo tanto, no se si es bueno mintiendo o no, o quizá sea que lo que sucede le trae sin cuidado, pero a ti sí, a ti te conozco y sé que algo te sucede.

—Son tonterías. Me preocupo por cosas que no tienen importancia, tengo cierta incapacidad por disfrutar en paz de las cosas buenas.

—Quieres decirme qué es.

Hubiese deseado poder contárselo, por el solo hecho de discutirlo con alguien; no podía ni debía hacerlo.

—Son cosas de pareja y la verdad es que como te dije, no es nada ni tan malo y tan grave. Soy una tonta, nada más.

Mi papá se sentó a la mesa; el sol que se ocultaba por el horizonte convertido en una ardiente bola naranja le tiñó el rostro de un cobre brillante.

—No crees que vas demasiado rápido con él —aventuró.

—¿Rápido?

—Demasiado rápido y en serio, y apenas se conocen hace dos meses. Estás excesivamente involucrada con él y no sabes nada de su familia, de dónde viene... es decir, conoces solamente a ese joven, su amigo, y el resto de él, de su vida, es un misterio.

Me quedé muda.

—¿Qué tipo de negocios hace? —fue la primera pregunta del interrogatorio.

Nunca en mi vida, ni siquiera en esos tiempos horribles y dolorosos que viví no hace mucho, había deseado tanto que el tiempo pasara rápido, así como lo deseaba ahora, necesitaba que este maldito día terminara de una buena vez por todas.

—No digo que sea un mafioso ni nada por el estilo, pero no sé... todo en él es tan misterioso, apenas si habla de su persona y cuando lo hace se cuida de no contar demasiado, es más, tengo la impresión de que cada vez que intento sonsacarle cualquier cosa, de un modo u otro el termina desviando la conversación hacia alguna otra parte—. Dejó caer los puños cerrados sobre la mesa en señal de frustración—. Es decir... creo que oculta algo y eso no me gusta nada, nada de nada.

—Vicente no oculta nada, papá. Es muy reservado, eso es todo.

—Existe una gran diferencia entre ser reservado e intentar ocultar la verdad.

—Lo conozco, es una buena persona, no hace nada malo y por lo que respecta a su pasado antes de conocerme... bien, no importa.

—Eliza, no seas inconsciente, solamente dices eso porque estas demasiado enamorada, antes jamás hubiese defendido a alguien con una frase tan vacía. ¿Qué no importa? Claro que importa, una persona no es sólo lo que se encierra dentro del cuerpo, todo en su vida cuenta, sobre todo su pasado. Lo que vivimos forma parte de lo que somos—. Meneó la cabeza en señal de disgusto —. Es raro que una persona no tenga a nadie. ¿Ni un solo familiar? Y ese muchacho... ese muchacho me pone los pelos de punta —soltó con la frente arrugada de preocupación.

—¿También te la vas a tomar contra Lucas?—. Esta conversación iba de mal en peor; tenía que terminarla lo antes posible.

—No me lo estoy tomando contra nadie —declaró severo, sin duda mis intentos de evadir la conversación y de saltar los obstáculos que me mandaba cada tres palabras lo sacaron de quicio—. Intento hacer que vuelvas a poner los pies sobre la tierra, me alegra ver que estés enamorada y que creas que todo es maravilloso y que los pajaritos cantan para ustedes, pero Eliza, no estás en un cuento de hadas, sabes cuan cruel puede ser la gente. No todo es lo que parece. Sé que existen cosas que no pueden evitarse, es que te comportas como todo un kamikaze. Y temo que esta vez todo termine peor para ti...

—¿Por qué habría de...?

—No sé por qué habría de terminar mal. No estoy seguro de qué es exactamente lo que tanto me molesta de él.

Me entró un frío en las tripas que me abracé la cintura para evitar congelarme de miedo.

—Todo en ellos es extraño. Es raro que alguien tan joven como Vicente haya tomado la custodia de ese chico. Es muy joven para hacer de padre.

—Lucas se hallaba completamente perdido antes de ir a vivir con Vicente; tenía muchos problemas y él se ocupó de sacarlo de los líos y el mal ambiente en el que estaba metido —balbuceé. Era cierto y aun así no bastaba para aplacar sus dudas.

—Igual es muy raro. Si el problema solamente fuese ese.

Me removí inquieta, sin poder irme.

—A ti tampoco te ha contado nada de su pasado, ¿no es así?

El certero disparo impactó contra mi pecho, atravesó mi pulmón izquierdo luego de rozar contra una costilla para después atravesarme el corazón.

Me mordí los labios.

—No te involucres más en esta relación hasta que no logres averiguar algo más de él, de su pasado, de su vida.

—Qué clase de pedido es ese —mi voz no fue más que un hilo a punto de quebrarse.

—El de un padre preocupado que no quiere ver a su hija herida otra vez.

—Vicente jamás me lastimaría.

—Eso es lo que quieres creer o lo que a ciencia cierta sabes—. Meneó la cabeza—. Corazón, por desgracia, hasta las personas a las que creemos conocer mejor que a nadie en este mundo, pueden herirnos; incluso éstas más que otras, ya que reconocen tus debilidades—. Incluso sin quererlo pueden lastimarnos, porque son a ellas, a las que les abrimos todas las puertas hacia nuestro corazón, ante las que adrede, nos dejamos indefensos.

—Entonces me estás dando la razón, no necesito saber nada más de él. Si voy a resultar herida de todos modos...

—Eliza, sabes a qué me refiero. No estoy hablando solamente de que te rompa el corazón.

—¿Qué? —me quedé helada, el frío de mi vientre se expandió una ola por todo mi cuerpo.

—Todavía no me queda en claro qué fue lo que sucedió exactamente en ese viaje de ustedes.

—Estás insinuando... —se me cayó el estomago a los pies. Realmente creía que Vicente me había infligido esas heridas.

—Si vuelvo a ver en ti un solo rasguño, por más ínfimo e inofensivo que parezca le voy a echar a la policía encima—. Hizo una pausa—. Mejor que se cuide de mí— hizo una breve pausa—. No me gusta, no me gusta ni un poco. Intenté convencerme a mí mismo de que estaba equivocado en mi primera impresión sobre él; por alguna razón que va más allá del razonamiento de mi cerebro, tengo la certeza de que no es bueno, ni para ti, ni para nadie.

Enmudecí.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta que daba al jardín.

Los dos nos volvimos, allí, en la penumbra, estaba parado Vicente.

—Noemí me mandó a pedirle que le dijera si no pude ayudarla con las luces del jardín: no encienden —le dijo a mi padre en el más serio de los tonos—, yo no pude hacerlas funcionar —agregó dando un paso al frente.

—Sí, ya voy —soltó mi padre después de un largo e incómodo silencio.

Vicente se hizo a un lado para dejarlo salir; regresó a pararse debajo del dintel de la puerta en cuanto nos quedamos solos.

No pude decirle nada y él tampoco articuló palabra, no sé si sabía o intuía lo que acababa de suceder, tenía un sentido de la audición muy agudo pero no



estaba segura de que hubiese podido escuchar lo que mi padre me había dicho. Nos quedamos así, fríos y a oscuras sin poder acercarnos el uno del otro hasta que mi madre nos llamó desde afuera, las luces se encendieron. La silueta de Vicente se recortó oscura, casi negra, sobre el brillo de los reflectores.

—Déjame que te ayude con la vajilla —soltó con una voz de metal que no parecía suya.

Lo dejé hacer. En este estado sé que habría terminado por romper los platos y los vasos.

Intenté cenar pretendiendo normalidad, y así y todo la pizza se me quedó atravesada y la cerveza no hizo otra cosa más que confundirme todavía más.

Cuando en absoluto silencio, nos subimos a la camioneta para ir a mi casa, me di cuenta de que lo peor apenas estaba por comenzar.

Vicente cerró la puerta a su espalda luego de permitirme pasar. Yo, andando rápido, fui directo a la habitación, necesitaba quitarme la bota, ponerme cómoda y tener dos segundos de soledad para volver a respirar, para juntar valor y así plantarme frente a él para tener aquella conversación que ambos veníamos esquivando. El mutismo durante nuestro camino a casa había sido tan contundente que no me quedo la menor duda de que había oído todas y cada una de las palabras de mi padre; y si no saqué el tema durante el viaje, fue porque me pareció que nos merecíamos tener una sincera conversación cara a cara y no algo informal, viéndonos de reojo, mientras el estaba ocupado conduciendo como un loco y yo preocupándome por intentar aferrarme de algo en caso de que chocásemos contra alguien o algo que tuviese el mal tino de interponerse en el camino de la camioneta y por ende, en el de Vicente.

Pensé que iba a seguirme hasta el cuarto, pero en cuanto me dejé caer sobre la cama para despegar los abrojos de la odiosa bota negra que no volvería a ponerme, ¡y me importaba un cuerno lo que opinase mi doctor!, me di cuenta de que se había quedado en el living. No lo vi por ninguna parte, supuse que se habría sentado en la poltrona verde, su favorita, o que estaría en la cocina —la cual quedaba completamente fuera de mi ángulo de visión—.

Descalza y arrastrando los pies sobre los cerámicos calientes, llegué hasta el living en el cual no estaba. El ruido que hizo con los dientes lo delató. Di media vuelta y lo encontré cruzado de brazos, apoyado contra la mesada, por delante de la ventana.

No supe por dónde empezar.

—¿Quieres que me vaya?

El mundo se redujo a aquel estrecho espacio que nos rodeaba.

—No, por supuesto que no, quiero que te quedes a pasar la noche conmigo.

—No me refería a esta noche... no únicamente a esta noche —se corrigió. Su voz se había comprimido en un profundo ronquido triste y duro. Descruzó los brazos y se agarró del borde del granito que le daba toda la vuelta al sector de cocina, hasta donde se encontraba la heladera—. Quieres que desaparezca de tu vida... no tienes más que pedírmelo y lo haré. Yo no tengo la fuerza para hacerlo por iniciativa propia, sin embargo, si me lo pides hallaré el modo de apartarme de ti para siempre. Te dejaré en paz, libre para que retomes una vida normal, lejos de todo esto —entonó recorriéndose el cuerpo desde la punta de los pies hasta el pecho, con la mirada.

—Cómo se te ocurre... —avancé hasta él. Vicente se apartó de mí rodeando la mesa por el otro lado.

—Tu padre tiene razón.

—Mi papá no sabe nada, no tiene idea de lo que dice. Te quiero aquí conmigo para siempre.

—No tiene idea de lo que dice.

—No necesito que nadie me convenza de que esto está bien, ni de que está mal. Descubrí por mí misma que está bien para mí, que es lo que quiero. Te quiero a ti y nada más.

—Podría lastimarte, podría ponerte en peligro otra vez—. Su voz destilaba angustia.

—Asumo la responsabilidad. Es mi responsabilidad —repetí para zanjar el asunto—. Lo que siento por ti y por esto que nos une ya no tiene nada que ver con la atracción demoníaca que puedas influir sobre mí, esto es tan claro y consciente que me asusta... más me asusta imaginar mi vida sin ti.

Vicente me miró en silencio.

—Admito que me gustaría conocer tu pasado, que quisiera que me contaras de tu vida, que nouviésemos que estar conteniéndonos todo el tiempo de llegar más lejos por tus miedos a partirme en dos si pierdes el control. Pero aún así te elijo a ti, nos elijo a nosotros por sobre todo lo demás. Nadie es perfecto, ni tú, ni yo... podríamos pasarnos horas debatiendo quien ha hecho más cosas malas o si éstas pesan más sobre las buenas que realizamos... la verdad es que no se me antoja perder todo ese tiempo debatiendo un resultado que no nos servirá de nada jamás.

Vicente se agarró de la silla que tenía en frente buscando soporte.

—Podría haber sido cualquier otro hombre pero eres tú, y eso me alegra.

—Para mí no podría haber sido nadie más que tú.

En dos trancos Vicente se plantó frente a mí.

—No he hecho más que comportarme como un imbécil contigo, te prometo que de ahora en más todo será diferente. Te dije que no estaba acostumbrado a este tipo de cosas. No he estado así de cerca de nadie en tanto tiempo que ya ni lo puedo contar y todo lo que intenté hacer para que esto funcione, estuvo mal. Solamente logré arruinar las cosas. Debí suponer que necesitabas algunas respuestas de mí.

—Supongo que no derrochaste información emocional conmigo; no fue únicamente tu culpa, la verdad es que no me atrevía a preguntarte nada por miedo a ahuyentarte. No estoy segura de cuánto de tu vida pasada deseas recordar o no, y yo no quería ponerte en el dilema de decidir qué cosas contarme... es que todo nos lleva...

—Todo nos lleva a nuestro tema de conversación más recurrente: “eres una humana y yo un demonio”.

—Deberíamos dejar atrás esa etapa de una buena vez, yo ya lo sé, tú ya lo sabes. Qué punto tiene seguir dándole vueltas a eso.

—Es que “eso”, como tú lo llamas, es lo que delimita nuestra relación.

—Nuestra relación es algo más que eso.

—Sé que puedo sonar egoísta, pensarás que no tomo en cuenta lo que necesitas, de cualquier modo quiero pedirte... —susurro mientras me tenía tomada del mentón. Nuestros rostros estaban muy cerca el uno del otro—. Necesito un poco más de tiempo... —me dio un ligero beso sobre los labios—, para todo.

Los parpados me cayeron pesados.

—Te compensaré la espera—. Bajó por mi cuello besándome la piel con suavidad extrema, tanto es así que sus labios me producían una especie de descarga eléctrica cada vez que me rozaban la piel—. Te juro que voy a compensártelo.

Yo ya no podía oírlo. Lo único que llegaba a mis oídos eran los latidos de mi propio corazón, palpitando desaforado con cada chispazo de sus besos.

...

—Nos vemos más tarde —entonó después de besarme por segunda vez.

No podía despegarme de su lado, siquiera sabiendo que Susana me esperaba dentro del local. Sentía su mirada pegada en mi nuca.

Lo besé de nuevo.

—¿A la hora de siempre? —preguntó mientras me alejaba de él apartándome por la cintura.

Baluceé un “sí”.

—¿No te importa que me lleve la camioneta?

—No tengo pensado visitar a mi amante hoy —bromeé.

—Bueno, me quedo más tranquilo entonces. Nos vemos a las ocho.

—No creo poder esperar tanto tiempo para volver a verte.

—Te llamo al medio día —propuso. Siempre me llamaba al medio día.

Asentí con la cabeza.

—Voy a extrañarte.

—Yo más—. Lo besé otra vez.

Vicente sonrió.

—Creo que Susana piensa que estamos idiotizados.

—Lo estamos, pero nada más un poco.

—Habla solamente por ti, yo perdí por completo la cabeza el día que te conocí—. Quitó mis manos de su cuello tomándome por las muñecas—. Ahora sí, creo que será mejor que entres, se va a enojar contigo—. Dijo echando un vistazo en dirección al local.

Me relamí los labios para recordar su sabor.

—Cuídate —soltó al alejarse por delante de la camioneta para llegar a la puerta del conductor.

### 3. Planes de boda.

Susana me dio los buenos días desde detrás del mostrador.

—Con que todavía están en esa etapa.

La miré de reojo.

—Digo: no son capaces de separarse—. Hizo una brevísima pausa—. Les dura bastante.

—Es que estamos bien, eso es todo. No es que estemos todo el día pegoteados ni nada de eso.

—¿De verdad? —Se llevó las manos a la cintura—. Eso me resulta un poquito difícil de creer —dijo alzando la mano derecha con el pulgar y el índice distanciados por algo menos de medio centímetro de aire—. Me estoy comportando como toda una “Lady” y hasta ahora no te he preguntado que tal...

—¡Susana!- exclamé cortándola al vuelo—. Por favor.

—¿Qué?! No dije nada malo. Simplemente sentía curiosidad.

—No voy a discutir esto aquí y ahora—. Me puse incómoda, en cualquier otra situación es probable que hubiese sido más flexible respecto a discutir este tema con ella, pero la tensión derivada de que ese suceso aún no se hubiese producido me tenía a maltraer.

—No, claro, además...

—Además qué.

Chasqueó la lengua.

—Nada, nada. Tienes razón, son cosas privadas tuyas, no tengo por qué meterme, disculpa.

Le dediqué un par de minutos a ponerme al día con el trabajo, tenía la cabeza en cualquier parte y no lograba concentrarme.

—Ese fue un largo silencio —suspiró Susana.

—Sí, lo fue —admití—. Las cosas con Vicente no son sencillas—. Sorprendida, supongo que no podía creer que fuese yo la que, por primera vez, le daba pie para iniciar una conversación de tipo privado, levantó la vista de los papeles y me miró fijo, sin parpadear—. Bueno...

—¿Bueno? —inquirió alzando ambas cejas.

—Nosotros todavía no...

—¿Todavía no? —Repitió frunciendo el ceño—. Pensé que...

—¡Susana!

—Disculpa, disculpa.

—Esto no es buena idea, mejor dejémoslo así.

—Sí, claro, como quieras—. Me dio la espalda y siguió con lo suyo.

Nos quedamos calladas por unos cuantos segundos. De verdad deseaba superar mi incapacidad para comunicarme con los seres humanos, pero tenía la impresión de que mi ser estaba comprimido dentro de mi cuerpo y cualquier grieta que permitiese abrirse para dejar pasar algo de todo lo que me llenaba el cuerpo era poner en riesgo la integridad misma de mi persona. Tenía miedo a no poder cerrar las rajaduras más tarde. Me mordí el interior del labio hasta que acabé sacándome sangre. Incluso así, no pude pronunciar nada más.

Susana se volvió hacia mí una vez más.

—De verdad que creía que ustedes dos... —hizo unas muecas raras con la cara y no terminó la frase.

—Con el accidente y todo... —dejé escapar en un hilo de voz.

—Ah, claro, por supuesto —convino calma—. Además, quizá sea mejor así.

Di un respingo.

—Por qué lo dices.

Desvió la vista hacia los papeles otra vez.

—No lo sé, simplemente creo que es mejor así.

Es obvio que no quería decirme eso a la cara, sabía de sobra que ella guardaba ciertos recelos respecto a Vicente, quizá no tantos como mi padre, solamente los suficientes para que yo tuviese la certeza de que hubiese preferido que lo mío con él terminase de una buena vez —sin dolor, claro— pero que terminara ya.

—¿Qué?

—Nada —contestó sacudiendo la cabeza.

—¿Susana?

—No quisiera decirlo en voz alta.

—¿Qué cosa?

—¿Es realmente el hombre indicado?

—¡Otra vez con eso! ¡¿Qué tiene todo el mundo en contra de Vicente?!

—Nada en particular —contestó tímidamente.

—Bien, entonces deja de... ¡de hacer lo que haces! No voy a terminar con Vicente, es más, creo que las cosas entre nosotros no van a hacer más que mejorar.

—Me alegro porque —se agachó y recogió su cartera del estante y sacó un cuaderno de espiral de tamaño oficio— los tengo a los dos anotados en esta enorme lista de invitados para mi casamiento.

Revoleé los ojos. Que ella desistiese de discutir mi relación con Vicente así tan rápido no era un alivio, sino un pesar; ella intentaba mostrarse alegre por mí, se interesaba por mi relación con Vicente pero yo intuía que en lo profundo, le desagradaba hablar de él, y si lo hacía era solamente para guardar las formas, para acercarse a mí, para tratar de alimentar nuestra amistad, y nada más. Le sonreí, no tenía intención de hacerla sentirse mal consigo misma por sentirse aprensiva con él, en el fondo no podía culparla, era hipócrita hacerlo.

—Se supone que en un par de semanas tengo que encargarme de las invitaciones. ¿Puedes creer que demoren al menos cuarenta días en entregármelas!

—¿Ya pusieron fecha?—. Me tranquilizó que el tema de conversación se desviase ciento ochenta grados.

—Sí, será en julio, a finales de julio. La verdad es que todavía no tengo fecha exacta, los del salón quedaron en confirmarme si tienen lugar. Todo esto de la

organización de la boda me tiene enloquecida. Son tantos detalles. Lo peor de todo es que todavía no tengo vestido, ninguno me gusta y eso que ya vi un centenar de revistas y visité a media docena de modistas. Voy a sufrir un ataque de estrés antes de que esto termine, mejor dicho: antes de que empiece.

—Si puedo ayudarte...

—Sí, la verdad es que tenía intenciones de pedirte ayuda. Tengo que ir a ver más vestidos y cada vez que salgo con mi madre es un caos, se la pasa hablando todo el rato... me confunde y definitivamente no tenemos los mismos gustos.

—Claro, no hay problema.

—Necesito una persona que sea sincera, que me diga la verdad, no como mi mamá, para ella todos los vestidos me quedan bien “pintados” —la remedó haciendo una mueca —incluso los que me hacen parecer una heladera.

—¿Cuándo tenías planeado ir?

—Hay dos lugares que pensaba ver mañana, y a la hora del almuerzo voy a ir a comprar dos revistas de novias que me recomendaron. Ya tengo una pila y no sé para qué quiero más, es que una de mis primas me las recomendó, me aseguró que me serían de mucha ayuda. Te juro que cuando esto termine las voy a quemar junto con el vestido de boda y los recibos de todo lo que estoy gastando en pos de la fiesta. Quiero olvidarme de esto cuanto antes. De ser por mí, me casaría mañana en el civil y listo. Sin iglesia, sin fiesta, sin flores, sin parientes, sin comida, sin música, bebidas ni comidas... ¡sin nada!

—Bien, al menos no piensas excluir al novio —bromeé en un inesperado arranque de jocosidad que me sorprendió hasta mí.

—No me hables de él, anoche casi lo mato, estábamos discutiendo sobre la luna de miel y me propuso que nos fuésemos de viaje a las cataratas del Iguazú. ¡Yo no pienso pasar mi luna de miel en la selva! Va a ser mejor que se le vaya ocurriendo un lugar más romántico si es que realmente quiere casarse conmigo.

Dejé de oír lo que decía, de pronto recordé el exacto momento en que Cristian y yo empezamos a charlar sobre dónde nos gustaría pasar nuestra luna de miel, me acuerdo que estábamos en su casa, no lográbamos ponernos de acuerdo por ningún sitio en particular, así que él sacó un atlas de la biblioteca, lo abrió en el mapamundi y me propuso que cerrara los ojos, que alzara un dedo, le diera vueltas y lo apoyara donde quisiera. El lugar en el que se posó la uña de mi largo dedo índice fue una isla remota perdida en el caribe, ¡la misma a la que Ariel había enviado a mis padres! No comprendo porqué no lo recordé antes,

supongo que debía tener anulada esa parte de mi vida, eso era lo que había procurado conseguir durante tanto tiempo luego de que todo acabara.

—¿Eliza? ¿Eliza me estás escuchando? —Me sacudió por el hombro—. ¿Te sucede algo?

—Sí —parpadeé varias veces—. Es que... —apreté los labios—. Recordé cuando planeaba mi luna de miel.

Susana me sonrió sin despegar los labios.

—Recuerdo la anécdota, me las contaste después de que Cristian consiguiese comprar los pasajes.

—Sí, le costó bástate hallar un agente de viajes que nos pudiese organizar lo referente al vuelo y a la estadía.

—A tus padres les costó mucho menos llegar allí. Tuvieron mucha suerte.

A ella no se la había pasado el detalle. Me quedé flotando en un mar de confusión. Qué podía tener de importante eso para mí ahora. Supongo que no más que el hecho de que mis padres habían viajado hacia allí cuando yo debí haberlo hecho. No pude parar de preguntarme si había sido una simple casualidad o algo más. ¿Por qué Ariel elegido aquel sitio? ¿Simplemente porque estaba lejos y perdido dentro de un mar azul turquesa?

—¿Qué te pasa, estás bien? Te pusiste pálida.

—Es que lo había olvidado por completo y acabo de recordarlo... es extraño.

—¿De verdad? Creí que habías reconocido el nombre del lugar y que ya lo tenías superado.

—Lo tengo superado... —Me entró urgencia de llamar a Vicente y preguntarle si él tenía algo que ver con esto; si sabía todo lo demás respecto a Cristian, lo más probable es que también conociese el nombre de la isla a la que íbamos a irnos de luna de miel. Acaso le había pasado el dato a Ariel o había sido al revés. Agradecí que mis padres nunca hubiesen llegado a enterarse de lo de la luna de miel; para cuando la agencia de viajes envió con uno de sus empleados los pasajes a casa de Cristian (tres días después de que nos confirmasen la reserva) nosotros ya habíamos terminado, de modo que nadie supo jamás, salvo Susana, lo de aquel viaje fallido.

—Nadie más que yo sabía de ese lugar, ¿no es así?

Respondí que sí con la cabeza.

—Me vas a odiar por esto: todavía no lo superaste.

No lo había olvidado del todo, sin embargo ya no me lastimaba igual que antes, ahora tenía a Vicente y... y él, es decir su jefe, había enviado a mis padres la lugar en el que se suponía que yo pasaría mi luna de miel. ¿Qué



sucedía?

Me llevó una buena cantidad de segundos poder articular palabra alguna, y cuando lo hice le expliqué que Cristian ya no significaba nada para mí.

Seguimos trabajando cada una en lo suyo, hasta que Matías apareció a la puerta, acompañado de una señorita, de la cual se despidió con un largo beso, antes de entrar al local.

Medio día pasó sin penas ni glorias, todavía se notaba que mucha gente seguía de vacaciones. Entraba a negocio la cantidad suficiente de gente como para que nos mantuviésemos medianamente entretenidos y nada más.

Susana encontró su momento para correr hasta el puesto de diarios para comprar las revistas que su prima le recomendara y junto con ella, salió Matías, para ir a buscar el almuerzo de los tres, era su turno de hacer de camarero, por lo que me quedé sola.

La gente pasaba por la calle sin siquiera mirar las vidrieras, sin verme. Los segundos empezaron a pasar muy, muy lentamente. Tomé consciencia de que llevaba mucho tiempo sin estar así, realmente sola. Desde que conocí a Vicente, incluso cuando ninguno de los dos todavía admitía lo que sentía y ambos pugnábamos por desprendernos el uno del otro, jamás me había encontrado a mí misma de este modo, y por supuesto, mucho menos cuando aquella locura infernal de la persecución de los demonios, comenzó; y desde que estábamos juntos él y yo, no nos separábamos ni a sol ni a sombra y si debíamos hacerlo yo siempre terminaba acompañada por alguien más, pero nunca sola... nunca así de sola.

Se me erizó el vello de los brazos y luego el de la nuca. Tuve un mal presentimiento y no me gustó nada percibirlo; no estoy segura de que haya sido un simple mala pasada de mi cerebro, o un presagio por el cual realmente debía preocuparme, simplemente en ese instante de debilidad, de temor, me hizo sacar el celular de mi cartera y llamar a Vicente.

No fue fácil marcar su número, todavía tenía problemas para controlar ese palmo de tecnología que creía en mi contra (regalo de Vicente, escogido con la ayuda de Lucas). Me llené de tensión al oír el tono de llamada que él no respondía. Corté cuando saltó el contestador automático e intenté por segunda vez. Lo mismo: no contestó. Me dije a mí misma que la tercera vez era la vencida, que no tenía de qué preocuparme. Por desgracia, la sangre se me heló cuando la voz metálica de una mujer me avisó que el celular con el que yo deseaba comunicarme se encontraba fuera del área de cobertura. Probé una vez más y el resultado fue el mismo. O Vicente se había alejado de la ciudad

lo suficiente para perderse de todas las antenas de repetición de la compañía de telefonía o algo malo le había pasado. Probablemente fuese una exageración de mi parte, pero me puse tan nerviosa que me temblaban las manos. Volví a adentrarme en mi nuevo condenado celular y busqué el nombre de Lucas en el directorio. Llamó al instante; mi amigo tardó unos cuantos repiqueteos en atenderme.

—¿Eliza? —su voz sonó espectral y tensa del otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Pasó algo malo. Dónde está Vicente.

Por la línea me llegaron unos ruidos raros. No tenía ni idea de dónde estaba Lucas haciendo su trabajo por lo que no pude asociar aquellos sonidos con nada conocido. De repente, los ruidos se silenciaron, me dio la impresión de que de pasar de un lugar abierto, se había metido en una casa, o quizá fuese en su auto.

—¿Vicente está contigo? ¿Estás en tu trabajo? ¿Sucedió algo malo?

Fueron tantas preguntas pronunciadas en un tono tan acuciante, que me puse todavía más nerviosa. ¿Sabía algo que yo no? ¿Me estaba poniendo paranoica sin razón?

—Sí, estoy en mi trabajo y Vicente no está conmigo, me separé de él esta mañana, acabo de llamarlo, no contesta su celular, me saltó un mensaje de información que dice que está fuera del área de cobertura y...

—¿Pero... estás bien?

Su voz destilaba un tinte extraño que no llegaba a reconocer.

—Sí, estoy bien, es que... Vas a pensar que soy una tonta, es que me quedé sola en el local y no sé —las palmas me sudaban—, me puse nerviosa y me dio un mal presentimiento. No me hagas caso. No sé qué me pasó. Lo lamento; estabas ocupado y yo... Fue una estupidez, no debería haberte llamado por esto, perdí el control. ¿Cuándo regresas a la casa?

Lucas no contestó.

—¿Estás ahí?

Tardó en contestar.

—Sí, aquí estoy. Oye, no te preocupes, ha de ser un problema de la compañía de celulares, es por eso que no te puedes comunicar con él.

—Es probable—. Sin duda su teoría era completamente plausible, que hubiese ocurrido un fallo momentáneo en las señales de las líneas de celulares no era imposible, pero esta sensación de inquietud insistía en aferrarse a mis costillas—. ¿Cuando vuelves? —no sé por qué volví a preguntárselo, bueno,

sí lo sé, necesitaba a mi amigo.

—Todavía no lo sé, en un par de días supongo. Todavía no termino aquí — hizo una breve pausa—. Si precisas que vuelva puedo viajar esta noche, nos veríamos en la mañana, pero me temo que no podré quedarme contigo más que un par de horas.

—No —sonreí, no iba a arrastrarlo hacia mí por un estupidez tan descomunal como ésta—, no hace falta que viajes... nos veremos cuando... —ser consciente de lo que lo ocupaba me provocó un escalofrío.

—Mira, no puedo seguir hablando ahora, te prometo que te llamo más tarde ¿sí?

—Claro —solté en un suspiro.

—No dudes en volver a llamarme si me necesitas—. Una pausa—. Aquí estoy.

—Lo sé.

—Todo está bien.

Quise decirle que sí y no tuve la fuerza para pronunciar esas dos letras.

—Haré lo posible para volver a casa cuanto antes.

—Gracias.

—Cuídate.

—Y tú.

Lucas cortó y yo como siempre, me quedé con el tono repiqueteándome en el oído.

Debo haberme despegado al menos diez centímetros del suelo del salto que di.

El celular se me escapó de las manos y cayó al suelo.

Susana se desarmó en disculpas por asustarme mientras me ayudaba a recoger el celular, el cual por suerte resistió. Salió indemne de la caída.

—Pensé que me habías oído entrar.

—Estaba con la cabeza en la luna.

—No me extraña, cada vez que te llama te trasladas a otro mundo.

Tiré el celular dentro de la cartera después de comprobar si continuaba funcionando, con esta tensión encerrada en mi pecho no se me antojaba quedar incomunicada de dos de las personas más cercanas a mí.

—No hablaba con Vicente.

—Ah —arrojé las tres gruesísimas revistas sobre el mostrador.

—Hablabas con Lucas—. Susana estaba al tanto de que Lucas se encontraba de viaje porque conocía la raíz de lo que nos unía. No sé porqué, Lucas y ella congeniaban tan bien, él no le despertaba la menor sospecha ni el más ínfimo reparo, en cambio Vicente... las pupilas se le contraían cuando veía a Vicente.

De ser gato le hubiese parado todo el pelo, arqueado el lomo y sacado las garras, cada vez que se lo cruzaba.

—¿A sí, y cómo está? ¿Sigue de viaje?

—Sí, supongo que regresa en un par de días.

—Es una pena que yo no tenga la más mínima aptitud para los negocios igual que él y Vicente, me encantaría poder viajar tanto como ellos. Estaba pensando —puso una mirada soñadora en el aire—, debería invitar a Lucas a mí boda, a Sebastián también le cae muy bien. La vez pasada cuando se encontraron aquí se la pasaron todo el rato hablando de autos, motores y yo que sé cuántas otras cosas —abrió una de las revistas y empezó a pasar las hojas sin prestarle demasiada atención—. Sé que Lucas le pasó a Sebas el dato de unos talleres mecánicos de confianza y de unos negocios de repuestos que le fueron de mucha utilidad.

—Pensé que intentabas reducir el número de invitados.

Corrió un par de hojas de una vez sin preocuparse por lo que le había quedado sin ver.

—No me molestaría sacar a alguno de mis fastidiosos parientes para ponerlo a él.

—Como quieras —le eché una mirada al elaboradísimo vestido que en dos hojas, de forma apaisada, llamaría la atención hasta en el Vaticano, aparté la mirada—, sabes que Lucas no va a ofenderse si no lo invitas, él es feliz con otras cosas.

—Sé que no se ofendería, a él no le van todas esas formalidades, es que creo que quiero tenerlo ahí. Es extraño, ese muchacho sí que sabe hacerse querer —. Susana se interrumpió, examinó el vestido y luego alzando la vista me pregunto—. ¿Tiene novia?

—¿Eh?—. Me tomó desprevenida.

—Pregunto si Lucas tiene novia.

—No sé —balbuceé—. Es decir, no, no tiene, o por lo menos no tenía hasta que se fue de viaje—. Detecté en mí, una pizca de celos de la que no había sido consciente.

Susana torció la boca.

—Qué raro. Tiene toda la pinta de ser un imán para las chicas. Bueno, supongo que no tiene problemas para divertirse, de todas maneras parece muy joven para sentar cabeza. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho... casi... —solté tropezando con mis propias palabras. Me agradaba discutir sobre Lucas, más bien, sobre su vida privada y sus amores

tan poco como sacar a la luz el hecho de que Vicente y yo todavía no habíamos tenido relaciones porque temía matarme o bien por algo todavía mucho peor, algo que podía involucrar ciertas dudas por parte suya, o la inminencia de que fuese a dejarme.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—A qué se debe tanto interés en Lucas. Te recuerdo que tienes revistas de novias entre las manos—. No tenía ni idea de la fecha de su cumpleaños.

Susana se rió de mí.

—o es por eso que se me ocurrió. Lucas es muy simpático y comprador, y sí es demasiado chico para mí, y además debo admitir que estoy enamorada de alguien más. Era por curiosidad, es un buen partido, deberíamos conseguirle una novia.

—No creo que Lucas quiera—. Me mordí la lengua al darme cuenta de que la que no quería que le consiguiéramos una novia no era él, sino yo. Me daba no sé qué imaginarlo con alguien más. Me odié por sentirme así; no guardaba ninguna secreta esperanza romántica con él ni nada por el estilo, sino que era lo mismo que pude sentir una hermana al saber que su hermano debe andar por ahí noviendo con una chica, o con muchas, lo que es todavía peor.

—¿A un chico? —curioseó en tono socarrón.

—¡No, no es eso!

—Ya me lo parecía —se carcajeó—. Entonces, ¿no vas a permitir que le presente a nadie?

—No es eso, es que no quiero convertirme en su proxeneta —alegué encogiéndome.

Me propinó un codazo.

—No seas exagerada. No voy a montar un burdel a costillas de él. Simplemente creo que es un buen chico y me agradaría verlo feliz.

—¿Te parece que es infeliz?—. ¿Había dejado pasar eso también? ¿Cuántas cosas se me escapaban sin que me diese cuenta?

—Me parece un tanto solitario para alguien de su edad. Es obvio que se le pegaron muchas cosas de Vicente. También es evidente que lo tomó como su rol a seguir. Sé que es lo más parecido a un padre, o en su defecto: a un hermano mayor, que él tiene; acaso no debería estar haciendo otro tipo de cosas en vez de trabajar con él. ¿No tendía que asistir a la universidad o algo así? Allí podría conocer a mucha gente, hacer amigos, en fin, socializar un poco más.

—No sé, quizá no quiera estudiar.

—En fin, ¿Cuándo es su cumpleaños?

—No lo sé —admití con vergüenza.

—Ya entiendo porqué ustedes tres se llevan tan bien, pueden ser tan poco comunicativos cuando se lo proponen.

Nos sentamos a almorzar detrás del mostrador, súbitamente la calle había quedado desierta y dudaba que no fuese a entrar ni una mosca siquiera. Susana y yo miramos de cabo a rabo las tres revistas, examinado todos y cada uno de los modelos de vestidos, los cuales, debo admitir, para mí se veían casi todos iguales. Matías almorzó con su celular pegado a la oreja, compartiendo palabras melosas con una chica, supongo con aquella con la que había llegado al local.

Vicente no llamó al medio día, ni tampoco a media tarde. Lo llamé y me atendió la misma mujer repitiéndome aquel mensaje de trasfondo tan ominoso para mí. Temía que algo malo le hubiese pasado, no sabía que tan a salvo estábamos los dos después de todo lo sucedido. Mis miedos no terminaban allí, existían otros, los que me afectaban solamente a mí; tarde o temprano él debería volver a lo suyo; que fuese tan pronto y que no me lo dijese inestabilizaba todo lo que intentaba mantener en pie. Pasé un buen rato devanándome los sesos intentado decidir qué sería lo peor que podía suceder hasta que cayó un contingente de turistas alemanes que parecían tener la acuciante necesidad de sacarnos de las manos la mayor cantidad de botellas de Cavernet Sauvignon posible.

...

Matías fue el primero en desaparecer al final de la cual, terminó siendo una ardua jornada de trabajo, tenía una cita con una chica, con “su chica” tal como lo expresó él con una sonrisa de oreja a oreja que le rajaba el ruborizado rostro en dos.

Susana se quedó conmigo para ayudarme a cerrar, gracias a ella, en quince minutos estábamos a fuera del local, esperando que nuestros respetivos novios pasaran a buscarnos. Paradas allí en la vereda parecíamos dos damiselas en apuros esperando por el típico caballero de ojos azules, cabello rubio y armadura brillante montado en un portentoso corcel blanco que nos salvaría de la torre de la bruja malvada. La alegoría me hizo maquinarse el cerebro arrojándome muy lejos de allí.

Quise poder despegarme de esos malos recuerdos, desearía que Lucas pudiese borrarlos, no hay modo de hacerlo, y tampoco puedo separar a Vicente de lo que es, él no puede cambiar ni puede dejar de hacer aquello que lo mantiene adherido a este mundo, a mí mundo. La única susceptible a cambios soy yo, tanto, como soy susceptible de morir...

—¿Qué flores de temporada, hay en julio?

Se me puso la piel de gallina. Giré la cabeza y miré a Susana.

—No tengo idea.

—Tengo que averiguarlo, las flores de temporada deben ser más baratas que cualquier otra—. Lanzando un vistazo hasta el fondo de la calle repiqueteó el pie sobre la hirviente vereda—. ¿Dónde se metió este hombre? —rezongó por lo bajo en el exacto momento en el que el automóvil de Sebastián salió por detrás de un colectivo para sobrepasarlo—. Ya era hora.

Le sonreí en respuesta mientras me preguntaba dónde se había metido Vicente, llevaba casi media hora de retraso.

—¿Quieres que te llevemos a tu casa, puedes llamar a Vicente y decirle que te encuentras con él allí?

—No, está bien, voy a esperarlo.

—Segura, no nos cuentas nada alcanzarte.

—Sí, ya lo sé, gracias, prefiero esperarlo. Además quedamos en que pasaría la noche en su casa y hacer que ustedes se desvíen hacia allí es demasiado.

Susana revoleó los ojos exasperada.

—De verdad que no hay no hay necesidad, aparte, no he podido comunicarme con él en todo el día y recién le mandé un mensaje de texto y no me lo contestó así que no tengo forma de saber por dónde anda y no quiero dejarlo aquí esperando por nada, ya llegará.

—¿Y si es él el que te deja esperando?

—Ya va a llegar. Y siempre puedo tomar el colectivo o un taxi.

Sebastián estacionó frente a nosotras, sin bajarse del auto me saludó por la ventanilla.

—¿Entonces quedamos para mañana?

—Sí, claro. Será divertido.

—No sé qué puede tener de divertido mirar vestidos de novia pero ni modo—. Me dio un beso en la mejilla—. Nos vemos mañana—. Se subió al vehículo y asomó la cabeza por la ventanilla—. ¿De verdad que no te molesta que te pida que me ayudes con lo de la boda?

—No, para nada, no me molesta.

—Bien, prometo pagarte esto.

—¿A sí, cómo? —la apuré en broma, parándome frente a la puerta del auto con las manos en la cintura.

—El día que te comprometas me instalaré a tu lado para ayudarte organizar tu boda.

Me dejó con la boca abierta. No estaba muy convencida de querer pasar por eso otra vez.

—Veremos.

—Es probable que en algún momento decida regalarte un anillo que haga juego con eso —soltó apuntando a mi cuello.

Me llevé la mano derecha a la parte baja de la garganta, el brillante colgando de mi cuello era tan reciente que todavía no lo tenía asimilado.

—A mí por el día de los enamorados me regalaron flores.

Sebastián rezongó algo, no entendí qué decía.

—Ya sé que me diste el anillo y que te costó mucho dinero —replicó Susana.

Su novio le contestó algo que no alcancé a oír.

—Te lo advierto, no me hables, todavía no me olvido de tu proposición de pasar la luna de miel en la selva, en carpa y con una nube de mosquitos rondándonos.

Todavía discutiendo por tonterías, se alejaron de mí, dejándome sola parada en aquella calle, que terminado el horario de oficina quedaba siempre desierta.

Saqué el celular de la cartera y comprobé si tenía algún mensaje, tenía miedo de no haberlo escuchado sonar. La pantalla continuaba en blanco. Marqué su número otra vez, y si bien ahora no me salió el mismo disquito que decía que el abonado se encontraba fuera del área de cobertura, Vicente tampoco contestó, saltó el contestador.

—Soy yo, Eliza. Son las... —alcé mi muñeca izquierda para dejarla a tiro de mis ojos —son las nueve menos veinticinco y estoy aquí en la calle, todavía esperándote—. Me llené de ansiedad por no probar su voz con mis oídos. Un hombre de traje oscuro dobló en la esquina tomando la calle en la que yo me encontraba—. Es tarde y estoy cansada así es que creo que lo mejor es que me vaya para casa, si quieres nos encontramos ahí o sino... bueno, llámame cuando puedas. Te amo.

El hombre de traje oscuro llegó a dónde yo estaba, me dedicó una brevísima mirada, y siguió con su camino. Me estremecí y no se me fue ni cuando sacudí la espalda para quitarme ese particular incomodo cosquilleo que te da en la



nuca cuando te sientes observado.

Solté el celular dentro de la cartera y me largué de aquella calle muerta, en pos de encontrar el colectivo que pusiese buena distancia entre ese hombre y yo.

Durante el viaje de camino a casa debo haber comprobado al menos unas cinco veces, si el celular tenía batería, si funcionaba y si no había llamadas perdidas o mensajes.

...

Abrí la puerta, y todavía con las llaves metidas dentro de la cerradura, encendí la luz del techo propinándole un manotazo a la tecla negra a mi derecha. Arranqué el manajo de llaves de un tirón y cerré la puerta. Cerré con llave y puse el pasador. Sabía que eso no serviría de mucho si volvían por mí, pero me provocó una leve sensación de seguridad.

Saqué el celular de la cartera y arrojé ésta última sobre el butacón verde que había pertenecido a mi abuela.

Con el celular muy aferrado en la mano pulsé el botón de play para oír los mensajes, la pantalla titilaba con una luz anaranjada.

—Un mensaje nuevo—. Recitó la maquina con una tonada que sonaba a una mezcla entre centroamericana, española y algo de angloparlante intentando hablar castellano y luego la voz de mi madre: —tengo la impresión de la fotografía que me pediste, puedes venir a buscarla cuando quieras... me refiero antes de la cena del viernes, si tienes ganas. Bien, hablamos más tarde—. Pareció que iba a cortar pero siguió hablando—. Dale mis saludos a Vicente. Adiós.

Me quedé mirando la máquina negra sin entender porqué no tenía guardado para mí, ningún mensaje de Vicente.

Borré el mensaje de mi madre y luego me alejé en dirección a la mesada, el cargador del celular estaba junto a la cafetera. Lo enchufé y me quedé allí, recostada contra el borde de piedra, mirando por la ventana y pensando en la fotografía que mi madre había mandado imprimir para mí. Era un hermoso retrato de mi padre y ella, tomado en su viaje a la paradisíaca isla a la que los mandara Ariel para alejarlos del peligro. La idea inicial era comprar un lindo marco y ponerla en mi biblioteca junto con las otras fotos que tenía de ellos dos, ahora me daba la impresión de que cada vez que la viera recordaría ese asunto que me incomodaba tanto. Tenía que preguntarle a Vicente si había sido

una simple casualidad o algo más.

Exhalando aire por la boca me aparté de la ventana y clavé la vista en la biblioteca. Mis ojos se perdieron entre los lomos de los libros que tantas veces había releído.

Mi mirada se movió otra vez. Las barras del escueto y simple dibujo que representaba una pila se movían, subiendo y bajando, la batería se estaba cargando sin problemas, pero aún así, no había mensajes, ni ninguna otra señal de vida por parte de Vicente.

Solté el celular sobre la mesada y manoteé el teléfono de línea de la mesita. Marqué el número de la casa de Vicente, ya lo había llamado allí dos veces, una al medio día, otra en la tarde. Nadie contestó y en su casa no tenía contestador automático. Marqué su número de celular otra vez. Sonó cuatro veces y atendió el contestador.

—Yo otra vez. Estoy en casa, te llamé durante todo el día y me preocupa que no contestes—. No pude seguir—. Por lo que sea, llámame ¿sí?—. Corté.

Necesitaba oír su voz aunque fuese que me dijera que era para terminar conmigo, tenía pánico de que le hubiese sucedido algo malo.

No tenía apetito y por más que lo hubiese tenido no habría podido probar bocado; mi garganta estaba cerrada y mi abdomen contraído.

A los tirones me arranqué la ropa y me metí debajo de la ducha. El temor me carcomía por dentro.

Se hicieron las diez, las once. Intenté leer un poco, no lo logré, cada tres reglones me perdía. Incluso sin comprender nada de la historia del libro que acababa de empezar, continué intentando avanzar por las hojas hasta que se hicieron las doce. Entonces, cerré el libro y me quedé mirando fijo el celular que reposaba tranquilamente sobre la mesa de luz, lo había llevado conmigo al cuarto por si él llamaba. No llamó.

Me pareció una estupidez volver a dejarle otro mensaje en el contestador y si hubiese llegado a su casa me habría llamado desde allí.

Dejé el libro a un lado y trepé por las almohadas. Solamente me quedaba una cosa por hacer. Tomé el celular y marqué el número de Lucas.

Lucas no me dijo ni hola.

—¿Estás bien? Salgo para allá ahora mismo—. Rugió con voz tensa.

—No, Lucas. Yo estoy bien, estoy en mi casa.

—¿Qué pasó entonces, es Vicente? ¿Todavía no aparece?

—No, ya llamé cientos de veces a su celular y a la casa y no contesta. Quedamos en que me pasaría a buscar por el trabajo a las ocho y no se

presentó—. Hice una pausa, dudaba si preguntarle lo que me daba vueltas por la cabeza, o no—. ¿Sabes dónde está?

Lucas no contestó.

—¿Está trabajando?

—No que yo sepa.

Experimenté un increíble alivio.

—¿Podría haberle sucedido algo malo?

—No te preocupes antes de tiempo. Deja que haga unas llamadas; te llamo en cinco minutos. No ocupes la línea.

Fueron más de cinco minutos, y se me hicieron eternos, cada segundo parecía un día, cada minuto una semana.

El celular vibró dentro de mis palmas, ya lo abría cuando empezó a sonar. Era Lucas.

—Está en camino a tú casa, me pidió que te dijera que no lo esperes despierta.

—¿Qué? Dónde estaba, qué le pasó. ¿Qué te dijo? ¿Cómo lo ubicaste? —las palabras se escaparon de mi boca sin control alguno.

—Tranquila, no pasó nada, estará ahí contigo a más tardar en dos horas.

—No voy a quedarme tranquila hasta que alguien me de una explicación.

—Lo lamento, yo no voy a ser ese alguien. Es tarde, mejor vete a descansar. Te llamo mañana.

—Lucas...

—Eliza, estoy ocupado y la verdad es que no tengo nada más para decirte.

¿Eh? El tono de fastidio de mi amigo me supo amargo.

Mi súbito silencio lo llevó a continuar hablando.

—Disculpa, no pretendía descargarme contigo, es que las cosas aquí... no sé cuánto más tardaré con esto y lo único que quiero en este momento es regresar a casa, ya estoy harto de tanta miseria. Este lugar apesta. Te extraño y odio no poder tener cinco minutos de paz para conversar contigo.

—También te extraño—. Estaba segura que no podía ni imaginar lo que su trabajo implicaba. ¿Qué cosas se veían obligados a ver y experimentar?

Al oírme soltó una risita suave.

—Espero estar de vuelta el fin de semana.

—Bien, siendo así podemos organizar un asado para el domingo. ¿Qué te parece? —le propuse para levantarle el aire, se lo escuchaba amargado y hastiado.

—Suena muy bien—. Hizo una brevísima pausa, me dio la impresión de que se detuvo a pensar qué más decir, o si debía decir algo más—. Acuéstate a

dormir de una buena vez.

—Sí, papá —gruñí en tono socarrón.

—Que gusto que seas buena chica y me hagas caso —continuó siguiéndome el juego.

Le saqué la lengua, por supuesto, él no me vio.

—Buenas noches —le deseé a pesar de que no dormía.

—Buenas noches.

Corté y me recosté, no había necesidad de que me levantara a quitar la traba de la puerta, Vicente no necesitaba llave para entrar y una simple y delgada cadena no lo detendría. Apagué la luz y me quedé en penumbras, la persiana de la ventana que daba al balcón no estaban del todo baja, por lo que la luz de la calle se filtraba dentro de la habitación. El ventilador de techo removía suavemente el aire provocándome cosquillas en los brazos y piernas desnudas. Por suerte, no hacía tanto calor, llevaba un par de horas soplando una agradable brisa fresca.

Me abracé a una de las tantas almohadas y almohadones que tenía contra la cabecera de la cama, y sin darme cuenta, me quedé dormida.

#### 4. Potencial punto débil.

Horacio me retorció la muñeca rota mientras Ignacio, su joven ayudante, me tenía inmovilizada. Todos los otros demonios que cerraban un perfecto círculo concéntrico alrededor de nosotros, se rieron de mí cuando solté un grito de dolor que me tapó la garganta. El dolor se esparció por mis venas una vez más, transformando mi sangre en un líquido que ardía y quemaba. Todo se puso negro y cuando la luz volvió a mis ojos dejándome parcialmente ciega por las primeras fracciones de segundo, lo vi parado otra vez frente a mí, su rostro justo delante de mi cara a no más de cinco centímetros, Horacio sonreía enseñando una amplia y blanca dentadura que denotaba cuidado. El demonio me observaba con voracidad; temí que fuese a engullirme entera y de un único bocado, igual que si él fuese una inmensa serpiente pitón y yo un simple roedor.

El agua fría del río me chorreaba desde el pelo. Sentía rodar las gotas que parecían de hielo líquido por mi espalda, entre los omoplatos, por el cuello y el abdomen.

—El dolor todavía no termina, dulzura. Esto recién empieza. Mejor vete

acostumbrando a la idea de que sufrirás por siempre —susurró en mi oído derecho, pegándose tanto a mí que su intenso aroma dulce me revolvió el estomago. Ni bien terminó de pronunciar aquellas palabras, se apartó con un movimiento brusco, seco, tan preciso que me dio la impresión de que más que moverse, se había desmaterializado de un lugar para materializarse en otro a la velocidad de la luz. Se quedó quieto mientras inspiraba por la nariz tan profundamente que su pecho se hinchó y sus narinas se dilataron; entornó los párpados hasta que sus ojos se convirtieron en una línea, estiró el cuello hacia un lado y al otro y luego, sin que yo pudiese hacer nada, pese a que preveía su siguiente ataque, alzó su pie y con éste golpeó con todas sus fuerzas mi pierna partiéndola en dos. Oí el sonido de mis huesos al quebrarse y fue desagradable.

Esta vez no pude gritar, lo que hizo que no tuviese oportunidad de descargar al aire parte del dolor que me subió por la pierna rota atravesando mi cuerpo en sentido longitudinal. Creí que estallaría de dolor. Los ojos me ardían; tampoco podía llorar. No oía nada, sino dolor. Se me cortó la respiración, empecé a ahogarme dentro de mi propio cuerpo.

Horacio se echó a reír a carcajadas.

Ni Vicente ni Ariel llegaron para ayudarme.

Caí al suelo pesada, todavía conteniendo este dolor magnificado a extremos insoportables.

Apoyada sobre mi cadera derecha le lancé un vistazo a mi pierna izquierda, el hueso sobresalía por la tela rasgada del pantalón. Había sangre por todas partes.

—No te desmayaste esta vez —entonó la voz que se acercó pisando con suavidad el pasto, que bajo la luz de la luna se veía de un azul grisáceo.

El hombre se agachó, quedando de cuclillas frente a mí. Apoyó sus codos sobre las rodillas flexionadas y me sonrió mientras se inclinaba hacia adelante.

—Sí que eres una chica dura.

¿Pretendía ser un cumplido?

Horacio había desaparecido del mapa. En su lugar estaba Ignacio.

Entrecruzó los dedos y borró la sonrisa de su rostro adoptando una mueca severa.

—No creíste que me olvidaría de ti.

Intenté arrastrarme para apartarme de él, no llegué muy lejos, me tomó por el tobillo de la pierna rota. El tirón me hizo ver las estrellas; cientos de puntos

blancos y brillantes aparecieron delante de mis pupilas. Ahora sí grité hasta que me quedé sin voz.

Abrí los ojos y reprimí el impulso de seguir gritando. Vicente se encontraba a mi lado, sentado en el piso junto a la cama, contemplándome con los ojos muy abiertos, más bien parecía vigilarme.

Todavía empapada en el tormento de mi pesadilla me le eché al cuello y él me devolvió el abrazo, aunque tardó un poco en reaccionar.

—Qué bueno que volviste. Te extraño tanto. Estaba muy preocupada —lo ceñí todavía más contra mi cuerpo—. Porqué no me llamaste en todo el día.

Vicente coló sus manos por debajo de mis brazos y palpó mi rostro, no entendí qué hacía hasta que me lo mostró. Alzó su dedo índice y a la luz que entraba de la calle, brilló una gota, una lágrima.

Tenía el rostro empapado en llanto y no me había percatado.

—Pesadillas otra vez —aventuró con cara de sufrimiento.

—No sé, no me acuerdo —mentí. Me aparté de él y me sequé la cara con las manos—. Lo único que importa es que regresaste a mi lado—. Le tendí una mano y él la tomó. Haciéndome a un lado, lo invité a subir a la cama conmigo, al hacerlo vi de refilón la brillante pantalla del reloj despertador, eran las cuatro treinta de la madrugada.

Vicente ocupó un estrecho espacio dentro de la cama y sin soltarme la mano, se recostó contra las almohadas y la cabecera. Como no me abrazó, tomé yo la iniciativa. Pasé su brazo por encima de mis hombros y me pegué a su cuerpo. Alcé el mentón y lo miré a los ojos, él tenía la vista perdida en la pantalla apagada del televisor.

—¿Qué va mal? ¿Por qué desapareciste así?

Vicente vació sus pulmones soltando todo el aire por la boca. Este emergió con un dejo amargo y sulfuroso, que aunque tenue me sirvió para darme cuenta de que estaba un tanto enojado. En dos meses se pueden aprender algunas cosas sobre demonios, y una de ellas es algo que no pueden evitar demostrar, cuando están enojados, muy tensos y en el peor de los casos: furiosos, emanan un pestilente olor a azufre que revuelve las tripas. El olor que soltaba Vicente ahora, no era tan fuerte, aun así me preocupé.

—Disculpa que me haya ido sin avisar, fue algo imprevisto.

—¿Trabajo?

Me miró y parpadeó pero no respondió.

—¿Por qué no quieres admitir que continuas teniendo pesadillas? No dejas de refregarte la muñeca y si no estuvieses esforzándote tanto por ocultármelo

también estarías intentando asegurarte de que tu pierna no está rota otra vez. Todavía me dolía como si continuase partida en dos.

—¿Por qué no admites que volviste a lo tuyo?

Vicente, que se había dignado mirarme a los ojos para soltarme sin reparos, que sabía que yo le estaba sino mintiendo, al menos ocultándole algo, apartó sus ojos otra vez.

—No fue... no es algo mío. No he vuelto, todavía estoy aquí.

No comprendí porqué utilizó esa última frase para decirme que todavía no estaba devuelta a la caza de almas, ¿acaso se iría cuando tuviese que hacerlo? ¿Era eso lo que nos detenía en inestabilidad, la certeza de que acabaríamos separados? Se me encogía el pecho ante al mero hecho de pensar en una separación.

—Ariel me pidió un favor y no pude recusarme a ayudarlo. Tuve que viajar un poco más lejos de lo que creí, supuse que llegaría para buscarte al trabajo pero... —no lo dejé terminar.

—¿Ibas a ocultármelo?

—Te repito que fue un asunto sin importancia, no quería alterarte por nada.

—Creo que hubiese podido controlarme. Me estoy controlando ahora. No estoy alterada ni me arrepiento de haberte hecho subir a la cama.

—Lucas me dijo que se preocupó por ti, según él, sonabas algo histérica.

—Sí, porque no tenía ni la menor idea de dónde estabas ni de si te había sucedido algo malo. Yo pensé que... —me corté en seco, no iba a decirle que creía que los demonios iban otra vez tras nosotros, que me preocupaba que todo empezara otra vez—. Me asusté.

Ladeó la cabeza y me contempló por un segundo.

—¿Te preocupa lo que me suceda? —me preguntó con una dulce sonrisa, sus labios entreabiertos me tentaron.

—Por supuesto, qué pregunta más estúpida es esa —gruñí acercándome a él un poco más.

—Bueno. Esperaba que te preocuparas por mí, me alegra que lo hagas, eso demuestra que significo algo para ti—. Apretó los labios—. Bueno, no me “alegra” exactamente, saberte preocupada me hace sentir culpable. Pero es agradable saber que piensas en mí de ese modo.

—No es que signifiqués algo; eres todo para mí.

Vicente me apretó contra él.

—No debes, en realidad no hay razón para que temas por mí. Puedo defenderme solo.

Revoleé los ojos y resoplé, su sonrisa abierta me relajó.

—Lo único que me preocupa es no poder estar ahí para defenderte a ti, básicamente eres mi potencial punto débil.

—¿Por qué potencial?

—Porque mientras yo esté a tu lado nadie te tocará ni una sola hebra de cabello. El único riesgo que corremos es al separarnos. Juntos somos uno solo y nadie puede hacernos daño.

Era todo lo que necesitaba oír. Me arrojé a sus labios de cabeza.

...

—Es hora de que te levantes —entonó Vicente para despertarme, dándome un beso en la sien izquierda.

El despertador empezó a sonar y él lo apagó antes de que me pusiera de mal humor. Sonó una sola vez pero eso bastó para amargarme el día. Hubiese preferido no tener que levantarme de la cama, no tener que separarme de Vicente ni por un segundo siquiera.

—Como quisiera no tener que ir a trabajar —lancé junto con un bostezo que no pude reprimir.

—¿Planeas tomarte un día sabático?

—Ojalá pudiese, el caso es que me pesaría demasiado la consciencia si lo hago, soy tan tonta que no podría quedarme tranquila sabiendo que dejé a Susana y a Matías solos sin un verdadero motivo. Además no puedo porque quedé con Susana en que la acompañaría a ver a unas modistas por lo de su vestido de novia.

—¿Estás ayudándola con lo de la boda?

—Algo así. Ah, ya que hablamos de eso: estás invitado, y por lo que dijo Susana ayer, creo que Lucas también. Por qué te sorprende tanto —quise saber, al ver la cara que ponía—. Lucas les cayó bien desde el principio y tú y yo... nosotros somos pareja, es lo más lógico.

—Lo expresaste con una pasmosa exactitud. Lucas le cayó bien y a mí me invitan porque estoy contigo; no la culpo, tiene razón en eso de que no le agrado, de no ser por mí, no te habría sucedido nada. Debe intuir que soy responsable de lo que te sucedió.

—Otra vez con eso. En vez de esforzarte tanto por tirarte tierra encima, porque no te preocupas más por agradecerle.

—¿Qué sugieres?



—Por lo menos podrías empezar por no amargarte porque te invitó a su casamiento —le dije levantándome de la cama.

—No es buena idea que ni Lucas ni yo asistamos; lo lamento pero no podemos ir.

—Eso no sumará puntos a tu favor.

—Sé que ella es tu amiga y que te gustaría que yo le agrade; ciertamente esta no es una situación que puedas forzar. Ella no va a quererme nunca, no importa lo que haga, es por lo que soy. Además, es más seguro para ella que las cosas se den de este modo.

Me crucé de brazos y lo enfrenté.

—¿No vas a ir conmigo a la boda?

En vez de contestarme, pasó por mi lado para salir al corto pasillo rumbo a la cocina.

—Vicente —fui tras él—. No es que me importe la boda en sí—. En cuanto me planté detrás de él se dio vuelta y me tendió una taza de café con leche—. Pero... No te parece que es momento de que hablemos con claridad. Todas esas cosas que dices, las que haces. Siempre estamos dando pasos en falso en todas direcciones sin movernos hacia ningún lado en realidad. Siento que de un modo estamos muy juntos y unidos pero al mismo tiempo nos separan años luz. Sé que quedamos en que iba a darte tiempo... para que esto funcione tenemos que poner en marcha ciertas cosas. Yo no quiero ser tu punto débil, no quiero que te pases todo el tiempo concentrado en protegerme o en quedarte a mi lado para que nada me suceda. Me encanta estar contigo y cuando te alejas de mí te extraño una barbaridad. Pero no quiero que lo que sea que te mueve a regresar a mí sea una obligación por mantenerme a salvo. Dijiste que cuando estamos juntos es como si fuésemos uno solo pero eso contigo es imposible porque no compartes nada conmigo. No necesito que seas el príncipe azul que viene a salvarme del dragón que quiere devorarme. Quiero que me enseñes a ser ese príncipe, o al menos, que me expliques cómo es él, para por mis propios medios intentar aprender algo que me sirva para defenderme por mí misma.

Vicente frunció el seño y me dio la espalda.

—No hay nada que enseñar, tú no puedes defenderte sola de otros demonios, ni de mí.

—Todavía sientes culpa por estar conmigo.

—Siento culpa por haberte hecho lo que te hice, lamentablemente no me da culpa estar junto a ti, sino ya habría desaparecido.

Dejé la taza sobre la mesa.

—Está bien, cualquier demonio puede romperme los huesos, arrancarme el alma y luego matarme. Acepto mi condición humana, no soy invencible. Pero no desmerezcas mi cerebro suponiendo que no puedo tolerar la verdad. No voy a desmoronarme porque me digas que tienes que volver a trabajar, ni porque Ariel te pidió un favor que supongo debe haber tenido como fin comprar un alma...

—Eliza —protestó interrumpiéndome.

—No, es hora de que empecemos a llamar las cosas por su nombre. Cuando decidí que le daría rienda suelta a esto, era consciente de que debería aceptar muchas cosas, y las acepté. Lo que haces es comprar almas, así y todo, no es lo que eres; me bastaron unos pocos días para darme cuenta de eso. Ya no importa si le entregaste tu alma al Diablo a voluntad, eso fue hace mucho. La gente cambia Vicente. La vida te cambia. Si no supieras eso, no vivirías con tantos remordimientos. Hiciste cosas de las que te arrepientes, bien, punto, se terminó. Es momento de que las dejes ir o no llegaremos nunca a ninguna parte. Si no puedes perdonarte a ti mismo, deja al menos que yo te dé mi perdón. Ya no importa Vicente —meneé la cabeza—, ya no importa.

Vicente se quedó viéndome. Estaba inmóvil, igual que una imagen congelada en la pantalla del televisor.

—Todavía tengo pesadillas —admití—. También tengo sueños muy placenteros y sin miedo a equivocarme puedo afirmar que las horas que paso despierta suman un buen montón a las excelentes que he acumulado desde que entraste en mi vida.

—Todavía no comprendo por qué me quieres a tu lado.

—Yo me pregunto lo mismo a cada minuto. No más mentiras, no más secretos, prométeme que me dirás las cosas como son.

No dio señal de aceptar lo que yo le proponía.

Di un paso al frente.

—¿Y bien?

—Haré lo que pueda.

Su respuesta no me satisfizo del todo; no podía forzarlo demasiado, él no estaba listo para la verdad a un cien por ciento, y la verdad es que yo tampoco; por algo teníamos que empezar.

—Puedo conformarme con eso por el momento. Ahora bien, vas a explicarme porqué compraste ese Mercedes sin siquiera meditarlo.

—Qué tiene eso que ver con todo esto. Hace mucho que tenía pensado cambiar

el auto.

—Bien, supongamos que acepto eso. ¿Quién se llevará el otro Mercedes?

—Ariel, él se lo llevará, de hecho, se lo debe haber llevado esta mañana.

—Para qué.

—Lo necesita para un trabajo —se volvió en mi dirección y me apuntó con un dedo—. Y no pienso decirte nada más al respecto. No importa cuanto repitas que puedes resistirlo, hay cosas que no pienso contarte.

Lo dejé así. Me senté a la mesa y me bebí mi taza de café. Vicente se acomodó a mi derecha sin hacer ni el más mínimo ruido, era capaz de moverse con tal sigilo que podía pasar por un fantasma.

—Entonces. ¿Vas a estar ocupada a la salida del trabajo?

Asentí con la cabeza mientras tragaba.

—¿Quieres venir para casa luego? Puedo preparar una rica cena y luego de comer podemos conversar un poco.

—¿Mis palabras surtieron efecto?—. Nunca esperé tener semejante poder de convencimiento, esa parecía una cualidad más suya que mía. Me miró por el rabillo del ojo sonriendo, adiviné que no había sido así.

—No, de hecho es algo que llevo buen tiempo queriendo contarte.

—Y por qué no ahora mismo, para qué esperar hasta la noche.

—Es una historia larga, necesito tiempo y calma, y tú tienes que irte.

—Cada vez tengo menos ganas de ir a trabajar —refunfuñé.

—Sí, pero eres una persona enloquecidamente responsable y no faltarás al trabajo. Llévate la camioneta, eso me dejará más tranquilo.

—¿Cómo vas a regresar a tu casa?

Vicente me sonrió.

—Con los medios tradicionales con los que la mayor parte de los mortales se traslada.

En cuanto el primer semáforo me detuvo, me puse a recapitular sobre nuestra conversación. Cada vez me convencía más de que si lo nuestro seguía viento en popa, debería llegar el momento en que yo dejara de ser su punto débil para convertirme en su igual; tenía al certeza de que jamás viviríamos en paz hasta que fuese tan resistente y fuerte cuanto él, no sólo por el temor de que alguno de los que habían intentado cazarme, y que ahora andaban libres por ahí, decidiese tomar revancha por lo sucedido, en especial Ignacio, que se la pasaba amenazándome en mis pesadillas, sino por otras cuestiones tanto más mundanas y porque no admitirlo, lujuriosas también. Hasta tanto no

estuviésemos ambos sobre el mismo peldaño de esta larga escalera tendríamos que cuidándonos de no provocar una avalancha que arrastrase al otro hacia abajo.

Me pregunté si yo era capaz de tomar la decisión definitiva de convertirme en lo que él era, de realmente hacerlo. ¿Podría abandonar todo, absolutamente todo por él? Supongo que tendría que hacerme a la idea de que ese era el precio por vivir la eternidad infinitamente feliz a su lado. Existía un detalle que ya me había planteado antes, podría seguir amando a Vicente sin mi alma. Él me amaba a mí. Recuerdo un día me dijo que ahora yo era su alma, era por eso que podía quererme, porque ahora compartíamos mi alma. ¿Qué sucedería si yo la perdía? ¿Se extinguiría el amor?

El camión que tenía detrás tocó bocina arrancándome de mis cavilaciones. El semáforo se había puesto en verde. Sacudí la cabeza. No tengo ni idea de dónde salieron todas esas ideas, ser consciente de ellas me inquietaba. Puse primera y arranqué. Un tren de automóviles se movió detrás de mí.

## 5. Drapeados, volados y perlas.

—Bien, estoy lista —Susana asomó la cabeza por detrás del mostrador—. Podemos irnos.

—En marcha entonces.

Pasé detrás de ella.

—Organicé nuestro recorrido para así perder la menor cantidad de tiempo posible —al decirlo sacó varias hojas que sin duda eran fotocopias de una guía de calles. Los mapas tenían marcados caminos con resaltador rosa fosforescente.

—De verdad que te tomaste muy en serio la organización de tu boda.

—Cuanto menos tiempo pierda, antes voy a terminar con esto. Odio tener que hacerlo.

—En vez de odiarlo podías empezar a disfrutarlo. No es tan malo si te lo tomas con calma. Puede resultar divertido probarse vestidos de novia.

—O muy frustrante.

—Me acuerdo que una de las primeras veces que fui a probarme vestidos caí en la casa de una modista que hacía unas cosas espantosas, sus vestidos eran más grandes y pomposos que tortas demasiado recargadas de copos de crema. Mi primera impresión al mirarme al espejo fue que parecía un elefante blanco

—. Sonreí al recordar el momento que parecía haber sucedido ayer mismo—. Esos vestidos eran tan horribles que no se pueden describir con palabras. Fue lo más ridículo que me ha sucedido en la vida. La mujer apareció por detrás de mí en el probador y me dijo que era la novia más linda que ella hubiese visto jamás. El vestido era horrendo, tenía un miriñaque de alambre, una falda enorme de un raso sintético tan blanco que hería la vista, parecía del color de un tubo fluorescente, y las mangas eran del tamaño de globos terráqueos con volados y moños. Ese día creí que no encontraría nada que me gustase.

—Así me siento yo ahora.

—Mientras no pienses ir a visitar a esa modista todo estará bien —le aseguré para insuflarle algo de ánimo.

Nos reímos juntas.

No era la primera vez que Susana viajaba en la camioneta, yo la había alcanzado un par de veces hasta su casa, incluso así, no perdía oportunidad de decirme que le parecía espectacular.

—Perfecto —inserté la llave en el encendido y puse la camioneta en marcha—. ¿Según hoja de ruta, por dónde debemos empezar?

Susana desplegó los mapas sobre su regazo y me indicó la primera dirección, la cual no quedaba muy lejos, debía ser a unas diez cuadras de dónde nos encontrábamos y por suerte, sabía cómo llegar allí. Mis habilidades de conductora todavía no eran muy buenas, no terminaba de acostumbrarme a circular por las calles de la ciudad en automóvil, por lo que me perdía con facilidad. Sin duda lo peor que podía pasarme no era perderme, sino no encontrar un lugar en el que estacionar la bestia sobre la cual estaba montada, me costaba horrores hallar un lugar lo suficientemente amplio para que pudiese encajar la camioneta junto al cordón.

Susana contempló la imagen que le devolvía el espejo.

Mi rostro asomó por encima de su hombro izquierdo. Sus ojos buscaron desesperadamente los míos.

—Un lavarropas, eso es lo que parezco.

Me acerqué a ella sin decir nada. Una clienta y una de las dependientas del local rondaban muy cerca de nosotras discutiendo el largo de la falda de un pomposo vestido que necesitaba el ancho de una pista de aterrizaje para circular.

—Los drapeados y los volados no me favorecen.

—No es que no te favorezcan. El problema aquí es que intentaron meter todas

las técnicas de plegados de tela en un único vestido, y en cada centímetro cuadrado de éste.

Susana puso cara de sufrida, era el segundo lugar que visitábamos sin encontrar un vestido que fuese medianamente aceptable, o que por lo menos, nos diese la esperanza de que con unos cuantos retoques pudiese convertirse en lo que ella buscaba.

—No te desanimes, no es ni la mitad de malo de aquellos vestidos que te conté —la consolé.

Sonrió.

La ayudé a soltar los últimos botoncitos de la parte superior y la alenté a intentar con uno más. Susana revoleó los ojos en respuesta, al tiempo que yo me apartaba cerró la puerta del probador.

—Un camión saldrá más barato que esto, y para el caso son exactamente lo mismo.

El despojado vestido era el extremo opuesto del anterior. Era una especie de camión de tiras muy finitas sin detalle alguno.

—¿Es que acaso no existe un punto medio entre un merengue y una vela?

—Larguémoslos de aquí —le propuse, esto no estaba funcionando.

—Hecho —convino regresando al probador.

El siguiente lugar al que fuimos fue también un completo desastre, por lo que empecé a convencerme de que Susana quizá tuviese razón en eso de que no iba a encontrar un vestido para ella.

El cansancio comenzaba a hacer mella sobre nosotras exacerbado por el mal humor que causaba no encontrar ningún vestido que fuese medianamente aceptable.

Me abroché el cinturón de seguridad y esperé con la mano derecha sobre la llave del encendido. Susana contemplaba la lista que me había mostrado una hora atrás.

—Tengo una idea.

La luz de los faros de un automóvil que circulaba por la calle, llenaron el espejo retrovisor y me enceguecieron momentáneamente.

—Cuéntame —le pedí parpadeando.

Hizo un bollo con la hoja de la lista y la tiró dentro de la cartera que estaba a sus pies.

—Esa no es muy buena idea.

—Dobla aquí a la izquierda —me indicó con renovadas esperanzas.

Puse el motor en marcha y la guiñada para doblar.

—¿A dónde vamos?

—Como no tengo pensado casarme más de una vez, voy a hacer algo extremo. Le eché un vistazo por el rabillo del ojo intentando no distraerme del tránsito.

—¿Puedo saber qué ideas te rondan por la cabeza?

—Aquí a la derecha —indicó apuntando con el dedo índice a la siguiente esquina—. Serán unas cinco cuadras.

—¿No vas a decirme a dónde vamos?

—Al lugar más caro de Buenos Aires para encontrar vestidos de novia. Como mi prometido pretende llevarme de luna de miel a un camping, pienso gastarme lo que nos ahorraremos en hotel en el vestido más caro que encuentre.

Solté una carcajada.

—¿Estás segura?

—¿Completamente? Bueno, más o menos. Si veo algo que me gusta puedo hacer que alguna otra modista lo confeccione.

—Es buena idea.

—Ese es—. Susana apuntó al edificio que llamara mi atención gracias al espacio que quedaba a sus puertas—. Acércate ahí, tienen servicio de *valet parking*. Puedes respirar otra vez, no tendrás que volver a estacionar —me dijo con una sonrisa.

—Unos días más contigo buscando vestidos de novia y me convertiré en toda un experta en las cuestiones de calzar esta bestia hasta en los espacios más pequeños.

En cuanto detuve la camioneta frente al espacio vacío, la entrada del edificio se iluminó. Anochecía. Sin duda no podríamos visitar ningún otro sitio hoy.

Un hombre trajeado de pies a cabeza como el más elegante de todos los novios, avanzó hacia mí y me abrió la puerta, otro se ocupó de hacer lo mismo por Susana.

—Buenas noches. Bienvenida.

Le di las buenas noches y salte de la camioneta. Susana me esperaba en la vereda, boquiabierta. Este debía ser el sueño de toda novia, al menos de aquellas que sueñan con la gran fiesta, el gran vestido y todo eso. Este no era el caso pero igual no era una situación para despreciar.

—Pasé una vez, hace un tiempo y me prometí a mí misma que si llegaba a casarme compraría mí vestido aquí—se prendió de mi brazo derecho—. Todo aquí es tan bonito y elegante, espero que los vestidos también lo sean.

Avanzamos por la alfombra que atravesaba la vereda hacia la importante

entrada.

El interior del edificio era como retroceder dos siglos y trasladarse a París en su época más gloriosa y perfumada. Todo, hasta el más mínimo detalle era exquisito.

Una mujer enfundada en un sobrio y exquisito traje gris de corte muy similar al de un esmoquin masculino, modificado con toques muy femeninos, se nos acercó y dio la bienvenida.

—Mi nombre es Mariela. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Soy Susana y ella es mi amiga Eliza. Buscamos vestidos de novia.

—¿Para usted?

Asintió con la cabeza sonriendo con picardía, parecía una niña que sabe que está cometiendo una travesura.

—Perfecto. Síganme por favor.

La seguimos hasta otro salón igual de lujoso en el que había un par de mujeres mayores. Supuse, madre, tías o pariente de alguien que se estaba probando un vestido. Las mujeres impecablemente vestidas lucían tan finas como el lugar. Una de ellas, la de cabello castaño cortado *carré* hablaba por celular, en la mano izquierda tenía alzada una copa de champagne burbujeante a medio beber. La otra mujer sentada en una poltrona miraba una revista de modas que estaba en francés, por lo que llegué a ver de la tapa.

Nuestra guía por los lujosos recorridos de los pomposos sueños femeninos de boda, nos llevó hasta los sillones al otro lado de aquellos en los que estaban instaladas las dos mujeres. Los sillones daban respaldo contra respaldo separados por un biombo de cristal de metro y medio, el cual tenía filigranas de esmerilado con motivos también *art nouveau*.

—Si gustan tomar asiento—. Nos invitó señalándonos un sillón de tres cuerpos con contorno de madera y detalles de dorado envejecido. La mujer se sentó a nuestra izquierda—. Muy bien, tiene en mente algo en particular o desea que le muestre lo último que ha entrado de la última colección.

—Bueno, no estoy segura de qué es exactamente lo que quiero; sí sé muy bien lo que no quiero.

La mujer se sonrió.

—No quiero nada demasiado grande ni cargando. Me gustaría que fuese delicado, no cursi, elegante... sobrio.

—Pues permítame decirle que ha venido al lugar indicado para encontrar lo que desea.

Susana y yo desplegamos corteses sonrisas también.



—Perfecto. Te traeré unos cuantos vestidos para que te pruebes.

—Grandioso.

—¿Gustarían beber algo mientras me esperan? ¿Puedo ofrecerles una copa de champagne, café, o agua?

—Champagne estaría muy bien, gracias —contestó Susana. Yo me quedé detrás de ella cuando la mujer me miró esperando mi respuesta. Con lo poco que tenía en el estomago no me parecía muy buena idea beber, sobre todo porque tenía que conducir, pero no fui lo suficientemente rápida para negarme o pedir otra cosa.

Susana se inclinó hacia mí.

—Te dije que este lugar era especial.

—¿Tienes idea cuánto puede costarte un vestido aquí?

—Más de lo que me atrevo a pronunciar en voz alta —miró a un lado y al otro, las mujeres que estaban al otro lado de la sala no nos prestaban atención—, simplemente no importa, no voy a pensar en eso ahora —se enderezó contra el respaldo e irguió la cabeza—. Empiezo a disfrutar esto.

Otra mujer llegó cargando una bandeja con nuestras copas de champagne. Bebí un pequeño sorbo y dejé la mía en la mesa de apoyo que tenía a mi derecha. Me costó un poco acomodarla sin chocar el jarrón esférico de cristal amarillo ocre, dentro del cual había un ramillete de rosas púrpura que parecían de terciopelo.

En menos de cinco minutos la dependienta regresó empujando un perchero dorado con ruedas que imprimió surcos opacos sobre la alfombra, causados por el contraluz que provocaban las satinadas hebras despeinadas. Debían ser al menos media docena, y ninguno de ellos era del mismo color que el otro, es increíble la variedad de tonos que existen entre el blanco más blanco y el beige. Los había más amarillos, más rosados, incluso uno tenía un tenue tono celeste. Los tejidos brillaban hasta lo imposible.

Mis oídos se llenaron de palabras y expresiones que no escuchaba a menudo: *bustiers*, corsé, canesú, lana virgen, *shantung*, satén, tafetán, corte al bies y demás términos del mundo del diseño de alta costura que no me eran para nada familiares.

Creo que Susana quedó tan mareada cuanto yo, luego de la detallada descripción de los vestidos que nos dedicó la mujer que nos atendía.

—Son uno más hermoso que el otro- soltó Susana sin aliento poniéndose de pie-. ¿Puedo probármelos?

—Sí, por supuesto. Recuerde que los modelos pueden modificarse. Tengo más

variaciones de los vestidos que ve aquí, primero creo que deberíamos empezar por estos hasta que averigüé qué es lo que más le gusta y lo que le sienta mejor.

—No puedo creer que realmente me gusten tanto —Susana no podía dejar de sonreír de felicidad.

—Por aquí —indicó la mujer apuntando hacia un amplio cortinado del color del Cavernet Sauvignon bien añejado.

Yo pensé que aquel arco daba a otro salón, no era así, en cuanto la mujer apartó uno de los paños del pesado cortinado de terciopelo, que arrastraba tanta tela por el piso que los pliegues que formaban un bulto de tela en el piso alfombrado debían tener unos veinte centímetros de alto. Dentro del saloncito que tenía casi las mismas medidas que el living/comedor/cocina de mi departamento, había un largo diván, una mesa, un perchero, un espejo de cuerpo entero montado en un armazón recamado en flores y hojas de acanto, y una tarima, todo del mismo exquisito buen gusto.

La mujer dejó el perchero a un lado.

—Enseguida regreso, voy a buscar unas cosas para completar estos atuendos. Si quiere, a la derecha de la sala hay un espejo más grande y con mejor iluminación en el que puede mirarse—. Deslizó la mano por el primer vestido de la fila. Dicho esto encerró a Susana detrás del cortinado y se fue. En cuanto lo hizo me levanté de un salto. Susana asomó la cabeza por la cortina.

—Son preciosos, me los llevaría todos.

—Ponte uno, quiero ver cómo te queda.

La cortina succionó la cabeza de Susana, yo regresé a mi lugar en el sillón. Me acomodé y tomé una revista del montón que había en la otra mesita a mi izquierda y empecé a pasar las hojas de un lado para el otro, no había nada interesante en ella. Al colocarla sobre la pila me percaté que debajo de todo había una especie del álbum de fotos. Lo saque del montón procurando no tirar ni romper nada (sobre la mesa había un montón de adornos de cristal y allí también había quedado la copa de Susana).

Lo que creí era un álbum de fotos resultó ser un catálogo de vestidos de novia. La primera foto era la de un vestido que podía definirse únicamente como “espectacular”. La parte inferior era un corsé que terminaba en pico y de corte recto por la parte superior, con dos sencillos breteles rectos que se cerraban inmediatamente por detrás del hombro en la espalda del vestido, la falda amplia tenía en su parte frontal un pliegue de forma semicircular que se plegaba y ajustaba hacia la parte posterior del vestido replegando toda la tela

en un frunce a la altura de la parte baja de la espalda; por los costados y por detrás brotaba el satén color marfil de tablas desparejas y arrugadas, y nubes de tul vaporoso. El vestido era pura tela y si bien no tenía grandes detalles más que la confección misma, me impresionó que me gustara, era mucho más de lo que yo nunca hubiese elegido para mí.

Susana me llamó. Abrió la cortina y apareció luciendo el primer vestido, el cual le quedaba pintado. Me pidió que la ayudase con los diminutos botoncitos de la espalda. El vestido era sencillo, *strapless*, de tafetán; tenía una falda apenas acampanada que se movía suavemente con un susurro apenas audible. En este caso la tela también era la protagonista; el único detalle que tenía era una hilera de perlas a la altura de la cintura. Susana metió las mangas dentro del bolero de chifón que era del exacto color del vestido y sonrió complacida.

—Me encanta —exclamó mirándose al espejo, creo que no necesito ver más.

—Te queda precioso.

—Deberías probarte uno.

—¿Qué?! Te volviste loca. No gracias.

—Vamos, son tan suaves —entonó deslizando las manos sobre sus costillas para detenerse en las perlas. Luego acarició una de las mangas—. Sí hasta huelen tremendamente bien.

—No creo que a la empelada le agrade que me pruebe ningún vestido si realmente no voy a comprar nada.

—¿A quién le importa! ¿No hay ninguno que te guste?

—No me voy a probar tus vestidos. De ninguna manera.

—Técnicamente ninguno es mío todavía.

—No importa, no gracias.

—Por favor. Será divertido.

No le veía lo divertido, y además no tenía planificado volver a meterme dentro de ningún vestido de novia, fuese mío, o de alguien más, por un muy buen tiempo.

—Por favor, por favor, por favor —rogó dando saltitos igual que una niña pequeña.

Susana tiró de mí hacia dentro del probador y cerró la cortina.

—Pruébate éste —me ordenó descolgando del perchero un vestido que estaba apartado de los demás para luego incrustarlo contra mi pecho.

—¿Por qué?, porque no te gusta —bromeé echándole un vistazo. A decir verdad el vestido era igual de bonito que todos los otros.

—No, porque en cuanto lo vi te imaginé usándolo.

—Ahora haces de casamentera. Creí que Vicente no te caía del todo bien.  
Puso los ojos en blanco.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a él, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Bien, intentaré hacer que él me caiga mejor si tú te pruebas el vestido.

—¿Intentas sobornarme? Eso no habla muy bien de ti.

—Dame el gusto, ¿sí?

Resoplé.

Empecé a desvestirme.

Susana básicamente me metió a la fuerza dentro del vestido.

—Te queda perfecto —opinó sonriente mientras yo contemplaba mi imagen en el espejo.

—No sé, es demasiado escotado—. No me hacía falta mirarme al espejo para saber que estaba medio desnuda, me sentía medio desnuda.

—No te preocupes, no se te va a escapar nada por ahí —bromeó.

Era cierto, no había mucho que pudiese escaparse por el pronunciado escote formado por el vestido sin mangas se unía por detrás del cuello. El terciopelo suave como la seda era de color marfil y caía pegándose a mi cuerpo igual que una segunda piel, insinuando formas, sutilmente sugerentes; terminaba en una larga cola drapeada que arrastraba medio metro por detrás de mis pies descalzos.

Susana me levantó el pelo, me lo sujetó con el gancho con el que yo lo llevaba recogido en una media coleta y me pidió que me diese vuelta. Cuando vi lo que deseaba enseñarme, me ruboricé, si el escote era pronunciado, la espalda prácticamente era lo mismo que nada (y a nada por ausencia de tela, me refiero). El profundo recorte llegaba tan bajo en mi espalda que resultaba peligroso moverse demasiado, y dejaba tanta piel al descubierto que me hubiese dado vergüenza aparecer en una iglesia así vestida.

—A esto es a lo que llamo yo un vestido sexy —comentó divertida.

—A quién se le ocurriría andar así vestida—. Mi columna vertebral quedaba expuesta en toda su extensión. Se me notaban las costillas.

—Sin duda Vicente se caería de espaldas al verte así vestida.

—No importa, no va a verme así, vestida —repuse. Estaba algo avergonzada.

—Te saco una foto con mi celular—. Me propuso entusiasmada abalanzándose sobre su cartera.

—¡No, ni loca! —Me aparté de ella dándome vuelta, me costó, ya que tuve que recoger la cola para no tropezar—. De verdad que ese vestido te cambió

el humor.

—Sí, lo amo. Estoy pensando dejar a mi prometido por él. ¡Voy a fugarme en este instante! —bromeó—. Ve afuera a mirarte al espejo grande, me cambio el vestido y en dos segundos estoy contigo.

—No, no pienso salir así—. Hice el ademán de empezar el proceso de quitármelo, no me permitió ni desabonar uno solo de los tres que tenía sobre el cuello.

—No seas pudorosa que no te va el papel de mojitata—. Me propinó un empujón que sacó del probador.

Intenté disimular mi despatarrado tropiezo, no dio resultado, las dos mujeres que estaban ahora de pie, conversando al otro lado del biombo se quedaron observándome; perdieron el interés en mí tres segundos más tarde, sus asuntos eran más importantes que mi persona.

Para no terminar con una pierna rota otra vez, recogí parte de la cola que arrastraba detrás de mí, al hacerlo todo el vestido se levantó y fue mejor así, me quedaba lo suficiente largo para que pudiese tropezarme y romperme el alma.

Como si supiera lo que hacía, caminé de a pasos cortitos, y en puntas de pies hasta el escalón que daba a la tarima sobre la cual había dos enormes espejos de contorno biselado.

Un celular sonó, di vuelta la cabeza, por un segundo pareció que era el mío, inmediatamente escuché la voz de una mujer contestando. Otro celular sonó, estaba vez no como el mío. La otra mujer se llevó el aparato a la oreja. Libre de distracciones di un paso al frente para pararme debajo de los haces de luz que brotaban de diversos puntos en el techo, de los costados y de la pared de enfrente.

—¡Qué coraje!

Di un salto. Giré la cabeza y me moví tan rápido que el cuello me dio un tirón. El dolor me atravesó el cráneo de la nuca a la frente.

Casi me caigo cuando la vi, era ella. No sé si lo primero que noté fue su rostro conocido o el vestido que me había gustado del catálogo.

—Nunca podría ponerme algo así —fueron sus primeras palabras—. Necesito estar más contenida—. Explicó llevándose las manos al pecho.

Me quedé muda; era Ana, la prometida de Cristian.

Tragué saliva e intenté decir algo; nada salió de mis labios.

—¿Cuándo es el gran evento? —me preguntó con confianza y animosidad, como si las dos compartiésemos el mismo mundo por el solo hecho de

supuestamente, estar próximas a contraer matrimonio.

No le contesté nada, todavía seguía sin poder articular palabra. No hacía más que preguntarme si tenía alguna idea de quién era yo. Supongo que no; no comprendía si no me reconocía o si realmente no sabía nada de mí. Acaso no me había visto en la fiesta de la empresa a la que había asistido junto a Cristian. Bueno, yo no la había visto a ella pero... ¿es que Cristian había borrado de un plumazo todos los recuerdos de nuestra vida juntos?, y con ello no me refiero a los recuerdos de su mente o su corazón, sino a las fotos, a los videos que yo sabía, el guardaba en su casa. Evidentemente debía haberlos quemado o tirado, porque ella no dio señales de reconocer mi rostro.

—Me caso en marzo. Falta poco—. Me contó acomodándose dentro del corsé que a diferencia del de la foto, estaba íntegramente bordado con perlas—. Esta es una de mis últimas pruebas... o eso espero. Aún faltan unos cuantos detalles que ver—. Hizo una pausa mientras contempló su imagen en el espejo. Yo no podía dejar de verla a ella.

—El tuyo ya está listo, ¿no? ¿Lo encargaste hace mucho?

—No, es mi primera prueba —balbuceé la mentira sin saber qué más hacer.

—Que afortunada, parece que lo hubiesen hecho para ti.

Tragué en seco.

—Soy Ana —se presentó tendiéndome una mano.

—Eliza—. No se me ocurrió mentir sobre mi nombre, sino reconocía mi cara podía ser cualquier otra Eliza menos la que Cristian había dejado a las puertas del altar por ella.

Ana no acusó siquiera reconocer mi nombre, me dio un apretón de mano y giró para continuar examinando su aspecto en el espejo.

—Llevo unos tres meses viniendo aquí cada quince días y comienzo a fastidiarme. Todavía no estoy demasiado convencida de que me guste, es por eso que le pedía a mi novio que se encontrase conmigo hoy aquí.

Tuve que contenerme para no salir corriendo. Las rodillas se me aflojaron.

—¡Amor! —exclamó Anna al ver el reflejo de Cristian en el espejo.

Sentí un horrible sacudón en todo el cuerpo. Deseé que la tierra me tragara.

Giré lentamente y lo vi en vivo y en directo. Llevaba cinco meses sin verlo y si bien creí que el momento de reencontrarme con él no me afectaría tanto ahora que tenía a Vicente, me equivoqué.

El rostro de Cristian se desfiguró al verme. Avanzó dejando atrás a las dos mujeres que seguían colgadas de sus celulares sin despegar la mirada de mis ojos. Yo le aguanté la mirada pese a que sus ojos me taladraron.

—Llegas justo a tiempo —Ana llamó a Cristian con sus manos y brazos—. Y bien, ¿qué te parece?

Cristian abrió la boca y así se quedó. Subió a la tarima y Ana tiró de él para estamparle un beso en cada mejilla. Cristian no dejaba de mirarme y yo de verlo a él.

—Pobrecillo. No quería venir, insistió que sería mala suerte ver el vestido de novia antes de la boda —me explicó acariciándole la mejilla para borrarle las manchas de maquillaje que le había hecho al besarlo—. Le hice entender que necesitaba su opinión y por fin después de mucho insistir accedió a venir.

—Eliza es Cristian. Cristian ella es Eliza.

—Mucho gusto—. Me tendió una mano igual que si fuésemos dos desconocidos, y yo se la apreté. Eso no podía estar sucediendo realmente...

—¿Te gusta? ¿Crees que me veo bien?

—Es... es... Te queda muy bien. Es muy bonito —se quedó en silencio medio segundo —y llamativo —añadió mirándola por el espejo—. Es grande.

El rostro de Ana se desfiguró ante el comentario.

—¿Eso qué significa?

—Nada. Es perfecto.

—¿De verdad?—. Se le notaba que no había logrado convencerla.

Asintió con la cabeza al tiempo que le decía que sí.

—¿No ves nada que haya que retocar?

—No, parece bastante terminado para mí.

Ana tiró de la cintura para ajustarla a su cuerpo.

—Volví a bajar de peso, esto sí que habrá que retocarlo. Iré a pedirme a mi madre que llame a una de las empleadas. Tienen que tomarlo de la cintura o lo perderé en mitad de la boda.

—Sí, claro —balbuceó él.

Ana fue hasta su madre y luego se perdió detrás de las cortinas del otro probador mientras su madre desaparecía en el otro salón.

—Yo... —jadeó Cristian cuando quedamos libres de miradas curiosas—.

Hola —soltó desarmándose. Los hombros se le cayeron.

—Hola —respondí. Por tanto tiempo había tenido atragantadas tantas cosas que quería decirle sin embargo no pude soltar ni una.

—Ese vestido te queda muy bien.

Bajé la mirada y contemplé el ruedo del vestido arrastrando por el piso.

—Tu padre me comentó que veías a alguien... no creí que fuese tan en serio y tan rápido —su mirada ascendió hasta mis ojos desde el ruedo que yo había

estado mirando por evitar los suyos.

—No, yo no... Es una larga historia. De todos modos no es tu problema si yo decido de un día para el otro, casarme—. Empezaba a reaccionar sin embargo todavía no iba a plena máquina. Pasé tantas noches en vela especulando con lo que pudiese suceder en el momento en que nos reencontráramos, sin duda nada era ni remotamente parecido a esto; tenía mucho enojo guardado, pero éste no terminaba de aflorar.

—Sí, sé que no tengo derecho a opinar sobre tu vida y mucho menos...

No lo dejé terminar.

—¿Ya tenías pensado casarte con ella cuando me dejaste?

Ahí empezó a aflorar todo lo que creí había logrado tragar.

—Eliza, yo...

—No digas nada, no me interesa oírlo. De verdad, ya no me interesa oírlo.

—¿Podemos encontrarnos para hablar? Necesitamos hablar —añadió atragantándose.

—No, y no —contesté de mal modo.

—Por favor.

—No, y deberías irte, no crees que tu novia va a ponerse celosa si te quedas hablando aquí conmigo... con una extraña a la que supuestamente no viste nunca antes en tú vida. Y por cierto, ¿ella no me vio nunca antes?

—¿Qué?

—¿No estaba en esa fiesta a la que asistimos juntos poco antes de terminar? Sé que Ana es la hija del dueño de la firma en la que trabajas.

Cristian abrió los ojos como platos.

—Ya estabas con ella cuando me llevaste a esa fiesta. Debe haberme visto pero sin duda poco y nada le importó quien yo era por eso es que ni siquiera recuerda mi cara ni mi nombre.

—Yo no... ¿Cómo sabes...?

—No importa cómo es que lo sé, lo sé y punto. Admito que la culpa de que terminásemos no es solamente tuya... al menos podrías haber tenido la decencia de no engañarme, saliste con ella mientras nosotros estábamos planeando nuestra boda.

Cristian dio un paso atrás.

—Susana —entonó con voz de ultratumba.

—Cristian —le correspondió ella subiendo a la tarima.

Sin pronunciar palabra Cristian nos dejó solas. Prácticamente se apartó de nosotras corriendo.



—¿Qué fue eso?

—Su novia está en el otro probador —pese a que no tenía mucha tela sobre el cuerpo, el vestido empezó a sofocarme—. Tengo que quitarme esto.

Susana se probó todos los vestidos, ninguno le gustó tanto cuanto el primero. Yo me pasé todo el tiempo esperándola clavada en el sillón sin dar vuelta la cabeza para no verlo, por suerte, Cristian, su novia y las dos mujeres partieron quince minutos más tarde; a nosotras nos llevó una media hora terminar con todo el asunto. Al salir del local ya era noche cerrada. Susana había escogido su vestido y había quedado en que discutiría con su novio la posibilidad de comprarlo, sorprendentemente no era tan costoso cuanto creíamos.

Llevé a Susana a su casa, la pobre se sentía terriblemente culpable por lo sucedido si bien no tenía nada que ver, ella no tenía forma de saber que Ana estaría allí y menos que menos que Cristian aparecería en escena para ver a la novia vestida antes de la boda.

En cuanto se bajó de la camioneta pisé el acelerador a fondo, en veinte minutos —tiempo record —estaba frente al portón de la entrada de autos de la casa de Vicente.

## 6. Fantasmas del pasado.

Empujé la puerta de la cocina y entré. Encontré a Vicente sentado de espaldas a mí, frente a un candelabro de plata con tres velas encendidas. Se levantó y se quedó parado junto a la silla.

—¿Qué tal te...? —Dejó la pregunta inconclusa—. ¿Por qué tienes esa cara? ¿Qué sucedió?

Me detuve frente a él y largué la cartera sobre una de las sillas.

—Nada, estoy muy cansada—. No quería decirle que me había puesto mal por ver a Cristian. Que los fantasmas del pasado se quedaran en el pasado—. Tuve un día agotador en el trabajo y buscar vestidos de novia puede ser realmente estresante.

—¿Les fue bien?

—Sí, supongo que podría decirse que sí. Susana halló un vestido que realmente le gusta, se le va un poco de presupuesto pero supongo que acabará comprandoselo.

—Me alegro por ella.

—Sí, yo también —comenté algo desganada.

—¿Tienes hambre?, la cena está lista.

—Muero de hambre, apenas si pude probar bocado en todo el día.

Me lavé las manos mientras él sacaba el pollo y los vegetales del horno.

En silencio nos sentamos uno a cada lado de la mesa.

—Así está bien —le dije alzando una mano cuando vi que tenía intenciones de llenar mi copa de vino más de la mitad.

Posó la botella de vino sobre la mesa y se acomodó en la silla.

Armé un buen bocado alrededor de los dientes del tenedor y me lo llevé a la boca. La comida tenía un aroma exquisito sin embargo sabía que gracias a lo que acababa de sucederme no podría disfrutarla en un cien por ciento. De camino aquí había intentado olvidar todo, no me fue posible. El rostro de Cristian volvía una y otra vez a mis ojos, y me odiaba por ello. Tenía a Vicente enfrente y no podía hacer otra cosa que pensar en esa boda que se llevaría a cabo muy pronto.

Tragué y ayudé a la comida a bajar con un buen sorbo de agua. No se me antojaba tomar vino.

Vicente me contemplaba en silencio.

—Está muy sabroso. Tengo que admitirlo, cocinas mucho mejor que yo. Quién te enseñó a cocinar, me contaste que Lucas no sabe ni hacerse un huevo frito pero aprendiste a cocinar para él.

Me pareció que se ponía nervioso. Se llevó a los labios la copa de vino vacilando más de un cuarto. Regresó la copa a su sitio, se secó la comisura de los labios con la servilleta y recién ahí contestó.

—Compré algunos libros de cocina. Aprendí de estos y como te dije, fue una cuestión de práctica, de prueba y error.

Los libros de cocina que él mencionó estaban en una pequeña biblioteca de tres estantes insertada entre las alacenas, junto a las dos monstruosas heladeras.

—Entonces eres básicamente autodidacta.

Asintió con la cabeza mientras cortaba un trozo de pechuga de pollo y se la llevaba a la boca.

—Qué es lo que querías contarme —curioseé después de un rato de engullir en paz la mitad de mi porción.

—Mejor después de cenar.

Iba a replicar, no me dejó.

—Lucas llamó hace un par de horas.

—¿A sí? ¿Qué cuenta?

—Preguntó cómo estabas. Le contesté que bien, pero creo que no le acerté —  
soltó cuestionándome con una de sus miradas.

—Estoy bien, simplemente tuve una jornada muy larga.

—Entonces quizá sea mejor que aplacemos la charla, podemos tenerla otro  
día.

—No hace falta, en cuanto tome un café, me quite los zapatos, estaré como  
nueva.

Nos quedamos en silencio.

—Estuve pensando en nuestras vacaciones.

—Vas a contarme a dónde quieres llevarme.

—No, es sorpresa; creo que tendremos que esperar un poco para viajar.

—¿Un poco? ¿Cuánto?

—Un par de meses, para agosto o septiembre. Esa es la mejor época para  
visitar el lugar que quiero que conozcas.

—Bueno, la verdad es que me parece demasiado... —yo tenía ganas de  
tomarme unos días el mes entrante, realmente necesitaba unos días de  
ociosidad plena—. Bien, igual pienso pedirle unos cuantos días a Julio, para  
descansar, no es que tengamos que irnos a ningún lado de viaje.

—Suena bien, podemos hacer algunas cosas, juntos.

Sus planes alegraron mi noche.

Terminamos de comer y él se ocupó de levantar los platos y meterlos en la  
lavadora. No me dejó hacer nada, es más, me obligó a quedarme sentada.

Mientras contemplaba el hipnótico ondular de las llamas de las velas oí a la  
maquina de expreso hacer todo tipo de ruidos. Un par de segundos más tarde  
Vicente depositó una taza de café frente a mis manos.

—Soy toda oídos —entoné entusiasmada e intrigada por lo que iría a contarme  
—. Puse los pies descalzos sobre el borde del asiento de la silla y me abracé  
las piernas; apoyé el mentón sobre las rodillas y desde allí soplé sobre la  
superficie humeante del café.

—¿De verdad quieres oír lo que tengo para contarte?

—No me hago a la idea de lo que pueda ser, aun así quiero escucharte pronunciar cualquier cosa que no sea un pedido para que no intente sonsacarte algún recuerdo de tu pasado o una explicación de lo que eres ahora.

En los labios de Vicente se dibujó una tenue sonrisa sin embargo sus ojos se pusieron fríos y severos.

—Tus sueños se hicieron realidad.

Erguí la espalda.

—Lo correcto es empezar por él principio.

Me quedé boquiabierta.

—Cuando nací allá por mil ochocientos cincuenta y nueve mis padres llevaban dos años de casados. Mi padre había llegado de España doce años antes, viajó hacia aquí después de que su padre falleciera, él no tenía a nadie más en el mundo, de modo que nada lo ataba demasiado al pueblo en que vivía, con dieciocho años dejó todo para partir hacia lo desconocido. Aquí, a fuerza de mucho trabajo logró amasar una fortuna que para cuando conoció a mi madre, le había granjeado el título de “buen partido”—. Vicente se sonrió—. Se conocieron en un baile creo. Mi madre apenas si era una quinceañera sin embargo mi papá ya había entrado en los treinta. Según me contó una vez mi madre, se enamoró de él a primera vista, y por lo visto él se enamoró de ella así de rápido también. Tardaron en contraer matrimonio lo que la madre de ella tardó en organizar todos los preparativos para la boda. Ambos siempre se reían al recordar el revuelo que ocasionaron dentro de su círculo social, todo mundo cotilleaba sobre las verdaderas razones que llevaban a la pareja a casarse así tan rápido. Dijeron que mi madre quería salvar a su padre de la quiebra con el dinero de mi padre, que mi padre había dejado embarazada a mi madre y otras tantas tonterías. La idea que siempre cuajó más, incluso mucho después de que ellos formasen una familia fue que mi madre se había casado por dinero, ya que poco tiempo después los negocios de mi abuelo repuntaron. No fue a base del dinero que pudiese haberle dado mi padre para salvar sus negocios, sino por los concejos que le brindó—. Vicente hizo una pausa en la que jugueteó con sus dedos alrededor del pie de la copa de vino—. Ellos se amaban mucho, siempre fueron una pareja feliz—. Soltó un jadeo seco y corto que se escapó por una media sonrisa triste—. Sabes, nunca logré apreciar lo que ellos tenían, bueno, no hasta hace poco, ahora entiendo cómo se sentían.

No puede evitar sonreír de felicidad.

—En fin, a las dos semanas de celebrado el gran evento mis padres se mudaron al campo. La chacra a la que te llevé para... La chacra formaba parte de las hectáreas y hectáreas de terreno cultivable de las que mi padre era dueño. En esa primera parcela había instalado su primera casa cuando comenzó a hacer negocios. Luego, a medida que se fue extendiendo en terreno fértil y negocios, mandó a construir una casa mucho más grande, a la que se mudó con mi madre luego de refaccionarla y acondicionarla para el gusto femenino y para las necesidades de la familia que deseaba formar. Según él, esa casa fue pagada con lana, en la década del sesenta empezó a exportar lana hacia Bélgica, Francia, Inglaterra y Estados Unidos —inspiró hondo y suspiró—. Mi madre se enamoró de la vida del campo ni bien llegó, ella era una chica de ciudad, aun así mi padre se ocupó de cuidar que no le faltase nada. Mi mamá no sintió el cambio, la casa era como cualquier otra casa de ciudad, incluso mejor y más grande y ciertamente mucho más bella; no importaba por cual ventana te asomaras, el paisaje siempre era deslumbrante—. Los ojos le brillaron.

—¿Naciste allí?

—Sí, y allí viví hasta que a los dieciséis años me mandaron a la ciudad a estudiar. Me mudé a casa de mis abuelos maternos. Por aquel entonces el país pasaba por un muy buen momento, lo llamaron “*Belle Époque*” de la economía. Los negocios de mi padre mejoraban a cada año, sino era la lana, eran los granos y luego fue la carne la fortuna familiar creció multiplicándose con varios cientos.

—¿Qué pasó cuando te mudaste con tus abuelos? —le pregunté ya que se había quedado callado.

—Fue entonces cuando comencé a cambiar, hasta ese entonces no había pasado en Buenos Aires más que unas cuantas semanas y siempre en compañía de mis padres y mis hermanos.

—¿Tenías hermanos?

- Sí, fui el mayor de tres, un año y medio después de mi nacimiento llegó al mundo mi hermano y doce años más tarde llegó la más pequeña: Leonor. Mi madre perdió muchos embarazos entre mi hermano y mi hermana; tuvo otro niño pero éste vivió menos de un año. Por aquel entonces no se contaba con la tecnología ni los medios que hay hoy en día.

—Pobre tu madre. Debe ser espantoso perder un hijo.

—Sí, fue una época difícil para ella.

—¿Cómo se llamaba tu hermano, el que nació después de ti?

Clavó la vista en el vino.

—Felipe, se llamaba Felipe. Y el pequeño que murió era Alberto.

Lo dejé estar un momento hasta que levantó los ojos. No pude descifrar la mirada que estos envolvían.

—¿Qué hiciste cuando llegaste a Buenos Aires?

—Mi abuelo ya me había buscado un tutor para que me preparase para el ingreso a la universidad, hasta entonces siempre había recibido lecciones en casa y él creía que no estaba lo suficientemente listo para un estilo de educación más formal, y tenía razón, no estaba preparado para eso. Empecé a estudiar. Me gustaba estudiar, siempre me había gustado. En fin, con el tiempo le fui tomando confianza a la ciudad y encontré un par de distracciones que truncaron mi camino. El dinero corría suelto por Buenos Aires, y yo con los bolsillos que mi padre se ocupaba de llenar para salvar las distancias, permití que mis costumbres de campo se adaptaran a la vida de la ciudad, sobre todo a la nocturna. Empecé a fumar, a beber, a salir con mis nuevos amigos, los cuales en su mayoría eran al igual que yo, hijos de grandes hacendados. A los pocos meses mi abuelo amenazó con mandarme de regreso al campo si no me comportaba, por suerte todavía no había pasado el parte de mi nueva alocada vida a mi padre, de modo que llegué a un acuerdo con él sin tener mayores problemas. Me mantuve lo más tranquilo posible por un par de meses hasta que ya no pude contenerme y regresé a mi vida de siempre. Previendo lo que se me venía encima, convencí a mi padre de que ya estaba listo para vivir solo, que ese sería un gran paso para convertirme en un hombre hecho y derecho y lo convencí. Es así que a los diecisiete años tenía mi propia casa en la ciudad, equipada con todo lo necesario, incluso una legión de criados. Allí ya no tuve que cuidarme por esconderme si regresaba de madrugada o si me apetecía dormir hasta la tarde siguiente. Con el dinero que mi padre me fornecida para mantener mis gastos organizaba fiestas para mis amigos y me daba todos los gustos que me vinieran en gana. Despilfarraba dinero sin pensar—. Se detuvo mordiendo el labio inferior—. Perdía grandes sumas apostando en juegos de cartas. Era tan malo que mis amigos me despellejaban cada noche que nos reuníamos en casa. En fin, no importaba quien perdiese o ganase dinero, por lo general si yo no contaba con efectivo para beber u otras cosas, el que había ganado más en la última serie de apuestas se ocupaba de mantener a los demás.

—¿Tu padre no se enteró del estilo de vida que llevabas?

—Sí, lo hizo —sonrió con algo de amargura—, y puso el grito en el cielo.

Para finales del setenta y siete llegó sorpresivamente, yo había acordado que regresaría al campo a pasar las fiestas de fin de año con ellos, mi padre se me adelantó, tenía que hacer negocios de modo que viajó a la ciudad. Luego regresaríamos al campo, juntos. No voy a olvidarme nunca de esa mañana. Era un día de semana y me había pasado la noche pivotando de antro en antro, recuerdo que me había acostado cuando el sol ya estaba alto otra vez. Los criados abrieron al puerta a mi padre, el supuso que yo debería estar en la universidad pero no, me encontraba en mi cuarto, tirado sobre la cama semi inconsciente de bebido, todavía vestido y con los zapatos puestos. No entendía qué sucedía. Jalándome por la camisa me sacó de la cama y me arrastró hasta el jardín y allí me baño con unos cuantos cubos de agua fría que el jardinero tenía listos para lavar las baldosas que formaban caminos entre las plantas. Me dio tantas bofetadas que las mejillas me ardieron durante todo el día. Nunca lo había visto tan enojado en toda mí vida. Me preguntó si yo creía que él era un estúpido, si pensaba que no se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Cómo lo supo?

—Los padres de mis amigos eran amigos de él, y ellos sí veían lo que sus hijos hacían. Se lo habían contado un tiempo atrás; él me dejó estar, pensando que sería simplemente una etapa, y como fue más que una etapa me amenazó con dejarme sin nada si seguía con esa vida—. Se interrumpió un momento para beber un poco de vino, yo aproveché para cambiar de posición—. Pasé las fiestas y los meses de verano con ellos. Me obligaron a hacerlo. Al principio creí que me volvería loco de aburrimiento, no entendía cómo había subsistido tanto tiempo en el campo, poco a poco me fui amoldando otra vez a las viejas costumbres... a la tranquilidad y la paz. Además tenía una buena razón para quedarme allí. Mi hermana Leonor. Por aquel entonces debería tener un año y medio o dos y terminé adoptándola, no como mi hermana sino como mi hija. Yo era más su padre de lo que podía ser el nuestro, supongo que mi papá, cuando ella nació estaba más predispuesto a ser abuelo que padre otra vez. Ni modo. Aquellos tres meses fueron de los mejores de mi vida, después de eso todo empezó a caer en picada a mí alrededor—. Su pecho se hinchó cuando inspiró—. Si pensé que mi padre me dejaría en paz me equivoqué. No me permitió regresar solo a la ciudad, envió a mi hermano Felipe conmigo. O regresaba con él o no podría volver a la ciudad, y no me quedó más remedio, mi hermano se mudó a mi casa invadiendo lo que yo consideraba mi santuario personal. Mi padre lo había adiestrado bien. Felipe

y yo jamás congeniamos, siquiera de niños, no recuerdo ni una sola vez en la que jugásemos juntos. Vivir con él fue un suplicio, cuestionaba absolutamente todo lo que hacía o dejaba de hacer, y mantenía informado a mi padre vía correo, de cada paso en falso mío, incluso llegó a enviarle los resultados de mis exámenes de la universidad y las facturas de mis gastos. Medio año después ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que habíamos llegado a los puños. Felipe era igual de grande y fuerte que yo, por lo que nunca había un ganador, a menudo los dos quedábamos tan agotados, sangrantes y doloridos que teníamos que parar... esa era la única razón por la que parábamos sino había nadie por los alrededores que se atreviera a interponerse entre nosotros. Para resumir, un año y medio más tarde dejé la universidad, formalmente hablando, llevaba muy tiempo sin asistir a clases aunque fingía estudiar, y me dediqué a mis propios negocios. Estaba harto de todo, de Felipe, de mi padre que no me dejaba en paz, de mi abuelo que incluso postrado me regañaba a voz en cuello y de las cartas de mi madre en las que me rogaba que recuperase la cordura—. Suspiró—. Para ese entonces yo ya no sentía nada, no estoy seguro de cuando perdí la capacidad por interesarme en algo más que no fuese mi propia persona y mis propios intereses. Por la única persona en éste mundo por la cual me preocupaba además de mí era mi hermanita... sólo ella y nadie más, el resto del mundo ya no existía para mí. Incluso dejé de sentir algo por mi madre. Mi padre enfureció en cuanto recibió la carta en la que Felipe le contaba mi deserción. No puedo decir que me traicionase frente a mi padre, para eso primero deberíamos haber sido amigos.

Se hizo un silencio casi insoportable por lo que resultaba obvio que lo sucedido hacia tanto tiempo atrás todavía le dolía.

—Una tarde recibí una carta, era de mi padre, amenazándome con dejarme sin sustento alguno sino regresaba a la universidad y no plantaba los pies sobre la tierra. Con esa misma carta me puso en sobre aviso de su llegada. Dos meses más tarde se instaló en mi casa y tomó las riendas de mi vida. Me prohibió volver a ver a mis amigos, no me permitía salir de casa salvo que no fuese con él y cortó todos mis vicios sin que le importase lo desesperado que me sentía a causa de ello. Se quedó cuatro meses siguiéndome a cada pisada igual que un fantasma. No me perdía de vista ni a sol ni a sombra. Cuando le dije que no quería regresar a estudiar me buscó un trabajo, los negocios que yo había intentado hacer no habían dado más que pérdidas. Fue así que ocupé el cargo de secretario de uno de sus abogados. Ganaba un sueldo mísero y trabajaba



todo el día sin ver la luz del sol, y contra mis predicciones el trabajo terminó por agradarme, descubrí que tenía pasta para eso, el abogado de mi padre también lo notó y me instó a regresar a la universidad. Empecé a estudiar otra vez, paré de beber tanto y ya no trasnochaba todas las noches, sin embargo, cada vez que regresaba medio pasado de copas volvía a cruzar puñetazos con Felipe, quien podría haberse mudado pero no lo hizo, parecía disfrutar de hacerme la vida imposible. Sin duda me hizo odiarlo.

—¿Te recibiste de abogado?

Vicente negó con la cabeza.

—¿Regresaste a las fiestas y a las trasnochadas?

—Sí —contestó con un tono lúgubre.

Vicente rodeó el pie de la copa con la mano derecha, sus puños se pusieron blancos. El delgado pie de cristal estalló en mil pedazos ante la fuerza de su puño. Volaron trozos de cristal y vino para todas partes.

Pegué un salto, me había salpicado vino en los ojos y en la ropa; no me asusté por eso, sino por la sangre que manaba de los dedos de él, mezclándose con el vino y el cristal. Hice el ademán de salir corriendo a buscar un repasador con el que hacerle un torniquete pero él me frenó agarrándome por la muñeca con la mano sana.

—No te preocupes, voy a estar bien en unos segundos—. Dicho esto, abrió la palma herida y se arrancó con los dedos los cristales que se le habían clavado en la carne—. Siéntate.

Yo no pude moverme.

—Que te sientes. Ya no falta mucho, solamente me resta contarte el final.

Inquieta dudé sin saber qué debía hacer. Finalmente me senté, sus ojos me lo pedían.

—Una noche salí con mis amigos de siempre, había tenido un muy mal día, había recibido malas noticias en la universidad: malas notas, no me alcanzaba el tiempo para estudiar y salir de juerga, y para colmo de males había discutido de eso con uno de mis profesores, al cual senté en su silla de un puñetazo. Sabía que me expulsarían o como mínimo me suspenderían unos cuantos días. No quería tener problemas sin embargo los tuve. Bebí hasta olvidar mi nombre. Mi hermano se ocupó de recordármelo en cuanto regresé a casa. Esa noche decidió el resto de mi vida.

La sangre paró de brotar del puño que mantenía cerrado y apretado.

—Felipe y yo peleamos otra vez, no fue una simple pelea de puños, yo quería matarlo y me figuro que él tenía las mismas intenciones. Destrozamos el

comedor empujándonos el uno al otro contra los muebles y las paredes. Empujé a mi hermano contra el aparador, se golpeó la cabeza con un enorme y pesado candelabro de plata. Cayó al suelo chorreando sangre, estaba confundido, medio desmayado, no me importó... simplemente no pude parar de golpearlo, lo pateé...

Me estremecí.

—No me detuve hasta que lo creí muerto —añadió con los dientes apretados y los ojos clavados en el charco de vino, cristal y sangre que no me había permitido limpiar.

Aspiré por entre los labios para decir palabras que no salieron, es más, no lograba pensar en qué decir. No quería ni pensar en la posibilidad de que hubiese matado a su propio hermano. Me daba la sensación de que no contaba su historia, sino la de alguien más.

—Cuando entendí lo que hacía, estaba bañado en sudor y sangre, me sentí horrendo, depravado... no podía creer que me hubiese convertido en esto. Por suerte para mi conciencia, Felipe no murió; yo sí. Mi hermano apenas si respiraba cuando mandé a uno de los criados a buscar a un médico. La vida de Felipe no corrió peligro, sin embargo quedó tullido para el resto de sus días; tardó seis meses en poder volver a dar un paso y jamás recuperó el andar normal. Tenía veintiún años y estaba condenado de por vida a usar un bastón. Se hizo un silencio impresionante.

—No hizo falta que mi padre me pidiera que abandonara la casa, renuncié a todo; ver a mi familia me hacía sentir avergonzado y avergonzarme me parecía de débiles. Me convertí en una roca y perdí por completo todo rasgo de humanidad. Viví algo más de dos años en las calles, en la más profunda miseria... después me convertí en esto.

Intenté procesar aquellas palabras, me costó mucho pese a que mi cerebro estaba repleto de imágenes que representaban las escenas que acababa de contarme.

—¿Alguna vez volviste a ver a tu familia?

—Un par de años después de entregarle mi alma al Diablo vi a mi padre y a mi hermana. Yo los busqué, viajé al campo. No es que añorara mis años de humano, los busqué porque necesitaba comparar lo que había sido con lo que era ahora, me sentía tan superior, y de hecho cuando los vi me sentí prácticamente invencible y poderoso. Mi padre había envejecido mucho, no por el paso del tiempo sino porque mi madre había muerto y ese fue un golpe duro para él. Leonor era casi una adolescente, una muchacha muy bonita...

—¿Hablaste con ellos? ¿Qué te dijeron?

—Solamente los vi de lejos, dudo que ellos me hayan visto a mí.

—Cómo es que tienes la chacra. ¿La heredaste de tu padre?

—No, oficialmente me habían dado por muerto. Supe que mi padre me buscó por unos doce años y luego se convenció de que yo ya no estaba con vida. Felipe y Leonor heredaron todo, y para ser sincero, no me importaba, ya por entonces llevaba el mismo estilo de vida que tengo ahora y que tuve siempre, el cual dejó de tener valor alguno para mí hace mucho. Ahora simplemente es un detalle que forma parte de mi trabajo y de la máscara detrás de la cual me oculto. La chacra la compré cuando Felipe murió. Sus hijos remataron todo, los negocios de la familia cayeron en picada cuando mi padre falleció, Felipe no era bueno en los negocios y la economía del país tampoco ayudó. Sus hijos se deshicieron de todo. Incluso de las cosas de la casa familiar en la que mis hermanos y yo habíamos nacido, de ahí salió la lámpara que está en el hueco de la escalera, esa que tanto te gusta. Compré muchas cosas incluso varios terrenos que habían sido de mi padre, en un remate, bajo un nombre ficticio. Lo cual realmente no hubiese hecho falta, mis sobrinos siquiera sabían que yo existía.

De ahí salía la confusión de si la había comprado o heredado.

—Fue impactante verlos —dijo en un tono profundo y sombrío.

—¿A tus sobrinos?

—Sí, habían pasado cuarenta años desde la última vez que visité su casa, se veían más viejos que yo —sonrió mordiéndose el labio. No era una sonrisa feliz, sino una angustiada y dolorosa.

—Creí que habías dicho que no volviste a tener contacto con tu familia.

—Cuarenta años sirven para aclararte muchas cosas. Por casualidad me enteré que Felipe estaba muy enfermo, al borde de la muerte y no podía dejar que se muriese sin antes decirle algo.

—¿Fuiste a ver a tu hermano en su lecho de muerte?

—Fui a pedirle perdón. El pobre estaba tan mal que me creyó un fantasma, supongo que se imaginó eso porque entré en su casa de un modo poco ortodoxo, además continuaba viéndome casi igual de joven que la última vez que me había visto.

—¿Qué te dijo cuándo le pediste perdón?

—Me lo dio y me pidió que lo perdonase yo a él por todo.

Vicente se pasó los dedos por entre el cabello.

—Se murió frente a mí, con sus manos entre las mías.

—Lo siento tanto.

—Cosas de la vida —susurró.

Nos quedamos un buen rato mirándonos sin decir nada.

—Eso es todo —anunció poniéndose de pie—. Voy a buscar algo con que limpiar este desastre —dijo señalando la mesa.

—Te ayudo.

—No hace falta.

Igual me levanté tras él.

—Todo el mundo comete errores. Intentaste corregir los tuyos.

—No sirvió de mucho, no solo arruiné mi vida sino también la de toda mi familia.

—No fuiste el único responsable de todo lo que pasó.

—No, pero de no ser por el modo en que me comporté, es probable que no hubiésemos llegado al extremo de separarnos así. Estoy seguro que mi madre murió de decepción y tristeza, luego de mi partida la vida cambió para ellos. Sé que me convertí en un fantasma del que no se podían librar.

—Así como tu hermano te perdonó es probable que tus padres también lo hubiesen hecho. Es evidente que tus padres te querían mucho y a las personas que uno ama realmente se les perdona todo, incluso sus errores más graves. Nadie está en posición de juzgar a nadie, todos somos igual de susceptibles de cometer errores. Estoy segura que lo único que tus padres querían, era que regresases a su lado. Si te buscaron es porque ya te habían perdonado.

—Eso nunca lo sabré —soltó sacando unas hojas de diario de la parte baja de la alacena. Se levantó se dio vuelta y sacó una pala del escobero oculto detrás de la pulida puerta de color caoba oscuro que con la poca luz que nos rodeaba se veía casi negra.

Vicente intentó escaparse de mí; me planté delante de sus pies incluso cuando intentó esquivarme. Podría apartarme de un manotazo si quería, no lo hizo. Le arranqué la pala y las hojas de diario de las manos.

—Sabes que tengo razón, no importa que te duela admitirlo porque no crees que te lo merezcas, tu padre te perdonó, tu hermano te perdonó. No sigas torturándote por ello.

Vicente bajó la mirada.

—Ya te habían perdonado —insistí.

Apartó su mirada de mí, insistí, no lo dejé apartarse de mi lado, le eché las manos al cuello abrazándolo lo más fuerte que pude.

Tardó en aceptar mi abrazo. Finalmente ya no se resistió y se abrió por

completo. Me rodeó el torso con sus fuertes brazos y hundió su cabeza en mi hombro. No tardé ni dos segundos en notar sus lágrimas mojando la tela de la camisa de mi uniforme.

—No vas a volver a quedarte solo... si depende de mí, no vas a volver a estar solo nunca más —le prometí.

Me estaba quedando dormida en sus brazos cuando se disculpó por haberme contado su vida de humano. En respuesta le dije que era un estúpido, que no tenía porqué pedirme perdón.

La historia de su vida no era un lecho de rosas, así y todo, conocerla me ayudaría a comprender muchas cosas, desde su soledad, hasta su carácter y sus costumbres, incluso la necesidad de reparar todo lo malo, como si las fallas u horrores de todos los humanos en esta tierra fuesen tuyas, como si el dolor de otros le doliese a él también. Sin duda ser un demonio no lo había insensibilizado sino todo lo contrario. Sufría por lo que había sido, por lo que era y por lo que no podía ser.

Había temido que su vida fuese... no sé, el típico ejemplo de alguien desalmado, de un psicópata, creí que el día que me contase cómo había llegado a convertirse en un demonio preferiría haberme quedado sorda, sin embargo lo que había oído no genero en mi otra cosa que no fuese una oleada de compasión, de empatía.

Me agarré de sus manos y me sentí más cerca de él de lo que me hubiese sentido jamás. Fue igual que si me quitasen una venda de los ojos. Despegué los parpados y lo miré, fuese como si lo viese por primera vez, más humano que nunca, más bendito que nunca. Sin duda él era lo que todo humano debía ser, pero lo que ninguno de nosotros conserva por mucho tiempo. No era de este mundo ni de ningún otro pero era mío.

Me besó y se quedó acariciándome hasta que me quedé dormida.

...

Hubiese preferido tener una de mis pesadillas de siempre en las que me creía al borde de mi resistencia contra el dolor, antes que tener que soñar con esto. La cruenta imagen de Vicente golpeando a su hermano una y otra vez, tanto con los puños como con las puntas de sus zapatos fue espeluznante. Felipe no tenía rostro para mí, y en realidad eso no importaba demasiado, para lo único que tenía ojos era para un Vicente sacado de furia, y para la sangre que lo

bañaba todo. Desperté gritándole que parara, que iba a terminar matando a su hermano mientras que él no me hacía el menor caso, no se detenía, sino que me miraba y luego arremetía con más fuerza contra el cuerpo desparramado en el piso, deformado por los golpes y la inconciencia.

Abrí los ojos mientras boqueaba en busca de aire. Vicente no se encontraba junto a mí en la cama. Su lado vacío me provocó un escalofrío. Agradecí que no estuviese allí para verme así bañada en sudor y con el corazón palpitándome en la garganta amenazando con salirse por la boca.

Me senté recogiendo las piernas contra el pecho y aparté el pelo de mi rostro pegajoso. Lo retorcí para levantarlo, anudándolo en un rodete contra la nuca.

Encendí el velador y miré la hora en mi reloj pulsera; eran las cuatro treinta.

El vaso de agua que me había traído a la cama estaba vacío.

Miré a mí alrededor, la luz del baño estaba apagada y no había señales de Vicente por ninguna parte. Decidí bajar a la cocina, él solía refugiarse allí y además yo necesitaba agua. Tenía la boca seca.

No me equivoqué, lo encontré sentado a la mesa, a oscuras. Por suerte para mí, entraba algo de la luz de la inmensa luna llena que brillaba en el cielo.

—¿Qué haces aquí solo?

En respuesta a mi pregunta alzó un vaso de agua, el vidrio empañado goteaba. Sonriendo le enseñé el mío. Saqué la jarra de agua de la heladera en la que estaban las bebidas y la llevé a la mesa, completé su vaso y rellené el mío.

—Ya que esta parece haber sido una noche para liberar a viejos fantasma...

—pronuncié en voz baja—. Ayer cuando estaba con Susana en una de las casas de vestidos de novia, me topé con la prometida de Cristian. Se estaba probando el que usará en su boda. Cristian y ella se casan en marzo.

Vicente no comentó nada, simplemente se quedó quieto, viéndome.

—Luego llegó Cristian.

Me dio la impresión de que Vicente contenía el aliento.

—Casi le da un ataque cuando me vio. Cruzamos un par de palabras.

—¿Quieres volver con él?

—¿¿Qué?! No, claro que no. ¿Qué te hace pensar eso?

—Por algo no me lo dijiste antes.

—No te lo dije porque estaba alterada, además no quería que te pusieras celoso ni que soltaras alguna tontería del estilo de la que acabas de decir.

¡Claro que no quiero regresar con él! ¿En qué cabeza cabe?

—¿Segura? Después de lo que te conté pensé que empezarías a dudar.

—¿De verdad crees que eres el único que ha cometido errores en su vida?

Vamos. Además me insulta que pienses que si las cosas se ponen peliagudas voy a salir corriendo despavorida.

Desplegó en sus labios una sonrisa mansa.

—Prefiero la verdad al silencio.

—Tenías razón en algo. Sí me provoca celos que te hayas encontrado con él.

—No te preocupes, no pienso cambiarte por nadie.

—Gracias por eso —murmuró en tono socarrón.

Me bebí medio vaso y me quedé mirando el parque que se abría al otro lado del amplio ventanal.

—Puedo preguntarte algo —dije enderezando la cabeza.

—Sí, por supuesto.

Levanté la jarra e hice caer el agua sobre el centímetro de líquido que quedaba en el fondo.

—No mencionaste qué fue de Leonor, ¿no supiste nada más de ella luego de aquella vez que la viste en compañía de tu padre?

—No sé te pasa nada por alto, ¿verdad?

—No te creas, si no se me escaparan tantas cosas como se me escapan no podría ocuparme de las que no se me escapan.

Vicente parpadeó. Evidentemente había llegado a confundirlo con mis palabras.

—Tuve algunos encuentros furtivos con mi hermana a lo largo de los años. Yo solía observarla de lejos por miedo a que me reconociera. Con el pasar de los años ese temor se evaporó. Cuando Leonor se convirtió en una mujer adulta ya había pasado tanto tiempo desde la última vez que me viera que estaba seguro de que no me reconocería. Y jamás me reconoció. Yo era un rostro demasiado joven para que ella pudiese adjudicarlo a su hermano quince años mayor, el cual evidentemente se había perdido en las entrañas de la tierra. Leonor se casó y tuvo hijos. Ella y su marido viajaban mucho, él era embajador. Tuve oportunidad de hablar con ella y con sus hijos ya mayores en una fiesta que brindó su esposo en la embajada argentina en Italia. Ella era feliz. Toda su vida fue plena. Cuando todo lo malo pasó ella era tan pequeña que no tenía conciencia de las razones por la cual su familia se desmoronaba. Supongo que debe haber sufrido mucho por perder a su madre de niña, le debe haber hecho falta una figura femenina, pero eso sin duda no opacó su futuro como madre. Conocí a sus hijos, parecían personas muy amables, queridas y correctas. Tuvo cinco hijos, tres muchachos y dos niñas. A una de ellas le puso el nombre de mi madre, y el mayor de los niños se llamaba como yo. Realmente no

entiendo por qué hizo eso, yo apenas debía ser un recuerdo muy vago dentro de su vida.

—Es evidente que nunca fuiste un recuerdo lo suficientemente vago para ella.

—Fue duro asistir a su entierro. Es horrible ver a toda tu familia morir. Cuando eres esto todos mueren y tú sigues aquí, siempre igual, por siempre.

—Tienes la oportunidad de experimentar cosas que otros no.

—Sí, eh visto el modo en que el mundo cae cada vez más en decadencia, pasé por dos guerras mundiales y estoy vivo para ser testigo del calentamiento global.

—¿Y yo no cuento para nada bueno?

—Verte a ti metida en todo este lío no es algo que me haga feliz.

—Con respecto a eso, estuve pensando...

Vicente me preguntó en qué, con sus ojos.

—En que no quiero que me veas morir a mí también.

—¿Qué?!

Ahora lo dijo claro y fuerte.

—No quiero ser una de esas mujeres que con sesenta años salen con muchacho de menos de treinta.

—Sí estás insinuando lo que creo que insinúas, déjame decirte que no pienso...

—En todo caso es mi decisión, no la tuya.

—Apenas si me conoces, cómo puedes tomar una decisión semejante. De ningún modo voy a permitir que hagas nada parecido —bramó enfurecido.

—Sí lo hago muchos de nuestros problemas desaparecerán.

—Sí lo que te preocupa es que no tengamos sexo —se puso rojo y no terminó la frase.

—No es solamente eso, y no es que me preocupe que tengas que estar conteniendo ni que me apartes de tu lado cada vez que me insinuó. El problema es otro y lo sabes. Tengo miedo de que lo que pasó vuelva a repetirse y sé que eso a ti te molesta más que a mí porque crees que eres completamente responsable de mi ser.

—Y lo soy desde el día que puse un pie en tu trabajo. No quieres que te vea morir pero estas dispuesta a ver a tus padres y a tus amigos morir, a las décadas pasar y a que lo que tenías se te escape de las manos sin poder evitarlo. Y por sobre todo estás dispuesta a condenar tu alma al Infierno sólo por estar conmigo—. Negó con la cabeza—. ¿No se te ha ocurrido pensar que llegue el día en que ya no quieras estar a mi lado?



—Ni se me cruzó por la cabeza, no porque no lo haya meditado sino porque sé que no sucederá jamás. Estoy convencida de que si algún día me dejas no volveré a amar a nadie más. Lo digo porque estoy segura. No te preocupa que más allá de si los demonios vuelvan por mí...

—No voy a permitir que te toquen —exclamó a voz en cuello.

—Sí, está bien, pero podría sucederme cualquier otra cosa, podría tener un accidente, podría enfermarme.

—Sería lo más normal del mundo, eres humana, ese es el ciclo natural de las cosas.

—¡Al cuerno con eso!, yo no quiero separarme de tu lado jamás.

—No tienes ni idea de lo que pides.

—Sí, sé que pido demasiado... una eternidad junto a la persona que amo.

—No servirías para ser esto. No tienes ni idea de lo que significa e implica ser un demonio.

—Me figuro que me costará acostumbrarme a ciertos aspectos; no espero obtener todo a cambio de nada. Soy conciente de que por todo en esta vida ha de pagarse un precio y lo acepto, el precio es justo por el valor de lo que me llevaré conmigo.

—No pienso consentir que hagas eso y si no quieres que te deje, mejor no vuelvas a pronunciarlo—. Me amenazó apuntándome con un dedo.

—¿Qué va a pasar dentro de diez años?! ¿O en veinte, cuando empiece a arrugarme?

—¿Te preocupa arrugarte?

—No seas tonto.

—Eliza, no tengo ni la menor idea de lo que va a ser de mí mañana y me exiges que piense en lo que será de nosotros dentro de diez o veinte años; y para peor, me dices que quieres convertirte en un demonio. ¡No tienes ni idea de nada! No sabes cómo son las cosas. Por qué estás tan segura de que podríamos seguir juntos si tú cambias. Por qué crees que querrías seguir estando a mi lado cuando cambies. Es probable que dejaras de amarme, que yo pasara a significar nada para ti. Cuando te conviertes en esto lo único que deseas son almas y nada más, eso es lo que te da fuerza, lo que te alimenta, lo que necesitas para estar vivo. Cuando cambias, todo en ti te guía en un único sentido, cazar. Al principio es tan difícil controlarlo que sientes que vas a lanzarte al cuello de la primer persona que se te cruza por delante para arrancarle su alma con los dientes, y a medida que pasan las décadas te vuelves cada vez más egoísta, más despiadado. Los primeros impulsos quedan

de lado pero lo que te llena es algo mucho peor, es la certeza de que eres frío, despiadado, tu inteligencia y tus sentidos se desarrollan al máximo para llegar a lo que quieres del modo más certero. No puedes ver a otro demonio sin poder reprimir las ganas de borrarlo de la faz de la tierra para quedarte con las almas que él debe comprar. E incluso si pudiese sobrepasar todas esas cosas, si resistieses quedarte a mi lado...

—Lucas está contigo.

—No ha sido fácil para ninguno de los dos.

—Ustedes son amigos —solté para darle fuerza a mi alegato.

—Sí, y nos viste intentar matarnos el uno al otro en dos ocasiones.

—No intentaré matarte.

—Yo no estoy seguro de que no vaya a querer matarte a ti.

No me esperaba eso; sentí un frío glacial corriéndome por la espalda.

—Te deseo más que a nada en el mundo, pero... ¿sabes por qué realmente te he dicho tantas veces que no?

—Porque temes romperme una pierna o llenarme de moretones.

—¿A parte de eso? —refutó, tajante.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Porque no ha pasado un solo segundo, desde que te conozco, e incluso desde que acepté que podía permitirme estar contigo, en que no haya deseado, con una necesidad feroz, arrancarte el alma.

Inmediatamente se me puso la piel de gallina.

—No te haces a la idea de lo difícil que es para mí, estar junto a ti. No alcanzarías jamás a comprender lo doloroso que es amarte tanto y al mismo tiempo querer robarte tu alma. Es...es... —se tironeó del pelo—. Es agotador y me hace sentir pésimo. Como se puede querer tanto a alguien y que ese sentimiento conviva con un deseo igual de fuerte por verlo muerto. Es agotador y desgastante. Yo no soy ni nunca he sido inmune a eso mismo que llevaba a los otros hacia ti. Nunca he sido ni más fuerte ni más inteligente que ellos—. Hizo una pausa—. Es probable que no te dieras cuenta de lo que voy a contarte, aquella noche estabas demasiado sumida en el dolor para ser consciente de lo que sucedía a tu alrededor, no fui yo quien te sacó del agua cuando Horacio...

Vicente se dio vuelta y le pegó una patada al lateral de la isla sobre la cual colgaban las sartenes y cacerolas. Golpeó con una fuerza tal el material, que tres de los cerámicos color borgoña se rajaron, dos de ellos se cayeron al suelo convertidos en tozos dispares.

—Fue Ariel quién te sacó del agua. Verte así tan débil e indefensa me enloqueció. Sé que podría volver a perder la cabeza, sobretodo si estoy demasiado concentrado en otra cosa, por eso es que no quiero. ¡No quiero que te conviertas en esto!

—Pero...

—Vete a casa —su gesto era pétreo—. Necesito que me dejes. Sé razonable y vete.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Necesito que me dejes solo, esta noche.

—¡No!

—Eliza por favor —rugió agarrándose la cabeza.

—Me importa un cuerno todo lo que has dicho. Estuviste junto a mí mientras estuve convaleciente en ese maldito hospital y no me tocaste un pelo. Llevo dos meses durmiendo a tu lado cada noche y no me has hecho daño. No pienso dejarte ni ahora ni nunca—. Intenté sonar decidida, ya que lo estaba, pero por la mueca en su rostro me di cuenta que plan no daba resultado.

—Es sólo por esta noche, y por si no te has percatado, te lo estoy rogando. Si de verdad me amas vete. ¡Vete!

—Esto es ridículo.

Vicente hizo rodar su cuello, tenía los parpados apretados. Su espalda se tensionó y estiro un par de veces. Abrió los ojos.

—Bien, entonces tendré que irme yo.

Manoteó las llaves de encima de la mesada y salió a toda velocidad dándome la espalda. Fue entonces cuando me percaté de que estaba completamente vestido, con zapatos y saco, como si hubiese previsto que saldría por esa puerta en mitad de la noche.

Lo llamé; no me hizo caso.

Salió de la cocina dando un portazo que convirtió el cristal de la puerta en un charco de vidrios rotos sobre el suelo.

—No voy a permitir que me dejes hablando sola. Regresa aquí ahora —le grité saliendo de la cocina después de saltar por encima de los vidrios (iba descalza)—. Vicente.

La puerta del garaje ya estaba abierta y las luces encendidas. ¿Lo había pescado in fraganti?

—No voy a permitir que me dejes así como así. No seas cobarde.

Vicente se subió al Porsche sin siquiera dedicarme una mirada antes. Puso el motor en marcha, las luces traseras y delanteras se encendieron.

No parecía algo demasiado coherente, de cualquier modo lo hice. Me paré a unos cuatro metros por detrás del pequeño y compacto automóvil. Vi que tenía una mano por sobre encima del asiento del acompañante y la cabeza volteada hacia atrás. No puedo precisarlo, pero supongo que me miraba; aquello no duró más un segundo. Vicente se dio vuelta y puso la marcha atrás, el motor rugió y se movió con un espasmo seco que se cortó cuando la luz de freno roja pisó el vehículo contra el suelo de graba un metro más allá de donde había estado estacionado.

—¿Vas a atropellarme?! —le grité luego de recuperarme del susto de ver el auto venírseme encima. No me contestó, por lo que me planté en mi lugar—. ¡No pienso moverme de aquí!—. Me miraba por el espejo retrovisor—. Bájate ya.

La parte trasera del Porsche se me vino encima tan rápido y tan velozmente que se me aflojaron las piernas del susto. Flexioné las rodillas y tendí las manos hacia delante como si con eso pudiese hacer algo para detener el avance del automóvil. Yo no era Vicente. Apreté los párpados, no podía ver cómo me pasaba por encima. Se me escapó un grito de pánico. No sentí el golpe que esperaba. Abrí los ojos. El caño de escape tiraba aire caliente sobre mis pies, el paragolpe estaba a menos de cinco centímetros de mis rodillas.

Alcé la cabeza y vi reflejado sus ojos en el espejo retrovisor que colgaba sobre la luneta delantera. Vicente puso primera y salió disparado hacia delante levantando una polvareda blanca y disparó graba en todas direcciones.

Tosí y me refregué los ojos.

Vicente pisaba y soltaba el acelerador lo que hacía que el motor rugiera igual que un león. El auto se sacudía hacia atrás y adelante amenazador. No me moví. Evidentemente mi reacción era absolutamente irracional.

Oí el freno de mano trancar el vehículo. Vicente abrió la puerta y se bajó, solamente cuando se me vino encima pude retroceder. Me agarró por el antebrazo, intenté zafarme, sus dedos tenían la fuerza de una tenaza. A los tirones me apartó del camino. Me arrastró hasta la puerta de la cocina y allí me dejó. En cuanto me soltó un insoportable dolor se desparramó por mi brazo. Me miré y no puede creerlo, sus cinco dedos me habían dejado unas marcas moradas que parecían moretones de dos o tres días.

El plateado de la pintura del automóvil refulgió delante de mis ojos cuando a toda velocidad se escapó de mí.

El fantasma más conocido y más temido de todos estaba de vuelta para

espantarnos. Vicente era un demonio y quería mi alma.

Quince minutos más tarde subía a la camioneta para regresar a mi departamento, no resistía quedarme en la casa si él no se encontraba allí, y tampoco me creí capaz de sentarme a esperar a ver si regresaba. Me había hecho temerle y eso no me hacía feliz en lo más mínimo. No quería sentir así sobre él.

Me pregunté qué era lo que hacíamos y prefiriendo no dar con la verdad, en vez de ir directo a casa me pasé más de una hora dando vueltas por la desierta ciudad a oscuras. La luna ya no brillaba, unas pesadas nubes de un gris la habían cubierto igual que a las estrellas. El cielo se licuó en lágrimas a la primera señal de claridad en el horizonte y estas se transformaron en una lluvia torrencial cuando me bajaba de la camioneta luego de haber estacionado frente a mi edificio.

...

Susana me contemplaba parada desde la vereda, por delante de las persianas baja del local cubriéndose de la lluvia con su paraguas de lluvias rojo. Sonreía muy feliz.

—¡Voy a comprarme el vestido! —exclamó en cuanto puse un pie sobre el asfalto sin hacer el menor intento por cubrirme de la lluvia que me caía sobre la cabeza.

—Que bien —terminé de bajarme de la camioneta—, te quedaba muy bonito. Susana llegó hasta mí y me cubrió con su paraguas. Se le había borrado la sonrisa del rostro.

—¿Qué te pasó?

—Vicente y yo discutimos, anoche.

Iba a dar un paso al frente para subir a la vereda pero ella se quedó quieta.

—No es serio, ¿no?

Me sequé una gota que me caía por la frente.

—No lo sé- admití al tiempo que meneaba la cabeza—, espero que no. Todavía no entiendo qué fue lo que pasó exactamente—. Me llevé una mano a los hematomas del brazo, por suerte llevaba camisa de mangas largas, de modo que ella no podía verlos. Se hubiese vuelto loca si le contara lo que tenía ahí debajo de los dedos.

—¿Tiene algo que ver con lo que pasó anoche con Cristian?

—No tiene nada que ver con eso; nuestra relación es un tanto complicada, él... él...

Susana se quedó viéndome. La lluvia caía a nuestro alrededor.

—¿Por qué intuía que él es el único responsable de esto?

En silencio caminamos hasta la puerta. Busqué las llaves y abrí los candados.

Susana encendió las luces mientras yo levantaba las persianas.

Llegó Matías y el día comenzó, así sin más, como todo en este mundo estuviese igual que ayer, como si lo que pasó, jamás hubiese sucedido.

A media mañana llamé a Vicente a su celular y a la casa, no atendió ninguno de los dos teléfonos. Para el medio día ya estaba bastante convencida de que no volvería a verlo.

Me senté en la silla de caños cuyo respaldo tenía la publicidad de una marca de champagne y abrí la botella de agua. Almorzaría sola, Susana me había pedido permiso para ir a comprar su vestido de novia y Matías estaba arriba atendiendo. Nos tomaríamos nuestra media hora por turnos.

Bebí un buen trago de agua y le eché un vistazo al sándwich que me esperaba sobre la mesa; no me tentó en lo más mínimo, tenía el estomago cerrado.

El crujido de los escalones me hizo voltear la cabeza, creí que alucinaba. Me levante despacio y no parpadeé, temía que si me movía demasiado rápido o cerraba los ojos ni bien fuese por una fracción de segundo, desaparecería y no quería volver a perderlo. Vicente no dijo nada, simplemente se abalanzó sobre mí y tomándome por la nuca me besó.

—Lo siento —repitió una y otra vez con los ojos húmedos y sus dedos temblando al recorrer mi cuerpo—. Lo siento tanto. Perdóname por favor —susurró tomando mi cara entre sus manos calientes y suaves—. No me dejes, te lo ruego. Soy conciente de que me porté pésimamente mal, de que no te merezco ni un poco. Haré lo que sea que me pidas; no me obligues a apartarme de ti.

—Nunca más me pidas que me aleje de ti, eso es lo único que quiero, no tener que separarme de ti nunca más.

—Deseo concedido, no puedo siquiera vivir con la idea de abandonarte, no importa cuanto quiera tu alma, no importa cuanto tenga que sufrir por eso, te amo demasiado para vivir lejos de ti.

Acercó su cara a la mía, nuestros labios no llegaron a tocarse, igualmente pude aspirar su aliento dulce y tentador; así, de repente, se me despertó el apetito.

—Anoche perdí la cabeza por ti. Realmente creí que si te contaba mi vida

lograría alejarte de mí de una buena vez, ya que yo no soy capaz de apartarme de ti. Pero no te fuiste. Creí que enloquecería, estabas allí junto a mí, durmiendo apaciblemente. Me asusté tanto, nunca antes le había permitido a nadie acercarse tanto a mí. Lo que te conté no lo saben más que Ariel y tú—. Hizo una breve pausa, todo mi cuerpo, salvo mi cabeza que él tenía sujeta entre sus manos, temblaba de emoción—. No podía entender cómo es que deseabas saber más...

—¿Ahora lo entiendes?

Contestó que sí con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Vas a tener que hacer mucho más que lo de anoche para intentar alejarme de ti. Tendrás que matarme si realmente quieres apartarme de tu lado.

Vicente sonrió y aflojó la presión de sus manos sobre mis mejillas, aproveché para echarle los brazos al cuello y lo besé.

A partir de ese momento, no volvimos a discutir el pasado, únicamente focalizamos nuestra atención en el día que teníamos por delante. La tensión y la angustia de esas últimas doce horas fueron desvaneciéndose de a poco. Sin que nos diésemos cuenta volvimos a ser los de antes y nuestra relación se asentó, no para enfriarse, sino todo lo contrario, cada día que se sumaba a la lista de los más completos y felices de mí vida me sentía más atraída hacia él, más enamorada, si es que semejante amor es posible en la Tierra. Más suya.

Lucas regresó el fin de semana tal cual lo había predicho, llegó justo para el almuerzo; lo esperábamos con el asado prometido. Me guardé para mí lo sucedido la madrugada del miércoles, no tenía ganas de discutir con él, y mucho menos de oír lo que suponía estaría muy dispuesto a decirme. Si Lucas vio algo en mi mente no lo mencionó, y fue mejor así, los tres le dimos la espalda al pasado. Yo nunca fui del tipo de persona que se olvida tan rápido de las cosas, ni me interesaba olvidar tampoco, ser consciente de lo sucedido me ayudaba a disfrutar todavía más lo que tenía ahora entre manos. Es increíble con cuanta facilidad uno puede dejar todo lo malo atrás si tiene una verdadera motivación para seguir adelante, y yo la tenía: tenía a Vicente y él me tenía a mí.

El tiempo vuela cuando somos felices, y en cuanto llegó marzo con tempranos atardeceres y una ciudad más cargada de gente, me percaté de que tenía que ponerme en campaña para ponerle un freno al tiempo. No era conveniente que hiciese tanta presión en este momento, no iba a echar por la borda la tranquilidad que teníamos ahora, aun así continuaba siendo consciente de que corría una carrera contra el reloj. Decidí que haría un trabajo de precisión,

meticuloso y prolijo, si todo resultaba según lo planeado no se podría negar, tendría que permitirme pasar el resto de la eternidad a su lado. Iba a remover cielo y tierra para encontrar todas las pruebas que le demostrasen a Vicente, que nada cambiaría si yo me transformaba en lo que él era. Estaba convencida de que no íbamos a intentar matarnos, que yo era capaz de hacer lo que él hacía para mantenerse fuerte y vivo, y que sin duda continuaría amándolo cada día más hasta el fin de los tiempos. No me pregunto cómo, simplemente estoy segura de ello. No sería un cambio fácil, pero tendría toda la eternidad para acostumbrarme, y con respecto a mis padres y a mis amigos, bien: no se puede tener todo.

## 7. Exceso de testosterona.

Benditos sean los fines de semana, alabé al despegar los parpados. Era sábado. Vicente se encontraba abajo en la cocina, preparando el desayuno, me llevaría al trabajo y más tarde pasaría por mí para traerme de vuelta aquí a su casa. Teníamos planes para todo el fin de semana. Por la noche, cenaríamos en casa, iba a ser una noche de pizza, amigos y películas. Lucas, que intentaba aprender a cocinar, amasando y horneando. Primero, para eso, debíamos ir al supermercado, para lo cual me pidió ayuda, me agradó la idea de pasar un rato a solas con él, por regla general siempre que nos veíamos yo estaba con Vicente, de modo que el cambio nos vendría bien. El motivo real de nuestro encuentro nocturno era que Lucas quería estrenar su nueva maquina de reproductor de películas de alta definición. Ya había comprado un par de películas y había ordenado su cuarto para que pudiésemos mirarlas allí.

El domingo, bueno... no tenía muy en claro que era exactamente lo que íbamos a hacer el domingo, Vicente y Lucas tenían preparada una sorpresa para mí. Con mi historial, oír hablar de sorpresas me ponía los pelos de punta. Intenté sonsacarles una pista, no dio resultado. No me quedaría más remedio que esperar para saber.

Vicente abrió la puerta, con una sola mano cargaba la enorme bandeja repleta de comida y un detalle, un florero con un ramillete de pequeñas florcitas.

—Buen día.

—Buenos días. Mejor será que retome mi rutina de ejercicios, si sigo comiendo así voy a tener que cambiar todo mi guardarropa y odio tener que salir a comprar ropa —dije dándome golpecitos sobre la panza.



Me dio un rápido beso sobre los labios y rodeó la cama para sentarse junto a mí.

—Estas perfectamente bien.

Puse los ojos en blanco.

—Mientes, gracias, de todos modos. No, hablando en serio, creo que lo necesito, antes ejercitaba al menos cinco veces por semana. Siento que me oxido de no hacer nada. Me vendría bien un poco de ejercicio —dije al tiempo que recibía la taza que me tendía.

No soltó la taza y se quedó mudo mirándome.

—Te aclaro que lo que dije fue sin segundas intenciones. Me ejercitaba mucho, por lo general dos horas al día y ahora no hago otra cosa que comer y dormir, y estar tirada contigo en algún sofá.

—No creí que te molestase tanto estar “tirada” conmigo en algún sofá.

—¿No va a molestarte que gane cincuenta kilos? —lo desafié—, podría aplastarte.

Se sonrió.

—No hay problema, podría levantarte incluso si engordaras cien kilos más. Lucas no es el único que puede voltear camionetas —respondió imitando mi tono de desafío, solo que de sus labios sonaba mucho más tentador, incluso sensual.

—Sí, muy gracioso. Mientras yo no esté dentro... —sorbí un poco de café, era fuerte y perfumado. Uno de los cambios más significativos desde “aquella” noche era que Vicente había permitido que yo introdujera en nuestras conversaciones, parte de los sucesos que nos habían unido. Si bien para mí no era fácil pensar en todas esas cosas, creía que con cuanta más soltura y naturalidad las discutiésemos, más temprano terminaría por aceptarlas y sobreponerme a ellas. Solíamos hablar sobre situaciones tan bizarras, como las de la camioneta, soltando bromas, yo le había dado pie para esto, y si bien él al principio ponía mala cara ya no lo se molestaba tanto, incluso se arriesgaba a hacer alguno que otro juego de palabras, siempre tanteando mis reacciones, procurando pescar en el aire algún síntoma de tristeza o dolor que yo venía consiguiendo mantener a raya. Las referencias a su fuerza sobrenatural, a su incapacidad por sentir apetito, a su perfume y al vaho que soltaba cuando se enojaba, eran cosas de todos los días. Su condición y la mía eran algo de lo cual no nos olvidábamos, algo que teníamos muy presente, y que ya ninguno de los dos intentaba ocultar. La palabra demonio no era más un tabú para nosotros y si bien todavía no había vuelto a su trabajo discutíamos

qué haríamos cuando tuviese que viajar.

—No alardees.

—No alardeo, te lo demostraré un día.

—En fin —tomé un muffin de vainilla y le di un mordisco—, voy a extrañar esto —dije tapándome la boca llena.

—No hace falta que te pongas a dieta.

Tragué.

—Lo dice alguien que no tiene que preocuparse por engordar o envejecer.

—No necesitas dejar de comer, si quieres hacer ejercicio abajo hay unas cuantas maquinas. Son de Lucas pero me figuro que no tendrá problema en permitir que las uses.

—¿Para qué necesita Lucas máquinas de hacer ejercicios? No para mantenerse en forma me figuro, cómo si necesitase incrementar su fuerza.

—No, nuestra fuerza no tiene nada que ver con los músculos. Es para descargar energías supongo —se encogió de hombros—. Es eso o pasearse por ahí rompiendo cuellos.

—De qué me estoy perdiendo.

Vicente se ruborizó.

—Ya veo—. Solté ante lo rotundo de su silencio, creía entender los verdaderos motivos de la presencia de aquellas maquinas en la casa—. ¿No las usas?

—¿Eliza, por favor?! —el color de sus mejillas desapareció—. Ni las uso ni ando por ahí rompiendo cuellos. Ciento cincuenta años de existencia pueden ayudarte a aprender muchas cosas de ti mismo.

—¿Aprendiste a meditar? —lo pinché—. Era una broma—. Le sonreí pero se negó a devolverme el gesto.

—No tuvo gracia —masculló enfurruñado.

—Sí, sí que la tuvo. No seas tan malhumorado, cuando aprenderás a soltarte un poco. No estaba hablando en serio. Deberías practicar un poco más el sabio arte de la relajación. ¡Eres tan serio!

—Eso no es cierto —replicó con una mueca severa en el rostro.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo loco?

Enarcó las cejas.

—Cuando decidí oponerme a todo lo que soy, volviendo al mundo al cual pertenezco, en contra mía, por aceptar amarte —puntualizó en un intento de cerrarme la boca, lo cual no resultó.

—Eso no cuenta —le espeté sin poder dejar de sonreír, me causaba gracia

verlo tan atribulado y avergonzado por una cuestión completamente normal y natural.

—¡Cómo que no cuenta! ¿Cuándo fue la última vez que tú hiciste algo alocado?

—Fue más o menos por la misma fecha que tú.

—¡Oh!, disculpa, tú si que eres la personificación de la aventura.

—Podría haber muerto —le recordé sin perder la sonrisa.

—No cuenta, lo tuyo no fue algo alocado, fue una estupidez descomunal.

—Supongo que somos dos aburridos, entonces.

—Sí, llevamos una vida muy aburrida. Nuestra vida es tan común y mundana que da asco —entonó poniendo los ojos en blanco.

Le di un codazo y casi me rompo el brazo, pero lo peor fue que derramé la mitad de mi taza de café sobre las sábanas. Ahí terminó la broma. ¡Como odio ser tan torpe!

...

—Tengo una prueba del vestido esta tarde, ¿quieres acompañarme?

—Lo siento, Vicente viene por mí, me llevará de vuelta a su casa, quedé con Lucas que lo acompañaría al supermercado a hacer unas compras, va a cocinar esta noche. Intentará hacer pizza.

—Lástima.

—¿Ya está listo?

—Casi, la verdad es que no entiendo qué más le hacen. Me quedaba perfecto la primera vez que me lo puse. ¿Te conté que al final logré conseguir lugar en el salón que me gustaba? La boda será el primero de agosto.

—¡Qué bueno!

—Sí, ahora estoy más tranquila. Todo esto me tenía los nervios de punta. Llevamos semanas dando vueltas alrededor de la fecha. Sebastián iba hoy a encargar las invitaciones y a confirmar a la iglesia la fecha de la ceremonia.

—Entonces está todo encaminado—. Todavía no lograba hacerme a la idea de que fuese a casarse, las cosas sucedían tan rápido...

—Me parece mentira. Tener la fecha marcada en el almanaque me pone la piel de gallina, así es más palpable. Voy a casarme—. Hinchó el pecho—. Voy a convertirme en una mujer casada. Esto es tan surreal.

—Mejor que vayas haciéndote a la idea —bromeé.

—¡Necesito una despedida de soltera!

—Tendremos que organizarte una.

—Creo que mis primas me están organizando una; lo cual no es ningún alivio, no confié demasiado en ellas.

Solté una carcajada.

—¿Lucas todavía sigue solo?

—¿Otra vez con eso? Intentar discutir contigo es gastar saliva inútilmente. No sé ni para qué me esfuerzo.

Susana chasqueó la lengua ignorando esto último y siguió con lo suyo como si tal cosa.

—Es que tengo una candidata para él —comentó con desparpajo.

—Lucas no está en venta.

—Que él lo decida. En cuanto lo vea voy a preguntarle, es la hermana de una amiga y debe tener su edad, es una chica muy bonita y agradable.

Y humana —dije yo por dentro.

—Como gustes, pero él no va a querer. No creo que se sienta cómodo con tener una cita a ciegas—. No creo que quiera estar tan cerca de alguien que lo puede tentar hasta la perdición—añadí para mí.

—Tengo una mejor idea, creo que voy a hacer una reunión en casa y voy a invitarlos a ustedes y a Lucas, para que todos nos conozcamos mejor, llevo mucho tiempo queriendo presentarte a mis amigos.

—Cuando gustes, pero te repito, lo de Lucas no va a dar resultado. Además, cuando te convertiste en una casamentera.

—El día que me pusieron esto en el dedo —entonó alzando la mano izquierda mientras sacudía los dedos igual que un abanico. La piedra de su anillo de compromiso destelló ante los rayos de las luces dicróicas.

El carillón de la puerta de entrada sonó.

Las dos alzamos la mirada.

—Es tu turno —le dije sin dejar de sonreír hacia el visitante que avanzaba hacia nosotras.

—Mentira, te toca a ti.

—La última vez que vino lo atendí yo.

—Por favor.

Tuve la sensación de *dejá vú*, ya habíamos pasado por esto.

Sufár se nos venía encima. Estaba muy bronceado, llevaba una sonrisa de oreja a oreja y hubiese jurado que de me dio la impresión de que había perdido unos cuantos kilos.

—Lo atiendo yo si dejas de insistir con eso de conseguirle una pareja a Lucas.

—Ni muerta—. Dio media vuelta y se fue a atender a Sufár.

—Eliza.

—¿Cómo está, señor Sufár?

—Muy bien, acabo de llegar de vacaciones.

—Se le nota.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Susana cortando nuestro pequeño intercambio de palabras.

—Me quedé sin habanos, y con la vuelta a la ciudad ha resurgido el vicio.

—Por supuesto, acompáñeme.

Sufár me dedicó una pequeña reverencia con la cabeza y siguió a mi compañera. Yo, seguí con mis cuentas.

—Hola —me dijo una voz conocida, que así como otras, tampoco se anunciaba con el carillón de la puerta.

—¡Lucas!- exclamé procurando contenerme para no llamar la atención de Susana y Sufár.

Me estiré y pasando por encima del mostrador le di un abrazo.

—¿Qué haces por aquí?

—¿Es que no puedo visitar a mi amiga?

—Por supuesto, pero pensé que nos veríamos en la tarde. ¿Ya te arrepentiste de cocinar?

—No, para nada. Es que estaba aburrido y decidí hacerme una pasadita por aquí para ver cómo estabas.

—Con ganas de cerrar e irme.

—Me imagino, afuera hace un día precioso.

—¿Lo dices para amargarme?

Lucas no hizo caso de mi pregunta. Simplemente me sonrió. Me debe haber bastado con contemplarlo por dos segundos para percatarme que había algo extraño en él. No puedo precisar qué era, es como si hubiese cambiado y no estoy segura de que fuese en su aspecto. No se había cortado el pelo, ni estaba mi más flaco ni más gordo y vestía con su particular estilo de siempre: pantalones de vestir, zapatillas, camisa con el cuello desabotonado y sin corbata, y saco.

Mi atención se focalizó en sus ojos, por un momento me dio la impresión de que eran de un color diferente pero no, estaban de un castaño casi negro, igual que siempre, sin embargo había algo distinto en ellos. Allí residía la diferencia, su mirada no era lo mismo de la noche anterior.

—¿Qué?

—Estás distinto —comenté fundiendo el entrecejo sin poder despegar mis ojos de los suyos.

—¿Distinto yo? —Soltó aire por la nariz al tiempo que sonreía despreocupadamente—. No, para nada. Estoy igual que siempre, soy el mismo de siempre.

—¿Tiene que ver con lo de mañana? Es por que me están ocultando algo, ¿no es así?

—No, no es nada. No cambié, y ni sueñes con que voy a decirte ni una palabra sobre lo de mañana. No importa lo que intentes, no vas a sonsacarme nada.

—Prometo que no le voy a decir nada a Vicente.

Lucas rechazó mis palabras formando un escudo con sus manos.

—No me importa, no voy a contarte nada. No pienso arruinar la sorpresa.

—Perfecto, como gustes.

Lucas giró la cabeza y le echó una mirada rápida pero penetrante a la escena que representaban el dúo Sufár/Susana.

—¿Adivinaste lo que está elucubrando?

—¿Qué? —soltó dando un respingo.

—Susana... está muy interesada en conseguirte novia.

Lucas sonrió mordiéndose el labio inferior.

—Tendré que decepcionarla.

—Intenté hacerla cambiar de parecer; no hubo caso.

—No te preocupes —barriendo con una mano lo incomodo del caso.

—¿Seguro que no te hiciste nada?—. Volví al acecho, estaba segura que había algo distinto en él.

Lucas se sonrió.

—Eliza, me viste ayer a la noche, qué podría haber hecho.

—No sé, te noto diferente—. Mi frente se arrugó de insatisfacción, eso porque fracasé miserablemente en encontrar ese molesto granito de arena que me molestaba dentro del zapato. Tenía la impresión de que lo tenía delante de mis ojos y no era capaz de verlo.

—Sí, bien, estoy contento, eso es lo que notas en mí.

—Y eso por qué.

—Encontré a quien torturar.

—¿Perdón?

—Vicente me contó que tienes ganas de entrenar otra vez—. Sus blancos y perfectos dientes quedaron todos a la vista iluminando el rostro igual que medio centenar de bombillas incandescentes cuando me brindó una sonrisa de

las tuyas. No sé si es una peculiaridad de la especie en cuestión, sin duda Vicente y Lucas tenían las sonrisas más bonitas y perfectas que hubiese visto en toda mi vida. Quedé otra vez fascinada por su esplendido modo de sonreír, era hipnótico.

Recién al tercer parpadeo pude librarme de su hechizo.

—Sí, llevo seis meses sin mover el esqueleto —se quedó escrutándome con curiosidad, sus enigmáticos ojos negros eran un túnel sin fin, uno corría riesgo de perderse en ellos si los miraba fijo por demasiado tiempo —dejé de ejercitarme cuando terminé con Cristian —añadí desviando fugazmente mi atención hacía un objeto neutral que no pusiese en riesgo la integridad de mi cerebro y un fallo masivo de todos mis órganos vitales. No recordaba que Lucas hubiese causado ese efecto en mí con anterioridad. Lo había visto hacerle esto mismo a aquellas mujeres del café (o al menos yo suponía que era lo mismo), sin embargo jamás me había afectado. Lucas no interrumpió el devaneo de mis pensamientos. ¿Estaría intentando descubrir en qué pensaba yo? A los pocos segundos me dedicó una sonrisa maliciosa—, ¡dejé de ir al gimnasio, antes iba al gimnasio! —solté retomando el hilo de la conversación. Evidentemente los dos pasamos por una suerte de trance.

—Puedo ayudarte con eso —proclamó cual héroe orgulloso hinchando su angosto pecho, fuerte y flexible cual rama de sauce—. De hecho, voy de camino a comprar unas maquinas más para terminar de equipar nuestro gimnasio —añadió posando sus manos sobre el borde del mostrador. Sus fuertes dedos podrían haberle hecho diez perfectos agujeros a la madera, en cambio se quedaron quietos, acariciando delicadamente la sedosa superficie pulida—. ¿Te gustaría acompañarme? Podemos ir a almorzar también.

Tragué en seco, los músculos del cuello me fallaban. Me puso nerviosa que mi cuerpo reaccionara de ese modo.

—Quisiera... no puedo —contesté. Creí que la voz me saldría temblorosa y con fuerza, al final no estuvo tan mal—. Tengo que terminar con esto, no quiero demorarme, prometí que te acompañaría al supermercado y al paso que voy si no me quedo aquí sentada un buen rato, no llegare a la casa ni a cenar.

—Qué lástima —se lamentó retrocediendo sobre sus pasos—. No cantes victoria, luego no podrás escaparte de mí —me apuntó con un dedo amenazador lo que hizo que se me erizara la piel—. Me prometiste que me acompañarías a hacer las compras.

—Y soy una mujer de palabra, eso haré.

—Bien. Voy a comprar el resto de las maquinas de tortura que tengo pensadas

para ti. Ya veras, nos vamos a divertir a lo grande, va a ser genial.

Quedé perpleja. Estaba en ascuas, qué acababa de pasar. Sin duda no podía tener nada de divertido verme transpirar y agarrotarme de dolor. Había dejado pasar de largo algo importante y significativo.

—Dile que estoy viendo a alguien —susurró desviando en un flash, sus ojos hacia Susana—. A menos que quieras intentar explicarle lo inexplicable.

—Prefiero mentirle y decirle que tienes novia—. Balbuceé palideciendo. Literalmente sentí cómo se me escapaban los colores del rostro y se me oprimía el pecho.

—Bien pensado —dijo con prisa—. Te veo luego.

La puerta se cerró detrás de Lucas, el carillón se mantuvo mudo.

A Susana no le quedó más remedio que tragarse lo que le dije, según mi cuento, Lucas había comenzado a ver a alguien unas semanas atrás y supuestamente iba en serio. Se quedó algo más satisfecha sabiendo que Lucas estaba feliz, o al menos, en camino de la felicidad. La que no estaba para nada satisfecha era yo. Mi cerebro se había embarcado solo, y de polizón en un viaje demasiado peligroso para salir ileso. Intenté persuadirme de que lo sucedido no había sido más que producto de mi imaginación, pero lo había sentido y todavía lo sentía. Era como si una delicada película resbaladiza y tersa cubriese mi piel obstruyendo los poros, como si estuviese recubierta por una gran burbuja aceitosa irrompible. Pasaron las horas y no pude deshacerme de aquella sensación, la cual todavía me molestaba cuando Vicente vino por mí en su flamante y brillante Mercedes-Benz nuevo, todavía más ostentoso e hiriente a la vista, que el anterior.

...

—Qué silencio, ¿en qué piensas? —me preguntó de pronto.

Me pasé las manos por los brazos, tenía la piel de gallina debajo de las mangas de la camisa; el aire acondicionado del Mercedes-Benz soplaba un muy artificial chiflete frío que olía a plástico y a pintura. Al otro lado de los cristales el mundo era tibio, otoñal, gracias a la alfombra de hojas secas de los plátanos que tapizaba la calle, era como una bruma cobriza que el viento arrastraba de un lado para el otro formando remolinos en las esquinas. Lo miré por un instante, nuestras miradas se juntaron pero luego volvieron al frente, la de él para prestar atención al tránsito que si bien era escaso, nos mantenía en la bocacalle, los automóviles que venían por nuestra derecha tenían prioridad



de paso; y la mía para escapar de su pregunta mientras intentaba encontrar alguna respuesta en el mundo inmaterial, acerca de la razón por la cual, pensar el Lucas, me daba esa sensación de tener mariposas revoloteándome en el estomago.

—Tienes cara de desconcierto. Me gustaría tener los poderes de Lucas para descubrir en qué piensas.

No, realmente no te gustaría —le contesté mentalmente procurando huir de su cerebro.

Vicente acomodó las manos sobre el volante y cuadró los hombros.

—¿No me lo contarás? Si no me dices qué es empezaré a creer lo peor. Debes tener una razón muy fuerte para mantener la boca cerrada por tanto tiempo.

No pude responder a su humor. Una bola de angustia me subió a la garganta.

—¿Son “ellos”, has vuelto a verlos?

—No, no son ellos. Es que estoy un tanto distraída hoy. Nada más, no te preocupes, estoy bien.

Viajamos en silencio por unos cuantos minutos hasta que no pude contenerme más, y procurando no sonar alterada le solté la pregunta.

—¿No notaste algo diferente en Lucas, hoy?

—No, no lo creo.

—¿No cambió nada?

Vicente dobló a la derecha, entramos en su calle, en dos cuadras estaríamos en su casa.

—¿A qué te refieres?

—No estoy segura—. Lucas había vuelto a partir de viaje unos diez días más tarde de aquella noche para el olvido entre Vicente y yo, y para mi sorpresa —incluso creo que para sorpresa de Vicente también —había regresado tres días después, satisfecho de haber completado su misión en tan poco tiempo. Tendría eso que ver con el cambio que se había ejecutado en él; ¿sería que había ganado seguridad con ello, o existía más: algún tipo de recompensa o ascenso por su logro? No me atrevía pronunciarlo, no tenía demasiada idea de si a Vicente le gustaría oír que yo era capaz de notar un cambio de este orden en ellos. No se me antojaba crear roces en la casa, y mucho menos una disputa entre mi novio y mi mejor amigo. Lo que me constaba horrores guardarme era el hecho de que me producía cierta aprehensión volver a quedarme a solas con Lucas—. No te preocupes —le dije para calmarlo, tenía ese típico gesto en el rostro de cuando en su mente está a punto de fraguar una prueba lo suficientemente contundente para poner en jaque nuestra relación. Con el

correr de los días aprendí a detectar esos momentos de vacilación, y arrancarlos de raíz, o en su defecto: a cortarlos, antes de que provocasen algún daño irreparable—. Deben ser idas mías —le sonreí para disimular el río ácido que corría por mis entrañas y trepaba por mi garganta.

La mueca tensa se desvaneció.

El portón se abrió de par en par para dejarnos paso. Las gomas chisporrotearon sobre la gravilla salpicada de pequeñas hojas secas que el viento soltaba de los arbustos que rodeaban toda la casa y el muro frontal.

Nos internamos en la sombra del corredor que tenía fin contra el garaje. Allí, parado junto a su pequeño vehículo azul y blanco, nos esperaba Lucas, reclinado sobre el lateral con un codo apoyado sobre el techo.

—Por lo visto está ansioso por salir —comentó Vicente deteniendo el Mercedes-Benz frente a la puerta de la cocina.

—Por fin llegan —exclamó Lucas a modo de saludo—. ¿Nos vamos? —me preguntó despegándose del auto.

—Lucas, dale cinco minutos, no pensaste que quizá quiera beberse un vaso de agua, o descansar un momento. No es una de los nuestros —soltó entre irónico y enfadado.

Lucas me sonrió.

—Bien, ve a beber toda el agua que necesites, estaré aquí esperándote.

Entré a la cocina y fui directo a la alacena a sacar un vaso. Arrojé la cartera sobre la mesada y después de tironear de la puerta de la heladera, la cual casi me succiona con el vacío que se había formado dentro, saqué la jarra y llené el vaso hasta el borde. Me llevé el vaso a los labios y comencé a beber con desesperación. No me di real cuenta de lo que hacía hasta que Vicente me miró y articuló con su voz suave de siempre:

—Eh, tranquila, vas a ahogarte.

Me ahogué, mi garganta barboteó igual que una cañería parcialmente obstruida. Se me aguaron los ojos y me entró un ataque de tos que obligó a Vicente a rescatar el vaso de mis manos y a darme unas delicadas palmaditas en la espalda para ayudarme a volver a respirar con normalidad.

—¿Pasó?

Asentí con la cabeza.

—Cuando regreses de tu salida con Lucas tendrás que contármelo —me advirtió inquieto—. No nací ayer, Eliza—. Me recordó serio—. Ve haciéndote a la idea. No te librarás de mí.

Lucas me llamó desde afuera con un grito desaforado.

—¿Segura que no son ellos?

—Sí, segura.

Vicente apretó los labios y se cruzó de brazos para escrutarme con recelo.

—No sé si dejarte ir.

—Estaré aquí de vuelta en dos horas a más tardar, lo prometo.

—¿Tienes tu celular encima?

—Está dentro de mi cartera, como siempre.

—¿Tiene baterías?

—Sí —bufé.

—Deberías tenerlo encima todo el tiempo. Sería recomendable que lo llevaras en un bolsillo.

—No crees que ese fue un comentario un tanto paranoico.

—Los motivos para ponerme así me los has dado tú.

—Ya te dije que no es nada.

Dio un paso atrás para permitirme salir.

—Te llamaré en media hora para asegurarme de que estás bien—. Se notaba a la lengua lo contrariado que se sentía.

—No hacer falta —dije en un intento de hacer que se calmara, cuando se ponía nervioso, tanto cuanto se enojaba, todo a su alrededor se distorsionaba, como si su cuerpo generase una extraña descarga de energía que igual que una gigantesca tormenta eléctrica, modificaba las condiciones de la atmósfera, o como mínimo, del ambiente de la casa que estuviese ocupando en ese momento.

—¿Todavía tienes agendado el número de Ariel?

—Sí—. Aquella extraña presencia en mi celular era para mí igual que un ovni sobrevolando el cielo de Buenos Aires. Era algo que no podía ni ver ni tocar, y a lo cual se suponía que no debía acceder a menos que tuviese alguna urgencia o que el ecosistema que Vicente y yo intentábamos mantener entre la Tierra y el Infierno, sucumbiera y no por una catástrofe natural, sino por fuerzas completamente desconocidas e igualmente terribles—. Estás exagerando—. Me puse en puntas de pie y le di un rápido beso en los labios. Quise partir, pero él me tomó por la muñeca y me arrastró otra vez hacia él.

—No pensaste que te dejaría ir así —la deliciosa sonrisa que me dedicó estaba llena de malicia—. Eso no es un beso —susurró frunciendo la frente. Enterró su mano derecha entre mi cabello para posarla sobre la nuca, sus largos dedos se desparramaron por mitad de mi cráneo (un casi imperceptible cosquilleo me hormigueó por el cuero cabelludo y cayó como agua todo por

encima de mi columna vertebral) y...

Cerré los ojos, mi cuello se aflojó y mi garganta se distendió cuando eché la cabeza hacia atrás, el beso nunca llegó. Lucas gritó mi nombre a todo pulmón cortando el momento sin piedad alguna. Con los labios entreabiertos, despegué los párpados y me quedé boqueando en búsqueda de oxígeno. Vicente puso los ojos en blanco y dejó que su mano resbalara por el costado de mi cuello hasta desprenderse de mí justo por delante de mi pecho—. Vete —me dijo sonriendo.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Se me hizo un nudo en el estómago al cerrar la puerta de la cocina.

Lucas se encontraba dentro del automóvil, su cabeza asomaba por la ventanilla.

—¿Lista?

—Sí —gruñí enojada. No estoy segura de si lo hizo a propósito o no, no había percibido su mente intentando penetrar en la mía, aún así ese detalle podría haberse escapado, estaba pensando en algo mucho más urgente por aquel entonces, lo cierto era que queriéndolo o no, había arruinado un muy buen momento

—Cuanto me alegro —entonó obsequioso. La buena voluntad le duró poco—. Andando, tenemos mucho que hacer.

Lucas pareció no notar mi aprensión. No cerró la boca en todo el camino al supermercado. Habló hasta por los codos, de los sabores de las pizzas que pensaba preparar, de las maquinas y demás implementos que había comprado para el gimnasio, de la rutina de ejercicios que tenía en mente para mí, de las películas que miraríamos en la noche, de mi camioneta y de los accesorios que había visto para añadirle, del nuevo Mercedes de Vicente y de su nueva adquisición tecnológica con la que además de disfrutar de buen cine, podríamos jugar a los más fabulosos y emocionantes videojuegos. Como se notaba que no tenía ni idea que yo no entendía nada de mecánica y mucho menos de videojuegos; lo suyo fue un monólogo encriptado que no lograba decodificar, sin embargo no pude apartar mi atención de él. Fue semejante a que él fuese un enorme magneto, y yo una barra de acero. No lograba despegarme de él, ni dejar de pensar en él.

—Harina —entonó igual que si estuviese tildando el producto en una lista mental. Coloqué los dos paquetes dentro del carro que yo empujaba, más que

nada, para tener de dónde asirme en caso de que la enfermedad continuase avanzando.

—Puré de tomates— exclamó cogiendo de la góndola la marca que evidentemente prefería.

Empujé el carro, las botellas de cerveza mitinearon. Ya pesaba bastante pero no pensé en pedirle que lo empujara él, y él, como siempre, me trataba como una igual, lo que dejaba aparte todo tipo de galanterías caballerescas o meros gestos humanos.

—Nos faltan las aceitunas, las anchoas—. Estiró el cuello, supongo, para buscarlas—. El jamón y los... —alzó la cabeza y olfateó el aire—, morrones—. Tiró de la parte delantera del carro para que girásemos a la derecha. Apenas dimos la vuelta se frenó, estiró un brazo manoteó algo del estante superior y luego arrojó al fondo enrejado del chango. Resultaron ser dos latas de morrones en aceite.

—¿Los olfateaste? —inquirí sorprendida. Lo seguí, ya se me había escapado unos cuantos metros. El carrito me lo puso difícil a la hora de maniobrar, tenía las ruedas trabadas y el peso que cargaba no ayudaba.

Me respondió que sí, con toda tranquilidad para después tomar un frasco de anchoas.

—¿Podías hacer eso antes? —Yo sabía que Vicente y él tenían un sentido del olfato bastante agudo pero jamás había calculado que fuese tan agudo, como para ser capaz de oler un producto envasado dentro de una lata cerrada al vacío.

Lucas me dedicó una fugaz mirada rasante, en realidad no estoy segura de que su objetivo fuera mirarme a mí, ya que al segundo pasó por mi lado para tomar un frasco de aceitunas negras y otro de verdes, de los estantes que habíamos dejado atrás.

Colocó los frascos dentro del carrito con cuidado para no romperlos y me puso una mano en el hombro. Su andar firme me obligó a seguir caminando.

—La verdad —comenzó a decirme al oído —es que creo que no.

Un escalofrió me subió por el hombro y el cuello hasta la nuca, cuando pronunció aquellas palabras. Giré la cabeza, nuestros rostros quedaron muy cerca el uno del otro.

—Creo que estoy cambiando —explicó calibrando muy bien sus palabras.

Me quedé boquiabierta. Su mirada interceptó la mía. Cerré la boca.

Lucas alzó las cejas algo divertido.

—No te asustes, no muto a lagarto ni nada parecido —bromeó—. ¿Qué? —

Sacó la mano de mi hombro—. ¿Por qué me miras así?

—Te pregunté si algo había cambiado en ti y me dijiste que no—. Creía estar perdiendo otra vez el dominio sobre mí misma y eso no me gustaba ni un poco.

—No quería que enloquecieras —me contestó echándose a andar otra vez como si tal cosa.

—¿Qué es?

Se encogió de hombros.

—Me siento más hombre, más fuerte, más... Supongo es parte de la evolución normal.

—¿Tiene que ver con tu último trabajo?

—Es probable, Ariel me dijo que era un trabajo importante.

—¿Lo discutiste con él?

—¿Con Ariel?

—No, con Vicente.

Lucas se encogió levemente, pese a que todavía continuaba pareciéndome más grande, más llamativo y fuerte que antes.

—No, no hablo de estos asuntos con él.

—Si Vicente es tu tutor.

Lucas se sonrió, sin embargo el resto de su cuerpo se puso tieso.

—Sí; es que no discuto mis resultados con él, bueno, no en este último tiempo.

—¿Desde que yo llegué?—. Comenzaba a creer que podía adivinar por dónde venía esto.

Lucas me lo confirmó con un parpadeo. No tardó nada en darme la espalda. Se puso a mirar unos embases de productos para preparar comida árabe.

—¿Por qué? —gemí.

Lucas se dio vuelta y alzó una ceja, como diciendo ¿de verdad que no lo entiendes?

—Es para evitar fricciones. Tuvimos suficiente con lo que sucedió.

Eso me hizo recordar muchas cosas desagradables, como a mí misma dentro de aquella camioneta, a él astillando la ventana de la misma con su cabeza, y a Vicente tirado en el suelo inconciente. Me mordí el interior de la mejilla para obligarme a regresar al presente. Dio resultado, pero también hizo que la boca se me llenara de gusto a sangre.

—¿No se va a dar cuenta del cambio?

—Tarde o temprano lo hará.

Di un paso al frente para acercarme a él, el magneto tiraba con fuerza de mi estómago.

—Tarde o temprano hay que abandonar el nido.

Como si el hecho de saberlo con antelación mejorase las cosas. Comencé a desesperarme ante la idea de no verlo tan seguido. En este momento y frente a él no podía pensar con claridad, lo tenía demasiado metido en la cabeza. Sentí que lentamente, algo se desplomaba en mi interior.

—Eliza, no pongas cara de espanto, que me mude solo, no implica que tenga de dejar de verte a ti o a él. Es simplemente que... Tendría que habértelo explicado esta mañana pero no me animé.

—Qué es lo que debiste explicarme —balbuceé.

—En parte eres responsable de esto, es por eso que tú lo sientes más fuerte. Lo veo en tu mente, sé cómo te sientes. Disculpa, no puedo evitarlo, es que cada vez que te veo me sube un... —se llevó una mano a la garganta y se apretó el cuello—. Mi cuerpo está cambiando por ti, las almas que compro me dan fuerza. Estoy madurando.

—¿Qué?

Un elocuente silencio se desparramó entre nosotros, alguien debería llamar al personal de limpieza para que viniese a juntar los destrozos más tarde.

—Esto es vergonzoso—. Las mejillas se le pusieron coloradas—. Ariel intentó explicármelo y yo haré lo posible para presentártelo a ti del modo más sencillo posible —se retorció los dedos y acabó por meter las manos en los bolsillos de su pantalón—. Cuando me convertí en esto era demasiado joven. Lo que pasó conmigo no es una situación que suele o deba suceder, no se supone que personas tan jóvenes cambien. Si eso pasa, con la evolución como demonio también pueden presentarse otros cambios... de tipo físicos. Si bien nosotros no envejeceremos nunca, es probable que en un tiempo logre alcanzar la madurez como hombre, para convertirme en un ser mucho más fuerte, inteligente —se sonrió —bueno, no sé si eso último pueda suceder—. Como yo no hice caso de su broma, continuó explicándose—; por el momento, la única certeza es que tengo... tengo...

—¿Tienes qué?!

Sacudió todo el cuerpo igual que si quisiese espantarse las moscas de encima. Su pelo lacio negro y pesado se bamboleó igual que una cortina de terciopelo al viento.

—Tengo un exceso de testosterona corriendo por mi cuerpo.

Se me escapó una risita nerviosa. No sabía si reír a pierna suelta o preocuparme.

Lucas lanzó un gruñido desde lo más profundo de su pecho.

—No te burles —me pidió poniéndose más rojo que una frutilla. Su mirada cayó al suelo.

—No me burlo, estoy nerviosa—. Mi voz temblequeó, no pude evitarlo.

—Ya lo sé. Te incomodo, ese es otro de mis dones recién adquiridos. Te sientes atraída hacia mí, lástima que no me ames. Gran diferencia, la que distingue la atracción física y el amor. Entre ambos existen kilómetros de distancia.

La cara de Lucas se transformó en un bloque de granito, en un monolito de sinceridad que resultaba cientos de miles de veces más incómodo que una piedra en el zapato. Era una roca que yo jamás podría mover de mi camino ni convirtiéndome en demonio.

—Procuraré no emocionarme tanto cuando estés cerca de mí, supongo que eso evitará que te sientas tan atraída.

No comenté nada, no tenía ni idea qué responder a eso. Lo elocuente del silencio fue tan rotundo que lo obligó apartarse de mí; el aire se había llenado de una extraña energía.

—No te preocupes. Lo de esta noche es una suerte de fiesta de despedida. Voy a estar fuera por un par de semanas.

—Te vas... ¿por mi culpa? ¡Estupendo!, esto se pone cada vez peor.

—No, Ariel me llevará de viaje. Me voy a Europa, será mi primera vez allí.

—¿Te vas por trabajo?

—No, por placer —respondió sonriendo abiertamente otra vez.

—Eso es bueno.

—Doblemente bueno, nos dará tiempo a poner en orden nuestras ideas. También necesitas unos días lejos de mí, comienzas a perder la cabeza —canturreó dándome unos golpecitos sobre la sien con la yema de un dedo.

La mera idea de que se hubiera percatado de lo que yo experimentaba, me daba pavor y mucha vergüenza.

—¿Vicente sabe que tienes planeado salir de viaje?

—Sí, por supuesto, Ariel le pidió primero permiso a él para dejarme partir, aunque no tiene idea de para qué voy a usar yo ese viaje realmente.

—Lamento que tengas que pasar por esto.

—No es tu culpa, tú no me pusiste un arma en la cabeza para que me enamorase de ti. Mis niveles se estabilizarán tarde o temprano, lo que no puedo asegurar es que no te vuelvas loca por mí en cuanto me convierta en un hombre de verdad —bromeó para dejar a un lado la tirantez y la seriedad de la conversación previa.



Sus palabras socavaron un buen pozo por debajo de las plantas de mis pies. Me dieron ganas locas de abrazarlo pero me contuve, me pareció que podía malinterpretarme, en vez de eso, cerré el puño y le di un golpe en el brazo, él se carcajeó.

—Vamos, terminemos de hacer las compras. Nos queda mucho trabajo por delante, además tengo que enseñarte cómo usar las maquinas del gimnasio antes de irme, no quiero que quedes atrapada en una de ellas sin remedio, cuando yo no esté ahí para socorrerte. Me gustaría mostrártelas hoy mismo, si tenemos tiempo.

—¿Cuándo te vas?— Si me rendía al silencio acabaría echándole los brazos al cuello y algo más, cosa que no me perdonaría a mí misma jamás. Nunca creí que los demonios tuviesen un nivel de influencia así de fuerte, era como si tuviese mi subconsciente hipnotizado y a su completo dominio. Apreté los dientes esperando su respuesta. Tuve que hacer un esfuerzo para no pensar en sus labios; finalmente lo logré. Volví a verlo como a un todo, volví a verlo como a un amigo.

—Entre el martes y el jueves, no tenemos fecha fija, Ariel tiene sus propios medios de transporte, no dependemos de una aerolínea de modo que podemos partir cuando queramos.

Ahora, con la mente un poco más despejada y concentrada en la conversación, no se me escapó el comentario, todavía tenía latente el recuerdo del viaje de mis padres a esa bendita isla y de la que regresaron de urgencia por culpa de mi “accidente”.

—¿Tan pronto?

—Es lo mejor. No me gustaría descubrir qué sucede si tú no dejas de pensar en mí de ese modo. Y no es que no me agrada que pienses en mí de ese modo, pero a alguien que conocemos no le va a caer muy bien que quieras besarme, y sinceramente, no estoy muy seguro de tener la voluntad para alejarte de mí si por fin decides hacerlo.

Ahora fue mi turno de ponerme roja. Otra vez estaban brotando en mi cerebro unas ideas nada recatadas, las cuales atentaban directamente contra el amor que sentía por Vicente y el respeto que me merecía mi amistad con Lucas, y por sobre todo, el pavor que me habría causado verlos a ellos dos enfrentándose en una lucha cuerpo a cuerpo.

Es probable que sí —suspiré dentro de mi cerebro—. Cuanto antes se fuese Lucas de viaje, antes me libraría yo de correr el riesgo de que Vicente se diese cuenta de la atracción irresistible que me provocaba mi amigo. No se me

antojaba tener que presenciar otra lucha entre ellos, incluso. Tenía la certeza de que era lo mejor para Vicente también, nunca volvimos a discutir lo que Lucas sentía por mí, no por eso este detalle estaba menos presente entre nosotros. Había tenido la oportunidad de ser testigo de los gestos de cariño que Vicente tenía con Lucas, casi como si fuese su hermano mayor, y de las cosas que dejaba correr apretando los dientes, entre ellas el beso que me había dado, y el que de vez en cuando se dejara llevar por sus deseos de leerme la mente, pero no estaba segura de hasta qué nivel llegaba su tolerancia. Por naturaleza los demonios no eran muy buenos para la convivencia y si bien lo de ellos era extraordinario, forzar demasiado su amistad no parecía saludable.

Es posible que Vicente, llegado el caso, resistiese un nivel de provocación mucho más elevado que Lucas, no sólo porque tenía muchos más años de experiencia aprendiendo a controlarse a sí mismo, sino porque ya había tenido grandes problemas con otro hermano y de seguro no querría cargar su conciencia con otro hecho similar. Pero el problema era Lucas, que impulsivo, enérgicamente descontrolado, y con exceso de testosterona corriéndole por las venas era susceptible a cometer un desliz. Si fuésemos una manada, Vicente sería el macho alfa y Lucas el joven cachorro que comienza a pisar sobre la adultez y que sin pensarlo, incluso a riesgo de su propia integridad, puede llegar a poner en jaque la posición del macho alfa por quedarse con la hembra. Esto no era la selva, ellos no eran leones, mas sin dudas podían arrancarse los ojos y despellejarse vivos si perdían la cabeza.

El macho alfa irguió su melena y alzó la cola, atento al joven cachorro durante toda la cena; no lo perdió de vista y marcó su olor en el medio del sillón cuando los tres nos sentamos a disfrutar de nuestra sesión de cine; Lucas que tenía toda la intención de sentarse a mi lado tuvo que apartarse, apenas si crucé alguna que otra mirada con él cada vez que me pasaba el pochoclo por delante del pecho de Vicente.

Fue una contienda por el liderazgo de la manada, por el gobierno del territorio.

## 8. Fuego y hielo.

—Podemos terminar de verla mañana —me dijo Vicente cuando a las dos y media de la mañana bostecé por quinta vez abriendo la boca de un tamaño que

podría haber engullido el bowl de vidrio dentro del cual quedaban unos pocos pochoclos dulces.

—Ya termina- comentó Lucas—, es el final.

Vicente se cruzó de brazos y plantó los ojos otra vez sobre la amplia pantalla del televisor. Tenía cara de enojado. Quién quería largarse de allí era él, no yo.

Levanté un brazo por encima del respaldo, con cuidado hundí los dedos entre su cabello. Pretendía hacerle caricias, pero él sacudió la cabeza igual que si quisiese aflojar una contractura en el cuello. Pescó mi muñeca por encima de su hombro izquierdo y guardó mi mano entre las suyas. Ardían. Tuve la impresión de tener la mano sumergida en agua que a punto de llegar a ebullición. La palma empezó a sudarme y el dorso de la mano a arder. Los dedos se me entumecieron de dolor. No pude aguantarme más, y si bien mi intención, para soportar aquello, por los diez segundos que milagrosamente logré resistir, era no hacerle un desplante, no me quedó más opción que, de un tirón liberar mi mano de la suya. Siseé y me levanté del sillón de un salto, agarrándome la muñeca, la mano me latía. Con la presión de los dedos pulgar e índice intenté cortar el paso del dolor el resto del brazo.

—¿Qué te pasó? —Vicente saltó detrás de mí más sorprendido que preocupado.

—Me arde —solté conteniendo la mueca de dolor que al final, terminó por arrugarme la frente. La piel me escocía igual que si la hubiesen empapado en algún tipo de ácido corrosivo. El dolor me subía por la parte interna del brazo, allí por dónde la piel es más translúcida y se ven las venas. De repente sentí un fagonazo debajo de la axila. El dolor era insoportable.

—¿Qué? —inquirió con voz entrecortada cuando yo chillé.

—Quema—.En otro intento de cortar el avance del dolor, con la mano sana, hice una especie de torniquete por encima del codo. No me importaba interrumpir la circulación de la sangre, apreté con todas mis fuerzas, el dolor apenas si me dejaba pensar. Nada en toda mi vida, me había dolido tanto como esto.

Lucas salió disparado a encender las luces. Habría preferido que no lo hiciera. En cuanto la luz llenó la habitación me percaté de que tenía la mano color rojo fuego, hinchada y con los poros dilatados. Vicente me agarró por los hombros y me arrastró fuera de la habitación, al principio no entendí dónde me llevaba. Nunca antes había entrado al baño de Lucas, era casi tan grande como su habitación. Vicente me llevó hasta la enorme cabina de ducha, empujó

la puerta corrediza y con un puñetazo giró la llave del agua fría. Un ramalazo de fuego estremeció mi pecho. Solté un alarido, creí que iba a perder la conciencia a causa del color. Vicente me agarró por debajo de los hombros y me metió debajo de la lluvia de agua fría. Sobre la mano, el brazo y el pecho ardidios, cada gota de agua era una aguja de hielo que se me clavaba en la carne.

Medio cuerpo me quedó entumecido. Me costaba horrores respirar. Llegué a pensar que moriría, o en realidad lo deseé, con tal de dejar de sentir este insoportable dolor.

Reparé en que Lucas estaba con nosotros, del lado de afuera de la ducha con los ojos desorbitados, mirándonos sin comprender lo que sucedía; yo tampoco tenía la menor idea de lo que pasaba, lo único que era capaz de entender es que de este modo debían haberse sentido las cientos de miles de personas (en su mayoría mujeres) que injustamente acusadas de brujería por la Santa Inquisición, ardieron vivas en la hoguera. Vicente le gritó un par de cosas, no sé exactamente qué, apenas si escuchaba y veía, el dolor lo copaba todo; vi su rostro y sus labios articulando gestos y palabras entre la cortina de agua pero tenía los oídos tapados, escuchaba todo, incluso las gotas de agua como por detrás de una pared, no las oía sino que sentía chocar sobre la carne sensibilizada. Las gotas le caían por los ojos inundándolos, el pelo se le había pegado a la frente y la camisa al pecho.

Un ramalazo de dolor me hizo partirme al medio con un grito que emergió desde mi diafragma usando todo el aire que me quedaba en los pulmones.

...

—Hola—. Su mano acarició mi frente.

Parpadeé un par de veces hasta que me convencí de mi lucidez. Me dio la impresión de que todavía era de noche, lo cierto es que no entendía si era la misma noche u otra, ni siquiera estaba demasiado convencida de entender si lo que recordaba de un modo bastante revuelto y vago era real, o parte de una pesadilla especialmente vívida.

Me confundió todavía más no sentir dolor alguno, la única incomodidad que turbaba mi lánguido descanso sobre la cama de Vicente era la humedad que me rodeaba, sobretodo por debajo de la espalda y las piernas. Había sido real, tenía el cabello mojado y frío, la ropa húmeda y pegajosa. Llevé hasta mi rostro, la mano que creí convertida en una supurante empolla de agua, y me

llevé una sorpresa cuando no divisé otra cosa que mi mano y mi piel en un estado completa y absolutamente normal, sin el menor enrojecimiento. Moví los dedos, abrí y cerré el puño; di vuelta la mano a un lado y al otro, no tenía ninguna marca además de las que yo misma me había hecho cortándome, o quemándome en mis aventuras culinarias o en algún que otro descuido con objetos cortantes o susceptibles a convertirse en filosas astillas brillantes. Rebusqué por el brazo y aparté el cuello de la camisa para comprobar si mi hombro derecho tenía alguna señal de haber sido quemado. Nada, todo estaba normal.

—Curó por completo, no te ha quedado la menor marca. Estás bien.

—Qué fue lo que... —trepé sobre la almohada y me mareé. Chisporrotearon lucecitas por delante de mis parpados cerrados y perdí el equilibrio. Mis brazos flaquearon a la altura de los codos, los músculos de mis hombros se aflojaron igual que si se hubiesen convertido en gelatina. Me dio languidez de estomago.

Vicente me empujó contra la cama otra vez.

—Tranquila, despacio, te desmayaste.

—Por qué sucedió esto y cómo es que no tengo nada. No entiendo.

—Tampoco lo entiendo. A lo de la quemadura me refiero, lo del desmayo es justificable. En teoría nunca debía haber pasado nada semejante, no hay ningún motivo para que suceda, tú no... Es extraño.

—¿Cómo es que la quemadura se fue tan rápido? ¿Es que la imaginé? Se sentía muy real... demasiado real.

Se puso tieso y distante, y no me contestó.

—¿Vicente?

Como urgido por una necesidad imperiosa, se levantó de la cama.

—Deberías cambiarte de ropa, te resfriarás—. Empezó a desabotonarse la camisa húmeda.

—No te vayas por la tangente. Te hice una pregunta. La temperatura de tu cuerpo jamás me había hecho algo así. ¿Qué fue lo que pasó? Vas a explicármelo o le pido a Lucas que lo haga—. Fue un golpe bajo, sobre todo si tomamos en consideración de que cada vez que me acercaba a Lucas me entraban unas ganas incontenibles de... ni siquiera me atrevía a terminar esa idea mentalmente, el hacerlo parecía ya de por sí una forma de engañarlo. Tenía que ser fuerte y controlar la fascinación que producía en mí, por el bien de todos.

Vicente, que se había encaminado en dirección al vestidor se detuvo a mitad

de camino. Dio media vuelta y me enfrentó.

—No me amenaces —entonó marcando cada sílaba.

—Entonces no me dejes así sin una explicación. Y no era una amenaza.

—No sé qué les sucede a ustedes dos hoy, están muy raros, más de lo normal.

—Te lo explico si me dices qué fue lo que pasó.

—Ahora intentas sobornare—. Se quedó observándome fijo—. Te dije que no estoy seguro de qué fue lo que sucedió.

—Te conozco. Si de verdad no lo supieses no habrías salido huyendo de ese modo.

Vicente caminó de vuelta hasta la cama.

—Cámbiate de ropa y luego te lo explico, o mejor, podíamos esperar hasta la mañana. Es muy tarde, o muy temprano, depende de dónde se mire.

De hecho era demasiado temprano, las cinco menos cuarto de la mañana. Atisbé los números ligeramente brillantes de mi reloj pulsera, el que me había regalado Lucas después de que mi anterior se hubiese ahogado en el río.

Me quité las ropas mojadas y las cambié por otras secas a la velocidad de la luz pero aun así tuve que esperar un poco más para obtener una respuesta. Vicente insistió en que era mejor que bebiera algo caliente, estaba destemplada y el clima no ayudaba a hacerme entrar en calor, los días de verano habían quedado atrás, el otoño se hacía sentir demasiado, para mi gusto. El frío no era lo mío sin duda, y la noche ventosa provocó que se me pusiesen los pelos de punta y que un escalofrío me recorriese el cuerpo. Subí los pies a la silla para no sentir el piso frío de la cocina en las plantas de mis pies y me abrasé las rodillas a la espera de la taza de té que preparaba para mí. Distraídamente me pasé la mano por el brazo desnudo, no había el menor rastro de irregularidad y mucho menos de dolor, ya no sentía el fuego de las manos de Vicente, sino el hielo del chiflete helado que se colaba por alguna parte.

Vicente, en sus pantalones de deporte color gris, su remera de mangas cortas, blanca y sin estampa alguna, con sus pies descalzos y el pelo húmedo avanzó hacia mí, colocó la taza sobre la mesa y se sentó al otro lado.

—Soy todo oídos —dije para darle pie a comenzar con su explicación, él apuntó la taza de té con sus ojos grises. Bebí un sorbo y regresé la taza a su sitio, sobre el plato.

—Tuviste oportunidad de ver el fuego que yo... Lo que género no es exactamente fuego, no del modo que tú lo conoces.

—No entiendo. Yo vi esas velitas de la torta de tu cumpleaños ardiendo.

—¿De verdad, estás segura? ¿No te fijaste, cuando saqué las velas de la torta, que éstas no se habían consumido ni un poco?

—No, las sacaste mientras yo iba por los platos y las cucharas, en ningún momento volví a verlas.

Vicente se levantó, fue hasta uno de los cajones de la pared izquierda, lo abrió y extrajo un puñado de cosas. Unos segundos después arrojó en el medio de la mesa, las más de cien velas... nuevas, sin quemar.

—Lo que viste esa noche no eran llamas comunes y corrientes, las velas no ardieron en ningún momento. Cada una de esas llamas eran focos de fuego que yo generé. Fuego, que en condiciones normales, al menos hasta lo que yo sé, o creía saber hasta esta noche, no puede afectar a nada humano, ni a nada de este mundo al menos que sea un demonio, o algo demoníaco.

Me desconcertó momentáneamente.

—Este don que poseo... Lo tengo desde el día en que me convertí y ni Ariel sabe exactamente por qué lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Es fuego o no es fuego? Vicente, no entiendo nada, qué tiene que ver esto con lo que pasó, con mi mano, con que me quemases la... —me corté en seco. Si lo suyo no era fuego real, en teoría no afectaba a los humanos ni a nada que hubiese sobre la tierra al menos que no fuese un demonio o algo demoníaco, por qué me había afectado a mí. ¿Era eso, me había afectado? Pero yo no había visto llamas en ningún momento—. ¿Qué es lo que hace el fuego que tú generas?

Vicente apretó los labios, me miró directo a los ojos y casi sin mover los labios soltó.

—Mata.

Mi cerebro se atascó una vez más.

—Mata —repetí.

—Mata demonios, es letal. Es lo único que puede acabar con nosotros. Hasta lo que yo sé, este no es un don muy común, y a lo largo de la historia han existido muy pocos con este poder.

Sacudí la cabeza, parpadeé y boqueé.

—Un momento, un momento, vamos por partes. Tengo entendido, pero corrígeme si me equivoco, no es que ustedes no pueden morir.

Una sonrisa amarga tironeó de los labios de Vicente hacia un lado.

—¿Te decepciona?

—¡No!, me confunde—. Y también me asustaba un poco, no quería saber de nada que pudiese arrancarlo de mi lado.

Vicente escudriñó la oscuridad que reinaba en el exterior.

—Yo me ocupé de Horacio luego de que te arrojara el agua y acabé con tres de sus camaradas para salvarte, es por eso que se fueron —volvió su rostro hacia mí—, me tienen miedo, eso es bueno, de otro modo jamás te habrían dejado en paz— hizo una breve pausa—. Siquiera soy normal ente los de mi especie; Ariel lleva ciento veinte años intentando encontrar a otro que sea similar a mí. Solamente ha encontrado pistas falsas, leyendas y muchas mentiras.

—Y... dijiste que en la tierra, pero que hay del...

—¿Infierno?—. Vicente no titubeó al mencionarlo.

—Sí—. Me dio la impresión de que la cocina se oscurecía.

—¿Quieres saber quién más tiene el poder de hacer esto?

Tragué en seco y asentí. Sentí como si tuviese miles de miradas fijas en la nuca.

—Sólo él.

—El Diablo —articulé con temor.

—Eso dice Ariel—. Precisó y luego permitió una pausa tomara espacio entre ambos—. Tu novio es de verdad muy especial, tiene un poder que solamente el Diablo posee —inspiró hondo y soltó el aire por la nariz, no detecté rastro alguno de los típicos olores acre que despedía cuando se enojaba sin embargo la mueca en su rostro intentaba enmascarar un par de ojos grises transidos de pesadumbre—. ¿Saldrás corriendo ahora? —preguntó tanteándome con la mirada.

Negué con la cabeza, sin embargo no estaba segura. Tenía miedo, es más, me sentía terriblemente asustada; la oscuridad que reinaba en el parque, al otro lado del amplio cristal del ventanal me ponía nerviosa, ver mi rostro y el perfil de Vicente reflejados en aquella negrura. Tenía la constante certeza de que manos negras atravesarían el vidrio para agarrarme y llevarme al Infierno. Manos negras y ardientes. Vicente tenía razón, morir no es lo peor que te puede suceder, el dolor, el sufrimiento, la agonía, una tristeza insondable y un miedo paralizante que permite que tu cerebro perciba todo menos los desesperados gritos de tu instinto de supervivencia que claman por sacarte de la situación de peligro, podrían lograr retraer tu conciencia hasta lo más profundo de tu mente, encerrado en un cuerpo azotado por un suplicio infinito, detrás del cual siempre crees perderte. El calvario nunca termina, tu martirio es esa débil llama en la que se ha convertido tu conciencia, una llama llamada alma, la cual no tiene fin, ya que no se alimenta de oxígeno ni de ningún otro



material inflamable. Un sudor frío empezó a correrme por la espalda. La exquisita pizza preparada por Lucas para la cena trepó por mi garganta junto con una ola ácida de jugos gástricos.

Por un momento los dos nos quedamos mudos sin mirarnos.

—Por qué me quemó a mí —quise saber, no le encontraba explicación a esto. Si bien tenía alguna experiencia con cosas o eventos que a vista de otros mortales debían sonar completamente irracionales, este nivel extravagancia me resultaba casi inverosímil—. Yo no soy... ¿o sí?

—La respuesta a tus dos interrogantes es que no lo sé, no tengo idea. No percibo que seas de los nuestros, además creo que lo sabrías, no es algo que uno olvide con facilidad.

—Seguro que recordaría algo así—. Supongo.

—Además, si lo fueras no tendrías tu alma, y créeme, tú la tienes, la siento dentro de ti como siento a tu corazón latir, como podría sentirse el motor de una máquina muy ruidosa. Es esa misma fuerza la que casi me hacer perder la cabeza una vez. Tiene que haber una explicación para esto. Seguro que la hay.

—¿Por qué se detuvo la quemazón, fue el agua?

—Quizá, no lo sé a ciencia cierta, meterte debajo del agua fría fue lo único que se me ocurrió. No tenía ni idea de qué más hacer, todo fue tan confuso en ese momento, no quería que fueses como yo, te quiero así, humana —susurró—. La verdad es que por un momento creí que te resistirías a meterte debajo del agua. Fueron como cientos de flashes estallando dentro de mi cabeza: mi fuego quemándote, tus cualidades tan particulares, todo lo que sucedió por ti, y el nunca haberte visto debajo del agua.

—A qué te refieres con eso último. Lucas me ha visto meterme en el río.

—Yo percibo cosas que Lucas no —articuló al tiempo que su expresión se tronaba dura.

—¿Viste algo en mí cuando me metiste al agua?

—Solamente un reflejo —se limitó a decir apartando sus ojos.

—¡¿Qué?!—. De repente me dio asco y miedo de mi misma.

Vicente extendió una mano en dirección a las mías pero me aparté. Me aterró imaginar lo que pudiese haber visto.

—Eliza, está bien.

—¡No, no lo está!

—No tengas miedo. Es probable que lo que distinguí no tenga nada que ver contigo. No lo sé, simplemente no creo que esa seas tú.

—¡¿Qué no soy yo, de qué hablas?!—

—Lo que entreví debajo del agua no parecías tú, no quiero explicártelo ahora, no es momento para historias de fantasmas, además, es probable que la compañía que creo que tenemos, es algo más sólida que un fantasma. Supongo que no estamos solos. Tú jamás, demonio o no, habrías desatado semejante reacción en mí, y menos con una caricia, menos cuando lo único que quería hacer es besarte, pero me contuve porque teníamos compañía—. Vicente alzó los ojos al techo para indicar la compañía que teníamos un piso más arriba. Sus ojos se pusieron completamente grises cuando se le contrajeron las pupilas a causa del rayo de luz que le daba directamente en el rostro. Posó su mirada otra vez sobre mí—. Lo lamento, supongo que es bastante probable que hayan vuelto a la carga otra vez, o al menos, que estén intentando vengarse de nosotros de algún modo. Recuerda que tu mente es algo permeable a las nuestras.

Vislumbrar semejante panorama no me calmó mucho. No es que menospreciara mi humanidad. En este momento no sabía si sentirme mejor o no por no ser un demonio, si ellos de cualquier manera, por una cosa o por otra, estaban enfurecidos conmigo, lo mejor que me podía suceder era ser una de ellos, así por lo menos podría resistir sus ataques sin morir en el intento.

Si dormité por más de cinco minutos seguidos fue de milagro, finalmente, pasadas las seis de la mañana, cuando la luz del sol ya despuntaba por el horizonte, decidí levantarme. Vicente intentó convencerme de que me quedara en la cama un rato más, pero no quise. Me metí en la ducha y permití que el agua cayera sobre mi cabeza por un buen rato. En cuanto salí de la ducha oí el despertador sonar para avisarnos que ya era hora de prepararnos para la sorpresa de hoy. Si bien Vicente no dormía, entraba en una especie de sopor, por lo que solía perder la noción del tiempo.

—¿Me contarás ahora, qué es lo que sucede entre Lucas y tú? —me preguntó al entrar en la habitación cargando la bandeja con el desayuno.

Entendí que no tenía escapatoria.

Dejé la toalla y me senté al otro lado de la bandeja.

—Te comenté que me daba la impresión de que Lucas estaba distinto y el hecho es que lo está, al menos para mí —entoné con la intención de ir tanteando el terreno, no tenía ganas de llevarme por delante una mina terrestre que me hiciese volar por el aire y mucho menos una que iniciase una reacción en cadena de explosiones. Vicente se mantuvo en silencio sin interrumpirme. El aroma del café con leche me llamó, eso tendría que esperar—. Veamos, cómo te explico esto. Si bien antes la presencia de Lucas me resultaba

inocua...

Vicente frunció el entrecejo, por lo demás se mantuvo quieto, demostrando un magnífico dominio de sí mismo.

— ...ahora no tanto—. Sonreí incómoda—. ¿Esto es tan difícil para ti como para mí?

Me miró torcido.

—No, no lo es, no al menos hasta ahora, no me has explicado nada. A qué te refieres con eso de que su presencia ya no te resulta inocua. ¿Eliza?

Me dio una punzada de ansiedad en el estómago.

—Me sentí atraída por ti al instante que te vi, es cierto, me explicaste que eso sucedía entre los demonios y los humanos; que conste que yo creo que no fue eso lo que me sucedió a mí.

—¿Podrías no dar más vueltas? ¡me pidió malhumorado.

—Lucas jamás me atrajo. Es decir, lo quiero, es mi amigo, pero nunca antes me había sucedido nada en su presencia.

Vicente se levantó de la cama estirando lentamente las rodillas.

—Oh, no —lanzó por lo bajo sacudiendo la cabeza a un lado y al otro—. No, no, no.

Lo había captado.

—No es nada. Te lo juro —me apuré a explicar—, tienes que conservar la calma, Lucas dice que cree que se debe a su último trabajo y ha de ser por eso; Ariel le explicó que está madurando y que... —obviamente a Vicente le importaban poco y nada las explicaciones que yo tenía para contar, me frenó en seco.

—¡Seguro que sí! —Soltó irascible, dedicándome una mirada de hielo, más fría que diez inviernos comprimidos en un solo segundo—. ¿Qué tan lejos ha llegado esto? —explotó gesticulando enloquecido, subiendo y bajando por delante de la cama.

—¿Lejos? —Inquirí resentida, supongo que podía haberle resultado sospechoso que no se lo contara antes, lo cierto es que no tenía razones para desconfiar de mí y menos, para dar por hecho algo que no era—. Eso me ofendió. No ha pasado nada, quién crees que soy.

—Una humana.

Lo dijo en un tono tal que sonó a insulto. Me dieron ganas de plantarle la bandeja con todo y café con leche sobre la cabeza y sobre su impecable camisa celeste.

—Podrías haber prescindido de eso último. Sí, soy humana, de todas maneras

continúo teniendo algo de voluntad.

—Usualmente la voluntad humana no resiste demasiado, créeme, lo sé.

—Pues yo tengo experiencia, intenté resistirme a ti.

—¿Cómo no lo vi venir?! —se tironeó del pelo.

—No me oíste decirte que nada pasó. Por favor Vicente, no lo hagas más grande.

—¿Crees que exagero?

—Es obvio que sí, nada pasó ni nada pasará. Lucas prometió comportarse y yo voy a hacer mi mejor esfuerzo por controlarme—. Hizo último provocó que su rostro deformase de furia. Me lanzó una mirada dura y volvió a apartarse de mí. Como me hubiese gustado morderme la lengua en vez de haber dicho eso.

—¿Todavía te ama, no es cierto?

La que se convirtió en hielo ahora fui yo. En un abrir y cerrar de ojos la situación se había salido de control.

—Eso no tiene nada que ver. Yo no lo amo, porque desgraciadamente estoy enamorada de alguien más, de un imbécil que no se da cuenta que con sus palabras me insulta. Además, sea lo que sea que sienta cuando estoy frente a él no es real, y lo sabes; y no voy a sucumbir a ello. La atracción que ustedes ejercen no tiene nada que ver con sentir afecto o cercanía hacia esa persona.

—Ya lo sé- gruñó entre dientes. Sin duda le costó admitirlo.

—Bien, entonces grábatelo en la mente.

—No puedo, y sabes por qué, porque si ni tú ni él se atrevieron a decírmelo antes, es a razón de que va más allá de una mera atracción. Yo los conozco, a ambos.

Me mordí el labio inferior, para aguantarme la bronca, estaba utilizando los mismos argumentos que yo un rato atrás.

—Lucas no quería molestarte y la verdad es que yo tampoco. Me pareció buena idea dejar que corriese un poco de agua debajo del puente para que las cosas se calmaran un poco.

—¿Mientras él estuviese fuera? ¿Es eso no? —se llevó las manos a la cintura y se quedó allí parado duro, contemplándome por unos segundos—. ¿¿Qué creyó que irse de viaje sería mejor?! No darme una explicación es una actitud bastante pobre y cobarde.

—Lo hizo para no tener más roces contigo, eso es todo.

—No lo defiendas —rugió apuntándome con un dedo.

—No hace falta, no tengo que defenderlo de nada porque tampoco es su culpa. Vicente me dio la espalda. Su gesto alcanzó y sobró, para que me diese cuenta

de que era momento de concluir la discusión o terminaríamos mal.

—Basta. Terminemos aquí —entoné conteniendo mi voz para no gritar—. No lo arruines. Lucas es mi amigo y voy a defenderlo hasta las últimas consecuencias.

—Y yo qué soy.

—Se va en unos días, no puedes hacer de cuenta que nada pasó —rogué bajando el tono de voz todavía más. Teníamos que empezar a calmarnos.

—Va a tener que darme una explicación.

—No te pusiste a pensar, por un minuto siquiera, en lo que está pasando.

—¿Quieres que me apiade de él porque está enamorado de mi novia? ¿Es eso? Lo mínimo que pido es respeto y franqueza. ¡Vive en mi casa! Es mucho pedir un poco de lealtad. ¡Yo creo que no!

—¿Qué hubieses hecho si te lo contaba?

—Probablemente le habría pedido que se fuera.

—Te ahorró el mal trago, tomó la decisión por sí mismo. No resulta obvio que te respeta y te aprecia. Apuesto mi vida que Lucas sabe todo sobre tu vida.

—¿A qué te refieres? —graznó molesto.

—Es como si fuese tu hijo, tu hermano.

—Lo es... o al menos lo era.

—Está bien, tú ganas. No lo entiendes ni nunca lo entenderás.

—Por lo visto no soy el único, en esta habitación, que puede ser cruel.

—No fue mi intención.

Apartó sus ojos de mí.

Ni por asomo era mi intención dejarlo así, abrí la boca para decir algo más pero no me lo permitió. Alzó una mano y con ella me frenó en seco.

—Lucas viene hacia aquí —me advirtió. Un segundo después llamaron a la puerta.

—Adelante —contestó él apartándose de mi lado todavía más. Aquella distancia tironeó de mi vientre, me dio la sensación de que alguien intentaba arrancarme las entrañas por el ombligo, fue horrible.

Lucas asomó la cabeza por detrás de la puerta.

—Buenos días —entonó sonriendo. La sonrisa se le borró del rostro al instante—. ¿Preparo el auto?

—En un momento estaremos contigo —le contestó Vicente. Mientras yo simulaba buscar mis zapatillas por entre las patas de la cama, para calzármelas. No me había percatado que también me faltaban las medias. No quería que adivinase en nuestros gestos que habíamos estado discutiendo; es

más probable que descubriese todo mirando apenas superficialmente nuestras mentes. Con todas mis fuerzas intenté encerrarme dentro de mí misma. Supongo que no sirvió de mucho, Lucas desapareció detrás de la puerta sin que mediaran palabras. Resoplé agotada.

Vicente rodeó la cama en dirección a la mesa de luz y tomó su celular.

—¿A quién vas a llamar a esta hora?

—A Ariel. Tú tomate tu desayuno, ya estamos retrasados, enseguida regreso

—. Terminó de decirme con el teléfono ya instalado sobre su oreja derecha.

—Pero...

Vicente se escapó de mí encerrándose en el vestidor. Probablemente debería haber tirado la puerta abajo y reclamarle una explicación; el día ya había empezado lo suficientemente mal para empeorarlo todavía más. Era lamentable, mas evidentemente, que lo mejor que podía hacer Lucas era irse de viaje lo antes posible. Me figuré que eso mismo debía estar diciéndole Vicente a Ariel. Me sentí pésimo al comprender como entre los dos, podían modificar con tanta facilidad el futuro de mi amigo, ¿tanto poder tenían sobre él? Ciertamente, si había algo del mundo de los demonios que no terminaba de aceptar, era lo marcado de los escalafones en que insistían en separarse unos de otros, reclamándose obediencia, respeto y sumisión.

Al salir de su encierro no me dirigió la palabra para más que preguntarme si yo ya estaba lista para salir. Le contesté que sí con la cabeza y bajamos la cocina, la cual estaba vacía. Escuche el motor en marcha afuera. Lucas se hallaba montado en mi camioneta, al volante, con la ventanilla abierta.

—¿Me permites? —me preguntó mi amigo con una sonrisa tímida y unos ojos que encerraban algo que no quería decir.

—Claro, no tengo ni idea de a dónde vamos—. Me costó hablar, tenía la impresión de que de un momento a otro me atragantaría con mis propias palabras.

La mañana estaba fría, no fue por eso por lo que se me puso la piel de gallina, sino por el glacial comportamiento de Vicente, quien pasando por mi lado evitando cualquier contacto, rodeó el frente de la camioneta y se sentó en el asiento del acompañante.

Yo ocupé mi lugar atrás. Por turnos me encontré con los ojos de Lucas y con los de Vicente, en el espejo retrovisor del medio de la luneta delantera. Es probable que fuese una tontería: dudé al escoger sobre que lado sentarme; titubeé hasta que finalmente me acomodé detrás de Vicente por lo que los ojos de Lucas quedaban directo sobre mí, él me miró, parpadeó, y finalmente

apartó la mirada. Abroché el cinturón de seguridad alrededor de mi cuerpo y baje los ojos por las dudas que él volviese al alzarla. La verdad es que Vicente con su actitud me hacían sentir como si realmente lo hubiese engañado.

El viaje fue incomodo y largo, Lucas no se animó a poner música y Vicente no estaba de humor para eso. Por un momento deseé que Lucas intentase comunicarse conmigo mentalmente, necesitaba saber si había descubierto lo sucedido, pero él llevaba dos meses sin poner un pie dentro de mi mente, y así se mantuvo la hora de camino hasta solo Dios sabía dónde. Fue la hora y media más bizarra e incómoda de toda mí existencia.

Entramos en lo que me pareció, era un barrio cerrado; me equivoqué, allí no había casas, sino unos enormes edificios de chapa plateada que brillaban bajo lo luz del sol de la mañana. Eran galpones más grandes que un hangar. Empecé a ver botes y barcos por todas partes. Era una marina, lo que no entendía, era para qué habíamos venido hasta aquí.

—A la derecha —le indicó Vicente a Lucas señalando el camino que se abrió por detrás de los edificios más allá de un bosquecillo de álamos acordonado con una valla de cadenas y tocones de cemento, pintados de blanco. Por sobre encima de los árboles, en un mástil muy alto que tenía forma de “t”, ondeaban tres banderas, la argentina y otras dos que tenían un emblema que de lejos, me pareció que era un ancla un dragón y algo más que no alcancé a divisar. Lo que parecía una angosta callecita se abrió en una amplia avenida de doble circulación. Entre nosotros y el río oscuro y marrón mediaba unos trescientos metros de verde césped moteado de mesitas y sombrillas. El río no era muy ancho allí, podía verse el otro lado de la horilla otros tantos metros más allá.

Lucas siguió de largo pasando por delante del perfil de cinco edificios llenos, del piso al techo, de barcos y veleros de todos los tamaños. La calle se angostó y nos internamos en un camino de aspecto más privado, secundado por una hilera de álamos a cada lardo. Aquí la tierra le había ganado terreno al río, y si antes nos había separado media cuadra de las ondulantes aguas, ahora a nuestra izquierda había más árboles, más césped y unos edificios de material, y de un tamaño más normal que tenían toda la apariencia de ser de uso administrativo, me di cuenta de que uno era un restaurante, o al menos la parte posterior de éste, detrás de una pared de arbustos había cajones y cajones con botellas y de las paredes sobresalían dos torres de caño galvanizado que sin duda pertenecían a los extractores de una cocina. Otro era

un local de ropa deportiva (de especialidad náutica, por supuesto), uno de implementos náuticos donde vendían desde motores de fuera de borda, velas y cabos hasta equipos de GPS (o por lo menos eso anunciaba un cartel a un costado del caminito de piedras blancas que seguía hasta la puerta del local), y otro era un broker náutico. Las huellas de humanidad se perdieron detrás de más álamos y de algunos pinos. Lucas guió mi camioneta hasta lo que me dio la impresión, era el fin de la marina. La calle se terminó frente a nosotros. Giramos a la izquierda hasta encontrarnos otra vez con el agua, y luego a la derecha. Una hilera de amarras se desplegó delante de nosotros. Los bracos que allí anclados no eran ni simples veleros ni botes, eran yates... inmensos. Un hormiguero de gigantes blancos con antenas y radares de las formas las curiosas. Del lado derecho de la calle, debajo de la sombra de unos toldos de rayas blancas y azules, estaban estacionados automóviles que hacían parecer insignificante y carente de valor alguno, la monstruosa camioneta que me había regalado Vicente.

En el sentido en que avanzábamos, también incrementaba el tamaño de las bestias flotando dormidas.

—Allí delante—. Vicente apuntó un espacio vacío entre una camioneta muy parecida a la mía y una moto enorme de color marrón y beige que tenía cromados por todas partes.

Lucas estacionó.

Vicente fue el primero en bajarse.

Lucas y yo cruzamos una mirada pero ninguna palabra, él simplemente se limitó a sonreírme por el espejo retrovisor.

Me bajé y seguí a Vicente hasta el camino de concreto que se internaba en el agua.

—Esta es tu sorpresa —anunció en un tono monocorde completamente carente de emoción, presentándome lo que tenía delante.

—¿Qué es eso?

Lucas se movió hasta mí.

—Es un barco.

—Me doy cuenta —rezongué lanzándole una mirada asesina.

—¿No te gusta? —me preguntó Vicente pero en realidad me dio la impresión de que poco le importaba si me gustaba o no.

Sin duda era muy bonito y enorme, por no decir gigantesco. La palabra barco le quedaba corta, aquella nave blanca era tan larga que hubiese sido necesario inventar una nueva palabra de al menos un millón de letras para definirlo. Era



más que un simple barco, un yate, con todas las de la ley. Tenía dos cubiertas y un bote infladle de dos veces el largo de mi cama, flotando por detrás, colgado de un grueso cabo. Sí, el barco era lindo, pero para admirarlo desde tierra.

—¿Debería gustarme? —curioseé temerosa.

Vicente no me contestó, puso mala cara y apretó las mandíbulas. Creo que oír chirriar sus dientes.

—¡Vamos a dar un paseo! —exclamó Lucas llenándose de una alegría que parecía calzarle tan holgada a él, cuanto a nosotros.

—No que a ustedes no les agradan las grandes cantidades de agua.

—Yo no tengo problema con eso —gritó Lucas mientras salía corriendo en dirección a la escalerilla que colgaba entre el muelle y la cubierta del barco.

—No sé nadar —dije en voz baja.

Vicente me miró y de pronto se ablandó, me tomó la mano que la noche anterior había ardido hasta inflamarse y ponerse de un rojo rabioso y me la apretó con cariño.

—No te preocupes, hay unos cuantos salvavidas abordo.

—Voy a marearme y vomitar.

—Pensé que querías hacer cosas divertidas y alocadas.

Esto evidentemente era un modo de hacer las paces.

—Sí, pero le tengo miedo a estas cantidades de agua, mi confianza en mis precarios conocimientos de la natación no me dan el valor suficiente para arriesgarme a subir en eso; no porque sea un demonio.

Vicente sonrió sin despegar los labios.

—No te preocupes, siquiera notarás que navegamos. Lo compré para nosotros

—me susurró esto último al oído—. Pensé que así podríamos tener un poco más de privacidad.

—¿E invitaste a Lucas?

—Es sólo por hoy, esto es una suerte de viaje inaugural. No quería dejarlo fuera de eso. Cuando lo invité todavía no sabía...

Le puse una mano sobre la boca para que no pudiese terminar.

—Te juro que nadie nos acompañará en nuestra próxima visita —añadió cuando baje la mano.

—¿No podías buscar un lugar sobre tierra firme?

Me sonrió con malicia.

—Ven, te va a encantar, lo juro.

Me apretó la mano un poco más y no sentí otro calor que no fuese el normal en él.

El sonido del motor era un susurro ronco y suave que quedaba cubierto por el sonido del agua al ser cortada por la proa y por el refrescante spray que formaba una cola en “v”, por detrás de la popa. Percibía su fuerza debajo de mis pies a modo de una vibración constante.

—Te dije que no te ibas a percatar que estabas en el agua —soltó Vicente muy seguro de sí mismo en el mismo que pasábamos por encima de la estela de agua dejada por otro barco. El corazón se me subió a la garganta. Por suerte me agarró del brazo, sino me hubiese ido al demonio, el bache en el camino me hizo perder el equilibrio.

Una carcajada me llegó por la espalda. No fue necesario que me diese vuelta para saber que era Lucas.

—Les traje algo fresco —anunció tendiendo hacia nosotros tres vasos llenos hasta el borde que llevaba sujetos entre sus diez dedos. No me sorprendió que pese al salto que había dado el barco un momento atrás, no hubiera derramado ni una gota.

Vicente tomó un vaso sujetando el brillante timón de acero con una sola mano, yo agarré el mío y luego, con la mano libre, me sujeté del hombro de Vicente.

—Esto es perfecto —soltó Lucas al río abrirse en un horizonte de agua y cielo celeste—. Fue una buena idea que compraras este barco.

Vicente asintió con una sonrisa no demasiado efusiva; bastaba para mí. Que pudiésemos compartir estos pocos metros cuadrados que eran la cubierta superior del yate, significaba todo un logro teniendo en cuenta las últimas veinticuatro horas.

Una ráfaga liberó unos cuantos mechones del rodete que había sujetado con un gancho por detrás de mi nuca. Sí, era perfecto, el sol brillaba muy alto en el cielo, el frío de la mañana había perdido la batalla y ahora hacía un clima muy benigno. El aire templado y el sol me enrojecieron las mejillas y la nariz pese a que ya estábamos en otoño.

Removí mi bebida. Los cubos de hielo sonaron contra las paredes empañadas del vaso. Con la vista prendida del horizonte me lo llevé a los labios y bebí. Quemaba como el fuego pese a que estaba frío como el hielo. Me empezó a picar la garganta y me dio acceso de tos.

—¡Lucas, qué es esto!

—Marie y Anita me enseñaron a hacerlo. Te vuela la cabeza.

—Más bien diría que tiene efecto cauterizante. Me quemó la garganta.

—Sabe muy bien, pero me parece que es un poco temprano para semejante

graduación alcohólica.

—Nos vendrá bien —fue la contestación de Lucas. Me pregunté para qué podía venirnos bien, acaso para llegar borrachos al mediodía, bueno, la única que terminaría borracha si se bebía todo el contenido de aquel vaso, sería yo, como mínimo ellos sentirían un levísimo cosquilleo en la boca y nada más. Creo.

Sin quitarme los ojos de encima, Lucas hizo fondo blanco con su bebida. Hizo unas grotescas muecas al terminar de beber y me arrebató el vaso de las manos. Vicente no nos veía, estaba concentrado comandando la nave. Me quedé como una tonta, conteniendo el vaso vacío que me había cambiado por el mío.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Sentí que un calor me inundaba el pecho, empezaron a sudarme las manos y terminó por agitarse la respiración. Me puse nerviosa, Lucas no despegaba sus ojos de mí, tenía la impresión de que quería decirme algo. Hubiese jurado que gritaba dentro de sí. Procuré abrir mi mente todo lo posible sin embargo no capté ni una sola palabra. Hice el ademán de moverme hacia él y no logré otra cosa que hacerlo retroceder; se cruzó los labios con un dedo indicándome que guardase silencio.

Creí que explotaría de tensión. Me dio miedo, dudé de confiar en Lucas, pero tampoco quería arriesgarme a ponerlo peligro a él, por malinterpretar la situación. Apreté el vaso con las dos manos al punto que se me pusieron blancos los nudillos.

El chillido del celular de atacó directamente a mi corazón. Vicente sacó el aparato del bolsillo de su pantalón y se lo llevó al oído, me dio la impresión de que él también dio un salto cuando éste sonó, el único que no se inmutó fue Lucas.

—Un momento —le contestó a quien hallaba del otro lado de la línea. Bajó el celular, desaceleró el motor del barco y finalmente lo paró. El barco siguió deslizándose por el agua moviéndose por el impulso que llevaba—. Enseguida regreso —nos dijo, y bajó por las escaleras llevándose su vaso y el celular.

Los dos lo vimos perdiéndose por debajo del alero blanco que cubría parte de la segunda cubierta.

Fue entonces cuando Lucas me arrebató el vaso vacío de la mano y dejó ambos sobre el asiento que estaba en la parte posterior de la cubierta. Luego, en un solo tranco de sus largas y ágiles piernas, se plantó delante del panel de controles. Rechistó, y cuando se apartó me percaté que Vicente se había

quitado las llaves del encendido.

Me dio un escalofrío y mi cuerpo se puso a temblar, era obvio que Lucas se sentía tan nervioso como yo. Su pecho subía y bajaba agitado.

—Óyeme —me tomó por los hombros—. Prométeme que te cuidarás.

—¿Qué?—. Qué pasaba aquí, se suponía que esto sería un paseo.

Me sacudí suavemente.

—Tienes que cuidarte, por mí. No hagas locuras, intenta conservarte en una pieza.

—¿De qué hablas, a qué viene todo esto?—. El tono de su voz me había angustiado.

—Por sobre todo, prométeme que suceda lo que suceda a continuación no intentarás ninguna locura. Por lo que más quieras, no hagas nada. Me has oído, no hagas nada.

—Lucas, me preocupas. De qué hablas, qué es lo que va a ocurrir. Por qué no quieres que haga nada, qué significa eso.

—No importa lo que veas, no muevas un dedo por mí. Yo voy a estar bien. Te lo prometo, nada me sucederá, sé que se verá feo, pero voy a estar bien.

El sonido del motor de un barco acercándose nos cortó mis pensamientos.

—No te asustes —me sonrió otra vez—. Mi partida se ha adelantado eso es todo.

Miré a mi alrededor desesperada, por detrás de uno de los mástiles que sostenía una especie de antena circular divisé una lancha que venía en dirección a nosotros, saltando por encima del agua, a toda velocidad. Varias personas vestidas de negro la ocupaban.

—Comprende que no puedo irme por las buenas. Júrame que no bajaras, que no me seguirás. Júramelo.

Mi piel se heló; la de Lucas ardía más que el sol que brillaba sobre nuestras cabezas. Me quitó las manos de encima; sus ojos seguían clavados en los míos, negros y briosos, tan llenos de vida que resultaba imposible concebir que fuese un demonio, que su alma ya no fuese suya sino del Diablo.

—Pueden separarme de tu lado, pero jamás logran hacer que deje de amarte. Una puñalada me atravesó el corazón.

Lucas alzó una mano, pensé que iba a posarla sobre mi mejilla, no lo hizo. En cambio, cuando me di cuenta, lo tenía otra vez plantado delante de mí, su rostro estaba casi pegado al mío tanto es así que puede percibir el calor que emanaba todo su cuerpo.

El sonido de la lancha ya se sentía sobre nosotros. El motor bramaba en mis

oídos.

No cerré los ojos cuando él se pegó a mí, también con los ojos abiertos y me dio un suave beso que apenas rozó mis labios igual que una caricia infinitamente delicada. Ese contacto apenas perceptible alteró todo mi ser. No quise ni pude detenerlo. Cuando Lucas se apartó me fallaron las rodillas y me faltó la respiración. Pensé que era mi imaginación, que deliraba, que todos mis sentidos habían sido alterados por ese delicado contacto, no fue así, la lancha realmente se había detenido y eso no era nada bueno. Mis sospechas se cumplían, la lancha venía a unirse a nosotros.

—No le guardes rencor por esto —me pidió y luego lanzó un vistazo en dirección a la escalera, la cual era ciega para mí, yo no vía más que unos cuantos escalones perdiéndose por entre la baranda.

Lucas soltó un gruñido y me empujó contra el borde de la cubierta.

—No te muevas —me dijo apenas moviendo los labios y en un volumen de voz tan bajo que apenas si pude oírlo. Cuando me soltó tuve la sensación de que había pegado contra la cornisa blanca. Estaba paralizada.

—Lucas —llamó Vicente desde abajo en un tono contenido y frío.

Sentí mi cara deformándose en una mueca de horror.

—¿Qué es lo que hizo?!

—No te muevas —me ordenó con un dedo en alto—. No te muevas.

—Lucas —volvió a llamarlo Vicente.

Oí un ruido raro, como si nuestro barco chocase suavemente contra otro, sin duda, la lancha había amarrado junto al bote salvavidas que flotaba detrás de nosotros.

—¿Lucas... que hizo? ¡Dímelo!—. Me arrepentí de no haber partido la puerta de vestidor de una patada, o como mínimo de internar abrirla, tenía la ligera impresión de que Ariel estaba detrás de esto, y a pedido de Vicente.

Lucas no me contestó, me dio la impresión de que súbitamente se le ocurrió algo, caminó de nuevo hasta el asiento posterior adosado al contorno de la cubierta. Hizo volar los almohadones de tela color beige, y con ellos también salieron disparados los dos vasos vacíos y los cubitos de hielo a medio derretir que habían quedado dentro. Contra la pared opuesta quedó un reguero de vidrios y agua.

Descubrí que debajo del asiento había una especie de compartimiento. Lucas abrió la tapa de un tirón casi arrancándola y después de revolver por entre un montón de cachivaches que sonaron a metal y a plástico, sacó de dentro un hacha pequeña, quizá del tamaño de una piqueta.

—No —le urgí, pero él ya la había empuñado.

—Lucas, ven aquí en este instante —gritó Vicente desde abajo.

—Ven a buscarme.

—Lucas, por favor, no. Por Dios, van a matarse.

Oí que Vicente discutía con otras voces masculinas, no pude precisar cuantas eran, sonaban como dos o tres, quizás fuesen cuatro, mi oído no era el de los demonios.

—Lucas, ten a bien no complicar la situación, se razonable y baja en este instante, sabes que nadie te hará daño. Claro que lo sabes, tú puedes leer nuestras mentes, hemos venido para llevarte pero no usaremos la fuerza. Razona, no querrás ponerla a ella en peligro —entonó elegantemente una voz desconocida—. Vamos, se buen chico.

Lucas se había puesto rojo, tenía el rostro desencajado y los ojos abiertos de par en par con las pupilas tan retraídas sobre su eje que le daban un aspecto endemoniado. El aire se llenó casi inmediatamente de ese olor acre a basura que hubiese sido dejada al sol en un día demasiado sofocante.

—¡No! —grité, y llegué a la escalera antes que él. Lo que vi al mirar hacia abajo hizo que me atragantara con mi propia saliva, delante de Vicente, en la cubierta inferior, había por lo menos cuatro hombres que ya no parecían serlo, sin duda eran del sexo masculino pero sus facciones, en especial los huesos de los pómulos y los de las cuencas de los ojos estaban completamente deformados y exagerados, como si tuviesen gruesos cayos. Sus sienes eran profundidades de forma triangular cuyo vértice estaba posado justo por encima de las cejas. Su piel tenía el aspecto del cuero viejo y reseco, de un color gris verdoso y tenía un extraño tono morado sobre todo alrededor de los ojos y allí dónde las mejillas se hundían sobre la carne misma. Sus ojos eran rojos, con un brillo espejado casi blanco. Uno de ellos abrió la boca al verme y por entre sus labios aparecieron dos hileras de dientes mucho más largos y afilados de lo normal, la diferencia era notable sobre todo en los colmillos. El hombre dilató las aletas de la nariz y sacó la lengua, la cual era negra. No me quedó duda que olfateaba mi olor. No tenían cuernos de carnero, ni colas, ni alas de murciélago, no precisaban de ninguno de estos típicos rasgos que caracterizan la iconografía demoníaca de todos los tiempos, darte un susto de muerte.

Vicente gritó algo que no entendí y una mano tironeó de mí hacia atrás, trastabillé y caí sobre la resbaladiza cubierta. Luego un fogonazo pasó por delante de mis ojos. Si bien no vi más que un borrón supe que era él. Grité el nombre de Lucas a todo pulmón, pero él no contestó a mi llamado. Me tomó al

menos dos segundos, que se me antojaron eternos, ponerme de pie otra vez. A mis oídos llegaron desde abajo, los gritos y el sonido de cosas siendo golpeadas. Casi me mato al intentar bajar la escalera demasiado rápido. Por un momento quedé colgada de la baranda.

Cuando estaba llegando abajo divisé un varios borrones negros y por entre ellos el toque de color de las ropas de Lucas.

Iba a saltar los últimos tres escalones pero una figura se interpuso delante de mí.

—¡Muévete! —le espeté a Vicente. Los gritos de Lucas llegaban a mí, sonaban a sufrimiento y dolor. Me dieron nauseas. Simplemente no creí que esto fuese a pasar.

—Regresa arriba —me gruñó él posando una mano en cada baranda.

—¿Qué fue lo que hiciste?! —Yo sabía perfectamente lo que había hecho, había usado su influencia con Ariel, su bendito rango y Dios sabe qué cosas más, para quitarlo del medio, lo cual me parecía patético y terriblemente desagradable.

—Lo necesario.

Bajé dos de los tres escalones que nos separaban.

—Diles que se detenga ahora, que lo dejen en paz.

—No—. Cerró los ojos y estiró el cuello, oí sus vértebras chocar unas contra otras en un desagradable sonido demasiado orgánico, parecía que alguien partía huesos con las manos.

Puse un pie, y luego el otro, en el único escalón que me quedaba para llegar abajo. Lucas y esos hombres demonios seguían forcejeando y destrozando todo a su paso. Creo que en algún momento vi un salpicón de sangre surcar el aire; rogaba que no fuese sangre de Lucas.

—¡Déjame pasar! ¡Muévete! —bramé desesperada al ver que Lucas intentaba emerger de entre los hombres de negro, como si éstos fuesen el enorme remolino del Maelström descrito por Poe en su cuento; una y otra vez acaba sumergido dentro del torbellino de puños cerrados, gruñendo y forcejeando completamente en vano. El grupo se cerró sobre Lucas reduciendo sus posibilidades de salir a la superficie. Su imagen fue irremisiblemente tragada y arrastrada a la profundidad por las figuras negras.

Vicente me miró imperturbable.

—¡Quítate del medio! —le grité a todo pulmón creyendo ver que una mano por el vórtice de cabezas deformes.

Vicente bajó la cabeza, su movimiento arrastró la dirección de mi mirada, sus

manos apretaron las barandillas de madera hasta hacerla añicos. Saltaron para todos lados un montón de astillas. Alzó las manos y las sacudió, un montón de trozos más cayeron al suelo. Tuve que apartar el rostro a un lado cuando el insoportable vahó me golpeó. Inundada de asco volví los ojos al frente intentando cubrirme la nariz y la boca con una mano. El olor era insoportable, tanto es así que apenas si podía respirar.

—Nunca voy a perdonarte esto.

Vicente empezó a levantar la cabeza muy pero muy lentamente. Noté que ya no se veía igual en cuanto su frente despuntó ante mí. Tambaleándome trepé un escalón para apartarme de él. Sus ojos eran dos bolas rojas que brillaban, y en las que mi rostro cubierto de pánico se reflejaba. Su cara ya no era su cara. No quedaba nada de él allí. Súbitamente el mundo quedó reducido al poco espacio que ocupábamos nosotros dos.

Vicente clavó sus ojos en mí. Despegó los labios y aspiró una gran bocanada de aire. No pude atisbar más que una sombra de esos inhumanos dientes, pero fue suficiente para que se me escapase un grito en busca de ayuda.

—¡Lucas! —grite a viva voz.

—¡Eliza! —contestó él en medio del tumulto; alguien silenció su boca de inmediato, y él soltó un quejido de dolor que yo alcancé a escuchar con total claridad. Inmediatamente me abalancé sobre Vicente, demonio o no, no iba a permitir que por su culpa lastimasen a mi amigo. No llegué muy lejos, una muralla de concreto se materializó delante de mí.

Vicente me propinó tal empujón que caí contra la escalera y quedé medio despatarrada sobre los primeros seis escalones. Me golpeé los codos, la cadera, la espalda y la cabeza y tenía el pecho adormecido por el choque. Vicente, estirando el cuello y abriendo al boca hasta un tamaño humanamente imposible soltó un rugido interminable tan potente que tuve que llevarme las manos a los oídos para protegérmelos. Creía que no serviría de nada, que mis tímpanos estallarían.

—Basta —grité una y otra vez, sin embargo él parecía no tener intenciones de detenerse.

Como pude me puse en pie. Tenía que apartarme de él y buscar el modo de ayudar a Lucas. En cuanto me incorporé, Vicente se abalanzó sobre mí. Su cuerpo impactó contra el mío con tal fuerza que creí que me rompería todos y cada uno de mis huesos. Quise gritar y no lo logré, el aire se escapó de mis pulmones con el golpe, antes de que pudiese intentar nada, me levantó prácticamente en vilo y me arrastró escaleras arriba para luego lanzarme



contra la parte frontal de la cubierta, al costado del tablero de comandos, pasando por encima del reguero de vidrios. Patinamos sobre el piso, el cual chirrió debajo de nosotros. No pude evitar chillar de dolor cuando caímos. Me golpeé la crisma contra la pared y todo el cuerpo contra el suelo. Sinceramente creí que había quedado completamente tullida. Tuve que parpadear varias veces hasta conseguir enfocar la mirada en las nubes que apenas sí moteaban el cielo de un celeste diáfano. Intenté levantarme y no pude moverme. Me esforcé una vez más, Vicente me había dejado libre de modo que era ahora o nunca. Todo se quedó en nunca. Él se había apartado de mí al caer, pero no tardó en arrojarse sobre mi cuerpo desparramado inmovilizándome las piernas con sus rodillas y las muñecas con las manos. Su piel quemaba, no tanto como la noche anterior pero sí más de lo normal.

—¡Suéltame!

Sus ojos rojos me dolieron. Me asusté todavía más al comprender que existía una gran probabilidad de que no reaccionase a mí del mismo modo que siempre, me pareció que en este momento era más instinto que cerebro o corazón. Ya no reconocí nada de él. Era como encontrarme a merced de un completo extraño, de un extraño fuera de control que podía volver a sentir la necesidad de apoderarse de mi alma y luego matarme, eso, como mejor panorama, también podía decidir hacerme pasar por un buena sesión de tormento entre medio.

Vicente bajó la cabeza, su nariz y la mía quedaron pegadas una a la otra. Volvió a inspirar hondo. Su nariz se deslizó por encima de mi piel hasta el pómulos izquierdo y de ahí hasta el cuello que hay por detrás y debajo de la oreja. Allí inhaló y exhaló un par de veces. Sentí el calor de su aliento cuando despegó los labios.

Me eché a temblar. Si bien jamás le había temido, ahora me causaba pavor. Lo único que quería era que se apartara de mí, que no volviese a tocarme nunca más.

Sé que Vicente abrió todavía más la boca, lo supe porque un intenso calor abrazó mi cuello, nuca y hombro; me lamió el cuello y jadeó. Prácticamente se dejó caer sobre mí. Su cuerpo casi me aplasta, intenté gritar y de mi garganta no surgió más que un gemido opaco y sin fuerza, apenas si tenía espacio para respirar. No lo pude evitar, los ojos se me empañaron. Parpadeé para tragarme las lágrimas.

Inspiré hondo en un intento de retener la vida dentro de mí. Hubiese querido hacer lo mismo con él, retener un poco de su persona dentro de mi ser para no

tener que separarme de él jamás, pero ya no quedaba nada, absolutamente nada. Lo perdí —admití dentro de mi cabeza y una maldita lágrima se me escapó y rodó por la comisura del ojo hacia mi oreja.

La pequeña gota salada no cayó más allá, en su camino se encontró con una piel que ardía, y que sin duda, la consumió al instante.

Cerré los ojos y me preparé para lo peor, en mi mente procuré evocar alguno de nuestros mejores momentos juntos, necesitaba borrar de mi mente aquel rostro deforme, aquellos ojos rojos, aquella furia desatada. Derramé más lágrimas. No podía creerlo, me rehusaba a creer que fuese a terminar así, su vida y mi alma en sus manos... a pesar de que las había tenido desde el primer momento.

El corazón me saltó a la boca cuando se apartó de mí de un salto ágil y de efecto instantáneo. Abrí los ojos y vi sus piernas al otro lado de la cubierta. Ya no oía otra cosa que el agua chocando contra el barco. Todo lo demás era puro silencio.

Como pude, y ayudándome de las paredes, me levanté. No me había percatado hasta entonces, pero tenía varios cortes en el brazo derecho producto de haber caído sobre los restos de los vasos. Uno de los vidrios todavía se hallaba enterrado en mi carne; sin pensarlo demasiado lo arranqué y lo tiré al suelo. Cubrí la herida con la mano y lo busqué; Vicente, de espaldas a mí, se agarraba la cabeza y se sacudía levemente adelante y atrás, oí que sollozaba.

Espié hacia abajo y vi que tanto Lucas como los otros demonios habían desaparecido. La lancha desapareció con ellos.

Jadeando asustada, di un paso en dirección la escalera. Vicente se dio vuelta y me quedé dura. Su rostro todavía era el de un demonio.

—No te atrevas a tocarme otra vez. No vuelvas a acercarte a mí. Ni lo intentes. No te quiero cerca de mí. ¡Apártate!

Vicente se tironeó del pelo otra vez. Aulló y se sacudió; parecía desesperado, fuera de control.

Pegada a la pared avancé hacia la escalera.

Aflojó los brazos de su cabello y me tendió una mano.

Yo di un respigo.

—No. ¿Qué fue lo que hiciste, Vicente? ¿Qué hiciste?

Vicente estiró el cuello otra vez y volvió a aullar con la misma fuerza de la primera vez. Enloqueció, empezó a patear todo lo que tenía alrededor, incluido el compartimiento del cual Lucas había sacado el hacha. Sus pies y piernas deformaban y destrozaban todo lo que tocaban, incluido el pie de

acero de la silla que estaba detrás de los mandos.

Salí corriendo despavorida. Bajé a toda velocidad, cuando llegué abajo me topé contra los restos de la lucha. Había sangre por todas partes, la mesa y las sillas estaban rotas, las paredes y barandas con grandes golpes, el suelo de madera parecía haber sido atacado por un elefante, las tablas estaban saltadas y reventadas, los cristales de las ventanas que daban al interior, que a pesar de ser laminados o algo por el estilo, habían quedado destrozados. La puerta ya no existía, en su lugar había un agujero.

No lo pensé y me metí dentro. Los daños no habían llegado hasta allí. Desesperada atravesé la primer puerta que encontré, la cual resultó ser la de uno de los dos camarotes. Azoté la puerta a mi espalda y puse la traba, no era más que una cerradura endeble, de cualquier modo ni la más fuerte hubiese resistido si Vicente quería llegar a mí. En pánico me acurruqué entre las dos camas y me eché a llorar.

Puede que haya pasado una hora, o talvez fuese un poco menos. El motor del barco se detuvo. Asomé la cabeza y espíe hacia fuera, estábamos otra vez en la marina, pegados a la amarra de la cual habíamos partido, mi camioneta estaba ahí nomás a unos cuantos metros. Sin pensarlo dos veces me lancé en dirección a la puerta, la abrí, manoteé mi cartera de encima del pequeño armario junto a la puerta y corrí hacia fuera. Todavía con el corazón en la boca me asomé por la escalera hacia arriba y no lo vi, debía estar allí pero sin duda no se atrevía, o no quería volver a ponerse frente a mí.

Esperé a que el barco se quedara medianamente quieto, en una posición lo suficientemente estable para que yo pudiese saltar hacia la tierra y así lo hice cuando creí que hubo llegado el momento. Junté fuerzas y salté por encima del medio metro de agua. Caí torcida y me doblé un tobillo, de todos modos no me detuve. Corrí hacia la camioneta. No tenía las llaves, suponía que se habían ido con Lucas pero esperaba encontrar el modo de al menos, ponerme al cubierto dentro de ella si Vicente decidía venir tras de mí. Si bien no se había atrevido a dirigirme la palabra siquiera, desde que todo pasó, tenía miedo de él, de enfrentarlo.

Aliviada comprobé que la camioneta no solo estaba abierta, sino que las llaves estaban en el encendido. Evidentemente Lucas ya sabía, desde antes de que partiésemos de la casa, que no iba a regresar. Me subí a la camioneta y cerré las puertas. Me costó hacer que mis torpes manos, todavía temblorosas lograsen ejecutar todos los pasos necesarios para ponerla en marcha;

finalmente lo logré. El motor ronroneó. Quité el freno de mano y puse primera, tendría que dibujar una curva en “u” muy cerrada para salir de allí, la calle no tenía salida. Tironeé del volante todo lo que puse y pisé el acelerador. De la nada, Vicente se plantó en mitad de mi camino. Virtualmente se materializó allí. Frené en seco y él dio un salto atrás para que no lo tocara. El cinturón de seguridad se me clavó en la clavícula y en el pecho.

—Perdóname —alzó la voz para que pudiese oírlo desde el interior blindado. Puse primera otra vez y amenacé con pisarlo.

—No me moveré de aquí. Tienes que oírme, yo...

Tapé sus palabras con la bocina, la cual no dejé de hacer sonar hasta que él no cerró la boca.

—Apártate—. Nunca imaginé que llegaría el momento en que yo le pidiese que se alejara de mí, sinceramente creí que pasaría el resto de mi vida a su lado y comprender esto, así, bajo las circunstancias en que nos encontrábamos lo hacía todo más doloroso y difícil.

—Eliza —pidió partiéndose al medio igual que si en vez de gritarle yo le hubiese propinado un puñetazo en la boca del estómago—. Por favor, te lo ruego.

—Te juro que voy a pisarte-. Tuve la perturbadora sensación de que en este momento era capaz de hacerlo, estaba hecha un manojo de nervios y él me daba pavor, incluso ahora que había recuperado su aspecto normal y humano.

—Tenemos que hablar, no puedes irte así. Permíteme disculparme al menos.

La angustia que se filtró por su voz hizo que le clavara las uñas al volante; por apretar tanto los dedos con los tendones tensos, se me encendió otra vez el dolor de las cortaduras del brazo. Volví a tirarle la camioneta encima, no se movió. Las lágrimas empezaron a brotar otra vez.

—¡Quítate del medio o te juro que te piso!

—Por Dios —imploró con voz estrangulada—, te lo ruego, Eliza, por lo que más quieras, tienes que escucharme —suplicó y se arrodilló sobre el asfalto—. Debes escucharme.

Me dolía en el alma verlo así, rasgaba mi corazón en dos, sin embargo en este momento era más fuerte el miedo que nada más.

Me sentía tan confundida, tan dolida que no podía pensar en nada que no fuese largarme de allí lo antes posible. Estar a tiro de sus manos me aterraba; Lucas había mandado a reforzar el blindaje de la camioneta, aun así yo no estaba muy convencida de que pudiese aguantar un embate de Vicente, se suponía que él por ser un demonio ya mayor era mucho, mucho más fuerte que Lucas.

Aparté la mirada de los ojos grises que tanto amaba, puse marcha atrás. Giré el volante todo lo que pude —prácticamente me colgué de la dirección—, tanto es así que las ruedas chirriaron sobre el asfalto al moverse para apuntar hacia la izquierda. Inspiré hondo, puse primera y pasé por su lado, esquivándolo a toda velocidad para sumar un cambio tras otros mientras lo dejaba cada vez más atrás en el espejo retrovisor.

No sé cómo hice para encontrar el camino de salida, no veía nada, tenía los ojos anegados en lágrimas y no podía controlar los sollozos que estremecían mi pecho en espasmos de dolor. Salí a la autopista y procuré conducir sin chocar contra nada, lo cual no fue fácil. Más difícil fue entrar en la ciudad. Sabía lo que tenía que hacer.

Me dirigí a su casa y detuve la camioneta delante del portón, me bajé dejando las llaves en el encendido y me tiré delante del primer taxi que pasó.

El taxista que me llevó a casa insistió con llevarme a un hospital, el brazo me sangraba; me negué. Cuando llegamos a las puertas de mi departamento yo ya tenía las llaves en la mano. Le pagué el monto del viaje, le dije que se quedara con el cambio y corrí hacia la endeble seguridad de mi hogar.

Cuando entré en el departamento me invadió una sensación de haber dejado aquel sitio un siglo atrás.

Solté la cartera sobre el sillón y corrí al baño. Mis dedos ensangrentados dejaron huellas rojas sobre la llave de luz y en las puertas del botiquín. Abrí la canilla y dejé que el agua corriese libremente por la herida, que si bien no era grande, parecía profunda. Aparté la mirada, cerré la canilla y levantando la tapa con la boca, abrí la botella de alcohol. Me eché un chorro en el brazo, lo cual me hizo ver las estrellas. Procurando no pensar en el ardor, me las apañé para un sobre de gasas con las cuales cubrí la herida. Al terminar me dejé caer sobre el borde de la bañera y apoyé la frente sobre la fría superficie del lavamanos. Todavía no podía creerlo, tenía la impresión de estar soñando.

Me arrastré hasta la habitación y todavía, toda sucia de sangre, me tiré en la cama. Estuve un par de horas sentada inmóvil, mirando en dirección a la puerta, esperando que Vicente irrumpiese en mi hogar de un momento a otro; nunca llegó. El sol bajó y oscureció; la noche se tornó cerrada y fría, caí rendida.

Al abrir los ojos no percibí otra cosa que silencio, un profundo silencio. El vacío era tan grande, tan denso, que lo llenaba todo al punto de inmovilizar todo, hasta el aire.

Me dio la sensación de que alguien había detenido el tiempo, que el mundo ya no giraba. Todo parecía haber terminado. Fue como una eterna milésima de segundo vista con el microscopio más potente creado por el hombre. Me dio la impresión de que mi habitación estaba dilatada, que había cobrado la forma cóncava del interior de una enorme burbuja de cristal. Lo único que se mantenía en movimiento, circulando completamente ajeno al resto del universo, eran las motas de polvo que pasaban por delante de los rayos del sol de tono anaranjado, que se colaban por entre las hendidias de la persiana.

Creí que no sería capaz de moverme, más allá del parpadeo involuntario de mis ojos, así y todo, lo logré, mis dedos se deslizaron adelante y atrás sobre las sábanas tibias. Poco a poco, me fui incorporando, primero moví los dedos de los pies, flexione un poco las rodillas, lo intenté con mis brazos y con la cadera, y por último me arriesgué a alzar la cabeza. Cuando me encontré completamente sentada sobre el colchón, me quedé contemplando la oscura, vacía y eterna pantalla del televisor en la que me reflejaba yo y la cama sobre la cual estaba sentada. La imagen que la negra y satinada pantalla me devolvía se me antojaba parte de una amarga ficción. Por un momento creí que todo, desde el día que Cristian me dijo que quería cancelar la boda, que ya no me amaba, hasta este mismo momento, era parte de una cruel pesadilla, de la más mórbida y nefasta de las pesadillas.

Guiada por un cerebro puesto en automático, me dejé llevar alrededor de mi departamento para completar todos mis rituales matutinos: bebí una taza de café con leche, me di una ducha, cepillé mis dientes y me vestí con el uniforme del trabajo, todo sin motivación alguna, sin ser realmente consciente de que aún estaba viva.

Me enfundé en un abrigo ya que me dio la impresión de que había refrescado mucho, y salí a la calle.

Ambas veredas lucían desiertas, no había más que unos pocos vehículos estacionados contra el cordón aquí y allí. El viento frío, el mismo que me hizo tiritar gracias a que todavía llevaba el cabello mojado, arrastraba las hojas secas de un lado para el otro.

Me llevó un instante decidir si deseaba o no, ver el Mercedes-Benz de Vicente aparecer por la esquina para detenerse frente a mí, es más, no tenía ni idea de si quería algo imposible, todavía no estaba segura de que él fuese real, por un lado sentía que él lo era, sentía su existencia en mí, por el otro, comprendía a la perfección que alguien como él no tenía cabida en el mundo y mucho menos a mi lado. Sin duda no era racional pedir o desear que un demonio se enamore de ti, que te devuelva los mismos desesperados sentimientos que tienes, no sin duda no era sano estar dispuesta a renunciar a todo lo demás, todo lo real, lógico y sensato, por algo imposible e inexistente.

El automóvil no apareció, y él tampoco.

Desconcertada me agarré la cabeza. ¿Lo había imaginado?

Apreté los dientes y me eché a andar e dirección a la parada del colectivo. Dejé atrás mi calle y entré en la pequeña manzana ocupada en su totalidad por la iglesia a la que había concurrido un par de meses atrás en busca de ayuda para quitarme de encima a Vicente. Debo haber avanzado una veintena de metros hasta darme cuenta de que no estaba sola. Di un par de pasos más, las hojas secas crujieron debajo de mis zapatos interrumpiendo el silencio. Cuando llegué hasta delante de la puerta principal me detuve, las dos gruesas placas de acero se hallaban cerradas a cal y canto. Miré a un lado y al otro, no había un alma allí, pero yo sentía que no estaba sola.

Una poderosa ráfaga de viento me dejó envuelta en una nube de polvo y hojas de plátanos que por un par de segundos, me dejaron completamente ciega.

Tosí y me refregué los ojos con fuerza, al abrirlos hallé una figura masculina plantada delante de mí. Sus ojos estaban fijos en los míos. Su rostro indescriptible, carente de expresión alguna y sin embargo tan perfecto y bello era quietud materializada, es por eso que de inmediato pensé en una de las estatuas que coronaban el pórtico en la representación del pesebre. El hombre, o lo que fuese aquella presencia se limitó a verme sin parpadear. No me dio miedo, sino que me causó curiosidad y cierto grado de inercia que me hizo tambalear.

El ser despegó los labios pero ninguna palabra o sonido emergió de ellos. Yo también hice un intento de hablar si bien en realidad no sabía que decir. Nos quedamos así los dos, en un supremo silencio hasta que un rugido metálico me sobresaltó. Giré la cabeza para constatar su origen y en cuanto me volteé una ráfaga de viento me llevó por delante. Quedé otra vez sumergida en la oscuridad de mis parpados.

—¿Le ocurre algo, está usted bien?

Con los ojos llorosos, divisé al hombre que acababa de salir por la puerta de la sacristía.

—¿Señorita, se encuentra bien? ¿Puedo ayudarla?

Di media vuelta, mi compañero se había esfumado.

Lo miré sin poder contestarle.

—Soy el padre José, esta es mi parroquia, quiere usted pasar y tomarse un momento para recuperarse. Necesita que llame a alguien por usted.

No contesté, no sabía qué decir.

—Irma, venga un momento, por favor, necesito su ayuda —llamó el hombre asomándose hacia el interior del pasillo que se extendía al otro lado de la puerta entonada.

Menos de diez segundos más tarde, una mujer muy alta y delgada, de rostro demacrado y oscura cabellera se unió a nosotros, llevaba un repasador entre las manos y no dejaba de refregárselas con éste.

—¿Padre? —entonó la mujer luego de escrutarme de pies a cabeza.

—Ayúdeme, quiere—. Le pidió tomándome del codo derecho.

—No se inquiete, va a sentirse mejor si se sienta y descansa por unos minutos

—me dijo el hombre cuando la mujer me tomó por el otro brazo. Entre los dos me arrastraron hacia el interior de la silenciosa iglesia.

La pesada puerta se cerró detrás de mí. El frío que emanaban las paredes desnudas y que brotaba del piso de baldosas de cemento, junto con una humedad perturbadora, hicieron que se me pusiese la piel de gallina. No es que le tuviese miedo a las iglesias, pero tenía la impresión de estar entrando en una cripta que llevaba cientos de años, cerrada, y sin duda, el olor era muy similar al que hubiese podido esperarse de un lugar como ese. Lo único que desentonaba entre el frío, la humedad y el olor a encierro era el perfume de flores, que como una nota profunda me llegaba a la garganta.

El corredor desembocó en un jardín interior, un claustro con un corazón hecho de rosales, azaleas, jazmines y montones de plantas de lirios, todos ellos sin flores y acusando los efectos del otoño. Dejamos atrás el jardín y nos internamos otra vez en la penumbra de un nuevo corredor. Unas altas y angostas puertas dieron paso a una enorme cocina. La columna espinal del ambiente eran tres largas mesas de madera oscura muy parecidas a la que tenía Vicente en la cocina de su casa. El detalle me provocó un arrebató de angustia. Dos de las mesas estaban rodeadas de bancos, cada uno de ellos, del mismo largo de la mesa, la tercera, la cual encontraba del lado de la cocina que sí parecía en uso, tenía sillas a su alrededor. El sector que ocupaban las dos



mesas más largas tenía un aspecto más oscuro y sombrío. Las mesadas y hornos y demás mobiliario de cocina que las rodeaban, estaban despojados de cualquier evidencia de humanidad, mientras que el otro lado rebosaba de vida. Sobre la mesa rodeada de sillas, había una canasta con tostadas semi envueltas en una servilleta, una tetera de porcelana con un par de saquitos de té colgando por fuera, un cartón de leche, un par de frascos de mermelada abiertos y dos tazas de vidrio.

—Siéntese —el padre apartó una silla para mí y me ayudó a acomodarme frente a la mesa a la cual evidentemente la mujer y él habían estado sentados hasta unos pocos minutos atrás, para desayunar—. ¿Le gustaría un poco de té? Tiene las manos heladas.

La mujer levantó las dos tazas que había sobre la mesa y se alejó de nosotros.

—¿Se encuentra mejor? Tiene mejor cara. Le dije que le haría bien descansar un momento.

—Sí, gracias.

La mujer de rostro conspicuo dejó una taza delante de mí, luego rodeó la mesa otra vez, tomó la tetera y llenó la taza hasta un poco más de la mitad. El líquido oscuro de tonos rojizos borboteó para luego lanzar al aire una estela de calor que dibujó hipnóticas florituras de vapor por delante de mis ojos.

—Un poco con su té —ofreció el padre José alzando la leche.

Asentí con la cabeza.

—¿Azúcar? Le hará bien un poco de azúcar en la sangre. Tiene usted toda la apariencia de necesitarla.

Sin esperar contestación alguna de parte mía, el hombre de cabello entrecano y cálidos ojos castaños, tomó la cucharita que estaba posada sobre el palto que acompañaba mi taza y la hundió dos veces en la azucarera.

Mezcló con la cuchara el rosado líquido resultante y aproximó la taza a mis manos, instándome a beber.

Tomé la taza entre mis dos manos y me la llevé a los labios.

El padre José se sentó a la cabecera de la mesa contemplándome satisfecho, en cambio, la mirada de la mujer no era ni tan amena ni tan plácida, sino arisca y llena de recelo. Me percaté de que la mujer se mantenía cierta distancia de la mesa, como si confiase en que aquel metro y medio que la separaba de mí, bastase para mantener a raya aquello con lo que ella no deseaba mezclarse.

Bebí un par de sorbos más y bajé la taza. El té quemaba y estaba demasiado dulce para mi gusto, pero resultó realmente reconfortable beberlo.

Súbitamente me percaté de que ya no me sentía ni tan sola, ni tan en silencio, pese a que en aquella cocina no volaba ni una mosca. Fue extraño, la mera idea de salir otra vez a la calle me aterrorizaba, no quería abandonar aquella cocina que parecía extraída de un monasterio en alguna montaña perdida de una región todavía más lejana y desolada del viejo mundo.

El padre José me sonrió. Ciertamente no lo había imaginado así, no sé muy bien lo que esperaba, pero sí sabía que no era esto. No había ni rastro de suficiencia o engreimiento en él, no parecía querer jactarse, como muchos hombres de la iglesia, en creerse dueño de la verdad. La verdad, es que parecía tan desconcertado y perdido como yo. Tampoco tenía la apariencia de ser el tipo de hombre que reina sentado sobre su tono, sino más bien, el de una persona trabajadora, ocupada, y preocupada por lo suyo, y lo que lo rodea. Si me había formado alguna idea cuando visité la iglesia por primera vez, sin duda, era completamente errónea e infundada. Este hombre de cabello cano, mirada amable, alzacuello sobre camisa negra y dedos entrelazados en un gesto de calma y entrega me producía todo, menos rechazo. Era la primera vez en mi vida que me hallaba frente a un cura sin sentirme culpable o pecadora, o llena de defectos e impurezas.

—¿Mejor, no? —preguntó sonriéndome otra vez.

Bajé la taza y la devolví a su sitio. - Sí, gracias.

—¿Qué le sucedió... allí afuera? Usted tenía muy mala cara. ¿Le robaron?

—No. No, nada de eso, es que no me sentía muy bien.

—Sí, se le notaba.

—¿Estaba usted acompañada?

Me sobresalté y me atraganté con saliva.

—¿Qué?!

—Si estaba usted acompañada afuera, me dio la sensación de que había alguien más allí afuera antes de que yo saliera.

Mi cerebro se trancó. Ni siquiera yo estaba segura de haber visto lo que creía haber visto, fuera lo que fuera que era.

—No, estaba sola.

—Hubiera jurado que estaba usted con alguien.

El hombre se quedó mirándome fijo como si esperase algo más de mí.

—¿Podría hablar un momento con usted? —le insinué que deseaba hacerlo a solas, lanzándole una mirada a la mujer.

—Irma, nos dejarías solos un momento, por favor.

La mujer retorció el repasador que parecía no querer soltar.

—Por supuesto padre, estaré en la estancia si me necesita. Ya es hora de que empiece con mis labores.

Irma se fue por la puerta que al otro lado de la cocina, continuaba el pasillo hasta el centro del edificio.

—¿Quiere usted confesarse? —me preguntó el padre José en cuanto los pasos de Irma se perdieron en el silencio sepulcral del corredor.

—No, padre, no es eso, le agradezco sus atenciones y su preocupación pero yo no... —no lograba encontrar las palabras justas para expresarme—. La verdad es que yo no creo...

—De cualquier modo, sea en confesión o no, crea usted en esta institución o no, crea usted en el Dios que crea, o incluso si no cree en nada, puede contarme lo que desea, le prometo que quedará entre nosotros. Estoy para ayudar en lo que sea posible, sin importar si la persona que necesita mi ayuda, tenga fe en mí, o no.

—Mi nombre es Eliza padre, yo vine a finales del año pasado, para hablar con usted, pero estaba ocupado y al final decidí irme...

—Y nunca más volvió —completó él.

—Irma me lo dijo. Es usted María Eliza Pérsico, ¿no? Vino poco antes de la navidad?

—¿Cómo se acuerda?

—Tengo una memoria de elefante.

Le sonreí.

—Doy por hecho que usted cree en la existencia de las almas.

—Supongo que no estaría aquí sino.

—¿Cree usted en el Infierno?

—Sí, pero prefiero pensar en el Cielo.

—No piense que estoy loca, pero... ¿qué me dice usted de los demonios?

—¿Del demonio, Satán, el Diablo?

—No, de los demonios, padre. De los enviados del Diablo a la tierra.

El padre José alzó una ceja. De inmediato me di cuenta de que lo había perdido.

—Pues me temo que no soy un experto en la materia.

—Y qué cree usted como persona, no se lo estoy preguntado solamente porque sea párroco de la iglesia católica.

—Pues no sé qué contestar a eso. Yo creo que el hijo de Dios pisó esta tierra, que murió crucificado y resucitó. Existen cosas a las que no podemos atribuirles una explicación certera; por eso no significa que no existan. La

verdad es que no lo sé. ¿Tiene usted algún problema? Sí quiere puedo contactarme con alguien que sea capaz de ayudarla...

Me puse de pie apartando la silla con las piernas.

—No padre. Está bien, disculpe usted la molestia.

El padre José se levantó también.

—Escuche, si necesita ayuda...

Alcé las manos para frenarlo, no estaba segura de querer ayuda y mucho menos de cargar mi conciencia con la responsabilidad de haber metido a un inocente en este embrollo.

—No hace falta padre, lamento haberlo molestado tan temprano. Creo que puedo llegar a la salida yo sola—. Dije y di media vuelta para salir corriendo lo más rápido que diesen mis piernas.

—¡Espere! —escuché que me gritaba; no me detuve hasta que llegué a la puerta de calle. Corrí el pasador, giré la llave y corrí hasta la parada del colectivo, el cual por suerte, ya venía, temía que el padre José me hubiese seguido. En todo el camino al trabajo fui maldiciendo el instante en que decidí aceptar su ofrecimiento de acompañarlo dentro.

...

No me percaté de que era demasiado temprano, hasta que estuve parada al otro lado del mostrador. La pantalla de la computadora brillaba delante de mí, el reloj, en la esquina de abajo a la derecha delataba la hora y cuarto que tenía por delante, antes de que Susana o Matías llegaran a trabajar. En circunstancias normales me hubiese dado odio esta situación, ahora no sentía nada, me daba igual. Sé que si me hubiese quedado en la cama, no habría podido dormir más, y permanecer en mi departamento tampoco representaba ninguna ventaja, estar aquí o allí era lo mismo. Volví a apagar las luces para así evitar que algún transeúnte desprevenido se aventurase a llamar a la puerta del local mucho antes del horario de apertura, y bajé al sótano a preparar un poco de café.

Me entretuve sin hacer nada en particular, todo el rato que le tomó al agua pasar del cuerpo central de la cafetera, a la jarra de vidrio.

Mientras daba vueltas, oí mi celular sonar arriba. Intuía quien podía ser y la verdad es que no me sentía lista para volver a hablar con él ahora y sinceramente no sabía si volvería a ser capaz de enfrentarlo otra vez. Por desgracia, lo que sentía por Vicente no se había modificado ni un ápice,

continuaba necesítándolo hasta para respirar y me dolía horrores separarme de él, sin embargo, no tenía ni idea de cómo llegaría a asimilar lo sucedido ayer. Me dolía su engaño a Lucas, me molestaba terriblemente que me hubiese ocultado lo que tenía planeado hacer, y que ni se hubiera molestado en discutir conmigo sus razones para hacer semejante cosa, pero por sobre todo, me agobiaba toda la evidencia que había salido a la luz... la evidencia demoníaca que me enseñaba una cara no muy agradable de un universo casi desconocido para mí. Ese encuentro violento con una imagen que parecía salida de una película de terror, aunque lo que yo vi sin duda era muy real y por tanto increíblemente más terrorífico, todavía me mantenía en estado de shock, no conseguía borrar ni de mi cerebro ni de mis retinas los rostros de esos demonios, sus facciones deformes, sus ojos perversos, sus pieles rugosas y gruesas.

Si alguna vez en mi vida creí que un demonio de piel roja, con cuernos, cola, o incluso con alas de vampiro, podía llegar a asustarme, me equivocaba. Tener de ti algo que tiene cierto aspecto humano, pero que al mismo tiempo despliega un aura de malignidad tan grande, es aterrador, porque su aspecto casi humano lo hace más terrenal, más creíble, más cercano a ti y a tus experiencias. La fuerza sobrecogedora que desparramaban a diestra y siniestra, la crueldad flotando alrededor de ellos, la sensación de estar a un paso del mal en esencia es algo que verdaderamente no tiene explicación, algo imposible de comparar, incluso con la peor de las situaciones que haya podido experimentar antes.

No podía parar de preguntarme si hubiese sucedido si él no se hubiera detenido cuando lo hizo. Otra cosa que no lograba quitarme de la cabeza era aquel grito desgarrador que soltó Vicente en dos ocasiones, todavía hacía eco en mis oídos.

Incluso ahora, después de todo, no creía que Vicente fuese capaz de matarme, pero había perdido el control, al menos en parte, eso era obvio. Lo que más me aterraba eran las ganas locas e incontenibles que tenía en este momento, de abrazarlo, incluso si se presentase ante mí con aquel escalofriante aspecto. Quizá debí haber escarmentado con lo de ayer, pero aquí estaba yo amando a un demonio con todas las de la ley, sin que ello me importara.

Alcé la vista en dirección a la puerta que daba al local. No tenía ni idea cuanto más podría soportar.

El teléfono sonó por tercera vez.

Procurando no dar señales de todo lo mal que me sentía, esperé a que Susana llegase a mi lado, para hablarle de aquello en lo que apenas si conseguía pensar sin partirme en dos a causa del dolor.

—Tengo que pedirte un favor.

Susana dejó su cartera debajo del mostrador.

—Claro, lo que quieras.

—Si Vicente llama, dile que no estoy, y si viene, procura hacer que se largue de aquí lo más rápido que puedas.

Susana se quedó observándome, con la campera a medio sacar. Le había quedado un brazo dentro de la manga y el otro fuera.

—¿Qué hizo ahora?

—No estoy de humor para efectuar una autopsia de mi relación con Vicente.

—Bien, no era esa mi intención, pero salta a la vista que todavía lo amas de modo que...

—No dije que ya no lo quisiera, es que simplemente creo que no puedo con esto, es demasiado grande, demasiado fuerte para mí.

Susana se sonrió.

Pegué un salto cuando el teléfono que descansaba sobre su base a unos pocos centímetros del monitor de la computadora sonó. Con una mirada le rogué a Susana que atendiera por mí.

—Por pavor. No quiero discutir con él por teléfono. Te juro que será solo por hoy, si tengo que terminar con él lo haré hoy mismo, pero necesito un par de horas para poner mi mente en claro. ¿Por favor?

Susana pasó por delante de mí y manoteó el teléfono. Por la cara que puso resultó evidente que quien estaba al otro lado de la línea era Vicente.

—Hola, Vicente —pausa-. No, ella no está—. Otra pausa—. Sí, ella nunca faltaría al trabajo —Susana me miró de reojo—, eso es cierto... la verdad es que no quiere hablar contigo ahora—. Sus labios se sellaron y no volvieron a separarse por un buen rato, a mis oídos llegaba el murmullo de la voz de Vicente, me aparté para no tener que escucharlo.

—Bien, se lo diré—. Inspiró hondo y soltó el aire por la nariz—. No tienes que agradecerme. Yo no voy a intentar hacer nada para convencerla de que continúe su relación contigo, simplemente me limitaré a transmitirle tu mensaje.

Vicente le dijo algo más, no alcancé a oír qué, luego Susana se despidió y cortó.

—¿Qué fue lo que te pidió que me dijeras?

Me miró con las dos cejas en alto. Noté que desconfiaba de mi decisión de no querer hablar con él —de hecho, sí, comenzaba a flaquear—. Se cruzó de brazos y esperó a que Matías pasara de largo hacia el sector de los cigarros.

—Dice que te ama y que sabes que tú también lo amas, y que aunque estés decidida a dejarlo, que primero le des al menos cinco minutos para darte una explicación. Que luego, si habiéndolo oído, sigues queriéndolo fuera de tu vida, se irá y jamás regresará. Dice que está dispuesto a hacerlo si es eso lo que quieres. Ah, y también dijo que tiene pensado ir a verte a tu casa esta noche, que espera que le des sus cinco minutos, entonces.

Me apoyé contra la banqueta, necesitaba algún tipo de sustento ya que no tenía la fuerza suficiente para mantenerme en pie.

—Accede a lo que te pide, bríndale sus cinco minutos, y después de eso, y continúas queriéndolo fuera de tu vida, pídele que se vaya, no antes.

—Susana... —la llamé para tener su atención, ella se había terminado de sacar la campera y la estaba acomodando sobre su cartera al tiempo que chequeaba su celular.

—¿Sí?

—¿Por qué no te gusta Vicente?

Dio un paso hacia mí.

—Te lo digo si prometes no reírte.

—No voy a reírme.

—Ni pienses mal de mí.

—¿Pensar mal de ti? Por qué debiera pensar mal de ti.

—Conozco a Vicente de antes de que él pusiese un pie en este local.

—¿Cómo?!

—En un principio no me di cuenta. Recordé de dónde me resultaba familiar su rostro cuando ustedes dos estaban fuera.

—¿De dónde lo conoces?

—Lo vi en una fiesta, hará cosa de unos siete años atrás.

—En una fiesta, ¿en qué fiesta y dónde?

—Era una fiesta en la casa de unos amigos de Mauro, recuerdas que te conté de él, era el chico con el que yo salí antes de conocer a Sebas.

Asentí.

—Bueno. Vicente estaba en esa fiesta. Un hombre alto, muy elegante, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, y una mujer de unos veinticinco, tan alta como él y con unos ojos azules que no he olvidado hasta el día de hoy, lo acompañaban. Si no me equivoco, el tipo se llamaba Ariel. No recuerdo el

nombre de la mujer, si puedo decirte que sus piernas me llegaban hasta aquí — dijo apuntándose la cintura—, y que cuando no sonreía de forma empalagosa, enseñaba una mueca de estar oliendo algo terriblemente desagradable, y sin duda se mostraba bastante engreída con respecto a su aspecto, en ningún momento dejó de pavonearse. Tenía con qué presumir y me dio la sensación de que se sentía demasiado para esa fiesta. Ella al igual que Vicente, no parecían encontrarse a gusto. No sé, es probable que simplemente no estuvieran de humor.

Por el momento dejé pasar la mención de la compañía femenina de Vicente y Ariel, no era momento para sentir celos, mucho menos de alguien que no sabía si tenía relación con Vicente, y por algo que había quedado siete años en el pasado.

—Susana, podrías dejar de divagar. Por favor, estás intentado explicarme que Vicente no te gusta porque lo viste en una fiesta a la que fuiste acompañada de tu antiguo novio.

—No, nosotros no éramos nada de eso... bueno, al menos no íbamos muy en serio, al menos yo... Salimos unas cuantas veces, más que nada, éramos amigos.

—Te lo pido encarecidamente, Susana, podrías ser más clara.

—Todos en esa fiesta eran un tanto extraños; sin duda, el más raro de todos era Vicente. Lo que más me molestó es que él miraba a todo el mundo por encima de su hombro y no habló con nadie, cuando me lo presentaron no emitió ni una sola palabra. Fue únicamente silencio, todo lo que se dignó a dedicarme.

—¿Te lo presentaron? ¿Por qué no me contaste eso antes?

—No quería alterarte, además como él estaba con esa mujer. Bueno, no creí que quisieses saber que yo lo había visto una vez junto a una compañía femenina que no eres tú. Además, realmente no es algo que tenga demasiada importancia, como te digo, no cruzamos ni una palabra y es obvio que él no se acuerda que me vio en esa fiesta.

Era muy probable que sí se acordara.

—Vicente no me agrada porque aún continúo sintiendo que a él no le gusta estar aquí, tengo la constante sensación de que se siente diferente, especial y que el resto del mundo no lo vale. No te enojas, pero creo que es un poco arrogante. Siempre distante, altivo y... Lo lamento. Me fui de lengua. Soy una ridícula, tu novio no me gusta porque no se dignó a dirigirme la palabra la primera vez que lo vi. Es eso, ahora ya lo sabes. Enójate si quieres. O riéte, o piensa mal de mí, estás e todo tu derecho de reaccionar como te plazca.



No podía enojarme con ella, sabía que lo que había experimentado tenía una razón. Se había sentido atraída por Vicente porque era eso lo que él y los otros demonios hacían, pero lo más probable es que a él le desagradar llamar su atención.

—No voy a enojarme —le aseguré y ella recibió mis palabras con una mueca que evidenciaban resquemor—. ¿De qué era la fiesta?

—No era una fiesta de nada en particular, era una simple reunión, a Mauro lo había invitado ese tal Ariel.

El peso de la duda cayó sobre mí como un adoquín. Entendía que lo más probable es que aquella situación no tenía nada que ver conmigo, Susana no tenía ni idea de mi existencia siquiera, siete años atrás, así como yo no la tenía de la suya; lo escalofriante era conocer las posibles razones de que Ariel hubiese invitado a Mauro a una fiesta. Susana sin duda era una entre un millón, por dos veces, había tenido la oportunidad de conocer a demonios en plena tarea de negociaciones por almas.

—¿Después de esa fiesta, volviste a ver a Vicente o a ese tal Ariel?

—¿A Vicente solamente volví a verlo cuando puso un pie aquí. A Ariel, lo vi en otras dos ocasiones. Por desgracia—. Añadió y el rostro se le avinagró.

—¿A sí?

—Sí, una de ellas, en el velatorio de Mauro.

Me estremecí.

—Nunca me contaste que él había muerto.

—Murió una semana después de que cortáramos; lo atropelló una moto. Hasta lo que yo sé, jamás encontraron a los culpables.

¿Una moto? Que me parta un rayo si esto no es más que una coincidencia. Me relamí los labios y procuré rearmarme.

—¿Y cuál fue la otra ocasión en la que te lo encontraste?

—Es un tanto bizarro, me topé con él el día que vine aquí por primera vez. Yo había estado entregando *currículums* en unos restaurantes de por aquí cerca y ya iba a ponerme de regreso a casa cuando lo vi sentado en una mesa en ese elegante sitio que hay aquí a dos cuadras, ese que está en la esquina y que tiene muchas mesas afuera. La cuestión es que yo no tenía ganas de saludarlo, ese tipo me ponía los pelos de punta, mi intención era pasar de largo haciéndome la tonta, por desgracia él me llamó, me preguntó cómo estaba, si había superado la muerte de Mauro y demás, y cuando le conté, todavía no sé por qué, que buscaba trabajo, me dijo que había visto aquí un cartel que pedían vendedoras.

—¿Ariel te envió aquí?

—Sí.

Me agarré del borde del banco para no caerme.

—Qué te pasa, te pusiste pálida. No irás a desmayarte.

—Nada, no es nada—. Me pasé una mano por la frente, la tenía perlada en sudor frío. Acaso habían estado rondándome desde entonces. Simplemente me negaba a creer que Vicente hubiese pasado tanto tiempo vigilándome antes de decidirse aparecer en mí vida, según lo que me había contado el montaje de la operación para comprar mi alma no había empezado más que un mes antes de que nos conociésemos, pero ya no sabía qué creer. ¿Me había mentido así como me había ocultado lo que pensaba hacer con Lucas? ¿Me había mentido todo este tiempo y yo le había creído como una idiota? No sé por qué, talvez esté errada, pero la muerte del ex de Susana me parecía demasiado sospechosa, sobre todo considerando las circunstancias que la rodeaban. Me pregunté si el pobre muchacho se había negado a venderle su alma a Ariel y por eso había terminado debajo de las ruedas de una moto; eso resultaba demasiado familiar. Todo era demasiado para mí, Vicente conocía a Susana y no me había dicho una palabra, Ariel había mandado a Susana a trabajar

conmigo, Ariel había mandado a mis padres a la isla en la que se suponía yo pasaría mi luna de miel, Vicente había llamado a Ariel para que quitase a Lucas del medio. Ariel y Vicente se habían encargado de apartar de mí a todos esos demonios que deseaban quedarse con mi alma.

—Crees que Vicente y ese tal Ariel sean amigos. Parecían al menos conocidos. Que casualidad, ¿no?

Me quedé muda sin saber qué hacer, quería advertirle a Susana que si alguna vez su camino se cruzaba con el de Ariel otra vez, que procurase, por todos los medios, esquivarlo, al menos, hasta que yo me hubiese asegurado que lo que le sucediera a su ex novio o lo que fuera, y lo que me estaba sucediendo a mí ahora, no tenían ninguna relación; no lo hice, no tenía cómo justificar mi pedido y además podía cometer un gran error, para efectos técnicos, se suponía que Ariel tenía el poder y la capacidad de ponerme a salvo si algo malo le pasaba a Vicente. Su número todavía estaba cargado en mi celular. Empezó a dolerme la cabeza, tenía la impresión de que alguien había licuado mi cerebro junto con mucho humo. Humo y polvo, eso era lo quedaba de mí. Todo, hasta mi propia existencia se me antojaba falso, como parte de una puesta en escena. No podía discernir entre lo real y lo ficticio y lo peor del caso es que lo que para el mundo era algo ficticio, a mí se me antojaba lo más real: un montón de demonios corriendo detrás de mi alma, una historia que cabía lo posibilidad, hubiese comenzado muchos años antes de lo que yo creía.

Las horas no pudieron ni enmascarar, ni alivianar el peso de mis pensamientos, sino que se dedicaron a tomar el rumbo contrario, cada minuto que pasaba la angustia era peor. Tenía la impresión de que me había dejado engañar descaradamente. En este mundo no debía haber nadie más patético e ingenuo que yo.

Vicente no volvió a llamar y fue mejor así, no podíamos discutir por teléfono los temas de los que teníamos que hablar.

Como hubiese querido poder hablar con Lucas, necesitaba saber si podía darme una respuesta, si me recomendaría, como ya había hecho una vez, apartarme de Vicente y de él. Su celular no me contestó en ninguna de las incontables ocasiones en que marqué su número desde el teléfono de línea, ya que no me animaba a utilizar el celular. Todavía recordaba aquella vez en que medio en broma medio en serio, le pregunté a Vicente si utilizaba sus contactos con INTERPOL para investigarme y seguirme y él me contestó que tenía sus medios, que no creyera que las ramificaciones del Diablo no

llegaban a tanto. Si mi celular estaba intervenido o algo así, es probable que también el teléfono de mi trabajo. Pensar en semejantes cosas resultaba agotador y ridículo, ni siquiera tenía la certeza de que aún tuviese a alguien vigilándome, de todos modos arriesgarme tontamente por no tomar un simple recaudo como dejar perdido en el fondo de mi cartera el celular que Vicente me regalara no parecía una exageración tan imposible.

Como me hubiese gustado tener a Lucas a mi lado, para que me defendiera, por si estaba segura de alguien en este mundo, era de él, de mi amigo. Esto también podía ser un disparate, cabía la posibilidad de que Lucas también estuviese metido en todo esto, pero me parecía remota e increíble.

...

Quise ponerle un freno al tiempo en este mismo momento, si bien sabía que cuanto antes me enfrenase a él, mejor sería para todos, no solamente para mí, además necesitaba verlo. Demorar nuestro encuentro no ayudaría en nada. Como fuese, todavía no me creía capaz de discutir con él todas las cosas que tenía atragantadas.

En cuanto puse un pie sobre el cordón de la vereda, Vicente abrió la puerta de su Mercedes-Benz; emergió de éste lentamente, se dio vuelta y me miró mientras yo avanzaba por la esquina. Cerró la puerta, rodeó el automóvil y se quedó esperándome sobre la vereda. Por primera vez en el tiempo que llevaba de conocerlo, lo vi desaliñado. Su traje parecía recién sacado del canasto de la ropa sucia, su camisa estaba arrugada y llevaba los primeros tres botones sueltos. Su cabello era un caos. Lo que más me llamó la atención, eran las oscuras manchas que rodeaban sus ojos; no eran simples ojeras, su rostro estaba demacrado, parecía enfermo... un enfermo terminal.

Quise agarrarme del suelo, del espacio a mí alrededor, tironeando del éste igual que si fuese una manta con la que deseaba cubrirme del resto del mundo. Me entró una desesperación tal que creí que iba a tener una especie de crisis, que iba a explotar de tanto sentimiento acumulado.

Dos metros antes de llegar a él me detuve, miré a mí alrededor. Estábamos solos.

Sus ojos en fijos en los míos me dieron escalofríos.

—Gracias por no salir corriendo.

—No es por no quiera hacerlo, parte de mí deseaba que no vinieras. Parte de mí hubiera preferido entrar directamente a mi departamento, pero sea lo que

sea que resuelva hacer, sé que primero tenía que dejar las cosas en claro contigo.

—¿Me temes?

—Sí, pero si esperas que por eso me someta a ti, que de ello consigas alguna ventaja, permíteme decirte que no lo lograrás. De ser preciso pelearé contra ti hasta las últimas consecuencias. No voy a entregarme con tanta facilidad. Te equivocaste conmigo Vicente.

—Eliza, por favor, qué dices, no deseo que te sometas a mí, y mucho menos que tengas miedo de mí. No voy a hacerte daño. Jamás se me ha pasado por la mente ponerte un dedo encima.

—¿Se supone que debo creer eso después de lo ocurrido ayer? Dudo de todas y cada una de las palabras que me has dicho; tengo la impresión de que absolutamente todo lo que sucedió es parte de una gran mentira.

—No lo es.

—Dadas las circunstancias va a resultarte bien complicado convencerme de lo contrario. Vicente dio un paso adelante con un brazo extendido en dirección a mí con toda la intención de tocarme pero yo me aparté bruscamente.

—Ayer me demostraste cuan impunemente eres capaz de mentir, de lo que puedes elucubrar a favor tuyo. Por qué debería creer en todo lo demás si es obvio que para ti mentir y ocultar no te provoca ni el menor remordimiento.

—Eso no es cierto, Eliza. Por lo que más quieras, permíteme que te explique todo.

—Por lo que yo sé, sí lo es. Y la verdad es que no sé si quiero oír lo que tengas para decir. Te amo, puedes continuar vanagloriándote por haberme hecho enamorarme de ti, pero mi amor por ti no va a ser una condena, no voy a permitir que te quedes con mi alma para enviarla al Infierno. No soy así de tonta como tú crees.

—No creo que seas tonta y ciertamente no quiero enviar tu alma al Infierno, no la deseo para hacerme más fuerte ni para ganar más poder. Tienes razón, me ayudaría a llegar mucho más alto de lo que jamás imagine, pero no la quiero, he renunciado a ella porque la prefiero dentro de tu cuerpo. Yo te quiero como un todo, tu alma sin ti no sería nada, y tú sin ella tampoco.

Me quedé mirándolo, a qué se refería con eso de que mi alma lo habría catapultado hacia arriba en el rango de los demonios.

—Tenemos que hablar y la calle no es el mejor sitio para hacerlo.

—¿Esperas que te permita entrar en mi departamento? Sé que las cerraduras no van a detenerte, pero crees que yo tengo la voluntad para abrirte la puerta

de mi hogar.

—No te haré ningún daño, lo juro. Por favor, permíteme demostrarte que no has hecho mal en confiar en mí. Que lo que sientes es correspondido. Que lo que te he ocultado no ha sido con mala intención.

—Sí lo hago, si te dejo entrar, tendrás que comprometerte a responder todas y cada una de mis explicaciones.

—No puedo hacer eso, sabes perfectamente que hay cosas que ni puedo ni debo contarte.

—¿Cómo cuáles?, como que conociste a Susana en una fiesta hace siete años. Vicente se echó atrás en un espasmo.

—¿Cuándo vas a empezar a explicarme de qué va todo esto, Vicente? Me imagino que tú sabes que Ariel mandó a Susana al local en busca de trabajo. Vicente se puso pálido.

—Y qué hay del chico con que fue Susana a esa fiesta, no escuchaste comentar por ahí, que fue atropellado por una misteriosa moto que jamás fue hallada.

—Detente.

—Por qué Ariel mandó a mis padres a la misma isla a la que yo iba a ir de luna de miel con Cristian.

—Cierra la boca —protestó alzando la voz.

—Por qué Ariel...

Vicente no me dejó terminar, se abalanzó sobre mí tapando la boca con una de sus manos, con la otra me tenía sujeta por la cintura.

—Silencio. No pronuncies una palabra más. No vuelvas a mencionar su nombre.

Estaba en pánico y no podía moverme, me tenía prisionera entre sus brazos.

—Te soltaré, debes prometerme que no gritaras, que no saldrás corriendo, y mucho menos, que no volverás a pronunciar su nombre.

Me sacudí intentando zafarme de la trampa en la que me tenía cautiva.

—Eliza, nos miran. Si no te suelto tu vecina de enfrente llamará a la policía, pero no puedo soltarte si no me prometes que te comportarás. ¡Por Dios, Eliza!

—me instó cuando tironeé para liberarme. Vicente me soltó sin que mediase una sola palabra más. Retrocedí unos cuantos pasos jadeando asustada.

—Esto es mucho más grande que solo nosotros dos —anunció ominoso.

—Vas a tener que contarme toda la verdad.

—No querrías oír la verdad.

—Puede que no me guste lo que voy a oír... es que necesito que seas tú quien me la cuente para poder volver a confiar en ti.

Vicente apretó los puños. Miró a un lado y al otro de la calle.

—Bien. Te contaré todo lo que sé, lo cual por lo visto, no es mucho más de lo que tú sabes ahora.

—No me vengas con eso.

—Entremos —resopló.

Vicente entró después de mí, y cerró la puerta sin hacer ni el más mínimo ruido. Pasó por mi derecha y no se detuvo hasta llegar a la ventana que se alzaba sobre la pileta. Se asomó para abajo, miró a un lado y al otro, luego se apartó de la ventana y mientras caminaba en mi dirección —yo me había quedado clavada junto a la vieja poltrona verde que había pertenecido a mi abuela-, extrajo el celular del bolsillo interior de su chaqueta, lo abrió, lo apagó y lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—No creí que Susana fuese a recordarme —fue lo primero que dijo—. Esperaba que no lo hiciera. No deseaba tener que contarte eso. Por varias razones esperaba no tener que volver a aquel momento.

—¿Cuántas cosas más esperabas no tener que contarme jamás?

—Demasiadas, supongo.

—¿Estabas en esa fiesta para comprar el alma del novio de Susana?

Vicente negó con la cabeza.

—¿Iba a comprarla Ariel?

Volvió a negar.

—No, el alma de Mauro era de alguien más.

—¿De quién?

—No viene al caso.

—¿Era de la mujer que estaba contigo?

Por una fracción de segundo me miró en silencio.

—No, y deja de insistir.

—Lo lamento, no voy a parar de hacer preguntas hasta que no empieces a contarme la verdad íntegra.

Vicente volvió a bajar la mirada, entrelazó los dedos y se inclinó para adelante apoyando los antebrazos sobre los muslos.

—Si no puedes perdonar mis silencios menos podrás perdonar las verdades que tengo para decirte.

Le sostuve la mirada.

—Era un alma que debía haber comprado Lucas pero no logró cerrar el trato —soltó—. Lucas se demoró demasiado y las cosas se pusieron feas, muy feas.

Tanto es así que fue obligado a apartarse. Lucas perdió el control frente a él, mostrándole cosas que nunca debería haber visto. El chico se asustó mucho y empezó a hablar.

—¿Qué? A hablar, con quién.

—Con amigos, parientes, conocidos, les contó lo que había visto.

—Crees que se lo haya contado a Susana.

—Es posible. ¿Ella no lo mencionó?

Negué con la cabeza. ¿Sería posible que Susana hubiese decidido omitir aquel detalle?

—Lo más probable es que él se lo contara, si tenían una relación debía confiar en ella.

—¿Qué tiene que ver Ariel en todo esto?

—Ariel es mi maestro, mi mentor y con el tiempo ha llegado a convertirse en lo más parecido a un padre, para mí; le debo respeto y obediencia. Cuando Lucas tuvo ese problema con el muchacho nuestra sociedad estaba pasando por un momento complicado, la historia no vine al cuento, lo cierto es que Lucas era muy joven, no tenía experiencia.

—Ayer tú y esos demonios...

—Lo ocurrido ayer fue en circunstancias muy distintas.

—No le veo la diferencia.

—Sin embargo la hay, créeme que la hay. Mi posición es diferente a la de Lucas por aquel entonces y tú tampoco eres como ese muchacho. Todo es diferente.

—No sé a qué te refieres con eso. Ustedes los demonios ven las cosas de un modo muy distinto.

—Eso es cierto, por eso, para comprender lo que digo debes intentar ponerte en mi lugar. Lucas era demasiado joven, no tenía experiencia y el alma que le mandaron comprar estaba completamente fuera de su rango y de su alcance, por supuesto, nadie admitió el error cuando Lucas falló y casi provoca una catástrofe.

—Estás exagerando.

—No, no exagero, Lucas destrozó la casa del muchacho, le dio un susto de muerte al chico y casi mata a sus padres. Hubiese sido preferible que los matara. A Dios gracias que ellos no lo vieron.

—Cómo es eso.

—Lucas intentó atropellarlos con su moto. Fue una noche que todos deseamos olvidar.



—Por qué, no te entiendo, tengo la sensación de que hay algo que no me has contado.

—Lucas llevaba dos semanas viviendo conmigo cuando eso sucedió.

—Y eso qué tiene qué ver.

—Creo que no soy el indicado para contarte esto.

—Vicente, por favor.

—Si Lucas no te lo contó...

—¡Habla de una vez!

—Sabes que Lucas no se llevaba nada bien con el demonio con el que convivía.

—Sí, lo sé, él me lo contó.

—Bueno, ellos tuvieron una gran pelea. Juntos eran una bomba de tiempo, iban a terminar delatándonos si continuaban conviviendo, por eso es que Ariel envió a Lucas a vivir conmigo, por esos días, él ya estaba detrás del alma de este chico Mauro, llevaba un par de semanas intentando comprarla sin resultado alguno. Lucas ya había probado todo lo que sabía para lograr convencerlo y nada daba resultado, el chico simplemente no quería entregar su alma. Ariel vino a mi casa y me pidió que acogiese a Lucas, que lo ayudara a concretar la compra ya que si no lo lograba, lo eliminarían, y en verdad, nadie deseaba eso.

—¿Eliminarlo? Estás hablando de...

—Sí Lucas no lograba cerrar el trato yo mismo debería encargarme de él.

Sentí como si me tirasen un balde de agua fría encima.

—En un principio me negué, no quería tener nada que ver con el muchacho si luego iba a tener que hacer lo que los de arriba querían que hiciera. Eliza, sé que esto es desviarnos del tema, pero... —Vicente apretó tanto sus dedos que los nudillos se le pusieron blancos —...mi posición dentro de nuestra sociedad es la que es, gracias a algo que puedo hacer.

—¿Gracias a tu fuego?

—Exacto, si alguien se sale de la raya o no cumple con sus deberes, soy yo el encargado de acabar con el problema, si es que el problema sobrepasa los poderes de Ariel o de otros los demonios mayores —inspiró hondo y soltó el aire por la boca, su aliento olía amargo—; existen otros medios para acabar con nosotros, no son ni tan sencillos ni tan efectivos como lo que yo hago.

—¿Te han estado utilizando para acabar con otros demonios? —inquirí asqueada.

Vicente asintió con la cabeza.

—Como comprenderás, no quería tener que convivir con Lucas, yo no creía que él pudiese lograrlo y no quería tener que convivir con él para luego matarlo. No tuve más remedio que aceptar las imposiciones de Ariel. Por todos los medios intenté ayudar a Lucas, pero el muchacho no quería ni saber, ni oír hablar de él. El chico estaba aterrorizado y todo empeoró aquella noche en la que el demonio que trajo a Lucas a este mundo, mató a sus padres.

—El demonio que compró el alma de Lucas mató a sus padres, ¿por qué?

—En venganza por haberse ido conmigo, Lucas no tenía obligación de mudarse a mi casa, era eso, o probablemente morir en mis manos ya que sin ayuda, nunca lograría comprar el alma de Mauro, Lucas lo sabía, por eso acepto vivir en mi casa, bajo mi tutela. Para cualquier demonio, incluso hasta para el más bajo, es un síntoma de poder, tener un aprendiz, y sobre todo, si el aprendiz en cuestión tiene los dones de Lucas, alguien así en tus manos se puede convertir en una herramienta muy poderosa. Supongo que él no quería resignarse a perder su ticket de ida hacia un nivel de más prestigio. Lucas se enteró de lo sucedido esa misma noche. Por desgracia esa noche yo no estaba en casa, Lucas estaba completamente solo cuando ese demonio llegó a las puertas de nuestra casa y le contó lo que había hecho y porqué. Lucas perdió el control y entiendo sus razones. Cuando le pregunté por qué había hecho lo que hizo me dijo que era lo único que podía hacer, aquel muchacho había terminado de arruinar su vida al negarse venderle su alma. Lucas estaba decidido a matarlo, ya no le importaba si yo debía matarlo luego, simplemente quería acabar con él como una forma hacer justicia a la muerte de su familia, ya que no podía hacer nada contra ese otro demonio. Todo sucedió la misma noche, la muerte de los padres de Lucas y lo que pudo convertirse en su fin.

—¿Cómo es que le perdonaron lo que hizo?—. Ya empezaba a pensar como ellos.

—No se lo perdonaron —contestó con aspereza, por lo visto recordar aquellas cosas le molestaba en grado sumo—. Cuando regresé a casa y me percaté que ni Lucas ni su moto estaban, me preocupé. Lucas no tenía autorización para salir de la casa la menos que fuese con mi permiso, o bajo mi supervisión. Inmediatamente salí a buscarlo y lo encontré en el primer lugar en el que supuse, lo encontraría. Lo detuve a tiempo. Tuve que llevármelo a la rastra de allí. Mi intención era encerrarlo en la casa en la que vivíamos por aquel entonces, necesitaba ponerlo a cubierto antes de que todos se enteraran de lo que había sucedido; yo no quería matarlo, Lucas y yo congeniamos desde el primer momento, a mí poco me interesaban sus poderes; nos hicimos amigos

en cuestión de horas, nada más. Me ganaron de mano, interceptaron nuestro regreso a casa y se lo llevaron.

—¿A dónde?

—No lo sé, solamente sé que no podía enfrentarme yo solo a todos los que habían vendido por él. No me quedó más remedio que dejarlo ir. En cuanto pude me comuniqué con Ariel y le conté lo sucedido, él me prometió que se encargaría de defender a Lucas frente a todos los demás y así lo hizo. Incluso intercedió ante Mauro a favor de Lucas. Esa es la razón por la que Susana me vio en aquella fiesta, Ariel invitó a Mauro a esa reunión para intentar convencerlo de que le vendiese su alma a Lucas, ese era el único modo de librarlo de su sentencia de muerte, la que por supuesto, yo me negaba a concretar; les hice saber a todos que no tenía pensado mover un dedo en contra de Lucas, que si querían acabar con él deberían acabar conmigo también. Supongo que eso último fue lo que los decidió a la hora de emitir el veredicto.

—Pero Mauro no le vendió su alma a Lucas —expuse en un intento de encontrar el camino que llevaba al final de la historia.

—No.

—Entonces cómo es que Lucas está vivo... que tú estás vivo.

—Ariel es responsable de eso.

—¿Y también es responsable de la muerte del ex novio de Susana?

—Sólo en parte, Ariel logró convencer a todos los otros demonios mayores de que Lucas no tenía la culpa de lo sucedido, que el alma de Mauro quedaba muy fuera del alcance de Lucas, que no había sido su error, que él jamás hubiese podido con el muchacho.

—¿Y solo por eso se convencieron de dejarlo con vida después de todo lo que pasó?

—No, Lucas contaba con una ventaja a su favor, una muy parecida a la que yo tengo.

—¿Cuál es esa ventaja?

—Lucas tiene un poder —declaró en voz alta. En realidad no había necesidad de hacerlo, los dos lo sabíamos muy bien.

—Puede ver los pensamientos de las personas—. Me entró un horrible escalofrío. No podía dejar de pensar en Lucas, en si se encontraba bien o si le habían hecho daño. Extrañaba horrores su mente dentro de la mía.

—Los demonios como nosotros son sumamente apreciados por las altas esferas de nuestra sociedad. Se dieron cuenta de que Lucas tenía muchísimo más valor vivo que muerto. Sí no me eliminaron a mí cuando decidí renunciar

a tu alma fue exactamente por eso, yo tengo un poder que a muchos les interesa y conviene. Ariel hizo valer nuestra importancia, éramos y continuamos siendo demasiado valiosos para nuestra comunidad, aunque supongo que llegará el día en que decidan prescindir de nosotros; puede que no nos afecten las enfermedades ni el paso del tiempo, pero son pocos los demonios que consiguen vivir mil años... por suerte.

Me retorcí las manos, tenía un nudo en el estomago y la sensación de estar viviendo una pesadilla; esto era completamente de otro mundo, irreal, escalofriante; discutíamos en términos completamente ajenos al entendimiento humano. Cada cosa que Vicente pronunciaba reforzaba mis presunciones sobre lo extenso que era su mundo y lo arraigado que se encontraba en el nuestro, como si fuesen un todo cohesionado aunque la mayor parte de las personas no tuviesen ni la menor idea de su existencia.

—Susana me dijo que tú apenas si le dirigiste la palabra en aquella fiesta.

—No fue algo intencional, yo estaba enojado, nervioso, aquel muchacho tenía en sus manos el futuro de mi amigo y si continuaba negándose a entregar su alma Lucas no terminaría bien y yo tampoco. Yo solo quería matarlo y arrancarle el alma para que todo terminara. Fui consciente de lo despreciada que se sintió Susana esa noche, pero yo no podía ocuparme de ella, esa noche esa joven mujer no significaba nada para mí. Ir a esa fiesta fue un castigo para mí, y no lo digo a modo de metáfora. Fue parte de mi castigo por ayudar a Lucas.

—¿Qué otra cosa tuviste que hacer para pagar tu acción?

Vicente me miró sin parpadear.

—Lo lamento —me dijo bajando la vista—, te dije que no querías tener que oír lo que yo tenía para contar.

Intenté pronunciarlo en voz alta dos veces, y solo en el tercer intento lo logré.

—¿Mataste a ese chico, no es cierto? Ese fue tu castigo.

—Sí—. Apenas si lo oí susurrarlo; sus ojos, que estaban fijos en los míos, lo admitieron con una contundencia estremecedora.

Se hizo silencio.

—Lo siento mucho —se puso de pie moviéndose lentamente, casi en cámara lenta, como si estuviese convirtiéndose de a poco, en una estatua.

—¿Fue el único?

—¿A qué te refieres?

—¿A cuántas personas has matado? —la voz me tembló. Insulté a mi intuición, la oí por susurrarme cosas al oído—. ¿Hubo otras, no es así?

—¿Por qué me preguntas esto?—Su rostro estaba rojo y surcado por arrugas dispuestas en él en una mueca de horror y asco—. ¿Lo disfrutas? ¿Es qué quieres castigarme? No te preocupes, no necesito que nadie me obligue a recordar cada día de mi miserable existencia las cosas que he hecho. Yo no las olvido, ni nunca las olvidaré. Es lo que soy, es el precio que pago por serlo... es lo que siempre seré, ¡te guste o no, es lo que siempre seré!

Me levanté despacio ya que temía alterarlo todavía más.

—Solamente necesito saberlo.

—No, no fue el único —admitió cogiendo mechones de cabello entre sus dedos-, sí fue el que menos me pesa, hice lo que debía, lo hice por un amigo y no me arrepiento. De verdad que no me arrepiento.

No pude evitar alejarme de él, y no solo físicamente hablando.

—¿Quién envió a Lucas a comprar ese alma?

—No lo sé, eso que importancia tiene, las ordenes siempre llegan desde un mismo lugar —soltó de mal modo.

—Me imagino, pero quién es el que decide qué alma está al nivel de quién.

—¿Dónde quieres llegar?

—No lo sé, es que... pasé toda la tarde intentando decidir si esto fue una simple casualidad o algo más, y ahora que me contaste el resto de la historia...

—¿Qué es lo que insinúas? Eliza, no debieras pensar así, sé lo que intentas decir y de verdad no debieras.

—¿Ariel te dice a ti que almas comprar?

—No puedes ni debes hablar de él así, además por qué habría de...

—No tengo idea. No entiendo nada. Es que tengo un presentimiento. No sé ni qué es. Tengo miedo y no solo de ti, ojala solamente fuese miedo de ti. ¿Por qué Ariel mandó a mis padres a esa isla?

—Eso no tiene nada que ver, Ariel es dueño de esa isla desde la época de la colonia, hace al menos doscientos años. Fue una coincidencia, eso es todo.

—Yo elegí esa isla para irme de luna de miel, ya te lo dije.

—Y yo te lo repito, no fue más que una coincidencia.

—Y qué tal si no. Háblame de Ariel —le pedí.

—No lo haré, es demasiado peligroso para ti.

—Vicente, podrías escucharme un momento, por favor. Contéstame algo: ¿fuiste tú o fue Ariel quien sugirió llevarse a Lucas así como lo hicieron?

—¡Cierra la boca! No sigas con eso. Lo que ocurrió ayer fue para el bien de todos, tanto de Lucas, como el tuyo y el mío. Si aparté a Lucas de tu lado no fue por estúpidos celos, ni porque temiese que me dejaras por él, sino

únicamente por él mismo. Piensas que quiero verlo muerto, crees que después de todo lo que ha pasado puedo tener ganas de querer acabar con su vida con mis propias manos. ¡No todo en este mundo gira a tu alrededor, Eliza! —me gritó—. No logro alcanzar suponer las ideas locas que te dan vuelta por tu cabeza en este momento, pero Ariel no ha planeado nada de esto, el hecho de que Susana y yo nos hayamos conocido hace siete años no tiene nada que ver con lo que está sucediendo ahora, y lo que hice por Lucas ayer no tiene nada que ver contigo, antes de que tú aparecieras en mi vida, él era mi única familia, y es lo único que con un poco de suerte tendré cuando tú ya no estés aquí.

El comentario acometió contra mí en forma de una ola fría que me estremeció. —No sabes lo que es ver a toda tu familia morir, no entiendes lo que significa tener todo este poder y no ser capaz de detener algo tan absurdo y doloroso como la muerte, no tienes ni idea de lo que significa tener que dar muerte a una criatura, por más horrenda y mala que la consideres. No te haces una idea de lo que es vivir para arrebatarse vidas y almas porque eso es lo que mejor sabes hacer. ¡Tú no entiendes nada! ¡Nada! Ni nunca lo comprenderás. No puedo escapar de esto porque ellos no me dejan, no puedo, simplemente no puedo. Intenté acabar conmigo mismo cuando entendí de lo que era capaz de hacer, pero por aquel entonces tenía semanas siendo esto, era débil y no comprendía las cosas que hoy son tan familiares para mí; no logré hacerlo, volví a intentarlo la primera vez que me pidieron que terminase con alguien... terminé con ese alguien y luego quise terminar conmigo pero no pude. En castigo por intentar acabar con su “preciado bien”—gruñó enseñándome sus dientes apretados enmarcados por unas encías extremadamente rojas—, me tuvieron tres meses encerrado en un sótano a oscuras. ¡Estuve solo a oscuras por tres meses sin oír otra voz que no fuese la de mi mente! ¡Casi me vuelvo loco! Estuve tres meses debilitándome y consumiendo más de lo que me estoy consumiendo ahora por no comprar almas.

Lo miré desconcertada y él respondió a mi incompreensión.

—No puedes volarte la tapa de los sesos, no puedes envenenarte, ni colgarte, ¡ni siquiera pasar tu cuello por la guillotina serviría de mucho!, pero si pasas suficiente tiempo sin comprar un alma te debilitas y con el tiempo, quizá con los años, depende de cuan fuerte fueses a la hora de empezar tu ayuno, podrías llegar a morir. Por supuesto, ellos no me dejaron morir, esperaron a que estuviese lo suficientemente débil para sentir cada golpe, cada corte, cada hueso al quebrarse y clavarse en la carne, para acercarme de nuevo al humano

que había sido. Después de tenerme tres meses encerrado me dieron una paliza que duró horas, o pueden que hayan sido días los que llevó mi martirio, no estoy seguro, yo ya me había dejado ir... quería morir y no me importaba si debía soportar ese dolor para sucumbir; Ariel intercedió por mí y los detuvo. Él me salvó y me enseñó que no tenía por qué renegar de lo que era, que podía encontrar un modo de salir a delante, y salí adelante, pese a que las primeras semanas no sentí por él otra cosa que no fuese odio por retenerme aquí. Ahora sé que le debo todo y si no he vuelto a intentar acabar conmigo mismo es por lo que él me enseñó. Desde entonces Ariel ha estado a mi lado como un padre, ayudándome a sobrevivir cada maldito día, apoyándome como nadie jamás lo había hecho. Sé que por el momento no me mataran, pero si yo me rehusó ha hacer lo que piden, me harán sufrir hasta lo inimaginable. Lo he sabido desde entonces, y esa certeza no me abandonará sino hasta el día de mi muerte—. Hizo una larga pausa—. Todo aquello de lo que hemos estado hablando no es más que una coincidencia. Vivimos en un mundo demasiado pequeño.

Mi cerebro estaba intentando procesar aquella inmensa cantidad de información, pero unas cuantas neuronas, tenían una duda.

—Pensé que tú le habías entregado tu alma a Ariel, o que sea lo que sea que se necesita para llegar a ser lo que tú eres, lo habías hecho con él.

—No, para llegar a esto yo hice tratos con alguien más —contestó con un tono que declaró insignificante mi duda.

—¿Con quién?

—No importa, eso tampoco tiene que ver contigo—. Soltó con un aire de desprecio que me dolió.

—Entonces por qué no quieres decírmelo.

—Porque no cambiará nada.

—Qué dirías si yo te digo que creo que sé con quién hiciste tratos—. Creía saberlo, es más, tenía la sensación de que lo que presentía era la pura y exacta verdad. Esa sensación me puso los pelos de punta, era como si mi intuición se lo estuviese soltando a los gritos a mi pobre cerebro, el cual no lograba hallar lógica alguna a eso.

—Te diría que estás loca, no puedes saber nada de eso.

—No sé su nombre, sin embargo presiento que ya oí hablar de ella.

Su rostro se derritió ante mí.

—Trataste con esa mujer que te acompañaba en la fiesta en la que te vio Susana, ¿no es así? Susana me contó de esa mujer; no me preguntes de dónde lo saqué porque no lo sé, supongo que del mismo lugar de dónde saqué esa

maldita isla para irme de luna de miel.

—Eliza, esto no es gracioso. ¿Quién te lo dijo? Fue Lucas, ¿no?

—No, Lucas y yo jamás hablamos de esto.

—¿¿Quién te lo dijo?!

—Te estoy diciendo que nadie me lo contó, simplemente lo sé, eso es todo.

—La conversación se terminó aquí.

—No, esto recién empieza y lo sabes. ¿Quién es ella?

—Es la mujer que asesinó al hombre que yo era, y no es nadie, ha quedado en el pasado.

—Si es parte del pasado que hacía en esa fiesta.

—No voy a contarte nada más. No has tenido suficiente por una noche. ¡¿Qué más quieres que te diga, que soy el responsable de todos los males de esta tierra?! ¡Bien, lo soy! ¡Soy un asesino, le arrebató su alma a las personas y he hecho que cuatro demonios golpearían a mi hermano para separarlo de la que era mi novia! ¡¿Estás feliz?!

—No, claro que no, no digas tonterías.

—Entonces dime, qué quieres que haga. ¿Deseas que me desaparezca de tu vida para siempre, que intente terminar con la mía otra vez?

—No, no quiero ninguna de esas dos cosas.

—Todo lo que he hecho hasta ahora fue con intención de protegerte todo lo posible de lo que soy, y del mundo al cual pertenezco. Lamento que no diera resultado. Te amo, esa es la única verdad suprema que conozco, eres mi verdad ahora, es lo único que sé y lo único que necesito saber—. Se quedó observándome en silencio—. La decisión es tuya, Eliza. Debes decirme si me crees o no. Haré lo que tú me pidas.

Nunca creí que me resultaría tan sencillo tomar aquella decisión.

## 10. Corazón delator.

—Quiero que te quedes conmigo. Quiero que te quedes aquí conmigo —anuncié secándome las lágrimas del rostro—. Te necesito a mi lado. Yo no podría continuar existiendo si tú no estás junto a mí.

—Tu corazón te había delatado antes, ante mí, pero pensé que tú cerebro ganaría la contienda, que terminarías pidiéndome que me fuera y que jamás volviera a acercarme a ti —entonó en voz baja. En un paso se plantó delante de mis pies, alzó su mano izquierda y la posó sobre mi pecho, mi corazón



retumbó sobre sus manos—. Tu corazón está tan vivo —me susurró.

Se me erizó el vello de la nuca.

Bajó su mano y tomó mi muñeca izquierda para alzarla hasta la altura de su corazón.

—Aquí no hay nada. Todo está muerto.

Vicente dejó de respirar, lo hacía solamente para olfatear el aire, por lo cual, podía prescindir de ello. Cuando se quedó quieto, noté la extraña pasividad que moraba en su cuerpo.

—Lo notas, ¿no es así?

Asentí con la cabeza. Nunca antes me lo había enseñado.

—Al entregar mi alma, lo perdí todo. Era poco lo que quedaba de mí por aquel entonces, pero eso poco era mío... era mi ser, mi esencia. Pasé años no siendo nada más que un cuerpo vacío. Te conocí a ti y fue como renacer. Sé que yo no tengo perdón de Dios por lo que he hecho y no entiendo porqué él te ha puesto en mi camino, es probable que no haya sido él, es probable que esta sea una trampa del Diablo para hundirme todavía más—. Inspiró una gran bocanada de aire y su pecho se hinchó. Sus parpados cayeron con suavidad—. Tu perfume—. Abrió los ojos y me miró—. Retenerte a mi lado es el peor de mis pecados y el mayor de los milagros. Todavía no comprendo cómo es que soy capaz de amarte tanto si no soy más que una cáscara hueca.

Vicente liberó mi muñeca dejando que mi mano trepase libre por su cuello hasta posarse en su mejilla. Lo acaricié y él volvió a cerrar los ojos.

—Arderé en el Infierno por toda la eternidad —jadeó dejando que su cabeza cayese levemente hacia atrás—. Deberías dejarme.

Mi mano derecha llegó hasta su fuerte cuello.

—Deberías pedirme que me vaya ahora mismo.

—Nunca podría hacer semejante cosa, tú y yo ya somos uno solo. Si tú mueres, yo muero, si tú vives, yo vivo—. Me estiré todo lo que pude. Enterré mis dedos en su cabello y él me agarró con una fuerza casi salvaje de la camisa. Escuché la tela crujir y rasgarse entre sus dedos. Los labios de Vicente chocaron contra los míos en un fuerte golpe que me dejó un gusto a sangre en la boca. Sus dedos se enterraron en la parte baja de mi espada. Se apretó tanto contra mí que creí que me aplastaría; no era capaz de detenerme, una pulsión obsesiva se apoderó de mí en cuanto sentí el calor de su cuerpo. Tenía la sensación de que mi cuerpo ya no era nada, que no significaban nada, en lo único que podía pensar era en besarlo, en respirar el aire que emanaba de su boca, en convertirme en parte de él. Como pude me hice espacio entre su

cuerpo y el mío y tironeé de su saco; yo no pude hacer mucho, él me ayudó: se lo arrancó de un tirón soltándome por menos de una fracción de segundo. Sin duda poder moverse así de rápido tenía sus ventajas. A continuación arremetí con mis torpes dedos para soltar los botones de su camisa, Vicente hizo lo propio con la mía pero de un modo mucho más certero y eficaz, yo todavía peleaba con el cuello de su camisa cuando él terminó de soltar todos los botones de la mía.

Los contundentes labios de Vicente bajaron por mi cuello besándome. Creí que iba a perder la conciencia. Mi corazón estaba demasiado acelerado y me costaba respirar. Pronto me di cuenta de que lo que dificultaba mi respiración no eran sus besos sino una mano pesada y dura en la base de mi cuello que apretaba con desesperación.

—Vicente —mi voz apenas si logró emerger de entre mis labios. No se detuvo, era probable que no me hubiese oído. Su mano trepó más arriba y la sensación de ahogo se intensificó—. Detente —jadeé. A ciegas busqué su brazo, lo encontré y tironeé—. Vi... —no pude terminar de pronunciar su nombre. Su mano se cerró con tal fuerza contra mi cuello que sentí como la sangre comenzaba a acumularse a un lado y al otro de la barrera de sus dedos. Desesperada le hiqué las uñas en la carne. La fuerza cedió de inmediato. La mano de Vicente cayó pesada y yo a punto estuve de caer con ella.

Se apartó de mí y me tambaleé, empecé a toser. Mi garganta se había convertido fuego. Todavía con los ojos cerrados y mareada me hice un bollo contra la biblioteca, justo por debajo del equipo de música. No podía parar de toser, por tanto, cuando él me habló no pude comprender ni una palabra de lo que decía.

El aire empezó a fluir otra vez. Despegué los parpados y lo vi caer de rodillas ante mí.

No pronunció ni una palabra. Sus ojos descendieron y mi mirada los acompañó todo el tiempo. Cuando vi lo que él veía, comprendí su silencio. Las manchas rojas refulgían en la manga derecha de su camisa. Vicente las tapó de inmediato con su otra mano.

—Es lo que me merezco, casi te mato.

Mis ojos volvieron a la mano con la que Vicente ocultaba parte de su brazo, la mancha roja se había extendido por gran parte de la manga y ensuciaba sus dedos.

—¡Por Dios, Vicente! ¿Qué fue lo que te hice? —el apretón que me dio en el cuello era una nimiedad en comparación de eso.

—No es nada—. Soltó y se levantó de sopetón, tanto es así, que yo, que me había parado sobre mis rodillas, me caí contra la estantería otra vez.

—Déjame verte. Estás sangrando.

—No es nada —me aseguró intentando esconder su brazo-, en unos minutos sanaré.

Su rostro no decía lo mismo.

Cuando quise tocarlo se deshizo de mí sacudiendo todo su cuerpo.

—No seas insensato Vicente, permite que te vea.

—No —gruñó, pero creo que no lo hizo en respuesta a mi pedido sino en una punzada de dolor que lo hizo partirse al medio.

—¡Vicente!—. ¿Cómo había podido lastimarlo en esa forma si ni chocar contra una pared de concreto a toda velocidad pondría su existencia en juego?

Vicente se tambaleó, su cabeza se bamboleó. Abrió los ojos pero estos volvieron a cerrarse de inmediato, a continuación osciló todavía más; intentó aferrarse de algo, sus dedos le erraron al borde del respaldo de la silla que tenía más cerca dejando tres líneas rojas de sangre marcadas en el respaldo. Parpadeó una vez más y finalmente sus ojos se cerraron; tropezó de espaldas contra una de las cuatro sillas que estaba alrededor de la mesa de la cocina. La silla cayó debajo de él por lo que acabó convertida en tozos de madera inservibles; la aplastó con la misma facilidad que si fuesen delgadas ramitas secas. Por el aire volaron unas cuantas astillas.

Al caer, Vicente golpeó el suelo con un estruendo tal que pareció que alguien había dejado caer una gigantesca roca desde la ventana de mi departamento a la vereda.

Me tiré tras él con el corazón en la boca. Mis rodillas se estrellaron contra el duro suelo pero hice caso omiso del dolor. Le palmeé el rostro y el entreabrió los parpados. Suspiré aliviada al comprobar que todavía estaba conmigo.

—No —musitó mientras yo peleaba por soltarle el botón del puño para así poder revisar su brazo-. Déjame. No...

Finalmente logré soltar el maldito botón. Tiré de la manga para arremangarla... me detuve a mitad de camino al ver en lo que se había convertido su brazo. Tenía una gran mancha entre negra y granate con desagradables toques del color de las berenjenas oscuras, tumefacta y sangrante alrededor de las marcas de mis cuatro uñas, las cuales eran profundos agujeros que parecían hechos con un sacabocados, el interior de sus brazos: carne y músculos tenían el mismo color y la estructura de ambos daba la impresión de haber cambiado de algo fibroso y con sustento propio, a una

masa en descomposición. Tenía la piel resquebrajada, como si ya no pudiese resistir la presión de la carne hinchada. Sangraba, sangraba mucho. El contraste que esta horrible mancha tenía contra el resto de la piel sana, tersa lo hacía parecer todavía peor de lo que era. Me entraron unas náuseas incontenible, sobre todo porque la mancha soltaba un fuerte olor a carne chamuscada.

—Está pasando —entonó con un hilo de voz.

—Vicente, esto no se está curando. ¿Qué es?

—No es nada, ya te dije, se ha detenido—. Apartó su brazo de mí y se sentó sobre el suelo.

—¿Yo te hice eso... con los dedos?

Se secó el sudor del rostro, con la manga del brazo sano, ignorando por completo mi pregunta.

—Tráeme algo con que vendarme el brazo, ¿sí?

Corrí al baño, tomé unas vendas, la cinta adhesiva, el alcohol, el agua oxigenada, un polvo cicatrizante y unas gasas especiales para quemaduras; no tenía ni idea de lo que le había hecho y si alguna de todas estas cosas era efectiva en pacientes demonios, pero preferí armarme con todo lo posiblemente necesario en caso de que Vicente me hubiese mentido y la mancha cancerosa se hubiese extendido todavía más por su brazo. A toda prisa regresé a la cocina, por suerte, no perdí nada por el camino.

—¿Para qué es todo eso? —curioseó intentando sonreír, pero su frente se tensó en dolor una vez más.

—No pude decidir qué es lo que te he hecho, de modo que traje todo lo que creí podría necesitar —solté dejando que las cosas se desparramaran por el suelo alrededor de mis rodillas y a un lado de su cadera derecha.

Vicente apoyó la espalda contra el bajo mesada.

—Nada de eso tiene efecto en mí, y te lo prometo, ya está remitiendo —se quejó; apretó los labios y frunció el entrecejo—. Alcánzame las vendas, por favor.

—Yo lo hago, tengo experiencia de sobra en estas cosas, podría vendarme a mi misma, con una sola mano y con los ojos cerrados.

Vicente dejó escapar una risita opaca. No opuso resistencia, ni mostró ninguna señal de sentir más dolor. Iba por la mitad del vendaje cuando toné que su rostro estaba más relajado, que los dedos de su mano derecha ya no estaban crispados de dolor—. ¿Mejor?

Contestó que sí con la cabeza.

Me quedé en su muñeca sosteniendo la venda con una mano mientras que con la otra tanteaba el suelo en busca de la cinta adhesiva, la encontré y la llevé hasta la otra mano para cortar un trozo. Con dos fue suficiente, el vendaje quedó en su sitio.

—Te preocupa esto y no el hecho de que casi te estrangulo. Sí que tienes unas prioridades muy extrañas, todavía menos comunes que las mías.

Le lancé una mirada de odio.

—No sé lo que pasó, pero dudo que hayas sido tú.

—Mis dedos se clavaron en tu carne. Dime: cómo sucedió eso.

—No sé y no me importa—. Me tapó la boca con un beso

Con delicadeza, procurando no despreciar su gesto, lo aparté.

—Sé que vas a creer que soy un poco inestable, que primero quiero estar contigo y luego no, pero esto no te va a funcionar. Explícame lo que acaba de pasar; no soy idiota, puedo darme cuenta de que es serio. He visto a la velocidad a la que te curas y esto no se curó, tenía peor aspecto que cualquier herida que te hayas hecho antes. ¿Qué es, qué fue?

Vicente se levantó agarrándose del borde de la mesada.

—Es una quemadura —me explicó cuando los dos estuvimos en pie.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque son iguales a las que yo hago.

Con esas palabras me cerró la boca.

—Es probable que yo mismo me lo haya hecho. No tienes de que preocuparte. Estaba un tanto fuera de mí. Ha sido un accidente.

—¿Estás seguro? Todo esto se pone cada vez más bizarro, primero tú me quemas a mí, luego yo te quemó a ti.

—No has sido tú.

—No lo sabes.

Vicente me dedicó una sonrisa mansa.

—Déjalo ya.

Los oídos empezaron a zumbarme. De repente, las luces de mi departamento se apagaron. Di un salto pero él me tranquilizó con un suave arrullo. Nos quedamos en penumbras; la luz de la luna entraba por la ventana. Nuestros cuerpos quedaron parcialmente bañados de plateado. Vicente alzó la mano del brazo lastimado en dirección a mi cuello; se me pusieron los pelos de punta.

—Tranquila—. Sus dedos encontraron la cadena de la cual colgaba el brillante que me regalara. Nunca había llegado a quitármelo y tampoco había tenido la intención de hacerlo—. Buscaba esto —me explicó en voz muy baja.

Con la cadena entre su puño tiró suavemente de mí. Nuestras bocas quedaron una frente a la otra—. Nunca te lo quitaste.

Negué con la cabeza.

—Me asusta que estés tan dispuesta a permanecer a mi lado. Tengo la impresión de que abuso de ti, que me dejes llevar por lo que no debo. No se supone que debiera ser al revés, que yo te salvara a ti, y no tú a mí. ¿No debería detenerme antes de que ya no puedas zafarte de mí?

—Estás cuestionando mi amor o la sanidad de mi mente.

—Ninguna de las dos cosas, simplemente estoy cuestionando la validez de tu criterio en esto. Fuiste testigo de esa condición mía y aun así te dejaste esto puesto.

—Mírame —le pedí y así lo hizo por un par de interminables segundos. Me perdí en las manchas de colores que poblaban sus intensos ojos grises. Me dio la impresión de que por ellos podía acceder a sus pensamientos.

—El amor puede ser una maldición terrible. Puede hacer que uno pase por alto incluso los peores defectos del comportamiento de una persona. Que uno deje a un lado lo que esa persona realmente es—. Recitó antes de que yo pudiese despegar los labios.

—Yo no me olvido. Es que... Es que eso no pesa, no tiene valor. No importa cuantas listas de *pros* y *contras* haga para evaluar si debo continuar contigo o no. Ese detalle ya no tiene el menor valor. Incluso puedo asegurarte que no me importaría en lo absoluto convertirme en lo que tú eres, para así poder pasar el resto de la eternidad a tu lado.

Vicente me soltó al acto.

—Lo digo muy en serio. No importa si te enoja. Es mi alma, y si debo entregarla para pasar todo el tiempo contigo la daría sin dudarlo ni un segundo, es más, quiero hacerlo. Mi alma es un precio demasiado bajo por la felicidad que tengo a tu lado—. Vicente puso cara de que yo estaba diciendo una ridiculez—. No me mires así. Si tenía alguna duda al respecto, ya se evaporó, sé que seguiré amándote incluso sin mi alma, sé que lo único que querré es permanecer a tu lado. Y además, hacerlo solucionaría muchos de los problemas que tenemos hoy en día.

—Ya discutimos esto. Por Dios Eliza.

Las luces volvieron a encenderse. Me costó acostumbrarme al brillo otra vez.

—No lo discutimos, tú decretaste que no se haría y ahí terminó todo. No tengo ni idea de cómo se hace exactamente esto, no sé si debo entregarme mi alma o qué, pero me gustaría que fuese tú quien intercediese por mí. Dime que lo

harás. Quiero entregarte mi alma, quiero convertirme en lo que tú eres para así no tener que volver a separarme de ti, para así no tener que tenerte miedo y para que tú no tengas que ocultarme nada más por miedo a lastimarme.

—Definitivamente debería cuestionar el funcionamiento de tu cerebro.

—Vicente, no me hagas burlas, es un asunto serio, lo harás tú o tendré que buscar a alguien más que lo haga, estoy dispuesta a entregarle al infierno mi alma. ¿Cómo lo hago?

—Ni creas que voy a decírtelo.

—¡Bien! —exclamé y me alejé de él—. Sí encontrarse el modo para hacerlo, yo encontraré el mío. Me figuro que yo conozco a muchos más demonios de los que conocías tú a la hora de cambiar.

—¿Qué vas a hacer?

No le contesté. Manoteé mi cartera de encima del sillón y saqué el celular.

—¿Qué crees que haces?

Me arrebató el celular antes de que pudiese oprimir el botón que marcaría el número del celular de Ariel.

—No pienso permitir que nadie más lo haga —chillo enojado.

—Entonces lo harás tú.

—Ni lo sueñes.

—Vicente, sé perfectamente que ustedes no son los únicos. Esto es lo que quiero y voy a conseguirlo quieras tú dármelo o no.

—¿Permitirías que otro que no sea yo lo haga?

Lo enfrenté.

—¿Vas a hacerlo tú, o no?

Vicente se mordió el labio inferior.

—Estoy completamente segura de lo que quiero, más de lo que he estado segura de nada en toda mi vida.

—Deja que lo piense un poco.

—No hay nada que pensar.

—Te equivocas, hay muchas cosas que pensar y otras que considerar. No esperas que después de todo lo que hice para salvar tu alma haga algo así tan a la ligera.

—Lo que esos demonios querían era mi alma para que luego yo me pudriese en la tierra. Lo que yo te estoy pidiendo es que me conviertas en lo que tú eres, para así poder pasar cada día a tu lado sin envejecer, enfermarse, morir, y luego pudrirme.

—No digas esas cosas. Te amo así, humana.

—¿Eso quiere decir que dejarías de amarme si me convierto en un demonio?

—No lo sé, es que no me gustaría descubrir que hemos cometido un error.

—Nada va a cambiar.

—Todo cambiará si tú te conviertes en lo que yo soy.

—No lo sabes.

—Sí, sí lo sé, y por favor, dame un respiro. Te horrorizaste cuando te conté las cosas que he hecho y ahora me pides que haga algo parecido contigo.

—Es lo que quiero, no voy a culparte por ello.

—Otra vez: tú no lo sabes, no tienes ni la menor idea. Te prometo que consideraré lo que me has pedido, pero no me apures.

—¿No quieres pasar el resto de la eternidad conmigo? Sé que para un hombre normal eso sonaría a tortura...

—No soy un hombre normal, y sí, sería el hombre más feliz del mundo si sé que te tendré a mi lado por el resto de mi existencia, pero esto no es algo que podamos hacer esta noche. Tienes que darme tiempo.

—Un mes.

Vicente se rió de mí.

—Necesito más que eso, y tú lo necesitas también. Creo que no tomas en cuenta ciertos aspectos que el cambio requiere.

—¿Cómo cuáles?

—Tendrás que dejar tu trabajo.

—Bien, perfecto. Hecho, puedo renunciar mañana mismo.

—Tendrás que viajar mucho, el negocio de la compra de almas puede llevarte hasta los puntos más recónditos de este mundo.

—No hay problema, me gusta viajar.

—¿Y qué hay de condenar otras almas al Infierno?

—No voy a dar un paso atrás —le advertí—. Tendré que vivir con eso—. No iba a ser fácil es probable que la conciencia terminase pesándome toneladas; lo soportaría, por él lo soportaría todo, incluso eso.

—Además, si te conviertes en esto, en un par de años ya no podrás ver más ni a tus padres, ni a nadie de tu familia o amigos. Puedes pretender que te mantienes joven por un tiempo, pero eso no durará más de unos ocho o talvez diez años.

Apreté los dientes.

—Iré haciéndome a la idea—. No sabía cómo iba a hacer, pero ya lo resolvería.

—Existen otros detalles que debes tomar en cuenta.



—¿Cuáles? —inquirí cansada.

—No podremos formar una familia, yo no podría darte hijos, ni tú a mí.

—Hay cosas peores.

—Te estás arrepintiendo. Sabía que lo harías. Es probable que en dos o tres meses no quieras ni oír hablar de cambiar.

—Sí que voy a querer, si estás haciendo todo esto para que cambie de idea no te va a funcionar. ¿Crees que mi vida será mejor si tú te vas y yo envejezco sola?

—No te dejaría sola.

—No, claro, podré decir que tú eres mi hijo.

—Podrías tener hijos con alguien más.

—Eso no va a pasar, porque jamás querré a nadie como a ti.

—Pero igual podría querer a alguien, podrías ser feliz, tener una familia, una vida normal y conservar tú alma.

—Para qué querría yo mi alma si no te tengo a ti. No quiero hijos, no quiero una familia, quiero estar a tú lado. Sí, me costará dejar a mis padres, dejar mi trabajo, apartarme de todo. Extrañaré cosas de esta vida, aun así, la balanza se inclina de tu lado. ¡¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?! Yo no soy de piedra pero sé lo que quiero. Todo tiene un precio y estoy dispuesta a pagarlo. No voy a arrepentirme, Vicente, no voy a cambiar de parecer ni en dos meses, ni en seis ni en un año. Quiero pasar contigo el resto de la eternidad.

—Estás loca.

—No, no lo estoy. Te doy seis meses, si para entonces no lo haces tú, buscaré a alguien más, y más vale que cuando yo cambié te escondas bien, porque te juró que te voy a dar tantos golpes...

—Eso si puedes alcanzarme—. Vicente se esfumó de delante de mis ojos—. Soy demasiado rápido para ti —entonó desde la otra punta del departamento.

—Tendrás que enseñarme a hacer eso.

...

—¿Estás dormida? —habló con suavidad, para no despertarme en caso de que lo estuviese.

Giré la cabeza encima de su hombro y lo miré. Estábamos los dos tendidos sobre la cama, en la habitación a oscuras. Debíamos llevar al menos una hora y media aquí, en silencio.

- No, y ya no tengo sueño, es más, me siento revitalizada, igual que si hubiera

dormido por horas.

Vicente me acarició la mano y un rico hormigueo me subió por la muñeca hasta el brazo, para el fin disiparse entre el hombro y el cuello.

—Qué es lo que vamos a hacer tú y yo —recogió mi mano con la suya—. Nunca imaginé que algo así podría llegar a sucederme, siquiera cuando todavía era humano, y mucho menos desde que cambié.

—¿Has estado solo desde entonces?

En condiciones normales jamás le hubiese preguntado al hombre que tenía una relación conmigo, sobre anteriores relaciones, Vicente no era cualquier hombre y conocer este tipo de detalles me producía mucha curiosidad. Deseaba saber todo sobre él, incluso aquellas cosas que quizá no quisiese oír.

—No —contestó y no pude evitar sorprenderme, estaba convencida de que su respuesta sería otra—. Tú me lo has preguntado. Deberíamos dejarlo así, no necesitas saberlo, yo no quiero saber cuántos tuviste. No me hace nada feliz imaginarte en los brazos de alguien más, eso me da ganas de... —apretó los dientes—. Además, no sé cómo hablarte de eso.

—Del modo que te salga. Admito que la respuesta que me diste no era la que esperaba, de todos modos quiero que me hables de ello. ¿Tuviste alguna novia seria antes de cambiar?

—Tú eres mi primer novia seria, si es que se me permite llamarte así.

Sentí que me ruborizaba de alegría.

—Concedido—. El apelativo que me dedicó me agradaba, indicaba que quizá realmente considerase mi pedido. Sí, sin duda era un buen indicio.

Vicente se sonrió y trepó por las almohadas hasta quedar reclinado contra el cabezal. Tres retazos de luz artificial que entraba por las hendijas de la persiana iluminaron su rostro. Para quedar a su altura, giré y me senté de piernas cruzadas.

—Es gracioso que creyeras que nunca... ¿Deberíamos estar hablando de esto? No me agrada discutir estos temas, soy de una época muy distinta, en la que no discutías este tipo de cosas con la mujer que te acompañaba.

—Pues la mujer que te acompaña, te lo ha preguntado. Bien, fui una tonta por creer que he sido la primer mujer que se cruza por tú camino; a lo que me refería es si alguna vez te planteaste pasar tu vida junto a otra persona.

—Por desgracia sí lo hice, y fue un error, sin miedo a equivocarme puedo afirmar que esa no era una relación formal —tendió una mano hasta mí y posó sus dedos sobre mi rodilla, el calor de su mano traspasó la gastada tela del pantalón de mi pijama—, es más, incluso diría que no era una relación como

la considerarías tú, ciertamente las bases de vínculo no eran las mismas que nos unen a nosotros... ni remotamente parecidas, era algo complicado, problemático.

—¿Fue antes o después de...?

—Después.

Esa respuesta desplegaba todo un abanico de incógnitas.

—¿Duró mucho tiempo?

—Por qué, vas a empezar a hacer comparaciones —me agarró la mano y empezó a jugar con mis dedos—, créeme, lo que viví con ella no tiene paralelismo con esto—. Tiró con suavidad de mi mano pero yo me quedé sentada.

—¿Eso lo dices para ganarte puntos conmigo?

—¿Lo necesito? —curioseó con una sonrisa pícaro.

—No, pero no te creas que con eso vas a cerrar mi boca. Dime: ¿era uno de los tuyos o alguien humano?

—Era un demonio.

—No dijiste que entre ustedes no socializaban demasiado.

Vicente me soltó y resopló.

—Y ahí tienes la explicación de porqué era tan complicado. Nuestra relación era más bien de tipo... —ahora fue su turno de sonrojarse —físico —escupió luego de dar muchas vueltas al anillo que yo llevaba en el dedo anular, su mano envolvía la mía otra vez.

—¿A sí?

—Sí. Cuando aprenderás a tomarte en serio lo que te digo, te lo avisé.

—No, está bien —carraspeé para aclararme la garganta. Sentía cierta envidia e incomodidad ante la mención de un aspecto de las relaciones de pareja que nosotros todavía no teníamos—. Supongo que a ella no tenías miedo de matarla, aunque a ella también eras capaz de eliminarla... con tus llamas, digo.

—Puedo controlar mis llamas mejor que a mi fuerza, una cosa es mental y la otra puramente instintiva.

La mano de Vicente trepó hasta mi codo, su dedo pulgar se quedó dibujando círculos en la parte interna de mi brazo, allí donde la piel es hipersensible.

—¿Cómo se llamaba?—. Me costó un buen esfuerzo articular la pregunta, tenía que luchar para que sus caricias no apagasen mi cerebro.

—Lo tuyo raya en lo morboso. Qué tiene de importante, es solo un nombre.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

Vicente me soltó la mano y se sentó despegando la espalda del respaldo.

—Los primeros años inmediatos a mi cambio y luego volvimos a intentarlo un par de veces más; siempre terminábamos del mismo modo: odiándonos.

—Entonces sí fue algo serio.

—Ahora comprendo que jamás la amé, ni que nunca podría amarla igual que te amo a ti.

La alarma de un automóvil empezó a sonar afuera, los dos estuvimos atentos a ese sonido por un par de segundos, pero cuando comprendimos que no era la alarma su automóvil, regresamos el uno al otro, yo, con un dejo amargo en la lengua.

—¿Qué? —inquirió ante mi silencio.

No le contesté. Debía haber tantas mujeres demonios en este mundo, cuantos existían del sexo masculino. No tenía por qué ser la misma mujer.

—Escúpelo. No puedo leer tu mente igual que Lucas, igualmente percibo la turbación que hay en ti. Tienes un torbellino de sensaciones ahí dentro.

—¿Es la misma mujer?

—¿La misma mujer de qué?

—No te hagas el desentendido, sabes perfectamente de qué te hablo.

—Te juro que no, en ocasiones me parece que tu cerebro funciona mucho más rápido que el mío. Tienes un poder inigualable para enredar y desenredar las cosas.

Le dediqué un elocuente silencio y por lo visto, él cayó en cuenta, soltó un suspiro y se tiró contra las almohadas otra vez, rendido.

—Es eso —bufó.

—Sí, eso—. No parecía tan ilógico pensar que podía haber mantenido una relación con la mujer que guió su cambio. Es más, podía haber platónico, influido por la imagen que ella desplegaría sobre él, en ese momento, un demonio joven e inexperto—. Saliste con esa mujer con la que te vio Susana en aquella fiesta.

—Sí.

—Estabas con ella cuando Susana te vio, me refiero a si estaban juntos.

—Más o menos.

—¿Más o menos? Tienes ciento cincuenta años y me das una respuesta así.

—Sí, sí estaba, Eliza —bufó—. ¿No te molesta oír estas cosas?, porque a mí sí.

—No estaban juntos cuando me conociste, ¿o sí?

Vicente me sonrió.

—No, claro que no. No soy cretino a ese extremo.

—No quise decir eso; no eres un cretino, nunca pensé eso de ti, no al menos en los momentos de claridad mental.

—¿Por qué tenemos que hablar de esto? Contigo es difícil conseguir paz.

—¿Es bonita?

—Susana te habló de ella, seguro que sí. Mira, bonita no es el primer adjetivo que me viene a la mente para describirla, pero sí, supongo que lo es, todos los demonios tienen lo suyo, ese es parte de nuestro encanto, parte de la trampa; el asunto es que no importa, para mí tú lo eres más, y no solo en lo que respecta a lo físico, ella puede ser bastante desagradable si lo desea, desagradable en el más amplio espectro del término, y tú te quedarías corta con tu creatividad para adosarle a esa palabra todo lo que ella representa. ¿Conforme? Deberías estar durmiendo.

No, de hecho todavía me quedaba alguna que otra pregunta.

—¿La ves seguido?

—Por desgracia bastante más de lo que me gustaría.

—¿Y...?

—¡¿Y qué?! Entre ella y yo no hay nada. De ese patético lazo que nos unió una vez ya no resta nada. Cuando la veo no me provoca más que rechazo. La última vez que terminamos fue de un modo bastante... violento, por describirlo de alguna manera que tú puedas entender. Eva tiene una sola cosa en la mente, y esa es quedarse con las almas más valiosas del mercado. Nada más le importa. En los años que llevo siendo esto nunca conocí a alguien tan avaro, egocéntrico, insaciable, o egoísta, que ella, incluso me supera a mí por mucho, lo que es decir suficiente. Es probable que de no haberte conocido a ti, hubiese terminado como ella, en un par de siglos —inhaló hondo y soltó el aire por la boca—. Hace mucho que ella perdió cualquier rastro humano que hubiese podido restar dentro de su ser después del cambio. Créeme, ella no es buena, incluso para cualquiera de nosotros, es demasiado despiadada, y tiene la sangre más fría que una serpiente, por eso, mucho de los míos le temen.

No entiendo muy bien por qué, pero lo que más me impactó de todo lo que dijo Vicente fue su nombre, de repente se plasmó en mí una imagen impresionante, de una mujer fuerte, un tanto despiadada, así como capaz de alzarse con aquello que quisiese sin el más mínimo esfuerzo. Admito que me produjo un poco de incomodidad pensar en su fuerza y en su estatus, el cual seguro era alto, quizá más alto que él de Vicente, después de todo, por lo visto llevaba bastantes más años que él en esto, y si siempre corría detrás de las almas más

valiosas, bien: implacable e insaciable riman perfectamente, y estas dos cosas van de la mano con el poder para los demonios; si el poder se multiplicaba con los años... esperaba no tener que cruzarme con ella hasta no haber cambiado. Puede sonar ridículo, pero me preguntaba si ella estaría al tanto de mi existencia.

—No pienses en ella, no vale la pena, yo intento no pensar en Cristian. Es más, no puedo pensar otra cosa que no sea, en ti.

Le sonreí y me dejé arrastrar a su lado. Me quedé contemplando el techo. Era fácil olvidarse de Cristian, él no era un poderoso demonio y sin duda no podía hacer nada para acabar con la existencia de Vicente, en cambio olvidarse de aquella mujer demonio no resultaría tarea fácil; ella podía tener cosas malas, realmente malas, pero poseía una característica que yo deseaba: era lo mismo que Vicente, podía ser fuerte, podía ser despiadada, e incluso implacable, pero su mayor ventaja frente a mí, era haber entregado su alma.

—Olvídala ya. Ella no tiene nada que ver ni conmigo, ni contigo—. Su mano izquierda llegó hasta mi cuello y se posó con delicadeza sobre el brillante que me diera—. ¿De verdad quieres ser mi novia formal?

Mi mano se deslizó sobre la de él, se la tomé y la guié esta mi boca. Le di un beso en la palma.

—Creí que después de lo que me pasó, le había tomado miedo al compromiso, ahora sé que no es así. No necesito ningún papel legal, ni ninguna bendición religiosa. Si me quieres estaré a tu lado el resto de la eternidad.

—¿Entonces te casarías conmigo?

—Me lo estás pidiendo o me estás preguntando si en el hipotético caso de pedírmelo, yo aceptaría.

—Da igual.

—¿Vas a concederme mi deseo?

—Acaso es una condición *sine qua non*, porque bien sabes, que una cosa no tiene que ver con la otra. Supongo que a tus padres les haría feliz verte llegar al altar.

—A mis padres les hará feliz verme feliz.

—Me haría feliz a mí, recuerda, estoy chapado a la antigua.

—¿De verdad quieres que nos casemos?

—Parece algo insignificante ante la idea de condenar tu alma al Infierno a costa de que pases la eternidad a mi lado. ¿Te asusta casarte conmigo?

—No, es que no estaba en mis planes pasar por eso otra vez.

—No tiene por qué ser muy pronto.

—Yo no quiero que tú me hagas esperar mucho.  
—Ya te dije que todavía tengo que pensar en eso.  
—Piénsalo rápido. Para mí es un asunto resuelto.  
—Para mí lo es el matrimonio.  
—No te parece que es un poco tarde para discutir esto.  
—No hay mucho que discutir, di que sí.  
—Di que sí tú primero.

Vicente resopló.

—Bien, nos lo tomaremos con clama. Duerme, tenías razón, es demasiado tarde para discutir esto.

Me besó en la frente otra vez. Yo le rodeé el pecho con un brazo y allí me rendí al sueño que apareció súbitamente.

## 11. El clan Salleses.

Vicente me tendió un casco gris metalizado de diseño aerodinámicos, sin bajarse de la moto; él llevaba uno igual, acababa de quitárselo. El casco descansaba entre su regazo y la moto.

—Es la primera vez que te veo usarla —dije haciendo referencia a la monstruosa moto negra sobre la que estaba montado, la cual debo admitir, me intimidaba un poco.

—Sí, es cierto, lleva demasiado tiempo guardada en el garaje, es por eso que decidí sacarla, además, me pareció que sería divertido. Sé que hace un poco de frío, es por eso que te he traído esto —al decirlo me brindó un bollo negro. En cuanto lo agarré el bollo se deshizo, era una campera de cuero, con los mismos cortes redondeados sobre los hombros y puños, idéntica a la que llevaba él puesta.

—Es de Lucas, creo que te irá bien.

Le entregué el casco para que lo sostuviera mientras me sacaba mi chaqueta y me calzaba la campera de cuero, que de inmediato lo advertí, olía a Lucas. Procuré no prestar demasiada atención a ello; el reloj interno de mi cerebro me recordó que llevaba más de dos semanas sin saber nada de mi amigo, sin oír su voz. Vicente se había negado a ayudarme a comunicarme él, aduciendo otra vez, a que era lo mejor para todos, sobre todo, para el propio Lucas. Hice caso omiso de mis pensamientos y me la cerré hasta el cuello.

—¿Qué es todo esto? Creo que también es la primera vez que te veo vistiendo

pantalones de jean. Sin duda es una faceta que no conocía de ti.

Me dedicó una media sonrisa enigmática.

—Quiero llevarte a conocer a unas personas, si estás de acuerdo, por supuesto, sino simplemente podemos ir a dar una vuelta por la ciudad y luego a comer. Son conocidos míos, de mi mundo —aclaró—. Amigos de confianza. Les hablé de ti y están ansiosos por conocerte, por buenas razones, digo; no por que deseen tu alma ni nada de eso. Llevo un tiempo sin verlos, tenía pensado visitarlos... me gustaría que vinieses conmigo. Ellos son agradables y muy centrados, te agradecerán, te lo prometo. Son demonios viejos que llevan mucho tiempo viviendo entre humanos, son de los pocos que con el pasar de los siglos no han perdido su humanidad, es más, creo que son más humanos que muchos humanos.

—No sabía que tuvieses otros amigos entre los tuyos, ¿dónde quedó aquello de que no acostumbran confraternizar y mucho menos convivir?

—Ellos son una de las mayores excepciones para esa regla. No tengo padres que presentarte...

—Podrías presentarme a Ariel.

Vicente me dedicó una mueca indescifrable.

—Es que Ariel no siente tanta afinidad con los humanos —articuló entre dientes como si quisiera que yo no lo oyera.

—Pero me ayudó, nos ayudó.

—Lo hizo porque yo se lo pedí.

—Eso significa que lo hizo por ti.

—Lo hizo por ambos, pero no le gusta demasiado socializar con humanos. No tiene nada particular en contra tuya, es más, supongo que le agradas, es simplemente no puede andar con humanos, es algo natural, casi instintivo, me figuro-. ¿Entonces qué me dices, quieres ir a conocerlos? Te lo juro, Gaspar te agradecerá, igual que el resto de su familia.

—¿Tienen una familia?

—Algo así. De seguro a Gaspar le encantará contarte su historia, es el fundador de uno de los clanes más grandes y antiguos de demonios que existe en esta tierra.

—¿Por qué jamás me contaste una palabra sobre todo esto?

—Porque tenía la esperanza de que decidieras dejarme y si era así, no importaba.

Le lance una mirada fulminante.

—¿Clanes, familias? Qué otras cosas no me dijiste.



—De a poco, ¿sí? —enderezó la moto, la cual debía pesar una tonelada, dejándola en posición perpendicular al suelo adoquinado de la calle; le dio una patada al pedal para ponerla en marcha, la moto rugió y por el caño de escape emergió una voluta de gas gris claro.

—Dices que no van a intentar quedarse con mi alma —pregunte para cerciorarme.

Vicente soltó una carcajada.

—Ni Gaspar ni ninguno de los suyos necesita tu alma, créeme. Además, ¿crees que te pondría en peligro?

—No, pero me agradecería que me explicaras por qué me lo dices.

—Ya lo verás.

Vicente giró sobre el asiento y le dio un golpe a la parte trasera de la moto. Alzó las cejas con una mirada inquisitiva.

—Deberías haberme avisado antes que íbamos a conocer a amigos tuyos, podría haberme arreglado un poco más.

—Así esta perfecta. Vamos, súbete —se calzó el casco, yo hice lo propio. Me ofreció su brazo y con éste me auxilió para trepar a la enorme moto—. Pon tus pies ahí y ahí —me señaló dos soportes que estaban por detrás de sus pantorrillas. Coloqué los pies ahí desprendiéndome de la tierra entregándome por completo a la vibración casi animal de la moto—. No apartes tu cuerpo demasiado de la moto, no quiero que te golpees. Sujétate fuerte de mi cintura.

No hizo falta que me lo repitiera, me prendí a su espalda cual garrapata. Seguí el movimiento de su cuerpo mientras se inclinaba hacia delante, descansando el peso de mi torso sobre él y escondí mi cabeza encasquetada debajo de su cuello. Vicente se soltó por un segundo del manillar, me tomó por las muñecas y me tironeó de los brazos haciendo que me soltara de los costados de su campera de cuero; reubicó mis dedos alrededor de mis muñecas por delante de su estómago.

—Solamente relájate, disfrútalo.

Como si eso fuese tan fácil.

Iba a inhalar dentro de aquel casco, cuando de repente, un tirón casi me hace dejar atrás mi alma. Se me cortó la respiración. La moto salió disparada en una aceleración corta y seca, como si hubiésemos pasado de cero a cien kilómetros en una fracción de segundo, o al menos, así lo percibí yo. Debo admitir que mantuve los ojos cerrados los primeros segundos, no me atrevía a abrirlos, prefería no ser testigo de la velocidad a la que pasaban los adoquines a pocos centímetros de mis pies garfeados sobre los soportes cromados, al

final acabé cediendo a la curiosidad. Aquello además de parecer peligroso, resultaba emocionante, me daba un poco de vértigo lo milimétrico del andar de Vicente entre el tráfico, se colaba hasta por los resquicios más pequeños que encontrase entre los otros vehículos. Lo más impresionante de todo, eran las curvas, cada vez que doblaba me daba la impresión de que íbamos a terminar en el suelo, y lo peor de todo es que todavía yo no era irrompible como él.

A medida que nos fuimos alejando de la ciudad y del tráfico, comencé a relajarme, ya no era un garrote de músculos, sino que me entregaba al movimiento fluido de la moto. Incluso así, más distendida, era imposible pasar por alto la velocidad a la que Vicente corría sobre el asfalto negro en el cual se reflejaban las luces amarillentas del alumbrado público. Aquel andar me recordó a la moto que por poco me aplasta, y por desgracia, a la que había terminado con la vida del ex de Susana.

Despacio, permití que mi cabeza emergiera por encima de su hombro derecho. La autopista que teníamos por delante estaba prácticamente vacía, a unos cien metros de nosotros iba un camión con acoplado cargando un enorme contenedor y un poco más delante de nosotros, avanzaban dos autos.

A paso veloz, se nos acercaban unos carteles verdes fosforescentes que indicaban salidas y entradas de la autopista. El camión fue el primero en dejarnos, remontando la loma recubierta en césped para perderse en una calle lateral. En la primera bifurcación se alejaron los dos autos, y de ese modo, nos quedamos con la autopista para nosotros —o eso creía yo— no me animaba a asomarme hacia atrás, y por a través del grueso casco me llegaban sonidos amortiguados, que en su mayoría, pertenecían al motor de la moto, el resto, estaban conformados por el eco de mi propia respiración.

Vicente aceleró todavía más.

El puente que pasó por encima de nosotros, a continuación, quedó atrás tan rápido que pareció nunca haber existido. Las luces de la moto hicieron brillar las flechas pintadas en el guardrail de la entrada más próxima a la autopista, la cual estaba semi cubierta por unos árboles ya casi sin hojas, a causa del otoño. No entendía como alguien había sido tan inconciente de plantar esos árboles ahí, los conductores que bajaban desde las calles paralelas no debían ver a los vehículos que transitaban por ésta hasta que los tenían encima.

Vicente hizo que la moto se alejara de la entrada en dirección a la vía contraria, quedamos a menos de dos metros del murallón de concreto que separaba ambas manos. Me llamó la atención que hiciese aquello, la autopista

estaba desierta.

La desaceleración me dejó con una extraña sensación en la garganta. Todavía íbamos rápido, ciertamente no tanto como antes. La confianza ganada en el tiempo que llevaba montada sobre la máquina negra me sirvió para poder moverme. Vicente soltó una mano del manillar y me tocó la rodilla derecha. Entonces lo entendí. Una moto apareció de la nada y pasó por nuestro lado rugiendo en aceleración; sus dos conductores, íntegramente vestidos de negro, pero los dos con cascos diferentes, quien iba al frente llevaba un casco rojo con llamas amarillas y blancas, el que iba detrás, llevaba un simple casco plateado; se volvieron en dirección a nosotros al pasar por nuestro lado. No les vi las caras, primero, por la velocidad a la que se movieron, y segundo, por que las viseras de sus cascos eran oscuras. Una segunda moto se materializó a nuestra izquierda y también siguió del largo; el solitario conductor extendió una mano enguantada en cuero negro, con el pulgar en alto, gesto que Vicente recibió con una carcajada que no llegué a oír, pero que sí sentí en su pecho, ya que lo hizo vibrar. Ambas motos se pusieron en fila con nosotros.

Vicente le dio duro al acelerador otra vez.

Por las vibraciones, me di cuenta de que una tercer moto se ubicaba en paralelo a nosotros, en ella iba un solo conductor, cuya larga cabellera rubia platinada, que de tan clara parecía blanca. Presumí que debía ser una mujer, su cuerpo tenía la contextura de un cuerpo del sexo femenino, pero como sus manos estaban cubiertas por gruesos guantes negros y su rostro quedaba oculto debajo de un casco similar al del conductor de la primera moto —con llamas—no pude confirmarlo.

Lo remarcable de todo el asunto, era que las tres motos eran idénticas a la de Vicente. ¿Acaso tienen su propia fábrica de motos? —me pregunté. No me había fijado demasiado, sin embargo no recordaba haber visto marca alguna sobre la carrocería. No era el tipo de moto que uno puede ver circulando por la calle, sin dudas era diferente a todas las demás. En fin, la tercera moto se juntó a nosotros, y con ella nos inclinamos a la derecha. Levanté los ojos y vi que las dos motos que nos precedían subían por un nuevo desvío. Vicente las siguió, y tras nosotros trepó la otra moto.

Sin aminorar la marcha, nos internamos en un barrio de casas bajas y murallones altos, con garitas de seguridad y sin calles. Era un barrio de mansiones y cámaras de seguridad, de árboles viejos y perfume a verde. Las tres motos atravesaron una avenida con el semáforo en verde y Vicente se

lanzó tras ellos cuando el semáforo ya cambiaba a amarillo. Tres cuerdas más tarde, las motos que nos guiaban doblaron a la izquierda metiéndose en lo que luego me di cuenta, era un callejón sin salida; al fondo de todo, entre las altas paredes de ladrillo rojo, se alzaban un majestuoso portón de hierro forjado, que tenía tantos dibujos y florituras que casi no se dejaba ver nada del interior de la propiedad; igual, ningún ser humano en su sano juicio se hubiese atrevido a internarse en aquel camino, sin duda, la altura de los muros, las cámaras, el panel cuyo teclado liso sobresalía de la pared, los reflectores de blanca y cegadora luz, y el aspecto general de aquel lugar, debía mantener alejado, incluso a los ojos más indiscretos.

Cuando las motos todavía no habían llegado a éste, el portón se abrió. Al menos dos cámaras de seguridad siguieron nuestra entrada.

El camino trepó por una colina entre una arboleda de aspecto antiquísimo. Ascendimos en zigzag, todavía un poco más, y al fin, apareció casa. La estructura era de dos plantas y la mayor parte de la superficie de la pared ocupada por amplios ventanales de los cuales emanaba un brillo de luz dorado.

El jardín principal, así como el resto del parque era sencillo y hermoso.

Comencé a ponerme más y más nerviosa.

Por detrás de una mata de arbustos, divisé la parte del interior de la propiedad, ninguna de las ventanas tenía cortinas, el vidrio de los ventanales interactuaba tanto con el interior de la mansión, como con el exterior. Dentro todo tenía el mismo aspecto de pulcritud, sencillez y modernidad que el exterior.

Un hombre alto, de cabello rubio pajizo con un corte impecable, atravesó las puertas de lo que evidentemente era un amplio living y se detuvo para esperarnos junto a un masetero del cual salían disparadas en todas direcciones, las hojas de una palmera. Daba la impresión de rondar los cuarenta y pocos años, apenas si tenía unas pocas marcas de expresión en el rostro —incluso ahora que sonreía abiertamente enseñando todos sus blancos—. Sus ojos exudaban una sabiduría y mansedumbre que solamente se logra con el pasar de los años. El que sin duda alguna era Gaspar, nuestro anfitrión, llevaba puesto unos pantalones grises de corte perfecto que parecían haber sido hechos para él, zapatos abotinados negros, un fino jersey escote en “v”, también gris, de un tono más oscuro y por debajo una camisa negra. Tenía el porte de un hombre joven y fuerte. Se le notaban los músculos de los brazos por debajo de las mangas del suéter y su abdomen no debía tener nada que

envidiarle al de Vicente.

A medida que nos acercamos a él me di cuenta que tenía los ojos claros, eran de un marrón dorado, parecido al color del ámbar.

Las tres motos que nos guiaron hasta allí se detuvieron de una en una frente al hombre, quién los saludó con un ademán de su mano izquierda sin dejar de sonreír.

Vicente los imitó.

Mientras nos deteníamos, tres personas más salieron de la casa, uno era un hombre de piel oscura, del color del chocolate, cuya sonrisa era todavía más blanca que la de Gaspar, los otros dos eran una mujer de rasgos asiáticos, con la cara y tamaño de una niña, era tan menuda y pequeña que parecía indefensa frente al hombre que la secundó, el cual tenía el cabello castaño oscuro por los hombros, un par de ojos oscuros en los que uno podía perderse y una tez color dorado que evidenciaba que había estado expuesta al sol.

En cuanto Vicente apagó la moto me dio pánico escénico.

Gaspar llegó a mí en dos trancos gráciles y fluidos. Tendió una de sus manos y me la ofreció. Yo estaba nerviosa, no tenía ni idea de qué hacer; de algo estaba segura, demonio o no, sería muy descortés de mi parte despreciar su ayuda. En cuanto mi mano se posó sobre la suya, una oleada de energía en forma de calor me atravesó el brazo.

Gaspar rodeó mi muñeca con sus largos dedos de uñas prolijas y en extremo limpias y me ayudó a desmontar. En cuanto tuve los dos pies sobre la tierra otra vez, me soltó.

Vicente llegó a mí de la nada, ya no llevaba puesto su casco, lo que me hizo recordar que yo aún no me lo había quitado. Me puse roja por debajo del acolchado de la coraza que rodeaba mi cráneo. Me quité el casco y respiré hondo, mis pulmones se llenaron del frío y fragante aire nocturno. Inquieta, me pasé las manos por el cabello.

—Tranquila —me susurró Vicente al oído —no van a comerte, y ya les has caído bien.

No entendía cómo, si apenas si me habían visto la cara dos segundos atrás.

—Vicente —lo saludó con una enorme sonrisa de gozo—. Que bueno verte otra vez.

Vicente y Gaspar intercambiaron un abrazo, se dieron tales palmadas en las espaldas que pareció que alguien le estaba dando duro a una batería de tambores.

—Lo mismo digo —contestó Vicente en cuanto se separaron—. Ha pasado

mucho tiempo.

—No por nuestra culpa, eres tú él que se resiste a dejar este país.

Vicente respondió a eso con un parpadeo largo y lento.

—Eso ya no importa, lo que cuenta es que estás aquí, que están aquí —se corrigió desviando sus ojos ámbar hacia mí.

—Bienvenida a nuestro hogar —entonó Gaspar con una voz que sonaba a terciopelo hilado por un par de cuerdas bocales—, es un placer conocerte al fin, Eliza. Vicente me ha hablado mucho y muy bien de ti—. Me ofreció su mano una vez más y yo se la estreché, para mí significaba todo un cambio, tanto contacto físico. Vicente había evitado tocarme por mucho tiempo, y Lucas, incluso hasta las últimas veces que estuvimos juntos, mantenía cierta distancia conmigo. Yo suponía que esto debía ser algo propio de los demonios, pero este hombre que tenía frente a mí, sin duda me hubiese dado un abrazo si yo no estuviese tan nerviosa y a punto de echarme a temblar de ansiedad.

—Soy Gaspar y esta es mi familia.

Los cuatro motociclistas encontraban ahora en pie, por detrás de él, formando una línea semicircular.

—Permíteme presentártelos —alzó su brazo izquierdo-. Él es Leandro.

—Es un placer conocerte —articuló con una voz potente que parecía capaz de derribar hasta los muros más gruesos.

Leandro me saludó con una inclinación de cabeza. Debía tener unos veinte años, morocho, de ojos oscuros y apariencia fuerte, igual que todos ellos.

—Ella es Sofia.

—Hola —dijo ella en una voz suave y dulce.

Sofia, era la joven rubia que había corrido junto a nosotros debajo del casco de llamas. Su cabello era del color del oro, le caía con el peso de la seda llegándole hasta la cintura, su piel era en extremo pálida y tenía unos vibrantes ojos azules. La chica, que sin duda no daba la impresión de tener más de veinte años y eso exagerando, alzó una mano y me saludó al tiempo que me sonreía.

—Luego tenemos a Petra.

Una mujer alta y delgada me saludó con un gesto tímido. Su cabello era de un rojo violento muy oscuro, y sus ojos negros y profundos.

Quien quedaba a la izquierda de Gaspar era el otro conductor de casco pintado en llamas. El joven debía tener unos veintidós años humanos, como

mucho, o al menos se veía como tal. Su rostro era la versión masculina de la chica llamada Sofía, tenía el mismo color de cabello, los mismos ojos, incluso los mismos labios sonrosados, pero su piel estaba cubierta de una pátina dorada.

—¿Qué tal? —soltó el muchacho en un tono ameno y despreocupado.

—Estos son Kumiko y Massimo —dijo mencionado a la joven asiática y al hombre de cabello largo—. Y él es mi compañero, Diogo.

—Bienvenida a nuestra casa, Eliza —me recibió el hombre de piel oscura—. No estés nerviosa, sabemos por lo que has pasado y comprendemos tu reticencia; no te angusties, nadie aquí te hará daño. Nosotros no somos como los otros demonios que tuviste la desgracia de conocer. Hace tiempo que no corremos por almas humanas.

—Lo que no significa que no corramos, como has podido comprobar —soltó a modo de chanza el joven hombre rubio que todavía tenía entre sus manos el casco en llamas.

—Por qué mejor no entramos, la comida ya debe estar lista —anunció Gaspar. Vicente me arrebató el casco de las manos mientras los demás entraban en la casa.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz muy baja.

—Eso creo. ¿Qué quiso decir con eso de que hace tiempo que no corren por almas humanas?

—Gaspar y los suyos se dedican únicamente a recoger almas de aquellos que desean entregarse por voluntad propia.

—No entiendo.

—Se llaman a sí mismos “recolectores”. Casi todos nosotros podemos... los demonios de rangos superiores, podemos recoger las almas que deciden entregarse por cuenta propia, de aquellos que no piden nada a cambio, pero ellos son los únicos que pueden subsistir solamente de eso. Ellos se encargan de decidir si alguien es apto para esto o no.

—Quieres decir que ellos hacen...

—Podría decir que sí, ellos hacen demonios —confirmó Vicente con una sonrisa.

—¿Vamos a hacerlo ahora? —inquirí alarmada. Necesitaba prepararme para eso, no podía hacerlo así de repente.

—No, por supuesto que no.

—Entonces me trajiste para que me examinen, para ver si soy apta—. Me aterró, qué tal si ellos no me creían apta. Vicente debía haberme avisado lo

que eran y lo que hacían, así yo habría podido prepararme para esto, estaba segura de que para esta altura ellos debían pensar que soy un tanto lerda.

—No, te traje porque quería presentártelos, nada más, no es un examen de ingreso ni nada parecido, es un simple cena de reencuentro.

—De verdad esperas que me trague eso —lo desafié con las manos en la cintura.

—Es la verdad.

—Debías haberme prevenido —repliqué en un murmullo espiando en la dirección en la que los demonios se habían ido.

—Para qué, para que entraras en pánico —largó en un rápido susurro.

—¿Ellos saben lo que yo quiero?

—Solamente Gaspar.

—Y qué ha dicho.

—No ha dicho nada, no lo discutimos, simplemente se lo dije, además le dejé bien en claro que yo todavía no estoy convencido de querer perder tu humanidad.

—A mí no me interese perderla.

—No echemos a perder la noche. Ellos no van a juzgarte, solo disfruta de la velada, ¿sí?

—¿Seguro de que no me trajiste para eso?

—Completamente seguro —me atrapó por una mano—. No voy a articular tu cambio hasta no estar cien por ciento seguro de que es lo mejor.

—Es lo mejor.

—No, no lo es, y dejemos el tema de una buena vez.

Una mezcla de emoción y nervios me llenó el cuerpo. No lograba decidir qué era peor para mí en este momento, si un montón de demonios deseando comprar mi alma o un montón de demonios estudiándome para ver si yo daba la talla con los requisitos para unirme a sus filas.

En cuanto entramos en la casa mis oídos se llenaron del melodioso sonido una música de algún remoto lugar, la voz suave de una mujer dibujaba florituras en el aire, por entre los candelabros de plata que descansaban sobre la mesa del café uno a cada lado de una orquídea de flores blancas, y alrededor de los jarrones con diseños orientales que reposaban sobre una repisa, al cuidado de tres espadas de aspecto peligrosamente filoso, su voz tenía tonos de francés y portugués pero no era ninguna de las dos cosas en particular. La música tenía un aire caribeño, solo que más tranquilo y lento. Había velas de tonos claros, encendidas por todos lados, incluso en los rincones más lejanos. También



divisé una infinidad de lo que sin duda alguna, eran antigüedades: oleos de retratos de caballeros y damas vestidos con ropas dignas de reyes y reinas, y paisajes de verdes campiñas, acrílicos de arte figurativo, esculturas de hierro y mármol, una colección de lo que a mí me pareció, eran huevos Fabergé, un gran reloj de pie que parecía la torre de homenaje de un castillo, un tríptico dorado con una virgen y ángeles rodeándola, una serie de mascararas de las procedencias más distintas forraban la mitad de una de las paredes más largas, las había de estilo oriental y otras claramente africanas, acompañadas ellas, de lanzas y flechas; muchas piezas de cristal labrado, y otros objetos decorativos alternaban con aparatos de última tecnología, como el equipo de música de aspecto espacial escondido entre un astrolabio y una vitrina de vidrio dentro de la cual descansaba un enorme y grueso libro tapas de cuero y hojas gruesas y amarillentas, por lo que divisé me dio la impresión de que las hojas tenían ilustraciones de antiguos mapas.

Un batallón de libros de aspecto todavía más antiguo, estaba prolijamente acomodados en una biblioteca enfrente de una enorme pared de vidrio esmerilado. La casa era básicamente un cubo de dos pisos, cuyo interior y exterior estaba construido casi íntegramente en cristal, la estructura era un despliegue de modernidad, los techos parecían suspendidos mágicamente sobre paredes de cristal; los ambientes dispuestos en cubos concéntricos deban una sensación de amplitud y fluidez sumamente agradable. El centro era un hermoso jardín de refulgente verde y alrededor de éste se disponían el living, la biblioteca girando en sentido contrario a las agujas del reloj y el comedor hacia el otro lado. La iluminación combinada con la superficie blanca, crema y marfil de paredes, sillones y la chimenea, la tornaban increíblemente luminosa.

—Es por aquí —me indicó Vicente tironeando de mi mano—. Vamos.

Apreté mis dedos alrededor de su mano y lo seguí.

El comedor era ciertamente mucho más grande de lo que parecía ser desde el frente de la casa. El espacio era gobernado por una mesa alrededor de la cual se acomodaban más de una decena de sillas de diseño moderno, en forma de sillones, con apoyabrazos y mullidos respaldos.

La mesa estaba puesta con bajilla blanca de flores, de aspecto antiquísimo, y cubiertos eran de plata. Las cuatro copas cuya línea cruzaban en diagonal el centro de los dos platos y el plato de sitio, eran de fino cristal. Allí también había candelabros y velas, pero esa no era la única iluminación, sobre la mesa pendía una lámpara de cristal que apenas brillaba. La cabecera opuesta de la

mesa daba a la cocina por una arcada de madera clara. Todo el lado izquierdo del comedor daba al exterior de la casa, y el derecho, al jardín iluminado por tenues focos de luz que hacían brillar la humedad de los helechos y la tersura de los pétalos de unas exóticas plantas de flores rojas que no pude reconocer.

—¿Necesitan una mano? —preguntó Vicente ofreciéndose. Nuestros anfitriones regresaban de la cocina cargando bandejas y más bandejas de comida, botellas de vino, una jarra de agua.

Tanto Julián, como los demás, se habían desecho de sus chaquetas de motociclista y lucían ropa sencilla, nada ostentosa, pero igualmente elegante.

—No, claro que no —le contestó Julián depositando en el centro de la mesa, un plato oval que contenía una ensalada de jamón crudo, rúcula, quesos, *cruttons* de pan, tomate y otras cosas que no pude identificar—. Diogo te cortaría una mano si intentases meter un dedo entre sus cacerolas —sonrió—. Ya sabes como es: él gobierna su cocina y cuando hay visitas, nos veda el acceso a todos salvo para llamarnos y pedirnos que le hagamos tal o cual mandado.

—En este momento su nivel de histeria debe haber alcanzado las nubes, dice que el pan se le tostó demasiado —dijo Massimo alzando la panera que llevaba entre las manos

—Sí —convino Sofía-, yo intenté ayudarlo con el postre y me reprendió porque según él, corto los mangos demasiado gruesos—. Se encogió de hombros y dejó sobre la mesa una preciosa jarra de agua.

Tanto lujo me hizo sentirme incomoda, pese a lo relajado y familiar del trato de mis anfitriones. Vicente debía haberme avisado que íbamos a cenar aquí —rezongué para mis adentros otra vez, no me sentía adecuadamente vestida para sentarme a esta mesa.

—Además insistió en que todo debía salir perfecto esta noche —añadió Leandro arrancando sin esfuerzo alguno, el corcho a una botella de vino tinto.

—Dejen de hablar de mí —gritó una voz desde la cocina. La voz de Diogo; su acento era muy fácil de reconocer—. Puedo escucharlos desde aquí, no estoy sordo, saben, de hecho tengo mejor oído que todos ustedes juntos.

—Eso es cierto —canturreó Leandro sirviendo un poco de vino en una de las copas que tenía enfrente. Luego le echó un vistazo a la etiqueta de la botella.

En el ínterin, Petra, rodeó la mesa y acomodó entre la multitud de bandejas, platos y copas, una fuente con unos higos rellenos con lo que creo era roquefort.

—Pórtense bien esta noche —dijo Gaspar al poner un pie en el comedor

llevando en su mano derecha una salsera—, si lo ponen de mal humor se le va a bajar el suflé de chocolate.

El comentario de Gaspar arrancó sonoras carcajadas de todos, incluido Vicente, menos de mí, evidentemente aquella debía ser una broma privada.

—Sigan burlándose —Diogo apareció debajo de la arcada—, y me aseguraré que ninguno de ustedes coma por una semana.

—Por qué mejor no nos sentamos, si siguen así van a terminar por asustar a nuestra invitada —Gaspar caminó hacia mí y me dio unas palmaditas en el hombro—. Lamentablemente son siempre así, lo bueno es que con el tiempo logras acostumbrarte a sus tonterías. Ven —me tomó de la mano derecha, y Vicente me soltó la otra—, siéntate junto a mí—. Con delicadeza me guió hasta la primera silla que estaba del lado izquierdo de la cabecera que daba a la parte frontal de la casa. Apartó la silla para mí y me ayudó a acomodarme. Frente a mí, se sentó Sofía, a su derecha Vicente, junto a Vicente, Kumico y al final Massimo; en la otra cabecera se acomodó Diogo, luego Petra, Julián y Leandro. Gaspar se quedó en pie, cual maestro de ceremonias.

—Bienvenida nuevamente a nuestro hogar, Eliza, es un placer para nosotros tenerte aquí esta noche—. Un par de cabezas asintieron a sus palabras, entre ellas, las de Sofía, la de Diogo y la de Massimo; no pude ver a los que estaban sentados de mi lado—. Ha pasado mucho tiempo desde que un humano se sentó a esta mesa con nosotros y tu presencia nos honra, sobre todo, por que trae la compañía de un amigo muy querido y entrañable de la familia, al cual extrañábamos.

Vicente movió la cabeza en una reverencia.

—Sí, todos te extrañábamos, Vicente —soltó Julián en un tono jocoso.

—Julián —susurró Diogo en un claro tono de advertencia envuelto en una delicada película de afecto que demostraba cariño y paciencia.

—Perdón, perdón —repitió Julián mirando a Vicente—, es cierto, por aquí se te extrañaba mucho. No tienes ni idea de todo lo que te perdiste en este último tiempo. Massimo y yo acabamos de llegar de Fiji, surfeamos en Tavarua ha sido espectacular, aunque nos topamos con algunas tormentas.

Massimo hizo una mueca que no entendí.

—En fin —concluyó Gaspar —bienvenida a la familia. Leandro, has el favor de servirle un poco de vino a nuestra invitada.

Leandro se levantó de su silla llevando consigo la botella de vino tinto había aprobado con una mueca de placer cinco segundos atrás.

—¿Gustas? —me ofreció enseñándome la botella. Ví que era un vino francés y

por el aspecto del papel de la etiqueta parecía tener sus buenos años de añejamiento, pero movió sus manos tan rápido que no pude leer nada más de ella.

—Sí, por favor —respondí intentando sonreír. Todavía me sentía inhibida por la casa y sus ocupantes.

Leandro llenó la mitad de mi copa y fue a servirle a Gaspar.

Sofía se levantó, tomó mi plato y se lo pasó a Julián para que me sirviera ensalada, Petra se ocupó de completar mi porción con dos mitades de higos. Mi plato regreso a su sitio de manos de Julián. Le agradecí y desplegué la servilleta sobre mi regazo imitando el gesto de Vicente, quien me sonrió desde el otro lado de la mesa.

Leandro le dio toda la vuelta a la mesa sirviendo vino a todos, Kumiko se encargó de llenar las copas de agua mientras los demás pasaban los platos, el pan y la salsera que contenía un aderezo a base de mayonesa casera, según comentó Diogo mientras Sofía descargaba con ganas, parte del cremoso líquido sobre su ensalada.

Todos empezaron a comer, de modo que recogí el primer tenedor de la hilera y pinché unos tozos de pan y un poco de queso. Justo cuando iba a llevármelo a los labios alguien mencionó mi nombre. Alcé la mirada en dirección a Massimo.

—Entonces, Eliza; cuéntanos, de dónde es originaria tu familia.

—Mi padre es descendiente de españoles y franceses, mi madre de italianos, ambas familias llevan mucho tiempo arraigadas en este país. Todos mis abuelos nacieron aquí.

—Intuía que tenías sangre italiana.

—Massimo, más de la mitad de las personas en este país debe tener algún ancestro italiano —bufó Julián—. Tú siempre buscas italianos por todas partes, ¡como si fuesen pocos y difíciles de encontrar!

—Julián —entonó Gaspar clavando sus muñecas sobre el borde de la mesa—. Discúlpalos, Eliza —me dijo volviéndose en mi dirección, por lo visto esta noche han decidido comportarse igual que críos malcriados.

—Así es que tienes sangre francesa —me preguntó Sofía retomando el hilo de la conversación.

—Por parte de mi padre, la madre de mi abuelo paterna era francesa, pero no sé de que parte de Francia era.

—Julián y yo también tenemos algo de galos. No sé si te has dado cuenta, pero somos hermanos —comentó sin dejar de sonreír.

—Sí, ya me había dado cuenta.

—Es humana, no ciega —murmuró Leandro por lo bajo.

—El resto de nuestra sangre es escocesa —añadió Julián apareciendo por detrás de Leandro, aunque se cree que el origen de nuestra familia es vikingo. Nuestro apellido es uno de los más antiguos de los que se tiene registro.

—Eso será en el mundo occidental, por que en Asia los apellidos empezaron a usarse mucho antes —lo corrigió Kumiko, hablando por primera vez, con un perfecto español.

—De qué parte de Italia era tu familia —curioseó Massimo.

—Del sur, creo.

—Yo nací en Génova —soltó—. ¿Hablas italiano?

—Un poco... muy poco —reconocí sonrojándome.

*-Un po va bene per me. ¡Mi piace tanto! Si vuoi, dopo possiamo parlare un po. Posso raccontarti tutto de la mia città...*

Julián lo interrumpió súbitamente.

—*¡Stai zitto!* No te das cuenta que la has apabullado.

Era cierto, apenas si entendí la mitad de lo que Massimo me dijo.

—Está bien, no hay problema —los tranquilicé.

—Has caído en una casa de políglotas, todos aquí hablan al menos cinco idiomas además del propio—. Me explicó Gaspar posando su copa de vino otra vez sobre la mesa.

—Es una ventaja de tener tiempo de sobra —añadió Kumiko.

—Y de poder viajar —completó Sofía—. ¿Conoces Europa?

—No—. Respondí bajando el tenedor otra vez, ese fue mi tercer intento de comer; no tenía nada de hambre, se me había cerrado el estómago de los nervios, pero por educación quería al menos, probar la comida, Diogo me contemplaba con una mirada de expectativa cada vez que yo hacía el ademán de llevarme un bocado a la boca.

—Yo prefiero Asia —comentó Leandro por lo bajo como si no le hablase a nadie más que a sí mismo.

—La verdad es que no he tenido demasiadas oportunidades de salir del país.

—Seguro que Vicente cambiará eso, él ha viajado también—. Diogo participó por primera vez en la conversación, la única que no había despegado los labios hasta ahora era la mujer que estaba sentada junto a Julián.

—Sudamérica tiene unos lugares preciosos, a mí me gusta mucho el sur argentino —entonó Kumiko con su copa en alto.

—En el norte de Brasil hay unos lugares preciosos. ¿Conoces Bahía?

—No, no más que por fotos —le contesté a Diogo.

—Allí nací yo.

—Hace mucho, mucho tiempo —canturreó Julián meneando su copa de vino.

—Tú eres todavía más viejo —replicó Kumiko.

—Sí, y tú podrías ser mi madre —le contestó Julián.

—Y Massimo tu abuelo —le espetó Leandro.

—Habló la juventud viviente —exclamó Julián—. Por más que quieras quitarte años...

—Al menos no necesito usar más de una mano para contar los siglos en los que he vivido —arguyó el aludido.

—Con eso se refieren a mí —me susurró Gaspar inclinándose hacia mí—. Muchachos —se enderezó sobre su silla —denle un respiro a Eliza. Si sueltan todas esas cosas sin explicarle nada, la confundirán—. El cruce de palabras se interrumpió en el acto—. Eliza, permíteme que guíe en el árbol genealógico del clan Salleses. Salleses es mi apellido por cierto, pero todos aquí lo han adoptado al menos en lo tocante a los usos legales. Todas estas bestias aquí reunidas, salvo Diogo, son mis herederos, por decirlo de algún modo—. Gaspar carraspeó para aclararse la garganta—. Empezamos por el más joven de todos nosotros: Petra —la mujer alzó una mano y se asomó por detrás de Julián—. Petra lleva nada más que dos años con nosotros, Julián la encontró en Rusia y vive con nosotros desde entonces. Luego tenemos a Diogo, él entró en la familia allá por mil ochocientos noventa y cuatro.

—Yo nací en Brasil, cuando la esclavitud todavía estaba en vigencia —puntualizó Diogo—. Mis padres fueron llevados allí en un navío negrero proveniente de Angola.

—Sofía y Julián —continuó diciendo Gaspar —se unieron a mí, a mediados de mil ochocientos treinta y cinco. Fueron un hallazgo realmente extraño, no es común encontrar hermanos de sangre entre los de nuestra especie.

Julián y Sofía se sonrieron. Había algo de malicioso en esos angelicales rostros de brillantes ojos azules, enmarcados por leoninas cabelleras rubias.

—Después tenemos a Kumiko.

—Llevó más de doscientos treinta años en la familia —aclaró ella —estoy con Gaspar desde mil seiscientos setenta y siete.

—Y yo, más de trescientos años con él —entonó Massimo, completando el bocado de su tenedor con una última feta de jamón crudo—. Gaspar se cruzó por mi camino el once de febrero de mil setecientos tres. Recuerdo ese día como si fuese ayer —entonó y se llevó el tenedor a la boca.

—Y supongo que después de Gaspar, yo soy uno de los más viejos —Leandro giró sobre su silla para ponerse frente a mí.

—Leandro está conmigo desde mil seiscientos once, es algo así como mi primogénito.

—Ahora dile en qué año naciste tú—. Diogo le sonrió a Gaspar apuntándolo con su copa.

—Tómame de la silla —me susurró Leandro mirándome con complicidad por el rabillo del ojo.

—¿Quieres intentar adivinarlo? —me propuso Sofía, divertida.

—Te daré una ayuda, nació antes del descubrimiento de América —dijo Julián rellenando su copa de vino.

—Eso es casi obvio, ya le hemos dicho que yo tengo casi cuatrocientos años —repuso Leandro.

—Inténtalo —me animó Massimo.

Busqué la ayuda de Vicente, no tenía ni idea de qué número arriesgar, todo esto sobrepasaba mi entendimiento por mucho. Cómo podía ser que tuviese a una persona de aspecto completamente humano, además de cuatrocientos años, sentada a mi derecha.

—Cuatrocientos cincuenta —probé como tímido primer intento.

—Es más que eso —exclamó Sofía. Sus ojos azules centellearon.

—Quinientos —dije atragantándome con mi propia salvia.

—Te estás quedando un poco corta —me espetó Leandro entre dientes.

—Seiscientos cincuenta.

Gaspar me dio unas palmaditas en el dorso de la mano izquierda.

—Estás cerca.

—¿Setecientos?

—Un poco más —me indicó Julián.

—Setecientos cincuenta —arriesgué sin poder creérmelo.

—Casi, setecientos sesenta y siete años se cumplen este mes, no podría asegurarte qué día, solamente sé que fue durante la primer quincena de abril. Por aquel entonces no teníamos almanaques en la casa, para guiarnos, sólo sé que la primavera se percibía en el aire.

—Eso es... —me quedé sin palabras.

—¿Escalofriante? —apostilló Julián.

—No, no es eso —intenté sonreír—, es que... bien, jamás pensé que tendría la oportunidad de conocer a alguien nacido realmente, en la edad media.

—Seguro que tampoco jamás pensaste que te sentarías a la mesa con un

montón de demonios que ni siquiera necesitan comer—. Apuró Leandro, inclinándose hacia mí.

—No, la verdad es que no —admití estrujando la servilleta que descansaba extendida sobre mí regazo. Las palmas me sudaban.

—Según lo que tengo entendido nací algo así como mil doscientos años después de Cristo, pero no estoy muy seguro.

—Aquí es cuando intenta quitarse años —me señaló Julián pasándole la botella de vino a Vicente. No pude distinguir quién estaba más ansioso de los dos, si él, o yo.

—Creo que debía tener algo así como cuarenta años cuando me convertí en demonio.

—Era un abuelo para la época —dijo Sofía entre risas.

—Sí, algo así. Ahora soy padre y tutor de seis criaturas de Dios.

Oírle llamar así a sus protegidos me cerró la boca, sin duda era un termino un tanto extraño, pero que después de todo, no les calzaba tan mal, ellos eran una familia que había tardado casi ochocientos años en reunirse y luego de todo ese tiempo, continuaban juntos y todavía queriéndose, los gestos de afecto, comunión y compañerismo entre todos ellos eran palpables. Un lazo fuerte los unía, eso era obvio. Todo esto me hizo preguntarme cuantos humanos serían capaces de convivir por cientos de años sin matarse entre sí. Se me puso la piel de gallina, aquella era una familia real, un verdadero clan, uno tan unido que sobrepasaba los límites del tiempo y del entendimiento humano. No pude evitar no sentir simpatía por ellos.

—A qué te dedicas —me preguntó Sofía cuando yo por fin, logré llevarme un poco de ensalada a la boca.

—Trabajo en un local gourmet, vendemos vinos, productos importados, habanos.

—Eliza prácticamente maneja el lugar —saltó Vicente, yo llevaba un buen rato sin oír el sonido de su voz—. De no ser por Eliza el lugar se iría a pique, su dueño ha delegado toda la responsabilidad en ella.

—No es tan así —repuse sonrojándome.

—Sí, sí es así —insistió Vicente.

—De modo que entiendes algo de vinos —dedujo Leandro.

—Algo, sí—. Antes de que lograra cerrar la boca me pasó la botella de vino que había quedado junto a la mano izquierda de Julián.

—¿Qué puedes decirme de él?

La verdad, era que no mucho, el nombre de la bodega no me sonaba para nada



y tampoco su lugar de origen.

—Nunca lo había visto antes, ni tampoco lo oí nombrar.

Sofía se levantó de su silla y me arrebató la botella.

—Eso es porque estos vinos no están en el mercado.

—¿Son de una bodega privada?

—Algo así —contestó apartando la botella de mi vista. Kumiko la tomó y la acomodó entre sus copas y el plato de Diogo. Vicente apretó los dedos contra el borde de la mesa.

—Bueno, nunca antes había probado esta uva, es un poco más frutal que un *Pinot Noir*, su color es más claro también, y quizá sea ligeramente más ácido.

—Ciertamente es todo eso. Este vino es un *Pinot Meunier*, de la región de Champagne, usualmente estas uvas se utilizan para hacer champagne, pero un conocido nuestro lleva un tiempo elaborando vino con esta cepa —expuso Gaspar—. Leandro lo eligió para la cena.

—¿Te interesa la enología?

—Solamente para poder saber del vino que voy a beber —me contestó Leandro.

—Leandro suele ocupar su tiempo en otras cosas —aclaró Julián.

—A sí, qué haces.

—¿Además de recolectar almas?

—Leandro, por favor —le pidió Gaspar.

—Podría decirse que me gano la vida en el mercado inmobiliario.

—Vendes casas.

Leandro soltó una carcajada.

—Compro y vendo y alquilo grandes propiedades.

—Palacios, mansiones, pedazos de la Patagonia —coló por debajo Julián.

—Sí, es más o menos eso —convino Leandro al tiempo que asentía con la cabeza—. Poseo unas cuantas propiedades alrededor del mundo.

—Es toda una ventaja tener un hermano que tiene una casa o un departamento en casi cualquier lugar que se te antoje visitar —comentó Sofía.

—¿Todos ustedes tienen trabajos regulares?

—No del todo regulares —me corrigió Gaspar—. Diogo compra y vende antigüedades.

Es por eso que la casa parecía un museo.

—Julián y Massimo tienen un pequeño y selecto taller de motocicletas.

—Yo mismo hice la moto en la que llegaste aquí —entonó Julián con orgullo, la mayoría de nuestros clientes son congéneres nuestros; alguna que otra vez

vendemos motos a humanos. No es lo más común —añadió —para conducir nuestros vehículos debes poseer una fuerza que los humanos no tienen, es por eso que esas pocas motos han terminado expuestas, cubriéndose de polvo, en vez de estar corriendo por las calles.

Bueno, al menos ahora ya sabía de dónde demonios salían aquellas bestiales motos negras.

—Massimo trabaja conmigo, él hace las relaciones públicas y las ventas.

—Yo por el momento estoy sin trabajo —dijo Sofía tomando la palabra, acabo de terminar de estudiar Antropología y he decidido tomarme un tiempo sabático. Me lo merezco, es mi séptimo título universitario.

—Ah sí —exclamé sorprendida, en realidad no sé que me extrañaba tanto, ella tenía casi doscientos años, le habría sobrado tiempo para estudiar—, te felicito.

—Sofía es el ratón de biblioteca de la familia, y este último título lo ha obtenido en Oxford. Todos estamos orgullosos de nuestra hermanita —entonó Julián.

—Ustedes sí que tienen vidas interesantes.

—Si no tornas tu vida interesante, luego de cincuenta años te entran ganas de matarte —murmuró Leandro por lo bajo.

—Nosotros no solemos estar tan ocupados cuanto otros demonios lo están, nuestro trabajo es mucho más esporádico de modo que tenemos que encontrar actividades con las que ocupar nuestro tiempo.

—Las noches son muy prácticas para estudiar —rió Sofía.

—A ti sola se te ocurre usar la noche para estudiar, es el mejor momento del día y tú lo utilizas para sentarte detrás de una inmensa montaña de libros.

—¿Qué haces tú por las noches, si es que puedo preguntártelo? —curioseé.

Todos se rieron, incluida yo al notar el desconcierto en los ojos de Julián.

—Me divierto, por supuesto —soltó animado—. ¡La noche se hizo para eso! Me imagino que ya sabes que nosotros no dormimos.

—Sí, lo sé.

—Bien, a la mayoría de los demonios les gusta la noche. Hace siglos, los hombres procuraban no salir de sus casas en cuanto la luna despuntaba en el cielo, de modo que la noche era completamente nuestra, ya no es tan así, pero aún continúan siendo divertidas —añadió Julián dándole un codazo a Leandro. Petra se aclaró la garganta.

—Claro mi amor, desde que estoy contigo las noches son mucho más divertidas.

—¡Julián, por favor! —chilló Sofía arrugando el rostro en una mueca de repugnancia.

—Envidiosa. Cuando dejes de pasar todas las noches frente a esos libros comprenderás de lo que hablo.

—Sé de qué estás hablando, pero estamos en la mesa y tenemos invitados.

—Ya déjalo, Sofía —le dijo Leandro en un tono calmo y dulce—. Vamos a ver cuanto le dura la monogamia.

Petra apareció por delante de Julián y la lanzó una mirada furibunda a Leandro.

—Lo siento, no quise decir eso —se disculpó él.

Desvié los ojos hacia Vicente y vi que estaba muy serio; él alzó la vista como si sospechara que yo lo miraba; me sonrió y volvió a apartar la mirada.

—Julián, Sofía, porqué no me ayudan con esto—. Diogo levantó su plato y tomó el de Kumiko.

Julián y Sofía se levantaron de sus asientos sin rechistar. Sofía tomó el plato de Gaspar, el de Vicente, luego el mío y se alejó en dirección a la cocina. Julián hizo lo propio con el de Leandro y el de Petra. En el ínterin, Vicente se puso a hablar en voz muy baja con Kumiko mientras Leandro se levantaba a por otra botella de vino, la cual descorchó sobre la mesa de apoyo que pegada a la pared de la cocina.

—Espero que no te hayan asustado con todas sus historias —Gaspar inclinó sobre mi lado de la mesa.

—No, estoy bien, ya tengo algo de experiencia en cosas fuera de lo normal.

—Sí, Vicente me ha contado todo lo que te ha sucedido, la tuya es una historia fuera de lo normal también.

—Supongo.

—Eres una muchacha muy especial, lo he notado desde que mis chicos te vieron en la autopista.

—¿Cómo?

—Somos distintos a la mayoría de los nuestros, así como Vicente también lo es, además, llevamos tanto tiempo juntos que estamos muy unidos. Yo puedo ver y sentir cosas a través de ellos.

—Eso significa que todos los demás también lo han notado.

—No necesariamente; soy un bicho raro entre los bichos raros, además tengo casi cuatrocientos años más de experiencia que cualquiera de ellos. Los chicos no sienten las mismas necesidades que otros demonios, de modo que tú no representas una tentación para ellos. Nuestro trabajo es eso. Igualmente,

creo que se han percatado, al menos de un modo leve, que hay algo especial en ti. Sobre todo Leandro, tiene muy buen olfato para las almas.

Leonardo dio vuelta la cabeza y nos miró por encima de su hombro derecho.

—No te preocupes, estás a salvo aquí, de hecho estás más segura aquí que en cualquier otro lado. Somos un clan antiguo y fuerte, nadie en su sano juicio se atrevería a meterse con nosotros, ni siquiera alguien tan loco como Horacio.

—Usted conocía a Horacio.

Gaspar contestó que sí con un tenue movimiento de su cabeza.

—Tenía alrededor de cuatrocientos años, por lo visto la experiencia no le valió para entender que no debía meterse dónde nadie lo llamó. Siempre fue demasiado avaricioso. A decir verdad, no me extraña que terminase así.

—Ariel fue muy amable en ayudarnos con él y los demás.

Gaspar me dedicó una sonrisa de benevolencia.

—Nada de eso, conozco bien a Ariel, él es un buen amigo de la casa pero no suele hacer cosas por amabilidad.

—Vicente me contó que no es un amante de los humanos, por decirlo de alguna manera.

—No, no lo es. Como te dije, es un gran amigo pero no comparte nuestras opiniones y nuestro estilo de vida, nosotros procuramos conservar y cuidar nuestros rasgos humanos, es por eso que estamos sentados a esta mesa, y nos reunimos ante ella todos los días, como una familia normal, para Ariel esto es patético, despreciable, según su modo de ver las cosas, los humanos no son más que seres inferiores. Para él todo esto es decadente, si le hiciésemos casos a sus estándares deberíamos perder todos y cada uno de los lazos que nos unen con las personas. Además no está de acuerdo con lo que nosotros hacemos para vivir. Llevamos mucho tiempo sin depender del Infierno en lo tocante al aspecto monetario, todos nosotros tenemos nuestros trabajos y nuestros negocios, lo cual para él, es una pérdida de tiempo y esfuerzo. Yo no lo veo así, nunca lo he visto así. Soy independiente desde hace seiscientos años y me enorgullece serlo. De un modo u otro somos productivos para esta sociedad también; la idea de ser un parásito por toda la eternidad nunca me ha agradado, creo que no nací para eso. Trabajo desde pequeño y no me molesta decirlo. Como te dijo Leandro, cuando pasas más de cincuenta años sin hacer nada, corres el riesgo de enloquecer.

Leandro regresó a la mesa y rellenó la copa de Petra, giró alrededor de la mesa y vertió vino en la de Kumiko y luego en la de Vicente.

—Entonces Ariel hizo lo que hizo por Vicente, nada más.

—Puede ser, lo más probable, es que le guste admitirlo o no, ha hecho algo contra su naturaleza. Quizá sea un paso para el cambio, todos podemos cambiar. Yo no era así cuando me convertí esto.

—¿Más vino? —ofreció Leandro con la botella en alto, interrumpiéndonos.

—Sí, gracias —contestamos Gaspar y yo a coro. En ese exacto momento, regresaron los demás de la cocina, cargando tres humeantes cacerolas de barro negro (ninguna de ellos tenía las manos protegidas con manoplas o agarraderas, sus dedos sostenían directamente el barro ardiente).

El plato principal consistió en un plato típico del norte de Brasil, *moqueca* de pescado y camarones, una especie de guiso con postas de un pescado firme y blanco, camarones, papa, cebolla y pimientos morrones rojos, todo sazonado con leche de coco y aceite de coco; algo picante, pero muy sabroso.

La conversión durante el primer plato consistió en temas mucho más neutrales para ambos bandos. Julián se dedicó a relatar sus experiencias vividas en su viaje a Fiji y luego no paró de hablar de sus motos; Diogo acaparó al atención de todos al ponerse a hablar sobre su trabajo, sobre los últimos valiosos cuadros que había logrado hallar en un viejo desván de una antigua casa de campo en Francia y de unas esculturas de un joven diseñador inglés que se habían vendido en Sotheby's por una pequeña fortuna.

Vicente habló poco, aunque me pareció notar que poco a poco, a medida que la conversación se distendía, se relajaba, incluso intercambió un par de palabras con sus amigos, en vez de quedarse mudo como yo, simplemente oyendo las grandes y emocionantes experiencias de los ochos demonios que habitaban en aquella casa. Más tarde vino el postre, el suflé de chocolate que habían mencionado antes, acompañado de delgadas frutas frescas.

—Voy a preparar el café —anunció Máximo levantándose de la mesa, en cuanto la conversación volvió a despresarse por grupos.

—Por qué no pasamos al living, allí estaremos más cómodos.

Todos aceptaron la idea de buen grado.

Leandro me ayudó a levantarme, apartando mi silla.

—Gracias.

—No hay por qué—. Sus labios amagaron una sonrisa.

—Eliza, porque mejor mientras todos esperan el café en el living, no te enseñe la casa.

De refilón, vi Gaspar cruzaba una mirada con Vicente. Vicente hizo un gesto de asentimiento y luego me miró, sin duda se dio cuenta de que los había visto, me hizo una seña para que aceptara y me sonrió tímidamente. Se hizo un

profundo silencio.

—¿Vienes?—. Gaspar me ofreció su antebrazo derecho.

—Sí, claro —contesté posando mi mano sobre su brazo.

Gaspar me dio unas palmaditas en la mano y sonrió.

Vicente se fue con los demás al living, mientras yo era conducida en dirección a la cocina. Cuando entramos en ésta me percaté de que ocupaba un espacio todavía mucho más amplio del que supusiera. El área de cocina, propiamente dicho, debía ser incluso más grande que el comedor. Tres hornos empotrados en la pared entre bellas piezas de mobiliario de laca blanca, dos anafes, de esos que tienen larga hornallas para cacerolas de pescados, dos piletas de desproporcionado tamaño, dos heladeras grandes como placares camufladas detrás del mismo revestimiento los muebles, otra de puerta de vidrio detrás de la que se hallaban hileras e hileras de botellas de vino, una isla con una amplia mesada que me dio envidia, y dos microondas de última generación se repartían holgadamente, el espacio. Un amplio comedor diario con una mesa de madera clara y doce sillas completaban el espacio hasta la pared de cristal del fondo, por la cual se divisaba el amplio parque, y abriéndose en forma de ele, hacia la derecha, estaba un amplio living de confortables sillones y poltronas, más una mesa de café muy amplia, y una enorme pantalla de televisión, en la pared que daba a una puerta abierta, detrás de la cual se adivinaban los primeros peldaños de una escalera.

Massimo nos espió sin levantar la cabeza, estaba ocupado operando una maquina de café expreso de esas que se ven en las documentales de viajes, en los cafés de Italia.

—¿Te apetece salir a tomar un poco de aire?

—Sí, por qué no—. Dejé de mirar a Massimo, no podía parar de preguntarme cuanto sabían ellos, qué habían podido adivinar, y qué opinaban al respecto.

Gaspar se inclinó sobre el sillón que estaba a un lado, tomó una manta de estampado escocés, la desplegó para luego doblarla en diagonal y luego posó el triángulo de lana sobre mis hombros acomodándolo con cuidado y esmero, alrededor de mi cuello. El tejido olía delicadamente dulce y era en extremo suave.

—Ten, afuera está fresco. Ven —abrió la puerta y por ella se coló una ráfaga de aire frío—. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, y allí afuera nadie nos molestará.

La única luz que iluminaba el exterior, era la de la luna. Todo se tornó frío y azul en cuanto salimos. Estremeciéndome en un escalofrío, me arrebujé debajo

de la manta.

—Vamos hacia allá —propuso señalando un camino que se internaba en la arboleda.

Anduvimos en silencio hasta llegar a los árboles, lo cual eso nos ponía a buen recaudo de oídos agudos y miradas curiosas; por extensión, aquello me dejaba a mí sola, con un extraño, con un demonio de casi ochocientos años, que se dedicaba a recolectar almas para convertirlas en demonios, o algo así. Me entró más frío todavía, en cuanto Gaspar me guió por la bifurcación que penetraba en un pequeño bosquecillo oscuro.

Un par de hojas se arremolinaron a nuestros pies, cruzaron el camino para finalmente perderse entre las sombras de los árboles.

—Te inquieta quedarte a solas conmigo —no fue una pregunta, sino una afirmación—. Está bien, lo entiendo, es lo normal, creería que has perdido el control de tus facultades mentales si fuese de otro modo. Es sano tenerle miedo a ciertas cosas. Tranquilízate, no voy a hacerte daño, los humanos me agradan: no olvido que lo fui un día, que yo mismo le temía a la oscuridad y a lo desconocido, al dolor y al sufrimiento. Sería espantoso no sentir nada de eso, lo importante —apuntó alzando un dedo —es no dejarse dominar por esas sensaciones. Todos somos criaturas de Dios —enunció luego de una breve pausa en la que no se oyó más que nuestras pisadas sobre el camino de piedra—. Sé que a muchos humanos les cuesta asimilar eso, y que muchos demonios siguiera querrían oír mencionar una afirmación semejante, ellos creen que nuestro gran amo es el Diablo, pero no es cierto. Todo, en este mundo, incluido él, que es un ángel caído, somos todos creación de Dios. Estemos dispuestos a aceptarlo o no, no somos tan distintos. Tenemos los mismos orígenes... la única diferencia es que en nosotros, se conjuga el mal supremo y el bien absoluto, somos una suerte de balanza entre ambos mundos, nuestras vidas son el Purgatorio personificado, carne y hueso que pena eternamente. Nuestras manos —alzó ambas palmas hacia el cielo, la posición de sus brazos recordaba una de esas antiguas balanzas en las que se ponen pequeños pesos de un lado y lo que se quiere pesar, del otro —recogen toda la dicha y toda la infelicidad de este mundo, para el lado en que se incline la balanza no es responsabilidad nuestra, o al menos eso, es lo que nos han hecho creer desde nuestro nacimiento. Yo no lo veo así. Tenemos todas las herramientas disponibles a nuestro alcance, saber utilizarlas con propiedad, es nuestra responsabilidad, no muchos demonios lo ven así.

Vicente evidentemente lo veía así, él había mencionado que siempre intentaba

hacer lo mejor por aquellos cuyas almas negociaba.

—¿Ustedes aplican esto a la búsqueda de aquellos que luego se convertirán en demonios?

—Lo intentamos, en ocasiones, lo que es bueno para el Infierno, no es bueno para nosotros.

—¿No les molesta hacer lo que hacen?

—No puedo hablar por los demás; en lo que respecta a mi opinión puedo decirte que entiendo perfectamente bien la diferencia entre el bien y el mal, a menos a grandes rasgos, sabes, cuanto más te aproximas a la frontera entre ambos, todo se torna borroso. Siempre he creído que vivo demasiado cerca de esa frontera. Para que exista el bien, debe existir el mal, para que pueda existir el mal, debe existir el bien. Si la balanza se inclinase a un lado, el mundo perdería estabilidad y todos nos caeríamos de él.

—Me está diciendo que necesitamos a asesinos para compensar el peso del mundo.

—Los asesinos nunca me han gustado, sus almas son oscuras, inestables, confusas y huecas, tan amargas, que cuando te aproximas a ellos tienes la sensación de que esa negrura que llevan dentro, te tragará. Yo no he creado el mundo Eliza, no entiendo por qué deben existir ellos, o nosotros, o todos los que causan males, solamente sé que el mundo funciona así, qué siempre ha sido así. Un mundo feliz, libre de guerra, muerte, dolor, enfermedades y sufrimiento no es más que una utopía. La mayor parte del tiempo sufrimos, penamos; eso hace que valoremos todavía más, los buenos momentos.

—Entonces no todos los que ustedes encuentran son de su tipo.

Gaspar negó con la cabeza.

—Aunque tus hijos hagan cosas malas, siguen siendo tus hijos.

—Eso significa que su familia podría haber sido más grande.

—Sí, sin duda, mucho más grande.

—¿Cuánto más grande?

Gaspar aspiró por sus labios entre abiertos y alzó la vista al cielo nocturno.

—No recuerdo el número exacto, entre los que yo he encontrado y los que los muchachos han hallado, es probable que los que ves en mi casa, sean uno de cada cien o ciento cincuenta como mucho. Lamentablemente, no todos los que ha elegido un camino distinto al nuestro siguen en este mundo. Nuestra vida tampoco es fácil. La eternidad es demasiado infinita para muchos, incluso, hemos perdido a integrantes de nuestra familia, no todos son capaces de resistir esto, lo quieras o no, continuamos teniendo conciencia, pensamos,



razonamos, somos seres lógicos. Nadie puede despegarse de la realidad a menos que enloquezca, y cuando enloqueces firmas tu sentencia de muerte... para entonces, ya suele ser demasiado tarde—. Gaspar bajó la mirada y siguió andando—. Además, la vida que llevamos puede resultar agotadora, somos como nómades, vamos de aquí para allá, recorriendo el mundo entero una y otra vez, y la mayoría de las veces, regresamos a casa con las manos vacías, la mente turbada y el corazón lleno de desasosiego, no es fácil encontrar a aquellos que valen la pena, y el resto, suelen convertirse en malos tragos nada más. Como te dije, aprendes a convivir con esto. Así, sobrellevas cada día, de lo que dure la eternidad para ti.

Escuché atentamente cada palabra que Gaspar me dijo, e hice un intento por comprender la magnitud de lo que deseaba expresar con ellas, pero era conciente de que al menos que se experimentara lo que él vivía y continuaba viviendo, un gran margen de información se perdía en el proceso de asimilación.

El camino zigzagueó entre altos y fornidos árboles para finalmente abrirse en un pequeño claro el cual se notaba, por la curvatura del terreno, era una loma. Gaspar me invitó a alejarme del camino y me guió hasta lo más alto. En cuanto mi cabeza sobrepasó el pico de la loma, divisé la oscuridad del río, más allá de la barranca. El agua estaba quieta, oscura y parecía sólida.

—Vicente me ha hablado de tu deseo —soltó después de que una ráfaga de viento intentase arrancarme la manta de encima de los hombros.

Miré hacia abajo, unos diez o quince metros por debajo de mis pies, continuaba el cuidado parque de la propiedad.

—Es lo que realmente deseo y quiero —entoné con decisión.

Gaspar me miró y rápidamente apartó sus ojos ámbar de mí.

—Resulta difícil concebir la idea de convivir con alguien por más de doscientos años, incluso si esa persona, es el ser a quien más amas en este mundo; tanto nosotros, como para los humanos, que no son eternos, el compañerismo y el amor, pueden ser un reto duro de tolerar sin ceder o flaquear. La vida puede desgastar más que una lima nueva si te descuidas, y cuando llevas este complejo estilo de vida, resulta todavía más laborioso mantenerte focalizado en aquello que amas. Cientos de sensaciones y experiencias tironean de ti en todas direcciones; lo que tú experimentas en toda tu piel, a nosotros nos afecta en un solo milímetro cuadrado de la nuestra, es como si cientos de voces gritaran en tus oídos, como si luces cegadoras apuntasen directo a tus ojos, como si todo el amor y el odio del mundo se

peleara por un lugar dentro de tu cuerpo, como si tu existencia ya no fuese tuya, sino de toda la tierra, no vuelves a concebir tu cuerpo como materia concreta, sino como una abstracción de lo que te rodea y de lo que tú mismo eres—. Hizo una pausa—. Conlleva mucho trabajo y esfuerzo aprender a controlar todo eso.

—Me está diciendo que dejaría de quererlo, que ya no podría quererlo si cambio.

—No te volverás insensible, todo lo contrario, ese es el problema. Como manejes el cambio, en el supuesto caso de que pudieses llegar a cambiar, es lo que determinará qué y cómo serás. No tengo una respuesta a tus preguntas. Me llevó siglos de soledad interior, encontrar lo que mi alma necesitaba, por decirlo de algún modo. Cuando conocí a Diogo, el no era más que un chiquillo delgado y desgarrado que trabajaba en una plantación de azúcar en el norte de Brasil, sus padres, él, y el resto de su familia eran esclavos. En cuanto lo vi supe que su alma era diferente a las demás, supe que un día, volvería a encontrarme con él, pero jamás podría haber adivinado lo que sucedería más tarde; para que lo sepas, yo ya había perdido las esperanzas de hallar a quien completara la parte que faltaba en mí, luego de cuatrocientos años, ya no conservaba esperanzas. Tenía una familia, mis hijos eran mi compañía, pero sus vidas eran independientes de la mía, como lo somos realmente todos, hasta que hallamos el amor.

—¿Usted recolectó el alma de Diogo?

—No, alguien más se me adelantó, suerte para mí, y quizá desgracia para él, fue poco lo que ese otro hizo por él, además darle lo que deseaba.

—No comprendo.

—Para convertirte en lo que nosotros somos, debes entregar tu alma a cambio de nada, así es como usualmente te unes al Purgatorio, pero como siempre, suelen existir excepciones.

Sabía que existían, yo conocía una, era amiga de una. Lucas.

—Diogo era un alma agobiada por la esclavitud, en el moraba un odio muy grande, un resentimiento todavía peor, hacia todos, y todo en este mundo. Se entregó a voluntad casi por despecho, como suele sucedernos a la mayoría, aunque otros lo hacen por poder, por desinterés o lo que fuere. Para resumir la historia. El demonio que aceptó a Diogo, lo dejó prácticamente desamparado, sin saber qué hacer con todo lo que tenía entre sus manos. Cuando mi familia y yo lo encontramos, él estaba todavía más desesperado, enojado y solo de lo que había estado antes. Todos los años de sufrimiento y dolor le estaban

pasando cuenta. Llevaba cinco días de su nueva vida, pero ya había hecho tantos destrozos que se comentaba que lo eliminarían. No todos son responsables con sus creaciones. En fin, Diogo se mudó con nosotros, sin embargo tardó mucho tiempo aceptar su nueva vida.

—Entonces... ustedes no han estado juntos desde entonces.

—Creo que yo me di cuenta de que llevaba amándolo años, en cuanto volví a verlo, pero él básicamente me odiaba a mí y a todos los demás demonios, incluso a sí mismo. Ese sentimiento prevaleció en él, al menos por una veintena de años. Desde entonces, poco a poco, nos hemos convertido en compañeros inseparables, él es parte de mí, y yo soy parte de él. No comprendo cómo sucedió, simplemente pasó, es como si tuviese que suceder... simplemente tenía que suceder. A veces, el amor surge en los lugares más recónditos y extraños, y ciertamente, nada tiene que ver con la apariencia y mucho menos con el sexo —añadió sonriendo—. Es señal completamente distinta, algo que no puedes forzar, y que si es fuerte, resistirá incluso al tiempo y al espacio.

—¿Existe una esperanza para mí?

—Sí, pero por qué crees que deberías cambiar. No digo que tú amor no vaya a durar, es que no entiendo por qué quieres convertirte en esto, Vicente y tú podría seguir juntos por mucho tiempo.

—No sería lo mismo.

—No, definitivamente no lo sería, tú no perderías tú alma, no te condenarías al Purgatorio, y te asegurarías de seguir amándolo.

—Es probable que ya esté condenada al Infierno por amarlo, si es que el infierno existe.

—El amor no condenaría a nadie, jamás, al Infierno, Eliza. El amor real no se equivoca y no está mal. Nunca está mal si es sincero. No importa el sexo, la edad, la apariencia o todo lo que quieras interponer, si el amor es real, nunca está mal.

—Yo no quiero separarme de él jamás. Puede sonar a capricho, pero no él es.

—Y eso nos lleva de nuevo a las nociones de tiempo. Es lamentable, el tiempo lo gobierna todo; ni tú ni él, están exentos a su paso. No pretendo juzgarte, sin embargo no crees que contemplas nada más que un solo lado de este asunto.

—¿A qué se refiere?

—Podrías asegurarme que tú lo resistirías, que tu amor sobreviviría el cambio, incluso, que no tendrás mayores problemas por renunciar a tu vida humana, que encararás la eternidad con determinación y fuerza, pero... ¿qué

me dices de él? Crees que Vicente desee vivir eternamente, y en caso de que así no lo quiera, crees que se quedaría a tu lado solamente por no dejarte sola, después de todo, él sería la razón de tu cambio y en él recaería la responsabilidad, y si te dejara, qué harías tú sin él, tendrías el coraje de enfrentarte a nuestro mundo para ponerle fin a la existencia o continuarías existiendo por siempre, sola, sabiendo que es probable que lo que te sucedió una vez, no vuelva a sucederte, que nunca vuelvas a enamorarte de nadie otra vez.

Si había algo que yo no deseaba escuchar, era eso.

—Prefiero que alguien me diga que quiere entregar su alma voluntariamente por despecho contra la vida, amargura, por odio, por locura, o incluso por desidia, pero jamás por amor a nadie.

Sentí que las piernas me flaqueaban.

—Vicente es un ser demasiado atribulado, está demasiado acomplejado, en lo más profundo de sí mismo, no se cree bueno ni para nuestra sociedad. Su conciencia le pesa y no sabe qué hacer con ella, además no sabe si es bueno o malo, si debe sentir culpa por existir o si debe estar agradecido por ello, nunca, desde que yo lo conozco, se ha permitido realmente, ser feliz. No cree merecer la felicidad, es por eso que la infinidad de veces que le he pedido que se una a nosotros, que forme parte de nuestra familia, me ha dado una y otra vez la misma respuesta: no, no y no.

Ambos nos quedamos en silencio, oyendo los sonidos de la noche y el viento arrullando las ramas que poco a poco se quedaban calvas.

—Es posible que no quiera una familia, que no desee un futuro.

—Usted no lo sabe —le rebatí para no permitir que un extraño echase por tierra mis anhelos más grandes y preciados.

—Y tú tampoco. Para arrancarle una palabra a Vicente debes ser más que insistente.

—Lo sé.

—Es una fortaleza en sí mismo. Demasiado responsable de sus tareas que no pude confiar en nadie, sus angustias. Como si fuese un ser único, él último de su especie.

—En cierta forma lo es.

—Sí, lo es —convino asintiendo con la cabeza sin dejar de sonreírme—. Al menos, te ha contado eso, ¿o me equivoco?

Asentí con la cabeza.

—Quizá yo esté errado, es posible que contigo se haya efectuado un cambio,

lo que habría que ver es si él está dispuesto a asimilarlo, si él puede o desea hacerlo parte de sí. ¡Debes pensar que soy un pesimista empedernido! No es así, simplemente hablo por boca de quien ama, y como sé que tú también lo amas, y mucho, trato de ser lo más sincero que puedo contigo.

—¿Es el realmente el único?

—En toda mi vida me he topado con uno solo como él. Su don era su fuerza y su debilidad. Vivió muchos años; al final su resistencia fue flaqueando hasta que simplemente se abandonó. Murió hace mucho tiempo. Su don terminó por transformarse en una insoportable carga para él. Su existencia no terminó del mejor modo. Tienes que saber que los de su tipo no son comunes y nadie sabe exactamente por qué o cómo es que existen. Debe aparecer uno cada mil años quizá, son como una suerte de leyenda viviente, son el terror de todos los demás. Los demonios tanto les temen, como los odian por ser lo que son, por poder acabar con nosotros en un parpadeo. La mayoría de los que son del tipo de Vicente, intentan ocultarse, prefieren la soledad y el anonimato, viven mejor si el mundo no sabe que existen. Es probable que haya otros... nunca lo sabremos a ciencia cierta, no, si alguno de los nuestros no lo descubre. Encontrar a alguien de la talla de Vicente es como encontrar un gigantesco brillante en bruto. Imagínate todo lo que puedes hacer con él, todo lo que ganarías para ti, si eres capaz de esculpirlo a tu gusto —movió la cabeza y desplegó su vista al frente, al horizonte oscuro y frío—. La manipulación es un arte que los demonios han explorado y desarrollado maravillosamente bien a través de los siglos.

—¿Vicente es el objeto de la manipulación de alguien?

—¿Acaso yo he levantado alguna acusación?

Le sostuve la mirada.

—Vicente ha sido criado en otro contexto, en uno diferente al nuestro. En uno para el que los humanos no son más que insignificantes seres cuyo único valor son sus almas. Considerar las cosas de ese modo ayuda a viajar más ligero, la vida puede ser más sencilla si no te atas a nadie ni a nada, pero también mucho más amarga y llega un punto en que se vuelve igual de insoportable que si sufrieses por el amor más intenso que ha tocado a nadie jamás.

- Vicente escogió a Ariel de entre los demás, ¿por qué? Por qué no se quedó con ella, con la mujer que tomó su alma.

Gaspar clavó sus ojos en mí con una intensidad que me provocó un dolor agudo en el cerebro, a la altura de la nuca.

—Sé que fue una tal Eva quien obró el cambio de Vicente.

—¿Vicente te contó eso?

No se me pasó por alto el desconcierto en su rostro y en su voz.

—No, más o menos, Vicente me dijo que ella se llamaba Eva pero yo adiviné que había sido esa mujer.

—¿Qué?

—Alguien que yo conozco los vio a ambos juntos, en una fiesta, en circunstancias semejantes a las que yo pasé antes de que Vicente disidiese abandonar sus intentos de comprar mi alma.

—Creo que te entiendo, lo que no comprendo es... cómo supiste que era ella. Me encogí debajo de la manta.

—Simple intuición, supongo. Eva dejó a Vicente o fue él quien la dejó a ella; él me contó que ambos mantuvieron una relación intermitente.

—No debieras discutir esto conmigo, sino con él.

—Vicente no quiere hablar conmigo al respecto.

—Pues bien, respetaré su silencio.

—¿Usted conoce a Eva?

—El mundo es más pequeño de lo que te imaginas. Eva es una de mis hijas. El descubrimiento me impactó.

—Y por qué dejó a Vicente.

—Por qué asumes que fue así. No voy a contarte nada, pero debes saber que Eva vivió con esta familia hasta que Vicente apareció.

—¿Eso qué significa?

Gaspar me dedicó una mirada lánguida.

—Deberás averiguarlo por ti misma.

—Y qué papel cumple Ariel en todo esto.

—Ariel es una entidad respetada por todos en nuestro mundo. Un maestro en su arte, al menos muchos lo juzgan de ese modo.

—¿Y para usted?

Gaspar me miró en silencio.

—¿Por qué no te agrada?

—¿Por qué no le agrada a usted?

Gaspar soltó una risa suave, seca y corta. No me miró sus ojos continuaban la línea del horizonte.

—Ahora entiendo porque sabes tantas cosas de Vicente, sí que eres particular.

—No entiendo ni la cuarta parte de lo que debería saber, eso lo sé.

—Ariel no tiene que agradarme, sencillamente sus prioridades son distintas a las mías, es como en tu mundo, no a todos les interesa dedicarse a la política,

no todos quieren ser presidente.

—Le interesa el poder.

—Eso queda claro —hizo una pausa— Vicente es un buen muchacho.

—¿Vicente se fue con Ariel porque quiso?

—Los primeros años no son fáciles para nadie.

—Pero continúa a su lado.

—Es su padre adoptivo, por llamarlo de alguna manera. Además los hijos no necesariamente tienen que ser como su padre, sería injusto juzgarlo tomando en consideración solamente ese detalle.

Ciertamente había más de un detalle en juego, pero mi cerebro estaba embotado de tanta información. Las revelaciones habían sido demasiadas para una sola noche.

—No confío en Ariel —solté en voz baja. Se me escapó, era lo que pensaba, lo que todo mi ser me decía a gritos.

Gaspar no dio señales de haberme oído, pero estaba segura de que había captado mis palabras con claridad.

—Estoy confundida —me pasé una mano por la frente, miré hacia el horizonte y me perdí todavía más—. Ya no sé que pensar.

—Tómate tu tiempo para deliberar con calma. Cualquier decisión apresurada es una mala decisión.

El viento subía por la ladera de la loma se arremolinaba entre nosotros. Una nube perdida pasó por delante de la luna, dejándonos momentáneamente a oscuras. Un escalofrío me atravesó todo el cuerpo.

—Vicente me trajo aquí por una razón.

—Y esa razón no es la que tú te imaginas.

—Aun así, usted cree que yo podría.

—Es muy temprano para dictaminar si tú serías buena en esto, o no, de lo que no me cabe la menor duda es de que eres especial, muy especial.

—¿Especial cómo?

—Lo descubrirás a su debido tiempo, si es que te toca hacerlo.

—Me figuro que ustedes no son el único clan que existe, o sí.

—No, hay otros —me contestó mirándome de reojo como si yo estuviese amenazándolo, cosa que no era, simplemente sentía curiosidad, la verdad es que no tenía intenciones de buscar a alguien más para que efectuar en mí, el cambio que yo deseaba, para ser completamente, lo quería todo, quería ser como Vicente y quería que fuese él quien recolectase mi alma—, tanto de aquellos que se dedican a lo que nosotros, como a los que ocupan sus

existencias comprando almas a buen precio; no están unidos por lazos semejantes a los nuestros. La amalgama que los une no tiene el mismo origen. Nosotros somos una familia, o al menos nos gusta considerarnos así, sin embargo, la mayor parte de las alianzas que se dan, son por poder. La unión hace la fuerza. El único provecho que nosotros sacamos los unos de los otros es la compañía, el afecto, como habrás comprobado, somos capaces de querer y amar al igual que cualquier otro ser humano.

Me envolví en la manta abrazándome a mí misma procurando convencerme de tenía un futuro junto a Vicente, yo lo sentía así.

—¿Por qué me trajo Vicente, si no fue para lo que yo suponía?

Gaspar ladeó la cabeza.

—Ven, regresemos a la casa.

—Eso es algo más que no va a contarme.

—Te equivocas, lo sabrás, pero no lo explicaré con palabras.

Anduvimos en silencio todo el camino de regreso.

## 12. Sin sorpresas.

La brillante e iluminada casa se fue abriendo poco a poco, frente a nosotros. Todo parecía igual y en su sitio. Yo tenía la impresión de haber pasado horas fuera, por lo que esperaba algún cambio en ella, uno significativo semejante al que se empelara en mí interior, sin embargo las cosas estaban exactamente igual. La única modificación palpable era que Massimo ya no estaba en la cocina preparando el café. En el aire se percibía el aroma de la bebida caliente y también las voces, las cuales sonaban alegres y distendidas. No capté la voz de Vicente y eso me molestó, hubiese deseado oírlo reír, quería oír reír, quería saber que se sentía a gusto allí, que tenía ganas unirse a los demás.

Gaspar cerró la puerta detrás de mí.

—Acompáñame, por favor.

Lo seguí en dirección a la puerta que daba a las escaleras que había atisbado antes de salir. De hecho, empezamos a ascender por ellas hasta el primer piso de la casa. La escalera caracol desembocó en un amplio hall a oscuras.

De repente me puse nerviosa, conociendo a los demonios como los conocía, me bastaba para que la omisión de ciertas explicaciones me pusiesen los pelos de punta.



Gaspar tomó el corredor a la derecha y yo lo seguí. El sonido de nuestros pasos era absorbido por una espesa y mullida alfombra de color claro, no puedo precisar cual, por que apenas si había luz. La poca luz provocó que cuando Gaspar se detuvo súbitamente, choqué contra su espalda, comprobando lo duro y firme que era su cuerpo.

Gaspar se disculpó y yo enrojecí. Su cuerpo era mucho más caliente que el de Vicente, estaba pensando en eso, cuando mi guía y anfitrión se hizo a un lado. En la penumbra, adiviné una figura, había alguien parado a unos cuantos pasos de nosotros.

—He cumplido con mi parte —entonó Gaspar casi en un susurro.

La sangre se me heló de golpe.

La figura dio un paso al frente y Gaspar se evaporó de la nada.

—Sorprendida de verme —me preguntó Vicente en un susurro.

—¿Qué es lo que está sucediendo aquí?

Dio un paso al frente y me tomó por las manos.

—Me agrada no haber recibido una sorpresa.

—De que me estás hablando. No entiendo nada, en este momento estoy demasiado mareada y confundida para que encima me hables en código, a qué tantas sorpresas te refieres.

—Eres humana.

—Eso ya lo sé, ¡que novedad! Estás desvariando, te hizo mal el vino.

—Ya sabes que el vino no me afecta.

—¿Entonces?

—Le conté a Gaspar sobre aquella vez que te quemé.

—¿Para qué hiciste eso?

—Tenía que asegurarme de que no eres de los nuestros. Por el bien de todos.

—Es broma, creías que yo era un demonio. Por qué, eso es ridículo.

—No es que lo creyera, yo siento tu alma, tu corazón latiendo, pero pensé que quizá... que quizá pudieses estar engañándome.

—Engañándote para qué—. La idea me golpeó en la nuca como traída por un fuerte vendaval que arranca las ventanas de su sitio—. Creías que quería engañarte para aprovecharme de tú poder, ¿es eso? ¿Todos ustedes son tan retorcidos y complicados? ¿Quién podría mandarte a comprar mi alma si realmente yo no soy una humana? Es que ni Ariel, Lucas, ni tú se darían cuenta de que yo no la tendría de ser un demonio.

—Lamento haber desconfiado de ti.

—¿Pensaste que yo era tan buena como para eso?—. No me lo podía creer,

¿existía un demonio verdaderamente tan fuerte, tan poderoso y tan bien acomodado que podía usar sus influencias para pretender ser un humano, engañar a docenas de congéneres suyos para hacerse con el poder de otro demonio?

—Buena para eso o muy mala para enojarte por haber desconfiado de ti, es por eso que le pedí a Gaspar que subiera contigo aquí, cuando terminaran.

—¿Cuándo terminaríamos, a qué te refieres?

—Todos en esta casa tienen un don en particular, Gaspar es bueno percibiendo cosas, reconociendo a los nuestros entre las multitudes. Se ha tomado su tiempo contigo para asegurarse de que incluso no eras más fuerte que él, es por eso que te sacó de la casa. Disculpa todo esto.

—Debería sentirme ofendida—. En realidad estaba confundida.

—Me lo perdonarás. Es que tengo que tener cuidado de con quién ando. Sobre todo, si me permito enamorarme así.

—Aquí tienes una familia que está dispuesta a protegerte, lo sabes. Ellos se han arriesgado al permitir que tú metieses en su casa a una supuesta mujer demonio que podía estar engañándote a ti.

—A una supuesta mujer demonio que podía haber sido muy fuerte y sabía como para engañarme a mí y a muchos otros.

—Y sin embargo así, no has aceptado la invitación de Gaspar de unirse a su familia.

—¿Quién podría querer tener en su familia a alguien como a mí?

—Deja de estar todo el tiempo echándote tierra encima, que aún no estás muerto.

—Bueno, técnicamente lo estoy.

Le puse cara de pocos amigos.

—Creí que yo tenía el monopolio de las bromas tontas.

—¿Cuándo le dirás que sí?

—¿A Gaspar?

Contesté que sí con la cabeza.

—Ya tengo un padre.

—Aquí tendrías una familia completa.

Vicente se sonrió.

—No cambias a tu familia porque sea pequeña o porque no te guste.

—Ya lo sé, pero...

—¿Qué tiene que ver esto contigo?

—Yo quiero ser parte de tu familia.

—Ya lo eres.

—Por lo que escuché, dudo que Ariel esté dispuesto a recibirme de brazos abiertos. Según creo, no soy la nuera que él espera.

—Te equivocas en eso.

—Dime que me darás lo que quiero.

—Eso sonó a niña malcriada.

—Haz de cuenta que te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—Tú aún no me has dicho que sí.

—Vamos, Vicente.

—Te prometí que lo pensaría y lo estoy pensando. Crees que me tomaría tantas molestias contigo, que te presentaría a los que más aprecio si no estuviese contemplando la idea de pasar el resto de mi vida contigo.

—Siempre y cuando yo no envejezca y muera a tu lado —canturreé.

—Ven —tironeó de mi mano—, los demás se han quedado con las ganas de charlar un poco más contigo.

Opuse resistencia a su tirón.

—¿Ahora qué?

Me quedé mirándolo en silencio.

—Yo no cambiaría nada de ti.

—¿Por qué me dices eso?

—Quiero que lo sepas, es todo.

—No, no es todo. Te conozco.

—Ninguno de los dos está en deuda con nadie por esto.

—Ahora soy yo quien no te entiende a ti.

—No quiero que te de culpa estar conmigo, no has echado a perder mi vida, ni mi alma.

—Estás a tiempo de recomponer tu vida, y tu alma no está en peligro en tanto y en cuanto no continúes insistiendo con cambiar.

—¿Te sería más fácil si se lo pidiese a alguien más?

—No, porque continuaría siendo mi culpa.

—¿En algún momento vas a dejar de pensar que es tu culpa? Por qué tienes que sentirte responsable, eso hace que me sienta una torturadora.

—Y eso hace que yo me sienta aún peor.

—Tenemos que cortar con este círculo vicioso, esta actitud no nos llevará a ninguna parte.

—¿Qué propones? —inquirió cruzándose de brazos.

—Que terminemos con esto de una buena vez.

Vicente se quedó duro, sin parpadear por unos cuantos segundos hasta que finalmente pareció reaccionar.

—Bien, te llevaré de regreso a tu casa y jamás volveré a molestarte—. Soltó a todo velocidad descruzándose de brazos para luego extender una de sus manos en mi dirección como si quisiese agarrarme para sacarme de allí cuanto antes.

—¿Estás bromeando?! ¡No quiero que me dejes! Es que no entendiste ni una sola palabra de lo que he dicho.

—Tus sueles enredarme con tus palabras —soltó exasperado revoleando las manos.

—Quiero cambiar... —me mordí el labio inferior—...ahora, se lo pediré a Gaspar—. El corazón empezó a latirme a toda velocidad, realmente estaba dispuesta a hacerlo en este instante. No tenía miedo, estaba segura, decidida.

—¡Eso sobre mi cadáver!

—¡Gaspar!

—No lo hagas —gruñó furioso.

—¡Gaspar! —grité todavía más fuerte.

—Te juro que si el accede a hacerlo ahora, habrá sido en vano. Si cambias sin mi consentimiento no volverás a verme jamás. Te lo juro Eliza. Si lo haces no volverás a verme. No me verás más. No es una amenaza hueca, estoy hablando muy en serio. No quiero que cambies y menos por mí.

El rostro de Gaspar apareció por encima del hombro derecho de Vicente.

—¿Me necesitan? —nos preguntó en voz baja.

—No —le contestó Vicente en un tono áspero y seco, volviéndose hacia él para darme la espalda a mí. Gaspar me miró sin pronunciar palabra.

—Bien —nos miró a ambos por turnos—, Julián ha sacado sus fotos de Fiji, si quieren bajar a verlas...

—Enseguida vamos —contestó Vicente.

Gaspar se perdió en la oscuridad.

—No vas a permitirme hacerlo, nunca vas a dejarme... ¿no es así?

Se hizo un silencio más que elocuente.

—Vas a dejarme morir —jadeé. Tenía la sensación de que alguien había colocado un yunque sobre mi pecho, apenas si podía respirar.

—Y ese día moriré contigo. Es así como debe ser.

Me mordía la lengua y apreté los puños para aguantarme, no tenía caso continuar con esta discusión ahora, no llegaríamos a ninguna parte. Pero la última palabra, no sería suya, eso podía garantizárselo.

La noche se hizo larga, las fotos de Fiji mostraban unos paisajes fabulosos,

unas playas paradisíacas y un océano que impresionaba incluso en fotos. La familia se mostró todavía más agradable y simpática conmigo, pero mi ánimo no era muy efusivo, tenía la sensación de que jamás formaría parte de su familia y eso me amargaba espantosamente, yo quería ser como ellos para no tener que volver a temer por mí vida, para armarme de la seguridad de que si ponía empeño en ello, conseguiría convencer a Vicente de que podíamos y nos merecíamos, tener una eternidad juntos, para olvidarme de mi aprensión a Ariel, para ya no tener que extrañar a Lucas, para sentirme capaz de defender a mis padres si algún otro demonio creía que podía meterse en mi vida para desbaratarla, para finalmente, poder oír de boca de Vicente, la historia de su vida y su verdad.

...

—Fue un placer conocerte —me dijo Sofia para luego estamparme un beso en cada mejilla, con sus cálidas manos posadas sobre mis brazos—. Espero que vuelvas a visitarnos pronto, me gustaría poder tener más tiempo para charlar contigo.

—A mí también.

—Es cierto, tienen que volver a visitarnos pronto, has pasado demasiado tiempo alejado de la familia —le reclamó Diogo a Vicente dándole una palmada en el hombro.

—Esta vez no se nos escapará Diogo —le aseguró Gaspar a Diogo girando la cabeza hacia él—, Vicente y yo tenemos planeado volver a vernos en la semana; debemos discutir algunos negocios.

—Podríamos organizar otra cena entonces —exclamó Sofia muy emocionada.

—Ya veremos —le contestó Vicente. Lo que a mí me sonó como un rotundo no.

—Ha sido un placer —entonó Leandro cuando me paré frente a él para despedirme—. Es un alivio que no seas uno de los nuestros.

¿Qué tenía de alivio que no lo fuera?

—No le hagas caso —me recomendó Julián dedicándome una gran sonrisa—. Se pone celoso ante cualquier potencial competencia. A mí me agradaría mucho tenerte como hermana, harías las veces de una agradable brisa fresca para esta familia.

—Julián —rezongaron Gaspar y Leandro a coro al tiempo que Vicente ponía mala cara, de la cual, se percataron todos sin excepción.

—Gracias, Julián, no te haces una idea de lo mucho que significa para mí, lo

que acabas de decir.

Julián asintió en un lánguido parpadeo.

Le sonreí, por dentro me embargaba una angustia insoportable que amenazaba con hacerme llorar a cada minuto.

—Hasta pronto —se despidió Petra de mí tendiéndome la mano. Esa fue la primera y única vez que me dirigió la palabra en toda la noche.

Le devolví el apretón.

—Hasta pronto.

En cuanto Petra y yo nos soltamos, Julián recogió sus manos y las aferró entre las suyas con cariño.

—Gracias por todo, Gaspar.

Gaspar me ofreció una reverencia con la cabeza, sin pronunciar ni una palabra.

—Vamos, que ya es muy tarde —Vicente me tendió el casco.

Antes de que arrancara la moto, le eché un último vistazo a la familia reunida ante las puertas de su hogar. No lograba comprender por qué Vicente y yo no podíamos tener algo similar a aquello, qué diferencia había entre nosotros y ellos.

Nos despidieron con las manos en alto mientras nos alejábamos por el camino y poco después nos internamos en el camino oscuro que hacía esos en dirección a la salida de la propiedad. El portón nos esperaba abierto; se cerró en cuanto lo cruzamos.

Las calles estaban desiertas y el frío apretaba. Me acurruqué contra la espalda de Vicente para así calentarme con el calor de su cuerpo.

La autopista estaba más desierta todavía, desierta y silenciosa. El silencio me hizo bien, y al mismo tiempo también me dio una sensación de distancia que no pude sondear ni apretándome más contra él. Por lo visto ya no importaba cuanto lo intentásemos, era como si siempre de por medio entre ambos hubiese una gran muralla.

Esa noche, la pasamos en mi departamento; él continuaba igual, como si nada hubiese sucedido, yo no podía parar de sentirme desconcertada, terriblemente perdida.

El domingo pasó envuelto en la misma nebulosa. Nos quedamos en la cama hasta el mediodía y luego salimos a pasear, incluso pasamos por la casa de mis padres, él continuó de buen humor, conversaba conmigo de temas sin importancia, incluso insistió en llevarme a cenar a un lugar romántico, pero ni las velas cuya flama hondeaban a la brisa nocturna, lograron derretir el hielo que había dentro de mí.

13.

De vuelta al trabajo.

—Ten —me tendió la taza de café y luego se sentó a mi lado—. ¿Quieres que te lleve al trabajo o te llevas la camioneta?

—Supongo que puedo ir en la camioneta —le contesté después de soplar sobre la superficie del café. La taza caliente entibiaba mis manos frías. El clima afuera se anunciaba destemplado, el cielo nublado oscurecía la ciudad, tiñendo todo de gris, incluso mi ánimo. Nunca tuve nada contra los días nublados, ni contra la lluvia, pero hoy ni el calor ni el sol me hubiesen levantado el ánimo. Sin duda necesitaba algo más fuerte y conciso que un día bonito para alegrarme—. ¿Vas a estar ocupado?

—Sí, de hecho tengo que ver a alguien esta tarde —remoloneó al tiempo que buscaba algo en la pantalla de su celular.

—¿A Gaspar?

—No, es alguien más. Te lo cuento en la noche. ¿Nos reunimos en mi casa?

—Sí, claro.

—Si no quieres...

—No —lo corté —tu casa está bien; nos vemos ahí en la noche.

—Tengo que irme —anunció poniéndose de pie.

Hice el ademán de levantarme pero no me lo permitió, su mano izquierda apoyada sobre mi hombro me mantenía contra la silla. Se inclinó sobre mí y me besó.

—Te amo —me dijo y nos quedamos en silencio

Lo vi recoger su chaqueta de encima de la vieja poltrona para después salir de mi departamento sin mirar atrás.

De vuelta en el trabajo, apoyada contra el mostrador, con la mirada perdida más allá del cristal de la puerta. Me rodeaba el murmullo de los clientes paseándose entre las góndolas, de los automóviles pasando por la calle, Matías despotricando por la caja de piñones que acaba de desbaratársele entre las manos, desperdigando un montón de tubos de cartón por entre las piernas; Susana recomendándole un whisky a la mujer que tenía delante. No quería oír las voces, no me interesaba saber lo que decían, de modo que las convertí en un zumbido incomprensible.

Me parecía increíble estar otra vez aquí. Últimamente mi vida alternaba en dos mundos paralelos completamente diferentes y yo ya no me sentía parte de ninguno de los dos. Tenía la impresión de flotar en el limbo, ingrávida. Vicente no terminaba de permitirme entrar a su mundo, pero con lo que yo sabía y vivía cada día, tampoco podía permanecer en el mío sin verme a mí misma igual que una extraña, que un ente.

Esta situación me desgastaba; no tenía ni idea cuanto más iba a durar sin



enloquecer, o sin cometer una tontería, y con esto me refiero a irme de boca sin querer.

Dejé escapar un suspiro y parpadeé, los ojos me picaban por haberlo mantenido tanto tiempo abiertos con la vista fija en la nada.

La camioneta del repartidor que nos entregaba cada semana el pedido de vinos importados se detuvo frente a la puerta. En un intento por despabilarme me pasé las manos por la cara. No logré demasiado, solo lo suficiente para atinar a sacar del cajón la carpeta con las notas de pedido, para buscar la que correspondía al proveedor que estaba a punto de entrar en el local con un carro de cajas apiladas.

—Buenos días.

—Buenos días —le contesté abriendo la carpeta.

—El de hoy es un pedido grande.

—Sí —le contesté al encontrar la orden de compra; era un pedido de dos hojas.

Matías bufó al oír eso.

El proveedor dejó la primer carga junto al mostrador para que yo la fuese controlando mientras iba por lo demás.

El carillón sonó estruendosamente pero no le presté atención.

—Pase usted primero —le dijo el repartidor al alguien. Ese alguien entró y la puerta se cerró.

Yo seguí con lo mío para no perderme en la lista.

—Sí, por aquí —le escuché decir a Susana. Sus piernas y las de un hombre pasaron a la altura de la caja de vino espumante que yo controlaba de cuclillas en el suelo.

La puerta se abrió otra vez. El carillón volvió a estremecerse con el sacudón.

—Aquí está el resto.

Alcé la cabeza.

—El negocio va mejor, ¿no? Cada vez hacen pedidos más grandes. Se han transformado en uno de nuestros mejores clientes.

Era cierto, las ventas se habían incrementado en los últimos dos meses.

—¿Eso es todo? —le pregunté levantándome luego de cotejar la lista con las etiquetas de las cajas.

—Sí, es todo.

—Gracias. Hasta la semana que viene, entonces.

—Hasta la semana que viene.

De repente el negocio quedó vacío de clientes, salvo por el que Susana

atendía allá por la sección de vinos blancos.

—Te ayudo con eso—. Me ofrecí ante Matías, cuyo humor iba en detrimento del bienestar de los productos que acaban de llegar.

—No, está bien, yo me ocupo.

—Te juro que intentaré dar lo mejor de mí para no romper nada —bromeé.

Matías me miró con cara de pocos amigos.

—Yo lo ayudo —dijo Susana al llegar a nosotros—, tú puedes cobrarle esto al caballero —me indicó tendiéndome una botella de *Riesling*.

Tomé la botella por el cuello y alcé la mirada. Una blanca sonrisa me enfrentó sin pudor alguno.

—En efectivo, por favor —entonó el hombre.

Todavía no comprendo cómo es que la botella no se me escapó de las manos cuando lo vi. Tenía a Ignacio parado a un paso de mí, vestido de punta en blanco, sonriéndome despreocupadamente tal si fuésemos dos completos desconocidos.

—¿Eliza, te negarás a venderme esa botella de vino, solo por lo que pasó? —curioseó poniendo cara de inocente.

Me volví desesperada y comprobé que Susana y Matías habían bajado al sótano.

—No pongas esa cara, vine en calidad de cliente, eso es todo-, este establecimiento y sus productos se han hecho conocidos en mi mundo. Han hablado tanto y tan bien de quién lo regentea que decidí darme una vuelta para ver si encontraba algo de mi agrado.

Las manos me sudaban tanto que creí que la botella se me resbalaría de entre los dedos.

—Vicente...

—Vicente no está aquí—. Se metió la mano debajo del saco y yo me aparté al instante temiendo no sé qué, dudaba que fuese a sacar un arma o nada parecido, pero por las dudas me alejé del tiro de sus manos. Ignacio soltó una carcajada y divertido, alzó en alto lo que llevaba en la mano derecha; era un fajo de billetes sujetos por un clip grueso de oro y plata—. Es agradable ver que todavía conservas tu humanidad, yo creí que él no podría contenerse. Todo mundo se llena la boca hablando de lo honorable que es Vicente, de lo caballeroso de su comportamiento, él no es distinto a mí o a los demás, tarde o temprano querrá tu alma, al igual que el resto de nosotros. Es más, si quieres saberlo —se inclinó sobre mí—, creo que él no es más que un cerdo egoísta. Está esperando el momento propicio para quedarse con tu alma para él, y por

supuesto, con el crédito de habérsela ganado de este modo. Debo reconocer que da infinitamente más placer, contener el momento antes de dar el primer bocado, es como comprar una buena botella de vino: primero te delicias con la botella, admiras su diseño, examinas la etiqueta, te cercioras de la cosecha y el origen, a continuación la descorchas y por primera vez, percibes el aroma del exquisito brebaje, con el paso del tiempo ves como cobra cada vez más cuerpo y sabor al oxigenarse; viertes un poco en una copa y admiras los infinitos tonos de su color, hasta qué te la llevas a los labios —puso sus manos sobre las mías alrededor del cuello de la botella —y luego, ya no puedes dejar de beber —completó siseando por entre los labios entornados, sin mover la mandíbula—. No sé qué es lo que te ha hecho creer, pero es mentira—. Tironeó de la botella y por ende, de mí—. Alguien que conozco está ansioso por conocerte —anunció.

—No me importa —tironeé de la botella para mí lado, sin embargo no pude moverla, los brazos de Ignacio eran de acero.

—Yo creo que sí. Este alguien puede contarte muchas cosas interesantes.

—Vete.

—Corazón. Sé a dónde fuiste el sábado en la noche.

—Lárgate —gruñí con el corazón el la boca jalando de la botella otra vez. Conseguí traerla hacia mí, el problema es que con ella, también vino Ignacio —. Vicente va a enterarse de esto.

—¿Y tú crees que no lo sabe ya?; me decepcionas, no te creí tan ingenua, sí lo suficiente para tragarte todas sus patrañas en una primera instancia, no tanto como para que creyeras que él no está al tanto de que todos tenemos nuestros ojos posados en ti.

—¡Lárgate, no pienso venderte nada y tampoco me interesa escucharte!

Ignacio soltó la botella y se guardó el dinero.

—Puede que aquí tengan muy buenos productos, sin embargo el trato del personal es pésimo. Tú me quitaste a mi maestro, y por tu culpa he tenido muchos problemas, así y todo, he venido hasta aquí en son de paz. Deberías apreciar eso. Me he transformado en una criatura magnánima, como Vicente, y a ti no te importa en lo absoluto; eso no es muy amable de tu parte—. Se inclinó sobre el mostrador, tomó la birome que yo utilizara unos segundos atrás, y la orden de compra del proveedor que acababa de irse. Dio vuelta la hoja de la orden y anotó algo en ella. Al final, dejó todo sobre el mostrador otra vez—. Ahí tienes mi número de celular por si decides reconsiderar tu negativa, cosa que sé perfectamente bien que harás. Esos anormales que fuiste

a ver el sábado saben más de lo que te han dicho y no son ningunos angelitos. Yo que tú, me andaría con cuidado. Ah, y por cierto, no le cuentes a Vicente que he venido hasta que no estés completamente segura de que realmente no quieres conocer a esa persona que tanto tiene para contarte. No es bueno cerrarle la puerta en la cara a las oportunidades, porque pueden no volver a llamar a tu puerta. Llámame cuando quieras, sabes que no duermo, y te prometo cien por ciento de confidencialidad—. Me sonrió—. Es una pena que no quieras venderme esa botella, de verdad tenía ganas de probar el vino.

Tuve que apretar los dientes para no revolearle la botella por la cabeza.

—No tengo sus poderes pero sin duda soy mucho más divertido que él. ¿Ya te lo he dicho, no? —Me tiró un beso—. Sí, tú y yo volveremos a encontrarnos, sé que sí—. Dio media vuelta y salió del local. Por supuesto, el carillón se mantuvo mudo a su paso.

—¿Qué haces con eso en las manos? —Inquirió Susana al aparecer por detrás de mi espalda—. Por qué no se llevó la botella.

—Se arrepintió.

—¿Se arrepintió?

Sin hacerle caso solté la botella sobre el mostrador y corrí a recoger la orden de compra.

—¿Qué es eso? —inquirió mientras yo doblaba el papel y luego me lo metía en el bolsillo del pantalón.

—No es nada.

—¿Me tomas por idiota?

—Te dije que no es nada, no insistas.

—¡Perfecto! —Exclamó de más modo manoteando la botella de encima del mostrador-. ¡¿Cómo quieras?!—. Dio media vuelta y se fue dando largas zancadas.

El papel comenzó a quemarme dentro del bolsillo. Asegurándome antes, que Susana no estuviese a la vista, saqué el papel y lo desplegué otra vez. En una caligrafía de letras delgadas y largas figuraba un número de celular y una pequeña nota: “ella quiere conocerte, las dos tienen mucho de qué hablar, sobre todo, por cierta persona en común”. Con las manos temblorosas volví a doblar el papel y lo tiré dentro de la cartera.

El día se me hizo cada vez más insoportable y para colmo, a la hora de la salida del trabajo, se largó un chaparrón que hizo que los pocos metros que separaban la puerta del local del lugar en el que había dejado estacionada la camioneta, bastasen para empaparme de pies a cabeza. Los truenos rasgaban el

aire y la calle era pura confusión. El agua de lluvia empezaba a acumularse en el cordón de la vereda y formaba remolinos de agua oscura en las alcantarillas.

Me encerré dentro de la camioneta, puse las llaves en el encendido y tiré la cartera sobre el asiento del acompañante. El agua me chorreaba por el pelo y la cara. Me quité el abrigo empapado y lo lancé sobre el asiento trasero. Las luces del interior de la camioneta se apagaron, por lo que me quedé a oscuras, tomada del volante como si éste fuese mi único sustento. Sin quererlo, mis ojos se desviaron solos en dirección a mi bolso. Revolví entre todo lo que llevaba dentro hasta encontrar el papel, el cual ya estaba un tanto estrujado de tantas veces que lo había sacado durante el día, para leerlo una y otra vez como si fuese a encontrar algo nuevo escrito en él. “Ella”, la palabra me taladraba el cerebro; no debía ser otra que Eva, lo intuía, es más, tenía la certeza de que era así. Ese maldito “ella”, me recordaba las palabras de Gaspar. Lo poco que me había contado de la historia de su “hija” y Vicente se desplegaba ante mí como un gran abanico de dudas y temores. No estaba segura de desear oír lo que tuviese para contarme; tampoco podía despreciar el hecho de que era la única persona dispuesta a contarme algo. Sentía que tenía que desconfiar de ella, lo malo es que ante tanto silencio, secreto y misterio, un ofrecimiento voluntario era mejor que un rayo de luz en un día oscuro. El problema es que existía una contrapartida, es probable que aquello que todos se esforzaban por guardar, no fuese agradable y por eso mismo, ella estaba tan interesada en soltármelo sin ningún reparo.

Con el papel estrujado entre mis dedos, le di un puñetazo al volante. Arrojé el papel al piso y puse la camioneta en marcha. Para tener que obligarme a concentrarme en el tránsito y no en ella. Encendí la música, conecté el limpia parabrisas y me largué de allí.

...

La lluvia no paraba de caer a modo un torrente continuo y gris. Los faros iluminaron las gotas, entre el vapor que manaba el acero caliente del capó, por encima del motor. El portón se abrió ante mí muy despacio. Las ventanas del frente de la casa se hallaban a oscuras como siempre ya que sus habitaciones seguían desabitadas. Guíé con el volante, la camioneta hacia el fondo de la casa. Las luces de la cocina estaban encendidas, lo noté al instante, ya que su

brillo se reflejaba en la lluvia.

Estacioné junto a la puerta lateral, recogí mis cosas y bajé. Vicente ya estaba delante de la puerta abierta para recibirme.

—Vaya diluvio —comentó en cuanto salté un charco para trepar los escalones que ascendían en dirección a la cocina—. ¿Viajaste bien? Por televisión han dicho que se han inundado muchas calles y que el tránsito es un caos.

—Sí, el tránsito iba un poco más lento que de costumbre— contesté sacudiéndome para quitarme el agua de encima.

—¿Qué tal tu día?—. Cerró la puerta y me siguió hasta la mesa ya puesta para la cena, con velas y todo; yo había dejado caer mi cartera sobre una de las sillas.

—Más o menos. ¿La comida ya está lista? —el aire estaba perfumado con aromas exóticos, fuertes y picantes; sin duda era uno de sus nuevos intentos de incursionar en la cocina tailandesa. Olía muy bien, tanto es así que las tripas me crujieron de impaciencia por probar lo que bullía dentro de la honda sartén de teflón.

—Sí, quieres ir a cambiarte de ropa primero, estás empapada. Te enfermarás si te quedas así.

—Será lo mejor. Enseguida bajo.

Subí corriendo a la habitación mientras me iba quitando la ropa. Todavía me tenía turbada la vista de Ignacio y era consciente de que no podría disipar sus palabras de mi recuerdo hasta que no diese un cierre a la situación. No importaba cuanto me empeñase en ignorar lo sucedido, la omisión del relato de ciertos hechos de su vida, que Vicente debía haberme contado, así como yo le había contado de la mía, continuaba siendo una profunda zanja entre ambos, una que debajo de un falso tapete de suaves hojas, tenía filosas puntas de bambú esperando por un tropiezo de mis pies, estaba segura de ello. No es que me molestase lo malo que pudiese oír, iba a aceptarlo fuese lo que fuese, a lo que me resistía, era a terminar de convencerme de que al final, lo oiría de boca de terceros.

Me metí en el baño y me di una ducha rápida para luego enfundarme en una remera de mangas largas que usaba para dormir y un viejo pantalón pijama, y atravesé corriendo las escaleras, esta vez, en sentido contrario.

Cuando entré en la cocina, Vicente hallaba sentado a la mesa; había colocado las dos sartenes entre los platos, sobre unos calentadores, con velitas de noche, encendidas en su interior. Se levantó de su silla y me sonrió.

—Disculpa la demora, me di una ducha caliente, estaba helada.

—No hay problema, siéntate—. En cuanto lo hice recogió mi plato y me sirvió una abundante porción de arroz, y por encima, lo que según me dijo, era curry de pollo al coco—. ¿Agua? —asentí con la cabeza y relleno mi copa hasta la mitad—. ¿Vino? —era vino blanco, un *Riesling*, específicamente, lo cual me trajo malos recuerdos; decliné su ofrecimiento con un ademán de mi mano derecha.

—Huele exquisito—. Tomé el tenedor y lo cargué—. ¿Es muy picante?

—No, para nada.

Me llevé el tenedor a la boca. La verdad es que no era picante, el sabor era en extremo especiado y el coco completaba el espectro de saber brindando una untuosidad incomparable.

—Está muy bueno.

—Diogo me ha facilitado la receta, lo llamé está tarde para pedírsela.

—¿Llevas toda la tarde cocinando?, yo creí que tenías que encontrarte con alguien.

Vicente se aclaró la boca con un poco de vino.

—Sí, en efecto tuve una reunión; terminó antes de lo esperado, regresé temprano, llamé a Diogo para pedirle la receta y luego salí de comprar los ingredientes que necesitaba para prepararla.

Me llevé más comida a la boca y me quemé la lengua con la salsa. Bebí un par de sorbos de agua fría para intentar aplacar el ardor de la quemadura.

—¿Y cómo te fue?

—Después de comer.

—Para qué, con eso ya puedo adivinar que no lo dices ahora porque temes, por alguna razón, arruinar la cena, ya me he percatado de eso, así es que realmente no hay motivo para espera hasta más tarde.

—Por lo visto no estás de buen humor.

—No, la verdad es que no, y odio que me tomes por estúpida, si vas a contármelo hazlo ahora. No me ahorras nada con quedarte en silencio igual que si nada sucediese.

—No tengo ganas de pelear contigo.

Sentí que empezaba a sulfurarme.

—Quieres hacerme el favor de decirme lo que tengas para decirme, y ya.

Vicente bebió un sorbo de vino, se limpió las comisuras de los labios y luego estiró la servilleta otra vez sobre su regazo. Plantó sus muñecas sobre el borde de la mesa y me miró a los ojos.

—Tengo... —hizo una mueca en la que sus labios trepador por sobre las

encías—, tengo que regresar a mi trabajo. No hay nada que pueda hacer para evitarlo. Lo he demorado todo lo posible, pero ya no puedo hacer más, además, lo necesito. Es de dónde absorbo mis fuerzas. Estoy demasiado débil y si tuviese que hacer algo por ti simplemente no podría; lo que sucedió con la partida de Lucas extrajo demasiado de mí.

Me quedé callada, todavía no sabía que más hacer, o si debía hacer algo más que eso; sin duda este era un momento inevitable.

Estiró su mano derecha y tocó la mía.

—Te juro que nada cambiará entre nosotros.

—Claro —balbuceé.

—Escucha —susurró estirando una mano hacia mí—, no puedo evitarlo.

—Lo sé.

—Te mantendré al margen de todo, lo prometo.

—No tienes que hacer eso, es parte de tu vida, no me apetece ignorarla, simplemente es que no me agrada la idea de separarnos.

—¿Separarnos?

—Ustedes suelen viajar mucho por sus trabajos.

—Eso es cierto, pero te prometo que estaré fuera de casa lo menos posible, no importa si debo viajar cientos de kilómetros para regresar a pasar la noche contigo, lo haré. No tengo intenciones de dejarte sola —le dio un apretón a mi mano—. Haré lo posible para que no notes cambio alguno. Soy conciente de que esto significa mucho para ti. Es solo un trabajo, y lo más probable es que cuando termine pasen semanas antes de que vuelva a tener otro. Me esmeraré por terminar lo antes posible —me sonrió.

—En tanto y en cuanto no te encuentres con alguien tan cabeza dura como yo —dije a modo de broma para procurar aflojar sus rasgos tensos; comprar almas era algo que él no podía evitar por más que pusiese todo su esfuerzo y empeño en ello, de modo que no era justo que lo amargara con mis remilgos por algo que ya sabía de antemano, que sucedería.

—Como tú no hay dos, de eso que no te quepa duda —exclamó relajándose.

—¿Cuándo te irás?

—De hecho tengo unas cosas que hacer mañana; regresaré temprano, el trabajo no es demasiado lejos de aquí por lo que intentaré no tener que viajar, no me gustaría dejarte sola por más que sea por dos o tres días.

—Yo voy a estar bien, además no es mi intención complicar tu existencia.

—No complicas ni nunca has complicado mi existencia.

—Los dos sabemos que eso es mentira pero gracias, igual.



—¿Hubieses preferido que no te lo contara?

—Por supuesto que no, además, algún día tendrás que enseñarme.

—¡Otra vez con eso! ¡¿Por qué tienes que insistir una y otra vez con ese tema?! No voy a permitir que hagas eso.

—No espero tu autorización —entonó subiendo el tono de mi voz, igual que él.

—¡Entonces qué, vas a hacerlo y ya! ¡No te importa y un cuerno lo que yo opine!

—Claro que me importa, pero que te emperres en tu negativa no ayuda.

—No ayuda a qué, a condenarte por siempre al Infierno. Es que acaso no te das cuenta de lo que pides. ¡¿No has tenido suficiente con lo que has visto hasta ahora?! ¿Te gustaría que mañana te lleve a trabajar conmigo para que veas lo que tengo que hacer? ¡Si, seguro, eso terminará con convencerte de que lo que nosotros hacemos es lo mejor del mundo! ¡El mejor trabajo! —exclamó con sorna.

—Ya no me trates como si no lo entendiera.

—¡Es que no lo entiendes! ¡No entiendes nada! —bramó saltando de su silla para plantarse de pie junto al extremo más corto de la mesa.

Solté un gruñido de furia.

—¡Ya basta! ¡Lo entiendo, no me gusta pero lo entiendo! Pero si lo hago, lo hago por mí, no por ti. Ese será mi gran acto egoísta. Quiero hacerlo porque no se me antoja perderte. No es para darte el gusto, ni para salvarte de nada, ni siquiera para evitar que te mates si yo muero o para evitar que vivas el resto de la eternidad solo si es que finalmente no decides ponerle fin a tu existencia. ¡Es por mí, y voy hacer lo que se me antoje con mi vida y con mi alma, te guste o no!

—Te lo dije el sábado y te lo repito ahora. Si lo haces, no volverás a verme, si lo haces te odiaré por siempre, y créeme, con esta actitud estás muy cerca de que me den ganas de largar todo y marcharme.

—¿Perdón? —lo enfrenté para ver si osaba repetir aquello.

—Ya me oíste.

—Qué fácil para ti es deshacerte del supuesto amor que sientes por mí.

—Qué más da si a ti te importa un rábano lo que yo sienta, eso es obvio, estás dispuesta a hacer lo que más me heriría en este mundo con tal de salirte con la tuya.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—La decisión es tuya, no mía, yo no voy a cambiar de parecer y ya sabes lo que tengo planeado hacer si decides cambiar. Si quieres hacerlo hazlo, pero no

me incluyas para tus planes de después, porque yo no tengo planeado estar ahí.

—Entonces vas a dejar que muera.

—Es así como debe ser.

—Es así como tú quieres que sea.

Vicente se dejó caer en su silla otra vez.

—No tiene por qué se así —añadí procurando contener el tono de mí voz.

—Es así como sería si yo no hubiese escogido permanecer a tu lado. ¿Quieres que me arrepienta de eso también?

Me senté otra vez.

—¿Te arrepientes de haberte quedado conmigo?

—Sí, no debí haberlo hecho. No pensaba realmente en ti cuando hice esa elección. No podríamos simplemente vivir juntos por el tiempo que nos toque y ya... igual que cualquier otra pareja normal. Eliza, no quiero perderte. Vamos, sabes que odio discutir contigo, no quiero que estés enojada, siento que estas cosas nos hacen perder un tiempo precioso. Todo podría acabarse mañana y tú y yo últimamente no hacemos otra cosa que discutir por lo que sea.

—No es por lo que sea, es por temas importantes.

—Nada es más importante que nosotros dos, ahora, en este momento. Hazte un favor, deja de pensar en lo que vendrá mañana. Olvídate de que soy un demonio y de que puedo vivir eternamente, convéncete de que moriré cuando tú lo hagas.

Terminamos de comer en silencio y luego nos llevamos el postre arriba para comerlo en la cama. En cuanto apagó las luces me acurruqué a su lado y él me abrazó. Todavía no llovía, solamente soplaba un viento helado que amenazaba con colarse hasta por el más ínfimo resquicio de las aberturas. Sin embargo, a su lado, no sentía más que su calor y la seguridad de sus brazos, pese a que me había asegurado que estaba demasiado debilitado para protegerme. Lo abrasé yo también, había cosas de las que tenía que protegerlo yo también; es probable que al principio no le gustase la idea, pero si conseguía la suficientes pruebas de que nada cambiaría entre nosotros, si yo optaba por cambiar, lo haría, dudaba que realmente fuese a dejarme, simplemente no podía hacerlo porque yo decidiese pasar la eternidad a su lado.

—Eso se siente bien. ¿No es mejor así?

Y acaso no era todavía mejor pensar que podíamos tener esto por siempre — me guardé el comentario para mí y lo besé.

—Júrame que nunca me dejarás.

—Lo he hecho más de una vez.

—Necesito oírlo de nuevo.

—No voy a dejarte. Que te conste que existo solamente por ti —declaró y me besó con más ganas que antes.

Todavía estaba oscuro cuando Vicente se levantó de la cama para cambiarse de ropa.

—Sigue durmiendo, todavía es temprano para ti, aprovecha y duerme un poco más—. Abrió las puertas del vestidor y se metió en él.

Me refregué los ojos y me senté; moví el despertador en mi dirección y miré la hora. Eran las seis en punto. Por el silencio que reinaba afuera se adivinaba que ya no llovía, al menos no con la intensidad con la que lo había hecho toda la noche. De tanto en tanto, yo me había despertado de mis pesadillas —todas ellas protagonizadas por Ignacio; el escenario también era el mismo: el bosque que estaba próximo a la casa de campo de Vicente —y oía las gotas caer sobre los árboles y la casa, las ráfagas de viento sacudiendo las crujiertes ramas.

Encendí el velador y retorcí mi cabello para colocármelo sobre el hombro.

—¿Ya te vas?

Su rostro sonriente apareció en el hueco de la puerta.

—Quiero regresar lo antes posible.

—¿Preparo café? —pregunté quitándome las mantas de encima. Sentí el aire frío en los pies descalzos.

—No hace falta —me contestó desde adentro del vestidor.

—Sí, hace falta, no quiero que salgas así. Te espero abajo.

—Eliza —entonó apareciendo otra vez.

—Te espero abajo —insistí. Todavía medio dormida bajé las escaleras a oscuras. En la cocina reinaba una penumbra opaca y grisácea. Por el amplio ventanal atisbé un cielo plomizo y enrojecido; continuaría lloviendo. Rodeé la isla central. Encendí las luces del bajo mesada, y prendí la cafetera, cuyos controles, dominaba desde hacía muy poco, busqué dos tazas y las coloqué debajo de los orificios. El café no tardó demasiado en empezar a caer burbujeante dentro de la porcelana.

No lo oí llegar, estaba hipnotizada con el café que caía, por lo que cuando me dio un beso en el cuello, di un salto.

—Te asusté.

—Sigo dormida.

—No tenías que levantarte.

—Quería hacerlo.

Vicente fue hasta la heladera y sacó la leche. En el ínterin, el café terminó de colarse.

—Puedo pedirte un favor. ¿Me prestas la camioneta, me hará las cosas más sencillas considerando la tormenta de anoche? Puedes llevarte cualquier auto que quieras.

—Claro, pero no creo que me apetezca andar por ahí en un Mercedes y menos que menos en el Porsche o en ese otro auto que parece nave espacial.

—Puedes llevarte el Mini de Lucas, él no se va a enojar.

—Ya veré.

—Ni se te ocurra irte en colectivo —soltó adivinando mis pensamientos—. Ahí hay tres automóviles, usa alguno—. Le dio un trago muy largo a su café, miró la hora en el reloj y bajó la taza—. Nos vemos en tu casa a la noche.

—Sí.

—Voy a extrañarte.

—Y yo a ti.

—Sí puedo te llamo al mediodía, pero no te angusties si tu teléfono no suena, ¿está bien? No sé cuan ocupado voy a estar.

—Está bien.

—Tengo que irme. Regresa a la cama, hace frío y estás descalza—. Me dio un beso rápido sobre los labios y se apartó—. Te amo.

—Y yo a ti. Las llaves están puestas en la camioneta —le avisé.

—Te amo.

—Yo también.

Se quedó dubitativo sin salir.

—Vas a llegar tarde, ya vete, voy a estar bien.

—¿Sabes cómo cerrar y todo lo demás?

—Vicente, creo que puedo sola con la casa, vete ya.

—Sí, claro. Adiós—. Se apartó y cerró la puerta, dos segundos más tarde oí el ruido del motor de la camioneta y otros tantos después me quedé en un silencio absoluto.

Terminé mi café, dejé la taza para lavar y subí a vestirme, no tenía ganas de quedarme sola en ese inmenso caserón. Regresaría a mi departamento, buscaría de ropa fresca y limpia, pondría algo de orden y luego me iría a trabajar. A mi departamento le hacía falta cuidado, últimamente lo tenía más abandonado de lo que nunca lo hubiese tendido jamás, pasaba tan poco allí que comenzaba a oler a humedad y encierro.

Puse un poco de orden en la habitación y me largué.

En cuanto entré al garaje encendí las luces, el día parecía no querer amanecer. Los tubos fluorescentes se pusieron a zumbiar. Le lancé un vistazo a los autos, las carrocerías brillaban como si estuviesen recién pulidas. Examiné mis opciones, no me quedaba más remedio que tomar alguno de todos esos vehículos o Vicente se ofendería; por descontado que no iría a trabajar en un Porsche y tampoco en un Mercedes-Benz, y el otro vehículo era todavía más llamativo. El Mini azul turquesa de Lucas era todavía más llamativo de que todos los demás debido a su color, pero era el menos ostentoso y el más pequeño de los tres. Cogí las llaves del tablero y me subí. El interior olía a Lucas. Hice caso omiso de eso, comprobé que los documentos del auto estuviesen en la guantera y me largué de la casa.

...

—Cambiaste el auto —fue lo segundo que me dijo Susana luego de darme los buenos días.

—No, Vicente se llevó mi camioneta.

—¿Acaso ese no es el auto de Lucas?

—El mismo; como Lucas está de viaje.

—Por cierto, cuándo regresa.

—Todavía no lo sé —esperaba que fuese pronto, necesitaba tanto hablar con él, pasar un rato en su compañía—, Europa es muy grande y supongo que no tiene ningún apuro por volver.

—Lo que es la buena vida —alabó y luego cerró la boca súbitamente—. Solamente espero que regrese a tiempo para mi boda, ya lo tengo ubicado en una mesa.

—Cada vez falta menos.

—Sí. Con respecto a lo de ayer...

—Tengo que disculparme, últimamente me altero por cualquier cosa —solté antes que nada.

—Y no te cuento yo, con los preparativos de la fiesta y todo lo eso tengo la sensación de que tengo los nervios a flor de piel. Fue una tontería.

—Ni que decirlo. Sencillamente olvidémonos de eso.

Entramos al local y pusimos manos a la obra para abrir.

—Buenos días —oí que entonaba Susana interrumpiendo el frotado de una gran botella de champagne que estaba puesta en exposición junto a la puerta.

—Buenos días —le correspondió Sufár. Me volví y él me saludó.

—Qué puedo hacer por usted hoy.

—Necesito un poco de ayuda, tengo que hacer un regalo para alguien importante y no tengo la menor idea de qué comprar. Es alguien que apenas si conozco, lo cual complica la elección—. Se movió acomodando su cuerpo debajo del traje que llevaba puesto—. Qué me sugieres.

—Tenía usted algo en mente.

—No, la verdad es que no, estoy perdido, de modo que cualquier sugerencia será bien recibida. En el arte de hacer presentes, sin duda las mujeres tienen mucha más habilidad que los hombres, por lo general, el sexo masculino tiende a ser algo redundante en sus elecciones, ustedes sin duda son más creativas, y eso es lo que necesitamos, creatividad.

—Bueno, no podría asegurar eso, pero de lo que no tengo dudas es de que encontraremos algo que le agrade—. Le dije y lo guié hasta el sector de vinos, para empezar por allí, Matías había expuesto los vinos recién llegados de Italia en una exhibición alegre que invitaba a llevarse una botella. Contra lo esperado, nos llevó un buen rato encontrar algo que fuese del completo agrado de Sufár; al final, se decantó por mi primera elección, un perfumado vino Italiano de una pequeña bodega, que se llevaba bien con todo lo que se lo quisiese acompañar, o incluso, para beberlo solo.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí? —curioseó mientras esperábamos por la confirmación de la aceptación del pago, por parte de la tarjeta de crédito.

—Unos tres años, un poco antes de que usted empezase a comprar aquí.

—¿Nunca pensaste en buscar otra cosa? Das mucho más de lo que este lugar puede brindarte a ti.

Me encogí de hombros.

—Supongo que por el momento está bien.

—Supones —repitió—. No me cabe duda de que eres buena y que sabes mucho, tarde o temprano te llegará el momento de buscar algo mejor.

—No es tan sencillo —saqué una bolsa de debajo del mostrador y la desplegué—, usted sabe cómo están las cosas —tomé un papel de seda del cajón y envolví la botella—, ya de por sí, tener un trabajo es todo un privilegio—, metí la botella dentro de la bolsa.

La confirmación salió del aparatito negro en forma de un ticket que le tendí a Sufár junto con una birome, para que estampase en éste su firma.

—Tengo conocidos por ahí, unos cuantos me deben favores, así es que si un día te apetece dar el salto, no tienes más que decírmelo, supongo que podré

encontrar algo a tu altura —dijo firmando el papel.

Le puse un moño a la bolsa y se la entregué.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Toma en serio lo que te he dicho. Existen cosas mucho más grandes y mejores más allá del círculo que te rodea. Ni imaginas cuantas, ni que tan buenas, y tú te las mereces todas —dijo aquello en un tono tan sincero y sin el tono desagradable con el cual solía insinuar ciertas cosas, que se me puso la piel de gallina—. Eres una buena chica, seguro que sabes que tienes un futuro brillante por delante, y a que aquí desperdicias tu tiempo. No te demores demasiado en tomar una decisión, podrías estar aferrándote a algo que no vale la pena. Tres años aquí... —meneó la cabeza—, hazme saber cuando te decidas; harás feliz a este hombre si le permites darte una mano.

—Gracias.

—No hay de qué, Eliza.

Sufár dio media vuelta y se alejó por el corredor central. Mientras lo veía caminar pensaba en qué era lo que esperaba realmente, al esperar por algo que parecía que nunca llegaría, y con esto me refiero a la decisión de Vicente, estaba retrasando todo lo demás; hasta ahora había pensado que si yo iba a cambiar, realmente no valía el esfuerzo pelear por algo más, pero estaba equivocada, después de conocer a Gaspar y los suyos debería haberlo entendido: yo tampoco estaba dispuesta a vivir de lo que providenciara el Infierno, no tenía intenciones de que toda mi vida quedar en mano de eso, él, o lo que fuera que gobernaba el mundo de Vicente, deseaba conservar cierta independencia y el que me ofrecía Sufár, quizá fuese un buen primer paso hacia eso.

—¡Señor Sufár!

Sufár se detuvo y se dio media vuelta.

—Te buscaré algo —se comprometió con una sonrisa—, no te preocupes, confía en mí, te tendré noticias muy pronto.

—Gracias.

—Nos vemos pronto.

—Hasta pronto.

#### 14. Ángeles y Demonios.

Sufár se había ido unos minutos atrás. Mi mente saltaba de su propuesta a otros asuntos en un ida y vuelta que no me permitía relajarme. Mejor que empezara a pasar en claro un par de aspectos de mi vida o mi cerebro

acabaría estallando.

—¿Susana?

—¿Si?

—¿Cómo era la mujer esa con la que viste a Vicente en aquella fiesta?

—¿Debo empezar a arrepentirme por haberte contado eso?

—No, para nada, es que tengo curiosidad, por razones obvias no quiero preguntárselo a Vicente. Me gustaría saberlo. ¿Qué aspecto tenía?

—Perfecto, como casi todo el mundo en esa fiesta, excluyéndome a mi y al pobre de Mauro, por supuesto.

—Podrías ser un poco más específica.

—Rayando el metro ochenta, piel muy blanca, ojos azules, cabello negro, un rostro que ninguna cirugía estética es capaz de emular, y un cuerpo que ningún gimnasio te puede dar. ¿Conforme?

Sí con la descripción; lamentablemente, no con la imagen de Vicente acompañado de una mujer despampanante, la cual se había plasmado en mi cabeza.

—Mencionaste que te dio la impresión de que ella se sentía demasiado para la fiesta y eso, ¿parecía realmente una mala persona?

—Eliza, como mucho debo haber estado frente a ella cinco minutos, no tengo idea. ¿Por qué, a qué viene tanta pregunta?

—Es que es probable que en algún momento termine cruzándome con ella y...

—¿Cruzándote con ella?! ¿Sabes quién es?

—Se llama Eva.

—¡Sí, es cierto, Eva, ese era su nombre! ¿Vicente te lo contó? ¿No me digas que le dijiste que te conté lo de la fiesta?

Mi cara me delató.

—Por qué se lo contaste, va a pensar que soy una estúpida.

—No piensa eso de ti, todo lo contrario. Es que el tema surgió y él me contó que es una ex novia suya; no me dijo nada más que eso, lo poco que pude averiguar de esta mujer no fue de su boca. El fin de semana conocí a unos amigos de Vicente y resulta que Eva es hija adoptiva de la persona que nos recibió en su casa el sábado por la noche.

Se llevó las manos a la boca como si acabasen de darle un susto.

—¿Te topaste con ella?! ¡Qué momento!

—No, ella no estaba allí, su padre adoptivo no tampoco quiso contarme demasiado sobre la relación de Eva con Vicente, y Vicente no ha dicho mucho más que: que estuvieron saliendo por mucho tiempo, en forma intermitente.



—¿Y por qué te importa tanto todo ese asunto? No me dirás que Vicente te dio motivos para ponerte celosa.

—No, para nada, es que Vicente es tan reservado con su vida; intuyo que fue importante para él, y que en cierta forma lo marcó. Vicente sabe todo sobre mí vida... bueno, casi todo, al menos él está al tanto de la relación más importante que tuve hasta antes de conocerlo y yo de él casi no sé nada.

—Entiendo, quieres saber a qué te enfrentas en caso de que por frecuentar a las amistades de Vicente, te encuentres con ella.

—Algo así I mentí, no iba a decirle que Ignacio, el supuesto cliente que supuestamente se había arrepentido de comprar aquella botella de *Riesling*, era un mensajero de Eva, y que por cierto, ambos eran demonios. Lindo cuento hubiese sido ese.

—Que chico es el mundo. Es increíble que yo haya conocido a tu actual novio y sus amigos hace siete años, en aquella extraña fiesta—. De repente se estremeció y apartó la mirada. Me percaté de que se había puesto nerviosa.

—¿Sabes por qué invitaron a Mauro a esa fiesta? ¿Qué relación lo unía con ese tal Ariel?

Negó con la cabeza.

—Si existía una razón para que nos enviaran a aquella fiesta, Mauro nunca me la confesó; él al igual que Vicente, guardaba con recelo muchos secretos, también se llevó a la tumba su relación con Ariel y toda esa gente. ¿Vicente no te contó con motivo de qué, se celebraba esa fiesta?

—No.

—Mauro era muy solitario, le costaba horrores sociabilizar con la gente, es más, todavía no comprendo por qué se animó a hablarme a mí. Nosotros siempre fuimos tan diferentes, como el día y la noche. Nos conocíamos de pequeños; en la adolescencia nos distanciamos, yo me hice de un nuevo grupo de amigos y él se quedó sólo, con sus libros, con sus historias. Empezamos a salir de un modo muy extraño, un día regresaba a casa y me lo encontré a él parado frente en la puerta, estaba esperándome. Lo noté tan cambiado, tenía los ojos tristes. De la nada, me invitó al cine y así fue como empezó. Yo por aquel entonces estaba sola, y acepté, no porque realmente estuviese interesada en él, no podía interesarme en él, apenas si jamás hablaba y nunca... el asunto es que acepté porque me partió el alma, simplemente no podía creer que el niño con el cual yo había jugado casi cada tarde, por unos cinco años, se había convertido en eso. Mauro era un espectro que siempre vestía de negro y jamás sonreía.

No me imaginaba a Susana, que era una chispa viviente, saliendo con alguien a quien uno pudiese definir como un “espectro”.

—Llevábamos un par de semanas viéndonos cuando por fin, me invitó a su casa. Nunca olvidaré la primera vez que entré en su habitación, casi me muero.

—¿Por qué? —pregunté ya que ella se detuvo y parecía no querer continuar.

—El lugar provocó un vacío tan grande en mí; todavía no logro comprender porqué.

—¿Su habitación tenía algo raro?

—¡¿Raro?! ¡Eso es decir poco! Mauro tenía una obsesión, una muy grande. Del piso al techo, su habitación estaba forrada con dibujos, pinturas e imágenes de ángeles y demonios. Además de eso, su habitación no contenía más que un colchón tirado en el suelo, una caja dónde guardaba un poco de ropa, toda negra, una pequeña colección de libros, unos muy antiguos y otros nuevos, pero todos con la misma temática: ángeles y demonios, y un candil con una vela.

De los nervios, apreté los puños y sin querer me clavé las uñas en las palmas.

—¿Qué decían los padres de Mauro al respecto?

—Solamente discutí el tema con su madre, y ella me aseguró que debía ser una fase, nada más, me contó que Mauro había sido un chico lo que uno podía considerar,

completamente normal, hasta hacía unos meses atrás, que de un día para el otro, y sin que mediara evento particular, decidió regalar todas sus posesiones, menos un poco de su ropa, y el resto de las cosas que tenía en la habitación, y que desde entonces, había empezado a coleccionar las imágenes que ahora empapelaban su cuarto y poblaban el suelo.

—¿Y qué hiciste?

—No podía hacer mucho, ante la mínima insistencia, Mauro se cerraba por completo.

—¿No pudiste averiguar nada sobre su obsesión?

—Lo intenté muchas veces, a las pocas semanas de estar juntos, todo empeoró. Un día Mauro regresó a casa completamente fuera de sí, yo estaba allí con su madre, él ni nos vio, fue directo a su cuarto e hizo un destrozo. Al principio no comprendía lo que él hacía, creí que simplemente estaba arrancando todos los dibujos y las fotografías de los cuadros. Me equivoqué, Mauro solamente arrancaba de las paredes aquellas imágenes que contenían representaciones de demonios o del propio Satán. Arrasó con todo, lo sacó a la calle y lo prendió fuego, negándose a darnos a su madre y a mí, cualquier tipo de explicación.

Después de esa tarde, comenzó a verse cada vez más aterrorizado, desconfiaba de todo el mundo en la calle y empezó a decir que las cerraduras no eran seguras, que tenía que encontrar un modo de trabar las puertas para así poder descansar por las noches. Repetía esto a cada rato, como si su memoria se reseteara cada treinta segundos y no recordara que ya me lo había dicho una infinidad de veces. Esos fueron momentos horribles, le sugerí que fuese a ver a un psicólogo conmigo; se negó de plano. Las cosas se pusieron cada vez más raras, una mañana de domingo llegué a su casa después del almuerzo y su madre me dijo que Mauro se había ido a la iglesia en la mañana pero que aún no había regresado; averigüé con ella a qué iglesia se suponía que había ido, y fui a buscarlo. Cuando lo encontré, allí arrodillado frente al altar se me partió el alma. Me dijo que ya no podía ayudarlo, que no tenía salvación.

—¿Qué pasó luego?

—Finalmente Mauro me dio el gusto, aceptó que le concertase una cita con un psicólogo; nunca llegamos a ir—. Al concluir la frase dejó escapar un suspiro.

—¿Y lo de la fiesta?

—Creo que fue unos días después de ese súbito arranque de locura. Me sorprendió mucho que Mauro decidiese ir. Yo jamás hubiese pensado que al él le agradaran ese tipo de reuniones sociales y mucho menos, considerando por lo que acaba de pasar. Al día siguiente de esa fiesta terminamos y a la semana él estaba muerto.

Evité parpadear, para así no tener que ver a la moto negra conducida por alguien que me era demasiado familiar, abalanzándose sobre el pobre muchacho.

—El padre de Mario murió un año más tarde y su madre hace unos dos años... la tragedia se rehúsa a abandonar a esa familia...

—Mauro no tenía más familia que sus padres.

—Sí, de hecho, tenía una hermana un par de años más grande, pero por lo que sé, ella llevaba años viviendo en el extranjero y desde que partió, jamás se había vuelto a comunicar con su familia.

Un montón de hipótesis empezaron a tomar forma dentro de mi cabeza.

—Qué fue de las posesiones de Mauro y de la casa familiar.

—Por lo que me comentaron sus vecinos, la hermana de Mauro apareció de la noche a la mañana, puso la casa en venta y en cuanto recibió su dinero se mandó a mudar otra vez cuando su madre murió.

—¿Pero qué hizo con las cosas de Mauro?

—La verdad es que no tengo idea, las habrá tirado, supongo. A mí no me cabe

la menor duda de que fueron todas esas locuras tuyas las que lo llevaron a ese fin.

—Por qué lo dices.

—No estoy segura—. Hizo una breve pausa—. Nunca se te cruzó por la cabeza pensar que en este mundo existen cosas que a simple vista, no podemos ver. Sé que puede sonar delirante, supongo que Mauro me influenció demasiado durante el poco tiempo que estuvimos juntos.

—¿En qué sentido?

—Ese mediodía que lo encontré en la iglesia me aseguró, con un rostro muy serio y un tono de voz firme, que había ángeles y demonios caminando entre los humanos. ¡Te lo dije, es una locura!

—Acaso él... ¿había visto a alguno?

—Eliza, yo podía querer mucho a Mauro, pero dudo que él estuviese en su sano juicio por entonces, hay cosas que no podemos explicar; de ahí a que haya demonios caminando por la calle, eso es mucho, supongo que me conformo con creer que exista un cielo, no me gusta pensar que todo se termina aquí cuando mueres.

—¿Te dijo si había visto alguno o no? —insistí.

Susana se sonrió nerviosa.

—¿Te lo dijo o no? —repetí, me urgía una respuesta.

—Sí, me dijo que él era capaz de identificarlos entre la gente, tanto a los ángeles, como a los demonios.

Se me aflojaron las rodillas.

—¿Cómo?

—¡Yo qué sé, ¿cómo pretendes que lo sepa?! Eliza, Mauro no sabía lo que decía.

—Nunca te contó por qué de repente empezó a interesarse en ellos.

Negó con la cabeza.

—¿También te interesan esos temas?, nunca me lo hubiese imaginado.

—No, no es eso—. Hice una pausa para meditar el mejor modo de preguntar lo que necesitaba saber—. Aparte de ese tal Ariel, viste a alguna otra persona extraña durante el velatorio de Mauro.

—A decir verdad sí, allí sobraban personajes extraños, sin embargo ninguno más que lo extraña que estás tú ahora. ¿Por qué te interesa tanto esa historia?, no tienen nada que ver contigo.

No insistí más, no tenía modo de encubrir mi curiosidad.

—Entonces, qué vas a hacer, con respecto a esa tal Eva.

—No estoy segura —admití, no tenía idea de si la llamaría o no.

La oscuridad llegó mucho antes del ocaso. Si bien el sol había permanecido oculto durante todo el día por una delgada capa de nubes grises, pasadas las seis de la tarde, unos nubarrones avanzaron sobre la ciudad a toda velocidad, y se instalaron sobre nuestras cabezas; no tardó nada en empezar a relampaguear. El juego de luces que iluminaban las nubes sobretodo por debajo, duró al menos una media hora, y luego, una gota aquí, una gota allí, dio inicio a una tormenta extrañamente silenciosa.

Manejé todo el camino de vuelta a casa, prendida del volante, no podía hacer otra cosa que no fuese preguntarme qué le había sucedido a Mauro, de dónde había salido su obsesión por los ángeles y los demonios, y sobre todo: cuantas otras personas estaban involucradas y por qué, en la caza de su alma. Suponía que si Susana estaba al tanto de que Mauro era capaz de distinguir entre la multitud tanto a ángeles como a demonios, y que si esto realmente era cierto, alguien más debía saberlo. Una y otra vez le di vueltas a una sola idea: Mauro era capaz de distinguirlos, era ese su don; y éste el que lo convertía en un alma demasiado valiosa para el Infierno, en un trabajo muy por encima del nivel, la capacidad y los poderes de Lucas.

Ya no sabía qué pensar ni en qué creer. Mi vida se ponía cada vez más bizarra, nadie me creería si le contara todo lo que conocía de ese mundo oculto; o es que me equivocaba, que realmente existían otras personas similares Mauro y a mí, que habían descubierto aquello para lo que muchos siquiera podían imaginar en el más retorcido de sus días.

Estacioné lo más cerca que pude de la puerta de entrada de mi departamento, e intentando cubrirme debajo de los árboles y del reparo de balcones y cornisas corrí hasta mi hogar. Por entre las gotas de lluvia, vi mi camioneta estacionada un par de metros por delante de la puerta. ¡Qué bien! —me dije a mi misma—, Vicente ya regresó.

Con desagrado comprobé que estábamos sin luz y no solo era mi edificio, sino toda la cuadra y las contiguas también. El interior del edificio se hallaba a oscuras.

Destemplada por el frío y la humedad, me puse a temblar. Iba a meter las llaves en la cerradura, cuando la puerta se abrió sola, delante de mí quedando entre abierta.

En mi departamento cundía la oscuridad también, lo cual no me sorprendió, Vicente veía mejor que cualquier humano por más cerrada que fuese la noche, por lo que la luz para era no era más que un mero formulismo. Empujé la

puerta y puse un pie dentro del departamento. Vicente no se hallaba a la vista. Lo llamé sin cerrar la puerta aún. Algo en el aire me molestaba.

No contestó.

Sin bajar la cartera de mi hombro, volví a llamarlo mientras avanzaba en dirección a la habitación. La puerta del baño estaba cerrada. La habitación estaba vacía. Retrocedí sobre mis pasos.

—Vicente —llamé con los nudillos a la puerta del baño. El estruendo de la puerta de entrada al cerrarse, me hizo dar un salto—. ¿Vicente? —miré a mi alrededor buscando algo con lo que defenderme, no encontré nada lo suficientemente duro, ni grande. Lentamente me di vuelta—. ¿Vicente?

—Dichosos los ojos que te ven—. Ignacio se materializó ante mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Casi se me sale el corazón por la boca—. Mi camioneta está estacionada... Vicente está abajo.

—Ya lo sé —una delgada línea blanca de dientes apareció entre sus delgados labios.

—¡Vete ahora mismo!

—No me apetece —se alejó de mí, remoloneó alrededor de la mesa y se sentó en una de las sillas, apoyando un codo sobre el respaldo—. Permíteme que te lo diga: este lugar da asco. ¿Acaso él no puede darte algo mejor... o es que no te lo ha ofrecido? Ese hombre no es bueno para ti. Mira que dejarte vivir en un sucucho como este. Eso no está bien.

—Lárgate —solté después de espiar por la ventana hacia abajo; la camioneta continuaba en el mismo lugar. ¿Dónde estaba Vicente?

—Tú no eres precisamente la personificación de los buenos modales, ¿no es así? Ya deberías haberme ofrecido algo de beber. Tengo la boca seca.

—No tienes nada que hacer aquí, vete en este instante. ¿Vas a atreverte a desafiar a Vicente?

—¿Crees que le tengo miedo? Ese debilucho no mataría ni una mosca a no ser que alguien lo obligue con muy buenos trucos —se burló y luego se reclinó sobre la mesa para quedar más cerca de mí-. Dime, ¿has pensado en lo que te he propuesto?

—Todavía no entiendo que sacas tú de todo esto.

Ignacio se puso de pie.

—Mis motivos, me los reservo —entonó con cara de nada.

—Sí, seguro. No sé qué es lo que le pediste a Eva que me diga, pero no tengo ninguna duda de que no son más que mentiras. Este no es más que un patético intento por vengar la muerte de Horacio.

—Qué más da si lo es. Lo que Eva tiene para contarte no son mentiras, no necesitamos inventar nada.

—No me interesa lo que ella tenga para decir.

Ignacio soltó una estruendosa carcajada.

—Cuando te creas eso ven y repítemelo mirándome a los ojos. No tendré el don de generar llamas, pero no soy estúpido, sé perfectamente bien cuando la gente me está mintiendo, recuerda que nuestros sentidos son mucho más sensibles que los de ustedes. Tampoco puedo leer la mente igual que tu amiguito, y sin embargo sé que tú tienes demasiadas dudas.

—Ese es un asunto mío que nada tiene que ver ni contigo ni con ella.

—Dulzura, tiene que ver nosotros y con muchos más.

En un movimiento que no pude ver, Ignacio me arrebató la cartera del hombro.

—¡¿Qué demonios haces?!

Rebuscó en ella hasta encontrar lo que quería. Sacó mi celular y lo encendió.

—¿Qué se supone que estás haciendo? Devuélveme eso—. Intenté agarrar mi celular pero él se apartó y siguió tecleando a una velocidad inusitada.

—Ahí lo tienes —soltó devolviéndomelo—. Llámala. Te conviene escuchar lo que tiene para decir. Ahora si me disculpas, debo irme.

Parpadeé Ignacio se había esfumado.

Encendí el celular otra vez, entré al directorio y allí estaba, el número de Eva otra vez.

No fui capaz de borrarlo. Cerré el celular, lo arrojé dentro de la cartera, y la lancé a un rincón de la habitación. A toda velocidad me quité el abrigo y pretendí convencerme a mí misma de que nada había pasado, para así no traspasarle nada de mis nervios a Vicente. Como si nada, me puse a buscar unas velas. Estaba agachada rebuscando en el fondo de alacena, por entre los caños de la pileta, cuando oí la puerta abrirse. Al levantarme me golpeé el hombro contra el reborde de piedra.

—Hola.

—Hola —me contestó Vicente en un tono áspero, cerrando la puerta de un golpe.

—¿Tuviste un mal día? —le pregunté intentando encender una vela, los fósforos se me rompían entre los dedos, uno tras otro.

—Pésimo —me gruñó a cara de perro.

—Lo siento.

—¿De verdad? —arrojó las llaves de la camioneta sobre la mesita del teléfono—. No te vi llegar continuó su camino hacia mí—, ¿me viste a mí?

—Sí, vi la camioneta estacionada y pensé que estabas aquí arriba—. Otro fósforo se partió.

—Alguien me llamó al celular cuando estaba por bajarme.

No supe si debía preguntar quién, por su la mueca de su rostro, debían haber sido malas noticias.

Vicente se sacó el saco y lo arrojó sobre el respaldo de la poltrona.

—Estamos sin luz, ha de ser por la tormenta—. Logré encender un fósforo que no se rompió y con éste le di llama al pabilo.

—Sí, seguro —dijo entre dientes y se sentó en la misma silla en la que había estado sentado Ignacio—. ¿Puedes ver algo o necesitas más luz?

—¿Ver...qué...?

Vicente abrió el puño derecho y lo estampó contra la mesa haciéndola rebotar sobre el piso de cerámicos. La vela se tambaleó pero no cayó; di un respingo.

—¿Puedes ver esto? —me gruñó deslizando un papel sobre le mesa, en mi dirección. Lo reconocí al instante.

Me quedé sin saber qué decir.

—¿Y bien?

—Ignacio apareció ayer por el local...

—¿Ignacio? ¡Este es el número de Eva! —me gritó.

—Ignacio me lo dio.

—¿Y para qué lo guardaste? —bramó fuera de sí.

—No lo guardé, lo tiré.

—Estaba en el piso de tu camioneta.

—Iba a tirarlo.

—¿Por quién me tomas? ¿Para qué se lo pediste? No entendiste ni una palabra de lo que te dije. ¡No quiero que lo hagas! —exclamó poniéndose todavía más furioso.

—¡Yo no se lo pedí! ¡No tiene nada que ver con eso!

—Eliza, no te conviene que me enoje todavía más.

—Te digo que no se lo pedí, y ni se me había cruzado por la cabeza discutir con ella ese tema.

—Ella me trajo a mí aquí, ¿esperabas que hiciese lo mismo por ti?

—No, te estoy diciendo que no.

—¿Qué ibas a discutir con ella? Esperabas que te contase cosas a mis espaldas, ¿era eso lo que ibas a hacer? ¡Respóndeme!

Fue mi turno de enojarme, no tenía porqué tratarme así.

—¡No cuentas nada!



—Eso es mentira.

—No me dices lo que necesito saber.

—¿Y se puede saber qué demonios necesitas saber?

—Todo—. La palabra me brotó del pecho, fuerte y contundente.

Vicente se apartó de mí sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es lo que tanto te asusta? Por qué simplemente no puedes contármelo todo y ya.

—Porque no hay necesidad.

—¿Por qué terminaste con ella? Gaspar me contó que Eva es parte de su familia y también me explicó que ella los dejó cuando tú llegaste, ¿por qué?

Ni una palabra.

—¿Por qué no quieres vivir con Gaspar y los suyos? ¿Por qué tu fuego me quemó si yo no soy un demonio, por qué te quemé yo a ti si yo no tengo tus poderes? ¿Por qué no quisiste comprar mi alma? ¿Por qué te quedaste? ¿Por qué te ayudó Ariel a salvarme? ¿Por qué Eva aparece ahora así de la nada, y qué tiene que ver Ignacio con ella? ¿Dónde está Lucas y cuándo va a regresar? ¿Por qué tuviste que matar a ese chico? ¡Contéstame! —grité histérica—. Dime algo. Por todos los santos dime algo.

Vicente se quedó mirándome mudo.

—¿Por qué estás todavía aquí? —le pregunté con un hilo de voz.

—Porque te amo. Esa es la única respuesta que puedo darte. Acepta que todo lo demás, está prohibido para ti. Así es mejor.

Sus ojos grises perforaron los míos.

La tormenta empezó a golpear las ventanas.

—Por lo que más quieras, Eliza, no hables con ella, no sedas a su insistencia. Te lo ruego, no le permitas entrar en tu vida. No permitas que ninguna de esas preguntas se ancle entre nosotros. Sé que puede resultarte muy difícil, continuar viviendo sin una respuesta, pero si al final las obtienes, descubrirás que no te serán de ayuda, sino todo lo contrario. Tan solo intento mantenerte a salvo.

—No quiero que tengas que cuidarme todo el tiempo.

—Bien, entonces no te pongas en peligro. No te cuestiones nada más. Por amor de Dios, deja las cosas tal como están. Tú ya me conoces, esto es lo que soy... lo que fui ya no importa, te lo ruego, permite que el pasado se quede en el pasado, no me tortures con él. Te lo juro, todo va a estar bien si confías en mí. Yo conozco lo suficiente de mi mundo, para los dos, si te digo que no hay nada que tu necesites saber, es porque es así. Dime que no volverás a preguntar

nada más. Dime que confiarás en mí.

—No puedo, hay demasiadas cosas que...

Me tomó por el cuello.

—Lo sé; déjalo en mis manos, no prestes atención a nadie más.

Cómo podría simplemente olvidarme de todo y ya.

—¿Eliza?

Me agarré de sus muñecas.

—¿No confías en mí?

Era exactamente esa la cuestión, hasta qué punto confiaba yo en él.

—¿Crees en mí o no? Contéstame —me apuré sacudiéndome—. ¿Crees en mí o no?

Sentía que mi pecho era una bomba atómica a punto de explotar. Sus ojos no me dejaban parpadear, me taladraban con una única pregunta.

—Sí, sí confío en ti.

Vicente me estampó un beso en los labios pero yo no pude reaccionar.

—Gracias —me susurró al alejarse. Caminó hasta la piletta, tomó la caja de fósforos de la mesada y prendió fuego a la hoja en la que estaba anotado el número de Eva.

Contemplé con hipnotismo, el papel arder entre las paredes de acero, sintiendo el peso en mi conciencia, del número que estaba guardado en el directorio de mi celular.

Esa noche, Vicente se quedó a dormir en casa. La energía eléctrica no regresó, por lo que nos acostamos a dormir temprano. Pero no me dormí, me atemorizaba quedarme dormida. No sé por qué, no quería volver a tener que dormir nunca más.

En la mañana, después de haber intentado dormir toda la noche y no haber pegado el ojo más que de a ratos, hice algo que llevaba mucho tiempo sin hacer, busqué entre mis pocas alhajas hasta encontrarla. La medalla brilló a la luz del sol de la mañana. Era una medalla con una niña virgen que mi tía Sandra me regaló para mi bautismo. Abrí el pequeño gancho de oro y me la colgué del cuello, casi al instante me sentí más segura. Por las dudas, la escondí de la mirada de Vicente, ocultándola debajo de un pañuelo que me anudé al cuello, por sobre la camisa.

Los días fueron pasando lentamente, así de lento, mi relación con Vicente fue recuperándose. Quizá no fuese lo más coherente del mundo, pero me esforcé

por llevar a cabo lo que él me había pedido, procuré olvidarme de todas las preguntas que llenaban mis pensamientos y me concentré únicamente en disfrutar del día a día. Para mi sorpresa no fue tan difícil, Ignacio no volvió a aparecer y yo, para evitar las tentaciones, borré de mi celular, el número de Eva. Como era de esperarse, Susana tampoco volvió a sacar a colación la historia de Mauro. Mis días cobraron un extraño matiz de normalidad, que en el fondo, se sentía terriblemente bien, eso me hizo darme cuenta de lo poco que últimamente disfrutaba de la compañía de Vicente.

Empezamos a hacer todas las cosas que otras parejas hacen, fuimos al cine, a cenar, nos quedábamos en su casa o en la mía sin más obligaciones que estar tirados en la cama. Por suerte, Vicente no tuvo que viajar para llevar a cabo su trabajo, y en menos de una semana sus viajes del día, se interrumpieron.

También mejoraron otras cosas, Susana fue aflojándose con Vicente, si él me venía a buscar ella ya no le ponía tanta mala cara, incluso, le avisó, frente a mí, que estaba formalmente invitado a su boda.

Entre tanto, cumplimos con alguna que otra obligación familiar, sin quererlo Vicente se convirtió en el centro de atención del cumpleaños de mi tía Sandra, cuando muchas amigas solteras de mi tía, se lo turnaron para ocupar la pista de baile. Yo me mantuve al margen de eso, el baile no era lo mío.

En suma, abril se fue volando.

## 15. Historias, leyendas y mitos.

—Pon tu mano aquí —me indicó dando un golpe sobre la porción superior derecha del comando del barco, para luego quitar la mano derecha, dejando así, un espacio para la mía. La velocidad de la nave generaba fuertes ráfagas de viento, el cual hacía hondear el cabello castaño cobrizo de Vicente sobre las patillas de los anteojos de sol que llevaba puestos.

—No creo que sea buena idea—. Me negué retrocediendo para alejarme del alcance de su mano.

—No seas cobarde, no te va a pasar nada.

—¿Quieres que naufraguemos? Vamos a hundirnos como el Titanic.

Se rió de mí descaradamente.

—Aquí no témpanos de hielo, ni nada contra lo que puedas chocar. Vamos, es divertido.

No sé que podía tener de divertido, a mi todavía no terminaba de convencerme el hecho de encontrarme lejos de la costa. Ante su insistente mirada, puse mi

mano dónde me había indicado. El acero vibraba suavemente entre de mis dedos. Quitó su mano izquierda y me hizo espacio para que me ubicase entre el panel de control y el asiento.

—Te dije que era fácil —se congratuló a si mismo quitándose los anteojos.

—Y qué dirección se supone que debo tomar.

—La que quieras, no vamos a ningún lado, paseamos, nada más.

Revoleé los ojos. Ciertamente esta era una experiencia muy diferente a manejar un automóvil, y si bien no navegábamos a vela, el viento y las corrientes del agua nos hacían dar algunos tumbos, igual, pese a las sacudidas, el barco parecía navegar apenas al ras de la superficie del río, casi como si volara muy pegado al agua.

—Imprimámosle un poco más de velocidad —dijo más para sí que para mí, y sin espera a que yo diese mi visto bueno aceleró el motor. Oí como los chorros de agua brotaban con más fuerza por detrás de nosotros, levantando una estela de espuma blanca. Me agarré más fuerte del timón de acero para que la corriente de aire no me llevara puesta. El corazón empezó a latirme con fuerza. Sin pedirme mi aprobación por adelantado, Vicente se pegó a mí y pasando su brazo derecho por encima del mío, colocó su mano encima de la mía, e hizo girar el comando hacia la izquierda, o en términos náuticos —con los que él solía hablarme cada vez que nos subíamos en aquella cosa—: a estribor.

Desde lo más profundo de mi garganta emergió un largo grito, mezcla de emoción y miedo, sin duda, producto del arrebató de adrenalina que mi cuerpo había desatado. El barco literalmente derrapaba sobre el agua.

—¡Ya, ya! —le grité cuando vi que pasábamos por encima de nuestro propio rastro blanco que aún flotaba sobre la superficie; él no hizo más que reírse a carcajadas. El barco dio un salto y el almuerzo me subió por la garganta, igual que el grito que había soltado unos segundos atrás—. Deja de jugar, vas a hacer que me mate—. En respuesta a eso me dio un beso en la mejilla y continuó girando la nave hasta que quedó otra vez con la proa en el mismo sentido que habíamos llevado hasta un momento atrás—. Recién ahí, me dejó sola al comando otra vez pero no desaceleró el motor, por lo que la pronunciada proa, continuó cortando las aguas de un modo imponente—. A esta velocidad vamos a llegar al Uruguay en cualquier momento.

—Quieres pasear un rato por Colonia, todavía es temprano —propuso así de la nada—. No nos tomaría mucho tiempo llegar.

—Otro día, quizá.

Puso cara de decepción.

—Acaba de ocurrírseme otra idea. Espera aquí un momento —lanzó soltándome.

—¿A dónde vas? Ni se te ocurra dejarme aquí sola.

—Enseguida regreso —exclamó lanzándose escaleras abajo—. No te preocupes, no hay ninguna nave a la vista. En un segundo estoy contigo.

Le llevó bastante más que eso volver; cuando lo hizo, tenía una sonrisa en el rostro.

—Permíteme —me pidió abriéndose paso entre mis brazos luego de disminuir la velocidad a la que atravesábamos el río.

—¿Cuál es esa genial idea que se te ha ocurrido?

—La isla de Ariel no queda muy lejos de aquí, y la casa está vacía, de modo que disponemos de todo el terreno para nosotros solos.

—¿Ariel tiene debilidad por las islas?

—Es que le gustan los lugares privados.

—Sí, me imagino—. Me pregunté cuántos de los suyos se atreverían a ir a visitarlo a una casa rodeada de agua—. Entonces, ¿no hay nadie en la casa?

—Ya sabes que Ariel y Lucas todavía están en Europa.

Sí, supuestamente así era. Se suponía que llevaban tres días en República Checa, visitando la ciudad de Praga. Ya habían pasado por Lisboa, Madrid, Barcelona, París, Roma, Berna y Viena, y antes de regresar pasarían por otros países de Europa del este para finalmente visitar Holanda, Bélgica e Inglaterra, cuanto se demoraran en esos países dependería exclusivamente, de la condición de Lucas, a quién según Vicente, todavía le faltaba un largo camino por delante para estabilizarse.

—Viví un tiempo en esa casa, además allí solía parar entre trabajo y trabajo antes de conocerte a ti.

Ahora me interesaba más visitar aquel sitio.

—Di en la fibra exacta, ¡a que sí!

—¿Lucas también ha vivido allí?

Vicente contestó que sí con la cabeza.

—La isla es como la casa familiar, ya abandonamos el nido sin embargo aún tenemos nuestros cuartos preparados por si algún día decidimos regresar.

En menos de cinco minutos, una porción de tierra se nos vino encima.

El lugar hablaba por sí solo. La isla era lo suficientemente grande como para que la extensión de terreno quedase fuera de la amplitud de mi campo visual, los árboles y la vegetación seguían y seguían por la costa, indefinidamente. La

primera línea de defensa, de lo que parecía una fortificación que empezaba por un gran murallón de concreto que emergía desde el río hasta la línea de tierra, estaba formada por una tupida mata de hortensias; le seguía una franja de terreno verde, y más allá una arboleda. De la casa en sí, no se atisbaban más que trozos de un blanco impoluto, y perfiles de cristal que brillaban a la luz del sol. La casa no se encontraba cerca de la costa, sino todo lo contrario, obviamente Ariel priorizaba su privacidad, por lo que la casa había sido construida terreno adentro. A un lado del muelle de aspecto moderno, había una especie de canal muy ancho y profundo, que se hacía espacio dentro de la isla, y dentro del canal, flotaba un yate todavía más grande que el de Vicente, unas lanchas de varios metros de eslora y aspecto veloz, y un regimiento de motos de agua, tanto las lanchas, como las motos de agua, estaban pintadas de negro; el barco se llamaba Beatriz, tercera, para mayores datos, así lo indicaban los números romanos al pie de la zeta.

El resto de la costa era guardada por una hilera de luces en forma de reflectores, que si bien ahora estaban apagados, brillaban por efecto de la luz del sol. Por el aspecto general del lugar, solamente faltaba que un montón de agentes de seguridad vestidos de negro, pasasen haciendo la ronda por la costa.

No fui demasiado lejos en mis delirios, en cuanto el ruido de los motores del barco de Vicente comenzó a replicar en la bóveda creada por ambos márgenes del río, tres hombres salieron de entre las sombras de los árboles. Uno iba vestido de negro, con anteojos oscuros incluidos. La imagen de ese hombre me revolvió el desmogo en recuerdos que creí haber superado. Los otros dos hombres tenían un aspecto mucho más inofensivo, uno de ellos, llevaba una tijera de podar en una; el tercer hombre llevaba puestos unos simples pantalones de *deming*, una camisa blanca y un suéter azul. El jardinero siguió su camino hacia las hortensias, pero los otros dos hombres empezaron a caminar por el muelle. Fue ahí que noté que el que iba de negro se llevaba un celular a la oreja.

—Está bien, no hay problema —me dijo Vicente con su voz mansa de siempre, adivinando la tensión que empezaba a deformarme el gesto y a tensarme los dedos de las manos.

Intenté sonreír. No iba a echarme atrás ahora, no considerando lo que este evento significaba, él estaba sino abriendo, al menos entornando la puerta de ingreso a su mundo, a su vida. Todo un hito.

—Están ahí para evitar que los humanos se pongan en peligro, nada más —

soltó—. Se irán en cuanto estén conformes con lo que ven. No tienen demasiado interés en nosotros.

—Creí que habías dicho que no había demonios allí.

—No quería alterarte, de todos modos, ninguno de ellos entra en la casa, ya verás que no se volverán a cruzar por nuestro camino.

—Cómo es que ellos pueden estar tan cerca del agua, creí que la mayoría no lo resistía.

—Trabajar para Ariel es un buen incentivo para resistirlo. De todos modos no se les hace nada fácil, es por eso que solamente aparecen en la costa cuando oyen algo.

—Entiendo. Así que Ariel es verdaderamente importante.

—Lo es.

—¿Más que Gaspar?

—De un modo diferente. Probablemente si Gaspar no fuese tan proclive a mantener un perfil bajo, tendría mucho más de lo que tiene Ariel ahora, Gaspar lleva mucho más tiempo que Ariel en esto, la diferencia reside en que nunca se interesó por armarse de poder y mucho menos de riquezas. Son formas de ser, eso es todo. Los humanos son distintos entre sí, nosotros también.

—Todavía no me queda claro. La palabra de quién, valdría más en una disputa.

—¿Estamos discutiendo de política? —inquirió alzando las cejas.

—Ponlo como tú quieras. Si los dos fuesen candidatos a presidente, quién ganaría.

—¡Qué pregunta la tuya! —Soltó en una carcajada—. Bien, si fuese por voto popular, por ponerlo de algún modo, ganaría Ariel, por historia, antigüedad, por apoyo de los mayores y por que no exponerlo así, si esto fuese una monarquía, Gaspar estaría mucho, pero mucho más arriba de Ariel en la línea sucesoria.

—Creo que voy entendiendo—. En cierto modo me alivió escuchar eso, internamente, pese a que Ariel básicamente me había salvado la vida, y el alma, yo confiaba mucho más en Gaspar; él y su familia eran amables, educados, sociales y mucho más humanos, en cambio Ariel... no podía dejar de preguntarme qué clase de padre, no está interesado por conocer a la persona con la que su hijo comparte cada uno de sus días. Sería que no le interesaba yo por ser humana, o que no nos tenía demasiada fe, o por una mezcla de ambas razones. Sin dar demasiadas vueltas, Gaspar me caía mucho mejor, y punto.

Vicente enarcó las cejas en un gesto que puso punto final a la conversación.

El hombre que se encontraba por detrás del jardinero desapareció al acto; el otro, tardó un poco más en apartarse, no lo hizo hasta que el hombre de suéter azul tomó el cabo que Vicente le lanzó. Un chico de no más de quince años apareció en escena y empezó a ayudar al hombre de suéter azul.

—Bienvenidos —nos dijeron en cuanto las amarras estuvieron fijas.

Los dos les dimos las gracias.

Vicente me tomó de la mano y juntos avanzamos por la angosta vereda de piedra que poco a poco iba elevándose por el terreno, cada tanto surgían en el camino, dos o tres escalones, y fue pasando dos de esos ascensos, que la casa comenzó a cobrar forma y solidez hasta que finalmente se consolidó frente a nosotros, en un claro inmenso.

La casa era una gran estructura con una mezcla de estilos. Tenía puertas y ventanas por casi todo el frente, con celosías de madera abiertas a la luz del sol; lo que me llamó la atención, fue que la mayor parte de las superficies de cristal, estaba cubierta por pesados cortinados. Sobre los techos de tejas naranjas, identifiqué al menos media docena de chimeneas.

Una mujer enfundada en un uniforme negro, de esos que van con delantal de *broderie* blanco y todo, nos abrió la puerta antes de que llegásemos al umbral.

—Bienvenido señor Campo, es un placer tenerlo aquí otra vez.

—Gracias, Luisa—. Vicente me tendió la mano para que trepase el escalón aferrada de él—. Luisa, le presento a Eliza, Eliza, ella es Luisa, el ama de llaves de la casa y alma de esta casa desde hace mucho tiempo.

—Es un gusto conocerla—. Contesté mientras mi cerebro maquinaba aquella información, no comprendía cómo aquella mujer llevaba tanto tiempo trabajando allí, acaso todavía no se había percatado de lo que sucedía a su alrededor, o simplemente prefería no verlo.

—El té estará listo a las cinco, gustaría que lo sirva en el comedor o en el jardín trasero.

—En el jardín, por favor.

Entramos.

—Espero que no le estemos dando mucho trabajo, no era mi intención molestarla.

—No, para nada, señor Campo, con el amo fuera no tenemos mucho trabajo por lo que resulta agradable tener visitas.

—Bueno, siempre es agradable regresar a casa.

La mujer contestó a eso con una inclinación de cabeza.



—Bien, nosotros vamos a dar una vuelta por ahí, espero que no le moleste.

—Por favor, señor Campo, la casa es suya —entonó y después de otra reverencia, se alejó para finalmente desaparecer por una puerta que por lo que vi, daba a una especie de corredor interno sin hacer un solo ruido. Debía de haber entrenado mucho para lograr que sus pisadas no sonaran para nada.

—¿Y bien, qué te parece?

Eché un vistazo a mí alrededor. Esta casa era muy diferente a la de Vicente y lo completamente opuesto a la de Gaspar y su familia. Tan distintas la monarquía en el sentido en que se la entendía en la edad media y la república moderna, aquellas casas eran el día y la noche, ésta, si blanca e impoluta por fuera, era una catacumba sombría y fría por dentro; no es que hiciese frío en el estricto sentido de la palabra, sino que todo en ella provocaba cierto rechazo, cierta incomodidad, al menos para los humanos, era evidente, por la sonrisa en el rostro de quien tenía enfrente, que a los demonios no les causaba la más mínima aprensión. Las paredes eran casi todas de colores oscuros, combinados con modernidad y estilo pero ciertamente no lograban hacer que el ambiente resultase acogedor. La gama de colores no era muy amplia, variaba desde el negro, pasando por morados. No había demasiados objetos de decoración, y tampoco eran muchos los muebles, de las paredes colgaban unos cuantos cuadros, todos muy grandes y de arte abstracto, en su mayoría, espesos oleos que daban la sensación de ser acero fundido con barras al rojo vivo, atravesándolo. Otra cosa que llamó poderosamente mi atención es que del techo, no colgaba una sola lámpara, tampoco había luces empotradas, las únicas fuentes de luz, que no estaban encendidas, eran unas cuantas lámparas de pie en el amplio living y en el estar contiguo. Los otros dos ambientes que quedaban a la vista separados únicamente por columnas y vigas debían quedar a oscuras en la noche.

—Es diferente. Algo oscura para mí gusto—. Oscura y opresiva, el conde Drácula se habría sentido muy a gusto aquí.

Vicente fue hasta el ventanal más próximo y descorrió el pesado cortinado de pana. La luz irrumpió con furia sobre el piso de madera.

—Sí, definitivamente es distinta, tiene su estilo. Se luce más por las noches, a Ariel siempre le ha gustado la iluminación de las velas. No le gusta mucho la electricidad.

Fue al mencionar eso, que yo me percaté de la presencia de algunos candelabros y de velas por los rincones, sobretodo, junto a las dos chimeneas de gran boca, dentro de los cuales debía arder un árbol entero cada vez que se

encendían.

—Que apropiado, ¿no?, un demonio al que le gusta el fuego —comentó mencionando aquella palabra sin el menor reparo, de hecho, incluso me sonrió al decirlo.

—Con respecto a eso, esa mujer sabe qué...  
Me tomó de la mano y nos echamos a andar.

—No exactamente, me figuro que saben que hay algo diferente en nosotros, pero se cuidan de hacer comentarios. Luisa es una de las personas que más tiempo lleva en esta casa. Ella no tiene a nadie, no tiene familia ni amigos, trabaja aquí desde muy joven de modo que este es su hogar, y aquí se encuentra su familia. Todo mundo defiende a su familia sin importar cuán extraña sea.

—Entonces se habrá dado cuenta de que no envejecen.

—Pensaré que somos vampiros o algo así —comentó divertido—. Nunca discutí sobre eso con ella, lo único que sé es que Luisa se encarga de dirigir y mantener a todos los empleados que trabajan dentro de la casa y a los que tienen mayor contacto con nosotros.

—Eso qué significa.

—Que ella se ocupa de mantener el orden, si alguna de las chicas que hace la limpieza, o la cocinera, o quien sea, empieza a sospechar algo, se ocupa de conseguirle otro trabajo.

—Ya veo... ¿En serio que jamás se ha preguntado qué son ustedes?

—Ella es demasiado correcta y educada para no meterse en lo que no debe. Por aquí —anunció enseñándome la escalera con una floritura de su brazo derecho.

Lo seguí y él continuó hablando.

—Ariel ha aprendido a cuidar de Luisa y valora muchísimo su aporte; es su mano derecha aquí dentro.

—Con ustedes uno nunca termina de sorprenderse, de verdad que yo creí que a Ariel realmente no le gustaban los humanos.

Vicente me lanzó una mirada que decía: ¿no te lo había dicho ya?

Subimos en silencio, hasta el corredor en el que desembocaba la escalera. De milagro no tropecé con ninguno, estaba tan oscuro allí. La pared principal de la estructura del hueco de la escalera estaba compuesto por un gran paño de cristal cubierto casi en su totalidad, por un pesado cortinado que tenía todo el aspecto de haber sido en otra época, un telón de teatro, de esos que tienen bordados dorados y faldones recamados. La poca luz que entraba era la que

lograba colarse por el tragaluz del techo, sobre el cual había crecido un manto de una enredadera de delgados tallos.

—Es aquí —anunció deteniéndose frente a una de las puertas que daba a un hall al final del corredor también sombreado por la pesada cortina sobre la cual, se notaba, reventaba el sol naranja del atardecer. Daba la impresión de que los rayos se esforzaban por penetrar el apretado y grueso entramado del paño con el que estaban confeccionadas las cortinas, igual que si el sol se negara a perder la batalla contra la oscuridad.

—¿Es tu cuarto?

—¿Qué es lo que te emociona tanto? —preguntó con un amago de sonrisa y una voz sedosa que produjo en mí, un estremecimiento que me recorrió completa.

—Déjame entrar —le pedí luego de deslizar mi mirada de la puerta a él. Puso una mano en el pomo de la puerta y se quedó quieto.

—No me trajiste hasta aquí para enseñarme la puerta y nada más, ¿o sí?

—No, claro que no, adelante *mademoiselle*.

Perezosamente, hizo girar el pomo, el cerrojo saltó.

—¿Estaba cerrada con llave?

—Sí, solamente Luisa tiene llave de las habitaciones, les abre a las muchachas cuando deben limpiar, por seguridad de ellas, el resto del tiempo permanecen cerradas.

Vicente empujó la puerta; apenas si se movió de su sitio. Dentro reinaba la oscuridad.

—¿Qué? —le pregunté al ver que no se movía y continuaba mirándome fijo a los ojos.

—Nada —contestó sacudiendo al cabeza. Se movió para permitirme pasar.

Entró después de mí, pero yo apenas di un par de pasos dentro, no veía ni mi propia nariz. A mi izquierda sonó el típico chillido de las cortinas al ser corridas dentro de los rieles. Un rayo de luz polvorienta que brillaba de dorado, iluminó la superficie azul del esponjoso acolchado que cubría la cama de proporciones enormes y una altura mayor a la normal.

Vicente corrió otra cortina más y ante mí se desplegó la habitación casi en su totalidad. Era amplia y de líneas sencillas, las paredes eran de un azul muy oscuro tanto es que en los rincones donde no llegaba al luz del día, parecían negras; los cuatro muros estaban completamente pelados, no había cuadros ni ningún otro tipo de objeto decorativo.

—Te dije que no había mucho por lo que emocionarse.

Me quedé en silencio contemplándolo, él me sonrió, y yo se sonreí apartando la mirada para no volver a quedar en transe. No había mucho más que ver a parte de él, la cama, un mastodonte de madera muy oscura que era una cajonera muy alta y ancha, de aspecto antiguo, con dos manijas de bronce por cajón; dos mesas de luz, que al igual que la cama eran más altas de lo normal, y un sillón de cuero marrón, muy gastado junto a la ventana que según me pareció, daba a la parte trasera de la casa. Una puerta de un blanco grisáceo, el mismo con el que estaban pintados los marcos de las ventanas y los zócalos, entreabierta, daba al baño en penumbras.

Vicente pasó por detrás de mí y cerró la puerta. El cerrojo apenas si hizo ruido.

Yo di una vuelta por el espacio despojado entre la cama, el sillón y la cajonera.

—¿Pasaste mucho tiempo aquí? —me costó imaginarlo dentro de estas cuatro paredes.

—Si no estaba trabajando o de viaje, pasaba horas aquí dentro.

—¿Y no guardaste ni un solo recuerdo de toda esa vida? Digo, no hay fotos ni nada.

—No me agradan mucho las fotografías —avanzó hasta la cama—. Se agachó junto a la cama, metió la cabeza por debajo del tirante de madera que sostenía un colchón de al menos treinta centímetros, y estirando un brazo, tiró de algo deslizándolo por el piso de madera oscura que formaba espigas en diagonal a la entrada del cuarto.

La caja de cartón marrón apareció por el borde de la cama. Tenía un aspecto muy manoseado, lucía algo manchada y las esquinas habían recibido varios golpes, estaban mochas y el cartón comenzaba a desmenuzarse.

Despacio, procurando no hacer desaparecer el encanto, caminé hasta él y me agaché frente a la caja contemplándola como si fuese la de Pandora.

—Esto es todo lo que tengo de mi vida —explicó en un suspiro profundo.

Otra vez se me aceleró el pulso. Miré la caja y lo miré a él. Estaba tan ansiosa que me dio la impresión de que ese segundo duraba demasiado, pero el segundo al final terminó, cuando Vicente destapó la caja y de ella emanó olor a papel viejo, a humedad.

—Querías fotos —metió una mano dentro de la caja—, éstas son las únicas que tengo —dijo tendiéndome un par de fotografías realmente antiguas, amarillentas, ajadas y arqueadas.

Mis ojos se abrieron de par en par para no perder detalle de las imágenes que

tenía ante mí. La primera era de un hombre muy mayor de cabello completamente cano supongo, o también podía ser que fuese muy rubio, su edad no se adivinaba porque tuviese arrugas en su rostro, sino por la mirada cansada de sus ojos claros y por la sonrisa desgastada de sus labios; el hombre iba acompañado de una joven mujer con unos rasgos demasiado parecidos a los de Vicente y a los del hombre cuya mano sostenía, como para no ser quién yo creía que era.

—¿Son tu padre y tu hermana?

Asintió con la cabeza.

—La obtuve de manos del fotógrafo que la tomó y no de un modo muy ortodoxo. No me arrepiento, es él único recuerdo que tengo de ellos, de no ser por esa fotografía, supongo que ya habría olvidado sus rostros.

—Eres muy parecido a tu padre—. Me pareció que se incomodó con mi comentario—. Tienes sus ojos y su mirada. Tú hermana era una mujer hermosa. Que mirada —susurré sin poder dejar de contemplar sus ojos plasmados en un instante eterno, incluso ahora parecía tener el poder de atravesar tu pensamiento. Su sonrisa era calma y amena, muy pacífica; así debía de ser la de su padre de joven. Inspiré hondo, pasé la foto y la coloqué por debajo del montón.

—Felipe con su familia —me indicó—. El propio Felipe me la entregó la noche que lo visité antes de que falleciera. Es una de las últimas que se tomó con los suyos.

Por lo que pude ver, de un Felipe ya entrado en años, era que no era tan parecido a su padre como Leonor y Vicente, incluso me pareció que en vez de tener los ojos grises los debía tener de un color oscuro, quizá castaño y su mirada indecisa y tensa generaba desasosiego. Felipe no sonreía, su boca era una línea tensa, como un cable de tensión atravesando el cielo azul despejado. Toda la carne de su rostro era plana, nula, un lienzo en blanco que no se inmutaba con la presencia de la mujer que tenía al lado, ni con la de las otras tres parejas rodeadas de niños divertidos que seguramente habrían vuelto locos al fotógrafo en su intento de hacer que se quedasen quietos y mirasen a la cámara. Aparté la fotografía de mi mirada antes de que me amargara.

—Ese soy yo—. Apuntó su rostro con un dedo. Yo ya lo había reconocido.

Tuve que contenerme para no soltar una carcajada. La foto debía ser de principios del mil novecientos. Vicente llevaba ropa muy de la época con una camisa que le apretaba el cuello, tan rígida que parecía de cartón, un bigotito finito y recto, y un peinado a la gomina con raya al costado que apenas si

asomaba por debajo de un elegante sombrero.

—Esto sí que es... —no pude contener la sonrisa que tironeaba de mis mejillas.

—No te rías, así se veían casi todos los hombres en la calle por aquella época.

—Sí, bueno, pero comparándola con el que eres ahora—. Alcé la foto y la coloqué junto a su rostro, no había cambiado ni un ápice—. ¿Cuándo fue tomada?

—No recuerdo, debe tener el año por ahí.

Acerqué la fotografía otra vez hacia mí. En efecto llevaba impresa la fecha en la que había sido tomada.

—Mil novecientos dos.

Me quitó la foto de la mano y la contempló por unos segundos.

—Sí que me veo ridículo—. Echó la fotografía a la caja y yo me apuré a recuperarla—. Es por eso que no me gustan las fotografías, por eso y porque son evidencia del tiempo que pasa.

Nos quedamos en silencio mientras yo contemplaba la siguiente imagen.

—Esos somos Ariel y yo.

Así que éste es Ariel. Se me erizó el vello de la nuca al verlo. Su rostro era algo cebero, de mandíbula cuadrada, ojos de potente mirada enarcados por unas cejas gruesas —si una mirada pudiese matar... —y oscuras que sostenían como arcos ojivales, una frente amplia y alta que se curvaba hacia arriba, allí donde nacía una espesa mata de cabello oscuro que en forma de una onda muy pronunciada, se alzaba sobre la parte alta de la cabeza igual que una corona. Tenía sienas profundas con grandes entradas de cabello, del lado izquierdo nacía un mechón de cabello más claro, supongo que eran canas, no estoy segura, esta fotografía también era en blanco y negro. Su boca era ancha y delgada, algo desproporcionadamente grande para aquel rostro, así como sus hombros anchos, altos y fuertes, para el resto del cuerpo. Por los costados de la cabeza, el cabello le rozaba el cuello del saco. Sus manos eran largas, con dedos no demasiado gruesos, pero de aspecto poderoso. En su mano izquierda, para ser más precisa, en el dedo del corazón, llevaba un enorme anillo de sello. La foto debía de tener como mucho unos diez años menos que la anterior. Tanto Vicente cuanto Ariel lucían muy acicalados y elegantes, llevaban trajes de etiqueta, debajo de unos gruesos sobretodos de lo que en apariencia era gruesa lana; me dio toda la impresión de que debía haber sido tomada allá por los años veinte. Me pareció ver que sobre el piso del lugar al

aire libre en el que estaban, había nieve y algo más.

—¿El Arco del Triunfo? —amagué señalándole la porción de la estructura que creía reconocer en el margen superior de la fotografía.

—Sí, yo también viajé un poco durante mis primeros años. Europa tiene mucha historia para nosotros, bueno, al menos la tenía hasta hace un tiempo. La sociedad humana no es la única que se desvirtúa a cada siglo, supongo que nuestra sociedad también está en franca decadencia, al menos, en mi opinión, otros creen que avanzamos hacia la supremacía o algo así —añadió por lo bajo en un gruñido.

—No te refieres a la historia de la humanidad en el viejo continente, ¿no es así?

—No, a nuestra historia. Allí viven muchos de los más antiguos de la humanidad. Podría decirse que es la cuna de nuestra sociedad. Por esas tierras se concentra el mayor número de demonios por persona, los cuales en su mayoría viven en clanes o en pequeños grupos con leyes muy estrictas que delimitan el territorio de cada uno, gobernados por estos demonios antiguos. Es como un mundo aparte dentro de nuestro mundo, dentro de su mundo. Llevan un estilo de vida que no ha evolucionado demasiado desde la edad media, han adaptado su vida y su forma de actuar a la tecnología y a la sociedad de hoy, sin embargo sus normas y su organización como pequeños estados, sigue siendo la misma que se estilaba hace siglos... ellos son un tanto arcaicos en ese sentido, lo que los hace un tanto despóticos e intolerantes ante ciertos hechos y sucesos. Para mal o para bien, es así, que lograron conservar mucha de nuestra historia, tanto en tesoros de valor incalculable, como en relatos que llevan miles y miles de años pasando de boca en boca. Es por eso que todos los que tenemos la oportunidad de pasar una temporada allí nos sentimos agradecidos, puedes aprender muchas cosas si tienes los oídos atentos y los ojos bien abiertos, y un guía solidó y respetado que se convierta en tu boleto de acceso a las esferas más altas e importantes. Incluso, si caes en una buena casa, puedes ganarte muchos favores y beneficios. Las buenas alianzas son pieza fundamental para vivir una eternidad sin mayores problemas o peligros.

Las fotografías se acabaron allí, por lo que bajé el montón a mis muslos.

—Es eso lo que está haciendo Lucas—. No era una pregunta.

—Ariel tiene muchos contactos importantes allí. Si es conciente de aprovechar el momento, regresará mucho más seguro y confiado de sí mismo.

—¿Cuánto tiempo pasaste tú allí?

—La primera vez que fui, estuve casi un año, durante los primeros veinte años de mi nueva existencia, volví en un par de ocasiones; desde que viajar en avión se ha hecho cosa de todos los días resulta más fácil decidir regresar a allí por una temporada.

—Entonces me imagino que debes conocer a muchos allí.

—En efecto, conozco a muchos, sin embargo son pocos a los que tolero. Se cuentan con los dedos de una sola mano, los que tienen un ánimo hospitalario, por lo general los jefes de clan son reacios a las visitas, prefieren solamente recibir a nuevos integrantes que les juren lealtad y no a posibles desertores que de la noche a la mañana puedan irse con el bando contrario llevándose consigo valiosa información e inestimables secretos. A pesar de todo lo que acabo de decir, debo confesar que he hecho y conservo, un par de amigos allí. En París conocí realmente a Gaspar y a su familia, es decir, formalmente, como lo que son; la fotografía que viste fue tomada en una de mis visitas a su casa.

—¿Gaspar no vivía aquí cuando conociste a Eva?

—Vivían aquí... Todo fue muy complicado. Gaspar y su familia se quedaron aquí, Eva y yo nos fuimos a Europa al poco de que yo me convirtiera en esto.

—¿Y por qué ellos no fueron con ustedes?

Vicente se removió en su sitio.

—Yo no quería ni necesitaba tener nada con ellos. En ese momento no veía las cosas del mismo modo en que las veo hoy. Es demasiado largo de explicar, el asunto es que conocí a Ariel y él y los suyos se convirtieron en mi familia y con el pasar de los años, éste, se convirtió en mi hogar—. Su mirada se puso fría, en cuanto me rozó de camino a la ventana que estaba a mi izquierda, me dio un escalofrío.

—¿Qué más tienes? —curioseé con un intento de sonrisa.

Vicente sacó de la caja, algo pequeño, lo llevaba encerrado en el puño. Me tendió la mano y yo ofrecí la mía, palma arriba, para recibirlo. Lo dejó caer sobre mi piel con suavidad. El frío de aquel objeto hizo que se me pusiese la piel de gallina. En cuanto quitó su mano lo identifiqué: era un rosario de cristal de roca, exquisitamente tallado con detalles en plata, la cruz en la que terminaba también era de plata.

—Pertenece a mi abuela materna, mi madre me lo regaló el día de mi comunión.

—Es muy bonito—. Lo dejé caer entre mis dedos. El sol dio de lleno en las cuentas de cristal facetado y la habitación se llenó de reflejos de los colores



del arco iris.

—Como habrás comprobado las leyendas sobre los demonios y los crucifijos, rosarios, las hostias y demás artículos religiosos, no son ciertas. No me he desintegrado ni estoy sufriendo terribles dolores.

—Ya me habías dicho que estas cosas no servían—. Encerré el rosario dentro de mi puño. Además, yo ya lo había oído de boca de Susana al relatarme la historia de Mauro.

—Tampoco funcionan los exorcismos, no somos espíritus con la potestad de poseer a los seres humanos tal como se les ha hecho creer por siglos, tenemos la capacidad de influir en ustedes, ya has sido testigo de eso, pero no lo suficiente para gobernarlos por completo, la mente humana es demasiado compleja para lograr semejante cometido, sin duda la posesión es una de las ridiculeces más grandes que se dice de nosotros; en fin, tampoco nos afecta el agua bendita, es solamente agua... —se demoró un momento —...ni la medalla que llevas puesta —apuntó sin mirarme. Se quedó en silencio—. No tendría que haber dicho eso, es probable que te hiciese sentir más cómoda—. Alzó la mirada hasta mí—. Lo arruiné. Disculpa, es que no deberías poner tu confianza en esas cosas —añadió con un gesto de desdén que no me gusto, por lo que instintivamente me llevé una mano al cuello.

—¿No hay nada que pueda detenerlos? Me refiero a que: además de que puedan ser enviados al Infierno por una decisión de los demonios mayores, o que sean eliminados... No hay nada más a lo que ustedes deban tener. ¿Nunca ha habido una guerra entre ángeles y demonios o algo así? ¿Qué pueden hacer los hombres para defenderse de ustedes?

Metió las fotografías y el rosario dentro de la caja, y se apoyó contra la cama.

—No puedo contarte esas cosas.

—¿Qué, por mi propia seguridad? —le espeté cansada de que siempre me diese la misma respuesta.

—No, porque he hecho un juramento y se supone que no debo hablar de ello, con nadie, ni siquiera con alguien de los nuestros. Incluso para muchos demonios, existen cosas que ignoran por completo, y que continuarán ignorando por toda la eternidad a menos que algo obligue a lo contrario.

—Quién ha esparció la creencia de que ustedes son susceptibles a los iconos religiosos, las iglesias y demás.

—Es algo muy antiguo y está basado, hasta lo que yo sé, en lo que mis antepasados creían, al principio de la era cristiana, los demonios temían al poder de Dios, las iglesias eran su hogar y representación en la tierra, por lo

que se le adjudicaba a estos edificios, un poder que realmente no tienen. Con el tiempo los míos fueron descubriendo que en nada nos afectaba poner un pie en ellas, es solo un mito, aunque está tan anclado en nuestra sociedad que hasta hoy en día, la mayoría de los míos no sabe que realmente no le hará daño alguno poner un pie en una iglesia, yo he entrado en varias ocasiones a algunas y si bien no es el lugar en el que me siento más cómodo de este mundo, nada me sucede, es igual que entrar en cualquier otro edificio.

—Mucha gente se siente cómoda y segura en la iglesia.

—Supongo que es esa sensación humana la que ha reafirmado el mito, y es eso mismo, lo que nos hace sentir incómodos a nosotros. Sean simplemente ladrillos y material, o el espíritu encerrado entre cuatro paredes, provoca aprensión a cualquier demonio.

—Es difícil de creer que la Tierra sea literalmente tierra de nadie.

—No lo es. Si el Diablo tiene sus medios por qué piensas que Dios no.

—Porque no he visto ninguna señal de eso, ¿acaso tú sí?

—Tú eres una señal.

—No te burles.

—No me burlo, tu amor, tu comprensión y sinceridad me venció, qué mejor ejemplo que ese para creer que Dios tiene sus medios. Quizá no sea nada opulento, ni majestuoso, pero funciona igual de bien.

—Dudo ser un instrumento de Dios, es más, no me gusta la idea de pensar de ese modo, eso significaría que no tengo voluntad, que no decidí por mí misma amarte.

—No quise decir eso, lo que deseaba hacerte entender es que existen en este mundo, personas como tú, que marcan una diferencia.

—No soy una santa. No voy por la vida ayudando a los pobres y desahuciados y no creo ser el ejemplo de nada bueno.

—No todos los santos han ido por la vida ayudando a los desvalidos y a los que se mueren de hambre. Han existido santos para todo, en este mundo. Tú eres una santa que redime demonios, eres un trozo de Purgatorio.

—Por favor, el Purgatorio además de redimir almas para luego enviarlas al cielo también es el lugar de tormento de muchas y a mí no me agrada esa noción, además, por favor, evita decir otra vez que soy una santa. El título no me calza ni lo quiero, y no es agradable que pienses en mí de ese modo, yo no he venido a esta tierra para salvar a nadie, apenas si puedo salvarme a mí misma.

—¿Cómo estás tan segura de eso? Yo nunca conocí a una persona o a un

demonio que realmente conozca la razón de su existencia como un hecho o sentencia.

—Yo sí conozco la razón de mi existencia: eres tú.

—Entonces me estás dando la razón. Viniste para salvarme a mí.

—Sí no he hecho nada, ojalá pudiese hacer algo por ti.

—Ya hiciste algo por mí.

—No parece haber sido suficiente.

—¿Te gustaría que yo fuese un humano común y corriente?

—No lo sé, me resulta difícil concebirte de un modo diferente al que eres ahora, me enamoré de ti siendo esto, de modo que no tengo intenciones de cambiarte.

—Pero aun así quisieras salvarme y esa salvación según tú, implicaría un cambio.

—No lo sé—. Me confundió, nunca había meditado la posibilidad de que él cambiara, puesto que me había dicho que era imposible, la metamorfosis debía ser para mí. Además, era tentador no tener que contar los años hasta envejecer, y anhelar tener infinitos días a su lado sin preocuparme por enfermedades o la muerte.

—Cambié dentro de mis posibilidades —expuso muy serio.

—Es decir que no puedes cambiar más allá de eso —colé para cerciorarme de que realmente no existía posibilidad alguna.

—¿Crees que Dios me perdonaría todo lo que he hecho?

—Supongo que sí, el perdón es una gracia divina.

Vicente sonrió.

—Efectué la pregunta errada, crees que él, o incluso ellos, los míos, me dejaría partir así, tan fácilmente.

Ahora fue mi turno de negar con la cabeza, él ya lo había intentado y no había dado resultado, de ese acto fallido, había emergido Ariel, como figura paterna y protector.

—Obraste un milagro, no importa que a ti te parezca demasiado pequeño, un milagro es un milagro, y no se mide en tamaño o magnificencia, sino en el valor que la persona que lo recibe, le adjudica, y para mí, tú has sido el milagro más majestuoso e impresionante de toda la humanidad.

—Esa ha sido la cursilería más grande de toda la humanidad. ¡Por favor!

—Mófate, pero es cierto. Nadie me ha dado, ni nunca podrá darme, más de lo que tú me has entregado. Ojalá pudiese hacer lo mismo por ti.

—Tú puedes obrar milagros también.

—Sí, podría matarte antes de que decidas entregarle tu alma al Diablo.

—Deberías tener más respeto por mis decisiones, después de todo, lo dijiste: obro la voluntad divina.

—No debería haberte dicho eso. Siempre haces lo mismo, me tiendes una trampa con mis propias palabras. Cuando estoy a tu lado debería permanecer con la boca cerrada.

—Es otra gracia divina —entoné. Vicente me besó—. Y bien, tienes algo más ahí dentro—. Pregunté con falsa inocencia, me pareció ver que tenía unos cuadernos o diarios personales encuadernados en tela los cuales resultaban tentadores, si es que realmente eran diarios, imaginar que sus hojas podían estar llenas de su estilizada caligrafía plasmando palabras que hasta ahora él se negaba a pronunciar, alteraba el fluir de mi sangre y los latidos de mi corazón.

—Un par de chuchearías nada más, pero te las mostraré en otro momento, es hora de que bajemos a tomar el té—. Dicho eso, cerró la caja delante de mis ojos hambrientos y la empujó debajo de la cama antes de que yo tuviese oportunidad de abrir la boca para replicar. La caja de Pandora regresaba a su escondite.

Salimos de la habitación y en cuanto Vicente cerró la puerta detrás de mí, el cerrojo se cerró solo, vedando el paso a humanos desprevenidos.

—¿Qué es lo que existe entre ustedes y las cerraduras?

—Ninguna puerta está cerrada para nosotros, solamente la del Paraíso. Es una especie de revancha, supongo.

Bajamos dados de la mano y así llegamos al jardín posterior, en el cual nos esperaba una mesa puesta, abarrotada de comida y con un centro floral que ignoraba por completo la estación del año en la que nos encontrábamos, rebosaba de vida y color.

No había nadie allí afuera, salvo la mesa, las sillas y una enorme sombrilla de lona verde que mantenía a raya el sol.

Vicente apartó mi silla para que me sentara y luego me sirvió café de la estilizada cafetera de plata que hacía juego con la lechera, con la tetera y la azucarera.

—¿Prepararon toda esta comida para nosotros? Deben creer que estamos hambrientos.

Sobre la mesa había de todo, gran variedad de masas dulces, fruta y también bocados salados, además de panes y fiambres.

—No, simplemente es costumbre de Luisa, cuando vienen invitados se esmera

por atenderlos bien, durante el resto del tiempo no tiene demasiadas ocasiones de alimentar a nadie. Ariel, si es que las cosas se mantienen las cual yo vivía aquí, solamente cena en la casa alguna que otra vez a la semana y eso es todo, él no come demasiado, solo en compañía humana, para aparentar, ya sabes.

—Claro —bebí un poco de café, me supo muy bien—. ¿Puedo preguntarte una tontería?

—Sí, por supuesto —dijo colocándome una medialuna de aspecto exquisito en el plato junto a la taza de café con leche. El aroma de la masa todavía tibia me llegó a la nariz y de ahí al estomago.

—Por qué Beatriz, el barco de Ariel se llama Beatriz. Es acaso el nombre de alguna enamorada suya o era el nombre de alguna pariente, o fue un nombre elegido al azar.

—El azar no existe. Beatriz es manifestación e instrumento de la voluntad divina dentro de la Divina Comedia. Es una estúpida broma.

—Y como si fuesen pocos simbolismos, Beatriz navega por el fruido puro al que los demonios sí, realmente temen.

—El agua —entonó Vicente.

—El agua —repetí yo.

—Parece una tontería, pero la mayoría de los míos no resiste estar cerca de ella cuando se concentra en grandes cantidades. El agua y la luz son alegorías de la purificación del alma y de la consecución de la paz bajo la guía de la razón y el amor, por tanto enemigas de lo que nosotros somos y representamos.

—Es por la luz, por lo que todas las ventanas tienen tan pesados cortinados.

—A Ariel no le agrada demasiado la luz, prefiere la noche.

—¿A ti no te molesta?

—El día o la noche me son indistintos, luego de años sin dormir mi existencia se ha convertido en un largo, largo día.

—Me extraña que viva en una casa como esta, con tanta luz y agua rodeándola.

—Sí, bueno, la casa no fue construida para él, simplemente la adecuó a sus gustos y preferencias.

—Esta casa es tan diferente a las demás —dije en voz baja, encogiéndome sin querer.

—Sí, ya lo mencionaste; es tan simple como que todos nosotros somos distintos. Si bien la concepción es básicamente la misma: somos el espíritu malévolo, una fuerza que puede ser conjurada para el mal, la fuente misma del mal, y para el cristianismo, en particular, los demonios somos [espíritus](#) inmundos, esbirros de [Satanás](#), príncipe de este mundo y enemigo declarado

de [Dios](#) y sus [ángeles](#); con nada más que buscar en Internet encontrarás infinidad de nombres, definiciones y descripciones para los demonios de todas las religiones, [folklores](#), y [mitologías](#), sin importar su procedencia o antigüedad. Muchos de esos nombres no son más que inventos humanos, otros tienen su cuota de verdad. No todos los demonios se mezclan con la gente, ni siquiera todos andan por las calles, algunos tienen una vida un tanto más a lo que la mayoría de los humanos pudiese imaginar de nosotros. Viviendo entre las sombras, quizá de noche, provocando sucesos inexplicables, asustando a la gente al manifestarse como aquello a lo que más le temen, incluso hay muchos que ni siquiera tienen un aspecto corpóreo, que son tan despreciables... —sacudió la cabeza—, la maldad tiene miles de formas.

—¿Cómo? —se me erizó el bello de la nuca—. ¿Hay algunos que no son humanos?

—A ti nada te sucederá, no lo permitiría jamás, además, ese aspecto del mundo, como tú lo llamas, está muy lejos de ti. Esas cosas no le suceden a los santos —bromeó para cortar la intensidad del momento.

—Sí, sí —rezongué—. No hay nada de sobrenatural en mí, yo soy un ser definitivamente mucho más terrenal. Ahora explícame, ¿hay demonios que no son humanos?

—Quieres juntar material para tener con qué provocarte pesadillas esta noche.

—No voy a tener pesadillas —mentí.

—Según cuentan nuestros mayores, el Infierno está lleno de almas malignas, antiguas sombras que aúllan desesperadas por una muerte que nunca llega, y de vez en cuando, esas almas dolientes se escapan y llegan aquí. Son básicamente la esencia del mal y eso las torna lo suficientemente fuertes en sí mismas, para no necesitar de un cuerpo físico con el que provocar caos, dolor o temor. Estas almas no llegan a la tierra con el fin de comprar otras almas, o crear más demonios, sino que son las responsables de muchas de las cosas inexplicables que dieron y dan fundamento a todas esas creencias humanas sobre los demonios y el Diablo; no pueden lastimarte ni tocarte, sí pueden lograr hacer que pierdas la cordura al obligarte ver cosas que destrozarían tu alma.

—¿Cómo consiguen eso?

—Hurgan en tu mente para descubrir tus mayores debilidades y las manifiestan con su fuerza. Es una paradoja, como te dije, estas almas son las que ha dado fundamento a las creencias humanas sobre los distintos procedimientos que pueden efectuarse para espantar a los demonios: estas almas le temen a

cualquier cosa que para un humano represente la fe, el amor y la pureza, entre ellas, el agua bendita, los crucifijos y demás, por lo cual, generalmente son muy fáciles de espantar.

—¿Y qué sucede si no crees en nada de eso?

—Lo importante es que todo el mundo cree en algo, no tiene porqué estar ligado a una religión, simplemente puede ser algo que para ti sea importante, una persona, un objeto, un recuerdo apreciado, cualquier cosa.

—Eso me tranquiliza un poco.

—Ahora oficialmente, sabes más que muchos otros demonios.

—Quizá necesite un viaje a Europa para convertirme en una erudita en la materia.

—Ni lo sueñes, si viajas a Europa será para visitar museos, pasear por pintorescas calles y ver monumentos, no para pasar una temporada en una de las antiguas casas, eso sería lo último que haría por ti.

—¿Incluso si fuese un demonio?

—Sí, incluso si lo fueses.

—Eso es ridículo, has dicho que allí es donde más posibilidades tienes de aprender. ¿Por qué? —su negativa no tenía ni pies ni cabeza hasta lo que yo alcanzaba a comprender.

—No me sentiría seguro llevándote a un lugar así. Muchas de las casas antiguas que te he mencionado procuran armarse de demonios que sean diferentes, particulares.

—De demonios que tengan dones —completé yo.

—Exacto, y suelen controlar a ese tipo de demonios, para provecho de su casa. Los usan como si fuesen vulgares herramientas para pronunciar su poder. Es difícil defenderse de ellos y no caer en sus redes cuando tienes un don. Cuanto más importante, único y poderoso es tu don, más valioso eres a los ojos de ellos. Yo experimenté eso.

—Nada de eso tiene que ver conmigo; yo no sería como tú, sería una más del montón.

—No estoy tan seguro, hay algo diferente en ti.

Chasquéé la lengua.

—No puedes saberlo.

Hizo un silencio tan profundo que creí que había enmudecido.

—¿Puedes saberlo?

—Yo no, al menos no con la exactitud requerida, solamente puedo sentir cuando alguien no es igual a todos los demás, en parte por eso decidí no

comprar tu alma, por eso y porque me enamoré de ti.

—No lo sabía, ¿otros si pueden ver con claridad si eres portador de un posible don?

Asintió con la cabeza.

—Muchos logran verlo con exactitud, es por eso que gran parte de los que aceptan almas de aquellos que desean entregarse sin pedir nada a cambio, son expertos en detectar esas capacidades extras, en los humanos. Para que tengas un ejemplo, hasta lo que yo sé, el demonio que creo a Lucas era prácticamente un imberbe pero tenía un sexto sentido sumamente desarrollado para captar esas capacidades especiales, él vio que Lucas era diferente, por lo que hizo de las suyas para que Lucas se quedara aquí en la tierra. Por supuesto, no le costó nada convencer a los demás, de dejarlo aquí en vez de enviarlo al Infierno cuando murió. No muchos pueden meterse tan profundo en la mente de los demás como Lucas.

—¿Eva sabía que tú eras especial?

—Eva es especial en sí misma al igual que lo son todos dentro de la familia de Gaspar, pero no creo que supiera exactamente con quién se estaba metiendo.

—Acudió a ti solamente porque supuso que creía que tenías un don.

—No, no fue así.

—¿Entonces?

—No quiero seguir hablando de eso, va a terminar arruinando nuestra salida.

Ese fue el fin, sus deseos eran ordenes aunque yo me resistiese a acatarlas, simplemente no me daba lugar a hacer otra cosa que lo que él quería en lo referente a la discusión de estos temas. Abstrayéndose de mí, le arrancó la punta a la medialuna y se la llevó a la boca, yo le arranqué en trozo a la mía con los dientes.

## 16. El caballero oscuro.

Comíamos y bebíamos tranquilamente; de pronto Vicente se puso de pie de un salto empujando la silla sobre el jardín de piedra amarillenta.

—Tenemos que irnos —dijo revoleando la servilleta hecha un bollo, sobre la mesa.

—¿¿Qué?! ¿Por qué?

—Solamente levántate y sígueme, no abras la boca y no te detengas hasta que



lleguemos al barco.

El tono de su voz me trajo malos recuerdos.

—Pero... —no me permitió terminar de replicar, tironeando de mi mano, me obligó a levantarme de la silla, por lo que casi me tiro toda la mesa encima.

—¿Cuál es el apuro? —Entonó una voz a mis espaldas—. ¿Pensabas irte sin saludar?

Vicente se quedó plantado en el suelo de piedra.

—Mierda —gruñó entre dientes. Que insultara no era buena señal—. Es tarde —me apretó la mano derecha, tanto, que me estrujó los dedos.

Arrojé la servilleta sobre la mesa y me di vuelta lentamente. Había un hombre parado a unos cuantos pasos de nosotros; de aspecto insoportablemente inteligente, sus ojos relampagueaban con un destello infernal. Con el corazón encogido, tragué saliva. El recién llegado era lo que un ser humano visualizaría como un hombre de unos sesenta años; tenía el cabello entrecano y lo llevaba muy corto, finas arrugas alrededor de unos ojos profundo, y barba y bigote plateado alrededor de una boca cerrada en una mueca indescifrable. Iba impecablemente vestido con un ambo oscuro, camisa de gemelos pero sin corbata; y en su mano derecha sostenía un cigarrillo delgado y negro a medio fumar. En la solapa del saco llevaba prendido un pequeñísimo broche de oro, circular, con algo grabado en la superficie. Me percaté de que la forma de este diminuto broche era similar a de los gemelos que llevaba en los puños de la camisa.

—¿Qué estás haciendo aquí, todo el mundo sabe que Ariel está en Europa? —su tono no fue de bienvenida, es más, sonó grosero y demasiado altanero, como si con eso intentase provocar una pelea, o como mínimo, molestar.

—No vine a ver a Ariel —se llevó el cigarrillo a los labios y le dio una profunda calada. Un hilo de humo blanco se irguió en el aire igual que una columna—. Un pajarito me contó que estabas aquí y decidí pasar a verte, corría el riesgo de que te fueses antes de que yo llegara, pero mira, te he atrapado aquí, ¡y comiendo! ¡Por todos los santos, ésta sí que es una feliz y muy típica imagen humana! Todo tan normal y aparentemente perfecto. Tan mundano. ¿Desde cuando comes?, yo creía que el que tenía esa debilidad era tu joven mancebo —arrojó la colilla del cigarrillo al suelo de piedra y la apagó aplastándola con la punta de su zapato—. Vicente, se te han pegado todas las malas costumbres que podías coger de los humanos —al decir esto clavó sus ojos en mí—. Que bajo has llegado. Perdiste la poca dignidad que te quedaba. Me decepcionas; yo que creía en ti, realmente pensaba que

recapacitarías.

—Está bien, puedo vivir con eso, hay decepciones que honran a quienes las inspiran.

La mueca que hasta entonces había gobernado el rostro del hombre se esfumó de la nada; la carcajada que soltó a continuación, además de corta y seca, fue como un trueno rasgando el aire en dos; a ella la siguieron unas risas opacadas y mucho más suaves, ligeras, como risas de quien no quiere o no tiene por qué reír.

—No, Vicente, el asunto es que no puedes, de verdad me fastidia en grado sumo, tu conducta.

—Lo que yo haga no te incumbe, Salvador.

El hombre extrajo una cajetilla de cigarrillos y un encendedor del interior de su saco. Se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió, aspiró y arrojó el humo al fresco y puro aire.

De una sacudida, cerró su encendedor Zippo de oro y se lo guardó otra vez en el bolsillo.

—Sí me incumbe, mi querido Vicente, me incumbe—. Repuso con una voz melodiosa igual que si estuviese entonando poesía romántica—. Confío en que no te habrás olvidado de todo lo que aprendiste hasta ahora. Sé que no, sé que no —canturreó caminando tranquilamente alrededor de la mesa, con su cigarrillo en alto, provocando volutas de humo que la brisa hacía ascender hacia la copa de los árboles.

Vicente me obligó a girar con él, para que en ningún momento le diese la espalda al tal Salvador.

—Tú no eres del tipo que estudia de memoria y que luego, con el tiempo, termina olvidándose de todo lo que ha aprendido, no mi querido muchacho, tú eres de los que necesitan comprender cómo y por qué se llegó a determinada conclusión para aceptar el conocimiento como válido —puntualizó marcando cada hecho con una bajada de su cigarrillo igual que si éste fuese el martillo con el que un juez dicta sentencia—. Sin justificativo no hay verdad, ¿no es así? Es por eso que me decepcionas tanto. Sabes perfectamente de qué modo son las cosas y sin embargo decides ignorar la verdad. Tú y yo sabemos perfectamente que esa ilusión que absurdamente has creado a tu alrededor, no durará mucho.

—¿Tú qué sabes?!

—Sé que Ariel te ha brindado demasiadas concesiones —resopló—. Yo tenía la certeza de que él nunca tuvo lo que se necesita para domar al alguien como

tú.

—¿Y tú sí lo tienes?

—Sigo pensando que unos meses más allí donde te puse, te habrían sentado muy bien.

Percibí en mi mano, que Vicente se había puesto a temblar, de furia o de miedo, no lo sé; lo cierto era que ese hombre provocaba en él un torrente de angustia que se le notaba sobre todo en los ojos. Sin duda Salvador había sido el responsable de que lo tuviesen encerrado por meses en la oscuridad y el frío de una cámara de piedra. Este hombre no tenía ni el talle ni los ojos de un hombre cruel, nadie hubiese adivinado jamás que tales palabras o intenciones pudiesen brotar de su boca (si quiera el tranquilo y profundo tono de su voz condecía con las ideas que su cerebro trenzaba), es más, si yo me hubiese cruzado con él en la calle, nunca hubiese adivinado, o siquiera sospechado, que era uno de ellos; más parecía un caballero respetable y sabio, un intelectual, un profesor de universidad, una de esas personas que parece tener del don de poder responder a cualquier pregunta que se le formule.

—Ni la chica de Gaspar, ni Ariel, sabían lo que hacían cuando te recogieron, primero de tu patética humanidad, y más tarde, de tu fastidiosa debilidad. Si te hubiesen dejado conmigo, ahora serías un grande, habrías crecido en todo tu potencial; probablemente te habrías convertido alguien mucho más importante y fuerte que yo, incluso podrías ser el más joven en ocupar una silla, pero no, te empeñas por quedarte en el medio, por no definirte ni por una cosa ni por la otra. Todos sabemos que un demonio no puede ni debe comportarse como un humano. ¡Eso es ridículo!—. Su atronador vozarrón me hizo dar un salto—. Mira lo que te hiciste a ti mismo. Acabaste parado en el medio del campo de batalla entre un bando y el otro enarbolando una bandera blanca, la cual por cierto, no te servirá de mucho para defenderte de las armas que forman el fuego cruzado en el medio del cual te has parado caprichosamente—. Le dio una calada al cigarrillo—. Siempre fuiste un pobre animalillo asustado, necesitado de una mano que te sobe el lomo y que te asegure que todo va a estar bien.

Vicente me obligó a retroceder.

—Las cosas no debieran ser así. Tú no tienes derecho a hacer lo que se te da la regalada gana. Tienes obligaciones que cumplir. Ariel gracias a su afán de encubrirte, ya no está en posición de defenderte; él, al igual que tú, lleva mucho tiempo acumulando una larga lista de errores —remató.

Vicente me empujó por detrás de sí, quedando delante de mí como un escudo

protector.

—Este no es momento, Salvador.

—Por su puesto que éste no es momento, acaso te parece que me agrada tener que venir a este desagradable lugar a decirte esto, cuando estás en compañía de un humano —masculló con desagrado, lanzándome una mirada furibunda por encima del hombro de Vicente—. Has estado evitando mis llamados e ignorando mis mensajes, de modo que no me quedó más remedio que buscarte. Si la montaña no va a Mahoma...

—Te llamaré mañana.

—Más te vale, o mi próxima visita se realizará en unos términos muy diferentes a estos.

—Lo haré, lo juro.

La premura con la que soltó esto me heló la sangre, estaba asustado, podía sentirlo, no solamente en el tono de su voz, evidentemente este hombre podía con él igual que si no fuese más que un chiquillo frente a un hombre adulto.

—Sé que sí —al decir esto alzó la mano en la que llevaba el cigarrillo y la plantó sobre el costado derecho de la cabeza de Vicente—. Lo harás, porque sabes qué es lo que te conviene —desvió sus ojos hacia mí-, y porque estás muy apegado a ella —me apuntó con su cigarrillo y luego se lo llevó a los labios otra vez.

Vicente retrocedió haciéndome tropezar.

—¡No le pondrás una mano encima!

Salvador soltó otra carcajada.

—¡Claro que no, claro que no, tú no me darás motivos!—. Eso me sonó muy conocido, todos los demonios debían aprender a amenazar de un mismo manual. Salvador paseó por delante de la mesa y luego, tranquilamente, se sentó en la silla que había estado ocupando Vicente, se cruzó de piernas y aspiró por el filtro del cigarrillo. Sus pulmones tenían tanta potencia que cada vez que aspiraba, el extremo encendido se ponía al rojo vivo. Uno podía ver el papel consumiéndose con cada una de las caladas que le daba. Salvador evidentemente se cansó de fumar, soltando el humo de tabaco al aire libre, hundió la colilla en la taza de café con leche de Vicente; se oyó el chirrido del cigarrillo al apagarse, y acto seguido, posó su mano sobre el borde de la mesa. En un principio creí que mis ojos me engañaban, sin embargo no había engaño allí. Igual que una marea contaminada que intoxica el mar con su avance, un manto oscuro se cernió sobre la comida que estaba sobre la mesa. Todo empezó a pudrirse y descomponerse delante de mis propios ojos. Los fiambres

de cubrieron de una pelusa negra, los panes, las medialunas y demás masas se llenaron de moho verde y blanco, para luego transformarse en una masa informe que terminó desparramada por el plato. La tapa de la lechera saltó y de los bordes de la jarra brotó una espuma con coágulos blancos de olor ácido. Las flores del bouquet que adornaba la mesa se marchitaron y secaron para quedar marrones. La fruta se agusanó y la informe pasta de larvas blancas comenzó a caer de la bandeja al mantel en una catarata desagradable. A los pocos segundos, la bajilla, la comida y el mantel, quedaron cubiertas de una gruesa capa gris de aspecto esponjoso. Parecida una mesa abandonada a las prisas, meses atrás. Me dieron arcadas, el aire que hasta ahora había olido a tabaco muy fuerte, se pobló de una mezcla de aromas ácidos y otros extremadamente dulces. Salvador quitó su mano de la mesa sonriendo, luego se miró los dedos. Su dentadura brilló al sol de la tarde.

—Hay tienes tu sueño dorado. En eso es en lo que se convierte todo lo humano. Podredumbre. Criaturas percederas sin ningún valor. Nada en lo que valga la pena gastar nuestras energías.

Vicente me empujó hacia atrás otra vez, pero yo estaba prevenida, de modo que evité que sus pies pisaran los míos, y que los míos se enredaran entre sí.

—Bien, he de confesar que he faltado a la verdad, no todos los humanos son carroña, algunos son carroña con muy buenas posibilidades de progresar — clavó sus ojos en mí. Algo en su mirada había cambiado súbitamente—. Ya entiendo por qué estás con ella. Permíteme que te diga que lo tuyo no ha sido amor, no al menos en el sentido en que los humanos lo entienden. En los pocos minutos que llevo aquí también me he enamorado. Vaya, pero que maravilloso material virgen. ¡No me había dado cuenta! —entonó alegremente volviendo a fijar sus ojos en mí—. Eres como un diamante en bruto, Eliza; ahora entiendo porqué tanto alboroto. ¡Vicente, Vicente!, qué pícaro eres, la quieres par ti solo. ¡Sabía que eras un buen muchacho!

—Ella no tiene nada que ver en todo esto.

—Vicente, no eres quién para decidir esas cosas.

—Nos vamos —soltó Vicente tironeando de mí—. Te llamaré mañana, lo juro —le dijo a Salvador y luego me sacó del jardín a la rastra. Yo creí que Salvador no nos dejaría huir, que nos obligaría a regresar, que mandaría de vuelta a Vicente a su mazmorra y a mí me devoraría el alma, no lo hizo, no nos detuvo. Es más, cuando me volteé y espí sobre el hombro de Vicente, vi que volvía a sentarse, esta vez sobre mi silla. No sé si supo que yo lo miraba, pero giró la cabeza y enfocó sus pupilas en mí, alzó la mano en la que todavía

llevaba el cigarrillo y me saludó meneando los dedos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Qué sucedería ahora? Intuía que nada bueno.

Vicente prácticamente me arrojó sobre la cubierta. A los trompicones me obligó a subir a la cubierta superior después de soltar la amarra. Cinco segundos tardó en poner todo en orden y arrancar los briosos motores que empezaron a lanzar agua sobre el murallón de cemento. Justo a tiempo me aferré del asiento. Aceleró a toda velocidad.

Cuando nos alejábamos me pareció divisar un automóvil negro estacionado en un camino lateral parcialmente escondido debajo de una cúpula de álamos plateados; la isla debía tener una conexión con tierra firme.

El río se curvó a la derecha, a la izquierda para abrirse en un racimo de islotes de menor tamaño, casi todos ellos, con la apariencia de ser tierra salvaje e inexplorada. En cuanto giramos a la derecha, el sol que caía nos dio de frente. Vicente no desaceleró los motores que funcionaban a toda máquina, hasta que vio que una lancha de menor tamaño venía hacia nosotros.

—¿Quién era ese? —le pregunté ahora que no corríamos riesgo de clavarnos contra tierra firme si él se desconcentraba. Su respuesta fue tomarme de la mano—. ¿Fue él quien te mantuvo encerrado?

—Ven aquí—. Sin quitar la mano izquierda del timón, me abrazó.

—¿Qué sucede? Ese hombre te amenazó, y no tiene la apariencia de ser de esos que enarbolan amenazas a lo tonto—. Me aparté de él—. ¿Quién es ese tipo y porque le temes?

Ante mis palabras, se puso rígido.

—Salvador quiere ser uno de “los doce”.

—Uno de los doce qué.

—¿Qué son, una secta?

—No, son la representación del Diablo sobre la Tierra. “Los doce” gobiernan nuestro sistema desde que el mundo es mundo. Entre ellos están los demonios más antiguos, experimentados y sabios de toda la humanidad, no encontrarás a un humano que sepa ni un cuarto de la historia humana de lo que ellos saben, son insidiosamente inteligentes y por tanto, peligrosos. Son la máxima autoridad. Fueron ellos quienes me encerraron, y a ellos recurrimos con Ariel para pedir que absolvieran tu alma.

—Ese tal Salvador ahora no parece muy convencido de hayan tomado la mejor decisión, con respecto a mí.

—A Salvador le gusta llevarle la contra a los demás y no necesita tener un motivo para eso, simplemente le gusta que los demás se vean obligados a

acatar sus órdenes; no te preocupes, él no puede hacer nada por su cuenta y los demás están acostumbrados a sus exabruptos. Salvador se aburre con facilidad y está todo el tiempo buscando meterse en la vida de los demás.

—No me pareció del tipo de vecina chusma, ni a que estuviese bromeando.

—No dije que bromeara, pero no lo tomes tan enserio, es probable que deba hacer algo por él y así terminará todo. Me habría buscado estuvieses tú conmigo o no.

—¿Hacer algo? ¿Qué cosa? ¿Cómo estás tan seguro?

—Algún favor —contestó pasándose la mano abierta por el pelo desde la frente hasta la nuca en un gesto de emanaba algo de incomodidad y un poco de desesperación.

—¿De qué tipo? —le pregunté con miedo, no quería que tuviese que hacer nada desagradable por mi culpa, porque sabía que además de sentirse mal por tener que hacer algo malo, se sentiría culpable por hacerme pasar a mí un mal momento ante esta realidad.

—Eliza, por favor ¿sí?

—Es mi culpa...

—No, nada de eso. Salvador me tiene entre ceja y ceja desde que me conoció.

—Y eso por qué.

No contestó, se quedó con la vista clavada en el horizonte y le mandíbula apretada.

—Eso por qué—. Insistí.

—Es una historia muy larga.

—Fue por lo de tu fuego.

—Eso se sumó al montón de razones que cree tener para odiarme.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Habla.

Apretó los dedos alrededor del timón.

—No es ni momento ni lugar; luego cuando lleguemos a la casa. Todavía no estoy bien.

No le pregunté por qué no estaba bien, temí avergonzarlo. Supongo que no habría resistido mantenerse en pie de no tener el asiento por detrás de sus piernas, para sostenerlo. Me inquietó que alguien tuviese el poder de influir sobre su fuerza y carácter al punto alterarlo tanto que parecía incluso todavía más débil que cualquier ser humano.

...

—¿Puedo servirte algo? —me ofreció en cuanto entramos en la cocina de su casa. Anocheceía. Fue hasta el interruptor y encendió las luces.

—No, gracias, no necesito nada. ¿Cómo estás tú?

—Estoy perfecto —me contestó entreteniéndose con algo frente a la alacena dentro de la cual guardaba parte de la reserva de productos imperecederos de la casa. Caminé hasta él y me plante a su lado, él cerró la puerta de la alacena y se quedó mirándome en silencio.

—Todavía tienes mala cara —le pasé una mano por la frente, no porque quisiese comprobar que no tuviera fiebre, sino como un gesto de cariño, sentía la imperiosa necesidad de protegerlo, de abrazarlo, pero era obvio que no necesitaba que cuidasen de su exterior o su físico puesto que era prácticamente indestructible, sino de aquello que moraba dentro de su corazón y su mente, allí dónde no me dejaba llegar, no al menos lo suficientemente hondo como para que al menos pudiese hacer el intento de ayudarlo—; ¿qué fue lo que te hizo? —mi mano se quedó sobre su nuca caliente, él cerró los ojos y se acarició con mi brazo igual que un gato que se refriega en su dueño para marcar su territorio con los olores que segregan las glándulas a los costados de su boca.

—No te preocupes por mí.

—¿Por qué te has puesto así?

—Si pudiese dormir tendría pesadillas sobre aquel tiempo que pasé encerrado —sus parpados cayeron, sus labios dibujaron una sonrisa amarga—. Ni falta que me hace dormir para revivir aquellos oscuros días—. Abrió los ojos—. Cada vez que lo veo me siento como entonces, tan débil... al borde de perder la cabeza. Con todo lo que hizo, Salvador pretendía que me convirtiese en un ente que no hiciese otra cosa que acatar sus órdenes sin rechistar. Cuando lo tengo cerca, siento su mano sobre mi cabeza, forzándome a bajar la mirada, a no ver otra cosa que lo que me muestran sus ojos —meneó la cabeza con los parpados apretados, obligándome a quitar mi mano de su cuello—. Poco faltó para que conquistara mi mente, estuvo a un paso de alcanzar su cometido, por lo que odia a Ariel por haberme arrancado de su dominio y a mí por haber aceptado largarme con el primero que se ofreció a ayudarme, sin que siquiera me importase quién era, o qué quería de mí. Es como si no hubiese pasado el tiempo, cuando él lo desea me atrapa en su mente, me hace ver lo que él ve, sentir lo que siente. Es... no puedo frenarlo, Salvador es muchísimo más fuerte que yo, mucho más fuerte que muchos. Es como un trozo del Infierno mismo, literalmente pude crear y destruir cosas de la nada, pero no puede matar



demonios, solamente torturarlos, es por eso que me quiere a mí—. Se agarró la cabeza—. No deberías haber estado allí—. Exclamó apartándose de mí—. Yo no debería haber estado aquí.

—No digas eso.

—Salvador no se detiene hasta que obtiene que lo desea, tú no lo conoces, es como un tren fuera de control y ahora tiene un doble incentivo para correr detrás de mí —reveló apuntándome con sus ojos—. No voy a permitir que te toque, si me quiere tendrá que dejarte en paz. Lo hará, hará lo que yo le proponga.

—Vicente, por qué no llamas a Ariel o a Gaspar, de seguro ellos podrán ayudarte.

Sus ojos se iluminaron; me dio la impresión de que no fue gracias a lo que yo propuse, sino a una idea que había brotado de su propio cerebro.

—No será necesario, lo resolveré.

—Mencionaste que él creía tener varios motivos para odiarte. ¿Cuáles son?

—¿Puedes pasar la noche en tu casa?, creo que lo mejor sería que intente resolver las cosas esta misma noche. Si le doy tiempo a que se organice, es probable que mañana en la mañana ya sea tarde.

—Te hice una pregunta—. En respuesta apartó la mirada—. ¿Vicente?

—Ahora no tengo tiempo. Te llamo en cuanto termine con esto—. Me estampó un beso en la frente—. No te preocupes, has de cuenta que nada de esto sucedió—. Me dijo rebosarte de energía, parecía feliz, igual que si alguien acabase de darle la mejor noticia del mundo—. Te amo —me gritó antes de salir por la puerta. Yo no reaccioné hasta que oí el chirrido de las gomas al presionar el suelo a toda potencia.

Sola y en silencio en aquella enorme casa. Miré a mí alrededor. Estas paredes me ponían la piel de gallina. Apagué las luces de un golpe, manoteé mi cartera y me largué de allí. Al motor de mi camioneta le costó tres intentos arrancar, finalmente rugió con el suficiente brío para mantenerse encendido. Puse marcha atrás y salí de culata por el ancho corredor oscuro. Al llegar a la mata de jazmines, di media vuelta —ya había presionado el botón del control remoto, por lo que el portón me esperaba abierto de par en par—, al salir de la casa cerca estuve de llevarme por delante un vehículo que circulaba sin luces. Yo clavé el pie en el freno, el conductor del otro automóvil siguió con su camino como si nada. El sobresalto me había cortado la respiración. Acomodé el cinturón de seguridad sobre mi pecho y espí por el espejo retrovisor: el portón ya estaba cerrado y las luces exteriores acababan de

encenderse por sí solas gracias a los sensores que escondidos entre las plantas. Puse primera y salí quemando llantas. No se me antojaba quedarme sola en mi departamento, por lo que decidí efectuar una visita a mis padres.

Puse el freno, el maldito semáforo fuera de sincronía me detuvo en mitad de la nada. Circulaba por una avenida sin tránsito, y la calle que la cortaba justo delante de los brillantes faros de luz azulina de mi camioneta estaba literalmente desierta.

Un hombre joven, vistiendo ajustados pantalones negros y una remera de mangas largas con rayas blancas y negras, apareció de la nada y se paró sobre la senda peatonal, justo debajo de la luz anaranjada del alumbrado público, entre los haces de luz de los faros de la camioneta. No debía tener más de veinticinco años, tenía el pelo castaño, largo y ondulado, sujeto en una cola por detrás de la nuca. Tenía una mirada achispada y alegre. En sus manos llevaba bolas de colores que no tardó ni un segundo en lanzar al aire para hacer malabarismos, a mí las bolas se me habrían caído de solo intentar sostenerlas entre los dedos igual que lo hacía él hasta que las arrojó a la noche.

Alcé la mirada, el semáforo todavía estaba en rojo. Metí la mano dentro de la cartera y saqué unas cuantas monedas que andaban perdidas por el fondo. Las cambié de mano y me preparé para bajar el cristal en cuanto se acercase a mi ventanilla. Me puse ansiosa, el semáforo no cambiaba nunca y yo estaba sola en la calle frente a este tipo, que si bien tenía aspecto inofensivo, podía ser un ladrón. No sería el primer lobo en esconderse debajo de la piel de un cordero. Era hipnótico contemplar cómo lanzaba con una exactitud pasmosa, aquellas bolas de colores entre sus manos, por sobre su cabeza, por debajo de una pierna levantada. Daba la impresión de que las bolitas tenían un hilo conductor que las hacía regresar a sus dedos. El chico terminó con su acto al rescatar todas las bolas en una sola mano. Hizo una reverencia digna de presentador de circo y comenzó a caminar hacia mí.

Pulsé el botón hasta que el vidrio de la ventanilla bajó unos diez centímetros y con las puntas de los dedos le tendí las monedas. El chico las aceptó con una inclinación de cabeza y se apartó un poco, solo un poco, siempre sonriendo; luego irguió la espalda y me miró fijo sin parpadear. Por el rabillo del ojo, comprobé que el semáforo todavía estaba en rojo. Esto no era normal, llevaba más de cinco minutos así, debía estar descompuesto, y yo aquí como una tonta esperando, probablemente por eso el muchacho me sonreía.

—¿No funciona? —le pregunté alzando la voz por miedo a que no pudiese oírme desde afuera. No contestó, simplemente mantuvo su sonrisa en alto. Mastiqué un insulto sintiéndome la más tonta del mundo. Puse primera y aceleré, pero la camioneta no se movió. El motor se quedó haciendo fuerza pero las ruedas no giraron.

El chico alzó una mano, tenía tres bolas entre los dedos, movió el conjunto formado por todos estos igual que si fuese un abanico, luego cerró el puño y volvió a abrirlo, las bolas habían desaparecido. Su acto me sorprendió, pero yo no tenía tiempo ni ganas para más tonterías; con todas mis fuerzas presioné el embrague y puse primera otra vez y aceleré. La camioneta continuó clavada en su lugar. Moví el freno de mano, no estaba puesto, aun así lo puse y lo solté, creyendo que quizá se hubiese atascado. Lo intenté otra vez y nada, la camioneta no quería moverse.

Unos nudillos tintinaron sobre el vidrio. Con un sobresalto me volví para ver que el muchacho tenía el rostro casi pegado a mi ventanilla, me sonreía con una perfecta dentadura. Su mano izquierda apareció en el plano transparente del cristal, con la yema de los dedos, sostenía una pequeña pelotita azul de goma, igual que un orbe sobre un gran pedestal, cubrió la bola con su otra mano, sopló, y abrió ambos puños estirando mucho todos los dedos, salvo los índices y los pulgares, los cuales mantenía juntos y cerrados, formando un círculo.

No sé si esperaba algo más, pero no me puse a meditar sobre eso; subí el cristal, esto no estaba nada bien. El muchacho no se movió de al lado de la puerta, ya no sonreía, pero no por ello había dejado de mirarme. El semáforo continuaba en insistente rojo. Me hubiese gustado preguntarle quién era y qué quería, sin embargo no me apetecía quedar en ridículo si resultaba no ser nada de aquello que yo estaba imaginando en este instante.

Ya bastante nerviosa, intenté hacer que este caro armatoste de acero se pusiese en movimiento; no me hizo caso. Dubitativa —no estaba demasiado convencida de que pedirle ayuda a aquel malabarista para empujar la camioneta fuese buena idea —me quedé mirándolo casi con el mismo descaro con el que él me contemplaba a mí.

Estiró el brazo derecho y posó su palma sobre el cristal. Instintivamente, me aparté de la ventanilla, con un movimiento lento la quitó unos segundos después dejando que su brazo cayese casi sin vida, al costado de su cuerpo: la huella oleosa de su palma quedó impresa en el cristal; dio un paso atrás, y luego otro, y otro más hasta que se cruzó de mano y quedó debajo de las

sombras de las ramas medio despojadas de hojas de un enorme plátano de ancho tronco que había levantado toda la vereda de la esquina con sus raíces. Se despidió de mí con la mano igual que si nos conociésemos de toda la vida. El semáforo se puso en amarillo, después en verde.

Sinceramente, creí que no funcionaría; lo hizo, la camioneta aceleró como sin nada. ¡Justo cuando uno cree que las cosas no pueden ponerse más raras, toda una suerte de cosas extrañas e inexplicables te suceden! ¡Caballeros oscuros que gobiernan mentes, malabaristas que detienen el tránsito y hacen desaparecer bolas! ¡¿No se suponía que el mundo era un lugar normal, en que este tipo de cosas no debían suceder?! Me estaba poniendo paranoica: simplemente todo esto era la suma de un montón de cosas sin sentido, ¿o era algo más?

Espié hacia atrás por el espejo retrovisor, el malabarista había desaparecido. ¡Que sorpresa!

...

No me gusta el otoño, mucho menos el tiempo frío. El frío me deprime. Siempre fui una de esas personas que se siente mucho más feliz en verano. No me importa derretirme debajo del calor de sol, prefiero eso a estar como ahora, con un abrigo encima y la nariz al cubierto de las ráfagas de helado viento, por debajo de la larga *pashmina* que llevo enrollada al cuello. Menos me gustan los lunes, pero me sobrepongo rápido a esa sensación de: temprano lunes por la mañana, después del fin de semana.

En cuanto saqué las llaves de la cartera me dio ánimo, cuanto antes pasaran las horas con mi mente ocupada en algo, antes tendría novedades de Vicente; lo había llamado a su celular al llegar a casa luego de cenar con mis padres, pero saltó su contestador.

—¿Cuál? —por tercera vez, Susana me enseñaba las fotografías de cuatro modelos distintos tortas de bodas. Dejó las fotografías sobre la mesa y yo tomé la misma que en las dos ocasiones anteriores.

Susana arqueó la boca hacia abajo y frunció la nariz.

—Esa otra vez —rezongó bajando los hombros—, es la más aburrida de todas.

—Bueno, es la que más me gusta, además, no sé qué tanta importancia tiene lo que opine sobre la torta, es tu gusto y el de Sebastián el que debe imperar en esta decisión, además, si es que después de esto sigo invitada a la fiesta —tamborileé los dedos sobre la fotografía —lo que más me importa es el

relleno.

—Es de mousse de chocolate y no sé qué más. Dimos tantas vueltas para escoger el sabor que ya me olvidé de qué va a ser. Volviendo al tema que nos ocupa en este momento... Si dejo que elija él, terminaré con una torta con el escudo de Boca encima. ¿Captas la idea?

—Capto la idea —contesté—. ¿Cuál es la que más te gusta a ti?

—He ahí el dilema, no me gusta ninguna.

—La torta no hace la a fiesta.

—Sí, ya lo sé —tiró las fotografías dentro de su cartera—. Puedes creer que falte poco más de dos meses. Me da escalofríos de solo pensarlo. ¿Vicente todavía no te pide que te cases con él?

Le sonreí con benevolencia, ella ni se imaginaba por lo que estábamos pasando.

—Estamos un poco lejos de eso.

—Si prácticamente viven juntos.

—Sí, pero... Todo es tan complicado entre nosotros. Supongo que por ahora estamos mejor así.

—¿No te gustaría casarte con él?

—No lo necesito, sé perfectamente bien que quiero pasar la eternidad a su lado.

—¡Vaya declaración! ¿Lo sabe él?

Asentí.

—¿Y qué dice al respecto?

—Quizá le tome un poco más de tiempo que a mí, asimilarlo.

—Bueno, ya tendremos tiempo de aplicar ciertos métodos psicológicos con él. Sebas y yo estamos planeando nuestras despedidas de solteros, vamos a celebrarlas juntos, en una fiesta con nuestros amigos, por supuesto, ustedes dos están invitados, ya te diré cuando y dónde.

—Menudo reto te echaste encima.

—No, no yo, Sebastián es quién quiere casar a todo el mundo. Está irreconocible.

—¿Voy por el almuerzo? —se presentó voluntariamente Matías apareciendo delante del mostrador, evidentemente había terminado de subir y acomodar en su respectivos estantes, las botellas de vodka que llegaron en la mañana—. ¿Qué les traigo? —preguntó sin esperar una respuesta a su primer pregunta.

Ni bien Matías puso un pie en la calle, cargando nuestro dinero y nuestros pedidos, sonó el teléfono, atendió Susana.

—Es Sebas, me olvidé en celular en su casa —me explicó.

La dejé sola para que pudiese hablar tranquila.

Sin mucho para hacer, me alejé en dirección a la puerta. Acomodé unas cuantas botellas para que las etiquetas quedasen para adelante y así fuesen cómodamente legibles, y apilé unas latas de paté de hígado de ganso que se habían desparramado por la estantería y me asomé hacia fuera, un automóvil estaba estacionando justo por delante de mi camioneta. No se veía a sus ocupantes puesto que tenía los vidrios polarizados. La pintura del auto era azul oscura metalizada y centelleaba como nueva; las llantas cromadas suponían el mismo hecho, el vehículo parecía recién salido de una concesionaria. La puerta del conductor se abrió, por debajo del centelleante techo, surgió una cara conocida. Rápido busqué a Susana con la mirada, seguía colgada del teléfono. Abrí la puerta y salí.

—Pasaste de ignorarme a salir a recibirme, ¡que magnifico adelanto! — exclamó azotando la puerta de su flamante automóvil.

—Salí para decirte que ni te molestes en entrar. Vete, Ignacio.

—¡Qué mal humor! Y yo que he venido con mis mejores intenciones.

—Eso lo dudo. Dile a Eva que no me interesa hablar con ella.

—Bueno, ya de nada cuenta si querías hablarle o no. Eva ha debido irse del país y yo haré lo propio en cuanto me despida de ti.

—Me sorprende librarme de ti así tan fácilmente.

—No es porque te lo hayas ganado, la verdad es que no tiene nada que ver contigo, sino con cierto caballero de las altas esferas.

La mención de la palabra caballero hizo saltar las alarmas de mi cerebro.

—¿Te suena el nombre Salvador?

Noté cuando mis mejillas cayeron y mi boca contorsionó en una mueca grotesca.

—Sí que te suena —constató sonriente—. Tienes peores problemas ahora.

—¿Eso te hace feliz?

—No demasiado, hubiese preferido poder tener un poco más de tiempo contigo. Es realmente una pena. Pero todo tiene su lado bueno; si eres inteligente puedes lograr obtener una buena tajada cuando se reparte a torta, sobretodo cuando corren momentos de crisis. A mí me han ascendido, por decirlo en términos que tú puedas asimilar.

—¿A Eva también la ascendieron?

—No, ella no estaba tan dispuesta a negociar, lo suyo fue algo así como un destierro, no por tiempo indefinido, sí hasta tanto y en cuanto las cosas no

regresen a su cause normal. Deberá respirar otros aires por un tiempo. Después de todo eso tampoco está tan mal, viajar tiene sus ventajas. Además, entre nos —se me acercó como si fuésemos a compartir una confidencia—, tú y ella no son muy distintas, las dos tienen el mismo problema. ¿Sabes cómo se llama ese problema, no?

Vicente —pronuncié su nombre dentro de mi mente.

—Le sentará estupendamente un cambio de ambiente. Tú también deberías considerar largarte por una temporada. Estamos en medio de una crisis de estado y por lo general, al menos en lo que he tenido que experimentar, estos desordenes no llevan a otra cosa que al caos. Me alegra no estar aquí cuando eso suceda. ¡Que los demás se arreglen solos, yo me voy de vacaciones!

—¿Qué es lo que sucede?

—Es culpa de tu chico, ya debieran haber terminado con él, es un peligro para todos nosotros, y para ti también. Todavía no logro comprender por qué le permitieron vivir.

—¿De qué hablas?

Ignacio no me contestó, simplemente se inclinó sobre mí y me dio un beso en la mejilla.

—Me apena mucho tener que despedirme de ti, de verdad que confiaba en que pudiésemos divertirnos juntos. ¡No perderé las esperanzas, sé que volveré a verte!

—¿Salvador te obligó a esto?

—Es uno de los jefes, y cuando los jefes se enojan...

—¿Cuándo te pidió te que te fueras?

—Eso qué importa.

—¡¿Cuándo?!

—Esta madrugada.

—¿Cuándo se fue Eva?

—Me figuro que a la media hora de que yo me despidiese de ella esta madrugada.

—¿Viste a Vicente?

—¿Debería haberlo visto? ¿Le hablaste sobre mí?

—¿Acaso tienes miedo?

—Mi dulce, el único que tiene algo a qué temer en éste momento, es él.

—No te regocijes todavía Ignacio.

—Sinceramente, Eliza, me importa muy poco lo que vaya a sucederle a él, el único motivo que tenía para estar aquí eras tú, pero alguien decidió pagar por

ti un muy buen precio, de modo que me retiro del remate con algo en las manos, en vez de perder por no poder ofertar tanto y terminar con las manos vacías. Ni modo, es la despedida. Te deseo suerte, aunque no creo que te sirva de mucho—. Dio un par de pasos hacia su automóvil y se volvió—. Me permites que te dé un buen concejo, como si fuésemos amigos.

No contesté ni que sí ni que no, pero él no necesitaba mi autorización para hablar.

—Sí alguna vez tienes la posibilidad, siéntate cinco minutos a conversar con Eva, es probable que puedas aprender mucho, y con su experiencia, evitaras volver a repetir los errores que ya se dieron una vez.

—¿Qué?!

—Deséame buen viaje —exclamó con entusiasmo subiéndose al auto.

Lo llamé pero no se detuvo. El automóvil azul se alejó perdiéndose en el tránsito.

—¿Ese es quien yo creo que es?!—. Susana me escaneó con la mirada en cuanto solté la puerta para permitir que se cerrara sola a mis espaldas—. No me lo puedo creer. ¿Qué hacía devuelta aquí? No sabía que lo conocieras. ¡Por lo visto conoces a todos los bombones que andan dando vuelta por la ciudad! ¡El otro día cuando vino a buscar ese vino podrías haberme dicho que era amigo tuyo! ¡No me lo puedo creer! ¡¿Dónde lo conociste?! ¿Cómo se llama? —se estiró para espiar por encima de mi hombro—. ¿Por qué se fue tan rápido? Eres una caja de sorpresas. ¿Cuántos otros secretos te guardas?—. Susana hablaba consigo misma y a mí simplemente me permitía presenciar la conversación—. ¿Qué sucedió el otro día, por qué no se llevó el vino? La verdad es que podrías haberlo invitado a pasar.

—No es mi amigo, apenas si lo conozco y no tengo mucho que decir de él. No te lo presenté porque realmente no me agrada.

—A mí me dio la impresión de que era una persona muy agradable.

—Te aseguré que te dio una imagen errada. Ya olvídalo, ¿sí? —solté un poco más fuerte de lo que pretendía. Me disculpé por mi tono antes de que Susana tuviese tiempo de decir nada.

—Cambiaste mucho desde que conociste a Vicente...

—Ah... no empieces con eso otra vez. No tengo ganas de escucharte decirlo, además, pensé que ya habías superado esa etapa. Vicente es perfecto para mí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?, no sé en qué te ha metido él, pero últimamente...

—¡Basta! No te metas. Yo no me paso todo el día diciéndote a ti que no te



conviene casarte con Sebastián. No te inmiscuyas en mi vida.

Los ojos de Susana se abrieron como platos. Dio media vuelta y se largó en la dirección contraria.

—¡Susana! —no se detuvo-. ¡Perfecto! ¡Perfecto! Has lo que quieras, tengo suficientes problemas por los que preocuparme como para encima tener que poner cuidado en no herir tu susceptibilidad si reniego por tus comentarios sobre temas de los cuales no tienes ni la menor idea.

—¡Eso es porque tu no me cuentas nada!

—¡Disculpa! ¡Pero no puedes saberlo todo! ¡Perfecto! —gruñí entre dientes—, la semana va de mal en peor.

La única gratificación del día, llegó en la noche. Estacionaba la camioneta junto al cordón, cuando vi a Vicente esperándome en la puerta de mi edificio. Debo admitir que no puse demasiado empeño a la hora de estacionar, eran más fuertes las ganas de bajarme y hablar con él que mi sentido de la obligación para con los demás conductores que habían estacionado por delante y por detrás de donde yo metía la camioneta medio a la fuerza. La dejé tan apartada del cordón que sabía que a esos vehículos les costaría unas cuantas maniobras de más, salir de sus lugares.

Apagué el motor, manote mi cartera y salté a la calle después de mirar por el espejo retrovisor para ver si venía algún auto. En cuanto puse un pie en los adoquines, Vicente empezó a avanzar hacia mí. Nos encontramos sobre el cordón de la vereda. Me abrazó y me dio un rápido beso.

—¿Cómo te fue?

En respuesta me sonrió.

—¿Eso significa que bien?

—No tienes de qué preocuparte —confirmó y volvió a besarme, ahora con un poco más de entusiasmo. Nos quedamos un rato abrazados sin hablar.

Suspiré aliviada y le conté lo de Ignacio, obviando, por comodidad y para evitarme un dolor de cabeza y un ataque de celos, mencionar el nombre de Eva.

—Otro problema menos —dijo mientras avanzábamos hacia la entrada.

—¿Entonces no debo preocuparme porque Salvador haya quitado a Ignacio del mapa?, cuando me contó todo el asunto me dio mala espina. Sinceramente no pensé que fuese algo que festejar, más bien me dio la impresión de que lo había hecho para quítalo del medio... ya sabes, para tener el campo libre.

—No, nada de eso —me apretó el hombro—. Simplemente puso orden, es todo.

—¿Qué precio pagamos por este respiro? Son cosas de negocios.

Abrí la puerta pero no entré.

—¿Todo va a estar bien?

—Sí, todo va a estar bien.

## 17. Castigos y Recompensas.

Me paré delante del mostrador y puse el paquete de facturas delante de ella. Susana me miró por el raballo de los ojos, entornó los parpados y finalmente apartó la mirada. Había tenido que salir a pagar unas cuentas del local, y de regreso pasé por su panadería preferida, compré todas las facturas que le gustaban y estaba dispuesta a permitir que se comiera hasta la última con tal de que me brindara una oportunidad para disculparme. Llevábamos un par de días apenas cruzando una palabra que otra y ya estaba harta, esta manía de peléanos tan seguido me molestaba muchísimo, evidentemente, no solamente yo tenía los nervios a flor de piel, razón por la cual estallaba ante la primera provocación por más ínfima que fuese.

—¿Vas a continuar negándome el saludo por mucho tiempo más? Esto de no hablarnos es ridículo, yo no estoy en mi mejor momento y me pongo muy sensible cuando discutimos sobre Vicente, pero debes reconocer que...

Se cruzó de brazos y me miró, por lo que me detuve.

—¿Intentas sobornarme?

—El estómago es el camino más rápido para llegar a algunas personas.

Metió los dedos entre el papel del envoltorio.

—¿Compraste cañoncitos de dulce de leche? —espió y luego subió sus ojos a mí.

—Media docena. Puedes comértelos todos si quieres.

—No puedo, hay un vestido que debo ponerme.

—Puedo ayudarte con tres, digo, para que el vestido no te apreté.

—Debería castigarte por lo del otro día.

—Y yo a ti, todavía no entiendo tu empeño por desconfiar tanto de Vicente, se supone que las amigas deben apoyarse.

—Yo te apoyo, estoy de tu lado, por eso mismo. Hay algo en él, por eso no me lo quieres decir. Yo lo sé... es decir, no tengo idea de qué es... esconde algo y tú le ayudas a esconder eso, lo que sea que sea.

—No se te ocurrió pensar que ocultar eso sea lo mejor para todos, sobre todo, para ti.

—¿Esperas que lo que acabas me tranquilice?

—Puedes ponerme un castigo si quieres. No puedo decírtelo.

—¿No te estás metiendo en problemas por estar a su lado?

—Es un poco tarde para echarme atrás, además, no quiero echarme atrás.

—Ese tipo que vino ayer es parte de eso también.

—Sí.

—¿Y Lucas?

Asentí.

—Y ese tipo raro, el tal Ariel.

No hizo falta que le respondiera.

—¿Son una mafia o algo así? ¿Podrías tener problemas con la policía?

Se me escapó una risita.

—No, y lo dudo —contesté a sus dos preguntas.

—Bien.

Matías pasó junto a nosotras, se relamió los labios al ver el paquete y bajó a preparar café antes de que tuviésemos tiempo de pedírselo.

—¿Me lo contarás algún día? —me preguntó en cuanto Matías desapareció por la escalera.

—No creo que sea posible.

—Podría adivinarlo —dijo a modo de amenaza.

—Ni en mil años.

—Bien, entonces voy a imponerte un castigo.

—Perfecto, entonces yo también tengo el mismo derecho.

—De hecho, tu castigo será mi castigo.

—¿A qué te refieres?

—Mis primas van a hacerme una suerte de despedida de soltera por adelantado, es que una de mis amigas se va de viaje de modo que adelantaron la fecha de la fiesta... ¡nada de eso importa, estoy divagado! La cuestión es que me armaron una despedida de soltera y todas están tan locas que me asusta lo que puedan haber armado, necesito a alguien de confianza y con algo de juicio para aplacar sus delirios. No tengo ganas de terminar medio desnuda en el obelisco.

—Entiendo —articulé con calma.

—Por favor, dime que vendrás conmigo, que me ayudarás si me abandonan por ahí en ropa interior viéndome igual que una prostituta. Te juro que no te pediría que asistieses a la fiesta si no tuviese tanto miedo de lo que pueden llegar a hacer. He intentado averiguar sus planes pero ninguna de ellas suelta

prenda. Dime que vendrás- lloriqueó colgándose de mis hombros.

—Parece justo, tendré mi recompensa cuando te vea pasar por eso.

—¡Se supone que tendrás que defenderme!

—¡Sí, claro! —solté viendo cómo se ponía nerviosa.

—¡María Eliza Pérsico!

—Nada, nada —canté yo mientras estiraba un brazo para atender el teléfono que recién había comenzado a sonar.

Los quejidos de Susana no me dejaron oír nada. La línea además, era malísima. Se escuchaba como el eco lejano de una voz y unos chasquidos metálicos, parecía una llamada del exterior, pero quién podría... ¡Caí en cuenta!

—¡Lucas! —exclamé con el corazón palpitando enloquecido, como si el único que pudiese llamar al local, fuese él.

- ¿Eliza? —chisporroteo—. Mierda, no se oye nada —insulto irrepetible—. Malditos celulares y la... —insulto incomprensible, gracias a Dios, pero insulto al fin—. Esta porquería no funciona. ¿Hola? ¿Hola? ¿Me oyes? ¿Eliza, eres tú?

—Lucas, no te oigo bien. ¿Lucas? Soy yo, se escucha muy mal.

De repente la señal se aclaró, el chisporroteo desapareció.

—¡Hola! —me gritó tan fuerte al oído y con tanta emoción que tuve que apartar el teléfono de mi oreja—. ¡Eliza, soy yo!

No me hacía falta pedirle el santo y seña para estar segura de que era él, los demonios podían imitar voces, pero el carácter y las sensaciones que evoca cada tono salido de la boca de quien queremos y conocemos, es imposible de imitar.

—Lucas, que bueno escucharte—. Nada podía hacerme más feliz, esto fue la mejor compensación por cualquier mal momento que hubiese podido pasarme hasta la fecha, sobre todo, porque su voz sonaba alegre. Fue un alivio notar que no quedaba ni rastro de las angustias de unos meses atrás. Por todos los santos, cuanto lo extrañaba. Hubiese abrazado el teléfono de no quedar como una ridícula. Me puse melancólica en el acto.

—¡Hey! ¿Me extrañabas? —soltó en una carcajada.

—Por supuesto. Te he llamado un montón de veces a tu celular. Por qué no llamaste antes, me hubiese gustado oír tu voz aunque tan solo fuese para decirme hola.

—Quería llamarte... es que no estaba en condiciones. Ahora sí puedo hacerlo, obviamente, sino no estaríamos ninguno de los dos, al teléfono.

—Eso quiere decir que mejoraste.

—Así es. Estoy mucho mejor, ni te imaginarías cuanto.

Esperaba poder reconocerlo, su voz sonaba prácticamente igual, apenas un poco más grave, sin embargo era complicado juzgar un cambio con un océano de por medio.

—¿Dónde estás?

—Estoy... ya no sé ni cómo se llama el lugar en el que estoy, nuestro itinerario ha sido tan largo que por momentos pierdo la noción de la realidad y ya no sé ni dónde me encuentro; estoy en Holanda, en el norte de Holanda, para ser más específicos, en un pueblito de nombre irreplicable, en el medio de un campo verde, un pólder, según me han explicado los letrados que con los que me codeo últimamente. Estoy rodeado de diques. Supongo que los demonios de aquí deben acostumbrarse a vivir rodeados de tanta agua—. Hizo una pausa—. ¿Qué tal por ahí, cómo están las cosas? Me llegaron rumores.

—Nada grave. Ya pasó. ¿Cuándo vuelves?

La línea empezó a hacer ruidos otra vez. Rogué que la comunicación no se cayera.

—No tengo idea, pasado mañana nos vamos a Inglaterra. Sinceramente me siento listo para volver, la cosa es que Ariel insiste en que aún tengo mucho que hacer, además, tiene que visitar a alguien allí, de modo que tardaremos todavía unos cuantos días en planear nuestro regreso.

—¿Qué tal te ha ido, fue difícil?

—Más o menos, es raro... y complicado de explicar. Esto tiene sus ventajas, de eso no cabe la menor duda. Nunca creí que hubiese tanto por descubrir —suspiró—. No puedo contarte nada, al menos no por teléfono—. Por la línea, y a lo lejos, me llegaron unas voces masculinas de desconocidos—. Tengo compañía, mi grupo acaba de rodearme.

—¿Te dieron permiso para llamarme?, o estás actuando de contrabando.

—Te estoy hablando del celular de Ariel —se rió—, el mío se quedó en Buenos Aires, es por eso que no te he atendido. Ariel liberó mis comunicaciones hace un par de horas, ya no estoy incomunicado, de aquí en más puedo llamarte cuando quiera.

—Eso suena bien, muy bien.

—El único problema es que pasé horas intentando comunicarme contigo, supongo que ha de ser porque estamos en el medio de la nada, me figuro que cuando regresemos a Ámsterdam o cuando estemos en Londres, las comunicaciones serán mucho mejores.

—Promete que intentarás llamarme otra vez aunque te quedes sin dedos de tanto marcar.

Otra afable carcajada emanó de su garganta, elevando mi espíritu, ni se imaginaba cuan feliz me hacía volver a oír su voz.

—Lo prometo —juró acallando su risa—. Oye, me reclaman, seguimos viaje —por la línea se coló el ruido del motor de un automóvil—. Vuelvo a llamarte en cuanto pueda ¿sí? Te extraño —me dijo en voz baja —no debía querer los demás lo escucharan.

—Y yo a ti. Hasta pronto.

—Adiós —se despidió. Lucas cortó y yo me quedé con el teléfono asido entre los dedos. Realmente lo extrañaba mucho, y ahora que había oído su voz, todavía más.

...

—¿Y por dónde anda?! —curioseó muy emocionada en cuanto le confirmé que era Lucas el que había llamado—. ¿Está bien?

—Está perfectamente, incluso mejor de que lo yo supusiese que estaría.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada —solté esquivando lo mejor posible, el escollo que sin querer, solté delante de mis pies.

—¿Decías?, por dónde anda metido. Me figuro que se lo está pasando a lo grande, a su edad y con todo el tiempo del mundo para recorrer Europa... —suspiró. Su mirada se perdió en su propio deseo de viajar, o tal vez en la añoranza de un deseo del pasado, cuya oportunidad para concretarlo, debía sentir perdida.

Yo suspiré también, pero de alivio.

—Se encuentra paseando por Holanda, según me dijo, en unos días sale para Londres.

—Lo envidio, quien pudiera largar todo y mandarse a mudar. ¡Lucas sí que tiene suerte! Ni modo. Se merece todo lo que le está pasando, es tan buen muchacho, me cae muy bien...

La miré, conocer secretos que ella ignoraba por completo, no me permitían estar en paz ante aquellas palabras; Dios no quisiera que Susana no se enterara nunca de la responsabilidad que pesaba sobre los hombros de Lucas, y el nombre que Vicente llevaba marcado a fuego en su conciencia. Por momentos me costaba entender por qué a ella le agradaba tanto Lucas y al mismo tiempo tenía tantos recelos en relación a Vicente; habrían sido distintas las cosas si Lucas hubiese convencido a Mauro de que le vendiese su alma, ¿ahora Vicente le agradecería y Lucas no? Es imposible saberlo, las cosas habrían sido completamente distintas si Lucas nunca hubiese tenido problemas para comprar esa alma, se él hubiese podido solo, quizá jamás hubiese conocido a Vicente y es probable que ninguno de los dos se cruzara en mi camino. Las cosas habían sido tan pero tan distintas...

—No comprendo porqué, siento como si debiera protegerlo —añadió cortando mis enredados pensamientos.

La miré sin comprender a qué se refería.

—Con Lucas, digo, es como si forzase a salir a la luz a mi instinto maternal... o talvez lo siento igual que a un hermano. Es difícil traducir con palabras lo que me pasa con ese muchacho.

La miré sorprendida, era lo mismo que me sucedía a mí.

—Sé de qué hablas.

—¿Sí? —replicó visiblemente extrañada.

—Ha de ser porque es muy joven. Pero eso no le durará mucho, está madurando, si hasta le ha cambiado la voz—. Lo mejor era que fuese preparando el terreno, resultaba imposible vaticinar en qué estado volvería

Lucas, seguro me sorprendería al verlo, incluso sabiendo la verdad sobre el origen y los motivos de su cambio, pero para Susana sería una impresión mucho mayor. Tenía que advertirle.

—Ese tipo de viajes te hace madurar... o al menos eso es lo que dicen.

—Pues creo que él maduró, y mucho.

Susana puso cara de orgullo igual que una madre satisfecha y realizada (como si Lucas realmente fuese su pequeño). Debo admitir —por más que no me agrade reconocerlo —que eso me dio un poquitín de celos, además, noté algo en mí de lo que no había sido conciente hasta ahora: me sentía un tanto posesiva y sobre protectora con respecto a él. Sacudí la cabeza para mezclar este pensamiento con los demás, en la idea de diluirlo en el mar de cosas que ocupaban todo el espacio dentro de mi cráneo.

—Entonces, cuándo regresa.

—Todavía no tiene fecha de regreso.

—Más le vale que esté de vuelta para mí boda.

—¿Debo transmitirle la amenaza?

—Harías bien. Cambiando de tema—. Con cuidado desvió sus ojos de los míos y espió en dirección a la puerta, permaneció un momento en silencio y luego volvió a mirarme-. ¿Ya viste a ese tipo?

Espió por el rabillo del ojo. No vi a nadie, ni delante de la puerta, ni en las vidrieras.

—¿Qué tipo?

—Un hombre de traje oscuro y gafas de sol que en lo que va del día, ya ha pasado dos veces por delante del local.

—Ha de ser alguien de las oficinas de al lado—. La tranquilicé. Para paranoica ya estaba yo, además se suponía que no tenía de qué preocuparme.

—Es que asomó para adentro unas dos veces.

Me quedé en silencio.

—No me hagas caso, probablemente debía estar buscando con la mirada algún producto, debe de ser de ese tipo de personas que da mil vueltas antes de entrar a un comercio a preguntar si tienen tal o cual producto que desea comprar.

—¿De verdad quieres que no te haga caso? Qué te molestó de ese hombre; si hubieses creído que no era otra cosa que un cliente indeciso, no lo habrías mencionado.

Susana me sonrió sin gracias.

—¿Desde cuándo le das tanta rienda a mis locuras? Fue una pavada; no tienes



de qué preocuparte.

Me dio la impresión de que estaba más preocupada de lo que demostraba: ¿qué tanto no me decía?

Un cliente entró y ella fue atenderlo. Yo corrí directo a mi celular, para llamar a Vicente y verificar si realmente no tenía nada de qué preocuparme, al menos en lo referente a problemas que trajesen aparejados un nuevo regimiento de demonios. Es posible que quizá fuese un simple humano que tenía intenciones de entrar a robar, o un pobre infeliz cuya vacilación nos había alterado a todos.

...

Me lavé las manos y me senté a la mesa, estuve un par de minutos contemplándolo mientras trajinaba en la cocina con una pericia envidiable, igual que un experto chef que lleva años y años haciendo lo mismo. Una nube de vapor, que luego fue tragada por el extractor de aire, envolvió su rostro cuando tiró el agua de los fideos en la pileta, para colarlos. Sacudió la cacerola un par de veces para escurrirlos bien —unos chorritos hirvientes cayeron del borde del colador y le salpicaron las manos, pero no dio señales de sentir dolor alguno—, y luego vertió la pasta sobre la profunda sartén con una forma similar a un *wok*, dentro de la cual borboteaba una salsa de verde intenso. Yo todavía esperaba un comentario, por teléfono me había dicho que no era nada, que probablemente fuese un cliente que no se decidía a entrar, o alguien que trabajaba por la cercanía del local, no me había quedado conforme con su respuesta, por lo cual, volví a la carga en cuanto nos encontramos allí mismo, cinco minutos atrás.

—¿Lo viste? —su voz brotó sin previo aviso, justo cuando yo ya me había convencido de que no diría una sola palabra más al respecto.

—No, fue Susana, ella lo vio —volví a explicarle. ¿Acaso no me había oído la primera vez que se lo conté?

—Recapitulando —zarandó la sartén de adelante para atrás, una ola de salsa verde con *penne riggatti* de cresta, emergió por el borde de la sartén, salió unos pocos centímetros y desafiando a la gravedad y supongo que a otras leyes físicas más, también, y volvió a entrar en la sartén—, no lo viste, no te lo cruzaste, no volvió a aparecer.

Asentí moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Ni nada extraño sucedió—. Giró la perilla y la llama azul se extinguió.

—Sé que parece que exagero...

—Estás exagerando, al menos, un poquito —sin que mediase una agarradera entre su palma y el mango de la sartén, la retiró del fuego y la trajo a la mesa para colocarla sobre el apoya fuentes—. No era nadie, Eliza. No te siguen.

—¿Cómo estás tan seguro? —dije al tiempo que giraba sobre el asiento de la silla para quedar frente a él. Sin contestar, tomó mi plato y empezó a servirme.

—Salvador me garantizó que nadie se acercaría a ti; nadie va a tomar represalias contra ti o contra mí. Todo está bien, debes hacer de cuenta que nada pasó—. Reubicó el plato frente a mí otra vez, y alzando el cuenco que contenía el queso rayado, me lo ofreció con un gesto. Tomé el cuenco y me quedé sosteniéndolo con ambas manos mientras él empezaba a llenar su plato con una montaña de pasta perfectamente recubierta, incluso en el interior, por una generosa capa de salsa de crema y espinaca.

—¿Me lo juras?

Revoleó los ojos y se dejó caer sobre la silla.

—Te lo juro, ahora podrías servirte el queso para que luego lo pueda tomar yo.

Le saqué la lengua y después me serví queso, espolvoreándolo lentamente sobre toda mi porción. En cuanto el parmesano rallado tomó contacto con el calor de la salsa, el aire se tiñó del intenso y algo ácido aroma del queso. Moviéndome muy despacio, le pasé el cuenco.

—Huele muy bien —hundí el tenedor en los fideos y trinche un par, soplé un poco y me los llevé a la boca, estaban que pelaban de calientes, pero incluso así, tenían un sabor exquisito. Elogié la cena y alabé sus dotes de cocinero. Últimamente casi siempre cocinaba él, salvo algún que otro fin de semana en el que yo, humildemente, le demostraba las capacidades culinarias que había heredado de mi madre, y que gracias al trabajo, tenía cada vez menos tiempo de poner en práctica.

—¿Lucas te contó algo distinto de lo que me contó a mí? —curioseé. Sobre este tópico, también era la segunda vuelta. Había muchas cosas que no podíamos discutir por teléfono y menos con testigos pululando por los alrededores.

—Yo no hablé con él —contestó medio entre dientes.

Había asumido que sí.

—¿No te llamó?

Negó con la cabeza mientras se limpiaba la comisura de los labios con la servilleta.

—Por qué no.

—Debería tener ganas de hablar contigo solamente.

No detecté ningún sentimiento encubierto en sus palabras, pero yo sabía que él tenía cierta experiencia ocultando cosas, sobre todo sentimientos.

—No debe haber podido comunicarse, me dijo que le costó mucho comunicarse conmigo—. Vicente siguió comiendo—. ¿No has hablado con Ariel tampoco?

—Sí —contestó y luego se llevó la copa de agua a los labios.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?—. Bajó la copa y la posó otra vez en su sitio.

—No te comenté nada sobre Lucas.

—No hay mucho más que decir.

Apoyé el tenedor sobre el plato y me incliné sobre la mesa.

—¿Todavía te molesta lo que pasó con él?— no creo que haya sido una pregunta, más bien lo estaba afirmando.

—A qué te refieres —entonó con indiferencia, llevándose comida a la boca. Lentamente, sin quitarme la vista de encima, masticó la pasta.

—¿Ustedes no discutieron nunca lo que sucedió?

—¿Debería haberle preguntado si le gustó besarte?

—¡Ah!

—No, no lo hemos discutido; para que lo sepas, no estoy enojado con él, es simplemente que él ahora tiene su vida y yo la mía, además, es muy probable que él sí esté enojado conmigo por haber llamado a Ariel para que se lo llevara. Lucas es un poquito obstinado, igual que alguien a quien prefiero no mencionar—. Dijo clavando sus ojos grises en mí.

—¡Qué tontería! Ustedes tienen que hablar.

—Ya llegará el momento, no te preocupes por nosotros.

—No deberían estar enemistados —insistí. Dos de las personas que yo más quería en este mundo, no podían ser enemigas entre sí, eso, admitiendo una gran cuota de egoísmo, me ubicaba en una posición en la que no deseaba verme, y además, no me agradaba la idea de que Vicente no hablase con Lucas, él era parte de su familia.

—No estamos enemistados, solamente un poco distanciados, y eso está bien, él ahora tiene la oportunidad de conocer el mundo, sabrá que hay más de lo que experimentó a mí lado y junto al demonio que lo creó.

—Voy a hablar con él cuando regrese.

—Ni se te ocurra.

—Por qué no. Qué hay de malo, tengo la mitad de la responsabilidad de lo que pasó.

—Déjalo correr, ¿sí? Existen heridas que necesitan tiempo para sanar bien, en vez de remedios que aceleren el proceso de curación de un modo anormal.

—Yo no voy a hacer nada anormal, tú has cuidado de él, le has cocinado, le has enseñado, tengo la obligación de devolverle eso a ustedes.

—Eliza, es probable que cuando Lucas regrese no vuelva a vivir aquí.

Sentí cómo se me escurría el color del rostro.

—Sucedieron demasiadas cosas, además él está convirtiéndose en un demonio adulto; buscará su vida, sus cosas, y si lo desea, un grupo al cual unirse, que no necesariamente debe ser éste —nos señaló a ambos por turnos—, o es probable que simplemente quiera iniciar una vida solo, tal como lo hace la mayoría. Cuanto menor es la diferencia de poder entre dos demonios, más son los roces que se producen entre ambos por tener el liderazgo. No sé si seríamos capaces de volver a compartir una casa, al menos por un tiempo.

¡Qué castigo, justo cuando yo creí que se había abierto una ventana de esperanza en ese asunto! Con el llamado de Lucas me había hecho muchas emociones.

—No te pongas mal, no vas a perderlo. Lucas seguirá siendo tu amigo, lo sé.

...

A la mañana siguiente, Vicente me puso en sobre aviso a mí: otra vez tenía trabajo, cuando me despertó (con delicadeza, acariciándome el cabello), ya estaba vestido y listo para salir, era un asunto de última hora —por eso las prisas—, me pidió que no me preocupara si no regresaba en dos o tres días. Tenía que viajar; en cuanto mencionó esto último, lanzó una mirada hacia el portatrajes de cuero que descansaba a los pies de la cama.

—¿Dos o tres días?

Me estampó un beso en la frente.

—Prometo intentar llamarte todos los días.

—¿No puedes hacerlo desde aquí?

—Lo haría si pudiera. Ambos sabíamos que algo así sucedería tarde o temprano; no siempre voy a tener la oportunidad de hacer todo desde aquí.

Me refregué los ojos en un intento de despabilarme y me senté con la espalda contra la pila de almohadas.

—Bien. ¿Ya te vas?—. Todavía estaba medio oscuro afuera.

—Mi vuelo sale en cuarenta minutos. Tengo que darme prisa.

El reloj luminoso marcaba las seis veintidós. Demasiado temprano.

—¿Te quedarás aquí o estarás en tu departamento?

—Creo que me quedaré en mi departamento. Lo tengo abandonado.

—Como gustes —me dio un rápido beso y se bajó de la cama—, ya sabes que puedes venir quedarte aquí cuanto quieras, esta es tu casa—. Recogió un sobretodo oscuro de los pies de la cama y lo dejó colgando de su brazo izquierdo, con la otra mano, levantó el portatrajes—. Sí necesitas algo, llámame, pero intenta no dar tanta importancia a todos los sujetos que andan perdidos por ahí.

—Sí, claro.

—¿Me disculpas con tu madre por no poder ir a cenar esta noche?

—Ni falta que hace, a ti te perdona cualquier cosa.

Llegó a la puerta pero se detuvo debajo del dintel. - Te amo, nos vemos en unos días.

—Hasta dentro de unos días.

Tenía toda la intención de levantarme, desayunar, vestirme y salir para así poder pasar primero por mi casa antes de ir a trabajar, pero la cama de Vicente era tan cómoda que no pude resistirme a la tentación, además, me pesaban los parpados del sueño. Cuando volví a abrir un ojo ya era condenadamente tarde. Tuve que vestirme a toda velocidad, el desayuno debería esperar para más tarde. Cuando llegué al local, Susana y Matías me esperaban en la puerta.

## 18. Siguiendo las pistas.

—¿Así está bien?

Mi madre aprobó con un gruñido el color de las cebollas que me había mandado dorar, dio medio vuelta y siguió con lo suyo frente a la mesada. Apagué el fuego de la hornalla y aparté la sartén del calor.

—Es una pena que Vicente haya tendido que viajar —murmuró por enésima vez—, una verdadera pena. No sé cómo se las arregla para organizarse tan bien, si a mí me avisasen así, de última hora, que tengo que viajar a tal o cual lugar, no sé qué haría. Cuando tu padre y yo ganamos ese viaje con la tarjeta de crédito me puse tan nerviosa que no sabía ni qué meter en la valija. Teníamos menos de veinticuatro horas para salir... fue estresante. Gracias a

Dios que la chica que vino a traer los pasajes me ayudó a organizar todo, un tesoro ella: tan amable y educada. Delgada como un palo de escoba, y monísima, muy arreglada, llevaba la manicura hecha y su cabello era esplendoroso, ¡la envidia de cualquier mujer!

Esquivé la indirecta de mi madre y seguí con el lineamiento de mis pensamientos sin permitir que me afectara.

—Nunca me contaste de ninguna chica.

—Si no hubieses tenido ese accidente probablemente te habría contado tantas cosas; como regresamos tan a las prisas y todo fue... en fin, no se presentó la oportunidad.

—¿Así que una chica vino a traerte los pasajes?—. Con aquella descripción me bastaba para comprender que no era una persona común y corriente: mi madre había estado de frente con otro demonio. Eso hizo que me diera un escalofrío. La revelación puso en marcha el motor de mi cerebro.

—Sí, estuvo como dos horas ayudándome a empacar. Estuvimos conversando mucho.

—Ya veo... ¿Le hablaste de nosotros? ¿De nuestra familia?

—Me figuro que sí, no crees que iba a estar dos horas hablando del clima. Por si te interesa saberlo, le hablé de ti, de Vicente, de papá, de nuestra familia, e incluso le pasé la receta de mis famosas galletitas, las cuales por supuesto le di a probar. Ella tomó solamente una, pero las elogió.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?—. Quizá el dato no tuviese mucha importancia, tranquilamente podía haberle dado un nombre falso.

—Úrsula, se llamaba Úrsula, no recuerdo su apellido —la sartén empezó a chisporrotear, mi madre meneó la mezcla de verdura y huevos que comenzaba a cuajar—, es más, no sé si me dijo su apellido.

—¿Era del banco o de una agencia de viajes?

—Ninguna de las dos cosas, era la secretaria personal del dueño de la isla a la que fuimos.

Mi corazón se paralizó por un momento. Por lo visto mi madre estaba más al tanto de la vida de Ariel que yo.

—¿Ella viajó con ustedes o volviste a verla alguna vez?

—Supongo que la chica tenía trabajo, además, por que vendría con nosotros.

—No lo sé, simplemente pregunto —solté nerviosa.

Mi madre dio vuelta la cara, enseñándome su perfil derecho.

—No, no he vuelto a verla.

—¿Qué más te contó?, aparte de que era la secretaria personal del dueño de la

isla.

—No demasiado, supo ser reservada, simplemente me explicó que el lugar al que íbamos era propiedad privada, una isla que no estaba abierta al turismo general, que muy poca gente tiene la oportunidad de viajar allí, y que si lo hacen, es porque su dueño ha dado la aprobación para que dichas personas, ocupen su hotel y paseen por sus playas.

Si eso era cierto, Ariel en persona, debía haber aprobado mi luna de miel en su hotel. Cientos de preguntas empezaron a brotar en mi cabeza, embotándome el pensamiento. ¿Ariel sabía de antemano que mi alma debía ser comprada por el Infierno?, ¿sabía que debería enviar a Vicente detrás de mí? Pero por qué había permitido que Cristian y yo planificásemos nuestra luna de miel allí, si en realidad si nos casábamos... —me detuve —... ¿o él ya sabía que Cristian y yo nunca nos casaríamos? ¿Había tenido que ver en eso? Y sobre todo, lo más importante: ¿cómo había hecho yo para que mi dedo cayese justo sobre su maldita isla, de la cual era dueño hacía más de cuatrocientos años?

¿Qué había detrás de todo esto?

—¿Conociste al dueño del lugar? —pregunté procurando sonar despreocupada.

—Hablé con él por teléfono, por desgracia este hombre tiene muchos negocios por todo el mundo y no puede pasarse los días tirado panza arriba en el sol. En fin —apagó el fuego, la tortilla ya estaba lista—, que hombre tan elegante, se le notaba en la voz. Su tono era refinado, imponente también, sin duda es un hombre muy importante.

—Por qué hablaste con él por teléfono, no lo comprendo.

—Nos llamó para darnos la bienvenida a su isla. Muy atento, ¿no crees?

—Sí, muy atento. ¿Te dijo su nombre? —solté antes de siquiera darle tiempo a respirar.

—Ariel, Ariel Doinel. La isla lleva su nombre.

Doinel —sí, ese era el nombre de la isla, ahora lo recuerdo.

—Según tengo entendido la isla ha estado en poder de su familia, por cuatro siglos y muy poca gente sabe que ese paraíso existe; ¿sabías que ni siquiera figura en la mayoría de los mapas?

Ese fue otro golpe. Negué con la cabeza boquiabierta.

—¿De verdad?

—De verdad —me confirmó.

De repente se me antojó correr hasta la casa de Cristian para revolver en su biblioteca en procura del atlas de donde yo había sacado aquella condenada

isla, pero varias cosas me detenían evitando que me largara de casa de mi madre en este exacto momento, primero y principal: no tenía ni idea de si Cristian continuaba viviendo en su antiguo departamento aún después de casado —lo dudaba—, segundo, me tomaría por una loca si yo llegaba pidiéndole que me prestase su atlas, tercero: lo más probable es que Cristian no supiese nada de ese atlas, a lo sumo encontraría el nombre de una editorial, un año de edición, nada más. El libro debía haber salido de una librería como cualquier otra. Me agarré la cabeza, tenía que hacer un esfuerzo por parar de ver complots en mi contra por todos lados, Vicente ya me lo había dicho, todo estaba tranquilo y en orden, no teníamos de qué preocuparnos. Por que insistía yo en gastar energías en esto.

Mamá no pudo contarme mucho más de Ariel, había hablado esa única vez con él y nunca más había vuelto a escuchar su nombre, o a pronunciarlo, hasta hoy. Mientras nos acomodábamos con mi padre, alrededor de la mesa puesta para la cena, se puso a relatar otra vez las anécdotas del viaje. Inmersa en mis propios pensamientos la dejé hablar, soltando algún sí, un no, y de vez en cuando, un comentario un tanto más elaborado para que no se diese cuenta de que en realidad no le estaba prestando demasiada atención.

Pasada la media noche, emprendí mi regreso a casa.

...

Sentada en el medio de la cama, en pijama, llevaba una media hora en esa misma posición: de piernas cruzadas y con el celular apretado en la mano derecha. Mis ojos alternaban entre la pantalla del televisor y la del celular. No lograba decidirme a dar el primer paso. Con la mano izquierda manoteé el control remoto de la televisión, el cual estaba medio perdido entre el plato vacío y sucio de mi cena, una servilleta roja hecha un bollo y las mantas arrugadas y retorcidas. Apagué el televisor e inspiré hondo.

No tenía ni idea de qué iba a decir.

El número del departamento de Cristian volvió a destellar en la pantalla en cuanto presioné una tecla. Apretando los dientes, solté el botón de “*send*” y me llevé el aparato al oído. El teléfono repicó una, dos veces... ¿y si ella atendía? ¡Por qué no lo había pensado antes! Sonó una vez más, y otra, de repente, saltó el contestador automático. Una voz metálica y mecánica me contestó, la misma que me habría atendido diez meses atrás. Después de todo, no era tan disparatado pensar que todavía podía vivir ahí. ¡No, qué va!, seguro



que no era más que una coincidencia, sin duda Ana podía costear una casa lo suficientemente grande para que ambos no tuviesen que cruzarse si se aburrían de verse.

La voz del contestador estaba a mitad del discurso y yo apretando los dientes intentando pensar en qué decir, si es que me decidía a dejar un mensaje, cuando alguien levantó el teléfono.

—¿Hola?- preguntó Cristian en un jadeo.

Me quedé paralizada.

—Hola, quién habla.

No pude decir nada.

—¿Quién es? —pausa—. ¿Eres tú?

No podía saber que era yo, debería pensar que alguien más lo llamaba, pero quién.

—Contesta. No tengo tu nuevo número registrado pero sé que eres tú. Me figuro que recuerdas que hoy sería nuestro aniversario, no es así.

Se me cayó la mandíbula. Lo había olvidado. Seis de junio.

—¿Por qué no vienes...? Hablé con tu padre esta mañana, me dijo que tu novio está de viaje —esperó a que yo dijese algo pero no pude articular palabra—. Yo también estoy solo, de hecho tenía pensado pasar la noche aquí. Debes estar preguntándote por qué todavía conservo el departamento si soy un hombre casado, no es así —otro silencio—. Sí, sé que debes estar preguntándote eso y mucho más. Llevo horas pensando en llamarte... no tuve el valor. ¿No vas a decir nada? —Pausa—. Bien, te entiendo... mejor dicho, no, no te entiendo, por qué llamaste si no tenías nada para decir, ¿acaso solamente deseabas comprobar mi fracaso? Seguro que sí —se rió toscamente—. Bien, soy un fracaso, ganaste. Te lo mereces, te salvaste de mí y yo perdí. Ganaste Eliza. Ven, por favor, ven —me rogó en tono lastimero—. Pasaré aquí la noche y dudo que pueda dormir, de modo que si dentro de una hora se te antoja venir a regodearte, no te contengas, ven—. Se quedó callado permitiendo que el silencio se apoderase de la línea—. Ven.

Solté el celular y salté de la cama. No comprendo qué fue lo que me movió a reaccionar de aquel modo, no me lo explico, quizá fuese su voz, o sus palabras, o la fecha, o quizá las cosas que necesitaba saber, tal vez simplemente deseaba verlo... había pasado tanto tiempo, tantas cosas. Algo sí tenía en claro, no iba para regodearme, ni para mofarme de la tristeza que notara en su voz, iba, simple y sencillamente porque necesitaba ir.

Prácticamente me arranqué el pijama de encima. Me vestí a toda velocidad.

Recogí la vajilla sucia y la lancé a la piletta de la cocina. Tomé mi cartera, el celular, un abrigo, las llaves de la camioneta y salí. Llegué a su departamento en menos de quince minutos.

—Soy yo —le grité al portero eléctrico en cuanto él preguntó quién era.

Una chicharra sonó, empujé la puerta y ésta se abrió.

Resbalando sobre el pulido piso del hall, me metí dentro del ascensor que parecía haber estado esperándome, abierto, para recibirme. Con las llaves de la camioneta todavía en la mano, apreté el botón del décimo piso, el cual se iluminó. Las puertas de acero se cerraron. El ascensor empezó a moverse.

Al instante me invadió una sensación de *deja vú*. De dio la impresión de que nada había sucedido, que Cristian y yo nunca habíamos terminado, que jamás había conocido a Vicente, igual que si todo no hubiese sido más que un sueño. Un largo y retorcido sueño.

El lento traqueteo del ascensor me puso nerviosa. Todo me resultaba tan familiar, las formas de la botonera, el piso de goma, el olor a limpiador que flotaba en el aire, incluso las esquinas de la cabina de metal. Cada rincón me recordaba un momento, una situación. Parpadeé varias veces para borrar de mis retinas imágenes que creía olvidadas... besos, abrazos, fiestas, conversaciones, incluso silencios. Aquella Eliza que había vivido esas escenas se me antojaba lejana y desconocida, al mismo tiempo parte de mí, una parte que ya no reconocía y eso no me agradaba.

Alcé la vista y clavé los ojos en los números rojos. Octavo... noveno... décimo...

El corazón se me encogió.

¿Qué me estaba pasando?

La puerta se abrió. Intentando quitarme esa confusa sensación de encima, me apresuré por salir del ascensor. El pasillo estaba iluminado. Giré la cabeza y lo vi: Cristian me esperaba con la puerta abierta. No pude decirle nada.

—Gracias por venir —dijo él en voz baja. Iba descalzo, sin medias, con un pantalón de deporte y una remera vieja (su remera preferida, aquella que apenas si tenía color, la misma que yo había hecho tanto para convencerlo de que se desprendiera). No tenía muy buena cara, de hecho si piel tenía un tinte verdoso. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Hola.

—Hola —me saludó con un dejo de voz.

A simple vista debíamos parecer dos extraños, sin embargo no lo éramos, o al menos, no lo habíamos sido, ¿o sí? Por mucho tiempo yo había estado

convencida de conocerlo muy bien, pero de la noche a la mañana me había salido con que había conocido a alguien más y estaba enamorado. El corazón se me aceleró.

—¿Entras? —inquirió saliendo.

—¿Para qué ibas a llamarme?

—¿Para qué me llamaste tú?

—Yo pregunté primero.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De muchas cosas, pero no aquí en el pasillo —retrocedió de espaldas entrando otra vez en el living del departamento—, tengo café recién hecho, ¿vienes?

Sentía los pies de plomo y al mismo tiempo mi pecho tironeaba de mí hacia el frente. No fui conciente de que me había puesto en marcha hasta que Cristian se apartó para hacerme paso.

Todo lucía igual que la última vez que había estado allí, incluso, en las repisas de la biblioteca, estaban sus fotografías... y las mías. Me estremecí. La puerta se cerró a mi espalda y yo di un respingo, fue como quedar atrapada en el pasado. Era el pasado sin el menor cambio, era lo que había sido mi vida.

—¿No te quitarás el abrigo?

Arrojé las llaves de la camioneta dentro de la cartera, la cartera sobre el sillón intentando no contemplarlo, todo me traía tantos recuerdos. Sacudí la cabeza y me quité el abrigo.

—¿Café?

Asentí.

—Enseguida regreso —soltó saliendo en dirección a la cocina. Mis ojos buscaron la estantería, y saltaron de un lomo de un libro al otro. El atlas no estaba donde debería estar.

—¿Ya cenaste? —me preguntó desde la cocina.

—Sí—. Di una vuelta revisando todo a mí alrededor, el atlas no estaba por ninguna parte. Cristian guardaba más libros en la habitación, quizá encontrase allí, o quizá hubiese mudado el libro a su nueva casa... no, eso último no sonaba muy probable, todas sus cosas estaban aquí, como si no se hubiese casado. Quizá lo tiró, o lo donó a una biblioteca... o lo perdió.

—Puedo ofrecerte alguna otra cosa —curioseó tendiéndome la taza de café. Yo di tal salto que casi más hago que se tiré los dos cafés encima. Por suerte, Cristian era de reflejos rápidos y me esquivó.

—Por lo visto conservas algo de la vieja Eliza —susurró con una sonrisa ofreciéndome la taza otra vez—. Todo lo demás parece haber cambiado. Estás tan distinta que apenas si te reconozco... lo noté cuando nos encontramos en aquel sitio. Estás cambiada.

—Soy la misma de siempre—. Me senté, necesitaba sentarme.

—No —se sentó en el sillón de enfrente—, no pareces tú misma. Mírate. Tu ropa, tus gestos, tu forma de andar, incluso tu aspecto, te ves como alguien más —le dio un sorbo a su café-. ¿Como él, quizá?

—¿De qué estás hablando?

—Nunca elegirías ese tipo de ropa por ti misma y tampoco puedes costearla. Me figuro que te la compró él, o es que Julio finalmente se decidió a darte el aumento que te mereces.

Me atraganté con el café.

Sí, la ropa que llevaba puesta era cara, ridículamente cara, Vicente me la había comprado, pero el que llevara esto, puesto ahora, no quería decir nada, era una casualidad, tampoco era que Vicente hubiese renovado mi guardarropa con su tarjeta de crédito. No, yo no había cambiado, no tanto como para no opinar que era un insulto y un despropósito pagar tanto por unas prendas de tela; reconozco que me gustaban y que después de la primera impresión, me había hecho a la idea de que no había nada malo en permitir que él se diera un gusto comprándome algo y que yo disfrutase también, de estas bonitas prendas, sin sentirme culpable o distinta por el solo hecho de usarlas. Era ropa, solamente eso.

—¿Tú renunciaste a ser vestido por tu sastre personal? —Inquirí con malevolencia—. O solamente te pusiste eso para hacerme sentir culpable.

Cristian torció la boca. Se inclinó hacia delante y colocó la taza sobre la mesita del café.

—En ese aspecto nos ha ido bien a ambos, me contaron que ahora paseas en barco... en el barco de tu novio—. Lo más desagradable de todo no fue el comentario, sino el tono que usó para decirlo. Se desquitaba con la venganza justa por lo que yo acababa de entonar.

—¿Qué has estado haciendo tú, además de asistiendo a fiestas de ricos y poderosos?—. Solté, no tenía ganas de ocultar lo cabreada que comenzaba a sentirme. Dudo que haya tenido la menor idea de porqué le solté eso.

—No me agradan las fiestas.

—Bien, yo empiezo a disfrutar esos paseos en barco.

—Eso no me lo puedo creer.

—Yo no puedo creer que no te agraden esas fiestas, pensé que encajarías perfectamente en ellas —dejé la taza sobre la mesa—. Que tal te está yendo en el trabajo.

—Por qué me preguntas eso.

—¿No puedo interesarme por tu trabajo?—. No estaba del todo interesada por su trabajo, sino por ver si tendría el coraje de contarme sobre su nueva esposa.

—Me va muy bien, mi esposa... Ana, ella y yo... Ella es arquitecta, diseñamos juntos un par de complejos habitacionales en el interior del país, ya tenemos algunos en construcción.

Nos miramos en silencio.

—¿Lo dirás tú o tendré que decirlo yo?

—¿Qué es lo que quieres que diga?

—Tendríamos que haber tenido esta conversación la noche que me dejaste, ¿no te parece? En ese momento no me diste muchas explicaciones, de hecho, no me diste otra explicación que: el no amarme más, pero había mucho más que eso y no te atreviste a contármelo. No es que crea que el separarnos no fuera lo mejor para ambos; no logro concebir lo que podría haber sido una vida juntos... sin duda no habría terminado bien. Pero todo lo que preferiste callar...

—¿Te lo contó tu padre?

—¿Mi padre? No, no fue mi padre, lo descubrí, casi por accidente, sé quién es Ana y... sé todo lo demás también.

Cristian se tiró sobre el respaldo del sillón y se tapó la cara con las manos.

—Ya no importa, simplemente me hubiese gustado, que por respeto a lo que tuvimos, me contases la verdad en ese momento.

Las manos le resbalaron por el rostro.

—¿Para qué, para que creyeses que me casé por dinero?

—¿Y no fue así?

No contestó y yo lo fulminé con la mirada.

—No sabes nada —escupió poniéndose de pie—, no tienes idea de nada.

—Te equivocas, sé muchas cosas —lo seguí con la mirada mientras se alejaba en dirección al ventanal que daba al balcón—, más de las que te podrías imaginar, y no es que me guste saberlas, simplemente así son las cosas. Lo sé todo.

Me sonrió, pero no fue una sonrisa ni alegre, ni divertida, sino un gesto amargo. Sostuvo mi mirada por un segundo o dos y luego me dio la espalda.

—Crees que sabes, es todo.

—Dijiste que debíamos hablar, de qué.

Dio media vuelta y me enfrentó.

—Termina con él. Aléjate de Vicente y vuelve conmigo.

—¿¿Qué?! ¿Por qué? —me levanté—. Querías que viniera para decirme que volvamos. Vamos, Cristian, por favor, eso es ridículo.

—No, no lo es, aún te amo.

Algo en su mirada me incomodó.

—Yo no —dije en voz baja, no por falta de confianza y seguridad en lo que afirmaba, sino por no herirlo, era como si quisiese contener la fuerza del golpe que estaba asestándole justo en medio de los ojos.

—Sé que no; si lo dejas y regresas conmigo, te juro, que haré todo lo posible para que volvamos a ser los de antes.

—¿Volver a ser los de antes? No estoy muy segura de querer eso.

—Éramos felices —soltó con voz desesperada.

—Sí, por eso me dejaste por ella, esa es la prueba de cuan felices éramos. ¡Me dejaste sin una explicación tres meses antes de la boda!

—Tuve que hacerlo.

—¿A sí? ¿Por qué?

—Era lo mejor para todos.

—Y ahora lo mejor que es volvamos —le espeté en un tono socarrón.

—Déjalo y regresa conmigo. A tu padre no le gusta ese tal Vicente y...

—¿¿Y qué?! Se supone que debo separarme de él porque a mi padre no le gusta. Vicente no tiene que agradarle a los demás, me agrada a mí, punto.

—¿Fue él quien te hizo eso? —Sonó más a afirmación que a pregunta y de hecho, no esperó mi respuesta—. ¡Casi mueres por su culpa!

—No fue su culpa.

—La próxima vez vas a terminar en el cementerio.

—¡Cierra la boca!

—¡Déjalo!

—No pienso dejarlo.

—Si estás aquí ahora es porque tienes dudas.

—Estás desvariando, no tengo dudas, ni siquiera recordaba que fecha era hoy, te llamé porque necesito hacerte unas preguntas y porque quiero pedirte prestado un libro. Necesito que me prestes tu atlas.

—¿Viniste hasta aquí para pedirme prestado un atlas? ¿Es broma?

—No.

—¿Qué atlas?

—Aquel que usamos para buscar un lugar en el que pasar nuestra luna de miel. Los ojos de Cristian fueron directo a la biblioteca.

—No tengo ni la menor idea de dónde está ese atlas; no lo he vuelto a ver desde hace meses.

—Lo perdiste —lo acusé y sonó feo, no fue mi intención.

—Supongo que sí, no sé a dónde fue a parar. Además qué importa, era un atlas, ¿o a caso deseabas guardarlo de recuerdo?

No respondí a eso.

—¿Dónde lo habías comprado?

—Dónde te parece que se puede comprar un libro —me contestó de mal modo.

—¿En qué librería?

—No recuerdo, es más, ni siquiera sé si lo compré yo o era de los libros que habían estado siempre en casa de mi madre.

—¿Recuerdas de qué editorial era?

—¿Qué importancia tiene! ¿Qué te sucede esta noche? Viniste hasta aquí para preguntarme por un maldito libro.

—No es por el libro en sí. Es por la isla.

—¿La isla?

—En la que íbamos a pasar nuestra luna de miel, quería ver una cosa.

—¿Querías buscar la isla en el mapa?

—Sí.

—Esa si que hubiese sido una buena anécdota, ¿no te parece? —dijo después pensarlo un momento—. Podríamos haber contado cientos de veces, a nuestros hijos, y a nuestros nietos, como elegiste el lugar en el que pasaríamos nuestra luna de miel, con los ojos cerrados, apuntando con tu dedo índice sobre un mapa.

—Guardaste los datos de la agencia de viajes que te consiguió los pasajes y la estadía—. De milagro esquivé eso, su amargura me rozó pero no hubo mayores daños. Lo único malo es que su aspecto empezaba a hacer mella en mí, su mirada me partía el alma y no deseaba sentirme mal por él.

—No, es decir, creo que no y tampoco recuerdo el nombre de la agencia.

—¿No recuerdas dónde era?, no pasó tanto tiempo.

—En microcentro, en unas oficinas, cerca de tu trabajo.

—Podrías anotarme la dirección o decirme dónde era.

—¿Para qué?

—No es asunto tuyo.

—No estoy seguro de cual era la dirección exacta, quedaba en la misma cuadra del cine al que solíamos ir, en un edificio de oficinas.

—¿En cuál?

—Ya no sé, no le puse atención.

—¿No recuerdas nada más?

—¿Qué debería recordar?

No contesté.

—¿Cómo fue que diste con ellos? Ninguna de las otras agencias de viajes conocían o siquiera habían oído hablar de la isla.

—Ya no me acuerdo, di tantas vueltas para conseguir ese viaje. Creo que me llamaron ellos mismos, yo había dejado mi número de celular en varias agencias que quedaron en averiguarme con otros agentes de viajes, a ver si ellos conseguían algo.

—Nunca hablaste con un tal Ariel o una tal Úrsula.

Cristian abrió los ojos de par en par.

—Definitivamente no eres tú esta noche. ¡¿Qué importancia tiene esa isla, o la condenada agencia de viajes?!

—Es curiosidad, por si no lo sabes, aunque estoy segura de que sí lo sabes, mis padres estaban de paseo en ese mismo lugar cuando yo tuve mi accidente.

—Claro que lo sé, pero tu supuesta curiosidad es tan falsa cuanto ese supuesto accidente.

—Me importa un rábano si me crees o no.

—Olvídate del pasado, quieres. Empecemos otra vez, te juro que te haré feliz si regresas conmigo.

—Yo ya soy feliz, Cristian.

—Sí, por eso estás revolviendo todas esas cosas del pasado —retrucó.

—No estoy revolviendo nada, quiero conocer esa isla, es todo.

—Dudo que puedas, si quieres vacacionar ve a otro lado, y de preferencia sin tu novio, no vaya a ser que sufras un nuevo accidente.

Me contuve de darle un puñetazo, y eso que tenía muchas, pero muchas ganas. Apretando los puños me aparté de él.

—Dejé a Ana... —comenzó a decir en voz muy baja—, supongo que en el fondo siempre supe que esto terminaría así, por eso es que nunca me deshice del departamento. Dejé la casa esta mañana, ya no lo aguantaba más. Te amo, quiero que lo sepas.

Manoteé mis cosas del sillón. Por lo visto verla con su vestido de novia le había dado mala suerte, ¿o ese final ya estaba predicho desde el principio de



su relación con ella? Fuera como fuese, nunca fui del tipo que se regodea con las desgracias ajenas, ni siquiera de las que les suceden a quienes me lastimaron. En todo el tiempo que llevaba de conocer a Cristian solamente lo había visto así de mal en una ocasión: cuando su madre murió al poco tiempo de que nosotros empezáramos a salir, saberse huérfano, incluso siendo un adulto, fue un gran golpe para él, se había quedado solo, sin familia. Ahora estaba solo otra vez.

—Déjalo —me pidió otra vez antes de que yo saliera de su departamento.

Sin decir una palabra, abrí la puerta y salí.

La cabeza me daba vueltas, no sabía qué pensar. ¿Dónde había ido a parar el maldito libro, de dónde había salido la agencia de viajes? ¿Por qué Cristian había dejado a Ana? ¿Sería verdad que lo había hecho, y de ser así, era cierto que todavía trabajaba con ella?

Regresé a casa con muchas más preguntas de con las que había salido.

Me estaba metiendo dentro del pijama, por segunda vez en la noche, cuando el teléfono empezó a sonar. Si fuese Vicente me llamaría al celular —me dije a mi misma, de hecho, ya sabía que no era Vicente quien llamaba.

—Soy yo, Cristian, en mis planes para esta noche, no había ninguna discusión. Discúlpame, me comporté como un idiota desde el primer momento. Debí contártelo todo el día que te pedí que canceláramos la boda. Ni te imaginas cuanto me arrepiento de haber hecho eso; estoy dispuesto a corregir mi error. Llámame. Olvídate de la isla, olvídate de tu novio. Si quieres, podemos irnos a un lugar en el que nadie nos encuentre jamás. Solos tú y yo. Piénsalo y llámame, estaré esperando tu llamado.

Nunca me gustaron los domingos, siempre tuvieron un regusto amargo y algo deprimente. Desde que estaba con Vicente, los domingos solían ser los días más felices, ya que eran los únicos días en los que teníamos todo el tiempo del mundo para estar juntos. Ahora que Vicente se encontraba de viaje, los domingos volvían a ser tristes.

Con una taza de café en las manos, me senté a la mesa de la cocina, extendí la sección de viajes delante de mí, y comencé a buscar una agencia de viajes cuya dirección estuviese en la calle que buscaba.

Pasé cuarenta minutos repasando cada centímetro cuadrado de las hojas del diario. Quedé con los dedos entintados, y no encontré ninguna dirección.

Me senté frente a mi computadora, la cual usaba poco y nada, abrí el explorador y busqué la agencia por Internet: hora y media más tarde seguía sin

encontrar nada, no hice más que dar vueltas sin sentido por sitios que nada tenían que ver.

Subí las piernas a la silla y me abrasé las rodillas.

—Como no lo pensé antes —me dije a mí misma. Tipeé el nombre de la isla y... nada, no figuraba ni el en Google Earth, por lo visto, Ariel realmente quería mantener en secreto su pequeño territorio. Ni un solo sitio, ni una sola referencia a la isla.

Luego tipeé el nombre de Ariel, otra vez: nada de utilidad. Hasta ahora no había hecho más que seguir pistas que no me llevaban a ninguna parte.

El resto del día pasó lento y aburrido. Vicente no llamó y se suponía que yo no debía preocuparme por eso.

Esa noche, como todas las noches, tuve pesadillas. Las nuevas versiones fueron un tanto diferentes, es decir, el entorno en que se desarrolló la misma acción de siempre: yo tratando de escapar de los demonios que me seguían, cambió. Corría por una playa bañada de un mar azul turquesa. La arena era blanca y esponjosa, esta última característica me complicaba la huída. Me agotaba, el sol ardía sobre mi cabeza y mis hombros desnudos. A los demonios parecía no importarles en lo absoluto el hecho de que nos rodeaba el agua.

...

Sé que voy a arrepentirme de esto —me dije a mi misma asomándome hacia delante, para espiar el por el parabrisas delantero, el edificio delante del cual acababa de estacionar. El cine al que solía venir con Cristian no se hallaba a más de unos veinte metros más adelante. En la cuadra, había otros dos edificios además de éste, el resto eran comercios, restaurantes y dos bancos. Si realmente era como había dicho: que la agencia estaba en la misma cuadra, no resultaría tan difícil encontrarla.

Consulté la hora en mi reloj, tenía al menos media hora para buscar el lugar antes de dar vuelta la manzana, atravesar cinco cuadras y llegar al trabajo. Inspirando hondo, puse el freno de mano, agarré mi cartera y me bajé.

Delante del primer edificio al que me dirigí, había un hombre con cara de dormido, lavando la vereda, con manguera y escoba.

—Disculpe. Buenos días.

—Buenos días —me contestó el encargado cerrando la manguera para no salpicarme con el agua.

—Sabe usted si en este edificio hay o hubo alguna vez una agencia de viajes.

No recuerdo el nombre, sé que era por esta cuadra, me la recomendaron y me gustaría encontrarla —mentí con mi mejor cara de póquer.

—No, aquí no señorita, tengo entendido que en ese edificio de allí —señaló una entrada de granito gris con sus dedos manchados de nicotina, que daba justo de frente, con un puesto de flores todavía cerrado—, funcionó una, por un tiempo; no sé si todavía continúan allí. En ese edificio la gente que alquila las oficinas cambia constantemente. Se la pasan los días entrando y sacando muebles, cajas y computadoras.

—Es usted muy amable, que tenga buen día.

—Buen día para usted también—. Me deseó y ni bien di un paso, recogió la manguera. Oí el chorro de agua golpear las baldosas.

Mientras caminaba el par de metros que me separaba del otro edificio, una mujer llegó al puesto de flores y se dispuso a abrir los candados que mantenían las puertas placas de metal, cerradas. En cuanto la primera hoja estuvo abierta, una ráfaga de perfume me envolvió. No identifiqué el aroma, sí registré unos vivos narcisos casi dorarlos brillando a la luz del sol.

La entrada era de granito gris, y acero. Muy moderna, llena de cristales y espejos, iluminada por luces blancas que le daban aspecto de quirófano. No había una sola planta ni nada que lo hiciese acogedor. En el hall había unos sillones de cuero negro y caño cuyo aspecto no invitaba a sentarse en ellos.

Llegué hasta la puerta después de remontar dos escalones. El hombre de traje que gobernaba el espacio, por detrás de un escritorio de cristal y acero movió una mano sobre el escritorio. La cerradura eléctrica de la puerta se abrió.

Empujé la puerta y entré en el edificio.

El aire limpio y puro, y en extremo frío, me golpeó en la nariz y se me metió en lo profundo de las fosas nasales provocándome un dolor similar al que le da a uno sobre la frente cuando come o bebe algo exageradamente frío. En fin, el aire no era lo único frío, el ambiente olía a nuevo de un modo casi inhumano.

La puerta se cerró sola detrás de mí.

Me llamó la atención que siendo un edificio de oficinas, no hubiese un solo cartel indicador de esos que ponen en que piso está cada empresa y demás. Quizá fuese por eso que comentó el portero del edificio de al lado: que los inquilinos de las oficinas no duraban mucho.

—Buenos días. En qué puedo ayudarla.

—Buenos días —me dio un escalofrío, realmente helaba aquí dentro—, quisiera saber... estoy buscando una agencia de viajes, que según creo,

funcionaba aquí hace un par de meses.

El hombre se quedó mirándome sin parpadear.

—Me la recomendaron pero no supieron darme bien la dirección; usted tiene idea si aquí funcionaba una agencia de viajes o... —el hombre me cortó en seco.

—Un momento, por favor—. Apartó su rostro de mí y tomó el auricular del teléfono que tenía a su derecha. Marcó un número de tres dígitos y al instante comenzó a hablar. No pude oír una palabra de lo que dijo, tanto es así que me dio la sensación de que simplemente fingía averiguar algo, solamente moviendo los labios simulando hablar con alguien. Me sentí tonta.

—Tome asiento, por favor —entonó al colgar—. Enseguida estarán con usted. Me alejé del escritorio pero no me senté. Me quedé parada observando todo lo que me rodeaba, lo cual no era mucho, sin embargo el aspecto de ese poco, decía demasiado. Todo tenía una apariencia tan transitoria, tan poco aferrada a nada, tan impersonal.

Un teléfono sonó. Involuntariamente me di vuelta, el hombre de traje ya había atendido. Volvió a hablar en voz muy baja y luego me miró.

—La señorita Berel la atenderá ahora, puede usted pasar; por cualquiera de los ascensores, segundo piso, el corredor a su derecha.

—Gracias —le dije moviéndome hacia la larga fila ascensores sin siquiera saber si me estaba mandado a la agencia de viajes o a dónde. Había tres vacíos parados sobre el corredor, me subí al primero y apreté el botón del segundo piso. Las puertas se cerraron. Mi reflejo se develó ante mí, sobre la puerta tapizada de espejo. Prácticamente no tardé nada en llegar. Las puertas se abrieron otra vez, menos mal, yo no era claustrofobia, pero nos nervios comenzaban a hacer mella en mí. Mi cuota de invento de mentiras ya se había terminado, ¿qué demonios iba a decir?

A mi derecha había una única puerta, de cristal con delgadas líneas blancas pintadas en sentido horizontal que se iban afinando cada vez más hacia la parte alta de la misma.

Por entre las líneas divisé a una muchacha sentada detrás de un escritorio, en una especie de recepción en la cual no había nada más que ella, el escritorio, una lámpara de pie muy moderna y dos sillones de un blanco impoluto.

La chica alzó la mirada y sonrió, me hizo señas de que entrara.

Esto no pararía una agencia de viaje, en las agencias de viajes suelen haber posters con fotos de lugares paradisíacos a los que viajar, incluso publicidades de líneas aéreas y hoteles y cruceros. Aquí no había nada de eso.

—Buenos días —me saludó con voz de niña. Me dio la impresión de que no debía tener más de dieciséis años, probablemente era efecto de su voz. Su rostro evidenciaba juventud casi risueña e inocente también, y al mismo tiempo no tanto como el tono que salía de sus labios; por contrapartida sus ojos me taladraban con intensidad y seguridad.

—Buenos días.

La chica se puso de pie. Su cuerpo era diminuto y delgado. Llevaba puesta una blusa blanca que no lograba esconder debajo del sobrante de tela, la extrema flacura de sus brazos. Por debajo de la falda de volados gris, asomaban un par de piernas que parecían a punto de quebrarse. Estaba subida a un par de zapatos de tacos que también amenazaban con partirse de lo finitos que eran.

—La señorita Berel la recibirá ahora, acompáñeme por favor.

Sin permitirme meter bocado, la chica me guió por un corredor, llamó a una pesada puerta de cristal que debía tener casi dos centímetros de espesor y sin esperar una respuesta de adentro, abrió la puerta para mí. Yo creí que no podría con ella, pero se las arregló perfectamente bien para apartar de mi camino el pesado bloque de vidrio.

No hice más que poner un pie dentro de la oficina, para que la mujer que se encontraba detrás del escritorio, se pusiera de pie. Rodeó la pieza de mobiliario y me tendió una mano.

—Soy Berel, mucho gusto.

—Eliza Pérsico.

—Me han dicho que está buscando una agencia de viajes que funcionaba aquí.

—¿Funcionaba?

—Sí, lo lamento, se mudaron hace un tiempo. Gusta tomar asiento —con una mano acarició el aire por delante de la silla que estaba al otro lado del escritorio—, quizá yo pueda ayudarle.

—¿Es usted agente de viajes?

Se rió mientras se sentaba.

—No, me temo que no. Yo administro este edificio.

—Ah, entonces quizá sepa dónde se mudaron—. Al menos me quedaba una esperanza.

Frunció la boca.

—No, no lo sé, lo lamento.

¿Cómo pretendía ayudarme entonces?

—Hasta lo que yo sé, la agencia que funcionaba aquí, organizaba viajes muy exclusivos. ¿Quién se la recomendó?

—Un amigo —respondí tímidamente.

—Y su amigo había viajado con la compañía, ¿a dónde?

—A una isla.

—¡Qué suerte la de su amigo! Yo llevo tanto tiempo sin tomarme unas buenas vacaciones; una eternidad —suspiró e hizo una pausa—. Debía ser una isla privada, ¿o me equivoco? Ya le digo, los viajes que armaban en esa agencia eran muy exclusivos, y costosos también. ¿Cómo se llamaba la isla? Quizá pueda buscarla para ir allí algún día, si es que usted o yo volvemos a encontrar esa agencia alguna vez —rió.

—Doinel —articulé procurando pronunciar bien el nombre.

—Jamás a oí nombrar, por lo visto es extremadamente exclusiva. ¿Dónde queda?

—En el Caribe, sobre le mar Caribe.

—Nunca la vi en ningún mapa.

—Es que no está en la mayoría de los mapas —expliqué medio a regañadientes.

—¿Y cómo supo usted de ella? —curioseó inclinándose sobre el escritorio, su larga cabellera castaña le cayó desde el hombro, resbalando por el frente de la camisa de raso gris que llevaba. Entrelazó los dedos, en la mano izquierda, en el dedo del corazón, llevaba un enorme anillo de ópalo, la piedra estaba labrada con formas que no pude distinguir. Como si hubiese notado hacia dónde apunta mi mirada, movió las manos apartándolas de mi vista. Me miró, se quedó esperando, había algo en sus ojos, ansiedad tal vez. Alzó las cejas y sonrió.

Tragué en seco. Por qué me hacia tantas preguntas, acaso estaba aburrida y no tenía con quien hablar.

—La encontré por casualidad en un mapa.

—Pero ha dicho usted que no figura en los mapas. ¿Tiene usted el mapa?

Se me hizo un nudo en el estomago.

—¿Tiene el mapa? —insistió.

—No, lo perdí —solté. Su insistencia no era normal, sus preguntas tampoco lo eran.

—Qué pena.

—Sí, es una pena—. Me puse de pie. Esto no estaba bien, podía sentirlo. No era paranoia, no estaba bien.

—¿Ya se va?

—Quizá deba buscar la agencia por otra parte.

—Dudo que la encuentre —soltó fulminándome con la mirada—. Dudo que la encuentres... Eliza.

El corazón se me disparó. No me había equivocado, esa mujer no era una mujer común y corriente

—¿Quién es usted? —pregunté retrocediendo de espaldas hacia la puerta.

—Es posible que me hayas oído nombrar, mi nombre es Úrsula. Es un placer conocerte al fin. Tu madre me habló tanto de ti.

Las piernas se me ablandaron.

—¿Qué significa esto, por qué...

—¿Quién te contó sobre este lugar?, ¿cómo llegaste aquí? —inquirió de mal modo, masticando cada palabra con furia. Sus ojos brillaban.

—¿Quién le da órdenes? ¿Es Ariel, no es cierto, es él?

—¿Quién te contó de este lugar? ¿Fue tu madre?

—No —solté de inmediato y casi sin pensar, para protegerla.

—Si sabes lo que te conviene, no regresarás aquí, no le contarás a nadie de este lugar, y creo que entiendes perfectamente bien de a qué me refiero con eso de “a nadie”.

—¿Vicente no sabe que ustedes están aquí?

—No voy a discutir esto contigo querida. Si le cuentas una sola palabra de todo esto, volverás a verme, y la próxima vez que me veas, no voy a comportarme tan bien. Pierdo los estribos con facilidad, puedo parecer amable pero soy demasiado temperamental, lo cual es un riesgo para cualquier humano.

—Quiero hablar con Ariel.

—¿A sí? Y para qué.

—¿Quiero saber por qué envió a mis padres a esa isla?

—Porque tú los pusiste en peligro con tu actitud, eso los envió allí, de otro modo no habría habido necesidad. Fue una molestia que tuvimos que tomarnos por tu culpa. No reclames, quizá de no ser por nosotros, por Ariel, tus queridos padres estarían muertos. ¿Algo más?

—Sí, necesito saber quién... —me corté, todavía no comprendo muy bien porqué.

—¿Qué es lo que necesitas saber?

—¿Tú le conseguiste esos pasajes a mi... ¿Ariel sabía quién era yo cuando se los vendió? Ya sabía que yo, es decir... Vicente... —¿todo el asunto de mi viaje de luna de miel había sido una trampa para llegar a dónde llegó todo? Pero cómo lo habían logrado y sobre todo para qué, si ahora... Mi cabeza se

convirtió en una coctelera de pensamientos.

—Permite que te haga una humilde sugerencia: no armes un escándalo de esto, ¿sí? Vete por donde viniste y no regreses, y si deseas ahorrarte un mal trago, no intentes discutir esto con Vicente, y por sobre todo, no vuelvas siquiera a insinuar que deseas hablar con Ariel. Créeme, tú no querías hablar con él, y mucho menos de esto.

El aire pasó de puro a viciado, con un vaho imposible de respirar.

Me alejé de ella sin darle la espalda hasta que me llevé por delante la puerta.

—Dale mis saludos a Cristian cuando lo vuelvas a ver.

—¿Qué?!

—Era broma, ni se te ocurra decirle que me has visto.

No dije nada, di media vuelta y salí de allí a toda velocidad. No paré hasta que estuve dentro de la camioneta. Arranqué el motor y salí quemando llantas, casi choco con un colectivo.

## 19. Entierro prematuro.

—Eliza, teléfono —me llamó Susana alzando el aparato por encima de su cabeza.

Era media tarde, las horas pasaban lentas y las dudas y temores me carcomían. Y Vicente que ni llamaba ni contestaba su celular.

—Si es por mí, no te preocupes, ve a atender, hoy llevaré esto solo —me dijo Sufár en cuanto giré la cabeza otra vez en su dirección—. Ve tranquila, Susana me cobrará.

—Gracias.

—No tienes por qué agradecerme, es lo menos que puedo hacer por ti, después de tantas molestias y algún que otro mal momento, que te he hecho pasar.

—No hay rencores señor Sufár, ya se lo dije, lo que pasó está en el pasado.

—Me alegro, en cuanto tenga más novedades te las haré saber; confía en mí, esto va viento en popa. Vete despidiendo de este lugar, en menos de un año habrás dado un gran salto, ya lo verás, no podrás reconocerte a ti misma.

—No sé si quiero eso —repliqué en un intento de sonrisa.

—Lo digo en el buen sentido. Ahora ve a contestar.

Le agradecí otra vez y fui a atender, él se quedó remoloneando entre los frascos de trufas y las latas de caviar.

—Es Cristian —me cuchicheó Susana en cuanto llegué al mostrador—. Le expliqué que estabas ocupada, no sabía si querías atenderlo o no; insistió



tanto... se lo nota alterado... nervioso, creo que no está nada bien. ¿Sabes qué le pasa? ¿Por qué te llama?

—Lo vi el sábado en la noche, se separó de su esposa.

Susana revoleó los ojos y se alejó.

—¿Cristian? —pregunté después de soltar el botón de espera del teléfono. No estaba segura de si continuaba al otro lado de la línea.

—¡Eliza, gracias a Dios!

—¿Estás bien?

—No lo sé, creo que me estoy volviendo loco, este es mi castigo por haberte hecho lo que te hice, me lo merezco y ahora estoy enloqueciendo.

—Vamos Cristian, no digas eso, exageraras.

—No, no exagero, Eliza. Es lo justo supongo, no debiera quejarme.

—¿Dónde estás? ¿En el trabajo?

—No, no quise ir a la oficina, no es buena idea. No puedo ir allí.

—Cristian, tienes que resolver tus asuntos con Ana, si llamaste para insistir en lo del sábado déjame decirte que...

—El libro —soltó interrumpiéndome.

—¿El atlas?

—Ya no lo tengo, lo tenía en la biblioteca con los otros libros y ya no está allí.

—Sí, eso ya me lo explicaste la otra noche. Ya no importa.

—Sí, sí importa. El condenado libro importa.

—¿Estás en tu departamento? —no lo parecía, más bien sonaba a que estaba en un lugar al aire libre, o bien podía estar cerca de una ventana abierta, la calle en la que él vivía tenía mucho tránsito.

—No, he visto cosas allí —explicó con voz temblorosa. La última sílaba se extinguió en su garganta—. Cosas...

—¿Cosas? ¿Qué cosas?—. Esto iba de mal en peor.

—Oscuridad, voces... Cosas extrañas —añadió y se largó a llorar.

Un manto frío me cubrió la piel. ¿Podían ser ellos? Pero por qué.

—¿Cristian, dime dónde estás?, iré a buscarte y te llevaré a tu departamento para que descanses; tienes que tranquilizarte.

—No, no quiero regresar allí. ¡No pienso regresar allí, ese lugar está maldito!

—Bien —articulé lentamente intentando asimilar sus palabras, sin duda algo muy malo sucedía, algo anormal—, entonces te llevaré a mi departamento, te lo prometo, todo va a estar bien, confía en mí, todo estará bien.

Lloriqueó histérico.

—¡No, no va a estar bien, no va a estar bien!

—Dime dónde estás —sin querer alcé la voz. Susana notó mi tono de alarma y me miró con las cejas en alto—. Cristian dime dónde estás, por favor.

—No sé, no lo sé —lloró.

—¿Estás a pie o con el auto? Dime qué ves a tu alrededor, quédate quieto y dime que vez a tu alrededor. ¿Estás cerca de tu departamento?

—Todo es oscuridad.

La línea chisporroteó y se entrecortó.

—¿Cristian...? —no contestó, en la comunicación ya no hacía ruido, pero él tampoco hablaba. —¿Cristian? —nada. No podía permitir que hiciese una locura y sonaba a estar propenso a cometer una estupidez—. Si quieres regresar conmigo tienes que decirme dónde estás —mentí para detener lo que fuese que le estuviese dando vueltas por la cabeza.

Nada.

—¿Cristian?—. Mi corazón palpitaba enloquecido. A la mente me vino la historia de Mauro. Ellos estaban metidos en esto, lo presentía; oscuridad, voces... eso mismo me había sucedido a mí. Como me arrepentía de haberlo llamado para pedirle el condenado atlas. Esto debía ser una revancha por mi visita a esa oficina, Úrsula se desquitaba, pero por qué tan pronto, si yo ni siquiera había hablado con nadie.

—Lo lamento —susurró—, lo lamento tanto, ha sido toda culpa mía.

Casi me caigo al suelo cuando escuché el frenazo, las gomas chirriando, el golpe y por último un grito, que sin ninguna duda salió de su boca. La comunicación se cortó. El teléfono se me escurrió de los dedos y se estrelló contra el piso. Me dieron arcadas.

—Por Dios —los ojos se me empañaron. Esto no podía estar sucediendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Susana con cara de pánico abandonando a los clientes.

—Creo que tuvo un accidente o... o... —tartamudee—, no sé, puede haber cometido una locura. Cristian...

—¿Cómo sabes, qué pasó?

—No estaba bien, no estaba bien y yo lo ignoré.

—Pero qué pasó —dio la vuelta al mostrador y recogió el teléfono.

Qué hago, qué hago —me pregunté a mis misma. No sabía por dónde empezar, tenía que encontrarlo pero no tenía ni la menor idea de dónde podía estar.

—Colgó —dijo Susana posando el teléfono otra vez sobre su base después de llevárselo al oído. ¿Discutieron? ¿Eliza?

—¿Puedes cubrirme? Tendrás que cerrar tú, tengo que buscarlo.

—Pero...

—Te llamo en cuanto sepa algo —manoteé mi cartera y mi abrigo y salí corriendo.

Tiré todo sobre el asiento y encendí el motor. Rebusqué en mi cartera en procura de mi celular y en cuanto lo encontré marqué el número de mi mamá.

—Soy yo —le grité al teléfono.

—Quieres dejarme sorda —rezongó mi madre.

—No tengo tiempo para discutir, creo que Cristian tuvo un accidente, necesito que me digas cuales son y cómo llego a los hospitales que queden más cerca de casa.

—Pero qué... ¿Cristian? ¿Cómo sabes? ¿Dónde estás? ¿Cómo es qué...?

—¡Mamá, por favor! No tengo tiempo. Te dije que creo que tuvo un accidente.

—¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente?

—En la calle, no estoy segura, estaba hablando con él y... —no podía pronunciarlo, imaginar ese momento en mi mente me daba nauseas.

—¿Chocó con el auto?

—No, creo que no estaba en el auto, me parece que estaba a pie.

—¿Lo atropellaron?!

—Creo que sí.

—¡Por Dios y la virgen! Pobre Cristian.

—Mamá, necesito que te concentres, estoy en la puerta del trabajo, necesito que me digas cómo llego a los hospitales que estén más cerca de casa.

—¿Cristian estaba por su casa cuando sucedió, no estaba trabajando?

—No, mamá, no había ido a trabajar—. Cristian vivía por el mismo barrio de mi infancia, no tenía la seguridad que no estuviese en cualquier otra parte, pero por algún lado tenía que empezar. Me costó bástate calmar a mi madre, cuando lo logré, me explicó cómo llegar a los tres hospitales que quedaban por la zona y yo tomé nota mentalmente.

Fui a cada una de las tres áreas de emergencias y él no estaba en ninguna de ellas, para cerciorarme de que el accidente no había sido por el barrio, pedí que me diesen las direcciones de las comisarías de la zona. Nadie tenía noticias de Cristian.

Tres horas más tarde, con la ansiedad a flor de piel y una amargura en la boca que no me dejaba tragar saliva, ayudándome con el GPS de la camioneta, y los datos que me había suministrado mi madre, emprendí el recorrido por el todos los hospitales y comisarías de la ciudad. La burocracia y el desorden me hicieron perder mucho tiempo, y el no encontrar ninguna señal de él por

ninguna parte, me hacía perder las esperanzas, no podía siquiera imaginar que estuviese muerto, como si él no pudiese morir, alguien tan cercano a mí no podía simplemente desaparecer, eso desbalanceaba mi mundo, le cortaba una parte a mi existencia.

—No, lo lamento, no hay nadie ingresado con ese nombre —me contestó la enfermera a cara de perro. Le echó otra mirada a la pantalla de su computadora—. No, no hay nadie.

—No tiene forma de averiguar si está en otro hospital —inquirí clavando los dedos en el mostrador de formica blanca. Todo el lugar olía a desinfectante y a enfermedad. Mi estomago estaba revuelto, las sienes me latían y mi corazón no hallaba paz.

—¿Está segura de que tuvo un accidente?, usted dijo que estaba al teléfono. Por qué no intenta llamar a su amigo otra vez.

—Ya lo intenté, no contesta.

—¿No se habrá peleado usted con él? A lo mejor él se enojó y no quiere contestarle.

—Señora, sé lo que insinúa, pero le digo que oí una frenada.

—Bueno, bueno, no se moleste. Espere un momento, ya le averiguo si hay alguna forma de saber dónde está—. La mujer se levantó de su silla, la cual se quedó girando, y se metió por una puerta, a lo que parecía una oficina. Tardó un buen rato en regresar, tanto es que creí que se había olvidado de mí.

—Una de las doctoras de emergencias que va en las ambulancias ha llamó a un par compañeros suyos —dijo cuando apareció otra vez por la misma puerta por la que se había ido. Tomó un papel del mostrador y anotó algo—. Dice que a la hora en la que usted hace referencia que el accidente sucedió, hubo un pedido de ambulancia, ella iba en camino pero otra ambulancia estaba más cerca y al final ellos desistieron de la emergencia. El accidentado era un joven de entre unos veinticinco y treinta años, lo llevaron a este hospital —me pasó un papel con un nombre y un número de teléfono—. No hay seguridad de que sea él.

Con las manos temblorosas tomé el papel.

—No puedo decirle más, ella no sabía ninguna otra cosa.

—Muchísimas gracias, es usted un ángel, es la primera persona en seis horas, que me da al menos una punta de por dónde seguir.

—No hay porqué, espero que sea tu amigo y que esté bien.

—Gracias, muchas gracias —comencé a alejarme—, agradézcale a esa doctora por mí. Gracias, a las dos —di media vuelta y salí corriendo.

Las tres recepcionistas estaban colgadas del teléfono. La sala de espera estaba llena de gente. Algunos heridos leves, personas con cara de dolor. Médicos que iban y venían. Alguna que otra ambulancia pasó con la sirena encendida. Una mujer del servicio de limpieza se puso a fregar el piso, intentado quitar una laguna de algo de aspecto muy desagradable. Aparté la mirada y me concentré otra vez en las tres mujeres que no dejaban de parlotear, una de ellas, finalmente colgó.

—Dígame, qué puedo hacer por usted.

Me colgué del mostrador.

—Buenas noches, creo que un amigo mío fue traído aquí luego de tener un accidente esta tarde, fue alrededor de las cuatro. Su nombre es Cristian Zafrón.

—¿Un amigo.

—Óigame, él no tiene parientes... Su esposa, ella no debe tener ni idea, pero yo tampoco sé como ponerme en contacto con ella. Creo que lo atropellaron mientras estábamos hablando por teléfono. Por favor, puede decirme si él fue traído a este hospital o no. Se lo ruego, llevo horas buscándolo.

Dio un largo parpadeó de intolerancia demostrando una destreza absoluta en materia de resguardarse del dolor ajeno. La coraza que la separaba del mundo exterior debía ser bien dura y resistente.

—¿Cuál era el nombre de su amigo?

—Cristian, Cristian Zafrón—. Le deletreé el apellido, por las dudas.

Mientras la mujer buscaba tecleando en su computadora como una posesa, me aparté del mostrador y eché un vistazo a mi alrededor. Algo, al final del corredor que daba a lo que parecían ser consultorios, me llamó la atención. Había un hombre parado en la oscuridad. Los consultorios ya no debían atender a esta hora y el lugar estaba desierto, a no ser por ese hombre vestido con traje oscuro. Mis piernas emprendieron camino solas, a paso lento, pero seguro. Pasé por delante de la mujer que limpiaba el piso, por delante de los enfermos y accidentados. El hombre de rostro indescriptible no dejaba de mirarme, sus ojos estaban fijos en los míos.

—¿Buscas a alguien? —me preguntó una voz picara y femenina.

Úrsula se plantó delante de mí frenando mi avance.

—Te he hecho una pregunta. ¿Buscas a alguien?

—¿Qué haces tú aquí?

—Adivina—. Contestó y sonrió.

—¿Qué le hicieron? —gruñí apretando los puños. Apenas si podía

contenerme. Me sentí a punto de estallar. Las lágrimas iban a saltarme de los ojos de un momento a otro. Busqué al hombre por encima de su hombro, él ya no estaba allí.

—Lo lamento.

—¿Qué dices?

—Señorita —llamaron—. Señorita—. No me percaté de que era a mí a que llamaban.

—Creo que la mujer de recepción ha encontrado algo para ti.

Di media vuelta.

—Señorita... —la mujer estaba de pie.

Un doctor de ropas celestes y guardapolvo blanco apareció por un corredor lateral, él y la mujer que me había estado llamando cruzaron una mirada.

—Es usted quién ha preguntado por Cristian Zafrón —quiso saber el médico.

—Sí, soy yo, soy amiga de Cristian.

—Acompañeme por favor.

Me di vuelta para increpar a Úrsula, ella ya no estaba detrás de mí, literalmente se había esfumado. Me quedé zozobrando.

—Por aquí, por favor —insistió el médico.

Lo seguí en silencio.

—¿Conoce usted a algún familiar del señor Zafrón?, si es así, sería correcto que se ponga en contacto con ellos.

—¿Por qué?

Nos detuvimos frente a una puerta.

—Lo siento mucho, su estado es crítico. Necesitamos operarlo pero está demasiado débil. Tenemos que esperar al menos setenta y dos horas, si mejora lo operaremos.

El mundo empezó a caerse a pedazos.

—¿Qué?

—Su amigo se lanzó al tráfico de una avenida, había un policía a unos pocos metros de allí, lo vio. Al instante llamó una ambulancia, pero no hay mucho que podamos hacer por él—. Abrió la puerta—. Una cosa más —dijo reteniéndome—. ¿Es usted Eliza?

—Sí, yo soy Eliza, por qué.

—La ha estado llamando. Tiene breves periodos de conciencia, y en esos momentos la llama, pero no estoy seguro de que comprenda dónde está o qué le ha sucedido.

—Debería buscar a su esposa pero no conozco su número. Tengo el número de

la empresa para la que trabaja, quizá desde allí puedan contactarla a ella, debe haber al menos alguien de seguridad—. Le pasé el número de teléfono del trabajo de Cristian, todavía me lo acordaba de memoria, y luego le expliqué que Ana, su esposa, era la hija del dueño.

El médico se fue con los datos conseguidos, dejándome sola a las puertas de la habitación, por la cual se colaban pitidos y zumbidos de los aparatos, a los que luego comprobé, tenía conectado Cristian.

Estaba irreconocible con su cuerpo vendado, magullado, hinchado. Tenía los ojos cerrados y su pecho se movía desacompañado. Verlo así... no pude evitarlo, me puse a llorar.

Dicen que cuando uno está por morir, toda tu vida pasa frente a tus ojos, pero cuando alguien cercano a ti, o que fue cercano a ti en una parte importante de tu vida muere, los recuerdos de tu vida con él, también pasan por delante de tus ojos. Ahí parada, viéndolo tendido y sin vida en aquella cama de hospital, rodeado de médicos y enfermeras, vi recuerdos que creía olvidados, momentos que ya no recordaba, situaciones, risas, momentos tranquilos, cenas, caminatas, incluso discusiones, algunas muy tontas, otras muy serias. Recordé el día que nos comprometimos, el día que buscamos un lugar al que irnos de luna de miel, el día que me dejó, el día que lo vi en la casa de vestidos de novias, el día que lo conocí, la mirada que tenía en sus ojos el sábado por la noche. Lo recordé todo, hasta el último detalle. Todo.

Con pasos lentos, me acerqué a la cama. De no ser por los sonidos de los aparatos todo habría sido silencio.

Todavía no podía creer lo que veía. Me paré a su lado y lo contemple, la luz de un lámpara de noche, adosada a la pared, le iluminaba el rostro. Sus ojos estaban hinchados, tenía un corte largo y presumo: profundo, el cual iba desde la ceja izquierda y cruzaba toda la frente hasta la cien derecha, quizá siguiese más allá, pero el vendaje que le envolvía la cabeza igual que si fuese un beduino que anda por el desierto, no me permitía ver más. En ambas narinas había rastros de sangre. Llevaba una mascarilla que le suministraba oxígeno y un montón de tubos entraban y salían de las venas de sus brazos. Procuré no prestar demasiada atención a las agujas, la vista se me ponía en blanco cuando las veía. Mis ojos siguieron camino por su brazo derecho hasta su mano. Tenía raspones por toda la piel del brazo y sobre los raspones de costras todavía rojas, brillaban lamparones de un naranja entre verdoso y amarillento, de esa solución de yodo que se usa para desinfectar; sus nudillos estaban pelados y en carne viva, sus dedos descansaban inertes sobre la sábana blanca. Su otro

brazo estaba roto, así como su pierna izquierda, el automóvil que lo atropelló debía haber impactado de ese lado.

Con miedo, y teniendo cuidado de no lastimarlo todavía más, envolví su mano con la mía; estaba apenas tibia. En un principio sus dedos no reaccionaron a mi tacto, pero luego, muy de a poco, noté que se tensaban, los tendones y músculos tironearon de los dedos hasta cerrarlos alrededor de mi mano, casi sin fuerza.

—Cristian... Cristian, soy yo, Eliza. ¿Puedes oírme?

Sus ojos se movieron por debajo de los párpados hincados.

—¿Cristian?

Abrió los ojos, pero no más que una hendidura. Estaban rojos, las pequeñas venitas habían estallado formando desagradables derrames. Sus labios partidos temblaron. Apretó mi mano y luego la soltó. Se deshizo de mí para arrancarse la máscara que le cubría la nariz y la boca.

—No hagas eso.

—Lo siento —dijo en un tono apenas audible. Una lágrima le rodó por la mejilla derecha.

—Deja que te acomode esto otra vez —dije tomando la máscara—, no debes... —mi mano no llegó a destino, Cristian me tomó la muñeca.

—No, tenemos que hablar.

—No es momento para hablar de nada, tienes que conservar tus fuerzas para algo más útil que hablar. Estás muy débil, no malgastes tus energías, utilízalas para recuperarte.

—No me voy a recuperar—. Su voz apenas si llegaba mucho más lejos de sus labios. Yo lo oía porque estaba reclinada sobre él.

Solté la máscara para no obligarlo a forcejear, la reacomodaría sobre su nariz cuando se calmara. Me puso tan mal ver sus ojos así asustados.

—No digas tonterías, claro que te vas a recuperar.

—Sé lo que digo y porqué lo digo.

A pesar de que yo había soltado la máscara, él no me había soltado a mí.

—Tienes que irte... irte lejos, dónde no puedan encontrarte. Tienes que irte lejos y no decirle a nadie. Vete lo antes que puedas. Vete —soltó en un apresurado jadeo que alteró su ya desacompasada respiración—. No debes estar aquí... no deberías haber venido—. Tosió, sus pulmones sonaron a mojado—. Fue mi culpa. Es culpa mía —soltó alterado. Su voz salió entrecortada como si estuviese ahogándose.

—Shh... tienes calmarte. No te ayudará en nada ponerte así.



—Eliza —se colgó de mi muñeca levantando la cabeza de la almohada, intentó erguir el pecho pero soltó un aullido de dolor y volvió a caer sobre la cama liberando mi muñeca.

—Ya, déjame poner esto en su sitio. Si tu doctor ve que estás intentando levantarte...

—No voy a ir a ninguna parte... nunca saldré de aquí. Lo sé.

Hice caso omiso de lo que creí eran desvaríos debido a los sedantes, y demás medicación. Tomé su mano y la acaricié.

—Vas a ponerte bien. Todo se arreglará, ya lo verás.

—La única forma en que todo —tosió-, todo... —le dio otro ataque de tos.

—Voy a llamar a alguien —dije soltándolo, era evidente que tenía problemas para respirar, pero él volvió a agarrarme a mí. Me sorprendió que su mano tuviese tanta fuerza, considerando su aspecto yo no hubiese apostado ni un centavo porque fuese capaz de aplastar un mosquito, pero sin embargo así, sus dedos me apretaban la carne con tanta insistencia que me hacían doler.

—¡Déjalo! ¡Por amor de Dios, Eliza, déjalo! ¡Déjalo! ¡Huye a dónde nadie sepa de ti, donde no puedan encontrarte jamás! Ellos... —su cuerpo se estremeció en una sacudida. Sus ojos cayeron pesados como persianas. Las maquinas se pusieron a chirriar enloquecidas. Empezó a sonar una alarma. En medio de toda esta locura, los dedos de Cristian se clavaron todavía más en mi carne tironeando de mí hacia él. Su cuerpo estaba descontrolado. Con el brazo enyesado se arrancó la máscara de un golpe impreciso y torpe.

—Están por todos lados —gimió—. Todo es oscuridad —agregó con voz acuosa y luego se puso a toser.

—No digas nada más.

Su cuerpo no dejaba de temblar en espasmos horribles.

Grité pidiendo ayuda. Grité tanto y tan fuerte que se me lastimó la garganta.

—Tranquilo, ya vienen —le dije cuando oí que se nos acercaba una correría y gritos entremezclados con ordenes que daba una voz masculina. Le acaricié la cabeza.

Cristian clavó sus ojos rojos en los míos.

—No le creas una palabra de lo que te dice, él es uno de ellos. ¡Es uno de ellos! ¡Es uno de ellos! Vete... déjalo—. Su pecho se estremeció. De sus labios emergió un hilo de sangre, que un segundo después se tornó más caudaloso. Los ojos se le pusieron en blanco. Su cuerpo dejó de temblar. Todos sus músculos se relajaron.

Las maquinas sonaban enloquecidas.

Ya no estaba. Realmente había terminado. Lo sabía, se había terminado.

La tromba de médicos y enfermeras me llevó por delante cuando me estaba apartando de la cama. Mientras todos rodeaban la cama, se ocupaban de los aparatos y hacían cosas que para mí, no parecían tener lógica alguna. Me pegué contra la pared temblando como una hoja.

La habitación era un mundo de gente gritando y sin embargo yo no oía nada, los veía gesticular, hacer, pero no oía nada, era como si estuviese dentro de una burbuja insonorizada.

Me sequé las lágrimas de la cara y salí de la habitación.

Por el pasillo venían corriendo unas enfermeras con un aparato grande y lleno de cables. Me aparté para dejarles paso. Un par de metros más allá, caí sobre una de las tres sillas vacías que había en mitad de corredor gris, frío y esterilizado.

No sé cuanto tiempo pasó, perdí por completo la noción de la hora. Simplemente no supe nada más de nada, hasta que alguien me puso delante de la cara, un vaso plástico que humeaba, un palito de plástico blanco sobresalía del borde.

—Tome. Tenga cuidado, está muy caliente.

Alcé la mirada. El joven doctor que me había guiado hasta el cuarto de Cristian estaba allí. Tomé el vaso que me ofrecía; me quemé los dedos sentía el dolor, pero mi cerebro simplemente no le prestaba atención, estaba ocupado con otras cosas: las palabras pronunciadas por Cristian antes de morir.

—Lo siento mucho se acomodó a mi lado.

—Gracias—. Musité con los ojos fijos en la espuma que flotaba sobre el café.

—Su esposa está en camino, se encontraba fuera de la ciudad cuando nos pusimos en contacto con ella, llegará en un par de horas.

—Es lo mejor.

—¿Tiene idea de por qué lo hizo? La policía ha llegado, quieren hablar con usted pero yo les dije que no se encontraba en condiciones de hablar con nadie.

Mi cerebro llevaba un buen rato dando forma a varias teorías, desde una que se asemejaba demasiado a la historia de Mauro, hasta otras en que la única responsable era yo. Bien, en realidad, fuera como fuese, la única responsable de todo era yo; Cristian no había intentado suicidarse, lo conocí lo suficiente para saber que él jamás haría algo así, y si realmente se había lanzado al tráfico era porque había sido empujado por fuerzas superiores a la razón, a su propio instinto de supervivencia, por fuerzas malignas que habían rondado su

lecho de muerte hasta el último momento.

—No debería haber muerto —fue lo único que logré articular.

—Si sabe algo que los pueda ayudar... si recuerda algo, cualquier detalle, por ínfimo que sea... La policía intenta averiguar qué fue lo que sucedió.

—Cristian no intentó matarse.

—Tengo entendido que algunos testigos vieron como se lanzaba al tránsito, otros dicen que lo vieron hablando por teléfono y que quizá estaba distraído y por eso no se dio cuenta de que el semáforo acababa de cambiar.

Tragué en seco. El vasito de café todavía estaba entre las yemas de mis dedos. El doctor me dio una palmada en el hombro.

—No se preocupe, les diré que necesita más de tiempo—. Se puso de pie—. Porque no llama a alguien, no debería quedarse sola en un momento así. ¿No tiene a quien llamar?

Asentí con la cabeza.

—Bien, hágalo. Todos necesitamos ayuda en momentos como éste, no crea que puede afrontarlo sola, bien, tal vez pueda, pero siempre es mejor si contamos con alguien en quien apoyarnos—. Me sonrió—. No se preocupe, me aseguraré de que no la molesten—. Sonrió más abiertamente y luego se alejó por el corredor. Mis ojos lo siguieron hasta que desapareció por la esquina más próxima, y todo por qué: por su sonrisa, su perfecta sonrisa. A punto estuve de tirarme el café encima.

Me estoy volviendo loca, desconfió de todo el mundo —me dije a mí misma. Y quizá tuviese razón en hacerlo. Las palabras de Cristian seguían afectándome.

Ya no me apetecía beberme el café; lo dejé sobre la silla y me puse la cartera sobre el regazo para buscar el celular; mi primer instinto fue llamar a casa pero en cuanto vi la hora en la pantalla del celular me arrepentí, eran las dos treinta y tres de la madrugada. Mamá debería estar durmiendo, ¿o no? Estaría acaso esperando novedades.

Yo estaba tan desatenta que no llegué a ver si había mensajes y antes de que pudiese hacerlo, el celular empezó a sonar; era Vicente.

—Hola.

—¿Dónde estás?! —me gritó al oído—. ¿Te encuentra bien?, llevo horas intentando contactarme contigo. ¿Por qué no atendías el celular? Te llamé una docena de veces. No estabas en tu casa, ni en la mía. Desapareciste de la nada. No quise llamar a tu madre o a Susana para no preocuparlas... pero por Dios que me tenías con el corazón en la boca. He llegado y tú te habías esfumado.

Empezaba a creer lo peor. ¿Eliza? ¿Eliza, estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

—¿Dónde estás?

—En un hospital.

—En un hospital —rugió—. ¿Qué hospital? ¿Qué te sucedió, te encuentras bien?

—Estoy bien. Cristian tuvo un accidente.

—¿Cristian?

—Falleció.

—¿Qué?

—Lo atropellaron, estaba al teléfono hablando conmigo cuando sucedió.

—¿Qué? —repitió en un tono monocorde.

—Dijo cosas... estaba muy mal. Todo pasó tan rápido. No imaginaba que semejante pudiese suceder. Lo mataron, sé que él no se suicidaría. Fueron ellos, lo obligaron a hacerlo. Lo sé. Se están desquitando por mi causa.

—¿De qué estás hablando?

—Los tuyos. Ellos lo hicieron... esa mujer vino aquí, lo siguió hasta el hospital.

—¿Los míos? ¿Qué mujer? Eliza, de qué estás hablando. Qué significa todo esto, por qué hablabas con Cristian. Qué haces ahí.

—Cristian no tenía a nadie.

—Cristian tenía a su esposa —replicó de mal modo.

—Tú mismo me dijiste que ella no lo quería.

—Olvídate de lo que dije, olvídate de todo. Dime dónde estás, voy a buscarte. No deberías andar sola por ahí a estas horas.

—¿Por qué, crees que quieren matarme? —le solté en tono socarrón. Estaba muy enojada y herida y me desquitaba con él. Vicente no tenía nada que ver con esto, pero los suyos eran responsables de la muerte de Cristian y eso no podía olvidarlo.

—No digas esas cosas, no bromeo... no deberías bromear tú con eso.

—No es broma, ¿la próxima voy a ser yo?

—Eliza, por favor, simplemente dime dónde estás.

—Pregúntale a los tuyos, pregúntale a Ariel, él debe saber perfectamente dónde estoy, esa mujer que trabaja para él estuvo aquí. Ella me amenazó y ahora Cristian está muerto. ¡Por que no vienen de frente por mí! ¡¿Por qué no se dejan de jugar al gato y al ratón?! Dile que venga, dile que vuelva, que voy a enfrentarlo, que quiero una explicación y sobre todo: que voy a partirle la

cara en cuanto lo vea. ¡Ariel mató a Cristian, Vicente! ¡Lo mató! ¿Oíste? ¡Lo mató! ¡Tu padre mató a Cristian!

—¡Silencio! ¡Cierra la boca! ¡Cierra la boca! ¡No tienes ni idea de lo que estás diciendo! ¡¿Te has vuelto loca?! ¡¿Cómo te atreves a levantar una acusación como esa?! ¡No tienes noción de lo que implica hacer algo así! ¡Cállate!

Sus palabras hicieron de todo, menos silenciarme.

—¡No me digas que me calle y ni se te ocurra amenazarme! ¡Son unos asesinos! ¡Lo mataron! No se limitan a comprar almas sino que también matan a su antojo.

—¡Basta!

—¡No! Quiero una explicación, tendrán que darme una explicación.

—Eliza...

No lo dejé terminar. Le corté. El celular no tardó ni tres segundos en volver a sonar.

No me sentía capaz de volver a hablar con él, estaba demasiado enojada y dolida. Arrojé el celular dentro de la cartera busqué las llaves de la camioneta y cuando las encontré, me puse de pie. Ya no tenía nada que hacer allí.

Como una fugitiva, me escabullí por los pasillos intentando ocultar mi rostro debajo de mi cabello. Nadie me detuvo, nadie me reconoció.

En la calle helaba. La noche cerrada oscurecía todo. Una ambulancia con la sirena apagada pero con las luces del techo encendidas dobló hacia la entrada de emergencias, en el interior se veía a un médico de espaldas, trabajar sobre el paciente. Un hombre de seguridad, enfundado en una gruesa campera y con una gorra calada hasta las orejas, iba y venía por el playón de entradas. La valla negra y amarilla bajó cerrando el paso del camino asfaltado por el que había entrado la ambulancia.

Tuve que ponerme a pensar dónde había dejado estacionada la camioneta.

...

—¡¿Quieres matarme de un susto o de un disgusto?! —me espetó en cuanto abrí la puerta de la camioneta luego de estacionar frente a la puerta de mi departamento. Su Mercedes-Benz plateado se encontraba a un automóvil de distancia sobre la misma vereda.

Cerré la puerta y bajé las trabas con el control remoto.

—¿Por qué me cortaste, por qué no contestaste? Te llamé una infinidad de

veces. ¿Tienes idea de la amargura que me has hecho pasar?

No podía ocuparme de él ahora. Rodeé la camioneta y enfilé en dirección a la escalinata del edificio.

—Eliza, habla conmigo. Qué es lo que te sucede esta noche.

Es que no lo comprendía, Cristian había muerto. Me frené en seco, di media vuelta y lo enfrenté.

—Cristian está muerto—. Articulé poniendo en voz alta mis pensamientos.

Se quedó mirándome.

—Está muerto —repetí en voz baja, más para mí, que para él, aún no terminaba de asimilarlo.

—Lo lamento. Siento haberte hablado así, disculpa, pero es que me preocupé tanto, temí que algo malo te hubiese sucedido.

—A mí no me tocaron —dije con la firme intención de hacerle entender que la muerte de Cristian no había sido ni un desgraciado accidente, ni un suicidio.

—Mejor entremos, la calle no es lugar para discutir estos temas.

—Dudo que mi departamento me brinde seguridad alguna.

—Hazme caso, por favor. Entremos. No hace falta que hagas una escena aquí afuera.

—Pasan de las tres de la mañana, quién crees que te verá, y además, qué te preocupa si te ven, nadie sabe lo que eres y dudo que se entienda algo de nuestra conversación si no se tiene registro de que ustedes existan—. Cuando terminé de decir aquello me dieron ganas de morderme la lengua. Vicente se apartó de mí, su rostro se había vuelto duro, sus cejas estaban tensas en un arco, sus ojos cobraron una profundidad insondable que como un agujero negro, parecían devorar todo lo que lo rodeaba, incluida yo; tanto es así que no pude resistir su mirada y terminé clavando los ojos en la vereda de baldosas amarillentas. Me dio un escalofrío, una barrera invisible cayó entre ambos.

Sin que mediara palabra, me agarró del brazo clavándome los dedos entre la carne y el hueso, pesar de que llevaba mucha ropa y abrigo puestos, y a la fuerza (yo dando trompicones —ya que intentaba frenar su avance —y él pasos férreos) me hizo entrar en el hall del edificio, por supuesto, no necesito de las llaves para poder doblegar la cerradura de seguridad. Las luces se encendieron.

—Suéltame, me lastimas —gruñí intentando soltar sus dedos de mi brazo. No logré mover ni uno solo de su sitio. Me detuve en cuanto me fulminó con la mirada—. ¡Que me sueltes!, quién te crees que eres —tironeé de mi brazo y no

pude zafarme de sus dedos, que como las garras de un fiero animal, me tenían sujeta.

Uno de los ascensores estaba abajo, por lo que subimos sin demora. Intenté deshacerme de él pero fue en vano, su mano parecía soldada a mi brazo. Los pedidos de que me soltara tampoco sirvieron de mucho, no me prestaba atención, y tampoco me miraba, me ignoró por completo durante el ascenso de dos pisos.

Sin quitarme la mano de encima, me hizo entrar en mi casa, y solo allí, me soltó.

—¿Crees que esto es lo que soy? —soltó después de azotar la puerta. El estruendo retumbó una y otra vez por el largo corredor—. ¡Quieres que sea esto para que así te sea más sencillo odiarme! ¡¿Es eso?! —rugió—. ¿Quieres odiarme? ¡Pues adelante! Nadie te detendrá. Debías haberme odiado desde el primer día. ¿Quieres echarme la culpa de lo que sucedió? ¡Perfecto! ¡Yo tengo la culpa! ¡Ahora qué: vas a pedirme que me vaya!

Nos quedamos a oscuras y en silencio, él jadeaba, estaba completamente fuera de sí y yo no podía más de la tristeza. Sentía un horrible vacío en el pecho.

Mi única reacción a sus gritos fue ponerme a llorar, bien, creo que sus gritos no eran los únicos responsables de las lágrimas que empezaron a rodarme por el rostro para luego precipitarse desde mi mandíbula hacia el suelo.

Vicente soltó un rugido fuerte y grave que brotó desde lo más profundo de su pecho. Se llevó las manos a la cabeza y se tironeó del cabello en un gesto muy típico de él, que se le escapaba involuntariamente cada vez que estaba nervioso, ansioso o enojado.

—No quiero que te vayas —musité.

Volvió a mirarme, sus ojos ya no estaban vacíos, sino llenos de una variedad de sentimientos que no auguraban nada bueno.

—Siéntate. Siéntate por favor.

Tomé asiento en la vieja poltrona verde de pana que había sido de mi abuela, él se acomodó en el sillón largo, muy cerca de mí. En cuanto estuvo acomodado, estiró un brazo y encendió el velador, la luz prácticamente me dejó ciega por uno o dos segundos. Cuando recuperé la visión, vi que el contestador marcaba que había tres mensajes, los oiría luego. Aparté la mirada de la luz que me lastimaba, me acurrugué contra el respaldo del sillón, subí los pies al almohadón y envolví mis piernas en el abrigo que todavía llevaba puesto. Estaba helada, por dentro y por fuera.

—Sé que estás mal... triste, pero necesito que me cuentes qué fue lo que

sucedió en mi ausencia. Necesito que me lo cuentes todo para poder comprender.

—Ariel podría contártelo todo con lujo de detalle, me figuro que él está al tanto de cosas que yo todavía no he llegado a averiguar... él no quiere que averigüe esas cosas, por eso mató a Cristian.

—Eliza, Ariel no mató a Cristian, Ariel está en Londres.

—¡Lo mató, lo mandó matar, es lo mismo! —me resultó imposible no estallar de furia otra vez—. ¡Esa mujer que trabaja para él me amenazó y ahora Cristian está muerto! ¡Por mi culpa, ¿lo entiendes?, por mi culpa!

Se inclinó sobre mí y me agarró por los hombros.

—Lo que sucedió no tiene nada que ver contigo. Grábate eso en la mente: no tiene nada que ver contigo. Ahora intenta tranquilizarte y cuéntame todo.

Así lo hice, bien, en realidad omití decirle que Cristian, antes de morir, me había pedido que lo dejara, que me había advertido que él mentía. Cuando terminé mi relato, se quedó pensativo, con sus ojos grises fijos en el borde de la mesita del café.

—Todo esto ha sido una artimaña de Ariel, lo presiento, lo sé —terminé afirmando—. El hecho de que yo organizara mi luna de miel en esa isla no fue una coincidencia, puedo haber pensado que lo era... en un principio, pero ya no. ¿No lo entiendes?, esa mujer debe haber comprendido que fue Cristian quién me dijo de la supuesta agencia de viajes, ella me preguntó si había sido mi madre y yo le dije que no, no quedaba nadie más que Cristian que supiera de ese lugar.

—No tienes ni idea de lo que dices —se puso de pie de un salto—. Puede ser que Ariel sepa de tu existencia de mucho antes que nos llegase la orden de comprar tu alma, pero cómo crees que hizo para que tú, con los ojos cerrados, apuntases esa isla. Es ridículo Eliza, Ariel no puede controlar esas cosas. Te repito, no fue más que una coincidencia.

—¿Ariel nunca te contó que nos había aceptado a Cristian y a mí, para que visitásemos su isla?

—No, nunca me lo contó; eso no tiene nada que ver, no es más que un detalle menor.

—Sé que no lo es, no tengo ni idea de cómo logró hacer que yo apuntara justo a ese lugar pero sin duda está detrás de todo esto. Quedó claro que esa maldita isla no figura en la mayoría de los mapas, y ¡oh causalidad, Cristian tenía en su casa un atlas con un mapa en el que sí figuraba! Y lo más sospechoso de todo es que Cristian no tenía ni idea de dónde había salido ese libro, ni a dónde fue



a parar después de que escogimos ese lugar para pasar nuestra luna de miel. Vicente sacudió la cabeza, negando.

—¿Cómo puede ser que no lo veas, que te rehúses a creer?!

—Estás alterada, nada de lo que dices tiene sentido. ¡Ariel te salvó de esos otros demonios! No tiene nada contra ti, te lo digo, no hay razón alguna para que él organizara un plan semejante.

—¿Quieres más pruebas?, tú mismo me las diste: cuando querías convencerme de que te vendiera mi alma claramente expusiste que Cristian no estaba enamorado de Ana y que Ana no lo amaba a él, y no me digas que fue por dinero. ¡Cristian dejó a Ana! Me dijo que él sabía que no funcionaría. Estaba arrepentido de haberse casado con ella. Me pidió que volviera con él. Dijo que todo había sido un error, que lo lamentaba, que me amaba. Dijo que había visto cosas: oscuridad, voces...

Soltó un jadeo.

—Empiezo a entender a dónde quieres llegar —pausa—. ¿Qué habría sucedido si él no hubiese muerto, habrías vuelto con él, es eso, habrías vuelto con él?

—¡No seas ridículo! Simplemente te estoy diciendo que creo que Ariel hizo algo para que Cristian me dejara.

—Si fue así, si Ariel realmente tenía pensado obligar a Cristian a que te dejara, para qué aceptó que ambos planificasen su luna de miel en esa isla. ¡Es ridículo Eliza, nada de esto tiene pies o cabeza!

—Lo tiene para él, estoy segura. Está tramando algo, no sé qué, pero sé que es así.

—Ariel no está tramando nada, esa mujer no mató a Cristian, sí es probable que te siguiera, tú sabes que resultas demasiado tentadora para los míos, pero ella no te tocó, ni tocó a Cristian.

—¡Te digo que él sabía que había algo más detrás de todo esto! ¡Cristian sabía más de lo que dijo, es por eso que lo mataron! —No lo comprendí hasta que no lo pronuncie en voz alta—. Sabía algo más, por eso lo mataron, él era una amenaza para ellos.

—Estás paranoica. No existe ningún complot contra ti, de se así yo ya me habría enterado.

—¿Y qué tal si no, si te lo están ocultando?

—Ariel jamás me ha ocultado nada —replicó ofendido.

—¿Cómo lo sabes?! Puede que te haya ocultado cientos de cosas de las que tú siquiera tienes conciencia. Que te haya usado y te use sin que tú te percatas.

—No voy a permitirte que hables así de él —soltó alzando la voz—, ni de mí.  
—Pero si vas a permitirte gritarme y tildarme de loca.  
—Yo...  
—Deja de defenderlo y admite que todo esto es más que una coincidencia. Cristian está muerto, por amor de Dios, me pidió que volviéramos y ahora está muerto. ¡¿Es que no lo ves?! ¡Cristian podía arruinar sus planes, lo sé!  
—¡No hay ningún maldito plan! ¡No hay ningún maldito plan!  
—¡Vete!—. Realmente necesitaba que se fuera, sabía que de otro modo, conmigo en este estado, terminaríamos en un extremo al que yo no deseaba llegar, porque en realidad, no deseaba separarme de él jamás, pero permanecer a su lado, ahora, resultaría fatal—. Necesito estar sola esta noche... por favor, necesito estar sola.  
Me miró, dio media vuelta y se largó.

...

Empujé la puerta, me eché la capucha del piloto sobre la cabeza y salí. La llovizna caía insistentemente. El cielo era de un gris plomizo. Una densa bruma fría había quedado estancada sobre la tierra, no se veía nada más allá de los doscientos metros. La bruma y las gotas de lluvia provocaron un efecto hipnótico sobre mí, simplemente no podía parar de verlas entre los árboles sombríos y las lápidas. Todo era gris, oscuro, hasta las flores que por ramilletes descansaban sobre las sepulturas, habían perdido su color. Todo parecía muerto, incluso los árboles y el césped, el cual me figuro, en días de sol, debía brillar de verde esmeralda. Susana llegó hasta mí, resguardándose debajo de su paraguas rojo el cual me daba la sensación de que ya no desentonaba tanto como antes, la tela estaba descolorida, o quizá simplemente fuese mi imaginación, por estos días mi ánimo se arrastraba al ras del suelo.  
—¿Estás bien? —no esperó mi respuesta—. No deberíamos haber venido, tú y yo sabemos que ya no hay nada aquí, él no está aquí.  
—Lo sé —musité sin poder quitar la vista del brumoso horizonte de lápidas—; es que necesitaba venir.  
Susana cerró la puerta.  
—Es por allí —indicó señalando hacia el otro lado de la camioneta  
Me di vuelta, en el otro extremo de la siguiente manzana, había un grupo de gente concentrándose. No eran muchas personas, lo cual me facilitó identificar, incluso distancia de por medio, a Ana, enfundada en un sobretodo negro,

acurrucada debajo del paraguas negro que alguien sostenía para ella.

Con Susana nos echamos a andar, atravesamos la calle pavimentada en la que había quedado estacionada mi camioneta y otros autos, para luego pisar sobre el pasto húmedo y la tierra blanda. Todavía no habíamos llegado al lugar en el que estaba la fosa y el cajón, cuando un par de amigos de Cristian se acercaron para saludarme.

Por suerte, Ana no me miró. Me aterraba lo que fuese a suceder, si es que me reconocía. Para evitarles a todos un mal momento, le pedí a Susana que nos mantuviésemos alejadas del grupo que se había acomodado alrededor del cajón y del sacerdote.

Alguien se acercó a mí por mi izquierda y se detuvo a mi lado. Reconocí los pasos de ese alguien, y su perfume cuando se paró junto a mí, por lo cual no me hizo falta alzar la cabeza para saber que era él.

Susana se asomó por delante de mí y saludó a Vicente moviendo la cabeza pero sin pronunciar palabra. Poco a poco, disimuladamente, se fue alejando de nosotros dos, dejándome al resguardo del enorme paraguas que él sostenía.

—Te dije que no hacía falta que vinieras.

—Sí, te oí las cinco veces que me lo dijiste, pero no pensaba dejarte sola.

Nos miramos.

—Hablé con Ariel esta mañana —comenzó a decir en voz muy baja—, me confesó que ya sabía de ti desde antes de que me ordenara ir tras tu alma, pero me aseguró que cuando los aceptó a Cristian a ti, para que visitaran su isla, no tenía ni la menor idea de que un día nuestros caminos se cruzarían—. Hizo una pausa, el sacerdote continuaba hablando—. No tiene nada que ver con esto, nada que ver, no está al tanto de qué es lo que sucedió con Cristian, pero me prometió que investigaría, si Úrsula o alguien, más cruzó la línea, lo averiguará.

Lo miré con incredulidad.

—Es cierto, me ha dado su palabra de que no tenía ni la menor idea de que un día debería comprar tu alma. No fue una trampa, ni un complot, fue una simple casualidad; él también se sorprendió. Tú le agradas, es por eso que te ayudó y que se llevó a tus padres cuando las cosas se pusieron feas. Me dijo que en cuanto regrese de Europa hablará contigo en persona para explicarte todo. Lo siente mucho y te manda su más sentido pésame.

Bajé la mirada.

—Se comprometió a investigar. Si alguno de los nuestros está detrás de esto, lo pagará.

Me encogí debajo de mi abrigo, estaba helando. Vicente extendió un brazo y lo pasó por alrededor de mis hombros.

—Lo siento, sabes que lo lamento, sé que él no era una mala persona... no debería haber muerto, no era su hora —me apretó contra él y yo me dejé guiar, lo necesitaba y su calor resultaba reconfortante—, es un entierro prematuro. No deberíamos estar aquí hoy.

Mi mano izquierda buscó la suya. Alcé la mirada y fijé mis ojos en los suyos.

—Prométeme que averiguarás quién lo hizo.

—Te lo prometo, hallaré al responsable y lo haré pagar por esto. La culpa de los míos, es en parte mi culpa... si un día decides que ya no puedes soportar lo que soy, o lo que atraigo, solamente dímelo, y me iré; no discutiré tu decisión, porque sé perfectamente, que es lo mejor para ti, pero lamentablemente, yo no puedo tomar esa decisión por mí mismo... incluso siendo testigo del daño que te he causado y del que te sigo causando, no soy capaz de dar un paso a un lado —alzó su mano izquierda y la posó sobre mi mejilla—. No podría vivir sin ti, pero al mismo tiempo me tortura la certeza de que hago mal en emperrarme en permanecer a tu lado. Ni una eternidad en el purgatorio será suficiente para pagar lo errado y egoísta de mis actos.

Le tapé la boca con mis dedos, no podía ni quería escucharlo decir esas cosas.

—Vamos, salgamos de aquí.

Llamé a Susana y nos fuimos.

## 20. Ética demoníaca.

Es extraño, cuanto la vida puede cambiarte y cambiar. Te miras al espejo y ves la misma imagen de siempre, sin embargo ya no te reconoces.

Mi vida también estaba irreconocible, el mundo en que vivo está irreconocible.

El entierro de Cristian fue hace poco más de dos semanas, dos semanas que pasaron volando. Vicente aún no encuentra a Úrsula, Ariel le dijo que presumiblemente salió del país sin dejar dicho a donde iba, cosa que ha provocado un gran malestar dentro de su comunidad, por lo visto, los demonios deben cumplir con ciertas normas y obligaciones que ella infringió y desoyó.

Del otro hombre que vi en el pasillo oscuro, no hay novedades, no soy capaz de describirlo y nadie tiene conocimiento de que Úrsula estuviese trabajando con o para alguien más, que no fuese Ariel.

Lucas llamó ayer, me contó que Ariel se puso hecho una furia cuando Vicente le contó por teléfono lo sucedido, también mencionó que está algo molesto con lo que pasó con Salvador, pero como es su superior, no ha podido hacer mucho más que quejarse ante los otros demonios superiores; según me explicó, no se supone que yo debiera andar por ahí, encontrándome con demonios que revelan su identidad, incluso estando con Vicente, los demás deberían cuidarse o abstenerse de decirme quiénes o qué son. También comentó que Ariel no se siente muy feliz con que Vicente me haya presentado a Gaspar y los suyos, no está muy al tanto de las razones que generan esto, pero me explicó que Ariel no siente la menor simpatía por Gaspar y el resto de su familia; según lo que pude entender de la corta charla que tuvo al respecto con Ariel, sucedió algo que involucra a Vicente y a Gaspar y su clan, lo que provocó una enemistad y un resentimiento que perdura hasta estos días.

El único detalle que quedaba pendiente era aquel integrante del sexo femenino del clan, que yo todavía no conocía, el que convirtió a Vicente en lo que es hoy. Nadie ha querido contarme nada sobre Eva, ni su propio padre, ni Vicente. Ella es un punto oscuro en la historia, y posiblemente, el recelo de Ariel lo genere ella, no lo sé.

Ya no sé qué pensar, es difícil sacar conclusiones cuando te mantienen al margen de la historia, y más aún, cuando no has sido testigo directo de ella. De lo único que estoy segura, es que hay mucho que desconozco y que debería conocer para comprender lo que sucede a mi alrededor.

Lucas dijo que Ariel tiene planeado regresar a Buenos Aires en un par de días, lo malo es que él pidió quedarse un poco más en Europa, cree que un par de semanas viajando solo, le caerán muy bien. Me confesó que me extraña; que todavía necesita un poco más de tiempo (supongo que el suficiente para ya no extrañarme). Por mi parte me limité a asegurarle que por acá todo mejoraría, que aprovechara el viaje, que lo disfrutara al máximo, si bien en realidad tenía ganas de pedirle que se subiese a un avión en este mismo instante.

En la conversación no ahondamos demasiado sobre ningún tema serio o profundo, intuyo por las cosas que dijo, y el modo en que las dijo, que cada vez está más convencido de que no hago bien en permanecer junto a Vicente. Sé que no es por celos, sino porque intenta protegerme, por eso mismo todavía no regresa.

No comprendo por qué todo tiene que ser tan complicado.

—Ahí llegó Vicente —Susana señaló en dirección a la calle, con la cabeza.

Alcé la mirada para verlo salir de su automóvil.

—Qué puntualidad —comentó con una sonrisa al tiempo que tomaba su abrigo. Vicente atravesó la vereda pero se frenó ante la puerta, al ver que Susana me acompañaba (de otro modo la hubiese abierto). Lo saludé con la mano, Susana hizo lo mismo. Tomé mi bolso y apagué las luces. El local quedó apenas iluminado por la luz que entraba de la calle.

—Buenas noches —nos saludó a ambas.

Nosotras le devolvimos el saludo, yo con un beso, Susana con un tono ameno (desde la muerte de Cristian ella se esforzaba realmente por ser más amistosa con Vicente).

—Es tu último mes de soltería, ¿qué tal lo llevas? —le preguntó él para entablar conversación. Los dos se esforzaban sólo por mí. Yo era consciente de que a Vicente le costaba mucho estar en presencia de Susana por razones obvias.

—Creo que voy a enviudar antes de contraer matrimonio. El novio se pone cada día más insoportable. ¿Pueden creer que aún no decidimos a dónde vamos a ir de luna de miel?

—Me alegra oír eso —contestó Vicente.

Las dos lo miramos.

—Bueno, eso es algo que se deba festejar.

Vicente me agarró de la mano; me sonreía con dulzura.

—Lo sé, lo sé —me dijo a mí dándome un apretón y luego se volvió en dirección a Susana—. Bien, todavía no lo consulté con Eliza pero no creo que le moleste; hace unas semanas ella me comentó que todavía no tenías organizada tu luna de miel y me tomé la libertad de planear algo para ti y tu futuro esposo.

—¿Qué hiciste qué? —solté yo.

—Como regalo de bodas, ¿si es que no te molesta? —la pregunta fue dirigida a Susana no a mí. Ella se quedó dura de sorpresa.

—Me llamaron hace cinco minutos para confirmarme que tenían lugar. Es un pequeño pueblito en el sur de Francia. Un lugar encantador, muy privado y romántico. Perfecto para una luna de miel. Dos semanas, todo a nuestra cuenta.

—No sé qué decir. No deberías haberte molestado... los dos, digo, no necesitaban tomarse semejante molestia. Es... es demasiado.

—No te preocupes, yo no tenía ni idea de nada —solté yo.

—¿Qué me dices, aceptas?

—Me parece que es demasiado.

—No, por supuesto que no, eres buena amiga de Eliza —al decir esto me dio otro cariñoso apretón en la mano—, te lo mereces.

Yo me había quedado tan boquiabierta como Susana, así y todo le sonreí a ella para ayudarla a aceptar, era un regalo estupendo, de eso no cabía duda.

—Bueno... gracias. Gracias a los dos.

—No hay porqué. Me alegra mucho que lo aceptes. Solamente me resta desearles que tenga buen viaje.

—Sebas no va a poder creerlo cuando se lo cuente.

—Lo creará en cuanto tenga los papeles del viaje en sus manos. Te los haré llegar con Eliza en estos días.

—Gracias otra vez.

—No hay por qué, ahora tendrás que disculparme, pero tengo que llevarme a Eliza.

—Sí, claro, por supuesto.

Nos despedimos y cada quien tomó su camino.

—Tengo que hablar con Gaspar —me dijo en cuanto estuvimos dentro del automóvil—, me llamó antes de que estacionara, puede recibirme ahora, si quieres venir conmigo... nos invitó a cenar, sino no deseas venir puedo llevarte a tu casa.

—Me encantaría volver a ver a Gaspar y a los suyos. ¿De qué tienes que hablar con él?

—De más de un asunto. No te preocupes, su familia te hará compañía mientras nosotros hablamos.

—Claro, no hay problema, a mi me agrada la idea de volver a verlos, con el pasar de los días había perdido las esperanzas de volver a verlos.

—Entonces vamos—. Encendió el motor y puso primera.

—Qué fue eso de ahí —dije apuntado hacia la vereda con la cabeza—. Lo del viaje de luna de miel.

Vicente me sonrió tímidamente.

—Nosotros iremos luego, en cuando puedas tomarte vacaciones. Ese es el lugar del que te hablé.

—Del que no me hablaste, querrás decir.

—Eso mismo—. Sonrió—. Espero que no te moleste que vayan ellos primero.

—Admito que va a ser un poco extraño.

—No te preocupes, el pueblo es el mismo, pero a ellos les reservé una habitación en un hotel muy bonito, nosotros iremos a un lugar que no admite turistas. Nosotros nos alojaremos en mi casa.

—¿Tienes una casa en Francia?

—La compré hace un tiempo, la tenía un poco abandonada, llevo casi un año remodelándola. Con un poco de suerte en un par de meses estará terminada y podremos viajar y quedarnos allí todo el tiempo que gustes.

—Suenan estupendo—. Mejor que eso: idílico.

Había visitado aquel lugar en una sola ocasión, a pesar de eso, tanto el camino, los jardines, como la casa, me resultaban agradablemente familiares. Esta vez llegamos sin hacer tanta ostentación. No nos recibió una comitiva de motos a mitad de camino, ni salió toda la familia a recibirnos.

Las luces de la casa se hallaban encendidas. Se notaba que había movimiento dentro, pero una única figura atravesó la gran puerta para darnos la bienvenida.

Gaspar esperó frente al gran ventanal que daba al living, mientras Vicente estacionaba junto a las cocheras.

El motor enmudeció. Me desabroché el cinturón de seguridad.

—Bienvenida—. Gaspar abrió la puerta del automóvil para que yo pudiese salir.

—Gracias por invitarme, es un placer volver.

—El placer es nuestro. La familia entera se había quedado con ganas de conversar contigo un poco más. Esta noche tendrán su oportunidad.

Lo dijo en un tono amable sin embargo a mí me sonó a que me interrogarían, no comprendía por qué estaban tan entusiasmados por hablar conmigo, yo no tenía mucho que decir, era una simple humana, en cambio eran ellos los que seguro llevaban vidas emocionantes, los que debían tener cientos de historias y anécdotas que contar. Es más, mi plan era intentar obtener la mayor cantidad de información posible de ellos, mientras Vicente se mantenía ocupado hablando con Gaspar.

Una moto apareció rugiendo por detrás de nosotros. El empuje del motor hacía vibrar el aire nocturno. El conductor estacionó la moto muy cerca de Vicente; cuando quitó la llave del encendido la noche enmudeció. Por el cabello rubio que ondeaba detrás de la espalda de la campera de cuero, deduje que era Sofía. No me equivoqué.

—¡Me ganaron! —Exclamó con una sonrisa mirándonos a Vicente y a mí por turnos, luego se acercó a Vicente y le dio un abrazo—. Cuanto me alegra que hayan vuelto tan pronto—. Apretó a Vicente por los hombros—. Creí que pasarían cinco años antes de que volvieras a enseñar tu rostro por aquí. ¡Esto



si que es un milagro!—. Soltó a Vicente, rodeó el automóvil por la parte trasera y vino a abrazarme a mí. Sus brazos me estrujaron, evidentemente las mujeres demonio tenían tanta fuerza cuanto los hombres—. Tenemos tanto de que hablar.

—No te preocupes, Sofía. No permitiremos que se nos escapen, mi intención es convencer a Vicente de que aquí es bien recibido. Las puertas de nuestra casa están abiertas para ambos siempre que sientan deseos de visitarnos.

Sofía me agarró de la mano, su palma ardía.

—Vengan, vamos adentro, el resto de la familia nos espera.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta nos topamos con Diogo, quien por lo visto, acababa de dejar la cocina —entre las manos llevaba un repasador de color rojo intenso—. El aire olía a hierbas. La cena había perfumado toda la casa con un exquisito aroma que despertó mi apetito. Además de Diogo, Massimo y Kumiko aparecieron desde distintos puntos de la casa, para saludarnos. Sofía se excusó, quería cambiarse para la cena.

—La comida estará lista en media hora —le advirtió Diogo a Sofía mientras ésta se alejaba por el corredor en penumbras rumbo a su habitación.

—Por qué no aprovechamos para charlar un poco ahora, Vicente —le propuso Gaspar.

Diogo me rodeó con los hombros.

—Buena idea, así luego podremos hacer la sobremesa todos juntos. No se preocupen por Eliza, cuidaré de ella.

—¿No te molesta? —me preguntó Vicente.

—No, para nada. Adelante, ustedes hablen de lo que tengan que hablar, yo me quedaré aquí con Diogo y los demás.

Kumiko me sonrió.

—Bien —articuló no muy convencido—, nos vemos más tarde.

—No te preocupes, no vamos a comérmola —bromeó Massimo—, ahorramos espacio para el cordero que preparó Diogo.

—Massimo, no hagas ese tipo de bromas, Eliza terminará por creer que somos caníbales. Podrías demostrar un poco de educación enseñándole que si bien somos demonios, no somos bestias salvajes.

—Ya sé que no lo son. No te preocupes Gaspar, confío en ustedes, sé que jamás me harían daño. De hecho, ustedes son mucho más normales que otras personas que conozco.

—Se agradece el cumplido —me susurró Massimo al oído inclinando la cabeza sobre mi hombro izquierdo.

—Ven Eliza, necesito que alguien me dé una mano en la cocina. Ustedes dos por qué no se ocupan de terminar de poner la mesa —les dijo a Massimo y a Kumiko.

Seguí a Diogo en dirección a la cocina mientras Vicente y Gaspar se alejaban por el corredor por el que desapareciera Sofía. Massimo y Kumiko se separaron de nosotros al llegar al comedor.

—Bien, en qué puedo ayudarte —le dije a Diogo en cuanto entramos en la cocina. Me dio la impresión, por el despliegue de bandejas y el orden que reinaba sobre las mesadas, que ya tenía todo bajo control. A mi nariz llegó el aroma de la carne asándose en el horno. Por a través de la gruesa puerta de vidrio del segundo horno, divisé una montaña de papas, batatas y zahorias, ya doradas. Las ensaladas estaban listas, incluso el pan descasaba sobre una tabla de madera cubierto por un paño limpio.

—Tengo que lavar y cortar la fruta para el postre.

—Lo que sea. Te tomaste tanto trabajo en preparar la cena que casi me da vergüenza.

—Por favor, no es ninguna molestia. Me agrada mucho tener visitas, sobre todo cuando son personas tan agradables como tú. Ven, dame tus cosas.

Le entregué mi abrigo y mi cartera y él las acomodó sobre una de las sillas de la mesa al otro lado de la amplia mesada que separaba el área de cocina propiamente dicha, del comedor diario y de amplios ventanales.

—Bien —regresó a mí—. Las frutillas están en esta heladera de allí. Los duraznos y las bananas están allí arriba —indicó. Yo giré y los vi en la esquina posterior de la mesada dentro de un lindo cuenco de madera de vetas marrón verdoso y amarillas—. ¿Quieres tomar esas cosas?, yo buscaré unas tablas de cortar unos cuchillos.

—Por supuesto.

Abrí la heladera y encontré las frutillas dentro de una bolsa plástica, en un estante, justo delante de mis ojos, en el medio de una infinidad de alimentos. La heladera estaba tan cargada de cosas, que la luz quedaba completamente tapada detrás de torres de envases, botellas y frascos. Saqué la bolsa y la llevé hasta la mesada en la cual Diogo había dispuesto dos tablas de vidrio de superficie irregular y dos cuchillos cortos y triangulares que daban toda la impresión de tener un filo digno de una espada samurai. Fui por los duraznos y las bananas. Cuando regresé a mi sitio, Diogo lavaba las frutillas. Con una sonrisa me pidió que pelase los duraznos y que los cortara en gajos. Lavé la fruta en la segunda bacha y me dispuse a pelarla sobre la mesada mientras él

quitaba los cabos a las frutillas para luego cortarlas en finas rodajas.

—Tengo que agradecerte a ti también por habernos invitado a ambos a cenar, es un placer para mí poder volver a visitarlos. A Vicente no le resulta nada fácil abrirme las puertas de su mundo... ustedes son de gran ayuda en eso.

—Me complace que lo veas de ese modo. No sé si otra persona en tu lugar hubiese pensado lo mismo frente a una invitación nuestra. Supongo que cualquier otro ser humano preferiría no tener nada que ver con los de nuestra especie.

—Eso es porque no los conocen. Lo que ustedes tienen aquí es meritorio para cualquier especie, incluso para la humana. No son muchos los que pueden formar y mantener una familia así de grande y así de unida.

—Quizá en eso tengas razón —me sonrió—. Pero no ha sido, ni es tarea fácil. Los nuestros no nos comprenden ni nos avalan.

—Con más razón.

—Lo ves desde el punto de vista humano, con un razonamiento humano. La verdad es que para ti, incluso para Vicente, tener relación con nuestra familia es buscarse problemas. La mayoría no nos quiere, somos una suerte de marginados del resto de la sociedad. De no ser porque Gaspar es uno de los más antiguos, porque todos somos muy fuertes, y porque para nuestro trabajo, son pocos y elegidos, probablemente ya se habrían deshecho de nosotros.

—Ha de ser por envidia.

—Por envidia provocada por más de una razón, y por incompreensión. El poder engendra muchas enemistades. Me enorgullece decir que mi familia está formada de demonios todos muy particulares en sí mismos. ¿El poder hace la fuerza, no sé si comprendes?

—Creo que empiezo a entenderlo.

—Tener un poder conlleva muchas responsabilidades, y en nuestro mundo, esas responsabilidades suelen ser muy difíciles de sobrellevar si te encuentras solo, es por eso que nosotros nos hemos unido. Demonio o humano, todos necesitamos de ayuda y compañía en nuestras vidas, y lo cierto es que nosotros somos ambas cosas a la vez. Hemos sido humanos, ahora somos demonios —me sonrió—. Es doblemente difícil. Hay cosas que no cambian cuando mudas de humano a demonio. En cualquier caso, siempre es bueno contar con gente que te quiere y te apoya sin importar qué.

—Es cierto, eventualmente todos necesitamos de alguien en quien apoyarnos y de alguien que se apoye en nosotros—. Terminé de pelar el durazno y lo corté en dos separándolo luego del carozo que salió con facilidad gracias a que la

fruta estaba en su punto justo.

—Como Vicente y tú —apostilló tomando otra frutilla.

Sonreí.

—Sí, como Vicente y yo.

—Me alegra mucho ver que por fin encontrara a alguien, llevaba demasiado tiempo solo; y me alegra que ese alguien hayas sido tú. Sé te nota que lo amas, y que él te ama. Sin miedo a equivocarme puedo afirmar que eres exactamente lo que él necesitaba, pero por lo que he oído, han estado teniendo una serie de problemas —dio un lánguido paladeo—, lo que era de esperarse bajo estas condiciones —recogió las láminas de frutilla con la hoja del cuchillo y las acomodó con sumo cuidado en una bandeja de porcelana que había traído para tal efecto, continuando la línea del contorno igual que una guarda de elaborados bordados.

—Sí. No sé cuánto sabes pero... —no me dejó terminar.

—Sé todo, en nuestro mundo hay una cultura del cotilleo que da miedo, los chismes y rumores vuelan —comentó divertido y luego se enserió—. Lamento lo de tu amigo, debe haber supuesto una terrible pérdida para ti.

—Gracias, Cristian fue alguien importante en mí vida y me siento responsable por lo que le pasó.

La angustia se apoderó de mí.

—Eliza.

Alcé los ojos y lo miré.

—Las puertas de nuestra casa estarán siempre abiertas para ti, pero estás segura de lo que haces, creo que quizá no tengas real conciencia de lo que sucede a tu alrededor.

—Bueno, Vicente es algo reacio a contarme lo que sucede a mi alrededor.

—No me refiero a los asuntos intrínsecos de nuestro mundo, sino a lo más cercano a ti: él—. Su mirada llegó a lo más profundo de mi cráneo.

—Tampoco habla demasiado de sí mismo.

—No me sorprende, ese es su carácter y su forma de ser, solitario incluso cuando está acompañado de un centenar de personas. Tiene tendencia a encerrarse en sí mismo.

—Creo que ya experimenté algo de eso —bromeé con un poco de amargura.

—Aún no he tenido tiempo de discutirlo con él, y no estoy seguro de que se haya tomado un momento para conversarlo con Gaspar; pero, qué es lo que esperas tú de esta relación, lo que quiero decir es que así tal y como están las cosas... —ahora fui yo quien lo le permitió terminar la frase.

—¿No tenemos futuro? —aventuré.

—Nunca fui de esos que piensan constantemente en el mañana, en lo que vendrá, para nosotros pensar en la eternidad es un tanto agobiante, de modo que procuramos no hacerlo, es que ustedes los humanos tienen...

—¿Fecha de caducidad?

Sonrió.

—Es un modo de decirlo, sí.

—Me figuro que Vicente le pidió a Gaspar que no discutiera esto con nadie, pero no me puede prohibir a mí contárselo a alguien más, yo soy parte del asunto.

Diogo me miró expectante.

—Vicente no quiere ni oír hablar de esto, sin embargo yo estoy dispuesta en convertirme en lo que ustedes son, en lo que él es, para pasar el resto de la eternidad a su lado.

Diogo mantuvo los ojos abiertos sin parpadear. Su mirada oscura, sus ojos amarillentos quedaron incrustados en los míos. Haciendo acopio de valor, le mantuve la mirada.

—¿Así de comprometida estás con él?

—Supongo que muchos hombres y mujeres en mi lugar, creerían que perdí la cabeza, que no tengo carácter, que no estoy enamorada sino obsesionada, que soy sumisa, que no pienso con claridad ni que soy de tomar decisiones por mí misma... no es nada de eso, sino todo lo contrario. Cuantas personas en mi lugar tendrían el valor y el coraje de abandonarlo todo, de entregarlo todo, de arriesgarse a enfrentar al mismísimo mal en pos de objeto de su afecto—. Se me escapó un suspiro—. Es posible que esté loca. Lo único que sé es que no quiero vivir sin él y que tampoco deseo ser una mujer de sesenta años al lado de un muchacho de veintitantos.

—Eso último no estaría del todo mal, no serías ni la primera ni la última.

—No lo sé... —gruñí por lo bajo—. Sabes algo —alcé la mirada y él me miró; era tan fácil ser sincera con Diogo, algo en él te incitaba a abrirle las puertas de tu corazón—, desde pequeña yo siempre supe que no llegaría a hacerme vieja. Creía que moriría joven o que algo sucedería entre medio, a lo que me refiero es a que... Tal cual están las cosas, temo por lo que pueda sucederle a él, o incluso a mí. Tengo la sensación de que por más que acepte envejecer a su lado mientras él se mantiene igual de joven, igual de saludable... nunca llegaremos a eso. Si cambio toda esta locura se detendrá, ya nadie podrá tocarnos ni separarnos... si yo me convierto en lo que él es

podremos ser felices.

—No es así de fácil.

—Ustedes lo lograron, ustedes tienen una familia—. Nunca esperé que él intentara córtame las alas, es más, si de alguien esperaba apoyo en todo esto, era de él. Gaspar y él era el ejemplo, la imagen, de lo que yo deseaba para mí en el futuro.

—Existen demasiados aspectos que meditar, aspectos que podrían influenciar sobre el futuro si tú cambias, aspectos de los cuales tú no tienes ni la menor idea.

—¿Cómo cuáles? —solté el durazno y dejé el cuchillo posado sobre la tabla de picar, tal como estaba, iba a terminar rebanándome un dedo.

—Como qué tipo de demonio serías, el trabajo que debas hacer o...

—¿O qué?

—Existe la posibilidad de que ya no te interese Vicente cuando cambies, o incluso que él no se interese por ti, o que terminen odiándose o envidiándose mutuamente.

—¿Puede suceder algo así? ¿Por qué?

—Debes disculparme, esa es una respuesta que no puedo ni debo contestar.

—Por qué no—. No contestó—. ¿Por qué no? —insistí.

—Eres muy especial, ya lo sabes, el problema es que no tienes noción hasta qué punto —inclinó la cabeza y me observó—. Supongo que nadie la tenía en un principio.

—¿Cómo?

Enderezó la cabeza y apartó sus ojos de mí.

—No puedo decirte nada más, no tengo derecho a hacerlo —tomó otra frutilla y empezó a cortarla—. Lo creas o no, los demonios tenemos un conjunto de normas morales que rigen nuestro comportamiento y conducta. Tenemos obligaciones y una moral que seguir. Ética demoníaca al fin. Gaspar lo decía enserio, no somos salvajes, no al menos en lo que respecta a la organización de nuestra sociedad, si bien alguno de nuestros métodos... Simplemente debo respetar la autoridad de Vicente sobre ti.

—¿La autoridad de Vicente sobre mí?

—Eres suya —entonó con gravedad.

—¿Suya? —repetí incomoda por el termino, había sonado no a términos amorosos ni nada por el estilo, sino a real posesión, como si yo fuese una posesión material, una cosa que no tiene voluntad, o cuya voluntad no cuenta—. ¿En qué sentido?

—En el amplio espectro de la palabra. Siempre lo has sido, incluso cuando esos demonios salieron a tu caza. Ellos podrían haberte forzado a que les entregases tu alma, el mismísimo Diablo podría haber venido a reclamarla, pero tu alma es y siempre será de Vicente.

—Es decir que de todos modos, cuando muera mi alma irá al Infierno.

—No, no quise decir eso, lo que intento explicarte es que nadie más que él tiene derecho a decidir sobre ti. Tu alma es libre porque así lo quiso Vicente.

—Y si él no lo quiere —empecé a decir—, yo jamás me convertiré en una de ustedes.

Diogo negó con la cabeza y finalmente apartó la mirada para enfocarla otra vez en las frutillas que fileteaba todas del mismo grosor, igual que si su mano y el cuchillo fuesen parte de una maquina de precisión rigurosamente calibrada para efectuar un corte parejo y perfecto.

—Si cualquiera intentase ayudarte, o lograra ayudarte a conseguir lo que quieres, se arriesgaría a someterse a ser castigado. Tal como castigaron a Horacio. Si hay algo que ningún demonio deja pasar, es el castigo que debe imponérsele a quien lo ofendió o atentó en su contra. Incluso si ese demonio que fue victima decide no reaccionar, el resto de nuestra comunidad tiene derecho a hacerlo. Somos muy protectivos con nuestra comunidad, incluso en detrimento de quienes la integran.

—Entonces —esto no sonaría nada bien—, nadie en su sano juicio se atrevería a convertirme en demonio si Vicente no da su visto bueno, ¿es eso?

—Eso mismo.

—Es injusto... que yo no tenga ni voz ni voto.

—Nadie más puede o debe inmiscuirse entre ustedes dos. Yo respeto a Vicente, no diré nada más, no por temor a ser castigado, sino porque él ha de tener sus razones para protegerte de la verdad.

—No debiera protegerme de la verdad; debería ser sincero, es todo.

Continuamos trabajando un par de minutos en silencio hasta que Massimo, Kumiko y Sofia llegaron desde el comedor y se pusieron a ayudarnos, invadiendo la cocina de risas y comentarios ligeros entremezclados con alguna que otra anécdota familiar o de sus vidas como demonios. Por lo que me enteré durante la amena charla, las tres ausencias de las que era victima el clan Salleses, se debían ni más ni menos que a trabajo; Julián, Petra y Leandro llevaban una semana fuera, siguiendo los pasos de un humano muy prometedor —así lo expusieron ellos mismos—. Sofia estaba emocionada con la idea de tener un nuevo integrante en la familia. Kumiko no hizo comentario alguno al

respecto y Massimo estaba demasiado ocupando robándose comida de las bandejas como para decir algo. Si los dedos de Massimo hubiesen sido los míos, sin duda estarían quebrados ahora, Diogo le dio una palmada para impedir que su mano destrozara el espiral de frutas que él había creado sobre la bandeja. Le impidieron comer, de modo que lo siguiente en su lista de tareas era beber, Massimo abrió una botella de vino y sirvió cinco copas que repartió entre los presentes.

—Esa conversación se demora demasiado —comentó Diogo después de echarle una mirada al cordero que continuaba dentro del horno.

—¿Los llamo?

—No hará falta Sofía, ya estamos aquí—. Entonó Gaspar con voz de locutor, avanzando por detrás de Vicente mientras atravesaban la puerta—. Todo huele exquisito.

—Gracias —dijo Diogo—. He tenido algo de ayuda —añadió mirándome.

—No es cierto, yo no hice más que pelar unas cuantas frutas.

—Pero serviste de inspiración —retrucó decidido a no dejarse vencer.

—Me temo que tampoco tengo nada que ver en eso. No soy ninguna musa.

—Eso es discutible —exclamó Gaspar.

Vicente llegó a mí y me abrazó con una sonrisa mansa en los labios. Los demás también se hicieron eco, sonreído.

—¿Todo está bien? —le pregunté en voz muy baja mientras los demás conversaban sobre el menú; parecía que adrede se habían apartado dejándonos espacio.

—Sí, todo está bien —contestó acariciándome el cuello por debajo del cabello que me caía sobre la espalda alborotado.

—¿Eliza, tienes hambre? —Me preguntó Diogo interrumpiendo la sonora conversación que mantenía su familia—. Comeremos cuando tú quieras, el resto no siente apetito de modo que tú eres la prioridad esta noche.

—De hecho sí, me muero de hambre.

—Perfecto, entonces pasen a la mesa —nos dijo a todos—. Gaspar, puedes ayudarme aquí un momento.

—Sí, claro —contestó él compartiendo una mirada de complicidad con su pareja.

Los demás nos fuimos sin rechistar.

—¿De qué hablaron? —le pregunté al oído en cuanto hijos del clan Salleses se alejaron unos cuantos pasos de nosotros, para encargarse de ultimar detalles en la mesa, entre ellos encender las velas y acomodar las bandejas de



ensalada y pan entre la bajilla.

—Gaspar me ayudó a averiguar qué fue lo que sucedió con Cristian y quién está detrás de todo esto.

—¿Y bien?

Me miró en silencio.

—Alguien se encargó de hacer cumplir nuestra ley. Por lo visto tenías razón, al menos en parte. Encontraron a Úrsula, había salido del país, estaban en Europa, en el sur de Italia. Según la investigación de Gaspar, ella iba huyendo, temía ser castigada. Le contó a alguien lo que hizo, ese alguien no la denunció, pero alguien más si lo hizo.

—Un momento, un momento —lo frené—, no entiendo.

—Úrsula le confesó a alguien que ella estaba detrás de la muerte de Cristian, por eso salió del país, ese demonio al que se lo confesó no la entregó, alguien más si lo hizo. Gaspar se entrevistó con el demonio al que Úrsula le contó en un principio lo que había hecho y éste le dijo que estaba seguro de que alguien más lo sabía, puesto a que él no había hablado hasta ahora.

—¿Cómo es eso de que alguien más la entregó? ¿Apareció?

—Suponemos que fue así... ella está muerta. La encontraron esta tarde. Para ser más precisos la encontró al policía italiana al borde de una carretera en un páramo alejado de cualquier punto de civilización. Están investigando las causas de su muerte.

—Pero... ¿murió? ¿Cómo? ¿Quién lo hizo?

—No tengo ni idea de cómo la mataron, y mucho menos: de quién lo hizo. No hay muchas formas de matar a uno de nosotros, es todo muy confuso, no tenemos acceso a toda la información, la policía italiana está de por medio y mantienen el caso bajo secreto de sumario o algo así, de modo que nadie ha tenido acceso todavía al cuerpo— es decir, no saben si la quemaron, pensé yo —, o a la investigación [completó él]; lo que sí sé es que debe haber sido alguien que decidió hacer justicia, Úrsula no tenía derecho, ni ninguna orden para actuar en contra de Cristian, menos que menos, para coaccionar sobre ti.

—¿Qué va a suceder ahora?—. Lo pregunté porque todavía no terminaba de asimilar lo sucedido, me sentí por completo confundida: ¿quién había ajusticiado a Cristian y por qué? ¿Solamente por honor, por proteger la ética demoníaca a la cual supuestamente se apegaban?

—Nada, qué quieres que suceda. Pagó por lo que hizo pero no podemos devolver a Cristian a la vida. Se terminó. Es todo.

—Lo sé, pero qué hay de todo lo demás, ¿del atlas, de la isla?

—No hay nada con eso, ya te he explicado que Ariel no tiene nada que ver.

—Me resulta difícil creer que lo que sucedió fue orquestado por ella sola.

—Por lo visto Úrsula era muy ambiciosa, o al menos eso me comentó Gaspar, es por eso que ella debía querer... —se interrumpió y desvió su mirada gris en dirección a la mesa alrededor de la cual trajinaban los Salleses.

—¿Qué?, qué es lo que ella quería.

—Nada —dio vuelta la cabeza y se apartó de mí. No le permití llegar muy lejos.

En cuanto me vio otra vez a su lado revoleó los ojos.

—Termina de decir lo que ibas a decir —insistí.

—No tiene importancia.

—Entonces no me hará daño oírlo.

Me enfrentó bruscamente. Fue como si el fuego ardiera en su rostro.

—Quedarse contigo, es eso lo que ella quería —se mordió el labio inferior.

No es la única —soltó y se fue a ayudar a Massimo en no sé que cosa.

La noche terminó tarde. La comida estuvo exquisita, la conversación amena. La familia realmente me abrió las puertas de su casa, me trataron igual que si fuese una más, pero se cuidaron de decir o hacer cosas que pusiesen en evidencia su real naturaleza. A simple vista, incluso a oídos de cualquiera, aquella fue una cena completamente normal. Comimos, bebimos y conversamos de lo mismo que puede hablar cualquiera.

Esta vez no hubo anécdotas con tintes sobrenaturales ni referencias a la inmortalidad o a poderes sobrehumanos. Se habló de negocios, de comida, de vinos, incluso de cine, algo de deporte y apenas dos o tres frases de política. Hice mi mejor esfuerzo por disfrutar de la velada, sin embargo la noticia sobre la muerte de Úrsula no se alejaba de mis pensamientos, creí que encontraría paz al saber que el asesinato de Cristian había tenido castigo, me equivocaba, no fue así. La paz, con un poco de suerte, llegaría con el tiempo, si es que algún día dejaba de sentirme culpable. Quizá nunca dejase de sentirme culpable, quizá simplemente debía resignarme a aprender a convivir con la culpa.

Vicente se dio cuenta de que yo no estaba bien, por lo que se comportó de forma más que amorosa conmigo; más que siempre. Estaba para ayudarme, para brindarme su apoyo, para permitirme que yo me apuntalara en él cuantas veces lo necesitara. Al margen de todo, al margen de todos, él, con su presencia, incluso con sus silencios, era la persona que me había hecho, me hacía y sin duda continuaría haciéndome más feliz de lo que nadie había

logrado hacerme antes.

## 21. Susurros en la noche.

Qué silenciosa era la casa de Vicente.

Rodé sobre el colchón recostándome sobre mi lado derecho, acomodé la almohada y flexioné las piernas. El reloj despertador quedó brillando justo delante de mis ojos abiertos de par en par. Lo mío era un desvelo a toda ley. Ya no sentía cansancio ni sueño. Había estado fingiendo dormir para no preocuparlo, pero ya estaba aburrida de quedarme allí tendida, además mi mente acelerada le exigía a mi cuerpo un poco de actividad.

Vicente me abrazó.

—¿Qué te sucede?— preguntó en voz muy baja.

—No puedo dormir.

—¿Sigues pensando en eso?

No fue una pregunta, sino más bien una afirmación, y el “eso” reemplazaba a algo que él ni siquiera quería mencionar. “Eso” era un todo demasiado grande y abarcaba demasiadas cosas, “eso” era la muerte de Cristian, la muerte de Úrsula, la isla de Ariel y el atlas desaparecido.

—Voy a buscarme un vaso de leche —le dije incorporándome.

—No te levantes, yo voy—. Se quitó las mantas de encima.

—No —bajé los pies al piso —está bien, yo voy, necesito...

—Bien, te acompaño —insistió bajando los pies de la cama.

—No hace falta.

—No estás cortando mi sueño, lo sabes. No me molesta acompañarte.

En otras circunstancias le habría pedido de que bajase conmigo, su casa me incomodaba, cada ambiente vacío me resultaba opresivo, sin embargo en este momento necesitaba cinco minutos para permanecer a solas con mis pensamientos.

—Regreso en cinco minutos.

Abrió la boca para pronunciar algo más pero no lo dejó.

—Enseguida regreso<sup>1</sup>. Me paré, le di la espalda y salí de la habitación tan rápido como me fue posible.

La casa se encontraba en penumbras y fría, llena de sombras; demasiado quieta.

Pisando de punta con los pies descalzos sobre el piso frío, llegué a las escaleras. La hermosa lámpara colgaba por el hueco formado entre las

barandas de madera que se retorcían en espirar. Un poco de brillo de la luna entraba por el la vidriera de colores, mi cuerpo proyectó una larga sombra sobre los pocos escalones que me restaba descender para llegar abajo. Puede parecer ridículo, pero con Vicente y su poca (en realidad nula) necesidad de luz artificial para ver en la oscuridad, me había terminado acostumbrando a no encender luz alguna si me levantaba en la mitad de la noche, cuando alguna de mis consabidas pesadillas me despertaba, o me atacaba el insomnio. Quizá sea que se me está pegando más de una de sus características —me dije a mi misma—, es como si ahora yo tampoco necesitara dormir. Bueno, la necesidad no parecía acecharme durante las noches, cuando todos los demás mortales descansaban, en cambio sí se hacía notar de día, cuando a media tarde sentía que mi cuerpo ya no daba para más y lo único que deseaba en el mundo, era una cama en la cual tenderme.

Sin problemas, ya ni a oscuras me perdía en aquella casa, encontré la cocina. No encendí las luces, no hacía falta, el reflejo plateado de la luna entraba por el amplio ventanal que daba al parque. Caminé hasta la heladera, saqué la leche y tomé un vaso de la alacena. Lo llené hasta el borde, guardé la leche en su lugar, y luego, procurando no derramar nada, llevé el vaso hasta el microondas y puse la leche para entibiarla. Apreté el botón de comenzar.

La luz del interior del aparato se encendió y el vaso empezó a girar.

Con la parte posterior de la cintura contra el borde de piedra de la mesada, y los brazos cruzados, eché un vistazo hacia fuera.

—Eliza.

Di un respingo. Apenas si oí el susurro.

La campanilla del microondas me avisó que el tiempo programado había concluido.

Apagué el microondas y me asomé por delante de las alacenas en dirección a la puerta que daba al living. No había nadie.

—¿Vicente?

No contestó.

Debo haberlo imaginado —me dije a mi misma y saqué el vaso del microondas. Mientras mantuve la puerta abierta; la luz del interior del aparato quedó encendida iluminando la cocina, por lo que el gran ventanal se transformó en un gigantesco espejo en el que me vi reflejada.

Las sombras de la noche crearon extraños dibujos en éste. Algo inquieta, cerré la puerta y me acurruqué contra la esquina entre ambos lados de la mesada.

Me llevé el vaso a los labios pero no bebí, la leche estaba demasiado caliente

a pesar de que apenas si lo había puesto treinta segundos.

Con cuidado de no quemarme, llevé el vaso hasta la mesa y me senté en una silla subiendo las piernas. Me abrasé las rodillas y miré hacia fuera. El movimiento de las plantas y los árboles al ser mecidas por el viento resultaba hipnótico.

—Eliza.

Di tal salto que me golpeé las rodillas contra el borde de la mesa. El insulto que lancé a continuación me salió del alma. El vaso se tambaleó y de milagro no cayó, aunque parte de su contenido se volcó sobre la oscura y curtida madera.

Me puse de pie y con el corazón en la boca me volví, esta vez el susurro había provenido justo por detrás de mí. No había nadie allí. Entre la puerta que daba al lateral de la casa y yo, solamente había aire.

Estiré el cuello y me asomé. No vía a nadie. Para asegurarme, di unos pasos temblorosos en dirección a la puerta, pegué la nariz al vidrio y examiné el exterior. Nada.

Por las dudas, comprobé que la puerta estuviese cerrada. Lo estaba. En realidad eso no representaba ninguna garantía.

Un susurro, otra vez por detrás de mí, esta vez incomprensible, pero mucho más largo: una frase completa, que me pareció, fue dicha en otro idioma.

Al girar sobre mis pies comprobé que la fuente emisora de dicho susurro ya no estaba allí.

—¿Quién anda ahí?

No contestaron.

Envalentonándome; no pensaba permitir que me hicieran lo mismo que le habían hecho a Cristian, fuera lo que fuese que le habían hecho, di dos pasos y con ellos llegué a la isla que era corazón y centro de la cocina. Estirándome, descolgué la sartén que me pareció de aspecto más pesado y la blandí cual espada.

En el exacto momento en que estaba separando los labios para preguntar otra vez, quién estaba allí, algo pasó junto a mí; no lo vi, lo sentí, me rozó el lado izquierdo del cuerpo, girando en dirección contraria a las agujas del reloj, por alrededor de la isla. Se me escapó un grito. Una cosa eran unos cuantos susurros, otra cosa muy distinta era tener la certeza de que tenía compañía.

Miré a mi alrededor, mis ojos no captaron nada.

Lentamente, y todavía con la sartén de hierro en alto, y un incomodo cosquilleo en la nuca avancé hacia la puerta del living.

—Vicente —no alcé demasiado la voz, si había alguien allí no deseaba ponerlo en sobre aviso. Esperaba que me oyera.

Un ruidito, como el que podría hacer un ratón, atrajo mi atención en dirección al ventanal.

—¿Quién anda ahí? ¡Malditos cobardes, den la cara de una buena vez! — avancé hacia la enorme placa de cristal. Mi rostro se reflejó en él cuando me encontré a menos de un metro de distancia. Me detuve. Mis ojos recorrieron el parque, desde el garaje, el cerco de lavandas, la extensión de pasto con el fondo de árboles muy por detrás.

Achiné los ojos y procuré aguzar la mirada; definitivamente no tenía la visión nocturna de Vicente, pero me pareció ver que algo se movía en dirección a las hojas de una mata de achiras que en verano se llenaban de flores de un rojo vibrante. Las varas de color verde morado eran incluso más altas que yo, quizá más altas que Vicente también.

Bajando la sartén un poco —era increíblemente pesada —di un paso al frente, ladeé la cabeza y procuré asegurarme de que aquello era nada más que una sombra. No llegué a ver nada, la luna quedó momentáneamente oculta debajo de un jirón de nube. Di otro paso más. Quedé tan cerca del cristal que el frío del exterior que impregnaba el vidrio, me rozó la cara. Seguía sin poder ver. Aparté una de las sillas de la mesa que estaba a mi izquierda, me acerqué más al vidrio y...

El estruendo hizo retumbar la casa por entero, en un sonido opaco y sordo. Algo impactó contra el cristal, el cual cimbró igual que la piel de un tambor. Yo retrocedí de un salto, la sartén voló y cayó Dios sabe dónde, sonando igual que un gong. Me golpeé la cadera contra la silla y al llevarme la silla por delante la mesa se estremeció, pero como era tan pesada y grande, el vaso de leche que aún estaba en pie esperando por ser bebido, resistió una vez más.

—¡Vicente!

Todo sucedió demasiado rápido, en cuanto parpadeé el lado externo del ventanal se había puesto completamente negro, como que si hubiese caído un telón.

El telón onduló al otro lado del ventanal.

Mi respiración se agitó. Me quedé dura, rígida, plantada descalza sobre el suelo. Una sombra deslucida, que no era la mía, apareció del lado de afuera, justo frente a mí. No era más que un contorno negro, de un tinte ligeramente diferente al del resto del fondo. El contorno dejó de ser una sombra. La palma de una mano se apretó contra el cristal, primero de plano, como si esperase

hacer contacto con la mía, luego la palma se fue cerrando hasta que los dedos quedaron perpendiculares al cristal, con las uñas hincadas en la superficie, igual que si quisiera rasgarlo o excavar a través de éste para llegar a mí. Las cinco uñas chirriaron sobre la superficie mientras la mano bajaba. El sonido fue tan agudo que me vi obligada a taparme los oídos.

—Ya basta. ¡Basta! —alcé la vista para ver aparecer una mano, y otra más, y luego otra, hasta que un centenar de manos arañaban el vidrio con furia. A lo único que atiné fue a recoger la sartén que recién caí en cuenta, estaba justo detrás de mí. Tomé envión para lanzarla contra el cristal pero algo, o alguien me frenó.

—No hay fortaleza lo suficientemente resistente, lugar lo suficientemente lejano. No podrás correr... no podrás esconderte eternamente... Tú...

El telón cayó, las manos desaparecieron, la luna volvió a iluminar el parque. Con el corazón palpitándome en los oídos me quedé contemplando mi propio reflejo en el cristal. Alguien había encendido la luz del living, por lo que el ventanal era un espejo otra vez.

—¿Qué...? —Vicente no terminó la frase. Se quedó mirándome, yo todavía tenía empuñada la sartén de hierro.

—Afuera... había alguien, unas manos. Había alguien aquí adentro también. Me habló en susurros.

Ni bien terminé de pronunciar aquellas palabras, enfocó sus ojos hacia fuera. Evidentemente no vio nada que yo no pudiese ver. Sin que mediara palabra, pasó por delante de mí. Junto a la puerta que daba al lateral de la casa estaban las llaves de luz. Encendió las de la cocina (las cuales me enceguecieron), las del corredor lateral, las del frente del garaje y luego las del parque. Sin usar la llave, abrió la puerta y salió.

Soltando la sartén sobre la mesa, fui tras él.

Afuera hacía muchísimo frío. Tuve que echarme una corridita para alcanzarlo, ya estaba andando sobre el pasto del parque cuando llegué a él.

—Estuvieron aquí.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé—. Su frente estaba tan contraída que se le había llenado de arrugas que normalmente no se veían allí. Me tomó de la mano—. Entremos.

Su mano caliente fue un alivio, pero no permití que me arrastrara dentro; él tironeó de mí una vez más, al ver que yo no me movía desistió sin soltarme. Sus cejas se crisparon en una mueca de angustia.

—Diogo me explicó que eres el único que puede disponer sobre mí alma —

me mordí los labios, esto no se detendría, es más, empeoraría; teníamos que arriesgarnos antes de que no tuviésemos más oportunidad de hacerlo—. Hazlo. Sé que si tú no lo haces nadie más lo hará. Quiero ser como tú, quiero que esta locura termine, quiero ya no tener que preocuparme por las vidas de aquellos a los que amo, y con ello te incluyo a ti. Hazlo, permite que le entregue mi alma al Diablo a cambio de nada.

Su mano me soltó en un estallido seco.

—Hazlo ahora —rogué.

En respuesta dio un paso atrás.

—Un día te dije que si intentabas cambiar, no volverías a verme. Los sostengo.

No me pude contener.

—¿Pero qué te pasa, estás ciego, no ves lo que está pasando?!



—No, eres tú la que no lo ve —me gritó en respuesta—. Quieres darles exactamente lo que ellos desean de ti y yo no pienso darles el gusto, ¿lo entiendes? ¡No voy a darles lo que quieren! ¡Por eso insisten, por eso intentan asustarte, para presionarte, para hacer que te rindas! ¡Cuánto más lo desees, más ánimos les das para seguir e insistir! ¡Quieren que seas uno de nosotros! ¡A ellos no les preocupa en lo más mínimo lo que suceda contigo o conmigo una vez que te entregues, siempre y cuando puedan controlarte, pero a mí sí! ¡Yo no quiero verte convertida en uno de nosotros! No quiero verte siendo como yo o algo peor que yo —añadió en voz baja luego de berrear todo lo anterior—. Por eso me opongo, y por eso me opondré hasta el último segundo de mi vida—. Dio un paso hacia mí— No permitas que te convenzan, no los escuches —me tomó la cabeza por debajo de la mandíbula—. Escúchame a mí, ese cambio no sería bueno ni para ti, ni para mí.

¿Era cierto? ¿Había caído en una trampa? Si era así, si ellos se me acercaban cada vez más porque mi deseo de cambiar era cada vez mayor, entonces definitivamente, la única responsable de la muerte de Cristian, de la locura de la cocina y de todo lo demás, era yo... había sido siempre yo. Yo lo deseaba, por eso ellos estaban aquí y me rondaban. Pero cómo evitar querer cambiar si la mera idea de tener una fecha de caducidad para mi relación con Vicente me ponía los pelos de punta. No quería morir, no quería separarme nunca de él, ni siquiera después de la muerte. Si moríamos, debíamos ir los dos al mismo lugar, y dadas como estaban las cosas, yo iría a parar a un lugar y él a otro.

—Es tu elección.

—No me eches semejante responsabilidad sobre los hombros... no me hagas eso —jadeé, la presión sobre mi pecho se sintió peor que nunca tanto es así que me costaba respirar.

—Es lamentable pero es así. Es tu elección.

—Entonces... sea como sea... esto está... ¿Destinado a no funcionar?

Se me aflojaron las piernas; escucharlo dicho con mis propias palabras, con mi voz fue... ni siquiera puedo describirlo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté.

—Lo que quieras; haré lo que me digas que haga, tanto me guste como si no. Es tu vida.

Me estiré hacia él y lo abracé. Continuaba siendo mi elección.

...

La vida te musita cosas al oído, cosas que a veces no oyes, susurros que se lleva el viento, que se funden en los tenues sonidos de la noche. Ves cosas que no te gustan, cosas que te sorprenden. Tu vida cambia en un segundo, un segundo lo tienes todo, o crees que lo tienes, y al siguiente te percatas de que estas solo, colgando sobre una profunda garganta que amenaza con devorarte. Si bien el cambio es constante, las cosas suelen no cambiar lo suficiente salvo que las fuerces y la perspectiva de forzar esas mismas cosas, no es nada halagüeña. Insistir... no dejar de intentar...

Había hecho mi apuesta meses atrás y continuaba sosteniéndola. Cantaron tantas veces otros números que no eran el mío, pero ni me importó ni me importaría, aunque saliese en último, algún día saldría; podía esperar, quería esperar; cualquier cosa menos darme por vencida, cualquier cosa menos renunciar a él.

Quizá, después de todo, sí muriese joven.

Susana soltó un grito de emoción a ver la limusina que se apeó del cordón.

Todas sus amigas y primas gritaron con ella. A mí, se me escapó una carcajada. Esta era mi primera despedida de soltera, no era la mía, por supuesto, sino la de alguien más, por lo cual, resultaba divertida. A la pobre de Susana le habían puesto un disfraz de conejita, con cola y todo, el cual llevaba semi cubierto debajo de una gruesa campera de abrigo. La puerta de la limusina se abrió. Una de las primas de Susana, la que según noté yo, había desaparecido quince minutos atrás, salió del largo vehículo cargando una enorme botella de champagne en una mano (parte de mi contribución a la fiesta) y un par de copas en la otra. La música brotó en un estruendo desde el interior del vehículo junto con ella. Todas gritaron otra vez alzando los brazos. Las chicas se repartieron las copas mientras Valeria, la prima de Susana peleaba con los alambres que mantenían el corcho en su sitio. Al ver que no podía, le pedí que me pasara la botella. En cuanto el corchó salió volando por el aire nocturno, todas se pusieron a gritar eufóricas otra vez. Estaban descontroladas.

Serví las primeras copas y comenzaron a beber. Entre gritos y exclamaciones y cánticos especialmente concebidos en honor a la novia, se metieron todas dentro de la limusina. Susana y yo fuimos las últimas en subir.

Adentro hacía un calor sofocante. La calefacción estaba al máximo lo que tornaba el aire espeso e irrespirable; la música era ensordecedora y los asientos olían a perfume barato mezclado con el aroma natural del cuero y el olor del alcohol.

La primera botella se evaporó en menos de un minuto; abrimos la segunda y una tercera. La cuarta y la quinta emergieron en cuanto las organizadoras de la despedida de soltera, anunciaron nuestro destino: un club nocturno en las afueras de la ciudad. “El Infierno”, se llamaba.

La cola para entrar iba desde mitad de cuadra hasta la esquina. El clima de la noche estaba en pleno apogeo, la emoción y excitación se palpaban en el aire.

La mayor parte de los hombres y mujeres que formaban la fila de entrada, se voltearon para ver nuestra limusina llegar. Detrás de los vidrios oscuros estábamos simplemente nosotras, no había ninguna estrella de cine, ningún roquero en camino de ascenso a la fama; no éramos más que unas cuantas chicas celebrando una despedida de soltera. Unas cuantas chicas que por el intermedio de un amigo, de una amiga, de una conocida de una de las primas de Susana, tenían sus nombres impresos en la lista de invitados para la fiesta de esa noche.

El chofer tuvo el cuidado estacionar el vehículo en el exacto lugar en el que comenzaba la alfombra roja que atravesaba la vereda hasta la entrada de doble hoja de espejo oscuro, todo por debajo de un techo de lona negra y separada del resto de los mortales por un cordón rojo sostenido de pilares plateados.

Las chicas enloquecieron en gritos otra vez, sacaron celulares y cámaras de fotos. El destello de los flashes terminó de cerrar la ilusión.

La prima de Susana, la que había conseguido el contacto con quien gerenciaba el local, fue la primera en pisar la alfombra roja, para luego obligar a Susana a bajar. Por a través de la puerta abierta, mientras las otras chicas bajaban, me percaté de los rostros curiosos que nos escrutan expectantes, seguramente intentado hacer memoria par ver si recordaban nuestras caras de alguna revista o de algún programa de televisión.

Fui la última en bajar. Me incomodó soberanamente que todo el mundo nos mirara.

Fue aquella misma parienta de Susana, la que asomándome por la ventanilla del conductor, acordó con el chofer la hora en que debía recogernos para luego acercarse a quien custodiaba la entrada del lugar, con una lista en la mano.

La chica que debía darnos el visto bueno para entrar, tenía el aspecto de esas jóvenes que dan toda la impresión de no haber probado bocado en años. Debía tener nuestra edad, pero así tan menuda y delgada parecía una preadolescente.

Le dio nuestros nombres y la chica fue asintiendo a cada uno, con la nariz fruncida y la frente arrugada. Estábamos en el tope de la lista; no se si eso

significaba algo, pero sé que no tardamos ni quince segundos en empezar a caminar por la alfombra roja.

Las chicas siguieron sacando fotos, cantando y gritando mientras avanzaban.

Nos abrieron ambas hojas de la puerta de entrada, por lo que ingresamos todas en malón.

La música nos golpeó de frente.

El lugar era inmenso. En el centro había una enorme pista que dominaba el espacio, a los lados había dos pistas más pequeñas y una barra a cada lado, por encima de las barras en una especie de andamios, en forma de una gran “U” que recorría los lados y el fondo del local, se hallaban los reservados, con mesas y sillones que balconeaban hacia la gente que bailaba entre los flashes blancos que iban al compás de la música y los demás efectos lumínicos que sutilmente y en brevísimos lapsos, iluminaban la negrura del lugar. Todo, sin excepción, era negro: el piso, las paredes, las superficies de las barras, los sillones y las mesas. El único efecto distinto, eran las paredes espejadas por detrás de las barras.

—¿Qué les parece? —nos encuestó la prima de Susana buscando la aprobación por el lugar escogido para festejar luego de la cena inofensiva que se había celebrado en un lindo restaurante cerca de la casa de la agasajada—.

¿No es genial?

Todas aprobaron entre gritos y en fila india, encabezadas por Susana y su prima, se fueron bailando en dirección al corazón de la multitud que se apretujaba bajo del altísimo techo del cual colgaban reflectores, proyectores que dibujaban imágenes contra las paredes y por lo que noté, sobre los espejos de las barras también, y demás artilugios que habían convertido a este lugar en uno de los de moda de la ciudad.

Me quedé atrás prácticamente sin ser conciente de que se habían ido. Asumí que me había quedado sola cuando un grupo de muchachos, entraron y avanzaron por detrás de mí, hasta llegar a los escalones que descendían a la pista de baile propiamente dicha. Estirando el cuello, intenté buscar a mis compañeras, supuse que resultaría relativamente sencillo encontrar un par de orejas de conejo entre aquel mar de cabezas y brazos que saltaban y bailaban, no lo fue, no la encontré ni a Susana ni a las demás, por ninguna parte; parecía que se las había tragado la Tierra, o mejor dicho el Infierno y la masa de almas que lo tenían abarrotado. Me pregunté a dónde los organizadores pensaban meter a todo la gente que esperaba afuera.

Quedándome allí quieta no iba a encontrarlas, de modo que inspiré hondo

igual que si fuese a meterme al agua de una profunda pileta, y bajé los escalones. De inmediato me encontré apretujada entre la gente que siquiera notaba mi presencia. Todos reían, cantaban y bailaban. La mayoría sostenía en alguna de sus manos, un vaso, una copa, una botella, o una lata de alguna bebida.

Costaba respirar entre tanta humanidad. Ya casi había olvidado lo que era aquello, había pasado tanto tiempo desde mi última salida de chicas.

Seguí con mi camino hasta el fondo, por lo que pude ver, el nivel de la superficie se elevaba otra vez allí. Quizás pudiese verlas desde esa plataforma.

A los empujones me abrí camino y llegué. Tres escalones por encima del resto de los mortales, separados de ellos por un grueso cordón de rojo vibrante, estaba un grupo de personas, hombres y mujeres, acomodados en un amplio living de sillones del rojo de la sangre seca, mesas bajas espejadas y pequeños veladores de pantallas rojas de flecos tipo años veinte con lamparitas de poco voltaje que apenas si inhumaban unos escasos cinco centímetros a su alrededor. Las copas de champagne y los baldes conteniendo regordetas botellas entre rocas de hielo, abundaban allí, entremezclados con vasos de whisky y unas cuantas copas de coñac. Estas dos últimas bebidas me llamaron la atención, no son tragos que los jóvenes suelen pedir.

Todos los que estaban del otro lado del cordón rojo definitivamente sí parecían saber lo que hacían, no desentonarían en la alfombra roja, ni desentonaban el soberbio espacio en el que reinaban.

Trepé los tres escalones que me separaban de la cornisa que el cordón rojo apenas dejaba para que los comunes que se aventuraran a espiar aquello de lo que no eran dignos pudiesen hacerlo. Unos cuantos pares de ojos me siguieron, esta vez creo que no fue con curiosidad, sino más bien con de desprecio. Mi presencia obstruyendo la visual que tenían por sobre encima de las cabezas de todos los demás, debía molestarles. Dándoles la espalda, procurando ignorar esas miradas que pretendían acuchillarme, reanudé mi búsqueda.

—¿Perdiste a alguien, o alguien te perdió? —me susurró una voz al oído.

Al darme vuelta, lo pisé. El hombre se apartó sin dar señal alguna de sentir dolor, y eso que mis zapatos tenían unos tacos que parecían agujas.

—Lo siento —me disculpé a los gritos para que pudiese oírme.

—No hay problema —contestó él mirándome fijo. Tenía unos profundos ojos azules y tanto sus pestañas, como sus cejas eran casi blancas de tan rubias. Una melena dorada le caía sobre los hombros lacia y pesada—. Qué mundo

tan pequeño en el que vivimos —comentó.

No contesté, tan solo me fijé en que ambos estábamos del mismo lado del cordón rojo.

—Creo que tenemos un amigo en común —continuó diciendo.

—No lo creo—. Le sonreí y me di vuelta hacia la gente para intentar encontrar a mis compañeras.

—De verdad, ¿todavía no te diste cuenta? —Chasqueó la lengua—. Bueno, hay mucha gente aquí, supongo que tantos olores juntos pueden resultar un tanto confusos.

Inclinando mi torso hacia el lado contrario, giré la cabeza y lo miré. Sin querer, inspiré más profundo de lo requerido para mi respiración normal, y ahí lo noté.

—No te inquietes, como te dije, tenemos un conocido en común, bueno, por lo que he escuchado por ahí, más de uno —sonrió—. Permíteme presentarme, soy Jan —me tendió su mano blanca—, Jan Hansen. Es un placer conocerte Eliza. No articulé palabra.

—Conozco a Vicente desde hace un tiempo.

—¿A sí? Ustedes están por todas partes, ¿no?

—¿Debo tomar eso a modo de ofensa? —Chasqueó la lengua otra vez—. No importa. Si lo fue, haré de cuenta que no lo he oído. Oye, sí que es un mundo pequeño; se comentan tantas cosas de ti... No pensé que fuese a conocerte en persona. Es una agradable sorpresa.

—¿No has venido hasta aquí siguiéndome? Me cuesta creer eso.

—Lamento decepcionarte. No te sigo, de hecho mi presencia aquí tiene un único justificativo: trabajo.

—¿De verdad?—. Dentro de mi cabeza me preguntaba si se atrevería atacarme con tantos testigos de por medio.

—De verdad. Noté tu presencia en cuanto pusiste un pie aquí dentro, para mí no es difícil notar a alguien como tú.

—Y eso por qué—. Pregunté alzando la voz todavía más, la música había cambiado a un ritmo frenético que amenazaban con dejarme sorda y arrancarme el corazón del pecho. Podía sentir cada una de las graves vibraciones, en el estomago.

—No te sorprenderás si te digo que yo, al igual que Vicente, soy diferente al resto de los nuestros.

—No, no me sorprende ni un poco. Ya nada me sorprende. En fin, y cómo supiste quién era yo.

—Porque sabría que vendrías. Te vi entrando cinco minutos antes de que atravesaras esa puerta.

—¿Eres adivino?

Se sonrió, como era de esperarse su dentadura era blanca, perfecta.

—Más o menos. Supongo que ese es el término que mejor explica mi condición.

—Impresionante —solté en tono socarrón—. ¿Y eso te sirve para comprar almas?

—Prever el futuro puede ser bastante útil sí. El futuro cambia a cada segundo, con cada decisión que las personas toman, el futuro está en constante movimiento; a veces, lo que veo puede enseñarme mucho de las personas con las que trato, de modo que sí, es una ayuda—. Alzó las manos y entrelazó los dedos a la altura de su pecho—. Por ejemplo puedo decirte que en cinco segundos una de tus amigas te encontrará y llamará tu nombre—. Me sonrió—. Ya te vio.

—Eliza —gritó Susana desde la multitud. Ví sus orejas de conejo mecerse entre la gente.

Agité la mano para que Susana se diese cuenta de que la había oído y luego me volví hacia el extraño.

—Podrías haberla visto llegar.

Sonrió sin despegar los labios.

—Me alegra haberte conocido al fin, llevaba mucho tiempo esperando por este momento.

—¿Eso por qué?

—Algún día lo sabrás —se encogió de hombros —o quizás no. No me gusta adelantarme al futuro.

Susana me llamó otra vez.

—Envíale mis recuerdos a Vicente y cuando vuelvas a ver a Lucas... —sonrió —, no te preocupes, ya lo entenderás—. Terminó de dar la vuelta y se alejó un paso. Yo me abalancé tras él, detuve su andar tomándolo por un hombro.

Lo miré a los ojos, su mirada encerraba mucho, demasiado.

—No te diré lo que va a suceder, todo puede cambiar —entonó con una mirada enigmática y una placida sonrisa tenue de efecto sedante.

—¿Quién eres tú? —balbuceé al quedar atrapada por su gesto.

—Nada más que uno de los tantos susurros que recorre la noche, uno de los tantos que oyes en la oscuridad—. Alzó una palma y yo me aparté alarmada—. Tranquila —posó su mano sobre mi sien derecha—, un día, es posible, oírás

todo con claridad y ese día, todo cambiará.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque necesitas saberlo para poder seguir adelante, ¿o me equivoco? Permite añadir una sola cosa más: se trata de ti, no de él. Ten eso en cuenta.

—¿Qué es lo que trata de mí y no de él.

—Todo a su debido tiempo —dijo sonriendo y luego se fue.

Me quedé petrificada sobre el suelo.

—¿Quién era ese bombón?! —soltó Susana. Su aliento olía a alcohol.

—Nadie, no tiene importancia.

—Bien, como digas. Las chicas nos esperan, ¿vamos a bailar? Dame el gusto sí, es mi despedida de soltera. Ten en cuenta que cuando sea la tuya, yo voy a ser una mujer casada y no voy a poder pasármelo a lo grande como ahora.

Resoplé, eso no iba a suceder ni en un millón de años.

Cuando regresé a casa, con los pies destrozados y cada músculo doliéndome igual que si alguien estuviese atravesándomelos con hierros al rojo vivo de tanto bailar, faltaba poco para el amanecer. El cielo estaba teñido de un gris violáceo, opaco, bien de invierno.

El taxi me dejó justo frente de la puerta. Mi camioneta estaba estacionada un poco más adelante. El Mercedes-Benz de Vicente no estaba, él tenía trabajo por lo que iba a pasar la noche fuera.

Le pagué al taxista y saqué mis llaves. Me bajé y corrí hacia la puerta. Tiritando de frío llegué a mi departamento a oscuras.

Al principio no noté cambio físico alguno allí, era más bien como si un fantasma hubiese pasado por mi casa, marcando un rastro inmaterial, impreciso. Encendí las luces y escruté todo a mí alrededor, con toda la atención que me fue posible, había bebido demasiado y los parpados me pesaban de sueño.

No encontré nada distinto, solamente el aire enrarecido. Extrañamente no me asusté ni me puse nerviosa, este mundo, el de los demonios, se había transformado en una constante en mi vida, en un susurro continuo en la oscuridad. Las palabras de Jan y esta certeza me hicieron ponerme a pensar en algo: Vicente realmente tenía tanto poder como para decidir un decreto infernal acerca del destino de mi alma, y si ese era mi destino... ¿por qué? ¿Simplemente porque el Infierno deseaba un alma más? Sin duda esa era una explicación demasiado pobre, demasiado pobre para mantener esta situación de idas y venidas que ya duraba siete meses.



Me arranqué los zapatos, fui hasta mi cartera y busqué mi celular. Marqué su número.

Vicente contestó al acto.

—Te amo —le dije en cuanto su voz alarmada soltó un hola estrangulado al otro lado de la línea.

—Y yo a ti. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Puedes hablar?

—De hecho tengo todo el tiempo del mundo, estoy solo, en una habitación de un hotel, sin más compañía que un televisor que no funciona demasiado bien.

—Perfecto, entonces. Desearía que estuvieses aquí.

—Lo mismo digo.

—Puedo preguntarte algo sin que te enfurezcas.

—No prometo nada.

—¿Te resultó difícil tomar la decisión de no seguir intentando comprar mi alma?

—Más de lo que puedas imaginarte... y continua siendo difícil.

—¿Por qué es eso?

—Hay una expresión que lo traduce de forma sencilla: te entregaste a mí con el alma abierta el primer día que te vi. Puede que hasta ese entonces hubieses estado cerrada al resto del universo, pero el día que crucé esa puerta tu alma simplemente se abrió a mí. Fue crudo, imponente, como si una gigantesca ola me llevase por delante, es complicado resistirse a alguien cuando se te ofrece así, tan sinceramente. En ese sentido, no has cambiado, por lo cual continúa resultando difícil permanecer a tu lado. Es por eso, que en más de una ocasión, te he dicho que tu alma es mi alma también. Tú simplemente cubres todo lo que te rodea con ese brillo que irradias.

—¿No son esas cursiladas?

—Es cursi si lo dices en un sentido metafórico, no cuando es algo que puedes palpar y ver.

—Insinúas que puedes ver mi alma.

—Si quiero puedo, casi todos nosotros podemos hacerlo, es cuestión de poder concentrarse, es todo.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo.

Nos quedamos en silencio.

—Lamento haberte causado tantos problemas.

—¿De qué hablas? —inquirió.

—Todo lo que pasó... y yo no hice más que complicar las cosas.  
—Las cosas ya son complicadas de por sí entre nosotros, no es que sea tu culpa.  
—Eres lo único que quiero y que necesito. Puedo perder todo lo demás; no a ti. Quiero que lo sepas. Es en serio —añadí puesto que él no dijo nada—. Jamás en toda mi vida he dicho algo tan en serio.  
—Lo sé... lo sé, pero todavía continuo pensando que no debería ser así.  
—Es mi elección, tienes que respetarla.  
—Y tú la mía —replicó en voz baja.

## 22. *Panis et circensis.*

—Vicente. Prueba esto, ¿quieres?  
Llegó hasta mí, alce la cuchara y le di a probar un poco de la salsa.  
—Cuidado, está caliente —le advertí, él se sonrió, el calor no le afectaba.  
—Está muy buena.  
—¿No le falta nada? ¿Sal, orégano?  
Negó con la cabeza.  
—Está exquisita. Creo que la pasta ya está —comentó después de echar un vistazo a la cacerola alta dentro de la que hervían los fideos.  
—¿Podrías colarla?  
—Claro—. Tomó la cacerola por las manijas sin miedo a ampollarse los dedos y escurrió la pasta—. ¿La pongo ahí? —preguntó refiriéndose a la sartén en la que burbujeaba la salsa.  
—Sí.  
Echó los fideos y yo los removí para que se integraran a la carne y el tomate.  
—La otra noche, cuando hablamos por teléfono, me olvidé de comentarte algo.  
—¿Cuando? —curioseó mientras devolvía el colador a la cacerola de pasta para luego cargar todo hasta la pileta para allí arrojar el agua hirviendo.  
—La noche en que festejamos la despedida de soltera de Susana, conocí a alguien.  
Me apuntó con los ojos muy abiertos y las cejas en alto.  
—No es eso —reí sin demasiadas ganas, todavía no tenía ni idea de cómo iba a tomar esto, yo no lo había buscado, pero suponía que él encontraría algún motivo para enfurecer—, conocí a alguien que te conoce.  
—Eso suena peor.  
—No seas trágico. Se comportó bien y en ningún momento hablamos de

nada... de nada malo. Me dijo que se llamaba Jan Hansen o algo así.

—¿Viste a Jan, en dónde?

—En el club nocturno al que fuimos. En el Infierno —puntualicé revoleando los ojos.

—No tenía ni idea de que estuviese en el país.

—Me comentó que se encontraba allí por trabajo —hice el ademán de levantar la sartén pero me la quitó de las manos; juntos caminamos hasta la mesa—. También me dijo que te mandaba saludos, por supuesto sabía quién soy yo, parece que oyó hablar de mí por ahí.

—No me sorprende —masculló entre dientes.

—Ni a mí —convine—. Comentó que puede ver el futuro, es por eso que supo quien era yo y me vio entrar en aquel lugar antes de que llegáramos con las chicas.

—Tiene visiones —explicó—. Las tiene desde que es humano; desde que se transformó hace más de trescientos años, éstas se han hecho más frecuentes y precisas. Jan es todo un personaje, son pocos entre los nuestros los que no han oído hablar de él, así como parece que también son pocos los que no han oído hablar de ti.

Me encogí de hombros y se senté. Estaba sorprendida de que no se hubiese puesto a chillar y a despotricar por ese encuentro.

—Conozco a Jan desde hace mucho, se apareció ante mí, así de la nada para extenderme una invitación, me ofreció un lugar dónde vivir y su experiencia, pero yo lo rechacé. Y antes de que me preguntes por qué lo hice, permíteme decirte que Jan tiene una visión un tanto peculiar de lo que nosotros somos.

—¿Peculiar en qué sentido?

—Para él nosotros somos cómo los bichos raros de un circo; trabaja para alguien llamado Dante, intentando convencer a los que cómo él y yo, poseemos capacidades diferentes.

—¿Otro más en busca de poder?

Vicente soltó una carcajada.

—No, nada de eso, es solamente por dinero.

—Yo tenía entendido que ustedes no pasaban necesidades monetarias.

—Ciertos privilegios —miró a su alrededor—, se obtienen cuando tienes determinado status o nivel. Dante, Jan y los suyos, son un tanto rebeldes; su rebeldía les ha impedido ascender en nuestra escala de valores por lo que han debido buscarse otra forma de ganarse la vida. Eso es manejando una especie de feria ambulante, un circo, un espectáculo de pseudo humanos que pueden

efectuar trucos muy llamativos y redituables para los bolsillos de una compañía que realiza funciones desde el siglo V. *Panis et circenses*, se llama la compañía, en honor a la frase que evocaba que lo único que el pueblo romano de la época del imperio, necesitaba, era pan y circo. Dante es el tercer demonio, en veinte siglos, que está a cargo del grupo. La compañía fue fundada por un humano que luego se la heredó a uno de sus gladiadores, el mejor de ellos, el que más luchas resistió, el que por casualidad resultó ser un demonio —remarcó con alzando una ceja —y desde entonces ha cambiado de manos hasta llegar a Dante hace unos setecientos años. En un principio era un espectáculo de bestias y hombres, gladiadores, bufones y carreras de cuadrigas, con el tiempo le añadieron algo de teatro apegándose a las costumbres griegas, ahora son todos demonios. Demonios que ven el futuro, que pueden permanecer sumergidos cinco minutos dentro de un contenedor de agua sin asfixiarse, demonios que pueden leer la mente, controlar emociones, tirar paredes, hablar todos los idiomas de este mundo, o incluso algunos que efectúan trucos que haría que se te pongan los pelos de punta. Alguno de los nuestros, dominan la telequinesia.

—Un circo de demonios con habilidades telequinéticas y clarividentes —entoné. Su mundo parecía no tener límites. Me quedé muda, eran virtualmente imparables.

—Eso mismo —convino poniéndome el plato con una montaña de pasta, delante de las manos—. Y quería que yo formara parte de él. Imagínate la sensación que hubiese causado, ¡el hombre que crea fuego con sus propias manos! —soltó con humor.

Me sorprendió que estuviese tan bien predispuesto a hablar de esto.

—En fin, no tengo alma de artista, nunca podría haber subido a un escenario y la verdad es que no me apetece hacer de lo que hago, un espectáculo. Creo que es de mal gusto, pero bien, cada cual tiene derecho a hacer lo que le plazca. Ellos no lastiman a nadie, sería tonto hacerlo, necesitan de los humanos, al fin y al cabo, son ellos los que compran las entradas.

—Y los demás no tienen problemas con que ellos tengan un circo.

—Al principio no debía gustarle a nadie; ahora, más de dos mil años más tarde... —se encogió de hombros—, ya nadie les presta atención—. Se sirvió su plato y se sentó—. Jan se ha dedicado a buscar nuevos talentos desde que se convirtió. Es irónico, pero antes de cambiar ya sabía en que se convertiría, lo había visto en una de sus visiones. Me ofreció un lugar con los suyos y hace dos años, vino a hacerle la misma propuesta a Lucas.

—Es por eso que me pidió que le enviase sus recuerdos a él también.

—Supongo que espera que Lucas se decida a darle una respuesta: le dijo que lo pensaría. La idea debe haberle resultado atractiva, él es joven, no tiene ataduras, viajar por el mundo no le supone un problema y por todos lados hay almas para comprar. En ese sentido ellos trabajan mucho menos que alguien como yo.

—Entiendo.

—Jan y sus compañeros viven al margen de lo que es un demonio común, a ellos no les importa el poder, no se preocupan demasiado por las almas humanas y en cierto modo están más allá del bien y del mal, se preocupan más por su compañía, por la cantidad de presentaciones que puedan concretar para una gira y por merchandising que venden —hizo rodar el tenedor sobre la cuchara para recoger los fideos—, y por supuesto —alzó la vista —por su propio divertimento. No sé cómo, pero Jan se las ingenia para siempre caer en circunstancias en las que de por medio hay juegos y fiestas, es por eso que no me extraña que te toparas con él en un club nocturno, lo que sí me sorprende es que estuviera en el país y que todavía no se haya hecho un momento para pasar por aquí. Jan es del tipo que no acepta un no por respuesta, es odiosamente insistente, más allá de que en el fondo es uno de los demonios más humanos que haya conocido jamás.

—¿Además de los que integran el clan Salleses?

—Gaspar y los suyos están más apegados a nuestra sociedad y siguen sus reglas al menos en gran parte, tienen sus trabajos y mantienen costumbres humanas pero básicamente son parte de nuestro mundo, Jan y sus compañeros están en el borde mismo; con un pie fuera.

—Ya veo, ¿y qué tal se llevan, creí que no era común que los demonios vivan juntos?

—Nunca dije que viviesen en paz y armonía, es por eso que Jan está constantemente buscando nuevos talentos, la mayoría no dura más de una o dos temporadas con suerte.

—No te imagino en un circo—. No pude evitar reírme.

—Seguro que me haría famoso —repuso con algo de orgullo.

—Viviríamos en una casa rodante —imaginé; una fotografía demasiado real apareció delante de mis retinas—, saltando de ciudad en ciudad, como nómades... libres. Suena bien, muy bien —añadí bajando la voz al tiempo que me inclinaba sobre la mesa.

Se me acercó respondiendo a mi gesto.

—No, ellos viajan en su propio avión y se hospedan en buenos hoteles — replicó con voz suave.

—Eso no me molestaría —me le acerqué todavía más —es más, podría ser divertido. Te vería actuar cada noche y... ¡yo podría ser tu ayudante, como esas chicas que siempre acompañan a los magos!

Vicente soltó una carcajada.

—Sí, seguro—. Se me acercó más y me besó, primero suavemente y luego... luego me olvidé del mundo del espectáculo y del plato de fideos que estaba delante de mí sobre la mesa. Vicente tuvo que apartarme de su lado para que no me tirara toda la comida caliente encima—. La comida —me recordó con una sonrisa tímida regresando él también a su asiento. Sus manos me soltaron el cuello dejándome un tanto ingravida y perdida. Allí dónde su piel rozara la mía, ardía.

Por un fugaz segundo me dio ganas de barrer con los platos y las copas, pero me contuve, sabía que para él, esto no era sencillo (para mí tampoco era fácil ignorar lo que yo sentía, lo estaba soportando y me contenía bastante bien, pero sabía que un día, a la larga o a la corta, no me detendría).

—Y bien —suspiré procurando no mirarlo, para así, olvidarme más rápido, de lo que tenía en mente—, Jan alguna vez predijo tu futuro.

—Lo intentó, no se lo permití. Para serte sincero, esas cosas no me interesan ni nunca me interesaron.

—¿Crees que el espectáculo esté en la ciudad?

—Es probable. Por qué, te interesaría verlo.

—Ahora siento curiosidad. ¿Son peligrosos?

—No, no son potencialmente peligrosos, pero no por eso dejan de ser demonios. ¿Estás segura?

—Me encantaría verlos.

Dejó escapar un suspiro.

—Bien, veré qué puedo hacer al respecto. No prometo nada, por lo que tengo entendido es increíblemente difícil conseguir una entrada para uno de sus espectáculos, incluso para nosotros; por lo general las entradas se agotan antes días antes de que las funciones den comienzo. Intentaré ponerme en contacto con Jan en la mañana. Se alegrará y sin duda, se sorprenderá de que me esté poniendo en contacto con él. Espero no me malinterprete.

—Si nos va a traer más problemas...

—No te preocupes, creo que puedo manejar esto.

—Gracias. Será una salida interesante.

—Será más que eso, te lo aseguro.

...

—Podrías llevar estás cajas a bajo —le pedí a Matías después de pasar por encima de las cajas de vino espumante, por nonagésima vez en lo que iba de la mañana. Los repartidores se habían complotado para venir todos juntos, en un lapso de una hora y media, y como resultado el local era un descontrol de cajas y más pilas de cajas, tanto de bebida, como de comida. Yo había ayudado a almacenar aquello que no corría demasiado riesgo de terminar en un charco de líquido y astillas de cristal, pero para lo demás, necesitaba de las cuidadosas y firmes manos de Matías.

Matías rezongó entre dientes lanzándome una mirada de pocos amigos.

—Bien, yo las bajo.

—¡No, no! Mejor no, yo me hago cargo, tú sigue con lo tuyo. Ahí viene otro cliente.

Miré por encima de mi hombro, en efecto una mujer acababa de entrar.

Esquivé el resto de los bultos y fui a atender a la recién llegada, Susana estaba ocupada con dos turistas japoneses que no hablaban ni una palabra de español pero sí un inglés retorcido y casi incomprensible, que a todas luces, parecían tener la firme intención de comprar una botella de cada uno de los vinos nacionales que teníamos en venta.

—Buenos tardes, ¿puedo ayudarle en algo?

La mujer tenía la cabeza gacha, casi sumergida en los paquetes de snack salados pero la reconocí casi de inmediato. Me contuve de pronunciar su nombre pero ella soltó el mío taladrándome con los ojos.

—Creo que no hace falta que me presente, ya nos conocemos, aunque cuando nos vimos, no fuimos oficialmente presentadas—. Me tendió la mano derecha —. Soy Ana, la viuda de Cristian.

No fue adrede, la dejé con la mano en alto. No pude moverme, no esperaba verla aquí, ni volver a verla en lo absoluto. Solamente intentaba olvidarme de lo sucedido.

Bajó la mano.

—Disculpa —soltó atropellándome con las letras—. Cristian no tuvo el valor de presentarnos aquella noche cuando nos vimos enfundadas en esos ridículos vestidos de novias... No lo culpo, yo también debí haberte reconocido, después de todo, no era la primera vez que te veía.

—Lo sé.

—Talvez este no se un buen momento, estás en tu trabajo y... —miró a su alrededor. Su mirada fue baja, como si se arrastrara por el suelo. Por primera vez noté que lucía demacrada y ojerosa—. ¿Tienes cinco minutos?

—Bueno, de hecho estamos un poco desbordados de trabajo hoy...

—Seré breve. Podemos hablar afuera —propuso.

Miré a mí alrededor. Susana, escoltada por los dos japoneses, iba en dirección a la caja.

—Dame un segundo, ¿sí? —le pedí y fui hasta ella.

—¿Es quien yo creo que es? —me preguntó Susana en un cuchicheo en cuanto llegué al mostrador.

—Sí, es Ana, la viuda de Cristian —respondí tomando mi abrigo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Puedes cobrar tú, me pidió que hablemos. Estaré afuera, enseguida regreso.

—¿Hablar?, de qué quiere hablar.

—No tengo idea. No voy a tardar mucho.

—Claro, está bien. No te preocupes, yo me hago cargo.

Calcé los brazos dentro del abrigo y seguí a Ana, quien ya abría la puerta para salir a la calle.

El frío se me metió en los pulmones casi de inmediato. Afuera no había ni una gota de sol y soplaba un viento que cortaba la piel.

—Te vi en su funeral —fue lo primero que soltó en cuanto nos apartamos de la puerta del local—, estabas con unos amigos.

—Sí, me acompañaron—. No había necesidad de explicar nada más, al menos por ahora.

—Sé que Cristian y tú se vieron antes del accidente, de modo que ya sabes que él y yo nos habíamos separado... bueno, legalmente todavía estábamos casados cuando... Nada de esto debía haber sucedido; él y yo... fue una tontería.

—Ya no tiene importancia. Lo que pasó, pasó.

—Es por eso que vine a verte, sé que tú me escucharás, que intentarás comprender.

La miré, no entendía a qué se refería.

—¿Cristian te contó por qué me dejó?

No contesté, no me parecía ni políticamente correcto, ni mucho menos sensible, decirle que Cristian me había dicho que todavía me amaba, el día que fui a su departamento.



—Dijo que me dejaba porque no quería hacerle daño a nadie más, decía que ya tenía suficiente con cargar su conciencia con lo que te había hecho a ti. No quería que nadie más saliese perjudicado.

—No voy a negar que fue bastante doloroso pero...

—Me has entendido mal —bajó la vista—, o quizá yo me expliqué mal, Cristian sí se sentía mal por haberte engañado, pero no era eso lo que tanto le pesaba en la conciencia, él decía que merecías algo mejor que él. Su problema era otro. Según sus propias palabras: había hecho algo mucho peor. Cristian me contó que había hecho tratos con... ¡Vas a creer que estoy loca por repetirlo y él por decirlo!

Sin querer me encogí dentro del abrigo. El frío que sentía no provenía de afuera, sino de adentro de mi propio cuerpo.

—Dijo que había hecho pactos con el Diablo. ¡Y yo le creí! —Exclamó con una sonrisa de angustia y dolor—. ¿No vas a decir nada?

No era capaz de pronunciar ni una sola sílaba.

—No me crees, no te culpo. Suena ridículo. ¡Una insensatez! Cristian estaba seguro de que su vida terminaría pronto, me confesó que temía que lo mataran...y lo hicieron. Su muerte no fue un accidente.

—¿Qué sabes de eso? Es decir, no pretendo ser ruda pero cómo sabes que es cierto, ¿te contó algo, viste algo?

—Ese accidente es suficiente prueba de que decía la verdad, o al menos a mí me lo parece. Sé que no fue una simple coincidencia.

Intenté decir algo, no pude.

—Es difícil de creer, lo admito.

No sabía si decirle que le creía o no, por un lado me parecía mucho mejor cortarle las alas, convencerla de que nada de eso podía ser cierto. Por otro, temía que sí le daba la espalda, que si no le prestaba mis oídos, y la ayudaba, quizá ella también terminara teniendo un accidente.

—Cristian me pidió que tuviese mucho cuidado, que buscara ayuda, que quien más riesgos corría, eres tú, Eliza; que de todos modos, debía ser precavida.

—Te dijo qué debíamos hacer... me refiero, cómo se supone que debemos cuidarnos y por qué, si él hizo un pacto o lo que fuese con...

—Con una mujer demonio —completó interrumpiéndome.

Las señales de alerta aturdieron mi cerebro.

—¿En qué consistió ese pacto?

—Se rehusó a contármelo. Simplemente me pidió que no hablase ni confiase en extraños, que procurara no estar sola, y me pidió que quemara una serie de

papeles entre las que estaba un libro.

—Un libro... —repetí. Me había mentido—. ¿Qué libro? —ya lo sabía, sin embargo necesitaba que me lo confirmara.

—Un atlas.

La cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Lo quemaste, quemaste esos papeles?

—No, no pude, creo que esos papeles y esos libros pueden ayudarme a describir algo sobre lo que le sucedió.

—¿Podría ver el libro y los papeles?

—De hecho los he traído conmigo, he mirado esas hojas y páginas cientos de veces, sin poder encontrar un nexo encadenarte entre todas esas cosas. No descubrí nada, por eso traje todo para que lo vieras, a lo mejor, encuentras algún detalle que a mí se me haya pasado por alto. Quizá así, encontremos un modo de defendernos.

La miré sin parpadear.

—Puedo verlos ahora.

—Tengo las cosas en el automóvil, aquí a la vuelta.

—Vamos por ellas.

Ana apuntó por detrás de mi espalda, me esquivó y yo la seguí. Caminamos hasta la esquina sin cruzar palabra, yo todavía estaba en estado de shock, no sabía ni qué decirle, ni qué hacer. No me cabía la menor duda de que la mujer demonio con la que Cristian había formalizado un pacto, era Úrsula, y que ella, al igual que él, ahora estaba muerta, pero algo faltaba, esas dos muertes a simple vista no tenían razón de ser.

—Traje las cosas porque mañana salgo de viaje —entonó cuando dimos la vuelta—, me voy por un tiempo, necesito tomar distancia y además... tengo miedo —sacó las manos de los bolsillos, con la derecha extrajo las llaves de un automóvil, con la izquierda, una tarjeta de presentación—. Por seguridad, tanto la tuya, como la mía, prefiero no revelarte mi destino, aun así, si necesitas algo —me tendió la tarjeta —no tienes más que llamarme, regresaré lo antes posible. Por favor, ponte en contacto conmigo si descubres algo de esos papeles.

—Claro.

El automóvil era el mismo con el que yo la había visto partir de ese edificio, luego de despedirse de un hombre, que no era Cristian, cuando Vicente me llevó hasta allí para demostrarme que ella no lo amaba. Abrió la puerta trasera del lado del acompañante y sacó una bolsa de cartón, de una casa de zapatos

muy conocida.

—Esto es.

Agarré la bolsa que me ofrecía. Estaba a punto de decirle algo, cuando reconocí el Mercedes-Benz plateado que avanzaba por la mitad de cuadra. Fue instintivo, inmediatamente le di la espalda al tránsito.

—¿Sucedó algo?

—No, nada, es que tengo que irme, dejé a mis compañeros con todo el trabajo y...

—Sí, claro, claro.

—¿Hay algo más que recuerdes, qué puedas decirme?

Sacudió la cabeza.

—Es todo. Sé que es poco, y que a simple vista parece el delirio de alguien perturbado, pero no podía irme sin advertirte.

—Te lo agradezco.

—Bien, también tengo que irme, todavía no termino de armar el equipaje.

Le deseé suerte y ella a mí. Sin mayores despedidas, cada una siguió con su camino. En cuanto doblé la esquina y estuve segura de que ya no podía verme, salí corriendo, tenía que llegar al local antes que Vicente y esconder el libro, por lo menos, hasta asegurarme de que no contenía ninguna pista para desvelar las razones de la muerte de Cristian.

Corrí con la bolsa abrazada contra el pecho. A las prisas, repasé el cordón de la vereda en busca de la pintura metalizada del Mercedes-Benz de Vicente, no la vi, no había lugares libres para estacionar, ni de esta vereda ni de la de enfrente, por lo que debía haber dado la vuelta manzana. Como una loca, empujé la puerta y entre al local. Susana, que despedía a los dos japoneses me miró con cara rara cuando a toda velocidad rodeé el mostrador, eché la bolsa en uno de los huecos que usábamos para dejar nuestras cosas y me quité el abrigo. Con las manos temblando procuré reacondicionar mi aspecto. Tan solo esperaba que no me hubiese reconocido ni a mí, ni a Ana, ni a su automóvil.

Susana acompañó a los japoneses hasta la salida y les sostuvo la puerta mientras le aseguraba en inglés que su pedido les llegaría al hotel en un par de horas. Los japoneses salieron haciendo reverencias, y por detrás de ellos entró Vicente. Se saludó con Susana y luego ambos caminaron hacia mí. Yo todavía tenía la respiración agitada por la carrera.

—Hola —me saludó con una sonrisa y luego me dio un beso.

—No esperaba verte aquí a esta hora.

—Estaba cerca y decidí pasar a saludarte.

Susana me miró primero a mí, con la frente arrugada y el ceño fruncido, Vicente no podía verla puesto que ella estaba medio paso por detrás de él, y luego lo miró a él alzando una ceja.

—¿Están con mucho trabajo? —curioseó al notar el descontrol que todavía reinaba en el local. En ese exacto momento, Matías apareció por la puerta que llevaba al depósito.

—Voy a ayudar a Matías —anunció Susana. Dio un paso, pero luego se detuvo vacilante—. Casi me olvidaba —me dijo a mí —recuerdas que ten conté que íbamos a hacer una cena entre amigos, antes de la boda.

Asentí con la cabeza.

—Bien, es este fin de semana, ambos están invitados. Es en casa de Sebas, bueno, en nuestra casa —se corrigió—. El sábado, a las nueve y media, es algo informal. Recuérdame que te pase la dirección, últimamente se me olvida hasta dónde tengo la cabeza.

—Gracias por la invitación —dijo Vicente.

Susana nos dejó.

—Te noto agitada, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Traigo buenas noticias. Resulta que Ariel regresó esta mañana y por intermedio de él, logré ponerme en contacto con Jan, no solamente va a conseguirme entradas, sino que nos invitó a la gala inaugural, al estreno mismo. Veremos el espectáculo e iremos a un cóctel. Es el jueves —se quedó expectante, sonriéndome.

—Suena muy bien.

—No pareces muy entusiasmada.

—Sí, sí lo estoy —de verdad el evento me entusiasmaba, realmente quería ver lo que prometía ser algo completamente fuera de lo común, sobre todo, porque yo conocía el secreto de los artistas—. Es por el trabajo... realmente quiero ir —. Me estiré y le di un beso—. Muchas gracias. Así que un cóctel ¿eh? ¿Es muy formal?

—No, no te preocupes, sé que no te gustan esas cosas, es un evento para los artistas y para los conocidos, el entorno más íntimo y unos cuantos humanos.

Nos quedamos un momento en silencio. El mío fue provocado por quedarme pensando en Lucas; no se me había escapado el detalle de que Ariel estaba de vuelta y mi amigo no.

—¿Alguna noticia de Lucas? —pretendí que mis palabras se filtraran lo más suavemente posible; no tuve éxito, sus labios se tensaron.

—Todavía está en Europa.

Eso era todo lo que iba a obtener de él, lo cual, no era poco, su respuesta había sido escueta en palabras y demostrativa en gestos: Vicente no quería hablar de Lucas. Era frustrante saber que con Ariel de vuelta en el país, no tenía forma de ponerme en contacto con él a menos que él quisiese ponerse en contacto conmigo, dudaba que Ariel le hubiese dejado su celular a Lucas y la verdad es que no me resultaba atractiva la idea de marcar el número de Ariel para terminar topándome con su voz y con la certeza de que Lucas había quedado en Europa virtualmente incomunicado.

Si quedaba una esperanza en mí, de que Vicente recapacitara y comenzara a hablar otra vez de Lucas, esa llama lamentablemente se apagaría con el correr de los días.

Vicente se fue quince minutos más tarde, y en cuanto lo hizo, Susana me atacó.

—¿Qué pasó, qué quería? —se refería a la visita de Ana.

¿Cómo explicárselo?

Le dije que había venido a traerme unos papeles que habían sido de Cristian y que en cierto modo, habíamos hecho las pases para disipar posibles rencores, por supuesto, no le conté nada de los demonios ni pactos con el Diablo, eso me lo guardé para mí.

Había quedado con Vicente, que en cuanto saliera de trabajar iría para su casa, pero antes de dirigirme a pasar la noche allí, tomé un pequeño desvío e hice una parada en mi departamento para dejar la bolsa con los papeles y el libro que me entregara Ana en la tarde. No me pude resistir de echarles una mirada antes de salir.

El libro estaba en las mismas condiciones, tal cual yo lo recordaba, no pude obtener mayores datos de éste, figuraba el nombre de una editorial, había sido impreso en mil novecientos setenta y cinco, en España y era una primera edición de una tirada de mil ejemplares. De la isla no decía mucho. En media carilla figuraban su ubicación, particularidades del clima con sus estaciones lluviosas, una breve reseña histórica de dos párrafos, dos o tres datos sobre su economía y nada más.

Cuando me disponía a revisar los papeles, sonó mi celular, era Vicente, me esperaba. Para tranquilizarlo, le expliqué que había pasado a buscar unas cosas por mi departamento. Colgué, metí una muda de ropa en mi bolso, escondí la bolsa con el libro y los papeles en el armario, entre medio de dos pilas de suéteres que casi nunca usaba, y salí. Ya tendría tiempo de sobra para revisarlos con total tranquilidad.

...

Y yo que creía que tendría un momento de calma para revisar esos papeles.

—¡Se hace tarde! —exclamó Vicente desde el living de mi departamento.

—¡Ya voy, ya voy!—. Le lancé una mirada de desilusión, a la pila de suéteres entre las que estaba escondido el libro y los papeles. Manoteé una bufanda y cerré la puerta del placar—. Voy en camino —le anuncié alzando la voz mientras me enroscaba la bufanda al cuello. A los dos pasos lo vi parado delante de la puerta abierta, ya listo para salir—. Ya sé que es tarde. Lo siento, es cosa de mujeres—. Extraño en mí, había pasado más tiempo de lo normal, frente al espejo del baño, esforzándome por recomponer mi rostro demacrado resultado de una muy larga jornada laboral.

—Recuperaremos tiempo en el viaje si es que no hay mucho tránsito.

—Prefiero llegar tarde que nunca.

—Todavía no me gano tu confianza con respecto a mis habilidades frente al volante.

—No es eso, manejas bien. Quizá arriesgas demasiado en el tránsito, ha de ser porque sabes que no sufrirás menor daño si chocas.

—¿Me estás llamando irresponsable? —curioseó con las cejas en alto y una sonrisa a medias.

—No es para tanto. No seas susceptible —tironeé de la solapa de su liviano abrigo, él no era susceptible al clima como puede serlo cualquier ser humano normal. Si se abrigaba o vestía era más bien para seguir los cánones de la sociedad en la que vivía. La gente lo hubiese mirado con cara rara de verlo en pleno invierno en mangas de camisa—. Vamos, no quiero perderme nada del espectáculo.

Si esperaba un gran teatro, con enormes marquesinas y un despliegue de luces y fanfarrias, me había equivocado. Aquello tenía toda la apariencia de ser un teatro de esos en los que se ponen en escena obras de artistas amateurs o de producciones de bajo costo, representaciones independientes que estaban en cartelera una sola noche, o quizá un fin de semana, pero nada más. De todos modos, el teatro en sí, tenía cierto encanto, era un edificio antiguo con líneas claras del *Art Déco*. Evidentemente lo habían restaurado y lucía incluso mejor que en sus buenas épocas, supongo. A la estructura original le habían hecho algunos añadidos, como iluminación de la marquesina y las pantallas de video

en las que estaban siendo proyectadas imágenes de otros espectáculos, para los que esperaban en hall del teatro.

En la puerta había un grupo de personas, divisé un par de camarógrafos, había también dos o tres hombres sacando fotografías, entre medio de los que a todas luces, eran espectadores, humanos creo, ya que todos estaban abrigados (y por que no aclararlo, con las narices hundidas en los cuellos de sus abrigos y las manos ocultas en los bolsillos o dentro de gruesos guantes).

El acceso al hall de entrada era por cuatro puertas de cristal y madera. En dos de las puertas había afiches publicitarios del espectáculo que estábamos a punto de presenciar.

Sobre un fondo de llamas rojo amarillentas que parecían lanzadas hacia arriba, desde los ángulos inferiores del papel, rezaba el nombre de la compañía: "*Panis et ciercensis* presenta", justo en el centro del cartel, había una manzana dorada. El nombre del espectáculo, figuraba debajo, escrito en una letra que sin duda tenía reminiscencias rúnicas: "La manzana de oro". Al pie del cartel figuraba el nombre del director, por quién había sido compuesta la música, así como también el vestuario, las luces y la estenografía, por supuesto figuraban también los nombres de los artistas de los productores y otros, pero la letra ya había empequeñecido tanto que no alcancé a leerlos.

Al otro lado de las puertas, se congregaba un grupo de personas algo mayor de aquél que esperaba fuera en una prolija fila a un lado del teatro. Todas estas "personas", iban elegantemente vestidas; verlas era como contemplar una de esas típicas fotografías de las revistas de farándula en tres dimensiones, y en vivo y en directo.

Vicente propuso que entráramos y yo lo seguí. Con un parpadeo cruzado, él y el hombre que custodiaba la puerta, acordaron nuestro ingreso.

Fue todo un alivio entrar, en la calle apretaba el frío. Entré en calor casi de inmediato, adentro parecía arder una hoguera; el cambio también sirvió para que se me revolviere el estómago de empalago, allí adentro olía a como si todas las damas presentes, hubiesen optado esta noche, por llevar su perfume más fuerte y dulce, como si se hubiesen bañado ellas y a sus ropas, con botellas y botellas de perfume o de alguna esencia saturada. Para disimular mi repentina indisposición me di vuelta para quitarme mi abrigo e intentar captar alguna hebra de aire puro y frío que pudiese estar colándose desde el exterior, por las juntas entre la puerta vaivén y el marco. No capté ni el menor rastro de aire puro. Vicente terminó de ayudarme con mi abrigo y luego se quitó el suyo. Nos miramos. Me sonrió. Sonriendo, acercó sus labios hasta mi oído.

—Si te molesta mucho, podemos esperar afuera con el resto de los humanos —me susurró para hacerme saber dos cosas, primero: que era conciente de que yo estaba captando el fuerte vaho, y segundo: que todos ahí adentro eran demonios y a mi entender, por mi experiencia y conocimiento: demonios en palabras mayores, es decir, demonios de alto rango ya que olían empalagosamente dulce.

—Puedo sopórtalo.

Me besó el cuello y se apartó

Un hombre de *frac*, galera y capa negra, con interior rojo fuego, se nos acercó sonriendo. Llevaba el rostro empolvado de blanco y tenía los ojos maquillados con sombra negra y delineador. Se inclinó hacia delante en una reverencia extendiendo la pierna derecha para que le punta de su brillante zapato de asomara, reflejando todo a nuestro alrededor. Para inclinarse se quitó la alta galera con una mano cuidada (llevaba hecha un pulcra y concienzuda manicura, con las uñas pintadas de negro). Se inclinó tanto, que pude ver su largo cabello castaño y lacio, recogido en una coleta que llegaba mucho más allá del alcance de mis ojos.

—Bienvenidos.

—Gracias —le contestamos los a coro.

El misterioso caballero, se pasó los guantes y el bastón que llevaba en la mano derecha, a la mano izquierda, y le tendió la palma a Vicente, ofreciéndole un apretón.

Con una sonrisa entre dientes, Vicente le devolvió el saludo y me miró.

—Madame.

Le tendí la mano para darle un apretón también; el demonio tomó mi mano por las dos primeras falanges de mis dedos y acercó sus labios a mis dedos y tocarlo. Así inclinado, como si estuviese presentando sus respetos a una dama en la época de Luis XV, alzó la frente y me miró por debajo de sus gruesas cejas oscuras. Sonrió una vez más, esta vez, con toque de malicia, como si quisiese darme a entender que entre nosotros había un secreto que compartíamos ajenos al resto de los que nos rodeaban, al resto de los mortales al menos, lo cual era totalmente cierto, yo sabía que lo que estaba a punto de ver no era un espectáculo de magia, trucos o efectos especiales, sino un despliegue de poderes sobrenaturales.

Con delicadeza, para que mi mano no cayese pesada al costado de mi cuerpo, liberó mis dedos, enderezó la espalda, se llevó una mano al ala del sombrero y luego de un parpadeo se retiró, para darle la bienvenida al resto de los



invitados.

—¿Qué fue eso? —solté en medio de risitas nerviosas. Sentía cierta picazón y ansiedad en el estómago, que nada tenía que ver con el miedo, más bien con emoción; bullía de entusiasmo, para ser más exactos. Esto iba mucho más allá de lo que yo hubiese imaginado tener la posibilidad de atestiguar. Me sentía dentro de uno de esos sueños que no tienen ni pies ni cabeza, sueños en los que se mezclan la realidad y la fantasía.

—Parte del espectáculo.

—¿Lo conoces?

—Sí, es uno de los pocos que junto con Jan, Dante y unos más, los cuales puedes contar con los dedos de una sola mano, o por lo menos así solía ser, lleva en la compañía más tiempo de lo que dura una vida humana. Se llama Beyazit Kemal, nació en Turquía, siempre fue artista ambulante.

Inspiré hondo y solté el aire intentando captar cada detalle a mí alrededor.

—De qué se trata el espectáculo, vi el nombre pero...

—La [manzana](#) dorada hace referencia la manzana de la discordia que, según la [mitología griega](#), [Eris](#), la diosa de Discordia, molesta por no haber sido invitada a las bodas de Peleo y Tetis, a la que habían sido convidados todos los dioses, urdió un modo de vengarse sembrando la discordia entre los invitados: se presentó en el sitio donde estaba teniendo lugar el banquete, y arrojó sobre la mesa una manzana de oro, que llevaba inscrita la palabra en griego: Kallistis que significa “para la más bella” la cual habría de ser para la más hermosa de las damas presentes. Tres diosas: [Atenea](#), [Afrodita](#) y [Hera](#) se disputaron la manzana produciéndose así una gran confusión, se sucedió una lucha en la que hubo de intervenir el padre de todos los dioses, [Zeus](#). Zeus decidió encomendar la elección de la más bella, a un joven mortal llamado Paris, que era hijo del rey de Troya. El dios mensajero, [Hermes](#), fue enviado a buscarlo; localizó al príncipe-pastor y le mostró la manzana de la que tendría que hacer entrega a la diosa que considerara más hermosa. Precisamente por eso lo había elegido Zeus; por haber vivido alejado y separado del mundo y de las pasiones humanas. Así, se esperaba de él que su juicio fuera absolutamente imparcial. Cada una de las diosas pretendió convencer al improvisado juez, intentando incluso sobornarlo. La diosa Hera, esposa de Zeus, le ofreció todo el poder que pudiera desear, o, también, el título de Emperador de Asia; Atenea, diosa de la inteligencia y de la guerra, le ofreció la sabiduría o, según algunas versiones, la posibilidad de vencer todas las batallas a las que se presentase; Afrodita, le ofreció el amor de la más bella

mujer del mundo. Paris se decidió finalmente por Afrodita, y su decisión trajo graves consecuencias para su pueblo, ya que la hermosa mujer por la que Afrodita hizo crecer el amor en el pecho de Paris, era Helena, la esposa del rey de Esparta, Menéalo. Como sabrás Paris raptó a la bella Helena y se la llevó a Troya, Menéalo enfureció y éste convocó a su hermano [Agamenón](#) y a otros reyes para que lo ayudasen a recuperarla. En fin, así, la “manzana de la discordia” se convirtió en el [eufemismo](#) para el centro, núcleo o quid de un argumento, o para un asunto menor que podía llevar a una gran disputa. El espectáculo trata precisamente de eso, de una gran disputa iniciada por un pequeño detalle. Es todo lo que sé.

—¡Vicente! ¡Eliza!

Di un respingo al oír nuestros nombres entonados en voz alta sin ningún reparo.

Por un pasillo lateral, llegaron tres camareras cargando bandejas repletas de copas de champagne. Junto con ellas venían tres hombres, dos de ellos llevaban en los brazos unas pilas de lo que a mi me pareció, eran programas del espectáculo, pero en el formato y con la calidad de una de esas revistas que se distinguen por el grosor de sus hojas y su buena fotografía. Las muchachas todas ellas vestidas con camisa blanca y falda se internaron entre los espectadores, para repartir dichas copas, así también lo hicieron los dos hombres. El tercero, avanzó directamente hacia nosotros. Era Jan.

Vestía de un modo muy similar a la primera vez que lo vi.

—¡Cuánto me alegra que vinieran!

Estrechando manos primero conmigo y luego con Vicente. Veloz y fugaz como un rayo. Giró media vuelta y le arrebató a uno de los hombres que en efecto, estaban repartiendo los programas del espectáculo, uno, y nos lo entregó. Vicente dejó que yo lo cogiera.

—Sé que no aparenta demasiado —empezó a decir Jan con una sonrisa de satisfacción—, el teatro y todo lo demás, pero créanme, el espectáculo realmente vale la pena—. Se volvió hacia mí en particular—, intentamos mantener un perfil bajo y un público selecto. No damos espectáculos en masa, no estamos acostumbrados a eso, bueno, en el pasado “*Panis y circenses*” era un espectáculo de masas, ya no, las cosas cambian —lanzó en un suspiro con la mirada perdida en algún punto de la pared posterior, entre mi cabeza y la de Vicente—. Los dos se sorprenderán, se los prometo. En fin, me alegra muchísimo que estén aquí. Tenía tantas ganas de conversar... con ambos —dijo con una sonrisa mirándonos por turnos—. Y que estén aquí en una noche

de estreno torna la ocasión todavía mucho más feliz y memorable. Será una noche especial para todos.

—De eso no cabe duda —acotó Vicente.

—Todavía no puedo creer que te dignaras a llamarme, y mucho menos que estés aquí. No creí que volviese a verte.

—Las cosas cambian —murmuró remedándolo.

—Y veo cuánto. Esto es para que de una vez por todas aprendas cuan positivos y beneficiosos pueden ser ciertos cambios—. Le dijo con una mirada llena de argucia, los ojos le brillaban.

—No te precipites, Jan, hay cosas que nunca cambian.

—Te equivocas, a su debido tiempo, todo cambia. Hasta las rocas cambian. En fin, esta conversación ha sido de lo más edificante pero debo despedirme de ustedes, al menos por un rato, detrás de bambalinas hay mucho trabajo por hacer y supongo que deben estar reclamándome. No se preocupen, nos veremos acabado de espectáculo, tendremos todo el tiempo del mundo para ponernos al día —me miró —y para conocernos—. Dio un paso atrás—. Disfruten el evento—. Alzó una mano y chasqueó los dedos—. Mía, aquí por favor.

Una de las chicas apareció entre él y nosotros y nos tendió una copa a cada uno.

—Gracias Mía —entonó Jan. Nosotros también le agradecemos—. Hasta más tarde.

—Hasta más tarde—. Contestamos a coro.

—¿Es siempre tan enérgico y efusivo?—. Curioseé abriendo el programa, el cual resultó ser mucho más que eso.

—Siempre —contestó Vicente y le dio un trago a su copa.

Las gruesas páginas estaban llenas de fotografías: espectaculares imágenes, que semejaban haber sido trucadas para engañar no solamente al ojo humano, sino también al cerebro. En las primeras dos carillas había tres mujeres de largas cabelleras castañas peinadas con infinidad de trenzas y torzadas, vestidas con togas de lino blancas, de estilo griego con detalles dorados, la del centro, cargaba entre sus palmas, una manzana dorada. El telón de fondo no decía mucho, era negro y sin mayor brillo. “La manzana de oro” resplandecía el título en letras doradas por debajo de los pies descalzos de las tres mujeres. “Un espectáculo de gran poder, inteligencia y belleza”, eso auguraba el subtítulo.

“David: poder para controlar el agua”, ese era el título de la tercera página en la que había un hombre parado en medio de dos columnas de agua que a simple vista no tenían sustento alguno. Lidia: los siete tipos de inteligencia en una sola persona”, “Marlene: alegría y belleza”. Y así seguía el programa, presentando artistas con trucos maravillosos e inexplicables.

Vicente, quien estaba espiando el programa por encima de mi hombro, chasqueó la lengua.

—Escuche nombrar a David, por lo visto tiene la capacidad de controlar una masa de agua, puede moverla a su antojo, formar torbellinos, elevarla al cielo.

—Suenan sorprendentes.

—Sí.

—¿Por qué el tono?

—No es nada —me contestó apartando sus ojos grises, los cuales se desplegaron por la sala, por encima de las cabezas de los presentes, formando un abanico.

—Tienen gente muy poderosa aquí.

—Eso parece. En condiciones normales no me fiaría de ninguno de ellos—. Volvió a mirar a su alrededor como si desconfiara de que fuesen a atacarlo por la espalda de un momento a otro—. Me cuesta comprender que prefieran esto a estar en posiciones de poder.

—Eres muy poderoso y no por eso vas por la vida intentando trepar cual serpiente por los cuellos de los demás.

Vicente volvió su rostro a mí y me sonrió sin despegar los labios.

—¿Empiezas a arrepentirte de haberme traído aquí?

—Más o menos.

Cerré el programa y lo abracé pasándole una mano por la cintura.

—Relájate, todo estaremos bien. Crees que se hubiesen molestado en invitarnos a su espectáculo si quisiesen hacernos algo.

—No, probablemente nos hubiesen atacado sin más —frunció la boca—. Mis sospechas no van por ese camino... tienen a un telepata, a alguien que puede controlar el agua y creo que comprenderás lo que eso significa.

No lo comprendí hasta que lo mencionó, aquel era un demonio que no simplemente podía soportar la presencia de grandes cantidades de agua, sino que también era capaz de controlar su forma y comportamiento, eso sin duda era algo impresionante para los de su especie.

—Además de un demonio con la capacidad de levitar.

Lo había visto en una de las fotos, era un demonio de aspecto muy joven,

llamado Icaro, que vestido de blanco, levitaba sobre el escenario a por lo menos cincuenta centímetros de las tablas oscuras.

—¿Es real?

—Que no te quepa la menor duda —masculló entre dientes.

Nos quedamos en silencio. Dos segundos después, las puertas interiores que daban a la sala misma se abrieron y Beyazit y los dos hombres que habían estado repartiendo los programas del espectáculo, amablemente nos invitaron a pasar para tomar nuestros asientos. Dentro, las tres muchachas ayudaron a acomodar a los invitados. Los humanos entrarían en cuanto los invitados de honor, estuviesen en sus sitios.

Terminábamos de acomodarnos en nuestros asientos en la segunda fila, justo en el centro de la sala, con el escenario escondido debajo de un telón negro azabache, cuando los humanos, los periodistas y demás comunes, empezaron a entrar. Alguien vino a recoger nuestras copas y a entregarnos unos *snacks* y bebidas de cortesía fornecidos por los auspiciantes del evento.

A los quince minutos, la intensidad de las luces de la sala, empezó a mermar. El espectáculo estaba a punto de comenzar.

Fue una de las experiencias más impactantes y sorprendentes de mi vida. Ver a estas “personas” controlar enormes masas de agua, levitar por sobre un escenario moviéndose con una libertad que ningún cable de seguridad pudiese brindar y adivinar fechas de nacimiento, nombres, incluso la procedencia de ciertas cicatrices en los cuerpos de los presentes; levitar objetos, o incluso llevar sus cuerpos a extremos humanamente imposibles, me dejó sin habla y sin aliento. Todo eso era real y yo lo sabía. Probablemente los otros humanos del público debían estar también muy impresionados, por más que te esforzaras no podías encontrar ni un solo error o paso en falso, en la *performance* de los artistas que subieron a escena uno detrás de otro sin darle respiro a los espectadores, sin embargo, saber lo que realmente eran, resultaba embriagador. Y además el contexto... se me dificultaba asimilar que Vicente se había permitido, y me había permitido a mí, codearme con tantos de los suyos, ni bien fuese de un modo muy superficial, y bajo condiciones que los mantenía a ellos, a raya de mí y del resto de los humanos. Igual...saberlos ahí, tan cerca mío, a unas sillas de distancia, sobre el escenario y seguramente tras bambalinas era una visión mucho más concisa que la simple certeza que había cientos de ellos, probablemente miles, caminando entre los humanos, en todas las ciudades del mundo.

En el entretiempp, Beyazit imitó las voces de por lo menos media docena de

espectadores, con una exactitud sorprendente, bueno, en realidad para mí eso no era sorpresa, yo sabía que alguien había llamado a mis padres imitando mi voz con una perfección incuestionable, para justificar mi súbita huida de la ciudad, siete meses atrás.

En el segundo acto subió a escena un demonio que podía hacer que los humanos hiciesen lo que él quisiera, incluido ponerse en ridículo a sí mismos, lo que despertó carcajadas entre el público, sobre todo entre los que a mi parecer, eran demonios. A mí, tanto como al resto de los humanos, o quizá a mí más, porque yo sabía cuan real era este espectáculo, me provocó escalofríos ser testigo del poder de un demonio para controlar otra mente sin la menor dificultad.

Cuando el telón cayó por última vez, todos los espectadores, los críticos y los periodistas se pusieron de pie para aplaudir a los artistas. Hubo gritos, silbidos y chiflidos de euforia, aplausos extasiados de emoción. Ojos llenos de lágrimas y rostros con los sentimientos a flor de piel. Había sido un espectáculo impresionante, movilizante que por lo menos a mí, me hizo sentir pequeña, diminuta frente a la inmensidad del mundo y en contraste con los poderes que si bien sospechaba, ahora tenía certeza que de se movían sueltos muy cerca de mí, de los que yo amaba y quería, y de aquellos a quien conocía. Fue como tomar conciencia en que nunca puedes dar nada por sentado, que cuando empiezas a creer que ya nada te sorprende... ¡Bahh!, una fuerza increíble te atropella de frente.

Me sentí débil y al mismo tiempo eufórica. Algo dentro de mí, en mi estómago, justo por debajo de las costillas hacia ellos, hacia los demonios que en este momento se me antojaba seres féricos; criaturas salidas de un cuento de hadas con poderes inimaginables y sorprendentes. Maravillosos entes rebosantes de experiencia y sabiduría. Entidades, que gracias a su inmortalidad, a su inmunidad frente a aquellas cosas a las que nosotros somos vulnerables, tienen la capacidad de recolectar sabiduría y experiencias de vida con las que nosotros solamente podemos soñar. Yo quería ser como ellos, no solo por su perfección exterior, por la seguridad de carácter que casi todos los individuos de esta sociedad presentaban, sino también porque quería sentirme invencible, no porque fuese a probar mi valía y mi fuerza contra todo aquel que quisiese enfrentarme si es que un día realmente lograba convencer a Vicente de que me permitiese cambiar, sino por una razón mucho más íntima: quería experimentar qué se siente ser algo tan especial, tan único, tan sorprendente y maravilloso. Ellos eran como superhéroes de carne y hueso.

### 23. Sublime.

Las luces se encendieron. Me dio pena que terminara. Todos se pusieron de pie y empezaron a recoger sus abrigos y demás pertenencias.

—¿Y bien, qué te pareció?

—Simplemente impresionante —jadeé extasiada—. Las pocas veces que tuve la oportunidad de ser testigo de algo semejante fue sabiendo que estoy siendo engañada; esto es un engaño, lo cual lo torna... —me quedé sin palabras.

Muy juntos empezamos a caminar por entre los respaldos de la fila de adelante y los asientos de la de atrás. Todo el mundo comentaba el espectáculo, incluso aquellos sobre los que recaían mis sospechas sobre su verdadera naturaleza.

—No, no es un engaño —convino en voz muy baja—, pero no nos olvidemos de aquello que motiva estos poderes.

—Son artistas, no le hacen daño a nadie.

—Eso no cambia lo que son.

—Ni necesitan cambiar, está bien así, yo acepto lo que son, no me molesta.

Resopló de mal modo.

—¿No podrías intentar ver la belleza de esto?

—¿Cómo?

Delante de mí se había formado un taponamiento de gente de modo que aproveché la oportunidad para detenerme, darme vuelta y enfrentarlo.

—Son criaturas bellas... tú lo eres.

—Debes ser la única persona en el universo que cree que puede encontrar algo bello en un demonio.

—Lo dudo.

—¡Eliza, Vicente! —una mano que asomaba por encima de las cabezas de las personas que venían en nuestra dirección para salir por el corredor central en dirección al hall en el que se realizaría la recepción, nos llamó.

Vicente me tomó del codo y avanzando por delante, igual que un rompeolas, me ayudó a caminar en contra de la corriente humana. Entre muchas cabezas divisé el rostro de Jan, sonriente y lleno de placer y satisfacción.

—¿Qué me dicen, eh?! Fue sorprendente, no es cierto —nos dijo con los brazos en alto como si estuviese preparándose para darnos un enorme abrazo que nos abarcaría a ambos y quizá también, al resto de la humanidad.

—Felicitaciones, es un espectáculo impresionante.

—Sabía que te gustaría.

—Me imagino que ya debían estar muy seguros de ustedes mismos antes de empezar la función, me dio la impresión de que todo estuvo meticulosamente preparado y ensayado.

—No, no es por eso que lo decía, sí, los muchachos ensayan mucho pero siempre ocurren errores y contratiempos, sino que me refería a que literalmente yo ya sabía que te gustaría.

Capté a que quería decirme.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

Vicente soltó un suspiro de fastidio.

—Descuida amigo, no lo he hecho con mala intención. Recuerda que no puedo controlar todas mis visiones, algunas simplemente llegan a mí sin que pueda hacer nada para evitarlas, además ha sido una visión inofensiva.

—Sí, claro —resopló Vicente por lo bajo.

—Qué me dicen si los invito a pasar tras bastidores.

—Apuesto a que sabes que te dirá que sí —le espetó Vicente.

Jan soltó una carcajada.

—¿Qué más viste? —le preguntó a Jan medio en broma medio en serio.

—Cada cosa a su debido tiempo. Vengan, síganme, es por aquí.

Vicente me agarró de la mano, sus dedos ejercían más fuerza de la necesaria pero no me quejé, podía notar que sus nervios y su ansiedad, su palma estaba ligeramente más caliente de lo normal.

Caminando por detrás de Jan, a menos de un paso de distancia, bordeamos todo el escenario, el cual olía a cera, a quemado y a penetrantes aceites dulces. Me figuré que el aroma a cera era el resultado del brillo de la madera oscura con el que estaba confeccionada la estructura, el resto de los perfumes debía deberse al espectáculo mismo. Al final de escenario, había una amplia escalera de cuatro peldaños, los artistas, la habían utilizado en un par de ocasiones durante la representación para bajar a tomar contacto con el público obnubilado, y para invitarlos a participar, y a degustar, al menos con pequeños bocados, de la fuerza y la magnificencia de sus poderes. Por esos escalones, subimos al escenario; no pude evitar la tentación de volverme y contemplar todo desde allí arriba, fue raro tener esta perspectiva, todo parecía tan distinto desde aquí... el teatro, las personas, las dimensiones del escenario, incluso las puertas que conectaban con el hall.

Vicente me dio un delicado tirón para que siguiera caminado.

La oscuridad se hizo intensa, entre las sombras divisé a más personas vestidas



de negro, las que sin duda también eran operarios, igual que aquellos que vi andar sobre mi cabeza; alevosamente nos evitaron y no creo que haya sido por cortesía, más educados hubiesen sido si simplemente se quedaban en donde estaba o seguían con lo que hacían después de cruzar conmigo un breve buenas noches, en vez de huir así.

Vicente me miró y me acercó a su lado rodeándome la espalda con su brazo. Su mano se instaló pesada sobre mi hombro izquierdo. No sé porqué me dio un escalofrío. Yo sabía que no corría peligro, sin embargo la adrenalina fluía libremente en mi torrente sanguíneo. Era emoción, ansiedad, una ínfima pizca de temor ante lo desconocido, mezclado con una imperiosa necesidad de que me aceptaran como igual, no de que simplemente quisiesen mi alma para ellos, necesitaba que me diesen su visto bueno. Que me evitaran, no auguraba mucha aceptación en mí camino. Intenté no preocuparme, suponía que Jan no me estaría llevando a hacer un paseo tras bastidores a sabiendas de que eso irritaría a los suyos. Apostaba cualquier cosa a que ya sabía lo que iba a suceder a continuación. Apreté los dientes y me dejé llevar por la confianza que me inspiraba.

El detrás de escena era mucho más grande de lo que yo había supuesto, por detrás del escenario mismo había al menos tres metros más de tablas sobre las que rozaban ligeramente, cinco líneas de telones y fondos, detrás de estos, el espacio se ampliaba más aún, abriéndose hacia los costados y hacia atrás en un amplio sector que contenía escenografías, utilería, reflectores, percheros con vestuario, maquinas y herramientas que me figuraba debían ser para el mantenimiento del escenario y demás. Allí estaban también, casi todos los artistas, algunos con el vestuario con el que habían subido al escenario, otros ya cambiados a rompas sencillas como pantalones de jeans o deportivos, con zapatillas o descalzos, vistiendo simples remeras, camperas de algodón con capuchas, o livianos suéteres y alguno que otro, luciendo mullidas batas blancas. Entre los artistas había otras personas del personal del espectáculo, entre todos ellos, había personas como Vicente y algún que otro fotógrafo iluminando los rincones con los reflejos del flash de su cámara.

Algunos de los presentes desviaron sus ojos en nuestra dirección al notar que alguien se acercaba.

La ansiedad picó más fuerte. Gusanos empezaron a darme vueltas por el estómago.

En cuanto pusimos un pie en la luz que iluminaba aquel gran espacio, una de las camareras que había estado repartiendo copas en el hall, previo al

comienzo del espectáculo, se nos acercó y nos ofreció una bandeja con copas de champagne primero y un plato con canapés, luego. Le agradecí por ambos ofrecimientos pero no tomé nada. Me sentía demasiado ansiosa para comer o beber. Vicente y Jan también recusaron el ofrecimiento.

—Les presentaré a dos personas muy interesantes —anunció Jan. Su sonrisa era cada vez más amplia.

Vicente me apretó contra su lado.

Jan nos guió hasta el corazón mismo de la celebración.

Nos dirigimos en dirección a un grupo de hombres muy bien vestidos. La atención del grupo estaba centrada en dos hombres: uno con un estilo más bohemio, con anteojos de marco de pasta y una coleta castaña que le caía por detrás del cuello, un saco de pana marrón y por debajo, una camisa de un verde muy apagado haciendo juego con una sencilla remera de un tono más claro, unos gastados pantalones de jean y unos zapatos estilo mocasines, el otro llevaba puesto un traje a rayas gris oscuro, de tres piezas, el cuello de su camisa estaba impecable, igual que el nudo de la corbata que completaba el conjunto, tenía el rostro y las manos bronceadas, llevaba el cabello peinado con prolijidad extrema, en una raya al costado y tenía unos ojos verdes todavía más bonitos que los de mi madre. Los ojos del hombre se posaron sobre los míos casi de inmediato; esperaba que no se hubiese dado cuenta de que lo había estado observándolo con tanta insistencia y detalle.

—Caballeros, nos disculpan —entonó con un acento a todas luces italiano, el hombre de traje a rayas.

La media docena de hombres con las que había estado reunido hasta entonces, nos miraron y sin decir nada, dieron media vuelta y se alejaron.

Por una fracción de segundo, el corazón se me subió a la boca y amenazó con escaparse de mi cuerpo, en cuanto el hombre de traje se abalanzó sobre Vicente. Creí que iba a golpearlo, a atacarlo, en vez de eso lo abrazó y entre carcajadas le palmeó la espalda con una fuerza que hizo que las costillas de Vicente sonaran. ¿Le habría roto alguna?

—Vicente —rió el hombre apartándolo de su lado. Lo tenía tomado por el cuello. Parecían dos grandes amigos que se reencontraban al fin, luego de una larga y cruel separación—. ¡Maldita alimaña del diablo! ¡Mira que desaparecer de ese modo! ¡Llegué a creer que te habían borrado del mapa! —lo soltó—. No puedo creerlo, realmente me había convencido de que no volvería a verte. Sin duda este no era el comportamiento demoníaco que Vicente me había pintado en un principio. Obviamente, entre los demonios había más

excepciones a la regla que Lucas, el clan Salleses y los actores que habían subido a escena. No me equivocaba si pensaba que lo más probable es que él hubiese pintado todo tan negro y tan terrible solamente para alejarme de su lado.

—Dante —dijo Vicente a modo de saludo.

—Mírate nada más, tanto viajar a Europa te ha hecho terminar luciendo como un europeo. Tú siempre tuviste estilo. Un día de estos tienes que darte una vuelta por *Spillo*, Roma sigue donde siempre, e igual que siempre, con demasiados automóviles, motocicletas y gente, pero nosotros mejoramos con cada temporada. Con solo decirle a Giulia que vas de mi parte, te ayudará a renovar tu guardarropa en una tarde y en cuestión de un par de días dejarás Roma luciendo como un verdadero romano.

—Armani es para los humanos —canturreó Vicente.

El hombre soltó una carcajada.

—Sí, eso mismo, Armani es para los humanos —sonrió—. Los demonios se visten en *Spillo*.

Aquel comentario era viva muestra de cuan fuera quedaba yo por momentos, por no ser como ellos.

—Bien, bien, comportémonos como caballeros que somos —dijo el hombre, dando un paso lateral hasta mí. Me tendió la mano—. Dante De Florio, soy el dueño y director de esta humilde compañía de artistas, es un placer conocerla.

—Eliza Pérsico. Mucho gusto.

Me tendió la mano, su apretón fue abrasador.

—Permíteme que te presente al director y creador del espectáculo que has visto esta noche.

El hombre de saco de pana marrón dio un paso al frente.

—Paul Dubord.

—Es un placer —entonó con un acento entre francés y americano.

—El placer es mío. Felicidades, fue lo más espectacular que haya visto jamás.

Ante mi comentario, Dante y Paul cruzaron una mirada.

—Te gustaría conocer a nuestros artistas —me propuso Dante.

—¡Me encantaría!

Vicente me lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

—Si no es problema, por supuesto, no quisiera incomodar a nadie.

Ahora fueron Vicente y Jan los que repitieron el gesto de mirarse, parecía que todos allí estaban empeñados en ahorrar palabras.

Vicente se volvió hacia mí y asintió con la cabeza. Estaba muy serio.

No es que yo necesitara de su aprobación para hacer algo o para dejar de hacerlo, en este caso estaba en juego más que mi voluntad y mi individualidad. Podía hacer lo que se me diera la regalada gana y poner en juego mi vida, pero en este caso si yo me arriesgaba, indefectiblemente terminaría arrastrándolo conmigo y eso era algo que no deseaba hacer, no resistiría verlo lastimado, herido o en peligro.

Dante enlazó mi brazo derecho alrededor del suyo igual que si fuésemos una pareja que está a punto de caminar hacia el altar. Me palmeó la mano.

—Ven querida. Te presentaré a unos demonios de lo más particulares.

Creo que oí crujir los dientes de Vicente.

Dante me alejó de Jan, Paul y Vicente, nuestra primera parada fue un grupo de mujeres muy bellas, tres de ellas eran las que subieron al escenario en primer lugar, para dar comienzo al espectáculo, las otras eran las jóvenes con cuerpos esbeltos, fuertes y elásticos que acompañaran en su acto a Marlene, la mujer de cabellos del color del cobre y ojos color ámbar que me perforaba con la mirada en este mismo momento. Marlene demostró en pocos escasos minutos bajo los reflectores, que el cuerpo humano no es lo que parece, que sus límites pueden ser empujados mucho más allá de cualquier frontera sospechada.

—Señoritas, permítanme que les presenta a Eliza, nuestra invitada de honor esta noche, ella ha venido en compañía de un muy buen amigo de la casa; y por supuesto, está aquí entre nosotros porque sabe qué somos. Eliza, ellas son Marlene, Dora, Lourdes y Ariadna, y las muchachas son parte del acto de Marlene: Gabriela, Romina, Florencia, Maria, Violeta, Carolina y Laura —fue diciendo por turnos a medida de que las chicas me dedicaban algún gesto o ademán, a modo de saludo.

—Lo que hicieron sobre el escenario fue increíble—. Fue el mejor elogio que se me ocurrió.

—Gracias —contestó Marlene nombrándose portavoz del grupo (su voz era profunda y aterciopelada como si brotase desde lo más profundo de su garganta), el resto de las muchachas me miraban del mismo modo en el que uno puede contemplar al insecto más extraño que haya visto jamás—, la mayoría de los humanos queda muy sorprendido con nuestro espectáculo y se sorprenderían aún más si supiesen qué somos.

—Supongo que sí, saber que en el espectáculo no hay un solo truco, que todo lo que sucede es real, es completamente desconcertante.

—De modo que viniste con alguien —entonó Ariadna (una de las tres diosas

que se había disputado la manzana de oro con las demás).

—Eliza está aquí en calidad de amiga de la casa, es todo.

Esa corta frase sirvió para que todas, sin excepción, clavasen sus ojos en mí.

—Eso es todavía más extraño que nosotras —comentó Dora.

Lourdes se sonrió.

—Quizá podamos invitar a Eliza a participar en nuestro próximo espectáculo, le diremos a Paul que prepare un acto para ella.

—No gracias, no soy del tipo que le llaman las tablas, además, no tengo ningún don en particular, ni si quiera me creo capaz de representar ningún truco de magia y mucho menos malabarismos, mi cuerpo no es ni la mitad de elástico que el de ustedes, soy un tanto torpe y mi equilibrio es bastante pobre.

—Todas esas cosas se pueden corregir.

La voz de Marlene me hizo cosquillas en los oídos.

El grupo entero se echó a reír, incluso Dante soltó una carcajada.

Yo me quedé pagando sin entender muy bien la broma.

—Disculpa —me dijo Marlene poniéndome una mano encima—. No ha sido mi intención incomodarte, sencillamente quería exponer un concepto que hemos estado discutiendo anoche con mis compañeros acerca de las posibilidades que todo humano, tiene, al convertirse en demonio, de desarrollar algún poder o capacidad especial. Según mi convicción, todos, sin excepción, si son lo suficientemente perspicaces, o al menos, procuran poner un poco de atención, pueden descubrir en sí mismos, aptitudes que no sabían que tenían, y a partir de allí, perfeccionarlas hasta llegar a niveles insospechados.

—¿Es solamente una teoría o tiene fundamentos reales?

Los labios de Marlene se curvaron hacia arriba en una amplia sonrisa que no demostraba alegría, sino algo diferente, como orgullo.

—Mi vida de humana consistió en una tortura que duró veintitrés años, diecisiete de ellos, los pasé postrada en una cama. Sufría de una enfermedad neurológica degenerativa que acabó por dejarme cuadripléjica a los quince años, paralítica a los diez e impedida a los seis.

—Y ahora eres capaz de hacer esas cosas con tu cuerpo —dije yo terminando la idea.

—Ni cuando la enfermedad todavía no daba síntomas fui tan fuerte o tuve tanto control de mi cuerpo. No lo niego, las cosas que puedes hacer cuando cambias superan en gran medida a las capacidades de cualquier humano; con esta herramienta en tus manos los límites son tus únicos miedos, nada más. No

existe otra cosa que pueda detenerte en tu camino de superación.

—Es increíble.

—No, no lo es, yo estoy aquí. Es eso lo que intento decirle a los demás, no lo comprenden, muchos ya tenían sus dones, o al menos atisbos de esos dones que poseen ahora, cuando eran humanos, es por eso, que en su mayoría, son lo que son.

—No te entiendo.

—Nuestra sociedad siempre mantiene sus puertas abiertas a humanos que sobresalgan o se distingan del resto, para enrolarse en nuestras filas —comenzó a explicar Dante adelantándose a Marlene. La mujer cerró la boca y dio un paso atrás—. No estoy de acuerdo con Marlene, es muy difícil que un humano adquiera, al cambiar, un poder que no tenía ya desde nacimiento, es por eso, que los que buscan nuevos demonios, ponen atención en captar aquellos entes que demuestran poseer alguna característica especial.

—Ya había oído eso.

Dante asintió con un parpadeo.

—Sin embargo, hay quienes toman el reto de aceptar a otros, que simplemente, tienen mucha voluntad y coraje y otros sentimientos no tan agradables, sin embargo igual de efectivos, que sirven empujar al candidato en cuestión, a superarse más allá de lo esperado.

—Mi maestro creía que todos somos capaces de superarnos a extremos inimaginables.

—Acertó con Marlene —concedió Dante con una sonrisa—. No siempre resulta. Imagina lo que hubiese sido, haber traído a la tierra un demonio que no puede moverse ni valerse por si mismo.

—Eso significa que cuando tú te convertiste no recuperaste tu salud de inmediato —le pregunté, ella negó con la cabeza.

—Me llevó seis meses poder dar un paso.

—¿Y cuanto tardaste para lograr lo que haces en escena? —curioseé.

Dante intervino interponiéndose entre nosotras.

—Ningún ciego recuperará su vista, no al menos que Él así lo quiera.

—Quizá Él quiso que yo volviera a caminar —replicó Marlene no dándose por vencida, quizá es por eso que me abrigó bajo sus alas.

—¿Él? —me había perdido, ya no tenía idea de qué hablaban.

—Nuestro Señor, por supuesto —me contestó Dante sin darle demasiada importancia a mi pregunta. Se volvió otra vez en dirección a Marlene—. No apostaría demasiado a que Él esté tan pendiente de a quién deja unirse y a

quién no, hay tanto descerebrado inútil dando vueltas por ahí afuera.

Marlene torció la boca en una mueca de disgusto.

—Cada uno de los artistas que has visto esta noche sobre el escenario, es en un promedio, uno en mil o un poco más. Más escasos son aquellos que realmente tiene poderes que nada tiene que ver con las cualidades humanas normales, una cosa es exacerbar lo normal, una capacidad de naturaleza humana, y otra muy distinta es desarrollar poderes que ningún humano sueña tener, como la telequinesia, la capacidad de leer la mente, controlar el clima y los elementos naturales o la de crear fuego.

Marlene se estremeció a mi lado. A todas se les había borrado del rostro la sonrisa.

—Hay quienes pueden ver en los humanos, capacidades que los convertirían en demonios terribles, es por eso que se toman su tiempo para educarlos antes de convertirlos.

—¿Educarlos? en qué sentido —pregunté intentando captar las expresiones de todos, ante mi cuestionamiento.

—Los que creen que un demonio no es capaz de cambiar tanto así como cambió Marlene luego de transformarse, prefieren asegurarse de que el candidato en cuestión, descubra y perfeccione su poder antes de aceptar su pedido de unirse al maligno. ¿Me explico?

—Perfectamente, pero me queda una duda, eso se da antes o después de que el candidato en cuestión —tomé prestadas sus palabras—, decida entregarse al maligno.

Dante ni parpadeó.

—Muy bien, las bebidas llegaron —exclamó.

Me di vuelta sin saber que detrás de mí se encontraba una de las camareras sosteniendo una bandeja con más de una docena de copas de champagne. Fue mi turno de dar un espectáculo. Me llevé por delante la bandeja, por lo que acabé bañada en vino tinto y blanco.

Se formó un tumulto alrededor mío, en la orilla del charco de cristales y vino.

Avergonzada por mi tropiezo, me sonrojé.

Dante intentó limpiar el vino de mi ropa, con el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo externo del saco pero la tela no absorbía nada y lo único que estaba consiguiendo era arruinarlo.

—¿Hay algún lugar en el que pueda...?

—Por allí —me indicó alzando un dedo en dirección a unas puertas vaivén pintadas de verde con grandes cuadrados de vidrio que tenían pintado la

palabra “bastidores” —toma el corredor a tu izquierda, los baños están del lado derecho.

Buscando a Vicente entre los presentes, caminé hasta la salida. No lo vi por ninguna parte. Empujé la puerta y me alejé del ruido formado por las voces, las risas y la alegría de la celebración luego de un estreno fenomenal.

En cuanto la puerta se cerró sola a mi espalda, me quedé en completo silencio. El ancho corredor, el cual me recordó al corredor de un hospital, no sé por qué, estaba iluminado por una hilera de tubos fluorescentes (solamente uno de cada dos tubos se hallaba encendido, por lo que al lugar lo poblaban las sombras), había puertas a izquierda y derecha, supuse que en su mayoría debían ser camarines, salas de maquillaje y demás. Contra las paredes, entre puerta y puerta se acumulaban percheros con prendas, más piezas del decorado y utilería, carros con comida y otras tantas cosas.

Mi zapato sonó contra el piso e hizo eco a lo largo de los cien metros que le calculaba tenía el pasillo.

—Alguien viene.

Era la voz de Vicente, su voz sonaba lejana pero no me quedó ninguna duda de que era él, reconocería su voz en cualquier parte, bajo cualquier circunstancia.

—No —le contestó la voz de Jan después de hacer un breve silencio para cerciorarse—, no, creo que no —se decidió al fin.

Silencio.

Me quedé quieta en mi lugar conteniendo la respiración.

—¿Y bien? —le preguntó Jan.

—¿Qué quieres que te diga? —le respondió Vicente.

—No es lo que yo quiero oír sino lo que tú tienes para decir.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—Lo sé; no puedes negarme el derecho a sentir curiosidad.

Me asomé por el pasillo, estirando el cuello, procurando adivinar de dónde provenían las voces. Descubrí, a dos puertas de distancia del cartel indicativo de los baños, una puerta entreabierta, de la cual salía un tenue reflejo de una luz encendida, esto era a menos de siete u ocho metros de donde yo estaba parada.

—¿Qué es lo que haces? —Inquirió Jan.

En puntas de pie empecé a caminar hacia los baños.

—Nada.

—¿Con quién crees que hablas? Oye, soy yo, a mí no me engañas —pausa—. No te parece demasiado descabellado.



—No te pedí tu opinión—. Al oírlo decir esto, me lo imaginé revoleando los ojos y cruzándose de brazos.

—Ese no es motivo para no expresarla.

Creí oír gruñir a Vicente.

—Me cae bien —añadió en el mismo tono alegre.

—Lo mismo da.

—Nos admira.

—No es exactamente así, ella todavía no lo comprende.

—Diría que sí —retrucó Jan no dándose por vencido. Acaba de ganarse mi admiración.

—Te equivocas. Ella cree que lo ha visto todo, no es así.

—Sabe de tú...

—Sí —contestó con hosquedad.

—Y qué piensa de eso.

—Nada —su voz rasgó el aire con rotundidad tal que creí que el universo se partiría en dos.

—Debe tener una opinión así como tiene de todo lo demás.

—¿Lo sabes tú?, dímelo.

—No mi amigo, nadie me ha hecho vocero de su destino.

—¿Qué viste?

—Te lo dije, no voy a decir ni una palabra, y permíteme recordarte, que bastaría con que algo ínfimo cambie, para que el futuro ya no sea el mismo. Esto es como las matemáticas, basta con que cambie uno solo de los factores, para que el resultado sea distinto. Imagínate el futuro igual que una enorme y complicada ecuación.

—Prometiste que me lo contarías.

—Me arrepentí—. Lanzó una carcajada.

—Eres un maldito —soltó Vicente, pero no detecté enojo en su voz.

—¡Qué novedad! Todos somos unos malditos aquí.

Se produjo un largo silencio, los escuché andar por la habitación.

—¿Qué harías si yo te dijera lo que no quieres oír? —preguntó Jan rompiendo el silencio de sopetón.

—Haría todo lo posible para intentar cambiar eso.

—Creí que sabías lo que hacías, eres inteligente.

—¿Lo soy? —resopló. Me dio la sensación de que se lo estaba preguntando a sí mismo.

—Hasta ahora todo te ha salido de maravilla, sigues siendo el mejor, el

problema contigo, es que estás acostumbrado a tener todo al alcance de la mano y con un chasquido; mi querido Vicente estás muy malcriado, eres un adulto, debieras saber que hay cosas que demoran más que otras en concretarse, pero créeme, en ocasiones, la demora y la espera tornan todavía más dulce el resultado.

—No estoy jugando Jan.

—¡Válgame Dios, ya sé que no!

—La llevé a ver a Gaspar —le contó Vicente.

Jan soltó un agudo silbido que hizo temblar los vidrios, el cual retumbó en mis oídos igual que lo hacía el sonido que libera una copa de cristal, cuando su vórtice es acariciado por una yema húmeda.

—¿Qué dijo él? Me cuesta imaginarme esa escena.

—No quiso decirme nada.

—Bromeas—. Por el tono de su voz resultaba evidente que estaba sonriendo.

—No, es cierto.

Jan soltó una carcajada.

—Estás en serios problemas —soltó otra risa más.

—Tu poder de percepción no deja de asombrarme —soltó en tono socarrón.

—Todos los ojos están posados en ti.

—Lo cual me molesta soberanamente —masculló Vicente.

—Pensé que te gustaba ser el preferido de la maestra.

—Tan solo quisiera que por una vez me dejaran en paz.

—Ya llegará el momento en que puedas hacer lo que tú quieras, cuando tú quieras y del modo que prefieras. Ten paciencia.

—¿Es esa una predicción?

—No como parte de una profecía o una visión, sino como una deducción racional que toma en consideración, tu pasado, tu presente, tus actitudes, tus poderes y tu determinación. Es lo que todos esperan y desean para ti.

—No todos.

—La envidia es normal, completamente común entre los nuestros. No te preocupes, qué pueden hacer contra ti.

Para escuchar mejor, me acerqué demasiado a un perchero de esos que tienen ruedas y para mi desgracia, éste era más liviano de lo que yo creía, y las ruedas rodaron y chirriaron en cuanto me apoyé en una de las barras verticales que lo componían.

—Ahora sí hay alguien —soltó Vicente.

El corazón se me subió a la boca. Di media vuelta, ubiqué la puerta del baño

de damas y sin hacer ni un solo ruido me lancé hacia ella. Una vez dentro del baño —el cual parecía estar vacío—, me metí dentro del primer cubículo libre.

El corazón me latía en los oídos. Mi pecho subía y bajaba enloquecido, mi respiración retumbaba en las paredes azulejadas. Esperé que alguno de los dos entrara en el baño; ni siquiera llamaron a la puerta. Con una mano en el cerrojo y la otra en la boca, esperé y esperé. Procuré calmarme, era obvio que no se habían dado cuenta de que yo estaba en el baño. Mi respiración se tranquilizó, no así mi cerebro, mis neuronas le daban vueltas una y otra vez a la conversación que acababa de oír. Había muchas frases que podían tener más de un sentido, o al menos eso me parecía, después de todo, Vicente tenía razón: yo todavía no lo comprendía del todo bien.

Salí del cubículo y me limpie la ropa con un poco de agua, jabón y unas toallas de papel que no absorbían nada. Cinco minutos más tarde estaba otra vez en el corredor. Miré a mi derecha, la luz de aquella sala en la que habían estado conversando Vicente y Jan estaba apagada, debían haber regresado a la fiesta.

Atravesé la puerta vaivén y el primer rostro que vi, fue el de él.

—Dante me contó de tu pequeño accidente.

—No es nada que no se quite con una lavada en el lavarropas.

—Seguro —convino sonriente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Dónde estabas, te busqué antes de ir al baño y no te vi?

Se sonrió más ampliamente.

—Estaba aquí, conversando con Jan y los demás.

—Juro que no te vi—. Mirándolo a los ojos, me pregunté por qué me mentía, no había estado aquí.

—Hay demasiada gente, ha de ser por eso.

Lo miré fijo y en silencio, él me mantuvo la mirada sin dar marcha atrás.

—¿Qué ocurre? —su sonrisa se esfumó—. ¿Estás cansada, te llevo a casa?

—¿Ya quieres irte?—. Me parecía que él estaba mucho más interesado en partir, que yo.

—No soy yo el que necesita dormir y que mañana tiene que levantarse temprano.

—No, eso ya lo sabemos—. No hacía falta que me lo recordara, cada vez que me hacía este tipo de comentarios me daban ganas de pegarle, si le molestaba algo de mi humanidad, por qué no me dejaba cambiar y ya, yo todavía continuaba deseando ser lo que él era.

Frunció en entrecejo.

—Quedémonos un poco más —le dije.

—¡Claro, como quieras! —exclamó rodándome los hombros con un brazo.

Quince minutos después, el lugar se llenó de humanos, lo que echó por tierra mis esperanzas de conocer algo más sobre la vida de los demonios-artistas, y de indagar sobre las razones por las cuales Vicente me mintiera, era obvio que no quería que supiera que había conversado en privado con Jan, pero porqué. Había cosas de la conversación que entendía, pero más allá de eso, no me daba la impresión de que fuese nada de lo que tuviese que sospechar, sobre todo porque yo confiaba plenamente en Vicente, en ningún momento se me hubiese pasado por la cabeza pensar que pudiese estar engañándome o ocultándome alguna cosa que marcara una diferencia profunda en lo que sentía por él. Soy conciente de que callaba demasiado, pero respetaba su silencio, lo respetaba a él, igual que yo creía que él me respetaba a mí.

#### 24. Aquí vamos otra vez.

—Es todo, ¿no? —le pregunté a Susana mirando a mi alrededor para asegurarme que no había quedado ninguna caja sin subir a la camioneta.

—Sí, creo que ya está todo. Gracias por lo del descuento y por ayudarme a llevar las cosas a casa.

—Lo del descuento va por cuenta de Julio, yo solamente intercedí entre ambos, además, es lo menos que podía hacer.

—No tenías ninguna obligación. Si Sebastián no hubiese resuelto vender su automóvil a último momento hubiese venido él a buscar las bebidas —rezongó.

—No hay problema, si quería cambiar el auto y salió la oportunidad está bien, no lo pelees por nada, a mí no me cuesta nada dejarte de pasada en tu casa y las cajas entran perfectamente bien en la camioneta—. Susana salió y detrás de ella, me ocupé de cerrar la puerta. Matías me había pedido de irse media hora antes, tenía dentista.

Puse la puerta reja en su sitio y afirmé uno a uno los candados.

—¿No tuviste más novedades de Lucas? —quiso saber Susana mientras andábamos en dirección a mi camioneta.

—No—. Quité la alarma para que pudiese subir y rodeé el vehículo por delante.

—Tienes idea si existe alguna posibilidad de que regrese para mí boda; falta tan poco...

—Lo siento, la verdad es que no creo que regrese muy pronto.

—Es una pena, de verdad me hubiese gustado tenerlo allí.

—Sé que a él también le gustaría compartir eso contigo, pero ni modo. Yo también estoy deseando que regrese pronto. Tengo la sensación de que se fue hace un siglo. Lo extraño muchísimo.

—Ustedes sí que se hicieron buenos amigos.

Asentí con la cabeza.

—En menos de un año las cosas cambiaron rotundamente —meditó con la vista perdida en la nada.

Encendí el motor.

—El mundo no parece el mismo —comentó a continuación.

—Ni que lo digas—. Puse primera y de inmediato nos unimos al tránsito del sábado por la tarde, en su mayoría gente de paseo, pero también alguna que otra persona que salía de trabajar.

Después de dejar a Susana en su casa y luego de bajar las cajas de vino y champagne y acarrearlas hasta adentro, me fui directo para la casa de Vicente, quería descansar un rato antes de tener que prepararme para la fiesta de esta noche. Llevaba sin ir a mi departamento desde el jueves, pero conducir hasta un lado y luego al otro me daba pereza, ni siquiera la perspectiva de tener un momento para revisar los papeles que me había dado Ana, despertaba en mí, motivación alguna, la verdad es que prefería posponer eso para otro momento, no quería pasar la noche con cara larga debido a lo que pudiese descubrir en ellos, además, Vicente me estaba esperando y cada vez que yo me retrasaba se ponía paranoico igual que anoche: quedamos en encontrarnos directamente en casa de mis padres para cenar con ellos, y por causa de un accidente de tránsito, el tráfico estaba congestionado, la ciudad entera se había convertido en un caos vehicular, llegué a casa veinte minutos más tarde de lo previsto, él estaba como loco, yo no me había dado cuenta de que mi celular se había quedado sin baterías, no había oído el molesto pitido que aquella cosa lanzaba cada diez segundos cuando se encontraba a un paso de desfallecer. Me gritó y se alteró todavía más que mi madre.

—Llegué —grité al entrar en la cocina, la cual estaba vacía. Lancé la cartera sobre la mesa y fui directo a la heladera, el estomago me crujía de hambre, no había almorzado, Susana y yo nos habíamos tomado ese momento para embalar las bebidas que luego se llevaría.

Vicente llegó por una de las puertas vaivén. Me di vuelta y lo vi, estaba hablando por teléfono, me saludó con la mano y me hizo señas de que esperara. Le sonreí y volví a concentrarme en el interior de la heladera, buscando algo que me apeteciera comer. Nada me conquistó, de modo que tomé el cartón de leche, cerré la puerta, fui hasta la maquina de expreso y me preparé un café.

—Sí, claro, es comprensible —le dijo a su teléfono celular. Estaba parado frente al amplio ventanal, mirando hacia fuera, muy pegado al cristal.

La máquina metió un batifondo terrible, por lo cual no pude entender ni una palabra de lo que dijo a continuación.

—No, no creo que eso sea posible —susurró pero yo lo oí, estaba atenta a su conversación.

—No voy a apurar nada porque los demás crean que debo hacerlo —soltó cinco segundos después—. Esto es nuevo para mí, pero no por eso... —obviamente no lo dejaron seguir—. Ya lo sé —gruñó—, ya lo sé —volvió a gruñir después de repiquetear la punta de su zapato contra la pared a la que estaba amurado el ventanal—. Sí —pausa—. Sí.

No le estaba gustando nada lo que quien estaba del otro lado de la línea, le decía.

La cafetera terminó de hacer lo suyo. Saqué la taza del aparato, la coloqué sobre la mesada y busqué en la alacena unas galletitas, por las dudas saqué una taza para él y la dejé sobre la cafetera, quizá quisiese beber algo, aunque por su humor me pareció que mejor le vendría un té de tilo o un vaso de leche tibia.

Despacio, para no derramarme el café encima, caminé hasta la mesa y me senté. Vicente me miró por el rabillo del ojo, dio media vuelta y fue hasta la cafetera.

—¿Cuándo?—. Preguntó antes de presionar el botón de la cafetera.

Tomé una galletita y la mordí, disimuladamente lo miré, tenía la boca torcida, se mordía el labio inferior y su mano izquierda tamborileaba sobre la parte superior de la cafetera mientras ésta preparaba su café. Con la otra mano sostenía el celular sobre su oreja.

La maquina finalmente se detuvo. Vicente dijo “bien” tres veces, en un tono de denotaba que realmente no estaba bien y luego cortó, se guardó el celular en el bolsillo y avanzó hacia mí. Me dio un beso en la coronilla y se sentó al otro lado de la mesa.

—¿Trabajo?

Sacudió la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

—¿Problemas?

Inspiró hondo.

—Nada serio. No tienes de qué preocuparte. Son cosas normales—. Dicho esto, se llevó la taza a los labios y bebió sin mirarme.

Yo me metí el resto de galletita en la boca y la trituré entre los dientes mientras meditaba un modo de sacar el tema a colación.

—¿La otra noche hablaron de trabajo con Jan?

Alzó la vista y bajó la taza para posarla sobre la mesa.

—¿Por qué me preguntas eso?

Me encogí de hombros.

—Un poco, es normal, en las reuniones humanas las personas también hablan de sus trabajos, yo puedo hablar de mi trabajo con Jan sin preocuparme por despertar envidias o rivalidades, los dos nos movemos en entornos muy diferentes.

—¿Te pidió que te unieses a su espectáculo?

Le dio una vuelta a la taza, empujándola por el asa.

—De hecho sí, dice que la gente se quedaría boquiabierta al ver llamas sobre el escenario; le he contestado que por ahora no me apetece unirme al mundo del espectáculo.

—¿Hablaron de mí?

—¿A qué viene tanta pregunta?

—No es nada, pero como no hablamos después de regresar la otra noche...

—Sí, sí hablamos de ti —tomó la taza y se la llevó a los labios otra vez.

Me lo quedé mirando a la espera de algo más.

—¿Qué?

—¿Qué dijo de mí, le caí bien?

—Sí, ha dicho que le agradas.

—¿Y a los demás?

—Eliza, eso no tiene la menor importancia.

—¿No les caí bien?

—Todo lo contrario, pero ese no es el problema.

—¿Y cuál es el problema? Sí que estás poco comunicativo hoy.

—Nunca fui demasiado comunicativo —soltó con mal humor.

—¿Cuál es el problema?

Me contempló en silencio por un momento.

—Nosotros dos juntos somos el problema.

—¿Significa que no les agrada que estemos juntos? —no era necesariamente una pregunta, creo que yo ya sabía la respuesta de antemano: no, no les gustaba.

—¿Confiabas en que ellos fuesen la excepción a la regla?

—A decir verdad sí, son artistas, creí que tendrían la mente un poco más abierta.

—Son demonios —me corrigió cortante—; en el fondo, todos pensamos igual, todos queremos lo mismo.

—¿Piensas igual que ellos?

Aquí vamos otra vez—me dije a mí misma.

Soltó un suspiro y se puso de pie.

—No te entiendo.

—Ya sé que no —murmuró antes de llevarse la taza a los labios por tercera vez.

—Tampoco me permites entenderte.

Apretó los labios y me miró.

—Di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—No sé, cualquier cosa, cuéntame algo que me permita entender porqué estamos pasando por esto otra vez.

Nada.

—Cuéntame cómo fue tu transformación.

—¡¿Qué?!

—Cuéntame cómo sucedió, cómo fue que encontraste a Eva o cómo fue que ella te encontró a ti.

—No quiero hablar de eso, te lo he dicho cientos de veces.

—Sí, ya lo sé; a esta altura ya no me importa, por si no te diste cuenta, hay algo aquí que no está funcionando bien.

Me fulminó con la mirada, sus ojos grises estaban duros, fieros, tanto es así que me recordaron a la primera noche que se apareció en mi departamento. Me estremecí en un escalofrío, algo en él me dio miedo, nunca antes lo había visto como un demonio pero ahora... temía que le saliesen cuernos, garras y alas de murciélago. Es tonto, por un momento me lo imaginé como una de esas fieras gárgolas que muy a menudo coronan las alturas de los edificios de estilo gótico. Sentí un cosquilleo en la nuca y los ojos se me empañaron, no porque tuviese ganas de llorar. Fue extraño.

—Dime si ella ya sabía de tu poder cuando te transformó, si te entrenó antes



de cambiar o no, la otra noche, Dante y esa mujer llamada Marlene estuvieron discutiendo sobre los poderes que algunos demonios tienen y de qué modo llegan a ellos.

—Eliza...

No le hice caso. Agarrándome del borde de la mesa, me levanté de la silla y continué. —Dante dijo que la mayoría de los poderes que los demonios poseen ya daban señales antes de que éstos cambiaran y dejaran de ser humanos, por lo que entendí de lo que comentó, algunos demonios entrenan al futuro candidato antes de que éste se transforme, antes de aceptar su alma gratuitamente, ¿fue así cómo sucedió contigo? ¿Eva sabía de tus poderes? ¿Te entrenó antes de que cambiaras? ¿Sabías lo que ella era cuando la conociste? Dime algo por todos los cielos. Siento que aquello que callas es la clave para comprender por qué no quieres que cambie.

La taza que tenía entre sus manos estalló en mil pedazos salpicando café y porcelana para todos lados.

Ninguno de los dos dijo nada por un largo segundo, de sus manos todavía goteaba café.

—¿Satisfecha? —inquirió de mal modo.

—No del todo, solamente acabo de comprobar que todo lo que está sucediendo ahora es producto de lo que pasó en el pasado, aun así, sigo sin comprender nada más.

—No te servirá de nada saber que yo no tenía ni la menor idea de que era capaz de matar demonios antes de transformarme en uno —soltó dando un paso atrás para apartarse de la chorreadura de café con leche—. Y todo lo demás: quién pueda haberlo sabido o no, ya no tiene importancia alguna, eso no cambia nada. Nadie me engañó si eso es lo que crees, sabía lo que hacía cuando elegí convertirme, no me importaba si podía tener algún poder extra o no, en ese momento no era consciente de ese tipo de cosas, y tampoco hubiese modificado absolutamente nada, saberlo. Sí Eva o alguien más lo sabía, no es asunto tuyo, nuestras leyes y códigos no rigen para ti, no al menos en el modo que tú esperas; no eres quién para reclamar justicia o para sentirte perjudicada. Esto es algo que me atañe solamente a mí, es hora de que te grabes eso en la cabeza; hay cosas en las que no puedes ni debes meterte, existe una parte de mi vida en la que no deseo que interfieras, hubiese preferido no tener que decírtelo de este modo pero sutilmente he intentado hacértelo entender y sin embargo así sigues insistiendo.

—¿Qué? —balbuceé sin poder creerme lo que mis oídos estaban oyendo.

—No tienes ni voz ni voto en nada de esto, ¿queda claro?

—¿Eres consciente de lo dices?

—Completamente.

—¡Perfecto! Entonces si yo no puedo siquiera opinar sobre eso, tú no tienes derecho a opinar sobre mi intención de cambiar.

—¿Cuántas veces discutimos lo mismo?! ¡Tú no cambiarás! ¡Y deja de ser tan inconciente, piensa en lo que lograrías si intentas convencer a alguien más para que lo hagas! Si crees que voy a quedarme de brazos cruzados viendo a alguien cambiarte te equivocas. Buscaré al responsable, lo encontraré y lo mataré. Lo haré. No será el primero ni el último, y no va a remorderme la conciencia.

Se me puso la piel de gallina.

—Y luego iré detrás de ti —me amenazó antes de darse vuelta y alejarse en dirección al armario de las escobas.

—¿Serías capaz de matarme?!

Se detuvo en seco frente a la puerta del armario y se dio vuelta lentamente.

—Sí, preferiría matarte antes que verte convertida en esto, además, tendría que hacerlo.

—¿Qué?! ¿Qué significa eso? Por qué dices que tendrías que matarme — lancé a toda velocidad atragantándome con mi propia saliva.

Me dio la espalda sin más.

—¡Contesta!

—Déjame—. Gruñó. Abrió la puerta y sacó una escoba y una pala.

—No, ni lo sueñes, vas a tener que darme una explicación.

—No—. Azotó la puerta y se deshizo de mí.

—Por qué tendrías que matarme, qué sucedería si yo cambio.

—Ve a cambiarte o llegaremos tarde.

—Al cuerno con la fiesta, esto es mucho más importante. ¡Explícamelo!

—Te dije una mentira, nada más, es que simplemente no quiero que cambies.

No le creí, su mirada me rehuía.

—No, la única mentira es lo que acabas de soltar. Explícame por qué tendrías que matarme.

De mal modo soltó la pala y la escoba, ambas rebotaron contra el piso de piedra y se quedó duro mirándome.

—Voy a decirte una sola cosa: si el cambio se produce tú no querrías estar más conmigo, ni yo contigo; no me soportarías, ni yo a ti y lo más probable es que terminásemos odiándonos.

—No puedes saber eso. Te lo estás inventando para asustarme. ¿Acaso fue una profecía de Jan?

Soltó una áspera carcajada.

—No, no es un invento para asustarte, ni es producto de una profecía de Jan, es la verdad, la simple y pura verdad.

—Y se puede saber cual sería la razón para que terminásemos odiándonos. Recogió la pala y la escoba.

—En pocas palabras, no te gustará lo que verás, es todo. Terminemos con esto ya, por favor. Termina tu café y ve a cambiarte, no quiero que llegemos tarde, es la primera vez que vamos juntos a una fiesta organizada por una amiga tuya y quiero hacer buena letra, además si continuamos discutiendo esto, terminaremos peor de lo que estamos, Susana se dará cuenta y me odiará todavía un poco más—. Se dio vuelta y con la pala cargada de trozos de porcelana, caminó hasta el tacho de basura—. Por favor —me pidió otra vez al ver que yo no me había movido de mi sitio —arrojó los restos y cerró el tacho—. Por favor.

La tercera vez fue la vencida, esquivé el café derramado y fui a sentarme a mi silla.

Estaba... ni si quiera puedo precisar cómo me sentía después de esto, básicamente me había dicho que no teníamos futuro, pero todavía no estaba segura de creerle. ¿Qué sucedería si tenía razón, si me estaba diciendo la verdad? ¿Podía considerar que ambos estábamos perdiendo el tiempo al estar juntos? Bueno, para él el tiempo no tenía demasiado significado, dentro de cincuenta años él... cincuenta años no significaban nada para él, tenía casi el triple de esa edad, pero para mí... Yo no podía concebir la idea de separarme de su lado nunca, no quería dejarlo ni mismo sabiendo cuales eran las perspectivas. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Me arrepentiría de mi elección dentro de veinte años? ¿Y qué si dentro de veinte años se aburría de mí y me dejaba, qué sería de mí entonces? Yo estaba arriesgando la posibilidad de tener niños, de formar una familia, de llevar una vida normal; y qué arriesgaba él: ¿la posibilidad de que lo mirasen torcido por un tiempo?

El celular de Vicente volvió a sonar; lo atendió y se disculpó, me dijo que tenía que atender el llamado en privado. Me quede sentada a la mesa sola, con mi taza.

...

En silencio nos preparamos para salir, en silencio viajamos en el Mercedes-Benz y caminamos la media cuadra que nos distanciaba del lugar en el que Vicente había estacionado, de la puerta de entrada del departamento que Susana y Sebastián compartían.

—Ya bajo —gritó Susana por el portero eléctrico, se oyó mucho barullo por detrás de su voz, se ve que la fiesta había comenzado, escuché música y voces. Vicente me lanzó una mirada, después de todo, terminamos llegando tarde.

Nos costó a ambos integrarnos entre los amigos de Susana y Sebastián pese a los intentos de nuestros dos anfitriones hicieron todo lo posible introducirnos en el grupo; supongo a que se debió a que ambos teníamos la cabeza en otra parte, bueno, al menos yo estaba con la cabeza en otra parte, no tenía ni idea de lo que sucedía dentro de la mente de Vicente, quizá simplemente no le importase congeniar con aquella gente, no significaban nada para él, no eran más que humanos con los que no le unía nada, más que una referencia lejana conmigo.

Sin quererlo, llegó un momento en el que terminamos los dos en una esquina, en silencio y sin siquiera mirarnos.

Susana entró al living comedor desde la cocina, cargando una bandeja con empanadas recién horneadas.

—¿Quieres comer algo? —le propuse.

No gracias, estoy bien —me contestó cambiando su copa de vino tinto de una mano a la otra—. ¿Te parece que debiera comer algo?

—No tienes ninguna obligación.

—¿Te preocupa que a los demás les resulte raro que no pruebe bocado?

Sonó a la defensiva y no tenía porqué estarlo, a mí me importaba un comino si a los demás invitados le llamaba la atención que él no comiera, simplemente lo había invitado a servirse algo con el único motivo de hacerlo sentirse más cómodo.

—Yo tampoco comí nada.

Me contestó con un profundo silencio.

—De todos modos, no fue buena idea venir —soltó junto con un suspiro.

No tenía sentido seguir discutiendo, dejé la copa a un costado sobre una de las tantas piezas de mobiliario que nos rodeaban. Así, con las manos libres, me pegué a él y encerré su mano izquierda entre las mías. A pesar de su indiferencia yo me moría por abrazarlo y besarlo. Sus profundos ojos grises se movieron hasta mí, apretó mis manos y me acarició la piel con los dedos.

—Estoy desconcertada —comencé a decir, en voz muy baja para que nadie

más que él me oyera, pero no pude seguir más allá.

—Yo no... —se detuvo, inspiró hondo y continuó—. Te debo una disculpa, no tenía ni idea de lo que hacía cuando permití que te acercaras a mí.

Quise decirle que decía ridiculeces; no me permitió meter bocado.

—Es decir, sí sabía que esto estaba mal, que no existía un modo de hacer que funcione, pero siempre fui egoísta, solamente pensaba en que te quería para mí, sin pensar en ti, en lo que te sucedería. No me di cuenta del desastre que estaba dejando tras mis pasos. Fui incapaz de ver más allá de mis narices. Pequé de exceso de confianza, quise creer que sería capaz de sostener esto —apretó los labios y me miró directo a los ojos—, no puedo.

Sus palabras sonaban cada vez peor. Las piernas se me aflojaron. Y empecé a sentir que el calor abandonaba mi cuerpo.

—No tengo ninguna excusa para lo que hice. Me he comportado como una criatura inmadura y voluble—. Se estremeció, lo sentí en mis manos—. Te lo ruego, pídemme que me vaya, pídemme que te deje, dime que no quieres volver a verme, recuérdame que no soy bueno para ti, que no tengo derecho a permanecer a tu lado —sus ojos parecían no estar en consonancia con lo que expresaban sus palabras, parecía enfadado e incómodo—. Llegado demasiado lejos... no te hago ningún favor al quedarme.

—No digas más. Asumo la responsabilidad.

—No seas necia —jadeó.

—No voy a permitir que termines conmigo, ni voy a terminar contigo. No me voy a dar por vencida porque las cosas parezcan estar poniéndose difíciles, puede ser que haya huido corriendo a toda velocidad de otras situaciones, pero no pienso huir de ésta. A mí tampoco me engañaron con falsas promesas ni me hicieron creer lo que no era, yo sabía muy bien en lo que me metía cuando aposté mi vida a nosotros. No voy a echarme atrás ahora. Deja de ver las cosas de esa manera, no puedes permitir que la culpa gobierne tu vida, lo hecho, hecho está.

—No tienes ni idea de lo que se siente al vivir con semejante carga encima —me apretó la mano, pero creo que fue una reacción involuntaria.

—No sigas —lo corté antes de que se angustiara todavía más, cuando la culpa empezaba a brotar de sus ojos era difícil de soportar para mí; la intensidad y la carga de su mirada se volvían algo completamente inexplicable, no existía un sentimiento o una palabra humana que pudiese describir aquello, era como si la culpa que él sentía por todo lo que había hecho en su vida de humano y de en la de demonio, se uniera en una amalgama densa y oscura que carcomía y

podría todo a su paso; una condena eterna, talvez el peor de los tormentos. Me pregunté si yo también me sentiría así al cambiar.

—Eres imposible.

—Y tú también —hizo una breve pausa. Sus ojos me derritieron—. Qué vamos a hacer tú y yo.

Eso mismo iba a preguntarle, creía que él tendría la respuesta, o al menos, las condiciones para hallar una.

—¿Todavía puedes amarme?

—Todavía te amo —lo corregí—. Eso nunca ha cambiado ni va a cambiar.

Su mano me soltó para abrazarme.

—Constantemente te hago daño y tú no dices nada.

—Es probable que yo también te lastime sin quererlo y jamás te quejaste.

Se sonrió.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—Y yo no voy a pedirte que te vayas.

Debemos haber quedado ante todos como unos antipáticos, no nos importó, necesitábamos estar solos y por eso, menos de diez minutos después de que tuviésemos esa conversación, estábamos otra vez en el Mercedes-Benz, viajando de regreso a su casa.

Esta vez, el silencio que se formó entre ambos tuvo una connotación muy diferente, estábamos unidos por ese silencio en el que nos dedicamos miradas cómplices, y caricias. Sus ojos tenían otra mirada.

Vicente detuvo el auto al costado de la puerta de la cocina, me sonrió y apagó el motor, yo le sonreí de vuelta; se quitó el cinturón de seguridad y yo él mío. Me le acerqué y él se acercó a mí, le acaricié la mejilla y él puso una de sus manos sobre mi cuello, había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos tocáramos con tanta intimidad, no de un modo sexual, sino del modo que pueden tocarse dos personas que conocen se conocen muy bien, que saben cómo son y qué sienten sus almas, era eso, como si en vez de estar acariciando nuestros cuerpos, estuviésemos tocando dulce y delicadamente nuestras almas. Lo besé y me besó de vuelta, fuimos delicados al principio, pero al poco rato la dulzura le dio paso a algo mucho más profundo e incontrolable.

No me di cuenta de lo que mis dedos estaban haciendo hasta que no terminé de desanudar su corbata. La eché por encima de mi hombro y seguí con los botones de su camisa. Él no me detuvo ni se detuvo. Todo parecía ir bien, sus manos hacían lo correcto y de mí no había salido ninguna emanación sobrenatural, hasta ahora, todo iba bien. Espléndidamente bien.

Llegó un momento en que terminamos enredados entre abrigos y puños con botones que se negaban a soltarse de los ojales. Yo ya estaba perdiendo la capacidad de pensar en otra cosa que no fuesen sus labios y las yemas de sus dedos sobre mi piel, pero había algo que me fastidiaba: la palanca de cambios me hacía la vida imposible, intenté acomodarme y resbalé sobre ésta y fui a caer contra el volante, la bocina del Mercedes sonó estruendosamente. Vicente soltó una carcajada, yo no me reí, acaba de interrumpir un muy buen momento. Cuando logré recomponerme sobre mi asiento, enrojecida por mi falta de estilo y torpeza, me percaté de que Vicente ya no sonreía, tenía la mirada fija en algo, por sobre encima de mi hombro. Me di vuelta, junto a nosotros no había otra cosa que la puerta de la cocina; las luces de la casa estaban apagadas, no se oía ningún sonido particular y todo parecía en calma, por eso me desconcertó su cara de preocupación, con las cejas crispadas y los párpados entornados.

—¿Qué ocurre? —Regresé a mi asiento.

Con manos rápidas y certeras, se abotonó la camisa sin dejar de lanzar miradas a la puerta de la cocina.

—No lo sé con certeza—. Contestó. Se metió la camisa dentro de los pantalones y puso el motor en marcha—. Si no salgo en dos minutos, vete.

—¿Perdón? —Su tono borró cualquier rastro de duda concerniente a que esto pudiese ser un ardid para zafarse del momento.

—Creo que tenemos visitas. No quiero ni que te vean, ni que los veas—. Dicho esto, abrió la puerta y salió, pero no se apartó, se asomó por el hueco de la puerta y agregó—. Siéntate tras el volante, espera dos minutos, si no he salido para entonces, te largas.

—¡No!, de ningún modo, ¿qué dices?, yo voy contigo.

—Ni lo sueñes—. Con una mano pesada me obligó a sentarme otra vez sobre el asiento del acompañante, ya que yo había hecho el ademán de salir tras él—. No va a sucederme nada. No tienes que preocuparte por mí —se apartó—, ahora siéntate aquí —me dijo indicándome el asiento del conductor. A regañadientes obedecí—. Harás lo que te he pedido —dijo con voz suave. Me besó y azotó la puerta.

Todavía no podía creer que estuviese sucediendo esto, justo ahora que las cosas iban mejorando.

Vicente rodeó el auto por delante y entró en la cocina; en cuanto puso un pie dentro encendió las luces. Me asomé hacia delante pero no divisé a nadie; él caminó hasta que lo perdí de vista. Miré mi reloj, eran las doce treinta y tres,

no estaba muy convencida de que al pasar dos minutos, yo pusiese marcha atrás y me largara así sin más, pero más que nada me fijé la hora para tener una noción del paso del tiempo y así, de lo que pudiese estar sucediendo dentro.

Para mi sorpresa no tardó ni treinta segundos en salir. Su rostro estaba plano, en blanco, no evidenciaba absolutamente nada, ni bueno ni malo. Volvió a rodear el automóvil por delante, llegó a mí, y abrió la puerta.

—Ven —me ofreció una mano para ayudarme a bajar—. Tenemos visitas pero no es nadie por el que debemos preocuparnos.

—¿Regresó Lucas?! —no sé por qué solté aquello; me arrepentí al instante de haberlo preguntado, ahora el rostro de Vicente denotaba malestar.

—No, no es Lucas—. Miró hacia abajo, mis ojos siguieron los suyos, entendí al instante lo que quería decirme. Me acomodé las ropas enseguida.

—¿Quién es?

—Buenas noches, Eliza.

Me di vuelta, por encima del techo plateado del Mercedes-Benz, vi el rostro del padre del clan Salleses.

—Gaspar... —¿qué estaba haciendo aquí?—. Buenas noches.

—Mejor entremos —me dijo Vicente—. Tenemos que hablar.

25.

Allanamiento de morada.

Vicente me cedió el paso sin añadir nada más.

La luz de la cocina estaba encendida. Gaspar retrocedió para dejarme entrar, me sonrió sin demasiado esfuerzo y me indicó la mesa con una mano plácida. Comprendí la indirecta y fui a sentarme. Vicente entró detrás de mí y cerró la puerta.

—¿Café? —nos ofreció a ambos.

Gaspar y yo recusamos la oferta, por lo que vino a sentarse justo junto a mí, Gaspar, ya completamente serio, se acomodó en una silla frente a mí.

—Quién de los dos, va a explicarme qué es lo que está sucediendo —inquirí después de que ellos estuviesen un par de segundos en silencio, lanzándose miradas.

Mi celular empezó a sonar.

—No atiendas todavía —me pidió Gaspar alzando una mano. Sus ojos me



miraron y luego se deslizaron en dirección a Vicente, quien estaba rígido cual tabla, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Sentí una cuchillada fría en el estomago. Con la cartera aferrada entre ambas manos, los miré a ambos por turnos. Mi celular sonó una, dos, tres veces más. Intuí lo peor. Era por eso que no querían que atendiese mi celular, algo muy malo había sucedido ¿no?; las manos empezaron a temblarme, el frío del estomago se esparció por todo mi cuerpo.

—Mis padres...

—Ellos están bien —me aseguró Gaspar—. No es por tus padres que ese celular ha tocado.

Sonó el aviso de mensaje, el contestador había atendido.

—¿Saben quién acaba de llamarme y porqué?

Vicente se puso de lado sobre la silla.

—Sí —respondió al tiempo que extendía una mano para posarla sobre las mías—. Algo sucedió en tu departamento.

—Algo... ¿qué?

—Todavía no estamos muy seguros —me contestó Gaspar—, hasta lo que sé la policía está todavía trabajando allí... eran ellos al teléfono; he enviado a alguien de los nuestros para que averigüe qué fue lo que sucedió y para que se cerciore de que el lugar es seguro, hasta tanto no tengamos confirmación de esto último me temo que es mejor que la policía no te ubique.

—No fueron ladrones, Eliza- dijo Vicente.

Un pensamiento me golpeó con fuerza la nuca: ¡los papeles, el libro! No dije nada, de hecho, me quedé muda, Vicente no tenía ni idea de que yo guardaba esas cosas en mi departamento, para él, el caso había quedado cerrado con la muerte de Úrsula, pero para mí no, y ahora, mucho menos, estaba convencida que se habían llevado todo lo que Ana me había dado.

—Todavía no sabemos que es lo que querían —agregó Gaspar-, si buscaban algo, si simplemente tenían ganas de provocar unos cuantos destrozos...

—O si te buscaban a ti —completó Vicente—, es por eso que hasta que el enviado de Gaspar no llame, tú no puedes ni debes poner un pie en tu departamento; así como Gaspar tiene gente de confianza en la fuerza, los otros también podrían tener a alguien dentro. No vamos a correr ese riesgo.

Nos quedamos todos en silencio por un par de segundos.

—¿Cuándo sucedió?

—Me enteré hace unos cuarenta minutos —contestó Gaspar.

—¿Por qué no nos llamaste? —inquirí. Esperaba que no pensara que yo era

una grosera, pero no entendía porqué, en vez de esperarnos aquí en la oscuridad, no había llamado al celular de Vicente para ponernos al tanto de lo que estaba sucediendo.

—Los celulares no siempre son seguros.

El mío anterior había terminado perdido y probablemente aplastado en una ruta, Dios sabe dónde, por ese mismo motivo.

—¿Cómo te enteraste tú?

Gaspar no me contestó, en vez de eso, cruzó una mirada con Vicente.

—¿Qué? Qué es lo que me están ocultando.

Gaspar se apartó de la mesa, pegó la espalda contra el respaldo de la silla y entrelazó los dedos, los talones de sus manos quedaron justo sobre el borde de la mesa. Me dio la impresión de que no iba a ser él quien desvelase la duda.

Vicente me quitó la cartera de las manos y sin mirar hacia atrás, la apoyó en la silla que estaba por detrás de él, me dio la sensación de que me la quitaba de las manos para que yo no se la revoleara por la cabeza, tenía la certeza de que estaba a punto de decirme algo que no me iba a gustar nada, ni un poquito.

—Gaspar, como buen amigo que es, ha estado haciéndome un gran favor —se interrumpió un momento—, durante éste último tiempo, personas de su confianza, han estado cuidando de ti y de tus padres; tiene gente apostada en la puerta del local mientras tú estás ahí, vigila tu departamento las veinticuatro horas del día y se cerciora de que tu familia no corra ningún riesgo, ni mientras están en su casa tanto si salen por motivo que sea. Incluso hay siempre alguien cuidado de nosotros cuando salimos o si nos quedamos aquí en casa.

Sentí que un intenso calor me subía por el pecho, el cuello hasta llenarme la cara y las orejas.

—¿Qué?! —solté con una mezcla de enojo, orgullo herido, miedo, rabia y vergüenza. Había tenido a alguien siguiéndome las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y ni me había percatado. Me sentí como una estúpida, me sentía violada, engañada y tonta. Se me dificultaba ver todo esto como un gesto de cariño o preocupación, simplemente prefería no verlo de ese modo, no quería saber que otra vez corriamos riesgo, todos nosotros, esto era una pesadilla, una horrenda pesadilla—. ¿Por qué? Y... ¿por qué no me lo dijiste? ¡No puedo creerlo!

—Sabía que montarías en cólera, por eso no te lo dije. Sabía que te opondrías, eres tan —apretó los dientes y gruñó—. Era lo que había que hacer, es todo. Te guste a ti o no—. Sacudió la cabeza—. Hubieses preferido que te dejara a

la buena de Dios, que me quedara de brazos cruzados viendo cuándo y cómo caías.

—Tranquilos, tranquilos —nos dijo Gaspar intentando calmarnos a ambos. Extendió una mano hacia cada uno de nosotros y las posó sobre la mesa palma abajo—. No es momento de discutir—. Eliza, Vicente hizo lo correcto, te guste o no, hizo lo correcto, cualquiera en su lugar lo habría hecho, ¿acaso en su lugar no estarías dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de defenderlo, siendo incluso algo con lo que él no esté de acuerdo?

—Gaspar, creo que estás yendo demasiado lejos —le espetó Vicente.

No iba a dejar pasar la oportunidad.

—¡Es eso mismo lo que pretendo hacer y él no me deja!

—¡Ponerte seguridad no es lo mismo que enviarte al Infierno o condenarte a ser un demonio eternamente!- bramó Vicente comprendiendo a la perfección hacia dónde apuntaba mi queja.

—¡Claro, poner en riesgo la integridad de un montón de personas por salvar mi humanidad es mucho más razonable!

—¡Por supuesto que sí!

—¡No puedo creer que estés tan emperrado en defender una idea que ya no tiene defensa alguna! ¡Con custodia y todo, entraron en mi departamento, y pretendes decirme que así estoy segura, que tu plan es mejor que el mío! ¡¿Por quién me tomas?! No sé si percastaste, pero yo bien podría haber estado en mi departamento esta noche y tú lo sabes, podría haber estado allí sola, podrían haberme matado, podrían haberme arrancado mi alma o lo que fuese y ni tú ni nadie habría sido capaz de hacer nada para evitar que eso sucediese. ¡Recapacita de una vez, esta no es la solución! —lo último que se oyó fue mi grito, nadie más dijo nada.

En el silencio nocturno otro celular empezó a sonar.

Gaspar se puso de pie, sacó un celular del bolsillo interior de su saco y atendió con un simple: bueno.

Vicente y yo nos miramos, ninguno de los dos dijo nada.

—Muchas gracias —le contestó al celular y cortó. La comunicación duró menos de diez segundos—. El lugar está libre —nos informó Gaspar regresando a la mesa—. Fueron demonios, de eso no cabe duda, han encontrado rastros de su paso, pero se han ido.

—¿Qué fue lo que hicieron en mi departamento?

—Oficialmente el caso está caratulado como allanamiento de morada. Forzaron la entrada, a simple vista provocaron algunos destrozos; hasta que tú

no vayas y lo compruebes, es imposible de saber si se llevaron algo.

Me levanté de un salto y fui a agarrar mi cartera, busqué mi celular y escuché el mensaje, era de la portera del departamento, me decía que la policía está allí, que algo había sucedido en mi casa. Cerré el aparato, lo eché otra vez dentro de la cartera y me la colgué del hombro.

—¿Dónde vas? —me preguntó Vicente. ¡Como si no fuese obvio!

—Voy a mi casa, quiero saber qué fue exactamente lo que sucedió.

Se puso de pie.

—La policía no va a poder decirte nada más.

—Eso es cierto —acotó Gaspar poniéndose de su lado. Obviamente ninguno de los dos quería que fuera a mi departamento—. Tengo a alguien investigando, no te preocupes, atraparemos a los responsables.

—Eso suena a lo mismo que me dirá la policía en cuanto llegue a casa.

Vicente me agarró del brazo.

—Eliza, por favor.

—Puedes venir conmigo o quedarte, no importa, pero no esperes que me quede aquí de brazos cruzados. Es a mi casa a la que entraron, son mis cosas las que destrozaron.

—Los bienes materiales no tienen ningún valor.

Me hubiese gustado darle vuelta la cara de un cachetazo pero reprimí este primer impulso, apretando los dientes.

—No es por los bienes materiales, es mi hogar al que entraron, ¿no lo entiendes?

No me cabía ninguna duda que el aire que nos separaba podía haberse cortado con un cuchillo, con uno muy filoso.

—Iré contigo.

Casi me desnucó por mirar a Gaspar.

—Tienes tú automóvil, yo no he traído el mío.

—Sí, mi camioneta está atrás, en el garaje.

—Perfecto. Vicente, tu mejor quédate aquí, acompañaré a Eliza hasta su departamento y luego regresaremos para que ella pase la noche aquí.

Vicente no contestó ni que sí, ni que no, ni emitió comentario alguno, simplemente nos observó salir por la puerta de la cocina, en el más completo silencio.

En cuanto pusimos un pie fuera, las luces del jardín, del costado de la casa y del garaje se encendieron (debió haber sido él, desde dentro). La puerta de garaje comenzó su ascenso. Allí estaba la camioneta que me había dado

Vicente, junto a su otro automóvil, la moto y el Mini de Lucas que acumulaba polvo y recuerdos.

Había dejado la llave en el encendido, de modo que fui directo a la puerta del conductor. Gaspar se ofreció para manejar, pero le dije que no hacía falta.

—No te enfades con él —me dijo Gaspar en cuanto dejamos atrás los portones que se cerraban solos gracias a los controles aromáticos. La calle estaba vacía.

Me mordí la lengua y no dije nada, todavía estaba bastante alterada como para hablar sin soltar alguna incoherencia, o algo de lo que pudiese arrepentirme más tarde.

—Lo que hizo fue con la mejor intención. Se preocupa por ti. Nadie ha invadido tu privacidad.

—Disculpa, tengo que disentir contigo en eso.

—Te lo juro, nos hemos mantenido lo más al margen que hemos podido, para no invadir tu espacio, pero sin descuidar tu seguridad.

—No te molesta poner a tus hijos al cuidado de una humana.

Me miró de un modo extraño.

—Mis hijos no saben nada de esto, no tienen ni idea, siquiera se lo he contado a Diogo, no me hace feliz ocultarles nada, pero creí que sería lo mejor para ti... y para todos.

—No quisiste poner en riesgo a tu familia.

Meneó la cabeza.

—Hiciste bien.

—Todos intentamos proteger a los que amamos, Vicente te ama, por eso hizo lo que hizo.

—No estoy poniendo en duda lo que siente por mí, simplemente desearía que...

—¿Qué, qué es lo que desearías?

Suspiré.

—Desearía que por una vez prestase atención a lo que le digo. Nuestra condición va de mal en peor.

—No lo niego.

Se me cayó el alma a los pies, no esperaba oír esto de él, ciertamente no de él.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—No lo sé, han pasado demasiados siglos desde que dejé de ser humano, tengo más experiencia siendo esto que soy ahora, de lo que fui en el pasado, y si bien intento aferrarme a las conductas humanas de las que tú fuiste testigo,

ya no es lo mismo, ninguno de nosotros se engaña, puedes pretender que nada ha cambiado, pero las cosas son muy distintas, ser un demonio es muy diferente a ser un ser humano, sobre todo, cuando los años han pasado... tu concepto de la vida cambia por completo, el tiempo, el amor, el dinero, el hogar, la familia, el pasado, el presente, todo es muy diferente desde nuestro punto de vista, puedo intentar explicártelo y tú podrías hacer un esfuerzo por intentar comprenderlo, no lo entenderías aunque quisieras, solamente la experiencia podría ayudarte a tener una idea de lo que significa, e implican, mis palabras.

—El problema aquí es que Vicente siquiera me permite comenzar a experimentar por mí misma, no quiere que me asome a su mundo y mucho menos, que entre en él.

—El problema aquí es que nunca deberías haberte enamorado de él, no se supone que nada semejante deba suceder.

—Todos ustedes creen que esto está mal, que nosotros estamos mal, no es así, lo que yo siento es amor verdadero y el amor verdadero nunca podría estar mal, no importan las circunstancias, no importan los protagonistas. Te enamoraste de un humano, vives con él ahora.

Gaspar me sonrió con benevolencia.

—Diogo ya no es un humano, y sí, yo aprendí a quererlo cuando él todavía era humano, pero yo no lo se lo confesé hasta que él hubo cambiado. La diferencia más importante entre Diogo y yo, y Vicente y tú, es que Diogo ya había tomado la decisión de cambiar cuando yo lo conocí, él ya se había entregado, era demasiado joven para cambiar, de modo que yo lo acompañé hasta que estuvo listo, y solo entonces, solo cuando él ya era uno de los nuestros, le hice saber lo que sentía, dio la casualidad de que yo también despertaba afecto en él desde hacía mucho tiempo, pero su elección ya había sido hecha, él no cambió por mí, no me entregó su alma a mí, ni yo le hubiese pedido que lo hiciera. El punto es que no resulta agradable arrastrar a nadie hasta esto, en ocasiones a mí me desagrade tener que hacerlo, a veces las personas están realmente convencidas de lo que quieren pero tú no puedes dejar de pensar que están cometiendo el peor error de sus vidas, y nada puedes hacer.

—¿Qué dices?—. Frené tan bruscamente que la camioneta casi se clava en la cuneta de la esquina.

—He dicho que cuando alguien toma la decisión de entregarse gratuitamente tú ya no tienes derecho a cambiar eso.

—Yo quiero entregar mi alma a cambio de nada.

Me miró en silencio.

—Se lo dije a Vicente más de una vez, pero él me contestó que no permitirá que me entregue, si las cosas son cómo tú dices, cómo es eso posible. ¿Cómo es que él puede negarse y tú no, a tomar un alma cuando la persona ya la ha dado? Esto no tiene ni pies ni cabeza. Gaspar, por qué Vicente puede negarse.

—Si te quedas aquí parada nos llevarán por delante.

—Contéstame, quieres. Por qué con él es diferente.

En vez de decir algo, miró hacia fuera. La luz que colgaba justo en el centro, entre las cuatro esquinas se apagó. Procuré no asustarme, debía ser un simple fallo eléctrico.

—Es distinto porque tu alma simplemente no estaba destinada a esto, eso es todo, era para ser comprada, no para quedarse como prenda mientras tú existes en la tierra como demonio. Es diferente, él te dejó libre y ahí termina todo, ya no eres nuestra.

—Sí no soy de ustedes, para qué me persiguen esos demonios, no pueden tener mi alma.

—No buscan tu alma, tu existencia les molesta, verte a ti sobre la tierra es para ellos una vergüenza, es como si alguien les estuviera refregado por sus rostros un error que no debió suceder, un error que Vicente cometió, es por eso que están muy enfadados con él también.

—Básicamente eso significa que preferirían vernos a los dos muertos.

—Básicamente, pero a Vicente nadie le tocará un pelo, el Diablo jamás permitiría que eliminen a uno de sus... —se detuvo en seco.

—¿A uno de sus qué?

—Vicente es uno de sus elementos más poderosos sobre la Tierra, sus ojos están puestos en él.

Se me puso la piel de gallina.

—Me figuro que soporta esto porque él es más valioso que cualquier error que pueda cometer.

—Y yo soy uno de sus errores.

—No debe importarle demasiado ningún error humano, Vicente podrá vivir por siglos y siglos, los de su tipo, los que son así de poderosos... bien, se consideran que son los únicos que literalmente, pueden vivir eternamente, él los cuida, el resto de nosotros podemos ser eliminados si ese es su gusto.

—Entonces no tengo esperanza.

Se encogió de hombros otra vez.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Eva sabía del poder de Vicente cuando fue en busca de su alma? antes que dijera nada, lo dije yo—. Vicente no quiere ni oír hablar del tema, pero yo necesito algunas respuestas.

—Eva no sabía exactamente qué poder tenía Vicente, solamente intuía que sería alguien importante, distinto.

—¿Vicente tenía alguna idea de lo que era capaz de hacer?

—Lo dudo.

—¿Tú puedes reconocer poderes en los humanos?

Asintió con la cabeza.

—Dime, por qué crees que yo puedo sentir a los demonios cómo los siento y por qué les resulto tan tentadora.

—Mi respuesta no tiene utilidad alguna y por lo tanto, me la guardaré para mí.

—Tu respuesta tiene que ver con el hecho de que Vicente me dijo que probablemente si yo cambio, las cosas ya no resultarían entre nosotros, dijo que es posible que terminásemos odiándonos.

Para mi desgracia asintió.

—Por qué.

—Disculpa, no diré una palabra más. Ahora, por favor, arranca.

Supe que no iba a soltar una palabra más. Apretando los dientes, saqué el freno de mano y puse primera.

El resto del viaje se sucedió en un silencio sepulcral.

No existe ninguna palabra que pueda expresar lo que sentí en el momento en que empujé la puerta de entrada de mi departamento y vi el desastre y destrucción en el que se había convertido lo que hasta hace un par de horas atrás, consideraba mi hogar. Ni una sola cosa estaba en su sitio, o entera. Los libros y los cd's se encontraban desparramados por el piso igual que si hubiesen salido volando en espirales, y sus cajas no eran más que trozos de plástico retorcidos y deformes, como si hubiesen sido sometidos a un intenso calor; los libros con las hojas arrancadas y las tapas destrozadas —alguien se había divertido haciendo papel picado con ellos—. Olía a plástico, a tela y a papel quemado. Los portarretratos que alguna vez descansaran plácidamente sobre los estantes, estaban ahora perfectamente acomodados sobre la mesa, cual puzzle, en una exposición truculenta, los vidrios que protegían las fotografías estaban quebrados pero en su sitio y las fotografías negras, quemadas.



La vieja poltrona de mi abuela no era más que jirones de pana verde que como arañazos, lo habían desgarrado; el relleno se escapaba por los rasgones de la tela, parecía que se le estaban saliendo las tripas; el sillón de tres cuerpos ya no existía, trozos de tela, algodón, madera y resortes, formaban un montón informe que indefectiblemente, terminaría en el basurero. Del póster de mi pintura favorita de Klimt, que solía colgar sobre el sillón no quedaban más que unas cuantas varillas, cristal y papeles rotos y unos gruesos pedazos de *paspartú* blanco, entre la mesita y el sillón.

Inspirando hondo, pasé sobre estos y sin querer, pisé unos trozos de cristal que crujieron y se quebraron debajo de las suelas de mis zapatos. El teléfono era un bloque de plástico negro endurecido en forma de gotones que caían de la mesita, y la lámpara había sido reducida a pedazos de cerámica, metal y tela. Gaspar se quedó junto a la puerta, mudo, dos agentes de policía lo acompañaban.

Todavía no podía creerlo, mi casa era la materialización de la devastación. Incluso las lámparas que colgaban del techo estaban rotas y medio salidas; dos bombillas solas iluminaban lo que cualquiera que hubiese visto aquello, habría denominado: zona de combate; era como si una bomba hubiese explotado dentro de mi departamento.

En el sector de cocina, el daño no era menor, no había quedado una sola alacena con puerta, las bisagras estaban reventadas fuera de sus ejes; incluso parecía que se habían colgado de los muebles, las maderas lucían astilladas y desvencijadas, y la comida que habían contenido sus estantes se hallaba desperdigada por el piso o estrellada contra las paredes. Habían reventado los cartones de salsa de tomate y botellas de otras salsas contra la pared, parecían manchones de sangre que chorreaban hasta el piso.

La mesa y las sillas ya no eran nada. Habían volcado la heladera y por lo visto, le habían dado de patadas tanto es así, que parecía la luna, le habían arrancado la cubierta posterior y el motor y lo demás ya no era más que una madeja de cables y metales retorcidos.

El microondas tampoco se salvó, ya no era rectangular, ya no servía para nada. El portero eléctrico ya no existía, lo habían arrancado de la pared con tal saña que incluso habían despegado algunos azulejos al tironear de éste, no pude encontrarlo por ninguna parte. Mi cafetera también había pasado a mejor vida. No tenía ni más platos ni vasos, ni tazas, ni fuentes, ni cacerolas, y los cubiertos se parecían más a un sacacorchos que a otra cosa.

Entre lo que quedaba de lo que fuera mío, caminé hacia la habitación. Allí se

encontraba un perito de la policía sacando fotografías con una enorme maquina con un flash todavía más grande. La luz estaba apagada y la única fuente de iluminación era la luz de la calle, la cual entraba por la ventana plenamente puesto que la cortina había quedado en el piso del balcón, la habían arrancado del taparollo; el aire acondicionado también estaba fuera de su lugar, para ser más precisos, en el piso, destrozado.

Lo primero que vi cuando pude volver a concentrarme, fue la cama, convertida en los restos de una hoguera digna de la inquisición, mi ropa y todo lo que guardaba en mi cuarto, incluido los muebles, habían sido arrojados sobre la cama, y prendido fuego. El fuego había quemado la lámpara del techo. El olor a quemado, allí era insoportable. Me volví hacia el placard, le habían arrancado las puertas, dentro ya no quedaban más que unas cuantas perchas retorcidas y alguna que otra prenda de ropa que se les había caído cuando formaron el montón para incinerarlo, y el barral de bronce que lo atravesaba de punta a punta, por supuesto, ni el libro, ni los papeles estaban allí. No vi rastro de los suéteres entre los que los había escondido. Con la boca seca y el corazón estremecido me acerqué a la cama, Gaspar me llamó desde la puerta pero no le hice caso, para motivos prácticos, él se había presentado ante todos, y sobre todo ante la policía, como mi abogado, de hecho me explicó que realmente era abogado (entre tantos otros títulos que tenía).

Me incliné sobre mis pertenencias chamuscadas y empecé a buscar algún resto que pareciera el libro, metí mis manos entre las cosas que todavía estaban calientes sin miedo a quemarme, no me importaba si me quemaba. No estaban. Me ensucié hasta los codos en hollín. Nada. No estaban. Me invadió la certeza de que habían entrado a buscar eso, o poco menos quizá, que los encontraron, les llamó la atención y se lo llevaron.

—¿Tiene seguro? —preguntó un policía que llegó y se detuvo por detrás de Gaspar.

—No —y ya no importaba, nada quedaba, no tenía más nada que lo que llevaba puesto y unas pocas prendas que guardaba en casa de Vicente. Lo había perdido todo, absolutamente todo.

Sentí como si una gran nube negra se posara sobre mi cabeza, me imaginé a mí misma como uno de esos personajes de dibujitos animados a los que los sigue una nube, a los que les llueve sobre la cabeza mientras todos los demás disfrutan del sol. Mi nube, en vez de descargar rayos y agua, descargaba fuego y destrucción.

Fuego —pensé—, fuego, usaron fuego en mi contra; quemaron mis cosas... por

qué.

—No te preocupes, me encargaré de todas las cuestiones legales —me tranquilizó Gaspar cuando estuvimos otra vez sobre la camioneta, de regreso a casa de Vicente. Esta vez manejaba él, yo me sentía demasiado cansada y aturdida para hacerlo.

Había pasado dos horas hablando con los policías, me hicieron cientos de preguntas que no pude contestar, no porque no supiese las respuestas, sino porque no podía decir la verdad. ¿Tiene enemigos? ¿Tiene idea de quién podría haberle hecho esto? ¿Le sustrajeron algo? ¿Dónde y con quién estaba usted esta noche? ¿Alguien más tiene la llave de su departamento?, porque ¡oh sorpresa!, la cerradura no estaba forzada. Tuve que apretar los dientes y mantener la boca cerrada.

—Mañana en la mañana llamaré al dueño del departamento y le explicaré lo sucedido.

—Gracias, no te molestes, yo puedo hacerlo.

—No, déjame a mí, es lo menos que puedo hacer por ti.

Tiré la cabeza para atrás, mi nuca dio contra el apoya cabezas, así, mirando el techo de la camioneta, me quedé con los ojos abiertos sin parpadear.

—Quemaron todo... ¿qué significa eso?

Sentí en el ruido del motor, que Gaspar subía un cambio, él podía manejar a buena velocidad, no estaba ni dormido ni cansado. Sin enderezar la cabeza, lo miré por encima de mis mejillas, sus manos estaban otra vez, las dos, sobre el volante.

—¿La piromanía es una característica de todos los demonios?

—Tenemos una estrecha relación con el fuego; una relación amor y odio —explicó.

Suspiré.

—Entiendo porque lo dices.

—El fuego simboliza energía, poder, el fuego da vida y también la quita.

El semáforo delante de nosotros estaba en amarillo, a punto de ponerse en rojo, pero de repente, volvió a pasar a verde. Gaspar no dijo nada, yo tampoco.

—El fuego mantiene vivo el amor, enaltece la virtud y enciende la sed de sabiduría —hizo una breve pausa, sus ojos no se apartaban del camino en ningún momento—. Nosotros comemos amor, virtud y sabiduría, estas tres cosas, son las que le dan energía al alma. Imagínate que el alma es el fuego

que le da vida a la enorme caldera que es el ser humano. Nosotros ya no somos dueños de nuestras almas, de modo que sentimos y tenemos la necesidad de apropiarnos de otras almas para vivir. Por otro lado, no somos susceptibles al fuego como elemento de la naturaleza, el calor no nos afecta, pero todos le tenemos respeto.

—Le tienen respeto... qué quieres decir con eso.

—El fuego y el agua son entes purificadores, el fuego del Diablo, el agua, de Dios, la hoguera y el bautismo, ¿te suenan?

Asentí con la cabeza.

—No cualquier demonio se anima a jugar con fuego, el fuego no nos pertenece, es propiedad y elemento del Diablo, nosotros solamente somos sus hijos, y los hijos no están autorizados a jugar con las cosas de los padres. Bien, hay excepciones a la regla.

—Vicente es una excepción.

—Sí.

Otro semáforo nos cedió el paso. Ya no me quedaron dudas de que mi chofer tenía algo que ver en esto.

—La otra excepción que yo conozco es David, el muchacho que trabaja en “*Panis et circesis*”, él puede controlar el agua. ¿Sabes de quién te hablo?

—Fuimos a ver el espectáculo la otra noche.

—Lo sé, Jan me comentó que ustedes estuvieron por allí.

—Así que también conoces a Jan.

—Desde hace muchos años, sí, es casi tan viejo como yo. La vida nos ha encontrado varias veces.

—¿Son amigos?

—No diría eso, pero nos llevamos bien.

—Entonces, me decías que Vicente es una de esas excepciones a la regla de un mundo que parece lleno de reglas y de excepciones, pero qué sucede con el resto, cuán estricta es esa imposición de negarle a sus hijos, el placer de divertirse quemando las posesiones de los humanos.

—Tan solo te diré que no hay excepciones a esta regla —entonó con seriedad.

—¿Cómo?

Gaspar espió por el espejo retrovisor y luego giró el volante a la derecha, estacionó mi camioneta junto a un gran plátano de tronco verde grisáceo.

—Me preocupa tu integridad.

Me quedé con la boca abierta sin poder decir nada. No quería pensar lo que empezaba a pensar.

—Es por eso que le pedí a Vicente que se quedara en su casa, no quería que viniera con nosotros, me pareció preferible mantenerlo al margen de esto hasta que ciertos puntos fuesen aclarados.

—¿Qué puntos, de qué hablas? Si estás tratando de insinuar...

—No conozco a nadie más que pueda hacer lo que él hace, ya te lo dije, quizá nazca uno como él cada mil años.

—Que tú no lo sepas, no quiere decir que no exista otro con sus poderes.

—Claro que no, pero...

—La responsabilidad no tiene por qué recaer en él.

—No pero de todas maneras...

—Puede haber sido un demonio común y corriente, alguien a quien nosotros dos le molestamos tanto que no se importó por la posibilidad de ser castigado. Ese muchacho David, el del circo de demonios, juega con agua, la controla y todavía está vivo, a nadie le importa—. Las manos me temblaban, esto no podía estar sucediendo, Gaspar no podía insinuar que Vicente había quemado mi casa.

—Tienes razón, a nadie le importa porque jugar con el agua es como burlarse de Dios, de la fuerza divina, no del Diablo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No quiero oír lo que tienes para decir, mientes, ahora eres tú el que quiere mi alma. ¡Todos ustedes son unos tramposos! ¡Mienten! ¡Se burlan de la verdad sin el menor reparo! ¡Vicente no hizo eso! ¡No quemó mi casa! Alguien más lo hizo y tú quieres que yo crea que fue él para así —me quedé sin aire, tuve que detenerme, ya no podía hablar, sentía como el peso de un yunque sobre el pecho.

Gaspar me puso una mano en el hombro.

—Eliza, hay muchas cosas que desconoces, tanto de la historia de Vicente, como de la tuya propia. Si te digo que temo por ti, es porque tengo razones para temer. Tú lo has dicho, los demonios mienten y se burlan de la verdad; no te estoy mintiendo, en este preciso momento me vienen a la mente cientos de cosas que desearía contarte, que sé que tendrías que saber para poder comprender lo que te digo, pero confía en mí, es probable que saberlas te haga más daño que ignorarlas. Cuando Vicente vino a pedirme que lo ayudara a cuidar de ti acepté de inmediato el encargo, no por él, sino por ti. No confío en Ariel y Vicente está más apegado a él de lo que estuvo jamás, tampoco confío en Jan y me resulta muy sospechosa su reciente entrada en escena. También estoy muy preocupado por mi hija, sé que Eva quiso ponerse en contacto

contigo, y ahora la han desterrado, ella no ha querido contarme quién o por qué lo hizo, sin embargo yo sé que detrás de todo esto hay algo, algo muy grande, importante y poderoso. Puede que vaya a arrepentirme de esto por el resto de mi existencia, pero... —bajó la mirada y luego la alzó otra vez hacia mí —...ya no confío en Vicente, temo que se haga daño a sí mismo y a los demás... a ti.

Mis pensamientos se enredaron y anudaron. Me negaba a creer en todo esto.

—Vicente se ha emperrado en que nadie más se acerque a ti, te llevó a mi casa para que yo...

—¿Para qué?

—Quería saber si yo podía captar algo en ti. Un poder especial.

—Y...

—Le dije que no había visto absolutamente nada.

—Bien.

—No, no está bien, le mentí.

—¿Cómo?

—Por tu seguridad le mentí. No sé qué es, dudo que nadie lo sepa con certeza. Lo que sí sé es que hay algo en ti, todos lo saben; lo sabe lo sabemos desde hace mucho.

—¿Todos quienes?

—Jan, yo y unos pocos más que se dedican a esto, los más sensitivos, el resto no tiene ni la menor idea y tampoco saben cómo captarlo —sacudió los hombros—, mucho menos, cómo hacer que florezca y se desarrolle. La única verdad aquí es que contigo sucedió algo muy extraño, con esa presunción sobre tu cabeza, no se suponía que tu alma hubiese entrado en el mercado, no sé si me explico.

Le contesté que sí con la cabeza.

—Comprar tu alma hubiese significado un gran desperdicio para nuestro mundo, así nadie hubiese podido aprovechar tu poder—. Apretó los labios y permaneció en silencio por un par de segundos—. Creo que todo esto no fue más que una farsa.

Tuve que agarrarme de la butaca, la cabeza empezó a darme vueltas.

—Jan se presentó anoche en mi casa, me dijo que te había conocido, que Vicente le había formulado la misma pregunta que me hizo a mí, sobre ti, y que sabía que yo le había mentado. Me confesó que él le dijo a Vicente que estaba casi cien por ciento seguro, que había algo en ti, que no podía explicarle qué era, pero que sabía que estaba ahí dentro. Lo que intento decirte, y espero de

todo corazón, equivocarme, es que creo que Vicente no te... Cabe la posibilidad de que lo que quiera de ti sea otra cosa.  
Las lágrimas empezaron a escurrírseme por el rostro.

—¿Tienes dónde dormir esta noche? Preferiría que no fueras a casa de Vicente, necesito hablar con él a solas.

—Puedo ir a casa de mis padres.

—Te llevaré allí entonces.

Encendió el motor.

—No puede haber sido él, estuvo conmigo toda la noche.

—Ya oíste al perito oficial de policía, presumiblemente, esto sucedió en la tarde pero simplemente nadie se percató del olor a humo hasta el anochecer; llevaban horas intentando contactarse contigo.

—¿Desde qué hora lo sabías tú?

—Me avisaron a las siete, yo estaba trabajando y tenía el celular desconectado.

—Más o menos a esa hora llegué a casa de Vicente, él estaba al teléfono, no me permitió oír su conversación, creí que sería Ariel, por trabajo.

—Probablemente estuviese hablando con Ariel. Eliza —se acomodó de costado sobre el asiento—. No creo que nadie más que él hubiese podido colarse por la seguridad que puse para ti. Vicente no conocía todos los detalles sobre quienes y cómo te cuidaban, me ocupé de ocúltale ciertos puntos importante, lo admito, aquellos que estaban a tu cuidado, no son ni tan poderosos ni tan fuertes cuanto él. El fuego no es su único poder, así como la sensibilidad para captar poderes, no es mi único fuerte, nosotros podemos imitar voces, podemos mover objetos, violar cerraduras, hacer creer mentiras a los demás, tomar el aspecto de otras personas, incluso de cosas, hay una infinidad de cosas que un demonio puede hacer para engañar y burlar.

—¿Por qué no llamaste a Vicente en cuanto te enteraste?

—Porqué preferí reunirme primero con mi gente de confianza para interiorizarme.

—Y qué fue lo que te dijeron.

—Me explicaron que no se percataron de que nada extraño sucediera, hasta que tus vecinos empezaron a comentar, fueron personas de mi entera confianza, las primeras en llegar a tu departamento; por desgracia alguien ya había llamado a la policía, de modo que tuvieron que salir y esperar por una oportunidad para volver a entrar y confirmar así poder confirmar si el ataque había sido humano o no.

—No puedo creerlo—. Mi voz no sonó más fuerte que un susurro. No quería creerlo; no podía creer que Vicente hubiese estado engañándome todo este tiempo, yo había percibido cosas que de modo alguno, podían ser parte de un



engaño, era imposible, Gaspar debía estar equivocado, esto era una trampa, alguien, sino él, quería que yo creyera que Vicente me mentía, que él no estaba interesado en mí, no al menos del modo que yo esperaba que lo estuviera. Sí, alguien quería separarnos, tenía motivos de sobra para pensar eso, a nadie le agradaba que nosotros estuviésemos juntos, sí, esto nada tenía que ver con una mentira por parte de Vicente, era un complot para separarnos. Hasta tanto y en cuanto alguien no me mostrase una verdadera prueba en contra de Vicente, continuaría confiando en él, o al menos lo intentaría, la verdad es que todo lo sucedido, más las palabras de Gaspar, habían plantado una mala semilla en mí. Mi corazón se rehusaba a aceptar todas las explicaciones del padre del clan Salleses, sin embargo mi cerebro, mi maldito cerebro tenía decidido ir contra la corriente, por lo visto tenía pensado amargarme todavía más.

Gaspar condujo en silencio, hasta la casa de mis padres, y allí me dejó, con camioneta y todo, para apartarse a pie, después de que yo abrí la puerta.

El escándalo que se produjo cuando entré en casa de mis padres, no decepcionó mis expectativas; en síntesis, fue tanta la locura que pude tener un minuto de paz, recién a las cinco de la mañana. Los pájaros ya cantaban, todavía no había empezado a clarear, pero el amanecer se sentía seco. Me tiré en la cama, así vestida como estaba, mis ojos se perdieron en el techo. Me pregunté qué sucedía, si esto era una pesadilla. Era inconcebible que realmente todo fuese como Gaspar lo pintaba.

¿Quién dice la verdad y quién miente?

Al final, el sueño me venció, pero llegué a ver la luz del amanecer.

¿Qué sería del mañana? ¿Qué iba a suceder?

## 26. Agujeros negros.

Sentada a la mesa, con la cabeza caída hacia delante, así me encontró mi madre, cuando la mañana del domingo brillaba a pleno, fría; ni una sola nube osaba manchar el nítido azul celeste del cielo. Los rayos de sol que entraban por la ventana, daban de lleno sobre mis dedos alrededor de la frutera dentro de la cual descansaban bananas, manzanas y limones.

—¿Qué haces despierta tan temprano?, te hacía durmiendo profundamente; entre sueños te escuche dar vueltas hasta el amanecer; los elásticos de la cama no pararon de crujir.

—Lo siento, no era mi intención mantenerte en vela, es que no podía dormir... no pude dormir. Me despertaba cada quince minutos, de modo que al final

decidí levantarme.

Mi madre puso a hacer café y luego se sentó a la mesa. Me miró en silencio, supuse que de un momento a otro iba a empezar otra vez con el mismo interrogatorio de la madrugada: ¿por qué no te acompañó Vicente, dónde está?, ¿quién es ese abogado amigo suyo que te ayudó?, ¿qué dijo la policía?, ¿quién crees que haya sido?, ¿cómo es que ninguno de tus vecinos oyó nada?, ¿te robaron algo?, ¿por qué quemaron tus cosas?; y por ahí seguía la interminable lista de cuestionamientos que seguro también habían apartado de ella, el sueño, solo que de un modo distinto que a mí, a la inversa, a ella le preocupaban las respuestas, a mi las preguntas. El destino se vengó de mi larga lengua de víbora, mi madre no volvió a la carga con sus preguntas.

—Sabes que las puertas de esta casa están siempre abiertas para ti.

—Lo sé.

—Puedes volver aquí cuando quieras, por el tiempo que desees.

—Gracias, no creo que haga falta.

Las mejillas de mi madre se cayeron, había estado sonriendo, para darme ánimos, me figuro, ya no lo hacía.

—No quiero que regreses a ese departamento.

—No va a volver a suceder—. Le dije para dejarla más tranquila, pero la verdad es que no tenía ni la menor idea de qué iba a suceder a partir de ahora, no tenía la menor idea de nada, estaba asustada, desconcertada y dolorida por mi desconfianza hacia Vicente, mi cerebro insistía en aferrarse a las locas presunciones de Gaspar, a los agujeros negros en la historia pasada y presente de Vicente (existían tantos puntos oscuros que yo había intentado en vano aclarar y él no me lo permitía), y en la mía a su lado, y le estaba ganando la batalla a mi pobre corazón. Solté la frutera y me abracé el pecho acurrucándome dentro de la bata de abrigo.

—No importa, no quiero que vuelvas allí, solo Dios sabe lo que habría podido sucederte si hubieses estado en casa cuando esos hombres entraron a robar.

Técnicamente aquello no había sido un robo, y los que entraron no eran hombres.

—Por qué no te mudas con Vicente.

—¡No voy a mudarme con Vicente porque alguien haya entrado en mi departamento, mamá! Ese tipo de decisiones no se toma así a la ligera y mucho menos, motivada por una razón que nada tiene que ver con el fin en sí mismo.

—Eso qué importa, tómalo como un empujoncito final para tomar la decisión, además, después de todo, tú pasas casi todas las noches allí, qué sentido tiene

continuar pagando un alquiler. ¿Acaso todavía no discutieron el asunto? Me cuesta creer que aún no hayan hablado del futuro, ustedes ya no son niños, debieran empezar a meditar...

—¡Mamá por favor!—. Era lo último que esperaba escuchar esta mañana.

—¿No te pifió que te mudes con él, qué espera, que pases el resto de tus días yendo de aquí para allá con un bolsito, durmiendo dos noches en su casa, una en la tuya?! ¡Ese no es futuro para una relación!

Menos mal que no tenía ni idea de lo que nuestra relación realmente era, sino en este momento estaría entrando en pánico. No, no necesitaba que nadie más entrase en pánico, yo ya estaba en pánico: mi celular estaba mudo, y no porque estuviese apagado o porque se hubiese quedado sin baterías, simplemente no sonaba; Vicente no contestó ni a mi llamado (le dejé un mensaje en el contestador), ni al mensaje de texto que le enviara cinco minutos atrás.

—Esto está muy mal —decretó mi madre —muy pero muy mal —se levantó y adoptó posición de firme, con la espalda muy recta y las rodillas, que asomaban del borde de su camión y entre los lados de la bata, metidas para dentro, igual que una bailarina (igual que la bailarina de ballet clásico que había sido mucho antes de que yo llegara a este mundo y de que ella planificara tenerme)—. Le pediré a tu padre que hable seriamente con él.

Esto sí que iba de mal en peor.

—No tengo cinco años, yo sola voy a manejar esto, no pienso mudarme con Vicente, no al menos por el momento, hoy mismo voy a regresar a mi departamento, si es necesario, tiraré todo a la basura y empezaré de nuevo.

La cafetera comenzó a borbotear, el olor a café inundó la cocina; en dos trancos mi madre llegó a la heladera, sacó la leche, un frasco de dulce de damasco y la manteca. Colocó todo menos la manteca sobre la mesa y luego empezó a preparar la bajilla para servir el desayuno. Sacó el pan de la alacena, colocó un par de rodajas dentro de la tostadora y la encendió, todo, en el más completo mutismo. Mis palabras sí que habían servido (era la primera vez, por lo general no me hacía el menor caso).

—Anoche le dije a tu padre que sería buena idea que te ayude a elegir una alarma para instalarla en tu departamento.

—No hará falta —dije metiéndome las manos en los bolsillos. Los dedos de mi mano derecha se cerraron alrededor del celular.

—Si es por el gasto, no te preocupes, tu padre y yo la pagaremos.

—¡Mamá, por Dios!

—No es por ti, es por mí, eso me dejará más tranquila.

Inspiré hondo. Si eso la dejaba más tranquila, instalaríamos una alarma en mi departamento, todo, con tal que terminara con esta conversación.

Mi madre se fue y regresó con el diario. Me lo tendió para recambiar las rebanadas de pan, las que sacó de la tostadora, las puso dentro de una bandejita de mimbre y las abrigó con una servilleta, para que no se enfriaran. Mientras ella hacía lo suyo (ponía a calentar la leche, sacaba la miel de la alacena y buscaba la azucarera), me encargué de separar el diario por secciones; hojeé la parte central, no había nada interesante, las mismas noticias de siempre, los mismos comentarios sobre la desastrosa política local, los debacles producidos por la crisis económica mundial etcétera, etcétera, etcétera. Mi mañana no estaba para temas profundos, ni para dilemas que preocupaban a la población del mundo entero, razón por la cual, acabé con la mirada puesta en la sección de espectáculos, ninguno de los títulos de portada llamó mi atención, pero aun así, descorrí la primera página: quién va en ascenso, quién en franca decadencia, que actriz podría ser nominada para un Oscar por su participación en el último éxito de taquilla, todo muy ligero y liviano, al menos para mí, la actriz en cuestión debía sentirse bastante contenta y satisfecha por la noticia; pasé una página más y...

—¿No era ese el espectáculo que fuiste a ver la otra noche? —inquirió mi madre asomándose por encima de mi cabeza.

—Sí, sí era.

—¿Y no era bueno?

—Era impresionante.

Hizo una mueca.

—Me extraña que así de la noche a la mañana hayan suspendido el resto de sus funciones.

—Sí, es raro.

—Al menos tienen la decencia de devolverle a las personas que compraron sus entradas por adelantado, el dinero que pagaron por ellas.

Eso decía el cartel, que para reintegro del valor de las entradas debían dirigirse al teatro o llamar a un número de teléfono que figuraba medio centímetro más abajo.

—Buenos días —nos saludó mi padre entrando a la cocina con cara de dormido.

Mi madre fue hasta él, se saludaron con un rápido beso.

—¿Descansaste?

Negué con la cabeza

—A sentarse que el desayuno ya está listo —exclamó mi madre sacando la leche del fuego para luego servir un poco en cada taza.

Cerré la sección de espectáculos y la coloqué sobre el montón, no por eso, la súbita cancelación de las dos últimas funciones de “*Panis et circencis*” se convertiría en un caso cerrado. Algo malo sucedía, lo presentía. Como me hubiese gustado haber tenido el tino de pedirle a Gaspar su número de celular, me interesaba oír lo que tuviese para decir al respecto de esto.

Sin permitirnos mover un dedo, mi madre nos sirvió el desayuno. Por insistencia suya, me comí dos tostadas con manteca y dulce, el café sería bienvenido por mi organismo, pero no tenía apetito, aún así, debo reconocer que las tostadas estaban exquisitas y calientes, yo podía hacerme cientos de tostadas, pero nunca tenían el sabor con el que le salían a ella, cosa completamente injustificada, yo compraba el mismo pan, el mismo dulce, la misma manteca y tenía exactamente la misma tostadora, ¿sería algo en el aire que fluía dentro de esta casa?, ¿sería una burda ilusión psicológica por eso de la comida de las madres no tiene igual y de que incluso, cuando somos adultos, no hay nada mejor que el hogar de la infancia, con todos sus recuerdos y sus promesas? Algo de eso debía haber, podía tener centenares de enfrentamientos con mi madre, pero este siempre sería mi hogar, mi verdadero hogar y ella me lo había vuelto a hacer saber.

Como buena hija, tomé mi desayuno y me encargué de lavar los platos. Aprovechando que mi madre y mi padre habían salido al jardín para ver no sé que cosa, saqué mi celular y volví a marcar su número, cuando iba por el cuarto “ring” ya me estaba convenciendo de que otra vez tendría que hablar con el contestador, fue su voz en vivo y en directo, la que me respondió.

—¿Vicente? ¡Hola!

—Hola.

En otras circunstancias y con otros protagonistas podría haberse pensado que yo acababa de despertarlo, pero él no dormía jamás.

—¿Sucede algo, estabas ocupado?

—Más o menos.

—Te llamé y te dejé mensaje.

—Lo sé, ahora iba a llamarte... en un rato —pausa—. ¿Estás bien?

—Sí —espié en dirección a la puerta que daba al jardín, mis padres estaban parados frente al rosal que ya había empezado a brotar—, casi no pegué un ojo, pero sí, puede decirse que estoy bien. ¿Qué tal tú, hay alguna novedad? Gaspar quedó en que se comunicaría conmigo si lograba averiguar algo pero

todavía no...

—Gaspar se marchó hace una hora —me espetó en un tono seco e insensible.

—¿Cómo?

—Por trabajo, se fue.

—Pero él...

—Eliza, le pedí que no vuelva a acercarse a ti—. Sentí como el calor del rostro se me escurría por el cuello, el pecho, hacia las piernas. Los dedos de las manos también se me enfriaron—. Anoche discutimos, le he pedido que no vuelva a acercarse a nosotros.

—Pero por qué —inquirí con falsa ignorancia.

—No quiero hablarlo contigo, no es algo que tú... no es un tema para discutir por teléfono; ¿estás en casa de tus padres?

—Sí—. Inspiré hondo—. ¿Fue tan seria la discusión?, creí que ustedes eran buenos amigos.

—Lo mismo pensaba yo—. Su voz soltó un tinte venenoso que no me gustó nada, pretendía no demostrarlo, sin embargo de mí cuenta de que estaba furioso.

—¿Por qué lo dices?

—Ya no importa.

—Sí, sí importa.

—Eliza, en ocasiones, las personas no son lo que parecen, los demonios, tampoco suelen serlo, somos los maestros del engaño.

¿Se incluía? Sacudí la cabeza para deshacerme de la idea.

—¿Su familia también se fue? —Se había quedado profundamente callado.

—Sí, se han ido todos.

—Así, de la noche a la mañana —no podía quedarme con una respuesta que no me decía nada—. Pero por qué, no es que apenas estaban de regreso.

—Así es nuestra vida, Eliza —entonó rematando el asunto. Quedaba claro que no iba a decir una palabra más.

—Bueno, y qué es lo que va a suceder con lo que pasó anoche en mi departamento.

—Hablé con Ariel, él se encargará de todo, muchas cosas cambiarán a partir de hoy. La gente de Gaspar se ha ido, y es mejor así, de modo que yo cuidaré de ti, estarás más segura a mi lado, créeme. Nadie se te acercará.

—¿Van a encontrar a los responsables?

—Que no te quepa la menor duda.

—Quemaron todas mis cosas —le dije con el corazón encogido.

—Lo sé, no te preocupes, te ayudaré a reemplazar todo lo que fue destruido. Que te parece si nos encontramos después del medio día en tu departamento. Iba a preguntarle por la cancelación de las funciones del espectáculo para el que trabajaba su amigo Jan pero no me dio tiempo, se despidió de mí, me dio la impresión de que estaba ansioso por cortarme. Sin quitarles los ojos de encima a mis padres, cerré el celular. Me quedaban un par de horas hasta el medio día.

—Podrías quedarte tú al menos —insistió mi madre; me había pedido que llamara a Vicente para invitarlo a almorzar; le dije que él estaba ocupado, que habíamos quedado en vernos, pasado el medio día, en mi departamento, pero que yo prefería adelantármele y empezar con la labor de retirar de mi departamento, todo lo que ya no sirviese para nada. Mentira, últimamente mentía y ocultaba demasiado.

Me despedí de mi madre con un beso y me subí a la camioneta, mi destino final era mi departamento, sin embargo tenía pensado hacer una escala antes. Media hora más tarde, me encontraba a las puertas del teatro; los carteles de promoción del espectáculo de "*Panis et circencis*" todavía estaban pegados a las puertas de madera y cristal, incluso la marquesina todavía estaba en su sitio. La calle era una desolación, aún era demasiado temprano para que la gente saliera de sus hogares a disfrutar del último día del fin de semana, debían estar en sus casas, desayunando, leyendo el diario o incluso durmiendo. Me bajé de un salto y cerré la puerta, rodeé la camioneta y me paré frente a las puertas.

Un hombre de overol verde caqui armado con una escoba, un balde y una manguera verde fosforescente enlazada sobre el hombro, salió por una de las puertas. Me miró, dejó las cosas en el suelo a un lado y luego avanzó hasta mí.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Viene por lo de la cancelación de las funciones? Lo lamento, todavía no hay nadie, el teatro está cerrado —soltó antes de que yo tuviese tiempo de responder a su pregunta—. Lo he visto en el diario- se encogió de hombros—. Yo tampoco sabía nada, simplemente se fueron, desaparecieron. Juntaron todos sus petates y se mandaron a mudar, así de la nada, sin avisar a nadie. Seguro va a empezar a llover gente para quejarse y todavía no ha venido ninguno de los dueños —resopló—, voy a tener que ser yo quien dé la cara y eso no me corresponde.

—Lo entiendo, sé a qué se refiere, usted no tiene porqué hacerse cargo.

—Así son las cosas, señorita, se piensan que porque a uno le pagan un sueldo, eso los torna amos y señores de la persona en cuestión. ¡Como si fuesen mis dueños!

—Cuando se fueron... los del espectáculo —tragué saliva—. ¿Cuando se marcharon?

—Anoche, mejor dicho, de madrugada, anoche dieron una función con total normalidad y esta mañana, muy temprano, cuando yo llegué, ya se habían marchado. No dejaron ni sus sombras. Me sorprende que pudieran publicar el aviso con la cancelación del resto de las funciones, los diarios se imprimen por la noche. Supongo que ya tenían pensado largarse, pero no se lo comunicaron a nadie.

—Tiene idea de por qué se fueron así, de la noche a la mañana.

—Ni la más remota —descargó parte del peso de su cuerpo en el palo de la escoba—. La verdad es que no lo entiendo, cobran una fortuna por los ingresos a sus show y ya tenían todo vendido. Es un desperdicio, les estaba yendo muy bien, si hasta escuché rumores de que agregarían más funciones. Supongo que se arrepintieron, debían tener algo mucho más importante que hacer. Ni modo, esa gente era muy rara, no me sorprende demasiado lo que hicieron.

—Rara cómo —curioseé dando un paso al frente. El encargado parecía sumamente dispuesto a seguir conversando.

—Usted creerá que estoy loco... esa gente realmente no era nada normal. No tenían hábitos normales y todos ellos se comportaban de manera muy extraña.

—Artistas —comenté forzando una sonrisa.

—No, que va, yo tengo experiencia con artistas excéntricos, es que estos eran todavía más raros que el más desquiciado de los extravagantes. Desde que llegaron no pararon de suceder cosas extrañas aquí. Constantemente entraba y salía gente. Hace un rato hablé por teléfono con el encargado de la noche para comentarle que había visto en el diario que esta gente se había marchado y me dijo que anoche, poco antes de que él se fuese a su casa, cuando la función ya había terminado hacía cuestión de una hora y media o dos, se apareció en la puerta de entrada de artistas, un tipo, reclamando para ver a uno de los organizadores, a un tal Jan. El hombre se presentó como amigo o conocido de este tal Jan, pero por lo visto, él no deseaba recibirlo, dice que al final, después de muchos ir y venir, el tipo entró. Mi compañero no presencié la escena, pero comentó que oyó el alboroto; hubo una pelea o algo así. El tipo



que había venido a ver a este tal Jan se fue quince minutos después de entrar, nadie le dio explicación alguna de lo sucedido, nadie nos explica nada a nosotros, no somos importantes para ellos al menos que haya algo que limpiar o que reparar. En fin, el asunto es que un par de horas después, ya no quedaba ni rastros de la compañía. Todos se marcharon antes de que despuntase el alba.

—¿Su amigo vio al hombre que vino, marcharse?

—¿Cómo?

—Si lo vio partir, o si simplemente cree que se fue.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada, no tiene importancia —sí la tenía, pero el hombre comenzaba a mirarme con desconfianza—. Regresaré más tarde para ver si puedo recuperar mi dinero.

—Buena suerte —exclamó el hombre con un tono socarrón.

Sin mirar atrás, me largué. Subí la camioneta y me dirigí a mi siguiente escala, la cual no había estado en mis planes, pero que ahora se me urgía hacer. Temía por Gaspar y por los suyos, esto era una locura, temía que les hubiesen hecho daño. Y el peor de los temores giraba en torno al o a los responsables, en realidad, lo que me paralizaba de pánico, era poder descubrir que la persona que yo amaba pudiese haber hecho algo realmente malo.

La reja estaba cerrada. La sacudí; hubo forma de abrirla, debía pesar una tonelada en hierro fundido. Llamé al portero eléctrico una docena de veces, nadie contestó. Si no se habían ido, se estaban negando a mí, pero lo dudaba. Los jardines se veían igual que las dos veces que yo había estado allí, sin embargo una nota en el aire evidenciaba el abandono... una salida a toda prisa.

Nunca en mi vida hice nada semejante, es que la situación lo ameritaba, estaba dispuesta a todo con tal de sacarme la duda. Miré a un lado y al otro; suponía que el barrio debía tener seguridad privada, sin embargo no vi más cámaras que las que estaban sobre los muros y éstas sin duda debían ser controladas por los dueños de casa, que ahora no estaban, y si realmente estaban... bueno, no se enojarían por lo que estaba a punto de hacer, tomarían en consideración mi desesperación.

Inspiré hondo y volví a echar un vistazo a mí alrededor: no había nadie. Pensé que si no me rompía una pierna, y por qué no, el alma, iba a ser de milagro. Me agarré de la reja lo más firmemente que me fue posible, considerando que

temblaba como una hoja, tomé envión, puse un pie sobre una de las barras de acero y salté. A Dios gracias que la reja era un enjambre de firuletes de los que podía sujetarme y usar de escalones. Así y todo, pasar al otro lado del portón no fue nada fácil, las manos me sudaban, me sentía terriblemente nerviosa, si alguien pasaba y me veía haciendo esto, llamaría a la policía, terminaría en la cárcel, sería un desastre, no quería que Vicente se enterara que yo estaba haciendo esto, al menos no hasta que obtuviera una respuesta.

Lo logré, aterricé en el interior de la propiedad. No sonó ninguna alarma, ningún perro de diabólicas dentaduras llegó corriendo para arrancarme un pedazo. No sucedió nada.

Como una flecha, me lancé camino arriba. La casa ni se adivinaba desde aquí. La carrera me dejó sin aliento y con un fuerte dolor punzante en el lado izquierdo. Peor que el cansancio y que el dolor fue ver la casa abandonada, a las prisas, obviamente.

La presión sobre mi pecho se incrementó, fue como presenciar la escena de un crimen. Las puertas de la cochera estaban abiertas de par en par, por lo que algunas hojas secas se habían metido en el edificio y ahora correteaban lentamente por el piso de cemento alisado. Se habían llevado todos los vehículos, incluidas las motos. Las luces del interior todavía estaban encendidas. Se largaron cuando todavía era de noche —pensé.

Seguí caminando en dirección a la casa. Las piernas me pesaban.

La gravilla sonó debajo de mis pies. Me detuve a unos pocos pasos de la puerta de entrada, la cual también estaba abierta, pero no de par en par, sino entornada.

Apreté los puños. Esto se ponía cada vez peor.

—¿Gaspar? —llamé alzando la voz.

Me respondieron los pájaros que anidaban en los árboles de la propiedad.

—¿Diogo?!

Los pájaros dejaron de cantar.

—Mierda. Esto no puede estar pasando —solté en voz alta echándome a andar otra vez. Me detuve y llamé a la puerta con los nudillos. Volví a llamar a los dueños de casa, no había nadie allí. Todos los sonidos se escucharon igual que sonarían dentro de una profunda caverna. Empujé la puerta y entré. De inmediato capté el olor a quemado; a simple vista todo se hallaba en perfecto orden, lo único extraño eran las luces encendidas en pleno día. El living estaba tal cual; debo admitir que esperaba ver algo muy parecido a lo que había visto en mi casa, no fue así.

Me asomé por el corredor que daba a la biblioteca y no vi nada, fui hasta el comedor: todo en perfecto orden, la cocina... la cocina. El alma se me cayó a los pies, la cocina ya no existía, de ella quedaba un hueco negro. Del piso al techo, todo quemado, chamuscado, irreconocible.

Tuve que agarrarme del ennegrecido marco de la puerta, porque las piernas me flaquearon. El marco se desmenuzó entre mis dedos, había ardido a una temperatura inimaginable, se había incinerado. Una supernova había estallado allí dentro.

Algo crujió a mi espalda y casi me muero del susto. Esperé conteniendo la respiración, para que no me oyeran. Me pregunté si tenía compañía. Lentamente retrocedí sobre mis pasos, dejé atrás el comedor andando en puntas de pies, si había alguien allí, apostaba lo que fuera, a que no eran los dueños de casa. Llegué al living, la puerta de entrada estaba cerrada. Me quedé petrificada del miedo. Que haya sido el viento, que haya sido el viento —repetí para mí, dentro de mi cerebro un par de veces, pero no logré convencerme, afuera las plantas y los árboles estaban muy quietos, no había ni una pizca de viento, ni la más tenue brisa. ¿Moriría, se quedarían con mi alma? ¿Sufriría lo inimaginable?

Casi me infarto cuando mi celular empezó a sonar como loco. Sin pensarlo dos veces, sin cerciorarme de que nadie me esperaba en la entrada del corredor que daba al otro lado de la casa, salí disparada en dirección a la puerta esquivando los blancos y pulcros sillones de Diogo, la abrí de un tirón y corrí, corrí a toda velocidad hasta llegar a la reja. La salté como si fuese la persona más ágil del mundo, me metí en mi camioneta, puse marcha atrás; dejé una nube de polvo, frené, puse primera y no desaceleré hasta la entrada de la autopista.

Quien llamó no dejó mensaje, pero si volvió a llamar quince minutos más tarde y sí dejó mensaje. Había sido Lucas, desde Europa todavía, no pude atenderlo porque estaba manejando, me prometió que volvería a llamar, eso me tranquilizó. Ahora más que nunca precisaba hablar con él.

De milagro no choqué contra nada, no estaba en control de mis extremidades, todo mi cuerpo temblaba. No podía pensar, mejor dicho, me rehusaba a hacerlo.

¿Qué había sucedido en la madrugada mientras yo dormía? Por qué de repente el mundo se había vuelto patas para arriba, que había cambiado tanto que ya nada parecía ser lo que era.

Tenía que calmarme, necesitaba claridad para intentar entender todo esto.

Di una vuelta alrededor de la manzana de mi departamento para asegurarme que el Mercedes-Benz de Vicente no estaba por ninguna parte, y solo así, estacioné y me bajé de la camioneta. Debía tomarme un segundo de tranquilidad a solas para razonar, bien, tranquilidad es una forma de decir, no me sentía tranquila, era un manojo de nervios.

Saqué las llaves y abrí la puerta de entrada, una imagen muy clara me golpeó la nuca, una mano que yo conocía muy bien, a la que me solía aferrar por miedo a perderme a mí misma, sostenía el pomo de la puerta y la abría sin necesidad de llave alguna. Enojada conmigo misma solté un gruñido y entré.

Verdad, mentira. Debía creerle a Gaspar, siendo que apenas lo conocía, o a Vicente, el amor de mi vida, la persona por la cual estaba con aún con vida.

Antes de que el ascensor llegara al segundo piso, ya se sentía el olor a quemado.

Se me cerró la garganta y ya no pude tragar.

El ascensor se detuvo y me llevó más tiempo del normal reaccionar, me negaba a bajarme y ver otra vez, lo que había quedado, sería constatar que había sucedido, que era cierto, que no se trataba de una pesadilla.

Me costó abrir la puerta, las cerraduras estaban dañadas, por el calor me figuro, nadie las había forzado, éstas y la puerta en sí, estaban intactas, quién diría que adentro no quedaba nada que pudiese ser rescatado.

Aquí esta la opresión de pecho otra vez —me dije a mi misma una vez que me hube parado en medio del living, en los restos de mi living, mejor dicho.

Me quité el abrigo y junto con la cartera, los dejé en el único espacio disponible que no estuviese cubierto de cenizas, encastrado de comida, quemado o destrozado. Aparté unos cuantos cristales rotos de la mesa, y dejé mis cosas allí.

—¿Por dónde empiezo? —me pregunté. Había tanto por hacer, tanto que tirar.

Me agaché, paradójicamente, quien hiciera esto, tuvo la amabilidad de no tocar las alacenas en las que yo guardaba los productos de limpieza y demás implementos para dicha tarea. Tomé la pala, la escoba y un par de bolsas de residuos. Antes de ponerme a trabajar, saqué mi celular de la cartera y me lo metí en el bolsillo del pantalón, quería tenerlo a mano por las dudas que Lucas volviese a llamar.

En condiciones normales, yo solía poner música para hacer la limpieza de mi casa, pero mi equipo de música ya no existía, así como mis cd's o la computadora.

Tragué en seco, me arremangué y me mentalicé en no detenerme hasta que todo

lo quemado o roto, estuviese fuera del departamento; no soportaba tener que ver todas las cosas que habían sido mías, convertidas en nada.

Armada con la escoba, la pala y las bolsas, llegué a la habitación. La persiana de madera continuaba toda caía en el balcón; de la puerta ventana ya no quedaban más que los marcos, lo cual era una ventaja, la habitación estaba ventilada, igual de todos modos, el olor a quemado era penetrante.

Desplegué una de las bolsas de residuos sacudiéndola en el aire y me aproximé a la cama, la montaña negra de lo que fueran mis posesiones parecía imposible de meter dentro de las bolsas de las que disponía.

No tuve el tino de agarrar un par de guantes, por lo que a los tres segundos ya tenía las manos sucias de aceitoso hollín.

Las telas de lo que habían sido mis prendas de vestir se desmenuzaban entre mis dedos, por más que intentara pasar de a una pieza por vez, aquello se disolvía antes de llegar a la bolsa. Debo admitir que conservé las esperanzas de encontrar el libro y los papeles hasta más o menos cinco minutos de estar enfrascada en aquella labor, cuando finalmente comprendí que no quedaba nada reconocible. Diez minutos más tarde y pese a mis intentos de no ensuciarme demasiado, terminé tan negra cuanto la hoguera. Llené dos bolsas y tuve que ir por más; estaba abriendo una tercera, cuando mi celular empezó a sonar. El número no estaba registrado en mis contactos pero ya sabía quién era.

—¡Lucas! —Se me escapó una buena tajada de desesperación en ese grito.

—¿Eliza?

—Sí, soy yo—. No era mi intención, pero por fin, la angustia que se había estado acumulando dentro de mi pecho encontró rumbo y acabó saliendo por mis ojos en un llanto incontenible. Por los primeros treinta segundos de nuestra conversación no pude articular ninguna otra palabra más. El pobre de Lucas, que no tenía ni la menor idea de lo que sucedía, no dejaba de preguntarme, alarmado, la razón de mi llanto, y si me encontraba bien. En cuanto recuperé el habla, se lo conté, todavía entre hipidos. Lo confundió que le dijera que Gaspar había insinuado que ya no confiaba en Vicente, que creía que él era el único que hubiese podido traspasar su seguridad y por supuesto, un detalle no menor, jugar con fuego... incendiar mi departamento. Le conté que había conocido a Jan, le repetí la conversación que Vicente y él habían tenido, le dejé en claro que yo no había notado nada extraño en él, que esto no tenía ni pies ni cabeza pero que aun así yo me sentía en la cuerda floja, que ya no sabía en quién confiar, que lo necesitaba, porque si en alguien yo creía a

ciegas, era en él. Me dio culpa admitir en voz alta que confiaba más en él, que en Vicente, jamás hubiese esperado decir algo semejante, y mucho menos sentirlo. Lo que creí que era lo mejor que hubiera podido pasarme en esta vida, se caía a pedazos.

—No puede ser cierto, conozco a Jan, conozco a Gaspar, ambos son de confianza, lo sé, y simplemente no puedo pensar que Vicente esté detrás de todo esto. Me resulta imposible de creer que haya alguna razón oculta detrás de lo que sucedió, si bien no es descabellada la idea de que él se percatara, cuando todo ya había empezado, que tú tienes algún poder que era todavía mucho más valioso que tu alma y por eso se emperró en evitar que tu alma fuese condenada al Infierno, ya que desde allí ese supuesto poder tuyo no le serviría de nada a nadie...

—¿Qué?—. No lo había pensado de ese modo, pero evidentemente él era un demonio y había comprendido mejor que yo, lo que Gaspar con sutileza humana, había insinuado.

—¡No! Yo no... —se cortó, o bien no tenía más nada que decir o no tenía como explicar o mejor dicho, justificar que eso no era posible.

—Apartó a todos de mi lado, primero te alejó a ti, luego a Gaspar, ellos discutieron, Gaspar dijo que temía por mí, Gaspar fue dónde Jan porque no confía en él, debía creer que estaba con Vicente, después de todo, al igual que Gaspar, Jan es capaz de detectar poderes especiales en humanos.

—No, detente, eso no puede ser así.

—Sé que no, Vicente no me haría una cosa así, sé que me ama, no puede haber estado engañándome todo este tiempo, me habría dado cuenta. Entonces, hay alguien más detrás de todo esto, alguien que quiere que yo crea que fue así, que intenta convencerme de que Vicente no me ama, de que solamente especula con generar el desarrollo de ese supuesto poder que yo dudo que exista—. Metí una mano entre el montón, tomé un trozo de la maza informe y chamuscada y la arrojé dentro de la bolsa nueva—. Sí, alguien intenta crear un gran agujero negro entre nosotros, quieren separarnos, eso es todo, nadie desea vernos juntos, le molestamos a todos... —jadeé al borde de la histeria acarreando palmadas y palmadas de restos quemados hasta la bolsa—. Eso es, no voy a creer en lo que ellos quieren que yo crea, Vicente está conmigo porque —enmudecí —el celular casi se me cae de la mano. Mi mano derecha estaba todavía sumergida entre los restos quemados, mi puño cerrado apretaba con fuerza un objeto metálico, pequeño, alargado y plano el cual estaba frío, helado y húmedo. Con Lucas gritándome al oído otra vez debía creer que me

había dado un ataque o peor, que me había atacado, extraje la mano de los restos ennegrecidos. Mi mano temblaba inconteniblemente. Alcé el puño con el talón de la mano hacia arriba y estiré los dedos de uno en uno empezando por el índice. Los cuernitos del demonio de acero fueron lo primero que vi, pero ya los había sentido en mi carne. Todo mi cuerpo se estremeció. Tuve que arrodillarme en el suelo para evitar caerme y darme un golpe contra los tirantes de la cama, lo cual era lo único que había sobrevivido al fuego... los tirantes y el llavero de Vicente, esas dos cosas habían sobrevivido al fuego. El llavero se había soltado de la cadena que lo mantenía sujeto a una argolla de acero por la cual estaba pasadas las llaves.

Como pude, le conté a Lucas lo que acaba de encontrar.

—Está bien. Tomemos esto con calma, puede ser que nada de esto sea lo que parece. ¿Me oyes?

Como si estuviésemos frente a frente, asentí con la cabeza. No me salían las palabras de la garganta.

—¿Eliza?

—Sí, sí, te oigo —balbuceé sin quitarle la vista de encima al llavero.

—Voy a regresar cuanto antes, intentaré conseguir un pasaje para esta noche o para primera hora de la mañana. Tú no harás nada, no le dirás nada a él, actuarás como si todo estuviese perfectamente bien. Guarda el llavero en un lugar en el que él no pueda encontrarlo. Y tranquilízate, por lo que más quieras, tranquilízate, estoy seguro de que existe una explicación completamente razonable para todo esto, incluso para que ese objeto se hallara entre tus cosas. No le preguntes si fue él, no quieras saber si tiene algo que ver, no le digas nada de nada. Prométeme que no lo harás. Espera a que yo esté de regreso.

—Dime que no fue él —le rogué. Necesitaba oírlo de alguien porque yo apenas si lo creía.

—No fue él, no puede haber sido él, ¿lo entiendes? No puede haber sido Vicente.

Nos quedamos en silencio.

—Todo estará bien, te lo prometo, confía en mí, resolveremos esto. Ahora tengo que dejarte, quiero intentar encontrar un modo de regresar al país lo antes posible.

—Bien —dije a regañadientes, no quería separarme de su voz.

—Te llamo en cuanto tenga una confirmación del vuelo. Mientras tanto, tú no harás nada, no dirás ni insinuarás nada.

—Está bien.  
—Te quiero.  
—Yo también.  
—Antes de que te des cuenta, estaré de regreso.  
—Eso espero.  
—Adiós.  
—Adiós.

Me quedé aferrada al teléfono celular cuando me cortó.

## 27. La piel del cordero.

Vicente entró en mi departamento sin necesidad de una llave o de llamar a la puerta, eso me incomodó, después de lo sucedido podría haberse tomado la molestia de tocar el timbre o golpear. Muy serio, me saludó, miró las bolsas y volvió su rostro a mí, para mirarme fijo otra vez.

—¿No pudiste rescatar nada?

—No, todo está perdido—. Ya había terminado de vaciar lo que había encima de la cama, ahora solamente quedaba el colchón quemado y medio desintegrado.

Sin que mediase palabra, se me acercó y me abrazó. Mis músculos reaccionaron por cuenta propia ante aquel abrazo, tensándose; quería abrazarlo de vuelta, sin embargo el gesto se quedó en una mera intención. Me odiaba a mí misma por desconfiar de él, por no pedirle una explicación que sin duda debía haber, para justificar la presencia de su chamuscado llavero, en el bolsillo de mis pantalones.

Me apartó de su lado, frotándome los hombros.

—No es necesario que te pregunte si estás bien, es evidente que no lo estás. Dime qué puedo hacer para que te olvides de lo sucedido... ¿cómo puedo ayudarte?

Como quisiera poder haberme perdido en sus espectaculares ojos grises, una vez más, antes de este maldito ataque, con mi mirada posada en la suya, me sentía parte de él, junto a él, unida a él; ahora entre ambos, se había alzado una gruesa pared de cristal blindado, capaz de soportar el disparo de un arma antitanque.

—Por qué mejor no nos vamos a casa, el lunes puedo buscar a alguien para que venga a vaciar el departamento. No tienes por qué pasar por esta



experiencia.

—Destruyeron una gran parte de mi vida—. Me daba la sensación de que no comprendía lo que esto significaba para mí.

—Lo sé.

—Ya no me queda ningún recuerdo de mi abuela: destrozaron la lámpara y la poltrona quedo irreparable.

—Lo lamento, sé cuan apegada estabas a esos objetos.

Sí, lo sabía, yo le lo había repetido una y otra vez.

—Me recordaban a ella —dije buscando una reacción que no venía, no se incomodó en ningún momento ante mis palabras.

—No los necesitas para tenerla a ella en tu mente y en tu corazón.

—Sé que no... es que...

—Voy a encargarme de que el responsable de esto, lo pague, y muy caro. No puedo traer de vuelta tus cosas, pero te lo juro, no permitiré que nadie vuelva a lastimarte de este modo. Créeme, no te tocarán un solo cabello mientras yo esté junto a ti—. Se me acercó y me abrazó otra vez. Yo cerré los ojos y hundí la cabeza en su pecho, me apreté a él olvidándome de toda la evidencia sin que me importara si era real o falsa, plantada adrede para separarnos—. Voy a defenderte y a cuidar de ti hasta que ya no me queden fuerzas —me susurró acariciándome la cabeza.

Puse todo mi empeño en creerle. Puede que parezca ridículo en empecinarse en confiar en alguien cuando muchos hechos insinúan que debería hacer lo contrario, pero quería creerle, necesitaba hacerlo, simplemente me dolía en mi amor propio y en mi orgullo sospechar que debajo de la piel del cordero, pudiese esconderse un demonio real, cruel y frío, despiadado y rey de las artimañas y los engaños.

Acaso mi amor me había engañado, me había vendado los ojos a la verdad, acaso este amor no era una continuación del encandilamiento inicial que todo demonio ejerce sobre el humano. Vicente y Lucas me habían explicado que ningún demonio tenía el poder suficiente para hacer que un humano permaneciese encandilado durante demasiado tiempo, que a la larga o a la corta, todos nosotros terminamos viendo su real cara, pero yo jamás la había visto.

¿Qué forzaba que yo no lo viera: un amor real o un poder como el que ningún otro demonio tenía (algo quizá todavía más útil que el fuego)?

No —me dije a mi misma apretándome todavía más contra su pecho—, no puedo permitirme pensar así.

Vicente había traído su coche y yo no quería dejar la camioneta allí en la calle, de modo que decidimos viajar hasta su casa, cada uno en su respectivo vehículo. Fui siguiéndolo casi todo el camino, o más bien, él me seguía a mí, pese a que iba por delante; si yo desaceleraba o me retrasaba por alguna razón, entre el tránsito, él también frenaba la marcha y me esperaba. Llegó un momento en el que cómo le costaba tanto mantenerse cerca de mí, frenó, esperó que lo pasara y se pegó a la cola de mi camioneta, desde entonces tuve sus ojos pegados en el espejo retrovisor, el vidrio delantero no estaba tan tintado como los laterales, de modo que podía distinguir con bastante claridad su rostro. Estábamos a pocas calles de su casa, cuando un semáforo nos detuvo, alcé la vista y lo vi por el espejo retrovisor, hablaba por su celular; movía los labios a toda velocidad y su entrecejo estaba tan fruncido que sus cejas parecían ser una sola. Me pregunté con quién discutía.

Di un salto cuando mi celular empezó a sonar, el semáforo estaba a punto de cambiar de luces, de modo que lo puse en altavoz y contesté.

—Soy yo —la voz de Lucas sonó lejana, sometida al tinte metálico que le imprimía a todas las voces, el altavoz de mi celular—. Conseguí un pasaje para dentro de un par de horas —la frase me llegó entrecortada.

—Me tranquiliza oír eso, saber que en un par de horas volveremos a vernos me hace muy feliz.

—¿Qué?

La comunicación se entrecortó. Alcé la vista, estábamos en marcha otra vez pero Vicente seguía colgado de su celular.

—Digo que me alegra saber que estarás de vuelta muy pronto.

—A mí también —dijo con alegría—, pero no te pongas muy contenta, el vuelo que conseguí no es muy directo que digamos, voy hasta París, de ahí a Madrid, de Madrid a San Pablo y después de una escala de tres horas, recién parto para Buenos Aires. Era eso o esperar a un vuelo que sale mañana en la noche.

La comunicación falló otra vez.

—¿Dónde estás?

—Estoy en... —chisporroteó. No entendí una palabra de lo que dijo.

—¿En dónde?, no te oí—. Puse la guiñada, debía girar a la derecha.

—Estoy...

Del auricular del celular emergió un agudo pitido que casi me deja sorda. Manoteé el celular para taparlo y así evitar que los tímpanos me estallaran y en mi intento, casi choco con Vicente, no lo había visto aparecer por mí

derecha. Ambos frenamos bruscamente sobre la cuneta de la esquina. Se me cortó la respiración, el pitido cesó abruptamente, y tras eso la comunicación se cortó. Me quedé oyendo la señal de tono.

Vicente bajo el cristal de su ventanilla y asomó la cabeza, ya no estaba al teléfono.

—¿Qué pasó?

—Lo siento mucho, me distraje y no te vi.

—¿Estás bien, te golpeaste?

—No, fue un susto, nada más.

—¿Segura?

Asentí con la cabeza.

Un conductor molesto por el taponamiento de la calle y por la demora que éste le producía, tocó bocina de un modo enfermizo. Vicente revoleó los ojos, subió la ventanilla y completó su radio de giro. El conductor enojado avanzó tras él, yo me demoré. Tomé el celular, busqué los números de los últimos llamados, di con él número desde el cual Lucas me había llamado. El número quedó iluminado, tecléé llamar, menos de un segundo después un teléfono debía estar repiqueteado en alguna parte del mundo, en el viejo continente si no me equivoco, pero nadie contestó. Corté y volví a llamar. Nadie contestó, siquiera un contestador. Dicen que la tercera vez es la vencida, pero no es cierto. Llamó, llamó y nadie contestó.

Apreté los dientes y procuré no perseguirme con la idea de que algo malo hubiese podido sucederle. Nada malo podía haberle sucedido, Vicente estaba en su Mercedes a unos cuantos metros de dónde yo estaba.

Me mordí el labio inferior mientras contemplaba el celular a la espera de que volviese a sonar, como no lo hizo, lo guardé otra vez en su sitio dentro de la cartera.

El almuerzo tardío se doraba dentro del horno. Yo estaba cortando con las manos unas hojas verdes para hacer una ensalada, Vicente rallaba zanahorias.

—Cuando acabemos de comer deberíamos ir a comprarte ropa, lo que tienes aquí no es mucho.

—No estoy de ánimos para eso- le expliqué.

—Los únicos zapatos que tienes son los que llevas puestos.

Asentí con una mirada.

—También necesitas una cama nueva, un colchón nuevo, muebles, vajilla... — se detuvo y dejó la zanahoria sobre la tabla—. He estado pensando en lo que

sucedió, en tu departamento y en lo demás... —sus palabras se disolvieron lentamente en el tibio y perfumado aire de la cocina—. Quería preguntarte si... —desvió la mirada en dirección a la piletta y luego volvió a mirarme—. No hay razón para que continúes gastando dinero en el alquiler de un departamento; aquí hay mucho espacio para los dos.

No tenía ni idea de cómo reaccionar a esa proposición y menos, si debía aceptarla o no.

—Por qué no te mudas aquí conmigo. Este lugar es perfectamente seguro para ti, nadie se atrevería a intentar forzar mi puerta... además pasará un tiempo antes de que puedas regresar a ese departamento, hay que vaciarlo, arreglar las paredes, los pisos, los techos, pintar, comprar muebles. No tiene sentido que te echas al hombro semejante tarea, múdate aquí, me encargaré de arreglar con el dueño del departamento para pagarle todos los arreglos que hagan falta y si es necesario también le pagaré el resto de los meses de alquiler que corresponden a tu contrato.

—No.

—¿No?

—No, no es que conteste que no, es que no quiero que te hagas cargo, yo puedo ocuparme de todo lo que respecta al departamento, admito que arreglarlo se llevará buena parte de mis ahorros pero está bien, es dinero, tarde o temprano lo recuperaré.

—No creerás que voy a permitir que pagues por las reparaciones, fueron los míos los que destrozaron tu hogar, lo menos que puedo hacer es pagar por los daños que pueden ser resarcidos con dinero, hay cosas que ni yo ni nadie puede reparar, como la pérdida del sillón de tu abuela y todas las otras cosas que eran queridas para ti.

—No quiero que pagues nada.

—Por favor, no te pongas terca, voy a pagar por las reparaciones lo quieras o no, pero eso no es lo importante —sus labios dibujaron una tensa sonrisa—, te pregunté si quieres mudarte conmigo y todavía no respondes; dadas las circunstancias no esperaba grandes demostraciones o un arranque de efusividad, tampoco esperaba completa apatía, creí que te haría feliz, no eras tú quien quería... —cerró la boca—. Ya lo entiendo —completó en un tono bien distinto al que empelara con anterioridad.

—¿Qué entiendes?

—Después de lo que pasó no has de querer mudarte con un demonio. Te entiendo, no puedo recriminarte el hecho de que me quieras fuera de tu vida —

dio un paso atrás—. Sabía que tarde o temprano este día llegaría.

—No es eso, es que... son demasiadas cosas. Todavía no puedo terminar de asimilar lo que sucedió en mi departamento y todo lo demás...

—¿Qué es todo lo demás?

—Nada—. Me había ido de lengua, como un fogonazo me azotó el recuerdo de la cocina del hogar Salleses, chamuscado, incinerado... la casa abandonada, el ruido... mi huida a toda velocidad después de haberlo oído, después de que mi teléfono celular sonara. Mi mirada, como un flechazo, apuntó hacia mi cartera, la cual estaba encima de la mesada central, en el extremo más cercano a la mesa. El maldito llavero con la caricatura de demonio me pesaba en el bolsillo del pantalón igual que un adoquín.

—Hey —me llamó, yo me había quedado embobada contemplando mi cartera, pensando en el celular—. A qué “todo lo demás” te referías —hizo una pausa en la que me miró sin parpadear—; ¿sucedió algo más que no me has contado?

—¿Hay algo que deba saber? —repliqué yo.

—Creo haberte hecho casi la misma pregunta solo que con distintas palabras —. Frunció el entrecejo—. ¿Qué está pasando, Eliza? ¿Qué significa todo esto?

—Nada.

—Te conozco lo suficiente, me estás ocultando algo.

—¿Tú me ocultas algo?

—No, por supuesto que no. ¿Tú me ocultas algo a mí?

—Yo no tengo nada que ocultar, tú ya sabías todo sobre mí antes de conocerme.

—No es exactamente así, pero creo que ese no es el punto de esta conversación, ¿no es así? —manoteó un repasador y se limpió las manos, luego lo arrojó sobre la mesada.

—¿A dónde vas? —inquirí cuando con largos y decididos trancos, se lanzó en dirección al otro extremo de la cocina. No me contestó.

Un fuerte dolor me atravesó el pecho cuando me percaté que iba directo hacia mi cartera.

—¿Qué crees que haces?! —le grité al verlo tomar mi cartera. Con el corazón desbocado me había lanzado tras él pero llegué tarde, sus manos fueron directo al pequeño aparatito de tecnología de última generación.

—Estoy intentando protegerte, eso es lo que hago —lanzó. A la velocidad de un rayo apretó unos cuantos botones. No necesité que nadie me explicara nada más, ya lo había entendido.

—¡Mierda, Eliza! —bramó enojadísimo—. ¡¿Qué has estado haciendo?! —me espetó. A continuación soltó todos los insultos habidos y por haber, incluso creo que se le escapó alguno que otro en idiomas que yo no manejaba—. ¿Qué le dijiste?

Tragué saliva y no dije nada.

—¡Te hice una pregunta!

Su grito me hizo dar un salto.

—Nada —contesté con voz débil. Yo sabía que reaccionaría así cuando se enterara de que había hablado con Lucas, últimamente Vicente parecía no querer siquiera oír nombrar su nombre, la simple mención de éste lo sacaba de quicio. Pero había un detalle, él conocía su número y no me lo había dicho, me lo ocultó a sabiendas de que a mí me hubiese gustado tenerlo para llamarlo.

—Mentira. ¡Mientes! Dime la verdad. No soy estúpido, has hablado con él en dos ocasiones.

—¿Cómo sabes que ese es su teléfono?, creía que no te hablabas con él —repuse sin responder. De una buena vez teníamos que dejar de ocultarnos cosas, era hora de la verdad.

—Que no hable con el no implica que no conozca su teléfono ni que no sepa dónde se encuentra. ¿Crees que simplemente lo dejaría irse por ahí sin seguir sus pasos? ¿Después de lo que pasó, después de que casi te mata? ¡¿Por quién me tomas?! ¡Soy responsable de tu vida!

—No hace falta que te responsabilices por mi bienestar, y mucho menos si eso implica ocultarme el paradero de mis amigos. Y no me grites.

—¡¿Amigos?! —Replicó con sorna sin bajar el tono de voz—. ¿Tanta cara de estúpido tengo?

—No es momento para una escena de celos.

—¡¿Celos?! ¿Quién crees que soy? ¡No estoy celoso de Lucas, simplemente estoy furioso contigo! Dime de una buena vez qué es lo que quieres de mí. ¿Quieres que me vaya, quieres que te deje? ¿Quieres que me inmole, eso te haría feliz?

—No digas estupideces.

—¿Qué ocultas?

—Nada, acaba de quedar muy claro que yo no puedo ocultarte nada, que no puedo tener privacidad—. Eso estuvo de más. Me mordí el labio arrepentida. Revoleó el celular sobre la mesa. El aparato se deslizó todo a lo largo por encima de ésta y cayó al piso junto a la ventana.

—Ya no confías en mí.

Sentía su pulso acelerado como una palpitación de un impulso magnético generado por una maquina de proporciones monstruosas, pero eso no era lo más preocupante de la situación, sí lo era el desagradable vaho azufrado que bloqueaba por completo el aroma que salía del horno.

No tenía caso esperarlo, esto era algo que debíamos arreglar Vicente y yo a solas, sin intermediarios. Me llevé una mano al bolsillo de los jeans, saqué el llavero y lo estampé contra la mesada, junto a mi cartera.

—Encontré eso entre las cosas quemadas, sobre mi cama, explícame qué hacía allí.

No se movió ni me miró, sus ojos estaban fijos en el demonio de acero de graciosa postura y prominentes cuernos que parecían los de un toro.

—No tengo ni la menor idea de cómo es que fue a parar a tu departamento y mucho menos, a las cosas quemadas sobre tu cama. La otra noche, cuando regresamos del teatro ya no lo tenía, debo haberlo perdido allí.

No le creí y eso me dolió en el alma.

—Esta mañana en el diario he visto que la compañía de Jan ha cancelado sus funciones, se fueron, anoche, así de improviso, o mejor dicho a las apuradas, ¿por qué? Sé que Gaspar fue a ver a Jan, sé que es probable que discutieran.

—Nada de eso tiene que ver con nosotros.

—Esta mañana fui a casa de Gaspar... no se fueron, huyeron. Se largaron dejando puertas abiertas y luces encendidas. La cocina de la casa ardió desde los cimientos, yo la vi.

—¿Entraste en la casa? Cómo, por qué. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

—¿Por qué discutiste con Gaspar?

—No quiero hablar de ello contigo —murmuró dándome la espalda.

—Lo quieras o no, vas a tener que darme una explicación —me puse frente a él—, en este momento estoy pensando lo peor.

—¿De mí? Inquirió abriendo los ojos de par en par.

—El llavero estaba en mi casa, en mi casa incendiada. Un demonio entró en mi casa y quemó todas mis cosas.

—Y tú crees que fui yo.

—Gaspar me explicó que ustedes no tienen derecho ha...

Vicente no me dejó terminar, soltó una risotada truculenta.

—Prefieres creerle a un extraño que a mí.

—No, no es lo que prefiero, pero Gaspar me explicó cómo son las cosas. Tienes poder sobre el fuego, eres diferente a los demás... tú poder... eres distinto a los otros, estás sobre los otros.

Se cruzo de brazos plantándose firme sobre sus lustrosos zapatos.

—Entonces dime, cuéntame cuál es tú teoría, por qué crees que quemé tu casa. Apreté los dientes.

Alzó las cejas a la espera de una respuesta.

—Ana, la viuda de Cristian me trajo hace unos días, unos papeles que habían pertenecido a él... unos papeles y el atlas del cual yo saqué la isla en la que pasaríamos nuestra luna de miel... en la isla de Ariel. Ana estaba muy asustada, se fue del país y esas cosas que me dejó... ella sabía que había algo extraño.

La reacción de Vicente a mis palabras fue quedarse duro sin parpadear.

—Esas cosas estaban guardadas en mi armario y ya no están, no pude hallar restos del libro entre las cosas quemadas, estoy segura de que se lo llevaron antes de prenderle fuego a todo lo demás.

Descruzó los brazos, más bien los soltó y estos le cayeron lánguidos y pesados a los costados del cuerpo.

—¿Crees que sería capaz de quemar tu casa por un libro? ¿Por un libro que no tiene ni la menor importancia?

—No, no por un libro, sino por lo que ese libro escondía, y ni siquiera estoy segura de que hayas sido tú —me mordí el labio inferior—, es que tú no quieres contarme nada de tu vida pasada. No logro entender por qué quieres estar conmigo. No entiendo nada. Todo esto es una locura.

—Quiero estar contigo porque te amo, no necesitas ninguna otra explicación.

—Gaspar me confesó que le preguntaste si yo...

—¡Un momento! —me frenó alzando las manos.

—Por qué querías saber si yo podía desarrollar algún poder o cual era ese poder —dije siguiendo adelante sin hacerle caso—. Qué importancia puede tener eso para nosotros, tú no quieres que yo cambie. Me lo has negado infinidad de veces, es por eso que no lo entiendo —tragué saliva—, no entiendo nada. Por qué le preguntaste lo mismo a Jan, creo que me llevaste con él para te contestara la pregunta que Gaspar no supo o no quiso contestarte. Ahora todos se han ido, han huido o escapado.

No dijo nada.

—Por qué te molesta tanto que hable con Lucas, y no me digas que es porque me besó hace una eternidad, o porque el creyó estar enamorado de mí, porque son pavadas, a esta altura debieras saber que no siento nada por él.

—Y tampoco por mí —replicó.

—Esas son tonterías, por favor, yo te amo.



—Entonces por qué ya no confías en mí.

—No lo sé con exactitud —le contesté, era una respuesta dicha con total sinceridad.

Me miró en silencio y luego sacudió la cabeza a un lado y al otro.

—No puedo decirte nada más de lo que ya te he dicho, lamento si lo que te he contado no te alcanza, te expliqué cientos de veces que no sería bueno para ti saber nada más, ya te arriesgas demasiado por el simple hecho de permanecer a mi lado. Confía en mí, las cosas que he hecho o dejado de hacer han sido por una única razón: cuidar de ti. Admito que debe ser frustrante no recibir de mí aquello que deseas. Las cosas son como son; tienes que aceptarme de este modo, puesto que no hay otro.

—¿Me estás diciendo que es esto o nada?

—Supongo, pero no me malinterpretes, yo no quiero que te alejes de mí, no quiero perderte, tan solo te pido un poco de confianza y paciencia. Soy yo, Eliza, el mismo de siempre, nada ha cambiado.

—No sé qué decir.

—No digas nada, siquiera deberíamos estar discutiendo, es un desperdicio de tiempo y energía.

—Algún día vas a tener que darme una respuesta, no podemos seguir así eternamente.

Me observó sin parpadear.

—Nunca vas a contarme la verdad, ¿no es así?, ¿y tampoco consideras la eternidad para nosotros dos? —caminé hasta la mesa y me dejé caer en una de las sillas.

—Dame un poco más de tiempo —dijo en voz muy baja.

—¿Eso servirá de algo?

Llegó hasta la mesa y se arrodilló a mis pies.

—Confía en mí...por favor, yo sin ti estaría perdido, lo he estado hasta que te encontré.

...

—¿Qué le pasó? —curioseó Susana asomándose por encima de mi hombro para ver mi estrellado celular, que después de la caída aún funcionaba, pero que enseñaba las marcas de haber volado por el aire para aterrizar en suelo duro.

—Intentó volar y no tiene alas —bromeé pasando el pulgar por encima de la

rajadura en la pantalla.

—Al menos todavía está vivo—. Dijo terminando de pasar por detrás de mí, para llegar hasta la computadora—. ¿A quién llamas?

—Intento comunicarme con Lucas; no me contesta, quería confirmar con él la hora de llegada de su vuelo.

—¿Regresa?! ¡Que bueno, va a poder asistir a mi boda! Desde dónde viene.

—No lo sé. Hablamos anoche, la comunicación era pésima, no alcancé a oírlo y luego se cortó.

—¿Seguía en Europa?

—Sí; lo único que sé es que su vuelo hacía escala un par de escalas y que tenía tres horas de espera en San Pablo antes de viajar hacia aquí; no tengo ni idea de por qué aerolínea llega.

—Bueno, conocer la hora de la llegada de su vuelo no es un problema de difícil solución, podemos llamar al aeropuerto y averiguar a que hora llegan vuelos provenientes de San Pablo, es posible que sea más de uno, pero al menos tendrás una idea.

—Sí, es cierto, además, supongo que no debe contestar su celular porque aún debe estar en vuelo.

—Es lo más probable.

En la web del aeropuerto figuraban los vuelos provenientes de San Pablo, eran tres, dos de ellos habían llegado muy temprano en la mañana, un tercero llegaba a las diecinueve treinta. Ni modo, evidentemente ese debía ser su vuelo, no me quedaba más opción que esperar otras cinco horas para verlo. Pero no me resigné a no oír su voz, una vez más antes de que llegara a casa, cuando Susana salió de detrás del mostrador para atender al cliente que acababa de entrar, saqué mi celular y volví a intentarlo. Marqué el número, llamó una, dos veces y a la tercera... el corazón se me desbocó de felicidad, me había atendido.

—¿Hola? Lucas, soy yo. Por fin y puedo comunicarme, pasé toda la mañana intentando ponerme en contacto contigo.

La línea hizo unos cuantos ruidos raros pero él no me contestó.

—¿Lucas, puedes oírme; estás en San Pablo? —los ruidos cesaron—. ¿Lucas?

—Me dio la sensación de que del otro lado de la línea había alguien oyéndome—. ¿Lucas, estás bien, no puedes hablar?

Nada, del otro lado de la línea estaba alguien que no quería o no podía responder.

—¿Estás bien? Lucas...

Sí, estaban oyéndome.

Me di vuelta para quedar de espaldas a la puerta, a Susana y a su cliente, no quería que me escucharan decir lo que estaba a punto de decir.

—¿Quién habla? —no contestó—. Sé que no eres Lucas... —Noté que algo cambiaba al otro lado de la línea, no puedo especificar qué, sé que sonará ridículo, pero pude sentir como si el aire, o el ambiente mismo, al otro lado de la comunicación se hubiese modificado en su composición—. ¿Dónde está Lucas y qué le hiciste?

—No vuelvas a llamarme nunca más—. Soltó la voz de Lucas estallando en mi oído—. No quiero volver a oír de ti jamás, ¿entendiste? No vuelvas a llamarme, por tu culpa estoy metido en graves problemas. No quiero volver a verte al menos que sea en el Infierno pudriéndote. No sé cómo pude hacer lo que hice; no eres más que una humana sin valor. Vicente está loco de remate por perder el tiempo contigo. No lo vales, ninguno de ustedes lo vale. Aléjate de mí quieres. ¡Déjame en paz! ¡No vuelvas a llamarme!—. Después de su grito sonó un insoportable chillido agudo que casi me perfora el tímpano. El celular se me escurrió de una mano a la otra en mi intento desesperado de apartarlo de mí oído. El ruido era insoportable incluso de lejos, si hasta Susana y su cliente lo oyeron.

—¿Qué es eso?! —se quejó Matías que recién regresaba del depósito.

Con las piernas blandas, me arrodillé, manoteé el celular y corté la comunicación. Como me puse de pie, vi la cara de espanto de Susana.

—¿Qué fue eso? —inquirió. La clienta que estaba a su lado no tenía mucha mejor cara que ella.

—Algo pasó con la línea, no sé qué fue.

—Sonó como alguien estuviese rayando metal contra metal.

—Sonó como un aullido, como un grito —acotó la mujer que estaba junto a ella.

—Es cierto, sonó como un grito muy agudo... —Susana se refregó los brazos —, como un grito desgarrador. ¿Con quién hablabas?

—Estaba intentado llamar a Lucas.

—Pero si debe estar volando.

—Por su bien espero que no —acotó Matías—, eso sonó como a un avión cayéndose en picada —bromeó, pero a mí no me causó la menor gracia.

Solté una risita nerviosa.

—Sí, claro.

A Susana no se le borró la mueca de horror de la cara, aún así, intentó

disimular y se dio vuelta para continuar atendiendo a la mujer que no tenía mucho mejor aspecto. Apostaba cualquier cosa a que no tardaba ni diez segundos en largarse sin comprar nada. No tardó ni cinco en darle las gracias a mi compañera y atravesar el local la toda velocidad para salir azotando la puerta. El carillón acusó el golpe de manera estruendosa.

Estrujando el celular entre ambas manos que quedé pensando en lo que acababa de oír, no en el chillido agudo, sino en el silencio inicial y en las posteriores palabras de Lucas. Despegué las manos y contemplé el aparato. Había sonado como él, pero no podía ser él. No era él.

—¿Lograste hablarle?

Alcé la vista. Susana estaba frente a mí, al otro lado del mostrador.

—No —contesté, después de todo no era mentira, el que habló con su voz no podía ser él.

Susana me arrebató el celular.

—Por su bien que conteste —gruñó simulando enojo mientras apretaba los botones para llamar a su número otra vez. Se llevó el celular a la oreja—.

Llama —me dijo alzando la vista. Alzó las cejas mientras esperaba que la atendiera—. ¿No tiene contestador?

—Parece que no.

—No contesta.

Apartó el celular de su cabeza y se lo llevó hacia delante del pecho aferrándolo con ambas manos.

—Voy a mandarle un mensaje.

No podía dejar que hiciera eso, el que había atendido el teléfono no era Lucas, era alguien más, otro demonio sin duda, pero no él. Sin demasiada delicadeza (mi brusquedad no fue intencional, sino producto del miedo que sentía), le arranqué el celular de las manos. Ella se quedó mirándome algo aturdida.

—No hace falta, lo llamaré más tarde.

—¿Te molesta que hable con él?

Intenté sonreír, no dio resultado.

—No, claro que no, es que...

—No te preocupes por lo que dijo el tonto de Matías.

Matías no la oyó, estaba haciendo no sé qué cosa en el sector de los habanos.

—Un avión no se puede caer por una llamada de celular.

—Claro que no —convine con otro igual de fallido intento de sonreír.

Las horas se arrastraron con lentitud. No sé por qué, el tiempo parecía jugarme

cada vez más seguido, esa horrible broma de ralentizarse hasta apenas pasar con cuenta gotas por las agujas del segundero de mi reloj. El tiempo puede ser un regalo y también la peor de las torturas. Y yo que no sabía qué hacer, no tenía idea de si debía conservar mis esperanzas, al menos hasta el anochecer, para saber si Lucas vendría o no; tenía pensado volver a llamarlo cuando saliera de trabajar y si no me contestaba, sino llegaba... me rehusaba a creer que realmente esas palabras hubiesen sido tuyas, que tanto podía cambiar en un par de horas, de un día para el otro. De verdad no deseaba volver a verme. No —me dije a mí misma—, no fue él.

Esa respuesta no pintaba un panorama mejor a que si las palabras hubiesen sido realmente tuyas, y sentidas de corazón, si en realidad la voz que escuché no fue más que una burda imitación... bien, si era así todo estaba peor, muchísimo peor de lo que yo creía. Alguien intentaba destruir mi mundo por completo. Inmediatamente pensé en mis padres. Tomé el teléfono y llamé a su casa, estaban bien, no tenían ninguna novedad; igual no me quedé tranquila, una voz al teléfono para mí ya no era garantía de nada. Quedé con mi madre que pasaría por su casa en cuanto saliera del trabajo, ella me preguntó si iría con Vicente, si queríamos quedarnos a cenar allí.

—No lo sé mamá, más tarde te contesto.

—Pues “más tarde”, no me dará tiempo para preparar una cena como es debido.

—No te preocupes por la cena.

—Bueno, no me agrada la idea pero creo que podemos pedir unas pizzas si deciden quedarse a comer.

—Pizza está más que bien.

—¿Qué pasó con tu departamento?

—No mucho, ayer estuve intentado despejar un poco el lugar. No hay nada por rescatar de entre los destrozos, está todo perdido.

—¿La policía no averiguó nada?

—La policía no suele hacer mucho y en este caso... —me interrumpí—, ya no importa, no quiero pensar en eso, volveré a empezar, tendrá que ser de a poco pero...

—No me dirás que piensas continuar viviendo en ese departamento. ¡Y sigues insistiendo con eso!

—Mamá, no voy a discutir eso otra vez.

Mi madre se quedó callada, me pareció oír el timbre de la puerta de su casa, colándose por el auricular.

—Espera un momento, han llamado a la puerta.

La oí caminar hasta la cocina y atender el portero eléctrico para luego exclamar con un júbilo que ningún otro nombre despertaba en ella, el de Vicente.

—Enseguida voy —le dijo—. Es Vicente —me avisó a mí.

—Sí, ya te oí. Qué hace ahí a esta hora—. Miré el reloj de la computadora, eran las diecisiete cero dos de la tarde.

—Habrá venido de visita—. Me contestó. Supuse que debía estar caminando por el pasillo hasta la puerta de calle, sus pasos hacían eco entre las altas paredes—. Espera un momento que le abro la puerta —me pidió y apartó el aparato de su oído, debía estar usando ambas manos para abrir la puerta, y que oí la llave destrabar la cerradura y la manija chirriar al ser presionada.

—Vicente querido, que bueno verte por aquí. Llegas justo para tomar el té con nosotros.

—No era mi intención interrumpir nada y mucho menos ser una carga para usted, simplemente pasaba por aquí y decidí tomarme un momento para saludarla.

—Y lo bien que hiciste, Augusto fue a buscar facturas, enseguida regresa.

Por los ruidos que capté me di cuenta de que habían entrado y cerrado la puerta de calle.

—Me atrapaste hablando con Eliza, ella va a venir después del trabajo, pueden quedarse a cenar.

—Eso suena muy bien, si es que a usted no le provoca un trastorno.

—¿Trastorno?! Por favor, qué pavadas son esas.

—¿Me permite?—. La voz de Vicente sonó distinta, debían estar dentro de la casa ya.

—Claro, por supuesto, con confianza, estaré en la cocina terminando de preparar la merienda, tú ponte cómodo.

Oí el teléfono cambiar de manos, me di cuenta por el sonido de los roces y del manoseo. Vicente no se puso al habla de inmediato, no sé que hizo, pero tardó un par de segundos en pronunciar un escueto: hola, soy yo.

—Sí, te oí.

—¿Cómo estás?

—Igual.

—¿Sigues sin querer que me ocupe de tu departamento?

—Ya veré cómo resuelvo eso.

—Puedo resolverlo por ti —se ofreció por millonésima vez.

—Lo sé, pero sacar las cosas quemadas de mi departamento es lo que menos me importa en este momento.

Se quedó en silencio un momento.

—¿Y qué es lo que más te importa en este momento?

Dudé si decírselo o no, después de todo, estaba a solas con mi madre y eso me ponía nerviosa, una parte de mí deseaba creer en él, la otra todavía dudaba. Me maldije a mi misma por seguir tan vacilante. Sabía que seguía amándolo, lo que yo sentía no cambiaría nunca, ni un ápice, el resto de la relación se tambaleaba. Lo estaba echando a perder.

—Lo que más me importa en este momento es ser sincera contigo y que tú lo seas conmigo.

—No volvamos sobre eso otra vez —replicó con un tono cansino.

—Llamé a Lucas hace un par de horas, para preguntarle cuándo llegaba, me contestó, es decir, primero no habló y luego... me dijo cosas que sé que él nunca me diría.

—¿Qué?

—Se suponía que Lucas llegaría en un vuelo proveniente desde San Pablo, llamé al aeropuerto, me dijeron que dos vuelos llegaron en la mañana y que un tercero arriba en un par de horas... ¿Lucas va a llegar en ese vuelo o no?

—¿Perdón? Por qué crees que debo saberlo.

—No va a llegar, ¿no es así?

—No lo sé, ni siquiera sabía que venía, tú no has querido contarme nada.

—Ni tú me has contado nada a mí. Dime que no le pediste otra vez a Ariel que aparte a Lucas de nuestro camino.

—Por quién me tomas, no voy por la vida deshaciéndome de las personas que me molestan, si así fuera... —lo interrumpí.

—¿Lucas te molesta?

—No quise decir eso. Sabes que no...

—¿Quién atendió su celular?, sé que no fue él.

—¡Yo qué sé!, por qué se supone que deba saberlo. No tengo ni la menor idea de dónde está Lucas o qué está haciendo. Lo que sí puedo decirte es que no le pedí a Ariel que aparte a Lucas de nuestro lado, no he hecho nada en su contra, ni nunca lo haría. ¡Cómo puede ser que pienses eso de mí! Te conté lo que hice por él.

—Lo sé, lo sé —me sentí pésimo—. Búscalos, por favor, creo que algo malo le sucedió.

Se quedó en silencio.

—Por favor Vicente, si realmente me quieres, busca a Lucas, asegúrate de que está bien y tráelo a casa. Por favor.

—No tienes idea de lo que pides. Está bien, intentaré averiguar por dónde anda o si le sucedió algo. Por cierto —titubeó—, quedarte tranquila, no tengo pensado matar a tus padres ni nada por el estilo, no te preocupes, los encontrarás en perfectas condiciones cuando llegues a casa. Te espero aquí —masculló y me cortó.

Era probable que tuviese toda la razón del mundo en ofenderse. ¿Qué demonios estaba haciendo?!

Intenté compensarle los malos tragos que le había hecho pasar, con gestos de cariño y demás, pero él se comportó durante toda la noche igual que una barra de hielo. No cedió en ningún momento a mis caricias y sus ojos demostraban inflexibilidad. Quién podía culparlo por ofenderse, yo me estaba comportando como una loca, había dejado de confiar en él para pasar a poner todas mis fichas en desconocidos que bien podían estar detrás de todo esto, como parte de un truco, de un plan para apartarme de su lado. Vicente había salvado a Lucas de la muerte y mucho más, me había salvado a mí, probablemente había arriesgado demasiado por proteger a mis padres, mucho más por protegerme a mí cada día y sin duda se estaba denigrando ante los ojos de los suyos por permanecer a mi lado. Había matado por mí, ¿es que eso ya no tenía ningún valor sobre la balanza con la que yo sopesaba los hechos? Por qué de repente me parecía que había demasiados cabos sueltos, si las cosas no habían cambiado tanto, nuestra relación era básicamente la misma, el único cambio palpable de este último tiempo era que yo había conocido a alguno de los suyos —eso era lo que Vicente había estado intentado evitar siempre: que yo me relacionara más con los suyos —había sido un error que me los presentara, es probable que sí. Que los demonios podían ser engañosos no era ninguna novedad. Sin duda su error había sido presentármelos, y el mío, confiar en ellos.

Acepté pasar la noche en su casa, no quería hacerle otro desplante.

Me quedé dormida en su cama mientras él estaba en el teléfono, hablando con no sé quién, en su intento por ubicar a Lucas (ya que hasta lo que pudimos averiguar antes de que yo me acostara, no había llegado en el vuelto de las diecinueve treinta).



La mueca en el rostro de Vicente no auguraba buenas noticias. Sin decirme nada, apartó la silla para que me pudiese sentar. Me había invitado a almorzar para que así tuviésemos oportunidad de hablar con más tranquilidad. Lo que yo necesitaba oír no precisaba ni tranquilidad, ni intimidad ni ningún otro recaudo; si tenía que decirme que Lucas estaba bien, que simplemente no había llegado porque había perdido el vuelo o por cualquier otra excusa mundana, hubiese podido decírmelo en el local, sin miedo a que Susana, Matías o cualquier otro humano, nos oyera. De modo que ya sabía de antemano, incluso antes de examinar su rostro, que no tenía novedades, o bien, lo peor de todo: que las novedades no eran buenas.

Me ayudó a acercarme a la mesa y regresó a su sitio. Un camarero hizo acto de presencia en cuanto estuvimos cada uno en su sitio, no nos dio ni un segundo para cruzar alguna que otra palabra; con una sonrisa tirante que le rajaba el rostro de oreja a oreja, nos entregó el menú y la carta de vinos.

Afuera caía un copioso aguacero.

Esperé a que el mozo se alejara unos cuantos pasos, Vicente evidentemente esperaba lo mismo, porque en ese instante dejó de sonreír y me miró serio.

—Tenías razón, ayer no fue con Lucas con quién hablaste.

—¿Cómo lo sabes?, quién era, quién te lo dijo, ¿qué averiguaste?

—Con calma, vamos por partes —extendió un brazo y posó su manos sobre la mía—. Lo sé porque Ariel me ha llamado hará una media hora para informarme. Ni bien lo llamé ayer en la noche, se puso en campaña para encontrarlo y no ha podido dar con él, Ariel es nuestro maestro, el jefe de nuestro aquelarre, por decirlo de algún modo, él tiene derecho a saber dónde estamos, no sobre nosotros; nosotros como sus discípulos le debemos respeto, obediencia y demás, pero yo me refiero a que si alguien ha decidido, por una loca razón, meterse con él, en detrimento de los intereses de Ariel, éste tiene todo el derecho del mundo y del Infierno, de reclamarlo. Es decir, que si alguien tomase la loca decisión de ponerle un dedo encima, por motivo que sea, se verá juzgado por el incumplimiento de una de nuestras reglas más básicas. Nadie tiene derecho a retener a Lucas en ninguna parte, ni por un segundo, sin el consentimiento de Ariel.

—Sí, sí, muy bien, comprendo todo eso pero...

—No me dejas terminar. Ariel lleva buscando a Lucas más de doce horas y nadie ha podido informarle dónde está o cómo se encuentra. Según Ariel, la última vez que habló con Lucas, fue anteayer en la tarde, lo llamó desde París,

estaba a punto de salir en un vuelo para Madrid, se comunicó con él para avisarle que regresaba al país. Ariel le pidió que lo llamara en cuanto llegase a San Pablo, porque tenía un conocido allí que quizá pudiese tárelo de regreso a Buenos Aires sin tener que esperar tres horas por la escala. Lucas nunca lo llamó y por lo que pudo averiguar esta mañana, tampoco abordó el avión a Madrid. Jamás salió de Francia, no al menos por vías legales.

—¿Qué quieres decir con eso de vías legales?

—Si Lucas hubiese cruzado una frontera por un paso de carretera, por avión o por cualquier otro medio de transporte normal, lo sabríamos.

—Recapitulando, lo que quieres decir es que o aún está en París o cualquier otro sitio dentro de Francia, o que se lo llevaron de allí a la fuerza, raptado o algo así.

—Sí, es más o menos eso, me inclino a pensar, al igual que Ariel, porque todavía está en Francia.

—¿Y Ariel no tiene contactos para dar con él allí?

—Sí, sí que los tiene; es evidente que nadie quiere hablar. Algo muy grande sucede, es por eso que Ariel debe estar saliendo, en este mismo instante, para Francia.

—Eso debiera dejarme más tranquila... es decir, que Ariel se esté ocupando de buscarlo, pero en cambio no, me intranquiliza todavía más, si ha decidido viajar hasta allí es porque esto está realmente mal.

—No te preocupes, para Ariel viajar a Europa no es nada del otro mundo, además no está haciendo otra cosa que defender aquello sobre lo que tiene derecho. Nadie en su sano juicio le pondría un dedo encima a Lucas a sabiendas de que Ariel irá luego tras él. Es probable que todo esto no sea más que un mal entendido o algo... —se interrumpió para apretar los labios—, es probable que no sea nada realmente malo, me inclino más por pensar que es probable que Lucas se metiera en algún problema... por cuenta propia, me refiero. De todos modos, Ariel está en todo su derecho, cualquiera haya sido el problema en que Lucas esté metido, cualquiera sea su deuda o su crimen, de traerlo de vuelta consigo.

—Entonces, según tú, la desaparición de Lucas no tiene nada que ver con nosotros ni con lo que está sucediendo aquí —le pregunté y me resultaba difícil creerlo, si bien estaba desesperada por convencerme de eso.

—Exacto.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque conozco a Lucas desde mucho antes que tú, y no voy a contarte nada

más, yo no soy quien para hacerlo.

—Una coincidencia —entoné todavía incrédula.

—Una horrible coincidencia, es todo. Deja de preocuparte. Estoy seguro que antes del fin de semana, Ariel y Lucas estarán de regreso en el país.

Eso era algo bueno en que creer.

—Yo mismo habría viajado para buscarlo si no me diese tanto miedo dejarte aquí sola o llevarte conmigo, quiero que lo sepas. Sé cuanto lo quieres y no me gusta ver que sufres por él, porque tu sufrimiento es mi dolor. Si tengo que aceptar a Lucas otra vez en mi casa, conviviendo contigo y conmigo, solamente para poder tenerlo vigilado y que no se meta en ningún otro problema, para que tú estés tranquila, lo haré. Le permitiré regresar a casa si es que él quiere regresar —me dio un suave apretón en los dedos—, tan solo prométeme que no te preocuparás tanto por él, ni por todos los demás; somos demonios, podemos defendernos perfectamente bien.

Una señora que estaba de espaldas a Vicente, en una mesa a su derecha, junto con un hombre muy mayor, giró levemente la cabeza, como si hubiese oído sus últimas palabras y se hubiese sorprendido por su confesión. La mujer volvió la cabeza al frente y continuó disfrutando de su almuerzo. Luego del *in passe*, Vicente siguió hablando.

—Estuve pensando en nosotros —empezó a decir, con la mirada perdida en las rosas color carne, del centro de mesa—. No quiero perderte, no sabría cómo vivir sin ti, pero al mismo tiempo soy conciente de que al permanecer a tu lado te hago un gran daño.

Hice el ademán de decir algo, no me lo permitió.

—No me interrumpas, permíteme que termine de exponer mi idea.

Junté los labios y así me quedé.

—Quiero creer que nací para estar contigo, y que todo lo demás que he experimentado en mi vida, ha sido únicamente el preámbulo de lo único que ha valido la pena en todos mis años de existencia, pero no estoy seguro de haberme convencido a mí mismo aún y no sé si hago bien en intentar convencerme. Tú no eres una persona común y corriente —me sonrió—, yo sé eso desde el primer día en que te vi, y no porque sintiera tu espíritu y tu alma como algo terriblemente valioso para los de mi clase, sino que lo vales particularmente para mí. Tu valor trasciende cualquier poder, cualquier ambición. Desde que estoy contigo me siento igual que debe sentirse alguien que ha hallado un tesoro de valor incalculable y que a sabiendas de que ese tesoro no es suyo, que tiene otro dueño, insiste con quedárselo.

—Mi amor no tiene ningún otro dueño.

—Pero sí tú alma, y eso es lo único que necesitarías entregarme en el caso de que yo te acepte. ¿Me explico? Soy un demonio, un esbirro del Diablo, un asesino y también me convertiría en un ladrón.

Su mirada llegó a mi cargada de nostalgia y dolor.

—No estarías robando nada que no quiera ser robado, la diferencia radica allí, a mí no me interesa entregar mi alma con tal de poder permanecer a tu lado.

—Sé cómo sería, no voy a explicarte ahora ni cómo ni porqué lo sé, pero tengo experiencia en esto y sé que no suele resultar nada bien.

Experiencia. Cuantas veces se había enamorado de humanas, o es que no eran experiencias directas tuyas, sino de alguien más.

—Entre nosotros dos existen un montón de asuntos que son terriblemente complicados.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Qué estarías dispuesta a dar por mí?

Su pregunta me dejó desconcertada.

—¿Además de mi alma?

Asintió.

—Por qué lo preguntas—. Me inquietó no comprender a dónde apuntaba todo este palabrerío. ¿A qué se refería?

—¿Dime? —insistió sin parpadear.

—No sé qué es lo que esperas que diga, qué más debo entregar.

—Tú dímelo.

—No te entiendo.

—¿No confías en mí?

—Ya tuvimos esta discusión.

—Has dicho que yo sé todo de ti, pero no es cierto, sé que hay algo que los demás no han querido decirme, que tú no has querido contarme.

Me reí. Eso era absurdo, yo no le ocultaba nada y mucho menos algo del estilo de lo que Gaspar o Jan pudiesen saber, o estar interesados al respecto. Me incliné sobre la mesa y le hablé en voz baja.

—¿Me estás pidiendo que te confiese si tengo un poder y cuál es? —Se me escapó otra carcajada; él no rió, es más, puso mueca de que mi risa no le estaba cayendo nada bien—. No hay nada de eso, no sé quién metió en tu cabeza la idea de que yo podría tener algún poder, por más insignificante que sea, no es así. No soy capaz de encender fuego, y siempre que estoy cerca de

una llama me quemo, no controlo el agua, el agua no me agrada demasiado igual que a mucho de los tuyos, cuando se encuentra en grandes concentraciones, no nací con agallas —bromeé—. No puedo mover objetos con la mente, no soy irrompible ni tengo gran pericia en nada en particular y con el tiempo llegué a convencerme de que si todos esos demonios que nos persiguieron estaban detrás de mí, era más por ti, porque habías renunciado a mí alma, que por mí, o por mi alma en sí misma. Soy solo una humana, eso es todo.

Se quedó mirándome con una mueca hosca en el rostro.

—No tengo ningún poder oculto, te lo juro.

—¿Estás segura?

—¿Estás bromeando? —no sonrió ni nada; no, no bromeaba, iba en serio—. ¡Claro que no! ¡Qué cosa más ridícula! Llevamos meses juntos, me figuro que sí así fuera, tú ya te habrías dado cuenta. Es más, no sé que tiene qué ver todo esto con nosotros dos.

—Necesitaba saberlo —articuló en voz muy baja, bajando la vista.

—¿Para qué? En qué cambiaría ese detalle, nuestro futuro si es que decides que tenemos un futuro.

—Todo cambiaría rotundamente —me soltó la mano y se apartó de mí para apoyar la espalda contra el respaldo de la silla—. Solamente necesitaba la verdad, de tus labios.

—¿Acaso estaba a prueba?

—Me alegra que seas simplemente una humana —me dijo sonriendo acercándoseme otra vez. Sus ojos se pusieron a brillar, parecían de plata líquida por culpa de estos, quedé estúpida; con qué facilidad que podía perderme en esos ojos...

—¿Te conformas con eso? —me costó horrores articular la pregunta, casi no podía pensar.

—Es más, mucho más de lo que yo soy.

Me incliné todavía más sobre la mesa y lo besé.

—Me hace inmensamente feliz que creas que naciste solamente para mí, eso me hace sentir mucho más especial que cualquier poder que pudiese llegar a tener... me tranquiliza —le susurré dentro de la boca.

—¿Y tú naciste para mí?

—No me cabe la menor duda.

Me besó.

—Lo daría todo por ti, hasta lo que no tengo —le dije en un jadeo, la cabeza

me daba vueltas gracias al efecto narcótico de sus besos, él se rió y siguió besándome.

...

—Da la impresión de que jamás parará de llover —comentó Matías en un susurro. Su mirada estaba perdida en la calle, en los charcos dentro de los cuales estallaban gotas que salpicaban a diestra y siniestra. Estábamos los dos juntos, parados junto a la puerta, esperando a que Susana regresara del baño. Las luces de local ya estaban apagadas, esperábamos listos para emprender el regreso a casa, después de un arduo día de trabajo.

Me crucé de brazos, yo también sin poder parar de contemplar la lluvia, un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies. No sé por qué, la lluvia nunca antes me molestara demasiado, pero de un tiempo aquí, solía sentirme aprensiva cada vez que el cielo se nublaba, y ni que hablar, cuando llovía a cantaros igual que ahora.

—Espero que pare de llover para el fin de semana —dijo Susana en un doloroso quejido, su boda era el sábado en la noche, y parte del lugar en el que se celebraría la fiesta, era al aire libre, debajo de una de esas inmensas carpas blancas, pero si llovía así, no habría carpa blanca que pudiese salvar a los invitados de morir ahogados.

—¿Listos? —pregunté poniendo una mano sobre la puerta. Como mi camioneta se encontraba a menos de una veintena de pasos, y en vista a que del cielo, caía agua a baldazos, me había ofrecido para acercar a cada uno de mis compañeros, sino a su casa, al menos hasta un lugar que les resultase lo más cómodo posible para de allí, tomar algún medio de transporte que los llevase hasta ésta.

Mis dos compañeros asintieron con la cabeza.

Susana preparó su llamativo paraguas rojo.

Abrí la puerta, las ráfagas de viento me salpicaron de agua de lluvia.

Susana se agachó y salió por la reja, inmediatamente abrió su paraguas, Matías salió tras ella. Justo cuando yo también iba a salir, el teléfono que estaba encima del mostrador, empezó a sonar. Miré la hora en mi reloj, ya eran las ocho y cuarto, nuestros clientes sabían que el horario de atención era hasta las veinte horas.

—No atiendas —me dijo Susana—, ya estamos cerrados.

Dudé. Finalmente le pasé las llaves de la camioneta. —Ya voy, ustedes vayan

subiendo.

—Te espero aquí, te vas a empapar por cruzar la vereda.

El teléfono seguía sonando.

—No te preocupes, enseguida voy.

Matías la hizo decidirse por subirse a la camioneta. El teléfono continuó sonando mientras se alejaban; sus figuras se difuminaron entre la densa cortina de agua.

Empujé la puerta para entornarla, el piso del interior del local se estaba mojando, y corrí al teléfono. Lo atendí sin dar la vuelta al mostrador.

—¿Hola?

—No salgas —entonó una voz femenina y al mismo tiempo decidida.

—¿Quién habla? ¿Con qué número desea hablar?

—No salgas a la calle.

—¿Con quién quiere hablar?

—Contigo Eliza.

—¿Quién es? Voy a cortar si no me dice quién es.

—No salgas a la calle, espera.

—¿Quién habla, qué es lo que quiere?

—Espera —me espetó con fiera determinación.

Por la línea se filtro el ruido de automóviles, de la lluvia. Quien fuese que estaba al otro lado de la comunicación estaba en la calle.

—¿Quién es?—. Me di vuelta y espíe hacia fuera—. ¿Susana? —la voz no parecía la de ella, pero estos celulares... Caminé por el corredor central del local hacia la puerta y... me frené en seco al percatarme que la puerta estaba cerrada y la llave ya no estaba en la cerradura, sobre las salpicaduras de lluvia en el piso, había huellas de pisadas. Las pisadas continuaban por todo el corredor central, pero yo no había oído a nadie entrar, ni cerrar la puerta, y mucho menos, caminar hacia mí.

Miré hacia el mostrador, no había nadie; eché una mirada por sobre el nivel más alto de las góndolas, nadie. Tapé el auricular del teléfono.

—¿Quién anda ahí? —inquirí con la mayor valentía que me fue posible juntar. No me respondieron. Me llevé el teléfono otra vez al oído—. ¿Quién eres y qué quieres?

—Acabo de salvarte la vida —me dijo la voz con un tono lóbrego—. Recuérdalo.

Di un salto cuando el motor de lo que me pareció, era una moto, bramó al otro lado de la vidriera; giré la cabeza pero no llegué a ver más que un borrón

negro pasando junto a la puerta, sobre la vereda, provocando un desparramo de transeúntes, paraguas y agua de lluvia. La comunicación se cortó en mi oído. El sonido del tono empezó a replicar dentro de mi cráneo. La puerta del acompañante y la trasera derecha de mi camioneta se abrieron de sopetón, Susana y Matías salieron, de repente sobre la calle empezó a agolparse gente y más gente. Algo malo había sucedido, lo noté en los rostros de Susana y de Matías y en los de aquellos que corrían o se asomaban hacia mi izquierda. Todavía con el teléfono en la mano, dando la señal de tono, intenté abrir la puerta. No pude, la manija no cedió ni un ápice y las llaves ya no estaban en la cerradura. Volví a intentar abrir la puerta, utilizando las dos manos, tampoco pude. Pensé que Susana y Matías vendrían por mí, en vez de eso, salieron corriendo disparados en dirección a la esquina. Empecé ponerme nerviosa. Tironeé de la puerta y la aporreé. Nada. Me dieron ganas de gritar pero me contuve. El sonido de tono se cortó. El local quedó en silencio.

Me pegué al cristal, Susana y Matías había desaparecido de mi campo visual, no pude ver lo que pasaba a un par de metros de donde yo estaba. Me aparté de la puerta. ¿Debía llamar al novecientos once? Me llevé el teléfono al oído; muerto. Cuando lo miré comprobé que la luz del encendido estaba apagada; probé con el botón del encendido, lo presioné dos veces, nada pasó. Con pasos lentos y cautelosos regresé al mostrador, dejé el teléfono sobre su base aunque me pareció que de nada serviría, la base también tenía todas sus luces indicadoras apagadas. Debe ser un apagón —me dije a mi misma. Un apagón que venía acompañado de unas huellas que... Oí un ruido, apenas un chasquido muy tenue, pero eso me hizo dar un salto.

—¿Quién anda ahí?

Casi me da un ataque, cuando por respuesta a mi pregunta, el teléfono empezó a sonar otra vez.

Atendí.

—Ya puedes salir—. Dijeron y sin dilación cortaron.

La puerta de la entrada se abrió, el carillón se sacudió y sonó, azotado por el viento.

Depositó, sin delicadeza, el aparato sobre la base y salí corriendo. Mis llaves estaban otra vez en la cerradura, pero no me detuve a examinar nada más, simplemente salí y cerré la puerta.

—Una motocicleta se subió a la vereda, casi atropella a un montón de gente —estalló Susana entre jadeos en mi oído. La lluvia caía sobre nosotras—. La moto derrapó sobre las baldosas, sus dos ocupantes cayeron y rodaron sobre



la vereda unos cinco metros. La moto acabó en mitad de la otra calle, por suerte que el semáforo estaba cortado. Los dos ocupantes de la moto se dieron un terrible golpe, todos corrimos hacia ellos, yo creí que como mínimo se habían dado unos cuantos golpes, pero no lo creerás, como si nada, se levantaron, corrieron hacia la moto y se largaron a toda velocidad.

—Debían ser ladrones que estaba huyendo —acotó Matías.

—De milagro no mataron a nadie —comentó Susana y luego me miró—, de milagro no te atropellan, menos mal que todavía estabas adentro—. Hizo una pequeña pausa en la que me observó absorta, yo estaba tan o más conmocionada que ella—. ¿Quién llamó, quién era?

—Número equivocado —me estaba tornando una experta en esto de mentir y ocultar cosas—. ¿Viste a los que iban en la moto?

—Sí, los vi cuando se levantaban del suelo, creo que uno de ellos tenía roto o lastimado el tobillo —frunció la nariz con algo de asco—, cojeaba. Ni me imaginas el modo en que aterrizaron sobre la vereda.

La gente se apartó un poco del lugar del hecho, y en ese momento, puede ver las marcas que de pintura negra que la motocicleta había impreso sobre ésta. También había sangre, sangre que se diluía con la lluvia que no cesaba de caer sobre nuestras cabezas. La visión de las gotas de lluvia reventando sobre los charcos de sangre me revolvió el estómago.

—No les vi las caras, ambos llevaban cascos, unos cascos negros.

El sonido de la sirena de un patrullaron irrumpió en el aire.

—Alguno de ellos, sino los dos, debe estar malherido —comentó Matías al captar la misma imagen que estaba captando yo—. No llegarán muy lejos.

Me llevé una mano a los labios, tenía todo el estómago revuelto.

—Vamos, subamos a la camioneta—. Cerré la reja y coloqué los candados en su sitio.

—Pero, no tendríamos que quedarnos a hablar con la policía, vi la motocicleta, era inmensa, negra, los dos tipos iban vestidos de negro, de cuero creo.

—Alguien más debe haberlos visto —le contesté a Susana. Por más que hablase con la policía, que les contara sobre los dos hombres, que no eran hombres en realidad, sino demonios, sobre la motocicleta y sobre el llamado que había recibido para alertarme de que no saliera, con que les dijera que alguien sabía de antemano sabía lo que sucedería, que ese alguien era una mujer y que me había llamado, posiblemente de la calle, de unos pocos metros de distancia de dónde nos encontrábamos ahora parados, de nada serviría, esta

era una cuestión que trascendía la seguridad que puede brindarte la policía o cualquier otro ente público. La única persona que necesitaba oír esto era la que me esperaba en su casa, posiblemente con la cena ya lista, posiblemente, esta persona... este demonio, oiría esto mismo, de labios de alguien más, antes de que yo atravesara la puerta de su casa.

Para terminar de convencer a Susana y así apresurar nuestra partida, le dije que me sentía mal, que necesitaba salir de allí.

Así empapados como estábamos los tres, nos metimos en la camioneta.

Primero dejé a Matías en un bar en el que había quedado en encontrarse con su novia, luego llevé a Susana al departamento que compartía con Sebastián, y luego, pisando el acelerador con todas mis fuerzas, manejé hasta la casa de Vicente.

Le solté todo, casi sin tomarme tiempo para respirar, en cuanto atravesé la puerta de la cocina. Por la mueca en su rostro, me figuro que no tenía ni idea de lo que había sucedido. No maldijo ni se descargó de modo alguno, simplemente se quedó así, completamente inmóvil, impávido frente a mí. Le tomó un par de segundos más de lo que yo esperaba para reaccionar, y cuando lo hizo, su única reacción fue sacar del bolsillo posterior de sus pantalones, su bendito celular.

—Ariel, soy yo, por favor, llámame en cuanto puedas, es urgente—. Cortó y se metió el celular otra vez en el bolsillo, eso fue todo lo que hizo, luego volvió a quedarse mirándome fijo. De repente dio un paso, otro, se paró frente a mí y me estrechó entre sus brazos, apretándome con tanta fuerza que yo casi no podía respirar.

—Vicente, estoy bien, no me hicieron daño, yo ni siquiera llegué a salir a la calle y esos dos huyeron antes de que pudiese poner un pie en la vereda.

Sus dedos abiertos me cubrieron la columna.

—Vicente estoy empapada —jadeé, con su apretón no me entraba mucho aire en los pulmones—, además —intenté hacerme algo de espacio—, no me dejas respirar.

—Lo siento, lo siento mucho, no me di cuenta—. Me soltó, pero no del todo, sus manos se instalaron alrededor de mi mandíbula.

—Estoy en perfectas condiciones, no me tocaron ni un cabello —le aseguré.

Parpadeó.

—¿Tienes idea de quién puede haberme llamado?, parecía la voz de una mujer.

—No tengo ni la menor idea —me soltó; su rostro estaba en blanco—. Lo que

sí sé es que no saldrás de esta casa hasta que hable con Ariel.

—¿Por qué no lo hacemos ahora y terminamos con esto de una buena vez?

—¿Hacerlo?

—Sí, esta noche —insistí.

Me contempló confundido.

—Sí cambio ya no habrá más razones para que me sigan, para que nos molesten... nos dejarán vivir en paz.

Su rostro se derritió en una mueca de horror.

—Te equivocas... rotundamente —masculló esta última palabra de modo tal que sonó similar al gruñido de un perro furioso que amenaza con atacar. Se apartó de mí en un movimiento seco—, si cambiaras serías todavía más vulnerable, al menos por un par de meses, además, eso no haría más que empeorar las cosas, no solo por la vulnerabilidad que el cambio ejercería sobre ti, sino por todas las consecuencias que ese cambio traería. Tú no sabes nada de esto, deja que sea yo quien decida qué es lo mejor para ti. En este momento lo más saludable para tu persona es que te quedes aquí conmigo, que no salgas. No haremos eso ahora, no es momento.

—¿Ahora no es momento? —Me pareció ver un reflejo de luz al final del camino—. ¿Cuándo?

Vicente manoteó el cuenco que contenía la ensalada.

—No sé, todavía no lo sé, no me presiones.

—¿Qué cambió? —me costaba pensar, qué había cambiado y porqué no me había dicho nada sobre este cambio de opinión—. Es decir, no es que me moleste que cambiaras de parecer, todo lo contrario, sinceramente no creí que algún día —se me escapó una enorme sonrisa, pero él no parecía acompañar mi felicidad—, no puedo creerlo. No puedo creer que vayamos a hacerlo.

Vicente —exclamé—. Gracias —le salté a los hombros, de repente ya nada importaba, seríamos únicamente él y yo, por toda la eternidad—. No lo puedo creer, estoy tan feliz —le dije a la cara, su nariz y la mía casi se tocaban, él había tenido que largar otra vez el *bowl* con ensalada sobre la mesada—. Te amo. Gracias, esto es lo mejor que podías decirme. Al cuerno con todos esos demonios, cuando yo cambie no se atreverán a tocarme ni un pelo; voy a patearles el trasero a todos ellos, me temerán, ya verás, se arrepentirán de haberme hecho pasar por todas estas angustias —largué eufórica.

—No digas eso —soltó en tono amargo, la mueca de mortificación que se formó en su rostro acompañó a la perfección aquellas palabras—. No hables así.

—No hablaba en serio—. Yo no iba a patearle el trasero a nadie, no era ni vengativa, y mucho menos, lo suficientemente valiente como para pretender urdir un plan para vengarme de nadie, lo único que yo deseaba es que me permitieran vivir en paz, mi vida junto a él—. Es increíble, no creí que este día fuese a llegar, necesito que alguien me pellizque para saber que no estoy soñando—. Simplemente no cabía en mí misma de felicidad; la tortura, las angustias y los miedos tenían los días contados, la eternidad estaba a punto de empezar. Era consciente de que muchas cosas deberían cambiar en mi vida, mi relación con mis padres, mi trabajo, sabía que no iba a ser fácil separarme de aquellos a los que quería, pero tampoco tenía por que ser así, de la noche a la mañana, podía simular mantenerme joven a base de cirugías plásticas, incluso ya había pensado en que con el correr de los años, sería práctico pretender vestirme como alguien mayor a mí edad, ¡qué importaba! Podía gozar de al menos unos veinte años más hasta que la gente empezara a sospechar de mí, por no avejentarme, porque no me saliesen arrugas o canas. ¡No, que va! Si ahora las mujeres de cuarenta y tantos se ven como de veintitantos. Nadie iba a sospechar de mi, yo podría tranquilamente, llevar una vida, en apariencia, completamente normal. Bueno, quizá me viese obligada a tener que renunciar a mi trabajo ya que tendría otro trabajo que hacer, pero eso no era algo por lo que se me fuese a escapar una lágrima, saberme libre, para pasar mi vida junto a Vicente, con el mundo a mi disposición, era una alegría que nada podía opacar, ni siquiera los dos demonios de la moto negra, aunque sí, la desaparición de Lucas.

De a poco, descendí a tierra otra vez.

Me tomé de sus manos, ardían igual que fuego. Con un poco de mejor tino, del que venía haciendo gala últimamente, decidí no mencionar a Lucas, le preguntaría por él más tarde, este sin duda era un momento íntimo, muy de nosotros dos, que no deseaba arruinar. Esto era lo que deseaba de todo corazón sucediese, desde hacía meses, desde siempre supongo, es como si toda mi vida cobrase sentido, ya que ahora, visualizaba mi objetivo; tenía mis ojos clavados en el centro de la diana y allí apuntaba. Como me dijera Vicente en el almuerzo, todo lo que habíamos vivido durante nuestras vidas ahora tenía valor, ¡era eso a lo que se refería, sin duda ya lo tenía decidido! No me molesté en pensar hacia cuánto tiempo había tomado una decisión, lo importante es que lo se había resuelto, y de un modo favorable para mí. No cabía en mí misma de felicidad, no podía pensar en nada más, el mundo se había restringido a esta cocina, a este momento. En cuanto yo cambiara

pasaríamos a ser uno solo... ya no tendríamos que cuidarnos y lo más importante de todo, podríamos llevar una vida normal, como la de cualquier otra pareja, sin temer a matarnos en un raptó de efusividad o pasión.

—Esto se siente mejor que comprometerse, y supongo, incluso, que casarse.

Revoleó los ojos.

—¿No eres feliz con esta decisión?

—Yo quiero tenerte a mi lado el resto de mi existencia, pero me asusta que te emocione tanto darle tu alma al demonio.

—No me emociona eso, me emociona el hecho de tener la certeza de que podré pasar la eternidad a tu lado.

—Sí, solo conmigo, por siempre, para siempre, sin nadie más.

—¿A qué viene eso? —yo sonreía pero él no—. ¿Intentas asustarme? Soy perfectamente conciente de que este es un gran compromiso; no me molesta en lo más mínimo, y eso... ¡es genial! Sinceramente no creí que jamás volviese a sentirme de este modo con respecto al compromiso, pero no, ya no le tengo miedo a la idea, sino todo lo contrario, me entusiasma, me hace inmensamente feliz—. El pecho iba a estallarme de felicidad, no cabía en mí de tanta alegría.

—Tienes tiempo para pensarlo.

—¿Pensarlo? ¿Es broma?, no hay nada que pensar.

—Alguien más puede darte una vida normal si yo me voy, podrías tener hijos, una familia, una vida plena.

—No quiero una vida normal, y en cuanto a eso de una vida plena, estoy segura que la tendré a tu lado.

—Pero no hijos, ni una familia.

No acoté nada, eso era algo con lo que tendría que vivir. Supongo que en algún punto sentiría falta de saber lo que era esa experiencia, pero sí sabía lo que era vivir con Vicente, y sabía que sin él, nada más importaba.

—Los humanos... —no lo dejé terminar, le tapé los labios con una de mis manos.

—No quiero escuchar nada más, no voy a cambiar de parecer —mi mano resbaló por su cuello—, quiero esto más que nada en el mundo. Quien algo quiere, algo le cuesta. El precio me parece justo.

El tono de llamada del celular de Vicente nos interrumpió.

—Lo siento —se disculpó apartando con cuidado, mis manos de su cuerpo—.

Es Ariel.

De un salto, me senté sobre la mesada, a esperar mientras le contaba lo mismo que yo le había contado a él, sin omitir detalle. Después de contarle todo,

Vicente permaneció un buen rato en silencio, me figuro que oyendo lo que Ariel le decía, en todo ese ínterin, no soltó más que algún escueto: no, sí, aja y unos cuantos “hum”; también dio un par de vueltas por la cocina, finalmente apagó los fuegos de las dos cacerolas que estaban sobre las hornallas, dio una media vuelta puso una de sus manos sobre mi rodilla derecha y cortó. Depositó el celular sobre la mesada y me miró.

—Todavía no hay novedades de Lucas, por lo demás, bien... no sabremos nada hasta dentro de un par de horas.

El aire se cargó de una energía magnética a nuestro alrededor, yo sentía su mano arder en mi muslo, a través de la tela del pantalón que llevaba puesto. Lo miré a los ojos, creo que entendí perfectamente bien en qué estaba pensando. Con mis piernas rodeé su cintura sin encontrar oposición al gesto.

—Podemos intentarlo —le dije en un susurró y sentí como el rubor me subía por las mejillas, nuestro último intento, o algo que había sido un “casi” pero que bien podría haber llegado a más, se interrumpió no porque yo lo quemara o él me dejara sin aliento, sino por la presencia de un extraño; ahora estábamos solos, el teléfono ya había sonado y acabábamos de comprometernos a algo que sin duda trascendía el matrimonio y cualquier otro compromiso humano.

—No —articuló en voz muy baja—, no es buen momento, no estoy seguro de poder contenerme, además... ¿puedes esperar un poco más, no?

Me desinfe más rápido que un globo al que no se lo cierra con un nudo. ¿Podía esperar él? A regañadientes contesté que sí con la cabeza. Esto se terminará pronto —repetí mentalmente un par de veces para pensar en otra cosa que no fuese él.

Cené sin apetito, la comida estaba deliciosa sin embargo no terminaba de tentarme. Un par de horas más tarde me acosté, con Vicente a mí lado, abrazándome y su celular sobre la mesa de luz, en modo vibrador, para que yo no me despertara si sonaba en mitad de la noche, lo cierto es que agradecía sus recaudos para preservar mi sueño, pero una vez que yo me dormía, podía caerme un tren al lado, que yo no lo oiría.

El teléfono no sonó durante la noche, tampoco en el desayuno. Tuve que ponerme férrea en mi decisión de ir a trabajar, no iba a quedarme en aquella casa ocultándome, puede que yo nunca haya sido un ejemplo de valentía, pero tampoco iba a quedarme allí, escondiéndome, después de todo, quién fuese que llamara anoche para ponerme sobre aviso, sin duda volvería a hacerlo si algo malo volvía a planearse en mi contra —o al menos, eso suponía yo—, la

verdad es que tampoco importaba demasiado, Ariel estaba al tanto de los hechos, no volverían a molestarnos, seguro que ya todos sabían que Vicente se había comunicado con Ariel, no me quedaba ninguna duda que más allá de haber averiguado algo o no, sobre mis atacantes. Ariel se había puesto en contacto con alguno de los suyos, Vicente era parte de su aquelarre, su hijo adoptivo, y yo, en un plazo —esperaba no muy largo —me convertiría en su nuera. ¡Que raro que sonaba eso! ¡Nuera! Pasaría a formar parte de su familia y él y Lucas de la mía.

Me costó, no poco trabajo, convencer a Vicente de que me permitiese ir a trabajar, a cambio, tuve que entregar yo, parte de mi independencia, el único modo en el que conseguí que me permitiría salir, fue aceptando sus condiciones, esto era: que me llevara y trajera del trabajo y que yo no saliera del local para nada; quedamos en mantenernos en contacto, y él haría guardia por alrededor del local cada tanto, para asegurarse de que todo estaba en orden.

Para ser sincera, sonaba agradable saber que lo tendría relativamente cerca todo el día, de ser por mí, podría haberse quedado todo el día en el local, pero eso no sería muy normal y no deseaba levantar sospechas.

Por momentos me parecía gracioso y hasta agradable y halagador, tener a Vicente de guardaespaldas, chofer, haciendo un poquito, las veces de agente secreto, pero para el jueves, la incertidumbre y la falta de novedades, tanto del paradero de Lucas, como cuanto de los demonios que habían intentado atacarme y de aquel misterioso personaje que me llamara por teléfono para protegerme, empezó a hacer mella en mí. Vicente se hizo cargo de mi seguridad; supongo que de no haber sido él, quién preparaba mis comidas, las habría probado por mí antes de que yo me llevase un bocado a los labios, para asegurarse de que éstas no habían sido contaminadas con algún veneno. Es más, las últimas dos noches habían sido algo extrañas, yo no solía despertarme en mitad de la noche pero ahora, me despertaba cada dos horas, o más o menos, y me lo encontraba mirándome fijo, sin parpadear, parecía tener miedo de que si parpadeaba, o me quitaba la vista de encima, alguien me arrebatase de su lado. Los gestos de cariño y protección pueden agobiar, y me agobiaron. Mi obsesiva y concienzuda niñera no me dejaba ni a sol ni a sombra, no sé si Susana y Matías se percataron, pero Vicente pasaba con su Mercedes-Benz plateado, cada quince minutos por la puerta del local. Manejar su ansiedad, y la de Susana, que a dos días de contraer matrimonio estaba tan nerviosa, que hasta la más mínima alteración en el aire le ponía los pelos de punta, fue

demasiado, y acabó alterándome a mí, al punto de que cuando Vicente pasó por mí, el jueves por la noche, estallé en gritos cuando él me abrazó para caminar por la vereda hasta su auto. Tarde comprendí que su gesto no era el resultado de su obsesión por protegerme, sino una reacción, la misma que yo pudiese haber tenido para con él, en cualquier situación por demás normal. Le pedí disculpas y él las aceptó sin molestarse demasiado; supongo que los dos, sabíamos de sobra, que esto era una fase que debíamos pasar y que sin duda pasaría, así como Susana iba a casarse el sábado, nosotros también teníamos nuestro compromiso en pie, nuestro futuro no tenía fecha para comenzar, pero al menos, ya estaba en nuestros planes, lo cual, debo decir: no es poca cosa.

29.

Algo nuevo, algo azul, algo...

Mientras me bebía mi café con leche, pensaba en Susana, debía estar agradeciéndole a todos los dioses que no lloviera, de hecho, daba toda la impresión de que tendríamos un día hermoso y no demasiado frío, siempre por esta época del año pasaban unos cuantos días templados, como adelanto de la primavera para la cual todavía faltaban casi dos meses. En el jardín posterior de la casa de Vicente, ya se insinuaba la siguiente temporada. Los rosales ya hacían gala de los primeros pimpollos.

—¿Está bien? —preguntó Vicente sentándose a la mesa, entendí que se refería al café con leche.

—Sí, gracias, está muy rico, como siempre—. Nos quedamos un momento en silencio—. ¿Vas a acompañarme a la ceremonia civil de Susana?, estás invitado.

—Sí, voy a ir, y aunque no estuviese invitado iría igual, no pienso dejarte sola. Revoqué los ojos y resoplé. Para cambiar de tema, volví a contemplar el jardín.

—Estaba pensando en lo que me propusiste una vez.

—¿Qué cosa?

—Casarnos. Digo, no me parece una mala idea. No es que me interese organizar una gran fiesta ni nada por el estilo, pero es algo normal que podríamos hacer—. Me guardé para mí, el hecho de que había estado pensando en hacer esto para darle a mi madre algo de lo que ella seguramente esperaba de mí, después de todo, si lo que Vicente me había planteado era cierto, y suponía que lo era, por qué mentiría con eso, yo no iba a poder darle



nietos que cuidar y malcriar. A mí no me daba ni me quitaba nada, pero sabía que además de satisfacer a mi madre y a mi padre, sería una tranquilidad para Vicente también, después de todo, é había crecido en una época en que las parejas no solían mudarse juntas sin estar casadas y demás, a pasar de que él se había adaptado a la sociedad actual, yo sabía que en el fondo, estaba chapado a la antigua.

—Ya veremos. ¿Harías eso por mí? —me preguntó con una sonrisa no muy alegre, parecí más bien melancólica.

—Vas a tener que comprarme un lindo anillo de compromiso —le dije en broma riendo.

—Te amo —entonó en voz baja—. Recuérdalo siempre. Voy a amarte hasta el último de mis días.

—Y yo a ti.

Quedamos en que pasaría por mí al medio día, para que yo me cambiara y fuésemos juntos al registro civil. Con permiso de Julio, el local no abriría por la tarde, Susana, por su casamiento, obviamente no vendría a trabajar ni hoy, ni mañana, ni por veinte días, había pedido sus días de vacaciones para irse de luna de miel, por lo que Matías y yo nos encargáramos de todo en estos días. Ya me imaginaba que sería un tanto caótico estar sin Susana, su ayuda era invaluable. La primera mañana sin ella pululando por alrededor mío, sin su gran bolso debajo del estante de la computadora, sin que su celular llamara con el tono que tenía adjudicado para Sebastián fue extraña, vacía y por qué no admitirlo, aburrida también. Matías era como yo, mucho más tranquilo y callado, al menos si no estaba en presencia de Susana, quien por lo visto, le daba pie para soltarse y ser locuaz, pero sin ella el local quedaba en silencio, triste.

Me pregunté qué sentiría yo cuando ya no pudiese regresar a mí trabajo, cuando mi trabajo fuese otro, también me daba algo de curiosidad saber qué sentiría por ellos, por Susana, Matías, mis padres y todos los demás humanos, cuando yo dejara de serlo, me preguntaba si vería en ellos algo más que sus almas, a decir verdad, por miedo de enterarme de algo desagradable, no se lo había cuestionado a Vicente, él era un ejemplo para mí, si había podido enamorarse de mí, si podía convivir con Lucas y tener otros amigos, yo también podría... espero. Mi vida, íntegra, cambiaría para siempre al extremo de lo inimaginable. Yo quiera estar en el borde del mundo conocido, por él, me pondría al borde del abismo por él y aún así, no estaba asustada. Supongo que Gaspar y Jan quizá hubiesen visto algo en mí y eso era porque yo no

estaba bien de la cabeza, iba a entregarme al Infierno por amor.  
¿Por qué se habían entregado otros demonios?

Fue extraño convertirme en participe de aquella celebración que a todas luces era muy íntima y familiar. No éramos muchos los presentes en aquella sala del registro civil, en su mayoría parientes y algunos pocos amigos muy cercanos que habían podido salir de sus respectivos trabajos para presenciar la boda civil. Además de la familia cercana a Susana y de los pocos parientes de Sebastián y alguno que otro de sus mejores amigos de la infancia, lo cuales conservaba hasta hoy, estábamos Matías, Vicente y yo. Había una gran ausencia: Lucas, Susana me la recordó, pero no hizo falta, yo sentía que algo me faltaba, igual que se puede sentir la falta de una pierna o cualquier otro miembro amputado. Pese a todo y con todo lo bueno y lo malo que me sucedió últimamente, yo no dejaba de pensar en él, a veces, para mi sorpresa me encontraba pensando en qué me encontraría cuando volviese a verlo, suponía que debía haber madurado, de eso se trataba, ¿no?, pero cuanto, ¿sería una maduración física, en vez de encontrarme con mi amigo de rostro adolescente me toparía con un hombre hecho y derecho?

Vicente y yo nos acomodamos en una de las últimas filas de sillas, casi al final del profundo y caluroso salón, precedido por un largo escritorio, que más parecía pertenecer a una sala en la que se fuese a ejecutar un juicio para juzgar un grave delito que en una en la que se celebran matrimonios. Matías, en compañía de su novia, estaba dos hileras más adelante. No pudimos sentarnos juntos, porque nosotros llegamos algo tarde.

Susana estaba muy bonita, Sebastián, extremadamente nervioso, tanto es así, que su hermano y su padre no le quitaban la mirada de encima, por miedo a que tuviesen que atajarlo si llegaba a desmayarse. Fue cómico, y al mismo tiempo enternecedor. Por sobre todo, creo que ambos, estaban muy felices, se les notaba en la cara.

La ceremonia fue corta y concisa, agradable. Después de eso, Susana nos invitó a participar del almuerzo al que estaba invitada solamente la familia y los amigos más cercanos a esta. Fue extraño, si bien la ambas familias nos recibieron de brazos abiertos igual que si nos conociesen de toda la vida, igual, estuvimos algo cohibidos los dos, Vicente porque no tenía demasiado que comentar sobre su vida privada y le resultó algo complicado manejar la situación cada vez que alguien le preguntaba a qué se dedicaba, dónde vivía, si tenía familia, dónde había estudiado y demás preguntas que los humanos

solemos hacernos unos a otros para conocernos. De no ser por esto, el almuerzo habría sido de lo más ameno, lo sé.

A Vicente le costó salir del ensimismamiento en el que entró durante el almuerzo, incluso cuando ya llevábamos un buen rato en su casa, continuaba meditabundo y silencioso. Intenté hacerle entender que nada de eso, de esas diferencias, me molestaba, él me sonrió, poco a poco se fue distendiendo, para la noche, ya era el mismo de siempre.

Bien, la fiesta sería más relajada, o al menos eso esperaba yo, con el baile, la comida y la bebida siempre queda menos tiempo para conversaciones demasiado largas o íntimas.

...

—Llegaremos tarde otra vez —me gritó Vicente desde la habitación.

—Ya voy —le contesté sin soltar las orquillas que tenía entre los dientes, comenzaba a ponerme de mal humor, mi cabello se resistía a quedarse allí dónde yo quería ponerlo.

Llamó a la puerta del baño y la abrió antes de que yo le contestara que podía pasar. Ya estaba listo, con el saco del traje puesto, la corbata ajustada al cuello de la camisa y el pelo perfectamente peinado, como él lo usaba, pretendiendo simplicidad y despreocupación. Debo añadir que lucía tan bien como siempre y que olía exquisitamente bien, aun así me dio ganas de gruñirle cuando con un dedo, golpeó la amplia superficie del cristal del enorme reloj que llevaba en la muñeca derecha.

Me saqué la orquilla de entre los dientes y la interné entre mi cabello, con tal mala suerte que me la clavé en la cabeza; apreté los dientes para no soltar un insulto, podía estar sangrando, incluso podría haberme causado daño cerebral, pero al menos, ya estaba lista para salir. Eché un último vistazo a mi aspecto en el espejo, me pareció que me veía aceptablemente bien, considerando que me las había arreglado sola.

—¡Listo! Ya podemos irnos.

—Perfecto—. Abrió la puerta de par en par.

Me cedió el paso. Recogí el chal y el sobre que hacían juego con el vestido, y juntos salimos de la habitación. Su mano se posó sobre mi cintura mientras bajábamos la escalera; al oído me susurró que estaba muy bonita, no le hice demasiado caso, yo sabía perfectamente bien que si juntos atraíamos miradas, sería por él, no por mí, Vicente no perdía ni por un segundo, el porte de

modelo de pasarela, la mirada de quién sale perfecto en todas las fotos, la gracia de un caballero de la edad media y la educación y elegancia de un lord inglés, pero al mismo tiempo tenía ese no sé qué de chico malo, a lo James Dean, por nombrar a un ícono representativo de lo que deseo explicar. Igual, más allá de toda descripción que pueda sonar banal o superflua, él es sin duda, mucho más que todo eso, es una persona demasiado llena de hechos y experiencias, de sentimientos de todas las clases. Vicente es cómo un perfume muy concentrado, lleno de empalagosas y abrumadoras esencias que huele exquisitamente de lejos, pero que de cerca, es casi imposible de soportar, y eso lo digo en el buen sentido. Incluso hoy, continuo creyendo que es demasiado... demasiado de todo, tanto lo bueno, como lo malo; en él, ambos aspectos se igualan, se nivelan, semeja como si en su persona, se encontraran dos ríos terriblemente caudalosos, ambas corrientes se chocan en un encontronazo furioso, y luego se nivelan, para enseñar una superficie calma, perfecta, sin olas, mientras que debajo, ambas corrientes se arremolinan y luchan por ganarle una a la otra.

No llegamos tarde (pese a sus predicciones y malos augurios), de hecho, manejó de forma tal (sin hablarme y sin quitar la mirada del camino, o el pie del acelerador) que fuimos de los primeros en llegar a la iglesia.

Debo admitir que mientras caminábamos por la calle hasta la entrada de la iglesia, me puse un poco tensa, yo sabía que no iba ni a derretirse, ni a sufrir terribles dolores, que nada paranormal sucedería cuando él entrase en el recinto, de todos modos la aprensión persistía.

Alcé la mirada en dirección al campanario, sobre una de las cuatro aberturas por las que se veían las campanas iluminadas con una tenue luz dorada, estaban un par de palomas acurrucas y adormiladas. Un par de metros más arriba, la cruz de hierro precedía el punto más alto de toda la estructura del edificio.

Al pie de las escalinatas nos encontramos con algunas de las personas con las que habíamos compartido la mesa del almuerzo ayer. Antes de que llegásemos a ellas para saludarlas, creí oír gruñir a Vicente, supuse que si realmente había gruñido, no fue porque aquellas personas le desagradasen ni nada por el estilo, sino más bien porque no deseaba tener que volver a pasar por lo de la tarde anterior, y a decir verdad, yo tampoco, era una situación que prefería evitar, sobre todo, porque en este momento, estaban dándose entre nosotros dos, muchas situaciones tensas que no podíamos esquivar de modo alguno.

Saludamos, cruzamos un par de palabras con aquellas personas; en cuanto ya

no nos quedó más tema, disimuladamente, arrastré a Vicente lejos del grupo; pretendí no ser tan evidente en mi ardid, pero por la cara que me puso Vicente, obviamente no tuve mucho éxito.

Me tomó de la mano; no pronunció palabra; yo tampoco me atreví a interrumpir el silencio, en ocasiones es mejor dejarlo estar.

Estábamos así, callados, mirando a los invitados llegar cuando su celular se puso a sonar, lo llevaba en el bolsillo interior del saco. Antes de contestar, miró el número.

—Me disculpas un momento.

—Sí, claro.

Su teléfono seguía sonando. No atendió hasta que se alejó de mí, tanto, que yo no pude captar las palabras que pronunciaba. Intenté espiar a ver qué cara ponía, me dio la espalda en todo momento. Aproveché el momento y saqué mi celular, no tenía mensajes, ni ninguna llamada perdida; cada dos por tres —no perdía las esperanzas—, comprobaba si en mi celular, aparecía alguna señal de vida de Lucas, ya llevaba casi una semana sin saber de él, y el que Ariel tampoco no hubiera conseguido nada hasta ahora me preocupaba cada vez más. Resoplando lo guardé.

Cuando levanté la mirada, Vicente estaba frente a mí.

—¡Por Dios, que susto me diste!—. El corazón, poco a poco, dejaba de martillarme contra las costillas.

—¿Te llamó alguien?

—No. Comprobaba que todavía funciona. ¿Y a ti quién te llamó?

—No tiene importancia —me contestó desviando la mirada por encima de mi cabeza.

—¿No era por la desaparición de Lucas?

—No —masculló entre dientes sin mirarme.

Me volteé a ver qué tanto estaba observado. No había nada en particular, algunos de los invitados conversaban en lo más alto de la escalera.

—¿Todo está bien? —curioseé, estaba raro.

—Sí, perfectamente —me contestó sin mirarme a la cara. No le creí ni una palabra.

Después de eso, empezó a comportarse como si le hubiesen cortado la lengua, estaba molesto, fastidiado —me dio la impresión —y no hacía otra cosa que soltar gruñidos por todo, como si absolutamente todo, lo hecho y lo no hecho, le molestara.

Quince minutos más tarde, ya dentro de la iglesia, buscando un lugar dónde

sentarnos, él había perdido la paciencia y yo también, le pregunté al menos una docena de veces qué le pasaba, y a todas me contestó que nada. ¡Mentira! Puso mala cara cuando tuvimos que detenernos detrás de un matrimonio que se frenó a las puertas del atrio para inclinarse y hacer la señal de la cruz, cuando quedamos de frente al corredor en medio de ambas filas de bancos, el cual desembocaba directamente al altar mayor sobre el que colgaba un cristo crucificado que hasta a mí, una descreída, me puso los pelos de punta, cuando pasamos ante la pila bautismal y finalmente, cuando nos acomodamos en el extremo de uno de los bancos, muy cerca de uno de los confesionarios que más parecía un ataúd de proporciones holgadas, que otra cosa.

Creo que también frunció el entrecejo ante la presencia de los centenares de flores que decoraban hasta el último y más recóndito de los rincones, perfumando el frío aire del corazón de la nave central de la fortaleza de Dios. Peor cara puso, cuando una de las primas de Susana, en puntas de pie, se nos acercó.

—Disculpen —nos dijo en voz muy baja y luego me miró—. Susana me pidió que te buscara, ya llegó, pero desea verte un momento antes de entrar.

—Por qué, está bien—. Esperé que no la hubiesen atacado las dudas justo ahora, otra vez, su novio ya estaba parado frente al altar esperándola, de hecho, todo el mundo la esperaba. Todo estaba listo para su gran entrada.

—Eso creo.

Me sorprendió que quisiera verme a mí, su madre estaba allí nomás, a unos cuantos metros de donde me encontraba yo, al igual que el resto de su familia y sus amigas más cercanas.

—Hum... —miré a Vicente, no me dedicó ni un parpadeó—. ¿Te molesta?

—No, claro que no, ve.

—Enseguida regreso —le dije al tiempo que me ponía de pie.

Juntas, nos alejamos, procurando no hacer demasiado ruido; cuando estuvimos, a lo que me pareció una distancia prudencial, volvía a preguntar si todo iba bien.

—Sí, son solamente nervios de último momento.

—¿Pero por qué a mí?

—Dice que nosotras la ponemos nerviosa —me explicó poniendo mala cara. Me pareció que debía sentirse ofendida.

Me imaginaba la escena: la novia histérica pidiéndole a todas sus damas honor que la dejen en paz, solo que esta imagen no condecía demasiado con la idea que yo tenía de Susana. Pero dicen que todas las novias son iguales...

Salimos de la nave central, por una puerta lateral, que desembocaba al atrio, allí estaba el papá de Susana, vistiendo un elegante *frac*, sosteniendo el ramo de novia de su hija, entre ambas manos con un gesto nervioso. Nos saludamos a las apuradas, luego la prima de Susana me guió por un corredor angosto y oscuro hasta una de las tantas puertas cerradas a las que tenía acceso éste. Mariana, la prima de Susana, llamó a la segunda puerta.

—¿Quién es? —gritó Susana desde adentro en un tono algo histérico.

—Soy yo, Eliza.

—Entra, entra. ¡Por fin!

Tenía una mano sobre el pomo de la puerta cuando Mariana me detuvo.

—Intenta hacerla salir lo antes posible, ¿sí? Tenemos un horario que seguir — me pidió muy seria—. No queremos que toda la noche se eche a perder — añadió en tono de advertencia sin desistir de su pose de matón guardaespaldas.

—No, claro que no, intentaré hacerla salir lo antes posible.

Mariana se apartó de la puerta y yo entré.

—¡Están todas más locas que una cabra! —soltó Susana con desesperación en cuanto abrí la puerta la sacristía. Ya llevaba puesto su vestido blanco, el que había comprado aquella vez en que nos encontramos con Cristian y Ana, recordar aquel momento me dio ardor de estomago y se me cerró la garganta. Tragué en seco y le sonreí, no iba a arruinarle el momento, éste era su día y tenía derecho a vivirlo con alegría, o en su defecto con los nervios que aparentaba tener, pero ni modo, era su elección.

—Estás preciosa.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Noté la ansiedad y la felicidad en su mirada, intuía que debía estar hecha un manojo de nervios y al mismo tiempo muy feliz; yo no había llegado a pasar por este momento, para mí todo se había terminado mucho antes de realmente empezar; todavía estaba a tiempo de vivirlo y era probable que lo viviera. Toda la correría, la emoción, las cosas de último momento, las amigas, las primas y las hermanas revoloteando alrededor de la novia, ayudándola a peinarse, a maquillarse, a vestirse, opinando. Sonreí, en mi mente tenía la imagen de una mujer, quizá una de sus primas, o una de sus tías, o incluso su madre, dándole algo, se suponía que debía llevar algo prestado, algo azul, algo nuevo, algo viejo.

—Todavía no puedo créelo —dijo en un tono aguado, se estaba tragando las lágrimas que no quería llorar, más que nada, para que no se le arruinase el maquillaje—. Estoy legalmente casada y me encuentro a minutos de caminar al

altar—. Se sonrió—. Esto es tan surreal. Me parece estar soñando, todo sucedió tan rápido.

Me acerqué a ella, y en cuanto me tuvo a tiro de sus brazos, se arrojó hacia mí me abrazó.

—Gracias por venir —sollozó apretándome contra la sus vestido sin miedo a arrugar la falda de tafetán, ni a ensuciar el bolero de chifón que llevaba para que el fresco de la noche no le molestara.

—No hay porqué —contesté mientras ella me estrujaba. Le di unas palmaditas en la espalda procurando que mis dedos no se enredaran en su velo. Esa fue la señal. Me liberó de sus brazos al instante—. Tu prima me dijo que querías verme, ¿sucedió algo? ¿No irás a decirme que tienes dudas, o algo así?

—Dudas voy a tener hasta el día de mi muerte.

Me reí ante su comentario.

—No me arrepentí, si eso es lo que te preocupa. Necesito decirte algo.

—¿Ahora, no puede esperar hasta más tarde?, tenemos toda la noche.

—Sí, los sé—. Apretó los labios y se puso a caminar, de un extremo al otro de la habitación, cual animal enjaulado—. Esto es ridículo —jadeó.

—¿Qué es lo que es ridículo?

—Lo que tengo para decirte —entonó frenándose justo debajo de la sencilla lámpara que colgaba del techo.

—No te preocupes, dime qué es, y juntas juzgaremos si es realmente ridículo o no.

Susana entrelazó los dedos y se retorció los nudillos, parecía querer descoyuntarse las articulaciones. La luz que colgaba sobre su cabeza arrancó coloridos destellos del los pequeños aros que llevaba puestos.

—¿Tiene que ver con tu casamiento? —inquirí ante su silencio, quizá si le daba pie para empezar a hablar, terminaríamos con esto rápidamente, y su prima no me golpearía a la salida, por no cumplir con mi parte, perjudicando así, los horarios preestablecidos para cada una de las etapas de esta boda.

—No, no tiene que ver con la boda.

—¿Tiene que ver con el trabajo? —aventuré como una opción, no se me ocurría qué cosa, además de su inminente boda religiosa, podía ser tan importante en este momento.

Resopló.

—No, no tiene que ver con el trabajo.

—¿Voy a tener que adivinarlo? Tu prima va a golpearnos a ambas si no sales pronto de aquí.



—¿Se trata de Mauro! —estalló—. ¡Y de Vicente y Lucas!

Lo que sentí, calzaría de maravilla en una novela de vampiros, fue como si alguien me chupara toda la sangre, de pronto me sentí lívida, fría, vacía, y muy asustada.

—Te prometo que no perdí la cabeza —lanzó dando un paso hacia mí —me tomó de las manos, las tuyas estaban frías, heladas, y las juntó contra su pecho—. Pasé la noche en vela dándole vueltas a esto.

—¿Dándole vueltas a qué?

—Ayer, durante el almuerzo, recordé algo que ni siquiera sabía que sabía, es decir, no tenía ni idea de que eso significara algo.

—No te entiendo —intenté zafar mis manos de las tuyas, no lo logré—. Deberíamos dejar esta conversación para otro momento, afuera hay un montón de gente esperándote... no es el momento ni el lugar, deberíamos...

—Prometí que no insistiría más con esto, lo sé; te juro que no es un capricho, es en serio, completamente en serio.

Nos quedamos en silencio. Yo no sabía qué decir, con mis últimos tiempos de experiencia en este mundo que se había vuelto tan extraño y distinto para mí, de lo que era para la mayoría de la humanidad, terminé de comprender que en ocasiones, es mejor recurrir al silencio; si decía cualquier cosa, por ínfima que me pareciese a mí, correría el riesgo de meter la pata provocando un desastre de proporciones descomunales.

—Sabes que me costó aceptar a Vicente, que él no me inspira confianza...

—Susana...

—También te dije muchas veces, lo bien que me cae... que me caía Lucas, o me cae, no lo sé —articuló a toda velocidad—. Hasta antes de ayer hubiese dado todo por tenerlo aquí hoy, pero desde el almuerzo de ayer... —me soltó las manos—. No entiendo ni cómo ni por qué sucedió eso—. Iba a llevarse una mano a la cabeza pero evidentemente recordó que llevaba un elaborado peinado, y de éste, prendido el velo, por lo que se arrepintió, su mano estalló contra su frente y luego resbaló por el costado de la cara hasta el cuello y allí se quedó, en la nuca, en un gesto de agobio.

—¿Eso qué? —inquirí con miedo a la respuesta que pudiese darme.

—Te dije que recordé algo, más bien a alguien, ¡a él!

—¿A él?

—A Lucas... recordé su rostro y en qué circunstancias lo vi—. Disparó con voz estrangulada. El disparo impactó en mi pecho. Corría riesgo de muerte. Involuntariamente di un paso atrás. Nunca debí aceptar reunirme con ella allí.

—Una tarde muy parecida a la de ayer, hace un par de años atrás, almorzaba con Mauro en un restaurante. Por aquel entonces, Mauro pasaba lo peor de su crisis... bien, aún no había llegado lo peor, fue justo antes de que empezara a caer hacia lo más profundo. Mauro y yo habíamos pasado toda la mañana en su cama, habíamos estado hablando de religión, de nuestras creencias, de lo malo y de lo bueno de este mundo, había sido una conversación muy profunda y bizarra también—. Sonríó a medias, con melancolía incluida—. Esa conversación, volvió a salir durante el almuerzo, Mauro me confesó que veía cosas, cosas extrañas, cosas que otras personas no lograrían ver ni aunque las tuvieran pegadas a la nariz. Me contó que veía a ciertas criaturas que... dijo que podía reconocer a los ángeles del maligno.

Ahora sentí como si me arrancaran el corazón, los pocos y moribundos latidos se extinguieron definitivamente.

—Demonios —soltó —me dijo que veía entre las personas, a los demonios que pretendían simular ser humanos, demonios de carne y hueso. Dijo que la tierra estaba repleta de ellos. Mauro dibujaba muy bien, no sí si te lo había dicho antes, era un artista.

Negué con la cabeza, no era capaz de pronunciar ni el más escueto “no”.

El asunto es que esa tarde, mientras esperábamos nuestro almuerzo, sacó unos dibujos y me los enseñó. Eran retratos algunos eran muy simples, confeccionados en birome azul, otros eran en lápiz, con un poco más de detalle y unos pocos, estaban hechos en carbonilla, ¿sabes lo que es la carbonilla?

—Sí, sí sé—. La angustia me carcomía por dentro. La herida del corazón se había infectado, las bacterias se apoderaban de mi cuerpo a pasos agigantados.

—Uno de esos retratos era... —se detuvo y apretó la mandíbula —era de Lucas, estoy segura.

Abrí la boca pero de mis labios no emergió sonido alguno.

—No estoy loca —entonó ante mi silencio.

Me dieron ganas de salir corriendo, de buscar a Vicente y de abandonar todo, para huir con él. Solamente nosotros...por siempre.

—Mauro tampoco estaba loco, ahora lo sé, ahora lo comprendo.

Se quedó mirándome, debía esperar a que reaccionara ante la supuesta noticia, pero para mi aquello no era una novedad, ya lo tenía bien asumido, solo que no tenía ni idea de cómo reaccionar, ¿debía negarlo, debía intentar desmedirlo?, ¿debía aceptarlo y luego procurar convencerla de que no le dijera nada a nadie? ¿Podía yo ponerme en la posición de pedirle que se

olvidada de lo sucedido con Mauro, de sus sospechas sobre la participación o responsabilidad de Ariel en la muerte de Mauro?

—Suenan escalofriante y chiflado también, pero debes creerme. Sé que lo tuyo con Vicente va muy bien, que prácticamente viven juntos; él no es bueno para ti, él es uno de ellos, estoy segura, igual que el otro tipo, ese tal Ariel, están todos juntos. Son todos demonios, lo sé, lo presiento—. Se abalanzó sobre mí y volvió a tomarme de las manos—. Tienes que creer en lo que digo, Vicente realmente no es bueno para ti, debes dejarlo; solo Dios sabe lo que esas cosas son capaces de hacer, yo estoy segura que ellos tres, o al menos alguno de ellos, es responsable de la muerte de Mauro. ¡Buscaremos ayuda! ¡Haremos un exorcismo! ¡No sé, lo que sea necesario para apartarlo de tu vida! No tengas miedo Eliza, te juro que te ayudaré en todo lo que sea necesario —me apretó las manos todavía más—, por lo que más quieras, déjalo, dile que no lo amas, dile que se vaya. Sí quieres se lo digo yo, sé quién es y qué hizo, no le tengo miedo. Ninguna criatura del infierno volverá a meterse con ningún ser querido mío, te lo juro, si vuelve a ponerte una mano encima yo misma lo mataré, ¡porque, hayas dicho lo que hayas dicho, se que él es responsable directo de lo que te sucedió el verano pasado!

—Susana...

—Es cierto, te lo juro, no sé cómo demostrártelo, ojala pudiese recuperar los dibujos de Mauro para que me creas, seguro que entre esa infinidad de retratos debía haber alguno de Vicente.

—Susana no...

—¡Por Dios, Eliza! ¡Es un demonio! No es broma, no es mentira, tampoco es una locura, es cierto, te lo juro por lo que más quieras, debes creerme.

No fue mi intención ser tan ruda, pero no me soltaba, de modo que tironeé de mis manos hasta liberarlas de la suyas.

—Estás delirando—. Entoné dándole la espalda, no podía mentirle a la cara, aun así, debía negárselo a muerte, era peor admitir aquello poniéndola en un riesgo inimaginable, a que pensara que yo la creía una loca, y que nuestra amistad se terminara en este preciso instante.

—¡No, no estoy delirando! No te llamé anoche porque temía que él anduviese cerca de ti y que escuchara, ahora no tengo miedo, estamos en una iglesia, si vino contigo, si logró entrar aquí de algún modo inexplicable, al menos tenemos la defensa de cientos de personas que están ahí afuera, le pediremos ayuda al cura si es preciso, no te tocará, no volverá a hacerte daño. Lo detendremos. No tengas miedo, lo alejaremos de ti —me aseguró. Ella no tenía

ni la menor idea de nada.

—Susana, no tengo miedo.

—Porque no me crees, pero debes creerme —articuló ella en tono suplicante—. Esta es la casa de Dios, no es que yo sea demasiado devota ni nada, sé lo que todo el mundo sabe sobre este tipo de cosas, lo ahuyentaremos.

—Yo no quiero ahuyentar a Vicente de mi lado.

—Dile que venga, hablaré con él, no podrá negarlo ante mí, sé que no. Verás que cara pone cuando le diga que sé que Lucas y él llevaron a Mauro a la locura.

—No voy a pedirle que venga, creo que no lo entiendes, estás arruinando tu noche; hoy es tu boda, esto no tiene cabida hoy. Vicente es una buena persona...

—¡Deja de decir eso! —soltó en un alarido que desgarró las paredes.

—Creo que es mejor que me vaya, no te preocupes, le pediré a Vicente que venga conmigo, no perturbaremos tu noche—. Simular estar ofendida frente a la verdad me pareció horrible, no me quedaba otra opción, no debía darle confirmación alguna. Di media vuelta y me largué en dirección a la puerta. Tenía la mano en la manija cuando volvió a llamarme. Me volví y la miré.

—Ya lo sabías, ¿no es cierto?

Se hizo un silencio sepulcral, muy acorde con aquellas frías y gruesas paredes.

—Sí, ya lo sabías, no te di ninguna novedad—. Dio dos pasos hacia mí—. ¿Cómo puedes? —inquirió con el ceño fruncido.

Mi mundo se vino abajo.

—Olvídate de eso—. Me pregunté qué sucedería ahora, cómo íbamos a seguir a delante y sobre todo, me carcomía el temor de lo que pudiese pasarle a ella, las consecuencias de saber que existen demonios caminando por esta tierra... ni siquiera puedo terminar la idea; mi cabeza era un *pandemonium*, ¿debía contarle a Vicente que Susana había descubierto la verdad, podría o querría él defenderla de los demás?

—¿Qué estás haciendo? —me increpó en un jadeó—. Ellos están detrás de la muerte de Mauro y solo Dios sabe de cuantas otras atrocidades son capaces.

No le contesté.

—¡Por favor, no me digas que estás con ellos!

—Estoy con Vicente, lo amo; estoy con Lucas, es mi amigo —solté la puerta—. Es todo, de lo demás, no sé demasiado.

Fue su turno de quedarse sin habla.

—Al descubrir esto no te hiciste ningún favor. Me imagino cómo debes

sentirte, pero tengo que pedirte algo, no es por mí, es por ti: no se lo cuentes a nadie.

Frunció el entrecejo mirándome con cara de pocos amigos. No la culpaba por eso.

—Las iglesias y los exorcismos no funcionan. No es tan fácil defenderse de ellos, no funciona cómo en las películas o como todo el mundo cree, tampoco son lo que todo el mundo cree. Olvídate de lo que recordaste y no vuelvas a mencionarlo... a nadie. Esto no es un juego.

—Lo sé, Mauro está muerto —soltó con acidez, sus ojos me perforaron, su mirada salió por detrás de mi cabeza igual que una bala disparada por un potentísimo arma.

—No es una amenaza, sino una advertencia, podría sucederte lo mismo a ti también. Créeme, lo sé por experiencia. Olvídate de esto, te lo ruego. Por lo que pasó, no puedes hacer nada. Concéntrate en lo que puede venir, no se lo cuentes a nadie, a quien se lo digas, correrá el mismo riesgo que tú, puedo pedirle a Vicente que cuide de ti, pero no más que eso, sé que no lo entenderás, incluso él está apostando demasiado, hasta su propia existencia por permanecer a mi lado, no arriesgues tu vida también, por una situación que no cambiará... no lo hagas—. Me quedé momentáneamente sin palabras—. Lamento mucho todo esto, créeme, realmente lo lamento, siento que tu boda se haya arruinado. Nos iremos en este preciso instante—. Salí dejándola sola.

El helado corredor me hizo temblar. Mis propios pasos sobre el piso de piedra, el eco en los techos abovedados... se me puso la piel de gallina. Agradecí que ni la prima ni el padre de Susana estuviesen por ahí. Me costó encontrar el camino de vuelta, pero al final, atravesando una puerta, llegué a la nave central, del lado opuesto a la hilera de bancos en la que Vicente y yo nos habíamos acomodado. Mientras andaba a toda velocidad, miré por encima de las cabezas de los asistentes a la ceremonia, los cuales empezaban a impacientarse, y lo vi, allí tranquilamente sentado, con la vista al frente, posiblemente posada sobre el enorme crucifijo, o quizá en las ondulantes llamas de alguno de los dos cirios que ardían a los costados del altar. Así semejaba ser un hombre completamente normal, el hombre más cariñoso, dulce, amable, respetuoso y bello que yo hubiese visto jamás, para mí lo era, todas sus otras características ponderaban ante las que lo definían como demonio; para mí era un ángel, es cursi, pero por él aprendí a amar de un modo en el que jamás había amado a nadie, él me había salvado en más de un sentido, él me completaba, él era lo que a mí me faltaba para vivir plenamente.

—Vamos —le susurré al oído inclinándome sobre su hombro.

Giró la cabeza.

—¿Qué, por qué?

—Te lo explico luego.

Me miró sin parpadear. Dudo que pudiese adivinar lo que acababa de suceder, razón por la cual, debía estar bastante desconcertado, pero al mismo tiempo, me imagino que supondría que algo lo suficientemente malo había pasado, como para que yo tomara la determinación de que nos largásemos de allí en ese preciso e inconveniente instante.

—Bien.

30.

Lo frío, lo cruel.

Metió la llave en el encendido pero no la giró. Bajó ambos brazos, tanto el que tenía tendido hacia el volante, como el que sostenía la llave en posición, se volvió hacia mí.

—Estoy esperando. Dime, qué fue lo que sucedió.

Le hiqué las uñas a la butaca.

—Lo descubrió, lo sabe —mi voz se desvaneció hacia el final de la frase.

Se quedó mirándome como si no lo comprendiera, tanto es así, que me hizo dudar a mí, de no estar siendo los suficientemente clara.

—Sabe lo que Lucas, Ariel y tú son.

Podría habersele deformado la cara en una mueca de disgusto, podría haber hecho un escándalo, podría haberse vuelto loco y encender todo en llamas; no hizo nada de eso, simplemente soltó un suspiro, apoyó la espalda contra el respaldo del asiento y se quedó mirando algún punto en al infinidad, o quizá simplemente una de las líneas que atravesaban el vidrio del parabrisas trasero del auto que estaba estacionado delante del Mercedes-Benz.

Lo vi mover los labios, se los estaba mordiendo por dentro en un gesto muy suyo. Parpadeó un par de veces.

—Le rogué que no se lo cuente a nadie, escuetamente le expliqué que hacerlo la pondría en peligro a ella y a quien ponga oídos a sus palabras.

Silencio.

—¿Podemos hacer algo?

Se volvió y me miró por primera vez después de que le soltara la bomba.

—No lo sé.

Me pareció desconcertado, incluso más que yo; por agua se fueron mis esperanzas de que él encontrara una solución a esto.

—Corre peligro al saberlo, ¿no es así?

Asintió con la cabeza y volvió a mirar al frente. Se mordió el labio otra vez y puso el auto en marcha. El motor del Mercedes-Benz ronroneó suavemente.

La noche ya estaba sobre nosotros. El cielo estaba muy oscuro.

Sentí un horrible y cruel frío recorriéndome el cuerpo.

El frío persistía, estaba yo parada, descalza sobre el piso del baño, el vestido había caído a mis pies. El frío me atravesaba las plantas de los pies, subía por cada una de mis terminaciones nerviosas, por las venas y las arterias directo al corazón. Alcé el mentón, la cabeza me pesaba una enormidad; me miré al espejo. No podía llorar, no podía gritar.

Pateé el vestido y con él, se fueron las sandalias. No sé dónde fueron a parar, y ni me importó. Me agarré del lavatorio y me miré a mí misma a los ojos, no pude sostenerme la mirada, ya no me reconocía en aquella mirada, en aquel cuerpo.

Manoteé del estante, la crema desmaquillante y algo de algodón y me limpié la cara, luego, evitando todavía mi reflejo, me vestí con unos jeans nuevos que había tenido que comprarme a falta de los míos viejos que tan cómodos me resultaban, me eché encima una campera de algodón, me subí el cierre hasta el cuello, saqué mi cabello por encima de la capucha y salí del baño. La habitación estaba vacía y en penumbras, solo mi velador estaba encendido. Vicente se había quedado abajo, en la cocina, esperando a que llegara el repartidor de pizza. Yo no tenía demasiado hambre, y él pocas o ningunas ganas de cocinar, pero aun así insistió en que debía comer.

En la cocina flotaba un ambiente lúgubre y oscuro.

—La pizza todavía no llega —me informó en cuanto puse un pie en la cocina. Se encontraba parado junto a la pared, al lado del teléfono.

—No hay problema, puedo esperar.

—Hablé con Ariel. No tienes que preocuparte por Susana, mientras no se le ocurra hacer ninguna locura estará bien.

—Gracias a Dios.

—Dios no tiene nada que ver con esto y lo sabes.

No repliqué, hubiese sido para pelear y ya teníamos suficientes motivos para crearnos angustias como encima reñir por una estúpida disputa teológica que nadie ganaría.

—Hay buenas noticias.

Mi corazón se disparó.

—Tuvo novedades de Lucas, por lo visto está bien, todavía no se reúne con él, pero al parecer no hay ningún impedimento para que regrese a casa muy pronto, sí así lo desea—. En sus palabras no hubo alegría alguna y eso me dolió.

—Qué alivio—. Dije sin hacer mayores demostraciones de efusividad, expresar lo que en realidad sentía, lo hubiese puesto de peor humor. Ni modo, a pesar de todo esto era una muy buena noticia, temía no tener la oportunidad de escuchar aquellas palabras.

—Sí —murmuró sin la menor emoción.

—¿Se sabe qué fue lo que le sucedió?

—Si Ariel lo sabe, no me lo dijo.

—Gracias—. Me le acerqué y lo abracé, él me respondió con una mano sobre mi espalda que me resultó tan inexpresiva como el teléfono gris que colgaba a pocos centímetros de mi rostro.

Sonó el timbre de la puerta, debía ser el repartidor de pizza. Vicente me dejó allí en la cocina, para ir a atender, regresó al poco rato, cargando nuestra humeante y perfumada cena, que pese a que olía maravillosamente bien, no despertó más apetito en mí. Comimos en silencio y sin emoción.

Hicimos un poco de sobremesa, alrededor de los platos sucios y de la caja de la pizza. En fin, estábamos así en silencio cuando tendió un brazo hacia mí, y me apretó la mano derecha. El contacto con su piel, el gesto de aferrarse con tanta fuerza a mis dedos me dio una sensación extraña, semejaba el apretón de alguien que por todos los medios, inténtenla aferrarse a la vida, quizá esté delirando, pero me dio mala espina. Le devolví el apretón y cubrí su mano con mi mano izquierda, en respuesta, él apretó todavía más mi mano. Sus ojos buscaron los míos.

—Te amo —le dije en voz muy baja.

—Lo sé —contestó; yo esperaba que me dijese que me amaba también, necesitaba oírlo —. Mañana tengo que trabajar, al menos, hasta el mediodía, por qué no vas a pasar el día a casa de tus padres, me reuniré allí contigo en cuanto me libere—. Me soltó la mano.

- Claro, te esperaré allí.

- Bien, procuraré terminar lo antes posible-. Se relamió los labios-. ¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, claro, lo que sea.

—Necesito que me prestes tu celular por un par de días.



El pedido me pareció un tanto raro pero acepté; no logré encontrarle ningún doblés truculento a su pedido.

—Sí, por supuesto, no hay ningún problema, el teléfono quedó en la habitación y el cargador está allí arriba —apunté a la mesada que estaba a su espalda.

—Gracia—. Apartó el plato de comida de enfrente de su rostro, tenía mala cara, como si estuviese oliendo algo desagradable.

—¿Ocurre algo?

—No, nada —se puso de pie y juntó los platos sucios—. Tengo que hacer un par de llamadas, porqué no vas a acostarte, estaré contigo en un rato.

Yo no tenía sueño, pero me dolía todo el cuerpo como si me hubiesen aporreado.

—No te tardes.

—Buenas noches.

—Buenas noches —me saludó apartándose de mí en dirección al lavavajillas. Se tardó una eternidad en subir, yo ya había caído rendida ante el sueño entró en la habitación, intenté despabilarme un poco cuando lo sentí subir a la cama intenté abrazar su cintura pero él no me dejó, se había sentado en el borde de la cama, tenía los codos sobre las rodillas y se agarraba la cabeza en un gesto de cansancio.

—¿Estás bien? —inquirí con voz ronca.

—Sí, estoy bien —dio un cuarto de vuelta, poniéndose de perfil, metió mi brazo debajo de las mantas y me arropó—. Tengo que irme ahora. Tú sigue durmiendo, aún es un temprano.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro treinta.

Intenté ver su rostro pero la habitación estaba muy oscura. Esquivó mis ojos y se levantó de la cama, me dio la impresión de que vacilaba, como si no supiese si irse o quedarse. Al final se movió y rodeó la cama. Sus pisadas apenas si sonaron. Salió de la habitación sin decir nada más, sin despedirse. Cuando la puerta se cerró detrás de él, me hundí entre las sábanas. De repente la habitación se puso fría.

Extrañé no tener mi celular conmigo, no es que fuese muy pendiente de éste, pero ahora que no lo tenía, caía en cuenta que llevarlo encima conmigo, en todo momento, me hacía sentirme más cerca de Vicente cuando lo tenía lejos, como si este fuese la seguridad de que con solo apretar un par de botones, podría oír su voz. Es ridículo, lo sé, podría lograr lo mismo desde cualquier

otro teléfono, aún así, esta falta me inquietaba, es como si un lazo de los tantos, que nos unían, se hubiese roto.

—No creo que lo logres —soltó mi madre interrumpiendo el silencio.

Parpadeé, los ojos se me habían secado y me picaban, de observar tan fijamente, aquel aparato negro. Alcé la cabeza y la miré.

—¿No crees que logre qué cosa?

—Hipnotizarlo, para hacer que suene —respondió apuntando al teléfono con la cabeza—. Es un aparato, dudo que el control mental resulte—. Colgó el repasador de la manija del horno, dando por concluida la labor del lavado, secado y guardado de la bajilla utilizada durante el almuerzo; yo había pasado sentada todo el rato, mirándola trabajar ya que no me permitió ni acercarme a la mesada, luego de que se me resbalase la botella de vino tinto de las manos, cuando estábamos levantando la mesa, hecho que evidenció lo distraída que estaba hoy, cosa que no se le pasó por alto a mi madre, por lo que muy amablemente me pidió que me quedara sentada tranquila.

Se cruzó de brazos.

—Ese muchacho es demasiado trabajador, los domingos se hicieron para descansar, no para andar haciendo negocios ni nada por el estilo.

—A veces uno no tiene elección —murmuré más para mí que para ella.

—¿Por qué no lo llamas y le preguntas si no desea venir a tomar el té con nosotros?

—Dijo que vendría en cuanto se liberara, no quiero molestarlo.

—Como quieras, pero quita esa cara de cachorrito abandonado, que me amargas a mí también. Voy a ver si tu padre necesita algo. Procura animarte un poco, que no es el fin del mundo—. Pasó junto a la mesa y salió por la puerta del jardín, mi padre encontraba afuera podando los rosales que dentro de poco florecerían.

Vicente no llegó a merendar, tampoco a llegaría a cenar, me llamó por teléfono a casa de mi madre para avisarme que se le había hecho tarde, me pidió que me encontrara con él en su casa en la noche.

Me sentí rara, muy sola, yendo en mi camioneta, hacia su casa. Todo me deprimía, la música que pasaban por la radio, el silencio que quedó dentro de la cabina del vehículo cuando la apagué, la oscuridad de la noche, las luces del tablero de controles que brillaba delante de mi rostro, el brillo anaranjado del alumbrado público, el frío que no quería irse, la ausencia de Lucas, mi departamento quemado, la catastrófica noche de anoche... todo. Por lo visto esta mañana me había levantado con un ánimo sombrío y pesimista, este

parecía un día para hacer cuentas y todos mis cálculos arrojaban resultados negativos; me odié a mi misma por ver todo tan negro si él todavía estaba a mi lado, los dos estábamos vivos y a salvo. Esta bruma nostálgica me estaba haciendo caer. Los síntomas se intensificaron cuando atravesé la puerta de la cocina, todo estaba a oscuras, Vicente no había llegado todavía.

Encendí algunas luces, las del bajo mesada. Mi cuerpo se recortó entre la luz, en el reflejo que me entregaba de vuelta, el amplio ventanal que daba al jardín. Pulsé el botón de encendido de la cafetera, tomé una taza de la alacena, la puse en la bandeja, debajo del pico de acero y presioné el botón para iniciar el proceso, la cafetera se puso a hacer los ruidos de siempre, a los que un par de segundos después, se añadieron los del motor de un automóvil. Vicente por fin había llegado.

Caminé hasta la puerta de la cocina, la abrí y me quedé allí esperándolo, sobre el escalón. El Mercedes-Benz plateado se detuvo junto a mi camioneta. La puerta del lado del conductor se abrió, sin embargo Vicente no terminaba nunca de salir. Me preocupé, bajé el escalón, pero él se me adelantó, su cabeza emergió por el hueco de la puerta cuando yo me disponía a rodear mi vehículo.

Cuando fui consciente de aquella imagen, casi más me da un ataque; la impresión se quedó en una flojera de rodillas y en algo de náuseas que pude aplacar tragando saliva una y otra vez. Me llevé ambas manos a la boca.

Su camisa apenas si podía reconocerse como tal, era jirones de tela salpicados de rojo oscuro —sangre ya seca—, creo que no le quedaba ni un botón en su sitio. Sus pantalones estaban salpicados de sangre también. Si al salir de casa había llevado puesto un saco, evidentemente lo había perdido. La brisa nocturna abrió los lados de su camisa, tenía el pecho amoratado, lleno de costras, cortes y raspones. Su rostro no estaba mucho mejor, tenía el labio inferior partido e hinchado, un corte en la comisura de la boca del lado izquierdo, quien lo golpeara obviamente se había ensañado con su lado izquierdo: su ojo era una protuberancia negro pardusca. Tan hinchados estaban sus párpados, que apenas si podía mantener el ojo abierto, por suerte para mí, yo no era del tipo de persona demasiado impresionable, pero el globo ocular estaba en vez de blanco, rojo sangre.

Vicente azotó la puerta del auto con la mano derecha y luego con ésta, se sostuvo la izquierda. Los nudillos de ambas manos estaban en carne viva, y los dedos de la izquierda no tenían cuerpo, estaban mórbidos, evidentemente rotos, destrozados para ser más exactos. Había sangre por todos lados. Lo

único que atiné a deducir, es que el ataque-pelea lo que fuese que lo dejara en ese estado, había sido muy reciente, o quizá demasiado brutal, no le había llevado más de cinco y menos de diez minutos, recuperarse de la fuerte conmoción en su cabeza, aquella noche para el olvido, en que Lucas lo usó como ariete para intentar derribar la pared de la cocina de su casa de campo. Mucho peor a todas luces, dio un par de pasos hacia mí, rengueando.

—Por Dios, qué te pasó —exclamé corriendo hacia él. Suponía que me diría que no necesitaba mi ayuda para caminar, sin embargo se apoyó en mí, entregándole casi todo el peso de su cuerpo a mi espalda.

—Ayúdame a llegar a dentro —soltó con voz acuosa. Tosió y un hilo de sangre le corrió por el mentón. Ante mi cara de horror, se llevó la mano al cuello para limpiarse.

Como pude, lo arrastré hasta adentró (Vicente era más pesado que cualquier ser humano de su altura y complexión, de ahí que mi primera comparación de él con una estatua no hubiese sido tan desacertada, sin duda daba toda la apariencia de estar hecho de mármol o quizá de hierro fundido), con un gesto me indicó la mesa de la cocina y hasta allí lo llevé. Básicamente se dejó caer sobre una de las sillas y se puso a toser otra vez, parecía estar ahogándose, sus pulmones emitieron un ruido extraño, una especie de pitido muy agudo acompañado de un borboteo —un sonido espumoso muy desagradable—.

—¿Quién te hizo esto?—. Mis piernas estaban flojas, temía perderlo y verlo en ese estado me partía el alma, quería hacer algo para aplacar el sufrimiento que me parecía que sentía, no sabía si en realidad estaba sintiendo algo, pero mi reacción era la esperada para cualquier ser humano que ve a uno de sus seres queridos en semejante estado.

Se limpió la boca con una pequeña sección limpia de la manga de la camisa.

—¿Puedes dejarme solo un momento, por favor? —me pidió sin mirarme.

—Si apenas puedes mantenerse sentado sobre la silla por ti mismo —dije intensificando la presión que mis manos ejercían sobre su hombro y lado derecho, evitando así que se cayese al suelo, para que se diese cuenta de que no podía consigo mismo.

—No quiero hacerlo delante de ti—. Jadeó para luego pasarse los dedos de la mano sana por la boca. Hizo una mueca de dolor y soltó un quejido (yo no me había equivocado, sentía dolor). Su mano izquierda reposaba sobre la mesa, completamente deformada e inmóvil, con esta intentó sostenerse para demostrarme que no me necesitaba, en un principio su torso se mantuvo erguido pero no tardó ni dos segundos en tambalearse.

—¿Hacer qué? Dime qué necesitas, quizá pueda ayudarte. No quiero dejarte solo, estás muy mal herido.

—No hace falta que te quedes... no puedes quedarte, no quiero que veas esto. Vete por favor, no me llevará más de un par de minutos, luego podremos hablar tranquilos.

—Has lo que tengas que hacer, no pienso moverme de tu lado.

Me miró de reojo con su ojo sano pero de inmediato apartó la mirada.

—Lo digo en serio, no pienso dejarte solo.

Resopló.

—No seas cruel —me susurró implorándome con su ojo sano.

—¿Qué?

Giró sobre la silla poniéndose de frente a mí.

—Vete.

Negué con la cabeza. Permanecí en mi sitio, a lo sumo a dos pasos de las puntas de sus zapatos, con los brazos inertes a los costados del cuerpo.

—Es tu elección —murmuró. Acto seguido su cabeza cayó hacia delante, el mentón prácticamente le tocó el pecho ensangrentado. Su ojo sano se cerró, sus labios se entreabrieron, un hilo de sangre y saliva se precipitó desde su labio partido hasta su muslo derecho, la gota roja resbaló sobre la tela ensuciándola para luego caer al piso.

Las luces de la cocina parpadearon un par de veces y finalmente se apagaron con un estallido, como si hubiese saltado de la instalación eléctrica, una gran chispa.

Involuntariamente di un paso atrás. El aire alrededor de Vicente empezó a calentarse, lo sentí, era tan claro como estar delante de un horno encendido. Algo más cambió en el aire, de él, empezó a brotar un intenso y dulce aroma que a los pocos fue convirtiéndose en un vaho insoportable, como el de la basura que se pudre en verano, el de la carne en mal estado.

—¿Vicente? —estiré una mano hacia él, pero retrocedí de inmediato, el aire a su alrededor quemaba. Se me puso la piel de gallina. Di un paso atrás, y otro más.

La cocina empezó a oscurecerse, lo noté en el vidrio del ventanal que daba al jardín, de a poco, las luces del exterior fueron perdiendo brillo frente a una bruma negra, que acabó por opacar por completo el cristal. Eché un vistazo a mí alrededor, ya tampoco podía ver el fondo de la cocina. La nube oscura fue cerrándose alrededor de nosotros dos. Me dio miedo, no me atrevía a atravesarla, por lo que mis dos únicas vías de escape (la puerta que daba al

costado de la casa y las vaivén que daban al living ya no eran una solución para apartarme de lo que fuera que estaba a punto de suceder, o sucediendo ya). La nube devoró la isla sobre la que pendían cacerolas y sartenes. Tarde comprendí que el teléfono era el arma que me quedaba. La oscuridad también lo cubrió. A regañadientes tuve que volverme otra vez hacia Vicente y aquel irrespirable aire, y dar un paso hacia él. No lo había notado antes, probablemente porque estaba mirando aquella nube negra, la piel de Vicente cambiaba de color, se oscurecía.

Hay cosas que uno solo espera ver en las películas de ficción, cosas que uno simplemente sabe o cree que son dominio de expertos en efectos especiales, pero resulta ser, que no es así. Vicente, ovillado como un feto, en la misma posición en la que había quedado sobre la silla, empezó a levitar sobre esta. Su rostro quedó a la altura del mío. De sus labios todavía goteaba sangre, su ojo izquierdo aún continuaba tan hinchado como antes, pero su piel ahora parecía haberse convertido en piedra. Siguió subiendo como elevado por una grúa invisible. Sus rodillas se estiraron, sus piernas cayeron pesadas, las puntas de sus zapatos no llegaban a rozar el suelo. Estaba literalmente suspendido en el aire. En el aire, quedaron flotando las gotas de sangre que caían de su boca; éstas rebotaban antes de llegar al piso y volvían a ascender. Fue como si dentro de la cocina la gravedad no surtiese efecto alguno, las perfectas esferas rojas quedaron bailoteando delante de mi rostro.

Oí un crujido. Bajé la mirada. El dedo meñique de su mano destrozada había vuelto a su sitio recuperando un aspecto completamente normal. Hubo otro crujido, pero no proveniente de su mano. Levanté los ojos, no moví el cuello para alzar la cabeza, tenía miedo de hacer cualquier movimiento brusco. Otro crujido más, era su piel, la de su rostro la que sonaba así. Toda la superficie de su cara cambiaba, se estaba poniendo rugosa y cada vez más oscura, no de un color en particular, parecía como cuando en la paleta de un pintor se mezclan todos los colores que le han sobrado, era entre marrón y gris, entre morado y verdoso. Su cara se deformaba; se le marcaron venas en la frente y en las sienes. La hinchazón de su ojo izquierdo fue cediendo, no desapareció sino que se trasladó a su ceja, hacia sus dos cejas, su frente se ensanchó, sus mejillas se hundieron, su cuello se puso tenso y la piel entre sus costillas empezó a palpar.

Se había puesto todo del mismo color, incluido su abdomen todavía lastimado. Ya no sangraba, mas las marcas estaban todavía frescas. Su vientre se tensó igual que la tela de la camisa sobre sus hombros y sobre los trapecios, tanta

fue la tensión, que la camisa acabó por rasgarse, aquí y allí, el tejido maltratado cedió. Fue allí, cuando me di cuenta de la enorme protuberancia que había aparecido en la espalda de Vicente.

Estaba demasiado oscuro, no pude ver qué era aquello. Apreté los dientes y los puños, tanto, que los dientes me chirriaron y me clavé las uñas en las palmas.

Los restos de la camisa se le resbalaron por el hombro derecho, luego por el izquierdo. La camisa quedó colgándole en dos trozos, de cada muñeca, sostenida por los puños únicamente. Incluso sin camisa, todavía no lograba divisar que era aquel bulto oscuro que...

El chasquido me tomó por sorpresa, sonó a cuero azotado. Trastabille y mientras procuraba recuperar el equilibrio vi aparecer por detrás de sus hombros lo inimaginable. No confié en lo que mis ojos me mostraban. Eran dos enormes alas negras, gruesas, rugosas, atravesadas de venas latentes; parecían las alas de un murciélago.

Mi corazón latía sin concierto, casi no podía respirar, no recordaba cómo hacerlo.

Esto no podía estar pasando, lo que tenía delante ya no era un hombre, siquiera un demonio en el cuerpo de un hombre, lo que yo tenía delante ahora era...

De súbito, Vicente alzó la cabeza, de su frente crecieron dos protuberancias, dos cuernos... porque eso eran, cuernos, similares a los de un toro, recubiertos por el mismo tipo de membrana que cubría sus alas y su cuerpo hasta donde yo podía ver.

En su pecho ya no quedaba una marca, sus dedos estaban en una posición normal pero no se veían normales, estaban más largos y huesudos y en vez de uñas parecía tener garras.

Estaba asustada, horrorizada y no quería estarlo. Me invadió una sobrecogedora sensación, me sentí tan mal por él, sentí tanta pena, tanto dolor que mi reacción fue apiadarme de lo que tenía en frente, pese a que era una imagen tan cruel, tan desgarradora. Parte de mí deseaba salir corriendo y la otra parte quería abrazarlo, bajarlo a la tierra rescatarlo de aquella horrible mutación.

Me puse a llorar, las lágrimas brotaron por sí solas, no era un llanto de miedo, ni de tristeza tampoco, sino de amor.

Inspiré hondo y lentamente comencé a elevar mi mano derecha hacia él, los dedos me temblaron pero estaba decidida a no flaquear, tuve que dar un paso adelante, sabía que no llegaría a tocarlo desde donde me encontraba.

Lo di; cuando mis dedos rozaron aquella piel rugosa y ardiente, Vicente abrió los ojos de par en par, clavó su mirada en mí, sus ojos ya no eran humanos, no tenían pupilas, es más, eran similares a espejos, solo que de color peltre (vi mi cara de pánico en ellos). Me miraba, tenía su mirada fija en mí, de eso no cabía duda.

Mi brazo se quedó helado en la altura, ya no pude moverme, ni parpadear.

—Vicente —lo llamé con un hilo de voz.

Sus labios se despegaron enseñando una dentadura de un centenar de dientes puntiagudos, desordenados y impresionantemente filosos. De su garganta negra emergió un grito agudo y desgarrador. Tuve que taparme los oídos para que aquel agudísimo sonido no me perforase los tímpanos. Me eché al suelo, la cabeza iba a estallarme. El aire se aceleró a nuestro alrededor, las luces empezaron a parpadear otra vez. A penas espiar hacia arriba vi sus alas moverse, parecía querer salir volando, así y todo no se movió de su sitio, lo único que estaba en movimiento era la nube negra que giraba a nuestro alrededor igual que un torbellino. El agudo grito no cesaba.

Fue un instante frenético. Empezaron a volar objetos, escuchaba las cacerolas estrellarse contra el suelo, las puertas de las alacenas rebotando contra los marcos, la bajilla chocándose entre sí dentro de ésta. El vidrio del ventanal oscilaba amenazador.

El grito de Vicente subió un tono, hubo un estallido, el vidrio del ventanal reventó hacia afuera en cientos de miles de trocitos, la vajilla salió volando de las alacenas, las puertas de las heladeras se abrieron de par en par y escupieron todo su contenido. Cientos de cosas impactaron sobre mi espalda. Hubo otro estallido, algo cayó muy cerca de mí, algo muy pesado, oí madera romperse, el piso retumbó. Parecía un terremoto; de repente, las luces se apagaron y todo terminó.

Antes de abrir los ojos, por a través de los parpados, me percaté de que las luces parpadeaban otra vez, cuando los abrí, las encontré encendidas, por lo que pude ver a Vicente, desparramado sobre lo que fue la silla en la que había estado sentado. Había recuperado su aspecto normal, ya no tenía alas ni garras. Gateé hasta él procurando no cortarme con los restos de vidrios, cerámica, astillas de madera y demás restos.

—¿Vicente?

Le toqué el pecho; subía y bajaba a un ritmo normal.

Tosió y abrió los ojos.

—¿Estás satisfecha?



Su pregunta me descolocó.

—¿Quién es peor, el demonio que siente remordimientos o el humano que se deleita en hacer sufrir o se complace con los padecimientos ajenos?

—¿Qué estás diciendo?

—Vete.

—Vicente, no voy a dejarte solo, lo que dices no tiene...

—¡Lárgate! —me gritó alzándose la voz como nunca antes.

—No voy a irme a ninguna parte. No vamos a pasar por esto otra vez, no sé qué fue lo que sucedió pero ya está, lo importante es que estás mejor.

—¡Lárgate, no quiero volver a verte!

—Vamos, te ayudo a subir, debes necesitar un buen descanso—. Hice el ademán de tomarlo por el hombro para ayudarlo a sentarse pero apartó mi mano de un golpe.

—Me aburres —soltó—. Estoy aburrido de ti, de tus cuestionamientos, de tus constantes dudas, de tus miedos, de tu debilidad, de que estés intentando todo el tiempo saber cómo o qué siento —escupió incorporándose—, de que quieras remover mi pasado. Ya no soporto esa empalagosa insistencia tuya por que nos conozcamos mejor. Me fastidia tanta conversación, tanto lloriqueo —soltó todo con tanta entereza y seguridad de que no me quedó ninguna duda de que físicamente estaba completamente repuesto, pero mentalmente o emocionalmente obviamente, no estaba nada bien. Apoyándose en la mesa, se levantó irguiendo la espalda hasta quedar completamente derecho—. Estoy harto de ti, de tu humanidad, por tu culpa me he dejado arrastrar hacia abajo. Me he degradado a mí mismo por nada y he tenido que contenerme de no... —con furia se mordió el labio inferior—. Yo necesito a una mujer que sea como yo —soltó de forma despiadada—. Créeme que lo he intentado; ya no soporto esto, fue un error, en un principio creí que sería divertido, parecía muy emocionante desafiar a todos al estar con una humana, supuse que incluso sería un reto para mí mismo, sin embargo no he ganado nada con esto, más que perder el tiempo. Me has hecho perder el tiempo. Al principio me gustabas, ya no —hincó los hombros, los músculos sobresalieron por encima de los huesos—. No pensabas que realmente me quedaría contigo mientras tú envejecías, ¿no es así? ¿Qué haría yo, al lado de una mujer de setenta años? —soltó con una risotada que terminó de partirme el corazón.

Me encontré a mi misma completamente desorientada, no entendía cómo o porqué habíamos llegado a este momento. La cabeza me daba bandazos y el corazón me latía desacompasado. Estuvimos cinco o diez segundos

mirándonos en silencio, su mirada dura no se aflojó, sino todo lo contrario, parecía tener la solidez del acero.

Me dio la sensación de que ya no tenía sentido recordarle que yo deseaba cambiar.

Confundida sacudí la cabeza, yo todavía estaba de rodillas sobre el suelo sembrado de esquirlas de cristal. Lo que me decía era del mismo nivel de ridiculez que las alas que había visto brotar de su espalda.

—No tienes lo que se necesita para cambiar, para ser esto —soltó a continuación como si hubiese leído mi pensamiento—. Eso lo sé desde el principio, es por eso que siempre me negué a hacerlo, sino hubiese sido más fácil para mí, en un sentido práctico y menos noble. Quedarme con tu alma quizá me hubiese hecho ganar unos puntos, pero sin duda convertirte en demonio habría terminado por degradar mi posición con respecto a los demás. Es obvio que ese hubiese sido un craso error.

No sé cómo lo logré, me puse de pie.

—No es un juego, hablo en serio, vete, no quiero volver a verte.

—No eres tú el que habla, vamos, tienes que calmarte, tus palabras son producto de esa cosa que... —no pude terminar de decirlo—. No le demos importancia a lo de recién. Siéntate, descansa y cuéntame qué fue lo que te sucedió.

Fue un relámpago, le dio tal empujón a la mesa que la mandó al otro extremo de la cocina. El golpe me paralizó el corazón.

—Lárgate, hablo en serio—. Gruñó fulminándome con la mirada.

No insistí, no porque creyese una sola de sus palabras, sino porque por lo visto, él no estaba en condiciones de hablar conmigo... ni con nadie.

—Bien, te llamaré en la mañana.

—No, no lo hagas, no quiero volver a oír tu voz.

El tiempo se detuvo.

—Lo que me pasó esta noche, fue por tu culpa. Mi existencia es un desastre por tu culpa.

—No voy a escucharte, regreso mañana, descansa.

Di media vuelta, manoteé mi cartera de la mesada, le había caído de todo encima, desde mermelada hasta madera. Salí sin mirar atrás arrepintiéndome de no haberle hecho caso en un principio.

Me metí en la camioneta y manejé hacia casa de mi madre intentando concentrarme en lo que hacía y la mismo tiempo, poniendo todas mis fuerzas en frenar el efecto devastador que aquellas palabras sin sentido, pronunciadas

por Vicente, amenazaban con causar en mí. Sabía que no debía prestarle oídos, pero al mismo tiempo me dolían, porque fuesen dichas sin intención, o con, aun así, tenían algo de ciertas.

Fui directo a mi antiguo cuarto y me encerré. Me senté en el borde de la cama, pero no atiné ni a quitarme los zapatos ni a recostarme, cada vez que parpadeaba veía a aquel demonio... sus largas alas extendidas de par en par, sus dientes, sus ojos... y otra vez sus duras y violentas palabras.

31.

Yo no te amo.

En cuanto amaneció, me levanté, fui a la cocina y lo llamé por teléfono. Timbró y timbró sin embargo él nunca me respondió, siquiera cuando lo llamé al celular, no pude dejarle ningún mensaje, no me dio esa opción, una voz femenina me informó que la comunicación simplemente no podía establecerse. Llamé una docena de veces más antes de que mi madre se despertara.

Esperé en vano, escuchar el teléfono sonar y eso nunca sucedió. A regañadientes me fui al trabajo, luego de llevar a mi madre hasta la casa de mi tía en la otra punta de la ciudad, razón por la cual, se me hizo muy tarde. Con la angustia obstruyéndome la garganta, vi pasar toda la mañana sin poder tomarme cinco segundos para llamarlo por teléfono, los clientes no nos dieron respiro por lo que la falta de Susana se hizo notar. Lo más trágico de todo, es que cuando esos cinco benditos segundos aparecieron, Matías se me acercó para preguntarme porqué me había largado de la iglesia antes de que la ceremonia comenzara.

Al medio día, yo no estaba para probar bocado, de modo que intenté ponerme en contacto con Vicente otra vez. No lo logré.

Con cada minuto que pasaba, todo empeoraba. Me estaba quedando sin excusas para lo que sucedía, para sus palabras de anoche. No saber qué pensar o qué creer me dejó en un estado de total y completa inercia. Fuese lo que fuese, me negaba a creer que fuera verdad.

Esto no está sucediendo —me dije a mí misma en voz alta al ver la hora en la pantalla de la computadora, eran las siete de la tarde y él aún no había dado señales de vida.

A las siete y media, mandé a Matías a que cerrara, él no opuso resistencia, estaba quizá tan agotado cuanto yo me sentía. Pocos minutos más tarde, los dos salíamos a la calle.

Me contuve para no correr hasta la camioneta, pero no me contuve de correr al volante de ésta, en tiempo record, llegué a casa de Vicente, sana y salva, de milagro.

El portón de entrada tardó en reaccionar ante la pulsación del botón del control a distancia que tenía entre mis manos (debo haberlo presionado media docena de veces antes que el portón comenzara a abrirse). Los nervios me jugaron una mala pasada. Apreté tanto el acelerador para avanzar que casi choco contra los arbustos que estaban en el centro de la rotonda del jardín delantero; volanteé justo a tiempo. A mayor velocidad de la debida, franqueé el lateral de la casa. El Mercedes-Benz de Vicente descansaba todavía en el mismo lugar que anoche.

Entré en la cocina sin llamar, allí tampoco había cambiado nada desde anoche, solo que el panorama, ahora, todavía con algo de luz del atardecer, se veía mucho peor.

Empujé una de las puertas vaivén y grité su nombre. No me respondió. Corriendo atravesé el living, me metí en el corredor y busqué las escaleras, las cuales subí saltando los escalones de a dos. Las luces del primer piso estaban encendidas, la que más brillaba era la que brotaba de la puerta de su habitación abierta.

—¿Vicente?

Lo primero que divisé al asomarme, fueron las valijas listas contra la pared de la ventana y otras dos todavía abiertas y medio llenas sobre la cama, después lo vi a él, saliendo del vestidor, cargando fundas negras, de esas que se utilizan para trasladar trajes.

—Pensé que ya no volverías.

Puse un pie dentro de la habitación.

—No digas tonterías, lo de anoche no tiene importancia, te lo habría dejado claro antes, pero te he estado llamando todo el día, desde muy temprano en la mañana... no atendías.

—Oí el teléfono sonar —dijo a cara de piedra.

—¿Y por qué no me contestaste?—. Incluso antes de su respuesta ya se me habían enfriado las manos.

—Supuse que habría quedado claro.

—¿Claro? ¿Qué cosa?

—Que no te amo.

Aspiré por la boca.

—Lo de anoche no fue nada —repetí —no tiene importancia.

Vicente caminó hasta la cama y arrojó las fundas negras sobre la valija que tenía más cerca.

—Cómo hago para que entiendas. Todo lo que dije anoche es cierto, no mentía, no fingía, sabía que no me creerías si te lo decía luego de que me vieses cambiar, es por eso que no te quería presente, pero tú eres tan cabeza dura, tan terca, tan humana, crees que puedes con todo y no tienes ni la menor idea de nada, eres tan débil que incluso veinte horas más tarde continuas pensando que lo que dije fue producto de lo que sucedió. Bien, no es así, lo decía en serio. Yo no te amo.

—¿Esto es tu idea de una broma?

—No es broma. Yo no te amo, grábatelo bien. Nada de lo que sucedió hasta anoche fue real, esto es real —sentenció plantándose firme sobre el suelo—; no tengo nada que hacer contigo, ni con nadie como tú. Estoy harto de todo esto, estoy harto de perder el tiempo a tu lado, tú no puedes darme nada que yo necesite, es más —sacudió la cabeza—, me traes más problemas de los beneficios que pudiese haberme reportado si en realidad hubieses poseído algún poder como yo sospechaba—. Chasqueó la lengua—. Tu no tienes poder alguno, eres uno de los seres humanos más aburridos, más planos e insulsos de los que he conocido jamás. A decir verdad no entiendo por qué perdí tanto tiempo contigo. Soy un imbécil; no volveré a cometer ese mismo error dos veces—. Dobló las fundas y subió la tapa de la valija—. Lárgate —me dijo sin mirarme.

—Esto no está sucediendo —fue lo único que atiné a decir—, es una pesadilla.

—No, no lo es, ambos estamos bien despiertos. Sal de mi casa, si te dejé entrar otra vez fue para que terminaras de convencerte. Te lo advierto, he cambiado todas las cerraduras y las señales de los remotos de los portones, de modo que ese que tienes no te sirve más. Puedes llevarte la camioneta si gustas, yo ya no la quiero, a esta altura debe estar impregnada en tu olor, como todo en esta casa —gruño por lo bajo al tiempo que tironeaba del cierre de la valija—, es por eso que me largo.

—¿Qué dices?—. Mi respiración raspaba las paredes de mi garganta, de mi boca se escapaban silbidos agudos. Creí sentir en mi lengua, el sabor de la sangre. Comenzaba a morirme por dentro y siquiera podía creer en lo que él me decía.

—Lo que digo es que nunca he sentido nada por ti. ¿Eso responde a tu pregunta con la suficiente claridad? —manoteó la valija y la y la bajó al piso—. No

soy humano, no puedo sentir ni me interesa sentir las cosas que tú sientes. Para que quede claro, si permanecí tanto tiempo a tu lado, fue porque tenía la absurda esperanza de que un día, los poderes que yo creía que tenías, emergieran, eso no sucederá, Jan y Gaspar estaban equivocados, ¡no hay nada de especial en ti! y ya me he aburrido de esperar. Me voy y tú debieras hacer lo mismo si tu vida te importa algo, hoy no tengo paciencia para humanos. Si era cierto y no una cruel mentira, lo que me estaba diciendo, ya mi vida no tenía sentido alguno.

—Déjame en paz, vete. Esas son tus porquerías, llévatelas, yo no las quiero por aquí —soltó apuntando con la cabeza a un par de bolsas de plástico que se encontraban junto a la puerta del baño—. Por cierto, tenías razón en algo.

No pude formular la pregunta, pero él la respondió igual.

—Tenías razón con lo de tu departamento, yo lo quemé, no por ninguna razón en particular, sino por simple diversión. Debieras haber visto tu rostro cuando lo negué —meneó la cabeza sonriendo—, me hubieses perdonado cualquier cosa —alzó sus ojos grises y me miró—, ¿no es así?

Las lágrimas empezaron a acumularse en la garganta.

—Tanto tiempo perdido —murmuró por lo bajo continuando con lo suyo—. Todavía no puedo creer lo estúpido que fui. Por tu culpa todos deben reírse de mí ahora.

—Yo... yo... —no pude hacer más que balbucear.

—Deja de gimotear y lárgate de una buena vez, apestas todo con tu olor —me gritó.

Su grito me hizo dar un salto; me puse a llorar, no era capaz de hacer nada más.

—Vete, vete, vete —arrojó sobre la pila de ropa un neceser negro—. ¡Vete! No quiero volver a verte nunca más. No me busques, no intentes cruzarte por mi camino otra vez, porque te juro que no correrás con la misma suerte que ahora. Quítate de mi vista en este instante o no atravesarás esa puerta con vida. Quería decirle que ya no me importaba pero decírselo ya tampoco tenía valor alguno, nada importaba ya, ni él, ni yo, ni nosotros, ni mis cosas, ni la camioneta, ni el pasado, ni el futuro, el mundo ya no existía, ya nada tenía valor. Caí en cuenta de que realmente se había terminado lo que nunca había empezado o sido. No fue más que un engaño, una ilusión y yo había caído como una tonta, por primera vez desde que lo conocí lo vi como lo que realmente es y eso me impactó.

No había nada bueno en él, nunca lo había habido, nunca... ¡Nunca, nunca,

nunca! Quise morirme en ese instante, no soportaba que me viera con esos ojos despreciativos.

—Eliza...

Tuve que volver a mirarlo.

—Espero no tener que encontrarme contigo en el Infierno, esfuérzate tú, para que no sea así—. Apretó los labios—. Ya estás advertida, lo sabes, si le dices a alguien, cualquier persona, una sola palabra de todo esto, te lo juro —alzó la mano derecha con el dedo índice en alto y me apuntó—, te prometo —su mano tembló de lo que en apariencia debía ser ira—, que aunque sea lo último que haga, te haré pagar por ello.

Se movió y yo di otro respingo, sin embargo mis pies se negaban a moverse. Vicente caminó hasta las bolsas, las recogió del suelo, luego me tomó por un brazo, me clavó los dedos en la carne, su piel estaba ardiendo. A la fuerza me arrastró por el corredor y escaleras abajo sin pronunciar una sola palabra más. En condiciones normales hubiese reaccionado e intentado librarme de él, pero a decir verdad volví a ser conciente de mi misma cuando Vicente cerró la puerta delantera del lado del acompañante de mi camioneta luego de arrojar las bolsas con mis cosas dentro. Sentí que me perdía cuando volvió a agarrarme del brazo para arrastrarme ahora, hasta el otro lado del vehículo. Abrió la puerta del conductor y me obligó a subir, no le costó mucho, su fuerza era inigualable.

Antes de azotar la puerta delante de mi cara, me miró a los ojos, ya no reconocí nada de él en aquel para de ojos grises de aspecto fiero y frío. Bajé la mirada, le di vuelta a la llave del encendido y llorando manejé marcha atrás, cuando llegué al portón ya estaba abierto, fue automático, en cuanto lo crucé me eché a llorar desconsoladamente, ya no podía contener los quejidos y los gemidos, sentía que tenía el corazón destrozado, el pecho me dolía, todo era amargura, desolación, deseaba morirme en este mismo instante y siquiera era capaz de pisar el acelerador y conducir directo a uno de los tantos árboles de la calle para estrellarme contra éste y así perder la conciencia definitivamente, para no tener que volver a pensar, para no tener que volver a sentir nada nunca más. Como lo envidiaba en este momento por no poder sentir nada, por quedar libre de semejante debilidad que nos hace humanos.

Estacioné frente a la puerta de mi departamento y allí continué llorando hasta que me quedé sin lágrimas, hasta que los ojos me picaron y mi pecho se calmó. Todavía me dolía, incluso más que antes, pero ya no me quedaban fuerzas ni

para quejarme del dolor. De repente, ya no resistí estar dentro de la camioneta, los recuerdos de aquel viaje a su casa en el campo... sus manos al volante, su reloj brillando al sol, su cabello azotado por el viento, ¡Por Dios, su rostro, sus sonrisas, sus ojos! ¡Cada una de sus carisias, de sus palabras! ¡Todo había sido mentira! Mentira.

Agarré mi cartera y me bajé de un salto. Corrí hacia la entrada. Las llaves no me hicieron caso en el primer intento; al segundo, la puerta se abrió. Había un ascensor esperándome. Subí a mi piso, el corredor estaba a oscuras.

La amargura y el enojo me llevaban a caer en la incoherencia.

Las lindas y agradables mentiras se disolvían.

Abrí el cerrojo y paté la puerta para abrirla. El olor a quemado casi me voltea.



Me eché a llorar otra vez.

—Esto no está pasando. ¡Esto no está pasando! —grité desgañitándome la garganta.

El enojo y la frustración se apoderaron de mí, de mis cosas no quedaba mucho, o mejor dicho, casi nada, así y todo, me aseguré de patear, pisar y golpear todos los restos que por ser lo suficientemente grandes, eran reconocibles como parte de algo. Lloré, grité, pataleé y finalmente me derrumbé inconciente sin saber qué hora era, dónde estaba o que iba a ser de mí.

La oscuridad me envolvió con sus fauces y finalmente me tragó. Lo que quedaba del mundo se extinguió, lo que restaba de mí, desapareció con él.

El fin.

32.

Sombra.

—Eliza...Eliza...

Una mano demasiado caliente para ser humana, me acarició la mejilla con delicadeza.

Estoy muerta —me dije.

Al segundo me di cuenta de que no, todavía estaba con vida. Poco a poco me fui despabilando, y así, el dolor resurgió; la angustia y la tristeza arremetieron contra mí en cuanto recobré por completo la conciencia.

—Tienes que despertarte—. La misma tersa mano me apartó el cabello de la cara, debajo de mi mejilla izquierda sentía algo pegajoso y frío, tenía el olor a quemado pegado en la nariz y en los pulmones. Tosí y entre abrí los ojos, vi un par de rodillas hundidas entre la pasta negrusca resto del incendio. Mi espalda se quejó de dolor, el cuello me dio un tirón, estaba de costado, hecha un ovillo en piso frío y duro. Había luz, de hecho una intensa luz brillante me rodeaba. Parpadeé, el brillo dorado de esta luz me lastimaba los ojos. Me moví, estiré un poco las rodillas pero no hice el intento de ir más allá, estaba completamente entumecida. Me quejé de dolor y ¡oh sorpresa!, las lágrimas brotaron otra vez.

—Shh... tranquila, tranquila —la mano me acarició la mejilla otra vez.

Con verguenza me tapé la cara, no podía parar de llorar. El dolor resultaba insoportable.

—Ven, deja que te ayude a levantarte.

Igual que si yo fuese una muñeca de trapo me incorporó y me sentó con la

espalda contra la pared y se quedó con sus manos allí sobre mis hombros, para evitar que me desparramase otra vez por el piso, y lo bien que hizo, no me sentía capaz de sostenerme por mis propios medios, es más, siquiera sentía la necesidad de hacer el esfuerzo, simplemente deseaba dejarme ir, dejar de pensar y también de sentir.

—Así está mejor, ahora... —sus manos resbalaron por mis brazos para finalmente posarse sobre las mías—. Permítame que te vea, llevo mucho tiempo añorando ese rostro—. Sus manos barrieron las mías y con ellas las lágrimas.

Si me había extrañado, sin duda, mucho más yo a él. Lo reconocí al instante pese a que había cambiado una enormidad, aún seguía siendo él, sus oscuros ojos negros no mentían ni habían mentido jamás. Exclamé su nombre y le eché los brazos al cuello, me aferré de él puesto que era la única pieza restante de un mundo ya desaparecido, flotando en una galaxia vacía demasiado grande para mí, incluso para mi dolor.

—Sí que nos diste un buen susto—. Me devolvió el abrazo, por su voz se filtró un suspiro de alivio—, llevábamos un buen rato buscándote, ni me imaginaba encontrarte aquí. Ya llamé a tus padres para informarles que estás bien, les dije que no vinieran, supuse que no tendrías muchas ganas de verlos por el momento, les prometí que te llevaría a casa de ellos lo antes posible.

—Se fue —le conté llorando. Sonaba increíble, incluso saliendo de mi boca.

—Lo sé —repitió varias veces al tiempo que me acariciaba la espalda con dulzura extrema, sentía sus manos más fuertes, más pesadas sobre mis costillas —, es por eso que estoy aquí —añadió en voz baja a mi oído.

Me apreté a él, tenía miedo de ahogarme, de hundirme. Respondió abrazándome con más fuerza.

—Todo fue una mentira, se rió de mí—. Creo que casi lo acogoto del apretón que le di, pero no se quejó—. Qué voy hacer Lucas, cómo voy a hacer para sobrevivir, yo sé que no voy a poder olvidarlo, que no voy a dejar de quererlo porque incluso con todo este dolor que todavía siento: lo amo y desearía poder hacer cualquier cosa, con tal de que regrese a mí, con tal de que todo vuelva a la normalidad—. Mis palabras salieron entrecortadas debido a los espasmos provocados por el llanto descontrolado.

—Yo también desearía poder hacer algo para que dejes de sufrir — tomándome por los codos, me obligó a apartarme de él. Quedamos frente a frente, fue entonces que noté que su rostro había perdido ese cierto aire de niño que él siempre tuvo; algo de eso perduraba en sus ojos. Sus rasgos estaban

más definidos, más marcados y fuertes, había ganado masa en el contorno del rostro, en el cuello y lo más notable, en los hombros, la espalda y el pecho tanto es así, que la ropa ya no le colgaba, sino que le calzaba a la perfección. Su cabello negro conservaba ese aire rebelde de siempre, y en sus labios esa hermosa y envidiable sonrisa blanca, esplendida y amplia continuaba morando. En este momento sus ojos también me sonreían—. Te lo juro, pasará. Me quedaré a tu lado, juntos dejaremos esto atrás. Confía en mí, nadie volverá a hacerte sufrir jamás.

Un par de lagrimones más se me escaparon.

—Estoy aquí para ti, por todo el tiempo que me necesites, por todo el tiempo que quieras. Jamás te mentí, y no te mentiré nunca. No pienso abandonarte, tendrán que arrancarme de tu lado si es que quieren separarnos —sonrió—, no les será nada fácil, pelearé con uñas y dientes, además, ahora soy mucho más fuerte que antes. Que se cuiden de mí los que intenten lastimarte.

—Gracias, pero... —no pude seguir hablando, tuve que detenerme a tragarme las lágrimas —no creo que pueda, lo quiero de vuelta —un espantoso dolor me atravesó el pecho, un dolor similar lo debe haber atacado a él, así, con mis palabras se apagó el brillo de sus ojos. Lucas se quedó lívido.

—Sé que no va a volver, por Dios creo que siempre supe que se iría y me dejaría, esto era demasiado bueno para ser cierto.

—No fue tu culpa—. Me tomó de la cara—. Tendrás que dejarlo ir. Sé que va a doler, pero debes dejarlo ir, por tu bien Eliza, tendrás que aprender a olvidarte de él.

—No quiero —dije sonriendo y llorando. Nunca en mi vida me sentí tan estúpida, tan necia.

—Piensa en lo que más te conviene, tienes que continuar con tu vida, así como él seguirá con la suya; eres joven, tienes toda la vida por delante, si fue un error ya no importa, lo único que cuenta es lo que hagas de aquí en adelante. No importa si tengo que patearte el trasero hasta que reacciones y vuelvas a despertarte a la vida otra vez, te juro que lo haré. Recuperarás tu vida, volverás a ser quien eras. Dejarás de ser la sombra de ti misma en la que él te convirtió —estas últimas palabras le salieron llenas de rabia que no pudo disimular si es que en realidad intentó camuflar aquel sentimiento—. Demos gracias de que no es tarde, aún estamos a tiempo de revertir gran parte de los cambios que él ejerció en ti, podría haber llegado muy tarde—. Se puso de cuclillas—. Ven, levántate.

Me impulsé sujetándome de sus fuertes y cálidas manos.

—Las cosas cambiarán, para mejor, lo sé, solamente dale un poco de tiempo y lo verás.

Debía ser media tarde, el sol entraba a raudales. En una de las paredes espejadas me topé con mi reflejo, estaba sucia con la cara manchada de hollín y surcos de lágrimas que ya parecían ríos desbordados; despeinada y con los ojos hinchados... enrojecidos. Daba pena, un poco de miedo talvez.

Lucas hizo el ademán de guiarme hasta mi camioneta, pese a que su Mini Cooper estaba estacionado justo delante de ésta. Con la voz temblando, le pedí, más bien le rogué en un tono lastimero, que fuésemos en su auto, no quería volver a subirme en la camioneta, no creía poder volver a soportar estar en presencia de nada que me recordase a él, salvo por Lucas mismo, todo lo demás, tendría el efecto del más aberrante implemento para ejercer la tortura de la forma más despiadada.

Esperaba miles de preguntas, cuestionamientos, supuse que volvería a hundirme profundamente a causa de los momentos generados de la imposibilidad de responder a ellos, nada sucedió, mis padres me observaron entrar en el más respetuoso silencio, ayudaron a Lucas a guiarme hasta mi habitación, allí mi madre le pidió que me esperase afuera; como si yo fuese una niña pequeña, me metió en la ducha y me dio un baño, el agua se sintió bien, pero el bienestar causó efecto de la piel para afuera, del lado de dentro de mi cuerpo todo era caos y dolor. Sin molestarme, sin aguijonearme me guió de vuelta a la cama, me metió debajo de las mantas y me arropó, lo último que vi antes de quedarme dormida otra vez, fueron sus ojos, adiviné que estaba triste, estaba triste por mi tristeza y eso me devastó. Me dormí llorando otra vez. Me desperté de noche, creo que era de madrugada, todo estaba muy silencioso, y volví a llorar hasta caer rendida, me despabilé un par de veces cuando todavía había luz, volví a llorar de noche y en silencio otra vez. Así el tiempo pasó, no sé cuánto, quizá una eternidad, ya no tenía importancia. Al despertar otra vez, la luz brillaba filtrándose por las hendidias de la ventana, se me escaparon más lágrimas ante su recuerdo. Ovillada sobre el colchón, enredada entre las mantas lo llamé en voz baja, lo llamé y me tironeé del pelo hasta comprender que no regresaría jamás, que no importaba cuanto yo me emperrara en continuar creyéndolo inocente, no lo era, me había engañado y se había ido, dejándome destrozada, con un corazón incapacitado para amar a alguien más que no fuese él. A partir de ese momento, convaleciente por un corazón destrozado y un alma robada, entre en un estado mental que no había

experimentado nunca antes, entre en una especie de dimensión desconocida, paralela al mundo real, me sumergí en algo similar al sueño, sólo que mucho más profundo de a ratos, para emerger a una conciencia desvinculada de la realidad por segundos. Me interné en un mundo de espectros, de pesadillas y de sombras con rostros ensangrentados y desfigurados, cuerpos mutilados y piel chamuscada; olía a carne quemada, sentí el calor del fuego y me consumí en recuerdos que podrían haber sido los mejores de mi vida, mas que ahora, dadas las circunstancias, me torturaban.

Permanecí así, en ese estado, hasta que los que me rodeaban creyeron que ya había pasado demasiado tiempo arrastrándome de la cama al baño, del baño a la cama, sin apenas probar bocado, bebiendo el agua de a pequeños sorbos. Una tarde especialmente brillante (la cual repudié con toda mi alma) en la que yo únicamente deseaba esconderme en las sobras, cubrirme la cara con la almohada, Lucas llegó de visita, con ímpetu arrasador, me obligó a levantarme de la cama, tironeando de las sabanas que ya empezaban a oler mal.

—Levántate ahora mismo —clamó con un vozarrón que no le conocía—. Fue suficiente —tironeó de las mantas puesto que yo las había vuelto a agarrar y con ellas intentaba taparme el rostro—. Llevas cinco días tirada ahí. Se terminó, tu madre piensa igual que yo, de modo que no tienes escapatoria—. De un tirón seco me arrancó las sabanas y casi me arrastra fuera de la cama junto con ésta, rugiendo, las arrojó al otro lado de la habitación y luego fue hasta la ventana y subió la persiana, para abrirla de par en par. El sol me dio de frente en la cara y en todo el cuerpo, el contacto con su calidez me disgustó tanto como podría sucederle a un vampiro; creí que me achicharraría ante sus rayos. Chillé y rezongué, pero no me hizo el menor caso, no estaba allí para prestar atención a mis pobres pensamientos, sino para hacerme mover el trasero.

Me dio tanta rabia que no intentara comprender lo que yo experimentaba. Hecha una furia, le solté todos los insultos que me vinieron a la mente, y luego tanteé a mí alrededor, como no tenía ninguna otra cosa a mano, me tapé la cara con la almohada y en ella me puse a llorar; él no tardó ni un segundo en arrebátarmela con un movimiento certero.

—Déjame en paz —le grité—, lo que yo haga no es asunto tuyo—. En estos días me había olvidado de todo, no podía ver más allá de mi enojo y demostrarlo con quien se me cruzara por delante, eso me hacía sentir sino mejor, al menos sincera, no podía estar feliz, ni siquiera se me cruzaba por la cabeza tener esperanzas de que mi estado fuese a mejorar, no deseaba mejorar,

desea pudrirme ahí mismo, enloquecer para que mi cerebro no pudiese torturarme más; tenía ganas de comerme el mundo, tenía ganas de destrozar todo, empezando por mi habitación y siguiendo por él, su chaqueta de cuero y el celular que llevaba en la mano.

—El tiempo para compadecerse se agotó. ¡Ya basta!, esto es ridículo. Sé que sufres pero esto no te ayuda, tienes que regresar a tu trabajo, a tu vida, deber recobrar las riendas de tu existencia. ¡Deja de vegetar! ¡Arriba! —me gritó, y acto seguido, me tomó por las muñecas e intentó tironear de mí. Le lancé patadas, que por suerte para él, no dieron en el blanco.

—¡Suéltame! ¡Mamá! ¡Mamá!

—Tu madre salió a hacer las compras, y tu padre tampoco está —me enfrentó sin soltarme las muñecas—, además ya te lo dije, ella está de acuerdo conmigo, es más, me dijo que hiciese lo que fuese necesario para sacarte de aquí. De modo que... —tironeó otra vez —vamos, arriba, es hora de que te levantes.

Tironeé de mis brazos y lo único que conseguí fue que sus dedos se friccionaran contra la piel de mis muñecas quemándome. Solté un alarido detrás del otro sin embargo él continuó firme. Forcejamos como bestias. Le dediqué a los gritos, todos los insultos que se me ocurrieron, incluso algunos que podrían considerarse en extremo inventivos tomando en consideración mi estado actual de “casi en estado vegetativo” pero no se inmutó; intenté arañarlo para que me soltara y no hubo caso, él era más rápido y sin duda muchísimo más fuerte que yo, tanto es así que mis uñas no llegaron ni a acariciar su piel.

—Te lo advierto, si no es por las buenas, será por las malas —me amenazó.

En respuesta a su amenaza le lancé un gruñido y muchas más patadas, las que por desgracia para mí, ahora sí lograron alcanzarlo pero no en el lugar al que yo quería atinar, casi me parto los pies contra su muslo derecho, evidentemente había captado mi intención y se defendió dándome su costado, que actuó como escudo protector. Solté un alarido de dolor con la intención de hacer que la sujeción que mantenía sobre mí cediera, no lo logré.

—¡Ya basta! —Gritó—. ¡Es suficiente!

—¡Suéltame, suéltame y lárgate!

—Podrías parar de comportarte como una desquiciada —me pidió soltándome al fin.

Al liberarme, se apartó unos cuantos pasos; yo me estaba muriendo del dolor, y en cuanto mis manos quedaron libres, empecé a masajearme el pie derecho,

el que había impactado contra su muslo, tenía la sensación de que tenía todos los huesos rotos.

—¡Lárgate! —bramé furiosa. Más lágrimas de dolor se me escaparon.

Hizo el ademán de acercarse para revisar mi pie y repelí su acercamiento con nuevas patadas. Mi pie estaba sano y seguía funcionando a la perfección para dicho cometido.

Lucas chasqueó la lengua.

—Será por las malas entonces —entonó y me levantó de la cama sin el menor esfuerzo tomándome por la cintura. Al verme impotente de defenderme, me puse a llorar con más fuerza todavía; eso no lo detuvo, sin titubear, me arrastró hasta el baño. De un manotazo encendió las luces, y sin aflojar la sujeción sobre mí, apartó la cortina y abrió la ducha, el agua empezó a salir con un estallido de spray muy fuerte. En ningún momento dejé de intentar liberarme de él pese a que sabía que mis intentos no tendrían éxito: era cientos de veces mucho más fuerte que yo. Papaleé, forcejé, grité, lloré y seguí insultándolo hasta que me quedé sin voz de tanto berrear. Estaba tan metida en mí misma que no veía más allá de mi nariz, es por eso que cuando me di cuenta, el agua ya me caía encima. Lucas prácticamente me había arrojado dentro de la bañera. Sus brazos no me soltaron en ningún momento. Poco a poco fui quedándome sin fuerzas para pelear, además, el agua caliente estaba surtiendo el efecto deseado sobre mí, relajando mis tensos músculos; mis gritos enmudecieron, mis pies descalzos sintieron el fondo de la bañera, sobre mi piel el agua caliente que me pegaba el pantalón pijama y la remera al cuerpo. El agua también caía por los brazos de Lucas, por sus manos y salpicaba su rostro.

—Es suficiente —me dijo en un susurro cuando dejé de gritar y forcejear—, es suficiente.

Sus dedos me dejaron libre al final, después de tantear el terreno, y para mi sorpresa mi reacción no fue atacarlo ni intentar escapar de él.

—Se fue—. Ya se lo había dicho un par de días atrás. Me invadió una sensación de *deja vú*; creí que así sería para siempre, que reviviría esto una y otra vez, se lo confesé, no pronunció palabra, me sonrió tímidamente sin despegar los labios, solamente para darme fuerza, lo sé.

—Se fue —repitió para darle más valor a mi afirmación, seguro que sabía que yo necesitaba oírlo de él. Seguro que sabía todo lo que yo estaba pensando ahora.

—No va a volver —entoné y acto seguido casi me desmorono.

Lucas bajó la mirada.

Me corrí el cabello de la cara y me aparté de debajo de la caída de agua; se me puso la piel de gallina. Me abrasé a mí misma, me dolía todo el cuerpo.

—No va a volver —sentencié. Pese a que lo había repetido cientos de veces, no dejaba de doler, sino todo lo contrario, me lastimaba cada vez más.

Ciertas cosas en la vida, te hacen perder la noción del tiempo, la perspectiva. No me tomaría ni una semana ni dos, dejar de ser la sombra de mí misma en la que me había convertido luego de su partida; a este espectro viviente le tomaría mucho tiempo recuperar el cuerpo perdido, si es que alguna vez lo conseguía.

Lucas y yo cruzamos una mirada; me abrazó y yo me aferré a él con todas mis fuerzas.

De mundo sin sensaciones, sin colores y sin contornos, me fui trasladando, de a poco a otro un tanto más consistente, más palpable y concreto; empecé a ver los colores, a sentir los perfumes, a reconocer los rostros y sus expresiones, a sentir algo cuando oía las voces. Todo resultaba extraño, ajeno y algo superficial, como si resbalara por encima de mi piel igual que si esta fuese impermeable, más dura que una gruesa capa de acero; pero al menos era capaz de comprender que todavía estaba viva... me gustase o no, aún estaba viva y si había un motivo para eso, era él: Lucas.

El primer fin de semana en pie fue extrañísimo, sentí como si hubiese vuelto a nacer, como si todo, otra vez fuese nuevo para mí, empezando por hablar, observar, comer, caminar, oír. De no haber sido por Lucas hubiese desistido a las pocas horas. Me tomó tres días más, juntar el coraje para salir a la calle a enfrenar al menos, un aspecto del mundo, Lucas me acompañó, o más bien, yo lo acompañé a él, casi obligada, a dar una vuelta por mi barrio. Si estaba fuera de la cama, si comía y caminaba, era porque él me obligaba, yo deseaba tener la voluntad, pero mientras ésta no llegaba, me aferraba de la suya. No volvimos a hablar de él, ni de lo sucedido, no discutimos su desaparición pese a que yo tenía muchas preguntas para hacerle, es que las respuestas ya no importaban, estaba otra vez a mi lado y eso contaba por todas las demás angustias pasadas, para mí. No hablamos de nada, más allá de lo urgente y de lo inmediato, es decir, yo no podía pensar en nada más, ni en mi trabajo, ni en mi departamento quemado, ni en lo que Susana sabía, ni en el paradero de Ana, ni en Gaspar y su familia, ni en ninguna otra cosa, mis fuerzas alcanzaban solamente para mantenerme en pie, y a duras penas.



...

—Podrías pasarme el pimentón por favor —me pidió. Yo me encontraba parada a su derecha, observándolo trabajar, separada de él, solamente por el espacio necesario para dejarlo hacer, sin convertirme en un estorbo. Lucas preparando la salsa para los raviolos que mi madre había comprado, era domingo al medio día, de la segunda semana, intenté no pensar en el segundo angustioso aniversario de su partida, igual lo recordé, es más, pese a que no se lo dijera a nadie, lo recordaba, él no salía de mi mente en ningún momento, siquiera cuando por darle el gusto a Lucas, yo sonreía.

Abrí la puerta de la alacena, busqué el pimentón y se lo entregué. Lucas abrió la tapa, olfateó el contenido de la lata y espolvoreó un poco del polvo rojo sobre la burbujeante salsa de tomate. Cerró la lata, me la devolvió, mezcló la salsa con la cuchara de madera, la probó y aprobó.

—Listo, puedes guardarlo, ahora sí, creo que está lista—. Hundió la cuchara otra vez en la salsa y me la dio a probar.

Me quemé la lengua.

—Sabe bien.

—¿Tienes apetito?

Negué con la cabeza. Su mirada se ensombreció.

—Ya te ayudaré a recuperarlo yo —dijo medio en broma, medio en serio, lo cierto es que todo este tiempo, desde su regreso, mejor dicho, desde mi regreso al mundo de los vivos, había estado ayudando con las comidas en casa de mi madre, intentando despertar mi apetito con su recientemente adquirido, desarrollo culinario.

Le sonreí.

—Qué te parece si esta tarde vamos de compras —propuso entusiasmado.

—No estaba en mis planes “ir de shopping”.

—No me refería a eso —me tiró un codazo que milagrosamente esquivé—, quería decir que podríamos ir a comprar pintura, unos rodillos y todo lo demás que sea necesario para reacondicionar tu departamento.

—No tengo ganas de hacer eso.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo, además, debieras saber que yo estoy viviendo en la calle.

Me di vuelta.

—¿Qué? De qué hablas.

—No tengo donde vivir y estaba pensando que quizá podríamos arreglar tu departamento a medias y pagar el alquiler a medias —se encogió de hombros —ya sabes —golpeó la cuchara contra el borde de la cacerola para escurrirla —, ser compañeros de cuarto o algo así.

Creo que puse cara de horror, pero no fue intencional, cualquier cosa que sonase a compromiso social, por más insignificante que le pareciera al resto de la humanidad, para mí significaba una misión imposible, algo desgastante, estresante.

—Digo que necesito un lugar para vivir y que como tendrás muchos gastos para arreglar tu departamento, bien, que te vendría bien compartirlos con alguien... si quieres... —comentó con un tono tímido—, no me pareció mala idea, es más, supuse que tener compañía te sentaría bien, al menos por un tiempo. Sin segundas intenciones, solamente como amigos, compañeros. Eso es todo.

Analizándolo con un poco más de calma, no parecía una idea tan descabellada, yo sabía perfectamente bien, que sola no volvería a mi departamento nunca y que tampoco era una solución quedarme en casa de mis padres por siempre, menos en este estado, en el que yo era más una carga que una ayuda. Todavía en ocasiones, así de la nada, me largaba a llorar procurando esconderme en los rincones, para no ser vista, para no incomodar y no sentirme incomoda por no poder llorar a gusto.

—Puedo encargarme de algunas de las reparaciones que hay que hacer, y por lo demás, bien, puedo contratar a alguien que haga lo que yo no puedo, repartiremos los gastos —se atajó —sé bien que tú no dejarás que pague nada, te conozco —se jactó sonriendo.

—Tendrías que haberme dicho antes que estabas en la calle—. Esta fue la primera vez que sentí algo confuso con respecto a Vicente, me dio rabia que existiese la posibilidad de que hubiese dejado a Lucas sin hogar. Bien supongo que no debía sorprenderme demasiado, desde un principio intentó apartar a Lucas de mi lado.

Apreté lo dientes. Mejor ya no pensar en eso o terminaría llorando un vez más.

—¿Por qué quieres vivir conmigo, por qué haces todo esto?

Me dedicó una de sus hermosas y dulces sonrisas.

—Porque te quiero, eres mi amiga y porque en parte, me siento responsable de lo que te sucedió.

Fue mi turno de tirarle un golpe. Lucas atajó mi mano en el aire y con cuidado, la aferró entre las suyas. Sentí que una agradable sensación de calor me subía

por el brazo.

—La única responsable soy yo, no me debes nada, no tienes que pagar penitencia.

—Lo hago porque quiero. No es una penitencia para mí. Nada más que nuestra amistad, me obliga, y tampoco es que sea una obligación en el sentido más estricto de la palabra, es simplemente lo que deseo hacer, es todo—. Hizo una pausa—. Estuve pensado: regresarás al trabajo mañana y no tendrás tiempo de ocuparte de nada más... —me miró a los ojos—. No voy a dejarte sola con todo esto. Quiero ayudarte... será un placer para mí, si me dejas ayudarte.

De solo pensar en volver al trabajo, de tener que enfrentar a todos y sobre todo, a Susana, se me hacía un nudo en el estomago, todavía no tenía ni la menor idea de que iba a decirle, es más, todavía no le había contado a Lucas nada sobre lo sucedido la noche de su boda. Con tenacidad, me aferré a sus manos.

—En la mañana puedo comenzar a trabajar, iré a echar un vistazo, sacaré todo lo que quedó...

—Bien, hazlo —solté con decisión sin dejarlo terminar—. ¿Crees que puedas vaciarlo para la noche?

— Supongo —contestó algo dudoso, pero yo hice caso omiso de su cara de sorpresa.

—Perfecto.

—No quieres antes revisar si hay algo para...

—No hay nada que rescatar. Deshazte de todo—. Solté a conciencia de que yo no era capaz de volver a poner un pie en el departamento hasta que éste estuviese libre de cualquier rastro del pasado—. Yo elijo los colores de la pintura —declaré haciendo un esfuerzo sobrehumano por sonreír.

Lucas rió.

—¿No voy a poder dar una opinión si quiera?

—Ya veremos —solté a modo de chanza.

Estábamos en silencio mirándonos, cuando mi madre nos gritó desde el jardín, que encendiésemos el fuego del agua para los raviolos, mi padre y ella estaban a fuera disfrutando de esta fugaz muestra gratis de lo que sería la primavera que llegaría en un mes. Se notaba en el aire, que el clima cambiaba poco a poco; el cielo se veía más celeste, las plantas más vivas, los colores encendidos y fluía una ligera y dulce tibieza con el viento que soplaba para llevar de paseo a las pocas y vaporosas nubes blancas que ocasionalmente se veían pasar por delante del sol.

Lucas encendió el fuego, la cacerola ya estaba sobre la hornalla, cargada de agua.

—Tengo que contarte algo que necesitas saber—. Era ahora o nunca; mejor ahora, “nunca podría traer muchas y desagradables consecuencias y yo necesitaba imperiosamente, algo de estabilidad y calma. Capté su atención de inmediato, de modo que le solté sin anestesia y sin reparos, cual era la situación con Susana, él me escuchó sin interrumpirme, me acoté a los hechos más importantes, recordar todo lo demás de aquella noche, todos los detalles que llenaban esos hechos, resultaba terriblemente doloroso.

—Hablaré con ella, intentaré explicarme y si es posible disculparme.

—No te lo dije por eso, yo voy a hablar con ella, es que no creo que sea conveniente al menos por un tiempo...

—Que me aparezca por tu trabajo —completó.

Me encogí de hombros.

—No te preocupes.

Se me escapó un suspiro.

—¿Qué pasa, hay algo más?

Se me escapó una risa seca. ¡Cómo si fuese necesario algo más! Negué con la cabeza.

—No sé cómo voy a hacer esto. Que debilidad la mía, otra vez se me aguaron los ojos.

—De a poco —me tomó de la mano—, de a poco.

33.

### Amputación.

Se torna muy difícil vivir con una parte del cuerpo amputado, sobre todo, cuando la parte amputada a la que nos referimos, es el corazón. Vivir sin corazón es científicamente imposible, por eso existen los transplantes de corazón, los corazones artificiales y las maquinas extracorpóreas que pueden bombear tu sangre desde afuera, para mantenerte con vida durante un par de horas. Lo que empeora mi condición, es que yo no soy candidata para un transplante, ni me serviría de mucho tener uno artificial, y unas cuantas horas de vida sostenida por una maquina, realmente no haría demasiada diferencia en mi existencia.

Algunas culturas creen que el corazón aloja el alma, otras la sitúan en el

pecho, sea como sea, tengo la impresión de haber perdido ambas cosas, es por eso que me siento tan vacía. Soy como una cáscara hueca que va de aquí para allá como un muerto en vida, y lo peor del caso, es que esta cáscara muerta no puede dejar de pensar en una única cosa, y de sufrir un insoportable dolor por causa de ella. Es como si ese dolor lo hubiese reemplazado todo, empezando por mi corazón, siguiendo por mi alma, mi estómago, mis pulmones, mi cerebro y por todo lo demás de importancia vital para la supervivencia. Mi maquina motora ahora, era ese dolor que se retroalimentaba de sí mismo. Un estomago de dolor que consume dolor. ¡Ja! Esa mañana mi madre me retó, me dijo que debía saber que había gente en este mundo que estaba mucho peor que yo, insistió en que debía dejar de lamentarme y aceptar lo que me tocó en suerte, pero en este momento yo no era capaz de pesar en que sí, es cierto, hay gente que se está muriendo de hambre, yo solamente podía sentir que en vano y pese a todos mis intentos por intentar demostrar, y convencer, de lo contrario, me sentía miserable, deshecha, engañada e injustamente castigada por amar, es más, de camino al trabajo seguí pensando en eso, en que lo que me sucedía ahora, era sin duda alguna, por amar demasiado a alguien, por hacer eso mismo que nunca antes me había permitido a mí misma. Me prometí y juré que no volvería a hacerlo jamás, en vano, esa promesa y ese juramento no tenían valor alguno, yo ya no era ni nunca sería capaz de amar a nadie más por mucho empeño que pusiese en ello, ya no tenía con qué, ni las ganas de.

Llegué temprano, estacioné la camioneta justo delante de la puerta del local. Me pareció estar arribando a otro mundo, no sentí como si estuviese recobrando mi vida, sino más bien, como si estuviese usurpando la de alguien más y eso no fue agradable. Me hallé a mí misma descolocada y fuera de lugar, empecé a temer no ser capaz de llevar a cabo mi trabajo siquiera. Estuve muy cerca de entrar en pánico, por suerte, el par de minutos que me tomé para respirar hondo e intentar tranquilizarme, surtieron efecto, cuando me bajé de la camioneta no entré en crisis, tampoco cuando con las llaves en la mano, me agaché para abrir los candados, pese a mi desconfianza inicial, evidentemente, mi cerebro tenía almacenadas todas aquellas tareas que yo solía hacer a diario, tal si no hubiese sucedido nada. Incluso, respiré aliviada luego de enfrentarme al panel de control de la alarma luego de teclear los doce dígitos que la desactivaban evitando así, que la alarma empezase a sonar.

Cerré la puerta y el carillón sonó, este insignificante sonido me puso la piel de gallina, admito que fue una reacción completamente irracional pero me estiré en puntas de pies y desenganché el carillón del soporte que lo mantenía

aferrado a la puerta. Con brusquedad le di un manotazo al botón que levantaba la persiana de acero automáticamente y luego me eché a andar por el corredor central del local con el carillón bien asido para que no sonara (fue casi como si estuviese estrangulándolo para que no gritase lo que yo no deseaba volver a oír nunca jamás).

Esto se estaba pareciendo a la época de la colonia, cuando no contaban con las herramientas necesarias para curar la extremidad afectada y por eso, para cortar por lo sano (mejor dicho imposible), amputaban en miembro afectado. Con odio, eché el carillón dentro del último cajón del mostrador, confinándolo al silencio, a la oscuridad y al olvido (lo mismo que intentaba hacer con su recuerdo).

Matías llegó al rato, cuando yo ya tenía las luces encendidas y la computadora en marcha con varias planillas abiertas, las cuales observaba con atención, en un intento de ponerme al día con la situación de los proveedores, las ventas, los encargos de pedidos y demás cuestiones administrativas. Reparé en algunos números que no coincidían, en unas cuantas cosas que no tenían sentido; resolvería todo de a poco, me sentía capaz de ello, al menos en teoría, lo cual era todo un adelanto, ya veríamos que sucedería en la práctica. La tensión y las responsabilidades del local no eran muchas, ni tan complicadas, pero como ya dije, en mi estado, cualquier cosa representaba un reto.

No oí la puerta, probablemente, debido a que el carillón estaba guardado en uno de los cajones del mostrador, es por eso, que no me percaté de que Susana entraba hasta que el sonido de un colectivo se filtró por la abertura que de a poco se fue achicando. Susana cerró la puerta, se volvió y me miró. Fue instintivo, tuve deseos de que la tierra me tragara; no tenía ni la menor idea de cómo iba a hacer esto.

En silencio caminó hasta mí y me dio los buenos días. En sus palabras y en su voz, no se entreveía nada extraño, ningún problema, pero la realidad continuaba presente, cada una sabía que la otra era conciente de aquella pesadosa realidad.

Susana se descolgó la cartera del hombro, como siempre, la arrojó debajo del mostrador; se quitó la campera de jean que llevaba puesta y la tiró sobre la cartera. Me percaté de que aún perduraba en su piel el bronceado que debió ganarse durante su luna de miel.

Transcurrió un incomodo y eterno segundo en que nos miramos sin saber qué decirnos. Finalmente, fue ella la primera en hablar.

—Lo lamento. Siento mucho todo lo que sucedió... yo no quería que... en

ningún momento deseé verte así, yo solamente... solamente quería lo mejor para ti—. Bajó la mirada—. Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias.

—Quizá sea mejor así. Supongo que ahora no lo ves de ese modo, pero sí él...

—juntó ambas manos y empezó a retorcerse los dedos—. Lo que quiero decir es que él...

—Sé lo que quieres decir. Entiendo el modo en que tú debías ver esto; no era así, al menos eso yo creía, él —titubeé —ellos... él me dejó pero... No son lo que tú crees.

—¿Lo defiendes? No me cabe la menor duda de que fue por él que casi mueres, te dejó, y aún así lo defiendes.

—No fue así, él me salvó de algo mucho peor...

—Sí, para después dejarte —me espetó cortándome en seco.

Me llevé una mano a la frente, no podía defenderlo, realmente quería defenderlo pero ya no entendía por qué, yo lo había amado y todavía lo amaba, con todo el corazón, con él alma, y él me había dejado; lo peor de todo es que no solo me había abandonado, sino que me había estado engañando durante todo el tiempo que estuvimos juntos, para él, nada había sido real, para él no era más que una mentira, un engaño y ahora, el peso de este engaño me caía encima.

Nunca me amó —me dije a mi misma mientras Susana me observaba en silencio—. Me dejé engañar estúpidamente, sabiendo lo que él era, me dejé engañar. Quise creer en algo que jamás existió. Terminar de comprender esto provocó una nueva oleada de dolor en mí. Fui sintiendo cada una de las lágrimas que brotaba hacia mis ojos, acumularse allí, enturbiando, de a poco, mi visión.

—Nunca me amó—. Las palabras se me escaparon de los labios en voz muy baja—. Me engañe a mi misma al aceptar su mentira—. Oír mis propias palabras fue espantoso.

Susana se abalanzó sobre mí y me abrazó.

—Lo lamento tanto —me susurró una y otra vez al tiempo que me daba palmaditas en la espalda—. No pienses más en él, no vale la pena. Sé que es duro, pero lo mejor para ti es que él se fuera.

En mi interior, sabía que tenía razón, igualmente me dieron unas incontrolables ganas de apartarla de mí a golpes de puño y patadas, ganas de gritarle que estaba loca, que no tenía ni la menor idea de lo que decía, puesto que yo lo amaba, que sin duda había sido lo más grande que me ha sucedido en toda mi

vida, que nunca más lograré sentir nada semejante por nadie más, ni nada menos significativo tampoco; que mi corazón y mi alma se han ido con él, que lo que engendró en mí vive ahora con él, que no sé como, si todavía respiro es en gran parte por él.

Me dieron ganas de odiarla, sin embargo, me aferré a ella y me liberé al llanto una vez más. En la garganta se me acumularon las lágrimas y la angustia. Así es: todavía no logro terminar de asumir que ha sido una gran mentira, que me niego a creerlo, que no puedo admitir que no fuese más que un engaño suyo para intentar tomar las riendas de un poder que yo nunca tuve ni jamás tendré. Poder, ¡que original!, eso es lo que buscaba él, más poder del que ya tiene. ¿Se habrá reído de mí? Debo de haberle parecido muy tonta y crédula. ¿Qué diría de mí a mis espaldas, qué pensaría de mí? Esto es una tortura, sin embargo muchas preguntas de este estilo, empezaron a surgir en mi mente. ¿Qué pasaría por su cabeza cada vez que me besaba? Seguro que si nunca aceptó hacer el amor conmigo, no debió ser porque temía lastimarme, sino porque yo debía darle asco, o quizá siempre fui muy poca cosa para él: una simple humana que incluso luego de haber estado al borde de la muerte por su causa, insiste en entregársele prácticamente regalada. ¿Realmente tanto esperaba obtener de mí, que pasó casi ocho meses a mi lado? ¿Tantas eran las promesas que luego no se cumplieron? Cuan grande debe ser su sed de poder, para someterse a esto, a mí, a esta figura patética que todavía lo llora, que todavía lo ama y que estúpidamente continua creyendo en muchas de sus palabras, encontrando increíbles solamente las últimas que dijo.

En este momento me odio más a mí que a él, es decir, en realidad a él no puedo odiarlo, quisiera pero no lo logro, esta sería una acción clara para poner fin al sufrimiento que me atormenta. Por momentos —esto sí que es el summun del patetismo que me invade —pienso que fui yo la que hizo algo malo, la que lo ahuyento. Es decir, si en realidad hubiese cooperado un poco más... ¿Qué habría pasado si yo me hubiese esforzado por encontrar ese poder que él necesitaba de mí? ¿Se habría quedado a mi lado si yo tuviera eso que él esperaba encontrar en mí? ¿La mentira podría haberse transformado en verdad? ¿Habríamos podido pasar una eternidad juntos?

Apreté los parpados con fuerza barriendo las lágrimas que en el acto, se despeñaron desde mis mejillas hasta la camisa blanca de Susana.

—¡No lo conozco! —Grité dentro de mi cabeza—. Realmente no tengo ni la menor idea de quién es, la única certeza que tengo sobre él es que pretendía encontrar algo en mí, y que al no hallarlo, me abandonó. Ahora caigo en cuenta



de que es muy probable que si nunca quiso hablar de Eva, por algo debía ser ¿no? Seguro que todavía estaba con ella, seguro que por eso ella quiso ponerse en contacto conmigo, me figuro que por celos, debe haberle querido arruinarle el juego. Quizás Eva quiso advertirme que él todavía estaba con ella, quizá por eso, la hicieron desaparecer del mapa.

Lo que él esperaba de mí debió de ser muy grande e importante para apartarla así de la ecuación. ¡Ja!, y por qué me resulta eso extraño si también alejó a Lucas de mí en cuanto sintió un destello de amenaza de su parte. ¿Qué más hizo a mis espaldas? ¿Hasta dónde fue capaz de llegar por esto? Ya lo sé, la respuesta ha estado siempre frente a mi nariz: Jan, Gaspar y su familia, Eva, Ignacio, Ana, Lucas, Cristian... ¿cuantos más y desde cuándo? No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo lleva detrás de mis pasos, moldeando mi camino para que finalmente éste me llevase a él. En este momento, absolutamente toda mi vida parece falsa, tengo la impresión de que no he sido dueña de uno solo de mis pasos en toda mi existencia. Mauro, Susana, Ariel... todavía me pregunto por qué él la envió hacia mí, hasta éste local, es que acaso ellos también son parte de todo esto. Se me puso la piel de gallina. ¿Qué alcance tiene el poder de los demonios sobre la tierra? ¿Ilimitado? ¿Quién nos defiende? ¿Nadie?

—Estoy aquí para lo que necesites —me aseguró cuando nos separamos.

Yo estaba hecha un mar de lágrimas, con las manos, me limpié la cara otra vez.

—Se fue y es mejor así. Todavía estás a tiempo de recomponer tu vida, tarde o temprano, recuperarás lo que él te quitó y volverás a ser tú misma, como antes... todo será como solía ser, ya lo verás. Te ayudaré, todos te ayudaremos.

### 34. Humanidad.

Inspiré hondo y empujé la puerta, el olor a quemado todavía se percibía en el aire, ya no tan reconcentrado como antes, de cualquier manera perceptible. Había luz dentro, eso me sorprendió, pero no fue la única sorpresa, el departamento estaba vacío, a no ser por un par de bolsas de residuos amontonadas sobre la pared derecha. El departamento parecía más grande y espacioso, así, sin muebles, sin nada que obstruyese la visión. La luz pálida del ocaso entraba por la ventana de la cocina, mezclada con la luz anaranjada del alumbrado público.

Caí en cuenta de que mi cocina ya no parecía eso, la única evidencia de lo que fuera en el pasado, era la mesada de piedra, el lavamanos, y la salida anulada, del caño de gas, delante de la cual, hasta lo que yo recordaba, había existido siempre una cocina, cocina que había resultado irreparablemente dañada cuando...

Escuché unos ruidos provenientes de mi cuarto.

—Estoy aquí —me llamó Lucas desde allí.

Caminé por el piso barrido, negro, manchado de hollín, sobre el cual todavía restaban pequeñas partículas sobrantes del incendio, que crujieron debajo de las suelas de mis zapatos.

Había luz en el cuarto.

—No está tan mal —me dijo Lucas desde encima de una escalera de aluminio que a todas luces era nueva (al igual que la caja de herramientas y todas las herramientas que ésta contenía, la cual estaba instalada a los pies de la escalera). En su mano derecha tenía un rollo de cinta aisladora negra, en la otra, una navaja de esas que se abren en todas direcciones desplegando los artilugios más inesperados. Pasé por alto el hecho de que estaba manipulando los cables de electricidad con la luz encendida, y peor todavía, con la corriente fluyendo libremente por los cables y avancé hasta él, escrutando todo lo que me rodeaba. Del armario no restaba más que una gran boca vacía, una estructura sin puertas, solo paredes. El aire acondicionado había desaparecido, y en vez de la persiana rota y quemada, había una nueva, subida casi hasta el tope. Las paredes continuaban tiznadas y con la pintura descascarada y aglobada; al menos ya tenía luz otra vez en el cuarto, la brillante bombita resplandecía frente al rostro de Lucas.

—Tenía razón, ¿no?, ahora se ve mucho mejor.

Asentí con la cabeza. Eché un vistazo por la ventana, la cual por cierto, tenía vidrios nuevos. El balcón estaba limpio, el piso todavía húmedo era señal inequívoca de que alguien lo había baldeado. Contemplé la calle por unos cuantos segundos y luego me volví hacia él.

—Estuviste todo el día trabajando.

—No estoy cansado, si eso es lo que te preocupa —me contestó con una sonrisa mientras bajaba de la escalera.

—¿Cómo hiciste todo esto en...—miré a mi alrededor —un par de horas?—. Era un alivio y al mismo tiempo, algo muy extraño y desconcertante, ver mi departamento así vacío.

—Para algunas cosas es útil ser un demonio —contestó encogiéndose de

hombros. Sin que mediase ninguna otra palabra, plegó la escalera y la apoyó contra la pared del fondo, sobre la que antes había estado la cabecera de mi cama—. Espero que no te moleste que me haya desecho de todo, dijiste que no había nada para rescatar, de modo que...

—Está muy bien. Gracias, yo no hubiese podido hacerlo.

—No tienes que agradecermelo, ya te he dicho que es lo menos que puedo hacer por ti.

Nos sonreímos el uno al otro.

—¿Y bien, qué te parece? —me preguntó en un suspiro llevándose las manos a la cintura.

—¿La verdad?

Asintió.

—Es un tanto deprimente.

Puso mala cara.

—Pero puede mejorar —acoté intentando sonreír.

La sonrisa que me dedicó él a mí, fue mucho más abierta, tanto es así que me enseñó todos sus perfectos dientes.

—Quería pedirte permiso para hacer algunas compras. Necesitas una cama, un colchón y... si todavía puedo mudarme contigo, estaba pensando en que debería comprar un sofá cama... no sé, fue una idea —se atajó temiéndome.

—Lo del sofá cama suena lógico, aunque realmente no lo necesites.

—Que no necesite dormir no implica que de vez en cuando no me guste tirarme en la cama a remolonear un poco.

Su comentario me arrancó un amago de sonrisa.

—Además deberíamos ir a ver otros muebles, como una mesa, sillas —alzó la vista hasta la lamparita que colgaba del cable —unas lámparas, una heladera, una cocina y muebles de cocina. Por suerte, el baño no sufrió daños—. Abrió los brazos a los costados del cuerpo —esto y la cocina es lo que más trabajo tomará. Mañana voy a intentar arreglar las paredes, con un poco de suerte en un día o dos podré empezar a pintar.

Me mordí el labio, era agradable contar con su entusiasmo, pero seguirle el ritmo me resultaba imposible.

—Se me ocurrió una idea, todavía tenemos tiempo, porque no vamos a comprar la pintura —sonrió —necesito que escojas los colores, después podemos ir a cenar y luego puedo acompañarte de regreso a casa de tu madre, ¿qué te parece?

Inspiré hondo y al soltar el aire, mi pecho se encogió. No sabía de dónde sacar

las ganas.

—Me gustaría conservar algo más de humanidad, por momentos tengo la impresión de que no te entiendo como debiera. Me dan ganas de escaparme de mí mismo, de... —cerró la boca y apretó los labios—. Prometí que no volvería a hacerlo aunque ahora esa promesa ya no sirve de nada, no cuenta y si tú quisieras... —se quedó esperando—. No me hagas caso —exclamó—, no sé lo que digo, eso no serviría de nada.

—Es verdad, esa promesa ya no cuenta —se me cayó la mirada —pero no hay demasiado que ver en mi mente ahora, no más de lo imaginable. No es que esté diciendo que no quiero volver a lo que teníamos antes, no para nada, me encantaría recuperar eso. Que me ofrezcas estar más cerca de mí, de lo que más nadie puede, es un gesto humano, o mejor que eso, muchos humanos no son capaces de pensar primero en alguien más, antes que en ellos, ni yo soy capaz de eso... —musité—, bueno, era capaz de pensar en el bienestar de él antes que en el mío pero eso ya no...

Lucas hizo un ademán de venir hasta mí; lo detuve alzando una mano.

—Estoy bien —le aseguré falsamente. Era por esto, que prefería dilatar nuestra inigualable cercanía, al menos por un tiempo (o talvez indefinidamente, dudaba que algún día la situación pudiese cambiar, por momentos tenía la certeza de que tendría que mentir sobre esto, el resto de mi vida, me convertiría en ese tipo de personas que cuando le preguntan cómo está, contesta que bien, cuando en realidad se muere por dentro, sí, es posible que debiese conformarme con aparentar estar recompuesta solo para obtener algo de calma)—. De a poco, ¿sí?

—Por supuesto.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Quizá no sea el momento para esto... quería decirte que me alegra que continúes siendo humana, la perdida de tu humanidad sería una gran pérdida.

Yo no lo creía así, ya se me había pasado por la cabeza el pensamiento de cuan más sencillo sería todo esto, si ya no fuese humana, si fuese un demonio, es probable que las cosas doliesen mucho menos, o quizá nada en lo absoluto.

Una ruptura amorosa, un engaño no sería más que sentir una descarga eléctrica como la que debería haber sentido Lucas al reparar la iluminación de mi cuarto sin desconectar la electricidad: un cosquilleo sin mayores consecuencias. Sí, en este momento a mí me gustaría perder toda mi humanidad; él se la podría haber llevado consigo junto con mi corazón y mi alma ¿no? No, piedad es demasiado pedir para alguien que no siente por los

humanos más que un mínimo interés derivado de la conveniencia. Es ridículo, pero me dio asco de mí misma, pensar así de él.

—Esto me va a llevar a la locura —pensé mientras Lucas me miraba esperando una reacción.

—Vamos —propuso, los ojos le brillaban de entusiasmo.

...

El olor a pintura me dio esperanza, sí, es tonto, pero así es, el olor de las paredes recién pintadas, el olor de las cosas nuevas, la limpieza, la luz, la cama recién tendida, los gruñidos y rezongos de Lucas a través de la pared, renegando contra la cocina que se negaba a ser instalada, estar pendiente del portero eléctrico ya que los de la casa de electrodomésticos debían de llegar en cualquier momento con la heladera nueva y con el lavarropas, nuestra cita con el supermercado para hoy en la tarde, para así poder luego, llenar las alacenas que Lucas había estado instalando todo el día de ayer. Parece mentira que hace poco más de una semana, esto era un caos. Para ser honesta conmigo misma, no creía que tuviese arreglo y mucho menos, que el arreglo tomase tan solo unos cuantos días para ser concluido.

—¡Listo! —exclamó Lucas desde la cocina, lleno de satisfacción—. ¡Lo logré! Le gané, sabía que no podría conmigo —soltó en tono desafiante; llevaba algo más dos horas peleándose con la cocina nueva que intentaba instalar en el lugar que antes ocupaba la resultó irreparablemente dañada durante el incendio.

Arrojé los almohadones recién sacados de la bolsa de la casa de decoración sobre las almohadas y me fui a celebrar con él, mi labor en la habitación estaba concluida.

—¡Te dije que no haría falta llamar a un gasista! —soltó en cuanto me vio. Sonreía de oreja a oreja. Se puso de pie, movió una de las llaves, y la hornalla trasera izquierda se encendió, un halo azul claro iluminó el acero inoxidable impoluto y brillante.

La cocina no explotó ni empezó a salir olor a gas ni nada raro; funcionaba a la perfección.

—Me debes una cena —se jactó expandiendo aún más su amplia sonrisa.

—Las apuestas son apuestas, qué pensabas, que no iba a pagarte si ganabas—. Le tendí una mano—. Felicitaciones, ganaste, lo lograste.

Me devolvió el apretón.

—Tranquilamente podrías dedicarte a arreglar casas, por lo visto se te da muy bien—. Pasé por delante de él, apagué la hornalla y probé el horno, encendió al primer intento.

Lucas me sonrió orgulloso, dándome un empujoncito provocador, muy ligero (si se lo proponía, podía llevarme por delante con la fuerza de un tren que avanza a toda maquina), pasó por detrás de mí, tomó un trapo de sobre la mesada, uno que tenía un par de herramientas sucias y renegridas encima, y se limpió las manos.

—No gracias, creo que con esto ya tuve suficiente. En fin, puedo escoger yo el lugar.

—¿Qué lugar? —apagué el horno y me volví hacia él una vez más.

—El lugar para cenar.

Sonó el portero eléctrico.

—Sí, claro —reí.

—Perfecto; voy a atender, esos deben ser los que vienen a traer la heladera.

Y en efecto eran, ahora sí podríamos mudarnos definitivamente aquí, yo ya tenía mi cama, con sábanas y todo, Lucas tenía su sofá cama, listo para usar, ahora teníamos una cocina que funcionaba, una heladera, el resto de las cosas, si es que algún día las comprábamos, vendrían a su tiempo, la verdad, es que no me hacía falta nada —nada material me refiero—. Ya no le encontraba demasiado sentido siquiera a comprar un equipo de música, pese a que la música siempre, desde pequeña, había sido parte de mí vida, por estos días, prefería el silencio, éste me calzaba mucho mejor; el silencio o la voz de Lucas, eso estaba bien para mí. Es posible que el silencio o la escasez de aparatos de alta tecnología no durase demasiado debajo de este techo, después de todo Lucas había demostrado tener afinidad por este tipo de cosas, por desgracia para mí, recordaba muy bien su habitación en casa de... —todavía no puedo pronunciar su nombre y tampoco sé si quiero hacerlo—. En fin, es probable que dentro de poco, Lucas termine trayendo un poco de sí bajo este techo, y no está mal, alguno de los dos tiene que demostrar que hay seres vivos bajo este techo, y como yo no puedo... que sea él, quizá así se me contagie algo de humanidad, de vida.

Después de que la heladera estuvo en su sitio (lo cual llevó cuarenta minutos de forcejeos y peripecias, la heladera era enorme, completamente desproporcional para el tamaño de mi departamento, pero Lucas había insistido en que esa era la más adecuada para nosotros —para su apetito voraz, mejor dicho—), nos fuimos a hacer las compras, ¿había que llenarla,

no?. Debo remarcar que el más interesado en este último detalle, era una vez más, Lucas, yo últimamente no solía sentir apetito y tampoco disfrutaba demasiado comiendo, para mí todas las cosas tenían el mismo sabor: ninguno. Dónde fuese que Lucas tenía pensado ir a cenar, evidentemente se arrepintió, acabamos muy tarde de acomodar las cosas dentro de las alacenas y en la heladera, él insistió en comprar comida como si tuviésemos que alimentar a un batallón, por lo que pasadas las diez y media, terminamos llamando a la pizzería (para no desentonar con lo exagerado de las compras del supermercado, Lucas pidió dos pizzas grandes, una de ellas, sin duda terminaría dentro de la heladera, sin ser tocada). Nuestra primer cena en casa, no fue nada pomposo, tiramos al piso un mantel recién comprado, allí dónde antes había estado mi mesa y comimos sentados en el suelo, entre la cocina recién instalada y el costado del sofá en el que Lucas pasaría la noche, y todas las noches siguientes.

—Creo que esto va a funcionar —comentó en voz muy baja, acabando de bajar un bocado de pizza con un buen trago de cerveza, de un vaso recién comprado —. ¿No te parece? —me sonrió y le sonreí en respuesta, qué podía decirle si yo hubiese deseado que las cosas fuesen muy distintas a como están ahora, eso prueba cuan distintas puede resultar todo, a comparación de cómo uno se emperró en planearlas—. Esta, va a ser nuestra primera noche aquí, juntos —continuó diciendo y esperó; otra vez me quedé en silencio—. Sé que es algo que no puedes festejar.

Aunque no me leyese la mente, tampoco hacía falta una sola palabra mí, para que él me entendiera a la perfección, la relación entre nosotros iba más allá de presuponer en base a lo conocido, a experiencias anteriores, nosotros estábamos conectados de un modo distinto, especial.

—Desearía poder hacer que lo olvides.

—A mí también me gustaría hacer algo para olvidarme de él.

Mis palabras perduraron en el aire de un modo insólito.

—Siempre fue un solitario.

—¿Intentas defenderlo o inculparlo?

—Ninguna de las dos cosas, eso no te servirá de nada a ti, y tampoco a mí, solamente quisiera haber hecho más —meneó la cabeza —no sé...

—Estás haciendo más.

—Ya es tarde.

—Es deprimente que también lo creas así, pensé que era solamente yo la que tiene estos pensamientos y sentimientos pesimistas —solté medio en broma,

medio en serio.

—Me refiero a que es tarde para evitarte tanto dolor —aclaró incómodo.

—Si no hubieses vuelto, probablemente hubiese sido mucho peor, debes entender eso—. Mentira, cómo podía ser peor (mejor hubiese sido que me dejara morir aquí mismo, el día en que me encontró acurrucada entre los restos chamuscados de mi mobiliario), pero como no había sido así, debía recurrir a este bajo ardid: si él se caía, a mí no me quedaría soporte alguno del cual sostenerme; era algo espantosamente egoísta, un tanto truculento, truculento y al mismo tiempo, sincero y crudo de mi parte: yo no era capaz de hacer nada más, ni de pensar de un modo distinto, era esto lo que vivía y sintiendo. No tenía ni idea de lo que sería de mí ahora si no lo tuviese aquí conmigo. Es probable que en cierto modo me esté aprovechando de él y algún día pague por eso, si esto no me destroza antes.

—No voy a dejarte, al menos que me lo pidas.

—Ya oí eso antes—. La frase se me escapó. Lucas se dio cuenta.

—Yo lo digo en serio. Me importa un bledo si tienes algún poder o ninguno, si tu alma vale mucho o poco para los demás, tú vales para mí lo que cientos de almas, lo que ningún poder puede conseguir, eso es lo único que importa. Si me pides que me vaya, me iré sin rechistar, si me pides que me quede aquí contigo para siempre, así lo haré. Lo juro. No miento, no tengo segundas intenciones, antes de hacer algo que pudiese dañarte, preferiría cortarme una mano.

—No digas pavadas—. Me hizo sentir todavía más culpable que dijese algo semejante.

—Es cierto. Jamás en la vida tuve nada tan en claro como ahora.

—Lucas, vamos, no hace falta.

—Sí, sí hace falta —replicó poniéndose de pie—, lo lamento mentí, lo que siento por ti no ha cambiado ni un ápice desde que me fui —entonó a continuación provocando que la pizza se me quedara atragantada—, pero sí cambió el modo en que te veo, el modo en que veo esto. Lo que hago no es en espera de que me des nada a cambio, lo que hago lo hago porque quiero, porque me parece que está bien y que sirve de algo.

Sus palabras se me vinieron encima con la fuerza de un tsunami; la pizza terminó de bajar con el golpe seco del impacto.

—Te ruego que no me pidas que me vaya, lo juro, no espero nada —dijo con un dejo de desesperación tanto en la voz como en sus ojos. Me miró suplicante y me sentí pésimo.



Me levanté lentamente, me costó horrores moverme. Por dentro solté todos los insultos habidos y por haber, no dedicados a Lucas, sino a mí misma, sé que en lo más profundo de mí ser, intuía que existía cierta posibilidad que ese sentimiento continuase en el mismo lugar que cuando se había ido. Ahora tenía la certeza —algo abstracta, pero certeza al fin —de que esto sucedería, pero había preferido ignorar ese hecho, como tantos otros que en este momento no prefiero recordar; mi mente últimamente funcionaba así, de un modo muy selectivo, eliminando y tomando cosas de un modo muy poco racional e inteligente, me abandonaba a las elecciones menos dolorosas y esto no ayudaba ni ayudaría en nada a futuro. Ni modo, no tengo voluntad para nada más.

—No quiero aprovecharme de lo que sientes —articulé consciente de que mi argumentación no serviría de mucho. Mi intención no era, bajo ningún concepto, alejarlo de mi lado, ¡nada de eso!, quedó claro que desde que me rescató desde la oscuridad, no soy capaz de existir sin él, sino defenderme de futuros reclamos. Así de egoísta me comportaba.

—¡Perfecto!, acordemos en que nos estamos aprovechando los dos de la situación, yo quiero estar contigo y tú no quieres estar sola —exclamó al borde de la euforia, como si con lo dicho, solucionase todo—. Qué más da, a quien le importa lo que nosotros hagamos con nuestras vidas. Sí para nosotros funciona, está bien. Nada cambiará. Estoy bien con esto, estar aquí contigo es más de lo que podría pedir y no tengo intención de forzar nada, me he mudado aquí como tu amigo, te presté ayuda como amigo y así seguirá siendo todo siempre y cuando lo quieras así. Hablo en serio, puedo demostrártelo, ve dentro de mi mente si quieres, no miento.

—Yo todavía lo amo.

—Lo sé.

—Y dudo que algún día pueda amar a alguien más —dije completando la idea.

—Dudo que seas incapaz de amar a nadie más, pero está bien, de eso te darás cuenta tu sola, a su debido tiempo.

Su comentario me hizo sonreír, lo dijo con la seguridad y convicción de un niño que no entiende de qué modo funciona en realidad del mundo. Negué con la cabeza.

—No comparto tus esperanzas... sí eso es suficiente para ti... —me encogí de hombros —no puedo darte nada más, que eso quede claro: yo siento que pese a que debería odiarlo, pese a que debería intentarme liberarme de su recuerdo no puedo, y en cierto modo —que incomodo—, no se si quiero librarme de él.

No quedaría nada de mí sin su recuerdo.

—Eso no es así, ya lo verás. Voy a ayudarte a cambiar eso.

La última vez que vi la hora en mi flamante reloj despertador, eran las dos treinta y tres de la madrugada. Tendida boca arriba, en medio de mi cama nueva con las sábanas rígidas del almidonado, agotada de cansancio y al mismo tiempo, sin una gota de sueño que pudiese venir a apiadarse de mi mente, para darle un descanso que imperiosamente necesitaba, pensaba en él, es que simplemente no podía dejar de hacerlo, él era una omnipresente presencia un dolor latente que jamás se iba. Lo imaginé tendido sobre un sofá, despierto, intentando no pensar, como me había dicho que hacía para desconectarse de la realidad en su imposibilidad de dormir. Mi pensamiento empezó a divagar, comencé a preguntarme si esa historia de abstraerse así, era cierta, o solo una mentira más de las tantas que seguro me había dicho. Incluso con esta duda acechando mi desvelo, me entraron unas horribles ganas de abrazarlo, su imagen sobre el sillón... deseaba correr hasta él, estuviera donde estuviese para abrazarlo, para dormirme entre sus brazos. Esto es el summum del masoquismo, ya lo sé, pero la necesidad era tanta y tan fuerte que me puse a llorar de dolor; supongo que los drogadictos en rehabilitación deben sentir algo muy parecido a esto: el vacío, la necesidad, el dolor, el cuerpo que se contrae y se relaja, la imposibilidad de mantener los ojos cerrados y el aturdimiento de mantenerlos abiertos.

El departamento estaba en silencio, Lucas no dormía, es más que sabido que no, de hecho, cuando le di las buenas noches, estaba tirado en su sofá cama abierto, leyendo una revista, pero ahora la luz estaba apagada; debía estar cuidándose de no hacer nada que pudiese perturbar mi supuesto sueño. No pude evitar preguntarme si él se sentiría tan miserable como yo en este momento, después de todo, en cierta forma, a él también lo rechazaron o quizá peor, la imagen que a mí me tortura no es material, es un simple recuerdo, pero la que le causa dolor a él, está a menos de diez metros de donde está tendido.

Esto no está muy bien que digamos, él carga con una culpa que no es suya, y sin duda, pese a todo lo que dijo, todavía, como yo, tiene esperanzas de que las cosas cambien... como me gustaría poder odiar a quien amo tanto.

...

—No puedo creerlo —solté malhumorada, iba a llegar tarde, muy tarde, a

trabajar.

—¿Qué, qué te pasa? —me preguntó Lucas desde su sofá cama desplegado, con una taza de café con leche en la mano y una tostada con dulce en la otra. Como siempre, él estaba de muy buen humor, sonriente, despierto, activo, y yo, medio dormida, agotada y de mal humor fatal, no paraba de correr de un lado para el otro, sin sentido.

—No encuentro mis zapatos —le ladré al pobre, qué culpa tenía él de que yo últimamente no tuviese ni la menor idea siquiera, de dónde tenía la cabeza.

Lucas se bajó de su cama de sabanas enredadas, dejó la taza sobre la mesita que habíamos comprado el fin de semana pasado en una feria de antigüedades, la cual servía de soporte para nuestra nueva lámpara, salida de la misma feria de pulgas que la mesa, y el moderno teléfono, traído a casa desde una tienda de productos de alta tecnológica, por Lucas, y se tiró en cuatro patas al suelo, para buscar mis zapatos debajo de la cama.

—Aquí no están —me avisó al levantarse—. Segura que no están en tu cuarto —. Hacía allí fue mientras yo rezongaba con mi taza de café en la mano buscando a mi alrededor—. ¡Aquí están! —exclamó desde mi cuarto. Al segundo estaba arrodillado frente a mí, dejando los zapatos en el suelo, delante de mis pies descalzos.

—Gracias.

—No hay por qué —sonrió—. Cuidado con el café, está muy caliente.

Le di las gracias una vez más, ahora por la advertencia; él regresó a su cama para seguir disfrutando de su desayuno, yo me calcé los zapatos y me quedé allí parada esperando a que el café se enfriara.

—¿Te llevo al trabajo?

—¿Estás dudando de mi capacidad conductiva? —lo chanceé, en realidad no sé si me lo dijo por eso, pero yo tenía la impresión de que se ofrecía por miedo a que en mi estado de despiste irreparable, terminase estrellándome contra algo, o alguien.

Intentó disimular su sonrisa, mordiéndose el labio inferior, aquel gesto me hizo recordarlo a él.

—Pondré atención, no te preocupes, voy a estar bien, además todavía no hablo con Susana...

—De mí —completó curvando la boca hacia abajo—. No sería mejor que yo hable con ella—. Se incorporó despegando la espalda de la almohada, dejó la taza y la tostada otra vez sobre la mesa—, quizá debiera ir contigo, puedo pedirle cinco minutos para hablarle.

—No sé si sea buena idea, Matías estaría por ahí, además, otras personas pueden entrar y...

Se arrastró hasta el borde de la cama y allí se quedó.

—No voy a hacer un escándalo.

—Ya sé que tú no, pero ella... es un tema muy sensible y delicado para Susana.

—Lo entiendo. Tengo una mejor idea, porqué no la invitamos a cenar con nosotros aquí en casa —caminó hasta mí—, podremos hablar tranquilos, aquí nadie nos molestará.

—No sé si va a querer.

—No le digas que estoy viviendo contigo —me propuso entusiasmado.

Alcé las cejas, sé que lo miré con cara de sorpresa.

—¿Quieres que la traiga engañada?

—De otro modo nunca vendría, ¿o crees que sí?

—No lo sé, talvez sí, al menos, deberíamos intentarlo, ¿no te parece?

Lucas hizo una mueca de desamparo.

—Tienes razón, es una pésima idea, es que no quiero que esto se convierta en una carga más para ti, no debería serlo, lo que pasó no tiene nada que ver contigo, y no es tu culpa que yo haya entrado en tu vida.

—Ya veré que hago.

—Quisiera tener la oportunidad para disculparme, aunque sé que lo que hago no tiene disculpa alguna, y lo que pasó con su amigo... bien, al menos quisiera poder tener la oportunidad de decirle que lo lamento y cuan arrepentido estoy de cómo terminó todo.

—No fuiste el que lo terminó—. Traduciendo, le dejé en claro que sabía que quién había puesto fin a la vida de Mauro, no había sido él, sino alguien más, ese alguien que yo amaba perdidamente, cuando en realidad debería odiarlo, o al menos, intentar olvidarlo.

—Era ese muchacho o yo... él me salvó al hacer lo que hizo.

Aparté la cara, no tenía ganas de oír eso, menos de Lucas.

Nos quedamos en silencio.

—Puedes intentar decirle que me gustaría hablar con ella, sé que para eso debes decirle que aún eres mi amiga y que estoy viviendo contigo, pero... es posible que lo entienda.

No le contesté que lo dudaba. Me bebí el hirviente café y dejé la taza en la pileta.

—Te prometo que haré todo lo posible; algún día tengo que contarle que estás

viviendo conmigo, es mejor que lo sepa de mi boca y no que se entere por terceros.

Lavé mi taza, terminé de juntar mis cosas desparramadas por el departamento, tomé mi cartera, un abrigo liviano (los días se ponían cada vez más lindos y tibios) y me fui a trabajar. Por suerte, y a base de mucho esfuerzo, llegué al trabajo en una sola pieza.

Susana me esperaba en la puerta.

—Buenos días —empezó diciendo ella.

—Buenos días —le respondí y me dediqué a soltar uno por uno, los candados y las cerraduras que nos separaba del interior del local. Cuando llevaba mitad de la tarea cumplida, y en vistas de que Matías estaba demorado una vez más, me armé de algo de coraje y di el primer paso.

—Podemos hablar un momento, me gustaría discutir contigo algo que es realmente importante para mí.

Me miró con curiosidad.

Le pasé los candados para que los sostuviera mientras yo habría la puerta.

—¿Pasó algo malo?

—No, nada malo, es algo importante, algo que me gustaría que...

—¿Por qué estás dando tantas vueltas?—. De repente se llevó ambas manos a la boca y puso cara de horror—. ¡¿Vas a despedirme?!

—¡No, claro que no! Por qué iría a despedirte. Nada de eso, no tiene nada que ver con el trabajo, es otra cosa, algo personal, algo mío... que te involucra.

Alzó las cejas, la cara de horror todavía perduraba en su rostro.

—Entremos.

Sin mirar y de un manotazo poco delicado, encendí las luces y presioné el botón que alzaba la persiana de metal. Dejé sobre la puerta el cartel de cerrado, no fuera ser que a algún despistado se le ocurriese entrar para interrumpirnos en medio de nuestra conversación no apta para humanos.

Susana se me adelantó, fue hasta el mostrador, guardó sus cosas donde siempre, se quitó la campera de jean y me miró expectante.

—Soy toda oídos, de qué quieres hablar —me preguntó mientras yo avanzaba por el corredor entre las dos góndolas principales.

Me quité el abrigo y junto con la cartera, lo coloqué sobre el mostrador.

—Quisiera retomar una parte de aquella conversación que tú comenzaste la noche de tu boda.

Volvió a alzar las cejas, esta vez en señal de sorpresa.

—Para qué... digo, por qué, ya no tiene sentido, eso se terminó, ¿no? Sabía que a lo que se refería terminado, era mi relación con él, y sí, al menos para él estaba terminando, en mí... bueno, ese ya era otro tema.

—Me gustaría poder explicarte algunas cosas, necesitas comprender lo que sucedió y cómo sucedió.

—No sé si me interesa oírlo, la verdad es que después de haber acompañado a Mauro por todo eso yo... —su rostro se ensombreció; debe haberle dado un escalofrío, porque de pronto se estremeció abrazándose a si misma—, ese tema me pone los pelos de punta, hubiese preferido nunca tener nada que ver con todas esas cosas, y ya que lo experimenté, de lejos, dos veces, preferiría limitarme a intentar dejarlo atrás. Deberías hacer lo mismo, con esas cosas no se juega, tengo la sensación de que esas criaturas son capaces de todo con tal de conseguir lo que quieren. No es que me guste verte así de dolida ni nada de eso, sin embargo creo que el que él se haya ido es lo mejor que podía pasarte, todavía no comprendo cómo es que saliste de eso en una sola pieza. Me da pánico el mero hecho de pensar el riesgo que corriste durante todo este tiempo y no entiendo por qué permaneciste a su lado—. Se detuvo un momento—. Disculpa, no quise decir eso, sé que tú realmente lo amabas.

Las lágrimas se me agolparon, en los lagrimales en una fracción de segundo; me negué a llorar otra vez, no quería hacerle una escena y menos cuando esta conversación tenía un objetivo bien distinto a sumirme todavía un poco más, en mi depresión interior de la cual procuraba a no hacer participes a todo los demás.

—Lo que quise decir es que... Todo es tan... uno no espera experimentar ese tipo de cosas, es más, para mí esas cuestiones no eran más que material de las películas y libros de terror, nunca creí que nada así realmente existiese. Esas cosas no son humanas y uno espera tanto verlas como puede esperar encontrarse con un alienígena en mitad de la calle, es más, en este preciso momento ni puedo creer lo que pronuncio. Desde la noche de mi boda tengo la impresión de haber entrado en un mundo paralelo.

—Así me sentía yo al principio.

—Me asusta que sean tan reales.

—No son tan malos como crees, dentro de su sociedad los hay buenos y malos, igual que entre los humanos.

Susana me miró torcido.

—Permíteme dudarlo, acaso te olvidas de lo que son.

—No, no lo olvido, es realmente no todos son iguales. Yo creí que él no era

como los demás, me equivoqué, pero de veras existen aquellos que pueden ayudar.

Susana se puso rígida.

—¿Ayudar? ¿Ayudar en qué? Son demonios, no ángeles, ni siquiera son humanos.

—Lo fueron.

—Eso, lo fueron, ¡pasado!, ya no, ahora son simplemente demonios. No puedo creer que esté teniendo esta conversación fuera de un sueño y estando sobria, cualquiera que nos oyera pensaría que estamos locas.

—No es así, ellos existen, caminan entre la gente desde que el mundo es mundo, o al menos eso creo. Y no todos son iguales; hay excepciones.

—Disculpa, me niego a creer eso, no sé a quién intentas defender o siquiera porqué discutimos esto, es...

—Hablamos de esto porque Lucas está viviendo conmigo —solté a toda velocidad y sin respirar. Listo, había sido un corte limpio, profundo, pero rápido. Ya estaba, no había tiempo para el dolor, quizá este saliese a la luz cuando Susana terminase de reaccionar, por lo pronto se había quedado dura, mirándome con los ojos como platos y la boca abierta.

—¿Estás loca?! Esas cosas mataron a Mauro, ¡esas cosas casi te matan a ti también! ¿Es que nada de eso te importa? —su rostro se puso pálido—. Oh no.

—¿Qué?

Susana dio uno, dos pasos hacia atrás hasta que ya no pudo retroceder, porque la pared posterior del local le frenaba el paso. Puso cara de pánico.

—Esto no puede estar pasando.

—Lucas es mi amigo, él me ha ayudado más de lo que debería, de no ser por él no se dónde me encontraría yo ahora.

—¡Eres una de ellos! Eres una de ellos, te convirtieron, te hicieron algo, por eso estabas con ellos, por eso no les tenías miedo, por eso no te importó un comino que te dijera que creía que ellos habían sido los responsables de lo que le pasó a Mauro.

—¿Yo una de ellos? Susana, es que acaso no me conoces, si yo fuera una de ellos...ellos... yo, de seguro si me hubiese convertido en una de ellos no sería tan torpe, ni tan débil. Claro que no soy una de ellos, no me convirtieron ni nada —me guardé para mí, las desesperantes ganas que tenía de ofrecer mi alma a cambio de que él regresara y me amara tal como yo me engañé a mí misma creyendo que lo hacía. Viendo que su cara de horror se acentuaba cada

vez más, elegí tomar otro camino—. El que Lucas esté a mi lado ahora no tiene nada que ver con el resto de los demonios o lo que ellos hagan, él regresó a mi lado como el amigo que siempre fue, me apoya y ayuda desde el principio, en este momento es mi sustento, mi pilar. En estas últimas semanas demostró mucha más humanidad que la que yo le haya visto a muchos humanos. Su compañía es completamente desinteresada, créeme que lo es, él está dando más de lo que debiera, sin pedir nada a cambio, es más, es injusto de mi parte hacer que permanezca a mi lado, porqué, ahora no viene al caso, pero la que se está aprovechando aquí soy yo, no él. Si te cuento todo esto es porque deseo retribuirle a Lucas un poco de lo que él me da, y porque quiero conservarlo en mi vida, como mi amigo, igual que deseo hacerlo contigo. Lucas quiere disculparse, ustedes dos se llevaban muy bien y él realmente lamenta mucho todo lo que pasó. Si al menos le brindaras la oportunidad de expresar cuanto lo lamenta. Y yo conozco algo más de esa historia que tú no; sé qué fue horrible y que hubo mucho dolor, fue una locura pero los involucrados... —de repente me imaginé a Vicente y a ese pobre muchacho perturbado por aquellas apariciones demoníacas; se me puso la piel de gallina—. Soy conciente de que te pido demasiado, es que este mundo no es lo que parece, es mucho más complicado que el bien contra el mal, hay demasiados matices e historias. No intento justificarlos... las personas aprenden de sus errores.

—Ellos no son personas, y mataron a Mauro.

—Lucas cambió mucho desde aquel entonces, incluso cambió mucho... enormemente desde la última vez que lo viste, en cierto modo ya no es el mismo —se me escapó una sonrisa—, aunque en muchos aspectos continua siendo igual que un niño. De verdad, si solamente le dieras la oportunidad de explicarse. Tienes todo el derecho del mundo de saber cómo son las cosas, al menos una parte de ellas, ni tú ni yo debiéramos saber demasiado, por nuestra seguridad. Ellos son... —me quedé sin palabras, eran tantas cosas, tanto buenas como malas que resultaba casi imposible describirlos—. Por favor, por lo que más quieras, dale una oportunidad, no tienes que decirle nada, simplemente oye lo que tiene para decir. Es eso lo que te pido, lo que él te pide. Me pidió que por favor intentara hacer que fueras hasta el departamento para poder hablar contigo. Cree que no podrás perdonarlo nunca por lo que sucedió, pero al menos desea decirte, cara a cara, cuanto lo lamenta.

—¿Debo creer que de verdad se siente apenado por lo que pasó? Ni se me hubiera ocurrido pensar que tienen remordimientos.



—No son tan distintos a ti o a mí, Susana... o al menos Lucas no lo es; otros más intentan no perder su humanidad, para ellos esa cualidad es un bien sumamente apreciado. Lo que intento hacerte entender es que son mucho más que la palabra que los denomina.

Susana meditó mis palabras en el más completo silencio por un par de segundos que amenazaron con hacerse eternos, estos bastaron para que recuperase algo de su color normal, se relajó un poco más, al menos en apariencia, y se despegó de la pared contra la cual parecía acorralada. Parpadeó y luego de mirarse los pies, alzó los ojos y dijo: —ni siquiera debería haber prestado oídos a esta conversación.

El desánimo me invadió. No podía visualizar el momento en que tuviese que decirle a Lucas, que Susana no quería saber nada de él, el mero hecho de saber que le rompería el corazón me partía el alma.

—No sé porque voy a hacer esto, es absurdo. Estoy tan loca como tú—. Frunció los labios—. Bien, dile que estoy dispuesta a escuchar lo que tiene para decir; no te prometo nada. Es una locura, una rematada locura. No sé qué es lo que espero oír.

—Gracias.

—Por qué me agradeces.

—Porque para Lucas esto cuenta mucho, lo sé.

Nos quedamos en silencio una vez más.

—Entonces, ¿estás viviendo con él?

Sé que hacía su mejor esfuerzo, de cualquier modo la consternación que todo esto le producía no se le borraba ni de la expresión de su rostro, ni de su mirada.

—Sí, como compañeros de cuarto, fue él quien se encargó de todas las reparaciones que hubo que hacer; pintó, compró muebles y se ocupó de cientos de cosas más que yo jamás hubiese podido hacer sola. Me ha ayudado mucho, y lo sigue haciendo.

—No me explico cómo es que pueden convivir entre nosotros y cómo es que no tienes miedo de vivir con él.

—Jamás le tuve miedo a Lucas, para mí él es como mi hermano, es mi mejor amigo, se emperró en defenderme desde el principio.

—No logro imaginarlo es por eso que quisiera que Lucas y tú me cuenten todo, siento que quizá esto pueda ayudarme a comprender aquello que vivió Mauro.

El silencio volvió a instalarse entre nosotras, pero no duró mucho.

—Tal como me recomendaste, no le conté una sola palabra de esto a nadie.

—Hiciste bien.

—¿Corro algún peligro?

—No más que cualquier otro mortal supongo; los has visto, has estado frente a ellos en más de una ocasión, supongo que no deben querer nada contigo, sino ya te habrías enterado.

Negué con la cabeza.

Susana me sonrió sin despegar los labios.

Desde el mediodía, cuando hablé con Lucas por teléfono y le conté que Susana había aceptado reunirse con él, tuve que esforzarme por remarcarle una y otra vez que lo mejor era no hacerse demasiadas esperanzas de que las cosas fuesen a volver a ser como antes de que la catástrofe asolara nuestras existencias; él no prestó demasiados oídos a mis palabras, estaba exultante, repetía una y otra vez que Susana lo comprendería.

Sí, él estaba feliz y eso a mí me alegraba tanto como puede esperarse de mi ánimo autoflagelatorio y depresivo, que me llevaba a pensar en él en cada segundo de soledad, o incluso cuando estaba rodeada de gente. Me preguntaba qué estaría haciendo, si estaría feliz, si podría estarlo y lo más importante: en qué consistiría para él la felicidad. Seguro que mis esperanzas de que me extrañara tan dolorosamente como lo extrañaba yo a él eran completamente absurdas y vanas, seguro que habría seguido adelante con su vida, tanto en términos del tiempo compartido —que de no debían significar absolutamente nada un par de meses para alguien que puede vivir una eternidad —como en la intensidad de los sentimientos que al menos para mí, lo nuestro había implicado y aún implicaba. Es ridículo, patético: mi amor está intacto, solo que ahora, un gran dolor lo acompaña. Gracias a este amor y a este dolor, es que aún camino y respiro; se que si dejara de sentir esto me evaporaría, me transformaría en nada.

No tenía demasiada importancia si lo que me hizo le remuerde la conciencia o no, nunca esperé ni deseé ser un pesar en su vida, yo simplemente quería ser su amor, su amiga, su confidente y compañera por siempre. Le di mi alma antes de que la pidiera y la tendrá para siempre, por Dios que sé que será así y esto no es un capricho, no es que me niegue a seguir adelante, es que simplemente sé que nací para estar a su lado, esté él al mío o no.

La noche de la cena por fin llegó, no habría podido sobrellevar una semana más igual a la que pasamos a la espera de esta noche de viernes en que Susana, aceptando la invitación de Lucas, se presentaría en nuestro departamento.

Lucas se pasó todos esos días nervioso y ansioso, tan ocupado en las tareas de organización de la cena que parecía estar organizando un banquete para doscientas personas en un castillo, que una simple cena informal en casa, la cual no tenía mucho de evento social y demasiado de reunión conciliatoria, como una mediación en la O.N.U., entre dos países en guerra que amenazan con odiarse por siempre.

Lucas quería tener todos los detalles bajo control, todo tenía que estar perfecto; sé que en realidad su obsesión no provenía de un distorsionado síndrome de ama de casa aburrída ni nada por el estilo, sino que más bien quería asegurarse cierta tranquilidad, él tan bien como yo, sabía que lo importante no era la comida y mucho menos el vino que me hizo cambiar tres veces porque ninguno le parecía del todo adecuado para el menú.

La tan esperada noche de viernes llegó, faltaban cinco minutos para la hora de la cita; Lucas estaba parado frente al horno, el aroma de la cena había impregnado todo con el perfume del tomillo y el limón con los que macerara las pechugas de pollo que ya estaban casi listas. Sobre la mesada había un cuenco con chauchas, otro con tomates y una bandeja con papas fritas que mantenía al calor de una de las hornallas para que no se enfriasen. Tenía la mirada perdida en algún punto de la pared, yo recién salía de mi habitación, acaba de darme una ducha y vestía ropas más cómodas y presentables que mi usual uniforme de trabajo.

—¿Todo en orden? —le pregunté para llamar su atención.

Dio un respingo, pese a su sensible sentido de la audición, no me había oído llegar. Giró la cabeza me miró y me sonrió.

—Todo listo.

—Huele muy bien —comenté avanzando hacia él. Inspiré hondo cuando llegué cerca del horno, el aroma despertó mi apetito por primera vez en mucho tiempo, me agradó darme cuenta de que quizá no estuviese tan muerta por dentro como yo creía.

Alcé una mano y la posé sobre su ancho y fuerte hombro, Lucas había ganado mucha masa muscular desde el día en que fue arrancado de mi lado y desde entonces no dejaba de crecer, de hacerse cada vez más fuerte (muchas veces me pregunté si sus poderes se han intensificado en la misma proporción). Le di

un apretón que no tenía otra razón de ser que la de demostrarle que estaba con él a su lado, para lo que fuese.

Lucas cubrió mi mano con la suya, estaba muy caliente pero no llegaba a quemar, supuse que esa subida de su temperatura corporal sería resultado de los nervios que debía sentir.

—Todo saldrá bien —le aseguré. No estaba muy confiada de ello pero era lo que él necesitaba oír, de modo que lo dije—. Ya lo verás.

Apretó mi mano y luego la soltó.

—Gracias por los buenos augurios, ojalá fueses psíquica. La que acabas de dar es una profecía que me gustaría mucho que se hiciera realidad.

—Quién sabe, quizá ese sea mi don —bromeé.

Lucas festejó mi tonto chiste con una risa profunda y corta.

Ni bien cerró la boca, sonó el portero eléctrico. Mis ojos fueron directo al reloj del microondas que llevaba dos días sobre la mesada.

—Debe ser Susana, yo atiendo.

Lucas se alteró al acto, se le notaba, era transparente como un cristal.

Atendí, en efecto era ella, había venido sola, tal cual acordamos; era preferible dejar a Sebastián y al resto del mundo, alejado de las palabras que se pronunciarían esta noche entre estas cuatro paredes.

—Es mejor que baje yo.

Lucas asintió con la cabeza. Estaba muy nervioso.

—¿Qué hago? —inquirió presa de la ansiedad.

—Nada, simplemente espera aquí, enseguida regreso.

—¿Crees que realmente subirá?

—Si vino hasta aquí...

—Sí, pero tenerme frente a frente será algo muy distinto.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

Los nervios de Lucas se me contagiaron, sentí que esa sensación extraña en mi estomago se intensificaba a medida que el ascensor descendía los pocos metros hasta la planta baja. Peor me puse cuando llegué al palier y la vi al otro lado de la puerta de vidrio, esperando tan llena de intranquilidad cuanto lo estábamos Lucas y yo. Esta sin dudas, era una situación en extremo incómoda para todos.

—Hola, bienvenida.

—Hola —me saludó con voz algo temblorosa; giró media vuelta y saludó con la mano, mis ojos siguieron el rumbo de su saludo: Sebastián estaban dentro del automóvil precariamente estacionado detrás de mi camioneta, entre ésta y

el auto de Lucas. Sebastián nos devolvió el saludo—. Le dije que es noche de chicas.

—Hiciste bien.

Entramos.

—Va a ser una noche muy diferente a todas las demás.

—Que no te quepa la menor duda de eso —le comenté en el ascensor—; Lucas realmente quiere que esto resulte.

—¿Qué es lo que espera de mí? ¿Quiere que lo perdone?

—Supongo que le bastaría con que intentes comprender, nada más. Cuando sucedió lo de Mauro él era inexperto y... bien, él podrá explicarlo mejor que yo. Hay muchas cosas de las que sé que no se enorgullece —el ascensor llegó a destino—. No intento convencerte de nada, solamente quiero que le des una oportunidad sin prejuizar, olvídate de lo que es como si eso lo definiera como persona, es mucho más que eso, si bien ser un demonio gobierna mucho de su existencia.

Susana se quedó mirándome impávida. Bajó del ascensor y la seguí.

Cuando abrí la puerta, Lucas estaba parado en la otra punta del departamento, según me pareció, en un intento de darle algo de distancia que la hiciese sentirse a salvo, después de todo ella no tenía ni la menor idea de que nosotras dos, ni un batallón, podría contra él si deseaba hacernos pedazos, qué importaba si nos daba la ventaja de un par de metros para correr, nos alcanzaría en menos de un segundo.

Lucas emitió un tímido hola que Susana le devolvió en el mismo tono.

—Adelante, pasa, siéntete como en tu casa.

Susana me sonrió incómoda y comenzó a quitarse la campera de jean.

—Gracias por venir —entonó Lucas esquivando la flamante mesa y las sillas, compradas explícitamente para la ocasión, de otro modo, nosotros dos hubiésemos continuado comiendo en el piso, o sobre el sofá cama, o mi cama, tal como solía suceder hasta hace dos días.

—Huele muy bien —comentó Susana.

—Lucas lleva horas preparando la cena.

Susana dejó su cartera y su campera sobre el sofá.

—Eliza preparó el postre —balbuceó un Lucas irreconocible para mí. Me dio la impresión de que yo no lograba comprender el alcance de lo que esto realmente significaba para él, no solamente estaba a punto de intentar disculparse con un ser humano al cual sus actos, en un momento de descontrol e inexperiencia habían afectado, sino que además se estaba mostrando, o

poniendo en evidencia, frente a un humano, por primera vez en su vida como demonio, y no para intentar comprar su alma, sino para retomar una amistad que si se reconciliaba, ahora sería muy distinta, esto sin duda era algo muy especial y fuerte, tal vez incluso más significativo que lo mío con él, porque aquí los interesados eran las dos partes: humano y demonio, y me refiero a interesados en el buen sentido, no por un rédito egoísta. Si Lucas y Susana llegaban a la paz, la suya sería una amistad que trascendería todo preconcepto, derribando barreras impensadas. Si esto salía bien, el perdón y la culpa demostrarían poder fundirse uno con el otro para producir algo mucho más importante.

—Vino —ofreció Lucas descorchando la botella de fresco vino blanco. Sirvió tres copas y nos tendió una a cada una. Ya estábamos sentados a la mesa.

—El departamento quedó muy bien —soltó Susana arrojando una nueva frase que diese inicio a una conversación un poco más duradera de las que habíamos tenido hasta ahora. Todos nuestros intentos habían muerto muy pronto. Esto no resultaba nada fácil.

—Ahí tienes al artífice de todo —exclamé apuntando a Lucas con la cabeza.

—Es lo menos que podía hacer —contestó Lucas sin dar mayores explicaciones al porqué del incendio y a lo que él creía deberme por lo sucedido.

—Hiciste muy buen trabajo —le dijo a él directamente—, por lo que me contó Eliza, el departamento había quedado prácticamente en ruinas.

—Y no exageraba —acoté yo.

—Es una ventaja no cansarse nunca.

Y así entramos en terreno de lo sobrenatural.

—¿No te cansas nunca? —le preguntó Susana y luego se llevó la copa a los labios.

—No, no nos cansamos y no necesitamos dormir.

Los ojos de Susana se abrieron como platos.

—¿Qué otras cosas puedes hacer?

Lo preguntó con sincera e inocente curiosidad, aunque el miedo todavía prevalecía en su mirada.

Lucas sonrió a medias y me miró buscando aprobación. Yo se la di con un parpadeo, sabía que Lucas evitaría decir cosas que la pusiesen demasiado nerviosa o que incrementaran su miedo, se limitaría a aquellas cosas que a mí me sorprendían por ser un ser humano, no a las cosas que le darían aprensión a otros demonios.

Lucas habló un buen rato; le pintó un panorama un tanto superficial de lo que significaba ser un demonio. Yo me mantuve en silencio, procurando entretenerme con la comida. Comí un poco sin apetito, y cuando Lucas se internó en terreno más peligroso al empezar a contar la historia de lo sucedido con Mauro, desde su experiencia, abandoné por completo el plato; a nadie le importó, Lucas y Susana apenas si habían probado bocado, la comida no era más que una mera excusa para reunirnos alrededor de la mesa en un intento de echar luz sobre los hechos. La conversión se extendió por un par de horas, delante de nuestras manos pasó la entrada, el plato principal y el postre, para finalmente caer en un interminable café ya pasada la media noche. Allí se dijeron cosas que yo hubiese preferido no tener que oír, Lucas mencionó a Vicente, le explicó su relación con lo sucedido, le dijo que él lo había ayudado mucho, pero en ningún momento mencionó nada sobre el responsable de la muerte de Mauro, sé que lo hizo por mí; para mi sorpresa, Susana no preguntó nada sobre aquellas muertes, se limitó a escuchar lo que Lucas tenía para decir; de su actitud deduzco que realmente deseaba encontrar algo de paz para la muerte de Mauro, se notaba que no tenía ánimos de sentenciar a nadie o de echar culpas, realmente tomó una posición que no sé si yo hubiese podido tomar.

—Lamento muchísimo todo lo que pasó —terminó diciendo Lucas, cuando ya no quedaban más palabras para ser pronunciadas.

Susana se echó hacia atrás, apoyó la espalda contra el respaldo de la silla e inspiró hondo. Parpadeó un par de veces y soltó un suspiro.

—Entiendo... Todo esto es increíble. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Lucas buscó refugio en mí una vez más.

—Sí, claro —dijo al fin.

—Mauro los reconocía, me refiero a que él sabía lo que ustedes eran. ¿Él era diferente, no es así?

Lucas tardó un momento en responder.

—Quizá, no lo sé con certeza —se aclaró la garganta —es posible—. Disimuladamente, Lucas volvió a mirarme, esta vez sus ojos expresaban algo bien distinto a las veces anteriores y sé que mi mirada también le respondió de un modo diferente. “Diferente” había dicho Susana. Mauro había sido diferente, ¿diferente como esperaba él que yo fuese?, ¿diferente como Lucas, diferente como él? ¿Por qué lo habían condenado a morir si Mauro era realmente especial, si era capaz de ver y reconocer tanto a los de un bando, como a los del otro?

Se hizo un profundo silencio. Me puse incomoda. De repente me entraron ganas de que Susana diese por finalizada la velada, necesitaba discutir con Lucas asuntos que ella no debía presenciar; qué tanto más, a parte de lo que él me contara sobre la muerte de Mauro, seguro había mucho más, cosas que posiblemente Lucas tampoco sabía. Evidentemente las mentiras y secretos de Vicente abarcaban mucho más de lo que yo suponía.

Pedimos un taxi cuando la madrugada ya estaba comenzada, Susana se fue y nosotros nos sumimos en un silencio que se hizo cada vez más pesado.

—¿Habías pensado en eso antes? —le pregunté mientras fregaba los platos.

Lucas guardó dentro del cajón los cubiertos limpios y secos, empujó el cajón con la punta de los dedos para cerrarlo alzó la vista.

—¿Te refieres a lo que comentó Susana sobre Mauro?

Le contesté que sí con un movimiento de cabeza.

—No, no había pensado en ello antes, es que no tenía ni idea de que Mauro podía reconocernos, me quedé duro cuando ella contó que Mauro tenía su habitación llena de retratos de ángeles y demonios, yo no tenía ni idea de que él pudiese hacer semejante cosa. Por aquel entonces, para mí, la vida era muy diferente a lo que es ahora, no sabía las cosas que sé hoy y definitivamente no controlaba mis poderes igual que los controlo hoy. Por aquel entonces no tenía ni la menor idea de nada, era un completo neófito. Como sabes, apenas si podía controlarme.

—Lo sé; es que me tomó por sorpresa caer en cuenta de que quizá Mauro... lo que intento decir es que...

—Que Ariel y él debían saber de antemano que Mauro era diferente — completó—. Sí, a mí también me tomó por sorpresa venir a enterarme ahora de este detalle, porque supongo que sí, debían saberlo.

—¿Entonces por qué terminaron con su vida? No lo entiendo.

—Yo tampoco. Es extraño, toda esa historia no me gustó desde el principio — se apartó de mí un paso, alejó una silla de la mesa y se sentó en ella, yo lo seguí—. Siempre supe que Mauro estaba fuera de mi rango, al menos para aquella época de mi existencia, pero realmente no tenía ni idea de cuan fuera de mi nivel estaba. Si Mauro era capaz de reconocernos y además veía ángeles, bien, es obvio que yo no podría con él. Siempre supe que el que me enviaran a comprar su alma había sido un error. Si Mauro realmente tenía un don tan especial, pues, entonces fue más que un simple desacierto.

—¿Ustedes nunca hablaron del caso?

—Sí, un par de veces; nunca me dijo nada sobre los supuestos poderes Mauro,



siempre me dio a entender de que él consideraba que yo jamás debí involucrarme en ese asunto, que no entendía por qué me habían enviado a mí. Jamás me dio una explicación al respecto y yo tampoco la pedí, después de que me enteré de todo lo que había sucedido mientras me tenían cautivo, de lo que él tuvo que hacer para que me liberaran de la culpa de mi delito —torció la boca—, realmente nunca me agradó la idea de remover demasiado aquellos sucesos, preferí dedicarme a olvidar, además sabía que a él tampoco le agradaba tocar ese tema.

—¿Crees que mintiera?

Lucas inspiró hondo y soltó el aire por la nariz.

—No sé qué responder a eso, ya no sé qué pensar de Vicente.

El piso tembló debajo de mis pies cuando lo nombró; intenté simular que nada pasaba, el terremoto pasó en un parpadeo y Lucas siguió adelante sin dar señales de haberse percatado de nada.

—Para mí él era mi mejor amigo, mi hermano. Desde que te dejó yo... no sé —bajó la mirada y se pasó ambas manos por su largo cabello negro—. Tengo la sensación de que todo lo que viví hasta ahora, podría ser una mentira y no me gusta pensar así. Vicente y yo tuvimos nuestros roses en los últimos tiempos pero jamás habría imaginado que se daría un desenlace semejante, para ser sincero, creí en su amor por ti, pese a lo que eso implicaba para mí, en mi situación. Ni se me pasó por la mente pensar que pudiese ser una simple estratagema para conseguir algo más—. Se quedó en silencio por un par de segundos—. No sé Eliza, mi posición no es muy distinta a la tuya, yo todavía intento hacerme a la idea de que se fue, de que no es lo que aparentaba. Ya no sé quién era o quién es Vicente, y si él decidiese regresar, bueno, no creo que pudiese volver a confiar en él otra vez, ni siquiera si me permitiese entrar en su cabeza y ver sus pensamientos y sus recuerdos, tengo la sensación de que podría ser capaz de cualquier cosa por conseguir lo que desea, sobre todo después de esta noche, sobretodo después de haber oído lo que contó Susana. Detrás de todo esto hay un gran secreto, lo intuyo, existen demasiados cabos sueltos en esta historia, lo que sé más lo que escuché, me llevan a pensar eso, es más, ya no confío en ninguno de los míos, es por eso que me parece que lo mejor para nosotros dos, es que procuremos mantenernos alejados lo más posible, de aquellos que pertenecen a mi mundo.

—¿No tienes que trabajar?

—Sí, pero hasta ahora Ariel solamente se contacta conmigo estrictamente por teléfono, y espero así continué haciéndolo, ya no confío en él... en él menos

que en nadie.

No sé por qué, me dio la sensación de que toda esta historia aún no terminaba. Me dio miedo, no sé a qué, no es que me diese miedo morir, en mi estado actual no hubiese sido un final tan malo, supongo que peor era seguir sufriendo como sufría ahora, pero todo aquello del mundo de los demonios que para mí era desconocido; Vicente me había dicho una vez que él no era lo peor que podía sucederme, ¿qué sería lo peor entonces?

Los minutos pasaron hasta convertirse en horas y las horas en días que finalmente quedaron atrás sin dar señales de que nada malo fuese a suceder, poco a poco y dentro de las posibilidades, mi vida fue recuperando su cause. No es que las cosas estuviesen de maravilla, yo no podía ver nada maravilloso por más que me lo pusiesen frente a la nariz, aun así, mi vida se fue reordenando, mi existencia, al menos en apariencia, era normal, iba a trabajar, regresaba a casa, cenaba con Lucas —cuando él no estaba trabajando; por suerte sus trabajos no le insumían demasiado tiempo—, hacíamos juntos las compras del supermercado, él me pasaba a buscar por el trabajo de vez en cuando (poco a poco la tensión entre Susana y él se fue suavizando, ella ahora soportaba estar en su presencia sin que se le deformase la cara en una mueca de espanto).

Lucas y yo nos hicimos prácticamente inseparables, pasábamos los días enteros juntos sin más compromisos que hacernos compañía mutuamente. Así, de un modo sutil y sin aspavientos, se fue integrando a mi familia también, iba a casa de mis padres incluso sin mí, y se pasaba horas con ellos tomando mates en el jardín mientras yo trabajaba. Pese a que Lucas había ingresado en la casa familiar como un amigo de Vicente, mis padre habían sabido separar esa relación de la que lo unía a mí, supongo que valorizaron más la ayuda que él me había prestado durante el transe pasado a la amistad que lo había unido. Fue así, entre la insensibilidad y la somnolencia que llegué a la conclusión de que el tiempo se me escapaba de las manos, y a decir verdad, eso tampoco importaba demasiado, ya no tenía planes, ni expectativas de vida, me limitaba de ir de acá para allá, arrastrada por la corriente del día a día. La música seguía sin regresar a mi hogar, al menos para mí, claro está, Lucas debía ensordecir a los vecinos con aquel monstruoso equipo mientras yo no estaba en casa.

Esta sensación de que el tiempo corría a toda velocidad por mi lado, igual que un tren bala sin que yo pudiese o tuviese intenciones de subirme en uno de sus

vagones, se hizo todavía más palpable cuando al mirar sobre la pantalla de la computadora del trabajo, me topé con una fecha que no esperaba ver: lunes siete de septiembre, faltaban cuatro días para sábado doce, mi cumpleaños.

En contrapartida a mi desdicha personal, la felicidad de mi entorno, se incrementaba en un modo más que sustancial, la relación entre Lucas y Susana mejoraba día a día.

—Ya llegó Bruno —me avisó Susana con la voz ronca y somnolienta apuntando en dirección a la calle. Alcé la cabeza y vi la camioneta blanca en plenas maniobras para estacionar. Bruno era el repartidor de una empresa importadora de alimentos, que nos proveía religiosamente todos los lunes, del stock necesario en conservas y demás exquisiteces traídas de los lugares más recónditos del mundo, para saciar el paladar de nuestra selecta clientela.

—Qué temprano llegó hoy ¡comenté.

—Sí, le ganó a Matías.

Cualquiera hubiese podido ganarle a Matías en asuntos de puntualidad, él jamás llegaba a hora al trabajo, pero eso no me molestaba, Matías jamás se había quejado en la infinidad de veces que le pedí que se quedara después de hora para ayudarme a terminar de acomodar el depósito o lo que fuera que le pidiera que hiciera.

—Yo lo atiendo, tú sigue con lo tuyo.

Le agradecí al tiempo que le pasaba la planilla con el pedido para que constatará las cajas que Bruno descargara. En cuanto Susana me dejó sola otra vez, volví a mirar la fecha. Estúpidamente me dolió, un mes y medio atrás, yo había meditado la posibilidad de tener una gran fiesta de cumpleaños, por primera vez en mi vida, tenía ganas de hacer algo grande, por primera vez en mi vida tenía la sensación de que existía una razón de peso para festejarlo: él a mi lado; y ahora el ya no estaba, se había ido en la peor de las condiciones, y llegar a esta fecha sola, así de sola, me daba ganas de meter la cabeza debajo la tierra y uno sacarla nunca más.

Mientras divagaba en mis deprimentes pensamientos, llegó Matías.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpó una y otra vez mientras caminaba hacia mí quitándose el abrigo. Al verlo constaté que el inicio de la semana nos había tomado a todos por sorpresa—. No escuché el despertador, añadió arrojando su campera por el hueco de la escalera, hacia el lado en que abajo, en el depósito, había una mesa y unas sillas de esas que llevan publicidades impresas en lugares bien visibles, en nuestros casos, la marca de un champagne—. Voy a ayudar a Susana con eso —dijo a toda prisa dando

media vuelta para volver a salir a la calle.

Le resté importancia, no iba a enojarme ahora porque Matías llegar veinte minutos tarde, es más, dudaba poder enojarme realmente por nada, todo me resbalaba y en el mayor de los casos, me olvidaba de lo sucedido lo suficientemente rápido como para que significara algo.

Volví a sumirme en mis pensamientos otra vez, con esa facilidad era capaz de desconectarme de la realidad últimamente.

Pensaba de nuevo en la odiosa proximidad de mi cumpleaños, cuando la chicharra del teléfono empezó a sonar. Me llevé un buen susto pese a que conocía su tono. Tuvo que sonar una segunda vez y una tercera para darme tiempo a reaccionar.

Con el apuro y el sobresalto, el teléfono se me escurrió de las manos y cayó sobre el mostrador, lo levanté otra vez y me lo llevé al oído.

—¿Hola? Sí, quién habla.

Me contestó un profundo silencio, un silencio hueco y con eco, la comunicación no se había cortado, pero quien estaba del otro lado de la línea no deseaba responder.

—¿Quién habla?

El fogonazo blanco que de repente invadió la pantalla de la computadora me hizo volverme hacia ella, cuando parpadeé, ya se había puesto negra, la luz de encendido del monitor titilaba; me incliné hacia atrás y comprobé que la CPU se había apagado. Las luces a mí alrededor, también se extinguieron. Lo primero que pensé es que había un corte de luz, luego me percaté de que el teléfono, también conectado a la red eléctrica continuaba funcionando, todas sus luces estaban encendidas y aquel silencio espeso retumbaba en mi oreja.

Lo único de mi cuerpo que pude mover, fueron mis ojos, con ellos me asomé hacia fuera, Susana, Matías y Bruno conversaban animadamente alrededor de la mercadería sin percatarse de que algo extraño sucedía aquí dentro.

Con la boca seca, repetí la pregunta.

—¿Quién habla?

Sentí algo extraño detrás de mí, y me di vuelta, tenía la sensación de que me observaban.

—¿Quién es? —esperé un segundo—. Si no me contesta voy a colgar—. Esto tenía una veta muy poco humana, esto no era una broma, ni una casualidad ni un desperfecto técnico—. Sé que hay alguien ahí—. Iba a decir algo más pero me quedé con la palabra en la boca, Matías estaba parado frente a la puerta, una de sus manos tironeaba de la manija en la otra llevaba una caja,

evidentemente no muy pesada. Tironeó de la puerta una vez más y buscó mis ojos sin encontrarle una explicación a la puerta cerrada. En una expresión muda, al menos para mí, ya que la puerta de cristal nos separaba, me preguntó que significaba aquello. Su gesto, su mirada, no entendía nada.

—¿Qué significa esto? —le pregunté al silencio con un hilo de voz.

Susana llegó a la puerta, cruzó un par de palabras con Matías luego bajó al piso la caja que cargaba e intentó abrir la puerta primero con un aire despreocupado y con cierta incredulidad también, su segundo intento no fue tan tranquilo, debe haber visto mi cara, yo sentía que tenía las facciones deformadas.

Abría sido más fácil colgar, salir de detrás del mostrador e ir a intentar abrir la puerta, pero no quería desprenderme de aquella comunicación; en lo más profundo de mi ser deseaba que fuese él, sí, es ridículo, aunque lo único que me diese fuese su silencio, era mejor que nada, al menos así lo sentía un poco más cerca. Aliviar la distancia aligeraba la presión de mi pecho.

—¿Vicente? Vicente...

El silencio fue interrumpido por una lejana respiración.

—Vuelve... regresa por favor—. No podía esperar que me arrastrase más al ras del suelo que esto, por él. No me dio vergüenza rogar—. Por favor —repetí.

El intenso sonido que emergió del auricular, similar a cuando un aparato de sonido acopla, invadió mi cavidad craneal. Solté el teléfono sin que me importase un cuerno si se hacía trisas contra el suelo. Mientras yo soltaba un grito y daba un salto, la luz parpadeó y regresó. La puerta se abrió. Susana y Matías entraron tropezándose entre sí.

—¿Qué fue eso? —preguntó Matías con cara de no entender nada. Tampoco temía nada demasiado extraño o peligroso, en cambio el rostro de Susana no decía lo mismo, ella sabía que había cosas que no se podían explicar, que no debíamos explicar.

—¿Estás bien? —quiso saber ella.

—Sí, estoy bien.

—¿Qué le habrá pasado a la puerta, no podíamos abrir?

Ni Susana ni yo comentamos nada al respecto; ella se limitó a seguir caminando.

Susana se apuró a levantar el teléfono.

—Algo le pasó a la luz —añadió Matías siguiendo con el hilo de la historia que al parecer, le intrigaba—. ¿Habrá fallado la térmica?

—Por qué no vas a ver —le dijo Susana regresando el aparato a su base después de pasarlo antes por su oído, supongo para comprobar si aún funcionaba, o si quién había estado al otro lado de la línea aún estaba allí. Obviamente no.

—¿Qué sucedió? —se apuró a consultarme cuando nos quedamos solas.

—No estoy segura, alguien llamó, no contestaron, la computadora se apagó, las luces fallaron.

—¿Quién era al teléfono?

—No sé, no me dijeron ni una sola palabra... había alguien al otro lado de la línea.

—¿Alguien... él?

—No estoy segura.

—¿Y qué fue ese ruido?

Me encogí de hombros.

—Por qué mejor no llamas a Lucas.

—No hace falta.

—¿Te sucedió otras veces... digo, este tipo de cosas?

Asentí con la cabeza.

—¿No tienes miedo?

—No tienes de qué preocuparte —dije para zanjar el asunto.

—¿De veras? —me espetó con desconfianza cruzándose de brazos; noté que ella sí tenía miedo. Intentó ocultar, ante mi mirada que bajó automáticamente hacia la mano que quedaba a la vista, el temblor que la invadía.

Nuestros ojos se juntaron.

—¡La caja térmica está achicharrada! —Matías asomó la cabeza por el hueco de la puerta—. No lo creerán aunque lo vean, ya no existe, el plástico del frente de la caja está completamente derretido, las llaves ya no se distinguen. No entiendo cómo es que todavía tenemos luz. Jamás vi nada semejante; debe haber habido una suba muy alta en la tensión.

Susana y yo cruzamos una mirada.

Me acerqué al teléfono para alejarme de mis dos compañeros y sus respectivas especulaciones sobre lo sucedido.

—Voy a llamar a Julio para que nos mande un electricista—. Dije, y me llevé otro susto cuando como por arte de magia, la computadora volvió a encenderse.

36.

Feliz cumpleaños.

Si Lucas no para un poco voy a terminar pidiéndole que se vaya, y en realidad no deseo eso, no quiero que me deje sola, pero esta actitud sobreprotectora es enfermiza; me arrepiento tanto de haberle contado lo que sucedió el otro día en el trabajo con las luces y el teléfono; tal es su recelo actual para con todo lo que me rodea, que ni siquiera me permite atender el teléfono y ni que hablar de asomar la nariz a la calle, va a todos lados conmigo, cuando no dejo que me lleve al trabajo, me sigue de cerca en su automóvil cual espía secreto. No le dije que sé lo que hace, se pone hecho una furia cada vez que le digo que no es necesario que esté pensando en mi seguridad las veinticuatro horas del día; sé que mis protestas lo hieren, lo que hace es de buena intención, porque me quiere, porque le importo, pero temo más no sobrevivir a su cariño, a sus expectativas, que a un ataque demoníaco. Por otra parte... debo ser sincera, cavilé la posibilidad de que el llamado fuese de Vicente y sé perfectamente bien que si él vuelve a llamar y Lucas lo atiende, no dirá una sola palabra, también tengo la sensación de que jamás se acercaría a mí con él rondándome,

eso hace que experimente una dualidad de sentimientos encontrados sin poder decantarme por ninguno. Más de una vez en estos días me pregunté qué pensará Vicente de que Lucas se haya mudado conmigo, le importará, estará celoso o le dará lo mismo.

Todos mis pensamientos recaen en él; él es el fin de de cada una de mis cavilaciones, siempre regreso a él, piense lo que piense, suceda lo que suceda. Por momentos tengo la sensación de que siente tanta falta de mí como yo de él, por momentos me lo imagino en alguna playa paradisíaca o en una bella y romántica ciudad —no sé, quizá París—, en compañía de una mujer del porte de esa modelo de pasarela, de cabello, cuerpo y cutis impecable, la personificación de la perfección femenina con la que yo me lo imaginaba relacionado la primera vez que lo vi, solo que ahora, con el pasar del tiempo y de las experiencias, esa mujer había adoptado una identidad y un nombre específico: Eva, una mujer demonio a su altura, una mujer demonio que no lo aburriría, que no le parecería imperfecta ni débil como se lo parecía yo, según me dijo la noche en que me dejó.

Cuando lo visualizaba con ella, abrazado a ella, se me revolvía el estomago, se me encogía el corazón y me costaba respirar. En esos momentos no me quedaba más que rendirme a la vileza de mi maldito cerebro que me torturaba a expensas de su propia salud. Lo había intentado, sin embargo no importaba cuanto luchara contra esas imágenes, no se iban hasta que querían, de modo que procuraba pasar el momento de dolor con la mayor calma posible, supongo que la mayor parte del tiempo, por fuera debo parecer una fuente de aguas calmas, pero por dentro soy un desastre, el fondo de mi fuente está cubierto de mugre en pleno proceso de putrefacción, las aguas que lo cubren son turbias y huelen mal, hay bichos muertos aquí, hay larvas y soy un caldo de cultivo para enfermedades. Mis aguas no son aptas para el consumo humano y me extraña que todavía no me haya contaminado a mi misma. A esta altura ya debía estar sino muerta, al menos, muy enferma, pero no, aquí estoy, es el día de mi vigésimo cuarto cumpleaños y me niego a abrir los ojos. No quiero vivir este día, no tengo nada que festejar, sé que Lucas está tramando algo, una suerte de fiesta sorpresa, creo. Está muy sospechoso —además de fastidioso— desde hace dos días.

El miércoles en la noche, llegó de casa de mi madre poco después de que llegase yo del trabajo, con cara de estar ocultando algo. Detecté cierta picardía en su mirada y se pasó toda la cena con los labios al borde de una sonrisa, cuando en realidad no había motivos para sonreír, yo estaba de un



humor tétrico y silencioso y apenas si pronuncié palabra.

Retomando lo que estaba exponiendo: no quiero abrir los ojos porque tengo la certeza de que en cuanto se de cuenta de que estoy despierta, vendrá a saludarme y a felicitarme y no estoy de ánimo para nada de eso, es más, desearía no tener que ir a trabajar porque sé que Susana también insistirá en lo de mi cumpleaños, viene hablando del tema desde comienzo de la semana.

Cuanto me gustaría poder quedarme en la cama todo el día, poder dormir hasta mañana, o quizá un mes, lo que haga falta para que esto pase de una buena vez, al menos en parte, no soy tan pretenciosa, lo que sucede es que cada día me siento peor, ¿no se supone que esto debiera mejorar, no empeorar?

Llamaron a la puerta de la habitación. Abrí los ojos y rodé sobre la cama. Sentía mi cara hinchada, sabía que tenía el pelo revuelto de tanto removerme sobre la almohada; estaba medio enredada en las sabanas y más agotada de cuando me acosté a dormir anoche; en realidad no pude cerrar los ojos hasta bien entrada la madrugada, me pasé horas rememorando los momentos que vivimos juntos en su casa de campo, aquellos primeros indicios de proximidad que tan feliz me habían hecho.

—¡Feliz cumpleaños! —Exclamó Lucas sin alzar demasiado la voz, al asomar la cabeza dentro de mi cuarto—. ¿Te desperté? —curioseó cuando nuestros ojos se encontraron.

—No, ya estaba despierta, o más o menos.

Empujó la puerta y entró. Llevaba el brazo derecho flexionado para atrás, con su espalda cubría parte de un ramo de flores que evidentemente no se dio cuenta, asomaba por encima de su hombro.

—Feliz cumpleaños —me deseó otra vez tendiéndome las flores. Se detuvo al costado de la cama y me sonrió.

Me senté y tomé el ramo de azucenas que me ofrecía. Las flores tenían un perfume exquisito que debía opacar el aroma exudaba el cuerpo de Lucas. Me sorprendió mi renovada capacidad de reconocer y apreciar algo tan bello, lo más extraño de todo es que me puse todavía más triste, en vez de feliz, ver lo bueno hace que lo malo parezca todavía peor. Le agradecí y lo invité a sentarse, mientras dejaba las flores sobre la mesa de luz. Se me aguaron los ojos, porque no podía ser capaz de disfrutar de nada; esto era una cruel tortura, Vicente no se había limitado a dejar mi corazón partido en mil pedazos, sino que se había llevado consigo la posibilidad de volver a experimentar algo bueno en mi vida.

En silencio, Lucas se acomodó en el borde de la cama.

—¿Te gustan? —preguntó con un tono de voz tímido muy suave.

—Son preciosas.

Me sonrió y en un ademán nervioso, se pasó una mano por los labios. Titubeó en silencio hasta que finalmente alzó la mano izquierda y con la yema de los dedos apartó el mechón de cabello, de delante de mi ojo para acomodarlo por detrás de la oreja. El roce de su piel me provocó un estremeciendo. Alcé la mirada, me veía directo a los ojos. Sus dedos se deslizaron suavemente por mi cabello hacia abajo y cuando se desembarazaron de las hebras medio enredadas, se posaron sobre mi espalda.

—Ven aquí.

Me dejé llevar por la seguridad de sus manos hasta su pecho procurando no ponerme rígida como una tabla, últimamente las demostraciones de afecto me desconcertaban. Me costó no ceder a la sensación de estar traicionándole (aunque esto no tenía nada de romántico), este no era un “movimiento” de esos que se hacen para crear un momento, una reacción; al final lo logré, mi cuerpo no se tensó, de cualquier modo no me sentía yo misma dentro de mi cuerpo y en esta situación, algo no estaba en su sitio y yo sabía muy bien que era. Lucas me abrazó; al instante me sentí más segura, no puedo explicar cómo o por qué, simplemente así fue, por primera vez en mucho tiempo dejé de sentirme un rompecabezas a punto de desarmarse; fue como si sus brazos fuesen la sujeción que necesitaba para mantenerme unida.

Sin forzar nada, lo abracé; lo abracé con fuerza (la cercanía de su cuerpo me hacía necesitarlo cada vez más) estrechándolo lo más que pude. Me apreté contra él con ganas y hundí la cabeza en su hombro. Inspiré hondo y su perfume me invadió la nariz y los pulmones para llegarme finalmente al cerebro. Nunca creí que volviese a percibir nada tan bello y perfecto; el dulce aromas de las azucenas no tenían ni punto de comparación con esto.

Una de sus manos ascendió desde mi espalda hasta mi nuca para acariciarme.

—Todo va a estar bien —me susurró al oído.

—¿Cómo?

—Todavía no lo sé —adiviné una sonrisa triste en sus labios—. Permíteme empezar por algo —se tomó un momento—, deja que intente hacer todo lo posible para que este día sea perfecto.

El efecto lacrimógeno de mi estado, tomó poder de todo mi ser. Me eché a llorar. Estúpida de mí, últimamente esta era mi reacción para todo.

—No llores —me dijo con otra de sus esplendorosas sonrisas.

Me limpié la cara con las manos. No sirvió de mucho, las lágrimas seguían

cayendo.

—Espero que tengas apetito esta mañana, en la cocina te espera un desayuno muy completo. No deseaba despertarte, pero me tomé un buen trabajo al ir a comprar todas las cosas y poner la mesa —anunció pretendiendo una seriedad que no le quedaba. Se notaba a que deseaba levantarme el ánimo—. Vamos —me dio unas palmaditas en las manos, aún no eres una causa perdida, yo sé que tienes futuro —bromeó.

—Por tu bien espero que no pretendas demasiado de mí.

Enarcó una ceja.

—Por el momento me basta con que comas un poco.

Comí bien, no solo para darle el gusto, la comida volvía a tener sabor.

Al ver a Susana, confirme mis sospechas de que Lucas tramaba algo, cuando ella me felicitó por mi cumpleaños y cuando hablamos de cómo lo celebraría se ruborizó ligeramente, se notaba que escondía un secreto. En mi interior maldije a Lucas, no estaba de ánimos para ningún tipo de celebración; tendría que hacer un esfuerzo para mantener una sonrisa frente a los que participaran de la sorpresa. Otro que se puso en evidencia fue Matías —Lucas no había perdido el tiempo—.

La tarde del sábado se pasó volando. Me despedí de mis dos compañeros y me eché a andar en dirección a la camioneta. Oscurecía, corría una brisa tibia y extremadamente perfumada, se notaba el que cambio de estación sobre nosotros; usualmente yo renacía cada vez que la primavera se aproximaba, sin embargo este año las cosas eran muy distintas.

A paso lento fui andando hasta mi vehículo, llevaba las llaves colgando del dedo índice de la mano derecha, jugueteaba con ellas cuando algo a mi izquierda llamó mi atención, giré la cabeza, hacía mí avanzaba un hombre de traje gris a rayas, de corte impecable (con chaleco y todo). Andaba lo más campante, con una de sus manos dentro del bolsillo de los pantalones. Su cara bronceada me resultó familiar aunque no recordaba ni de dónde ni de cuándo. Tenía el pelo castaño claro, peinado con una raya al costado y gomina. Sus ojos eran color verde, con una mirada salvaje. Me quedé mirándolo y obviamente él se dio cuenta; me miró a los ojos, con curiosidad y finalmente me sonrió. No me sorprendió ser testigo de aquella perfecta y deslumbrante sonrisa que era capaz de engatusar hasta al más desconfiado de los seres humanos. En ningún momento dejó de caminar, el ritmo de su paso no se turbó para nada, tampoco su camino.

Cuando lo tenía a no sé, tres o cuatro pasos de distancia, sentí aquel olor tan particular, azufrado, intenso y empalagoso. Por un segundo quedé congelada, como si me hubiesen clavado al piso. Durante ese segundo entré en pánico, si hasta llegué a pensar que había llegado el fin, pero el fin no comenzó.

No creo que se haya percatado de lo que yo estaba experimentando; al pasar junto a mí, me sonrió todavía más, sin embargo no dio ninguna señal ni de conocerme, ni de estar buscándome. Sus ojos brillaron de rojo y su sonrisa se tornó más amplia; continuó andando por su camino sin más. No hizo ningún otro gesto, no hubo señales de amenaza.

Tengo la seguridad de que en realidad yo no significaba nada particular para él, debe haberme visto como vería a cualquier otro ser humano, quizá con un poco de apetito, con la seguridad de que podría destrozar mi carne de un golpe, con la certeza de que si se lo proponía, era capaz de condenarme al Infierno, más allá de eso, no sabía de mí, de mi historia o de mi capacidad de identificarlo a él y a los suyos. Volviéndome lentamente, lo seguí con la mirada, cruzó la calle y se alejó sin volver la vista atrás. No tenía ni idea de mí o de lo que yo era capaz de hacer.

Lo que yo era capaz de hacer... —pensé. La idea llegó a mí por accidente, fue como si alguien me diese un mazazo en la cabeza y con el golpe, se me hubiese reordenado las ideas: podía identificarlos, no solo por su olor, algo en mí se alteraba cuando ellos estaban cerca, podía sentirlos... reconocerlos.

A toda prisa corrí hacia la camioneta. Querría llegar a casa lo antes posible, necesitaba contárselo a Lucas. ¡¿Cómo no me había dado cuenta antes?! Cómo no se había dado cuenta él; es porque antes no había estado tan claro, qué había cambiado en mí, había estado negando esto hasta ahora o es que yo ahora, por alguna razón que desconozco, soy más sensible y perceptible.

De camino a casa también se me ocurrió que pudiese estar delirando, que este no era un don ni nada parecido, que lo mío no tenía ni punto de comparación con lo que Mauro era capaz de hacer, yo no veía ángeles, solamente demonios, si es que realmente soy capaz de identificarlos en una multitud.

—¿Era esto lo que Vicente buscaba en mí? —le pregunté a Lucas después de contarle lo que acababa de experimentar. El pobre se me quedó mirándome boquiabierto, estaba recién bañado, tenía el cabello húmedo, vestía unos pantalones y una camisa que olían a nuevos y que a todas luces, eran nuevos, igual que los zapatos y la remera de algodón blanca que asomaba por debajo del cuello de la camisa. Estaba listo para salir y yo ni siquiera tenía cerebro para pensar en una fiesta o en mi cumpleaños.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Lo sabes?

—Puede que tú no, pero tu cerebro lo clama a gritos dentro del mío —dijo esto último entre dientes. Su mandíbula estaba tan tensa que los músculos del cuello le sobresalían por debajo de la piel. Parecía punto de estallar.

—¿Qué? ¿Estás oyendo mis pensamientos otra vez?

—No porque lo desee —se defendió apartándose de mí al tiempo que se agarraba la cabeza igual que si experimentase una fuerte migraña. Sus dedos estaban crispados, tenía los nudillos blancos, y su rostro también evidenciaba cierta molestia—. ¡Deja de pensar en tantas cosas al mismo tiempo!, me aturdes —suplicó con desesperación. La mueca de sufrimiento en su rostro se hizo más evidente. Me miró, sus ojos estaban hechos agua, irritados y brillantes. Cada una de los pequeños vasos que nutren el globo ocular, se encontraban dilatados y enrojecidos—. Por qué no me lo contaste, por qué te has guardado todo eso, es...es... —se tomó la cabeza entre las sienes apretándose con fuerza con los talones de las manos, así, en ese estado, encorvado y respirando agitado, caminó hasta el sillón y allí se dejó caer.

—¿Lucas, estás bien? —Me dieron palpitaciones, quería dejar de pensar y no podía, sobretodo, porque ahora, además de mis cavilaciones normales, estaban estos nuevos pensamientos surgidos de su aparente sufrimiento.

—Voy a estar bien, es que fue... —se quitó las manos de la cabeza y alzó la frente —como si algo muy pesado se estrellase contra mí-. Por qué no me dijiste que te sentías así —se le escaparon unas cuantas lágrimas, lágrimas de dolor, creo yo—. Lo que sientes... es brutal. ¿Cómo es que puedes convivir con eso? Por el bien de Vicente, que no volvamos a cruzarnos nunca más, porque te juro que si no puedo matarlo, al menos le haré lamentar el día en que se metió en tu vida.

—¡Lucas! —la imagen de una lucha sangrienta y despiadada pasó igual que un síncope fugaz por mi mente.

—¿Y lo defiendes?!-

Sí, yo no había dicho nada, pero había pensado en que él no tenía toda la culpa, es probable que yo hubiese visto en él solo lo que deseaba ver, igual que lo había hecho durante toda mi existencia, por lo visto, ahora veía más de lo que deseaba, por eso había reconocido a ese demonio en la calle; lo que no comprendía era cómo o porqué se había efectuado este cambio en mí.

—Piensas que Vicente estaba tras de ti porque esperaba conseguir lo que no pudo conseguir de Mauro y aun así lo defiendes. Si es eso lo que él buscaba,

si lo hubiese encontrado a tiempo, te habría usado y lo sabes. ¡Es increíble! No sé qué fue lo que sucedió con Mauro, no entiendo por qué acabaron eliminándole si su don era tan importante, y tampoco logro comprender si es que realmente Vicente pensaba que tenías ese mismo don. Ya no entiendo nada. Ya no confío en nadie; pero lo que más me molesta es que a pesar de todas las cosas que descubrimos sobre él y lo que está sucediendo a nuestro alrededor, continúes creyendo que él es un ángel.

—Yo no...-

—¿No lo entiendes?! —bramó histérico.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Que existe la posibilidad de que él no viniera a... —cerró la boca de repente.

—¿Que no haya venido a qué?

—A apoderarse de tu don, sino a acabar con él, igual que como acabó con Mauro —negó con la cabeza y se echó a andar por el espacio entre la mesa de la cocina y la mesada —lo que sucedió con Mauro fue extraño, completamente fuera de los procedimientos normales, igual sucedió contigo, nada fue normal —me dijo deteniéndose un momento para mirarme a los ojos—. Hay algo más, algo que se me escapa, lo intuyo. No puedes decirle a nadie de lo que eres capaz de hacer, no debes ponerte en evidencia. Si vuelves a cruzarte con un demonio, aparta la mirada, sigue con tu camino. Si alguien se entera de esto... Se me secó la boca. ¡Feliz cumpleaños! Magnífico regalo este don que llegó sin que yo lo pidiese o necesitara.

Lucas debe haber oído mi pensamiento: sonrió angustiado.

—¿Cómo voy a hacer para ocultarlo? Puedo pretender, si es que me topo con algún demonio no demasiado sensible o instruido, como con el que me topé hoy, que nada sucede, pero cómo lograré ocultarle algo así a aquellos que son del calibre de Gaspar y su familia, a los que son como Jan —se me hizo un nudo en el estómago—, y a todos los que me imagino, deben ser todavía más poderosos que ellos.

Lucas se quedó en silencio por un par de largos segundos y luego dijo: —Pobre del que te toque.

Tal como predije, al llegar a casa de mi madre, acompañada de Lucas, me encontré con una fiesta sorpresa organizada por él.

—¡Feliz cumpleaños! —berreó un coro multitudinario a oscuras en cuanto puse un pie dentro del living luego de atravesar la puerta al prácticamente ser

lanzada hacia adentro por Lucas. Debo ser sincera, además de haber intuido que esto mismo sucedería, mis sospechas se confirmaron cuando reparé en la cantidad de automóviles estacionados a lo largo de toda la cuadra, entre los que reconocí los automóviles de mis tíos y el de Sebastián y Susana entre otros. Además los delató el olor de la comida de mi madre (se sentía desde el pasillo de entrada), me llevó menos de quince segundos definir el menú: empanadas, matambre, ensalada de papas por mencionar alguna de las cosas; también pude oler el vino y el olor de los cigarrillos que alguno de los invitados debía estar fumando.

Allí estaban todos, mi familia (casi en su organigrama completo), algunos amigos —más de mi madre que míos— conocidos del barrio, de la infancia y de la vida, y por supuesto, mis dos compañeros de trabajo con sus respectivas parejas.

Había globos y guirnaldas de todos colores colgados por todos lados, tanto es así que aquello más parecía un festejo para una niña de cinco años que para una mujer de veinticuatro; solamente faltaba una piñata.

Saludé a todos los invitados y les agradecí su presencia; que yo me hubiese convertido en un cubo de hielo no era su culpa, después de todo, ellos habían venido por mí ¿no?, además me figuro que mi cara de amargada debía resultar algo grosera, quería evitar que pensarán que no me importaban en lo más mínimo y que la fiesta me daba igual; en realidad la fiesta me daba igual, me daba igual hubiese dado igual quedarme en casa, solamente en compañía de Lucas, es más, creo que hubiese preferido eso a esto, pero ellos no tenían porqué enterarse, no tenía ganas de que se sintiesen mal por mí “la pobre abandonada por su novio que no consigue recuperarse de la separación”; ya había recibido unas cuantas miradas de ese estilo.

Poco a poco, fui huyendo, desde el bullicio del interior, a lo más profundo y lejano del jardín, pasando las cadenas de pequeñas lucecitas blancas que mi madre colgaba para cada celebración, de la pérgola en la que se enredaba el jazmín de leche, el cual ya había empezado a florecer. El perfume exageradamente dulce de las pequeñas florcitas blancas de dorso rosado me empalagó, de modo que seguí mi camino hasta lo más oscuro del jardín, procurado no ser vista, no tenía ganas de que nadie me siguiera, pero como yo no había logrado convertirme en el alma de la fiesta, logré pasar desapercibida y me escabullí en un acto de desaparición digno del mejor de los ilusionistas del planeta. Me llevé conmigo una copa de vino blanco que todavía no había tocado, una copa que no estoy segura de quién la depositó

entre mis dedos, pero que todavía descansaba allí esperando ser bebida. Como una intrusa me escabullí entre las plantas, teniendo el mayor cuidado posible en no perder un ojo con alguno de los rosales.

—¿Intentas fugarte?

Lucas me dio tal susto que se me escapó la copa de las manos; por suerte, para mí y para la copa, Lucas la atajó en el aire poco antes de que tocara el suelo. El líquido se derramó sobre la tierra, pero no hubo mayores daños.

—¿Y bien, intentas escapar? —inquirió sacudiendo la copa para escurrir los restos de vino.

—Por unos minutos nada más —reconocí en un suspiro—, enseguida regreso, además no creo que me extrañen mucho.

Frunció los labios.

—Eso no es así.

—Sí, lo es, la fiesta funciona bien sin mí, ya deberías haberte dado cuenta.

Dejó la copa sobre una columna sobre la que había una masetta con tierra, pero sin ninguna planta y me miró a los ojos.

—Me equivoqué al pensar que esto te agradaría.

—Fue un día complicado.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sí, lo sé.

Nos quedamos en silencio, escondidos en las sombras de luna que nos proporcionaba la vegetación. Él estuvo admirando unos pimpollos de rosas amarillas que cuando abrieran tendrían el tamaño de repollos, éstos tenían el aroma común de las rosas, solo que olían de un modo algo más tenue y dulce, su perfume era más delicado que el de cualquier otra rosa.

—Mi madre tenía de estas en su jardín —me contó en tono de confidencia.

—¿La extrañas? —No sé por qué, esta fue la primera vez en que me puse a pensar sobre cómo debía sentirse al respecto del asesinato de sus padres en manos de un demonio.

—Sí, los extraño a ambos, cuando los tenía cerca no quería ni verlos, no los soportaba, odiaba cada minuto que debía pasar a su lado; ahora me hacen mucha falta. Fui un idiota la mayor parte de mi vida y lo peor de todo es que no puedo hacer nada para remediarlo. Por más que le de vueltas no logro comprender por qué todo tuvo que acabar así; es lamentable, hice tantas cosas estúpidas que ya perdí la cuenta. Cuando pienso que ahora podría ser un hombre normal, común y corriente —sonrió a medias—, un invitado más a tu fiesta. La eternidad me asusta —dijo en un claro tono de confesión, con la



vista clavada en el suelo—. No quiero quedarme solo—, alzó la mirada—, no quiero perderte, no sé qué sería de mí sin ti.

—El sentimiento es recíproco.

—Vamos, en un tiempo estarás respuesta, continuarás adelante con tu vida igual que cualquier otro ser humano. Encontraras a alguien, formarás una familia y yo ya... yo dejaré de tener un lugar en tu vida, me imagino que el día que te cases tu marido no querrá que viva en casa con ustedes, además, cómo explicarías mi eterna juventud —revoleó los ojos —entre tantas otras cosas de mí que podrían levantar sospecha.

—Estás planificando demasiado adelante, yo siquiera puedo pensar en la semana que viene. Además, todos esos planes que se te ocurrieron para mí, me parecen un tanto difíciles de concretar, todavía pienso en él, te guste o no todavía lo amo y sé que es una locura pero no logro odiarlo, sé que debería, por todo lo que me hizo. Eso es algo que aún tengo que masticar. La mayor parte del tiempo tengo la impresión de que esas últimas horas que pasamos juntos no sucedieron jamás, es como si alguien hubiese implantado en mí aquellas palabras, como si él nunca las hubiese dicho.

Me lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

—Soy consciente de que las dijo, todavía no me vuelvo loca, es que... me rehusó a creerlas. Tenía planeada una eternidad a su lado, estaba dispuesta a darle todo.

Sus cejas se crisparon levemente. No dijo nada, presentí que se contenía de no soltar todo lo que le venía a la mente; sabía que tenía motivos, no los negaba, simplemente no deseaba oír todo aquello. Realmente no había necesidad de que repitiese lo que yo ya me sabía de memoria.

—¿No quieres dejarlo atrás?

—Temo quedarme sin nada, si me propongo olvidarme de él.

Dio un paso hacia mí.

—Yo estoy aquí.

—Te veo.

—¿No somos amigos?

—Somos más que eso —le respondí; él era lo más cercano a mí de este mundo.

—Por favor, por lo que más quieras, intenta olvidarte de él.

No hacía frío, la brisa que flotaba a nuestro alrededor era cálida, sumamente agradable, pero de repente, las mangas cortas de mi remera se me antojaron muy poco abrigo frente a la oleada de frío que se me vino encima, me abracé a

mi misma frotándome los brazos. Qué lástima que se hubiese derramado el vino, me habría vaciado la copa dentro de la garganta de un solo trago en este preciso instante (además, tener algo que beber era un justificativo más que plausible para no contestar, o al menos para demorarme unos segundo más en hacerlo).

—No tienes que contestarme si no lo deseas, menos quiero que respondas algo que no sientes. No deseo que me tengas pena, cuando me enamoré de ti, sabía perfectamente bien de qué modo eran las cosas. No me engaño Eliza, sé que solamente me consideras tu amigo, que lo que sientes por mí no es ni remotamente parecido a lo que sientes por él, pero dame una oportunidad, date una oportunidad a ti misma. No puedes permitir que él se salga con la suya. No me cabe la menor duda de que Vicente siguió adelante con su vida sin detenerse a pensar en ti por una fracción de segundo siquiera.

—No digas eso.

—Pero si es la verdad. No te engañó solamente a ti, nos engañó a los dos; he pasado muchas noches pensando en todo lo sucedido desde que lo conocí y tengo la impresión de que cada uno de sus pasos fue fríamente calculado, si hasta en la muerte de mis padres me parece ver sus manos, y no es que yo desee verlo involucrado en nada semejante ¡él era mi familia! No me queda más remedio que creer que no le importa nada ni nadie. Vicente es muy poderoso, tiene mucha influencia, incluso más de la que yo suponía... —dio un paso atrás—. No lo odio, yo también estoy confundido, pero —se tomó un momento—, desde el día en que supe que se había ido, lo he estado llamando a su teléfono celular, le dejé un mensaje tras otro, le envié mensajes de texto, incluso le pedí a Ariel que le dijera que se pusiera en contacto conmigo, incluso esta mañana lo llamé y le recordé que hoy era tu cumpleaños, le dije que te daríamos una fiesta sorpresa en la noche a la cual estaba invitado y a la que sería bienvenido si sus intenciones eran realmente buenas; él jamás contestó. No le importa, no se molestó en dar una sola explicación o siquiera en enviarme un mensaje de texto para decirme que ya no le interesa oír de ninguno de los dos.

Me dio tal ardor en el estomago que creí que me había salido una ulcera.

—Si no confías en mí —rebuscó algo en el bolsillo trasero de sus pantalones. Sacó el celular—, velo por ti misma, figuran todas y cada una de las llamadas que hice a su celular.

—No hace falta —murmuré negando con la cabeza; me dieron tantas ganas de llorar.

—No le importa más que su persona. No debe habersele movido un solo cabello al escuchar mis mensajes, explicándole lo triste y mal que estás. Me gustaría justificarlo, pero no puedo, lo que hizo, lo que está haciendo, no tiene justificativo. No va a volver. Tú lo dijiste, él no va a volver.

El silencio que se hizo a continuación fue insoportable para mí, pese a que hasta ahora, la falta total de cualquier sonido, era lo que mejor me sentaba.

—No sé cómo seguir. No sé si quiero seguir... —me eché a llorar desafiando a la cantidad de lágrimas que un ser humano puede soltar a lo largo de toda su vida—. Desearía, poder cerrar los ojos y morir.

Lo dejé atónito, sin saber cómo reaccionar o qué decir.

No dijo nada, pero hizo mucho, me abrazó, y a partir de esa noche, él hizo su mayor esfuerzo y yo mi mejor esfuerzo, en intentar olvidarlo, empecé por dejar de pronunciar su nombre, ahora de un modo más tajante y conciso que antes, procuré eliminar todo rastro de mi vida a su lado, pese a que muchas de las evidencias se habían perdido con el incendio, lo poco que me quedaba, incluyendo la cadena con el brillante, pasaron al olvido dentro de una caja que guardé en lo más profundo del armario.

No volvimos a hablar de él y evitamos discutir o rememorar sucesos que hubiesen transcurrido mientras él estuvo aquí. La vida así tenía algo de falso y sintético, los primeros días, incluso las primeras semanas, me dio la sensación de estar intentando engañarme a mí misma, fue como vivir en un mundo de fantasía, pero con el tiempo, esa fantasía demudó en un lejano recuerdo, para cuando llegó noviembre, el recuerdo de mi historia a su lado, me resultaba semejante al recuerdo que uno puede tener de una película, supe que tarde o temprano lograría echarlo al olvido si continuaba así de tenaz en mi decisión de olvidarme de él.

El plan marchaba a la perfección durante el día, sin embargo las noches eran otra cosa; mi sueño era campo fértil para las pesadillas en las que él regresaba una y otra vez, en ellas lograba visualizar su rostro con detalle de memoria fotográfica, incluso su voz sonaba a como era, allí no lograba olvidarlo, allí era todo lo contrario a lo que sucedía durante el día: en mis sueños su recuerdo estaba más vivo que nunca. Es por eso que cada mañana me costaba horrores deshacerme de su presencia, por lo general cuando llegaba el mediodía yo ya estaba en control de mí misma nuevamente, pero en los momentos de mayor debilidad, me angustiaba la certeza de que todo empezaría otra vez en cuanto pusiese la cabeza en la almohada. Por suerte para mí, en las noches en que las pesadillas se tornaban insoportablemente dolorosas, contaba

con un hombro compasivo sobre el que llorar, un hombro compasivo y un compañero insomne que no tenía problema en hacerme un lugar en su sofá, en dejar su iPod, sus revistas, o el libro de turno a un lado, para oírme, o simplemente para sostenerme la mano en silencio hasta que yo me durmiese otra vez.

Así y todo, con su recuerdo hecho a un lado, la vida continuaba teniendo un sabor amargo, algo faltaba en mí y faltaría siempre, pero al menos, mis deseos de dejarme ir ya no eran tan intensos, ahora simplemente dejaba que la marea me arrastrase a donde quisiese. Continué viviendo mi vida como muchos viven la suya, como yo la vivía antes de conocerlo, sin un rumbo fijo, sin entender cómo o por qué estamos aquí.

37.

De camino al Infierno.

—Ok, quedamos así, nos vemos en una hora en la puerta de cine —acordé con Lucas luego de cerrar la sección de espectáculos del diario, esta sería la primer vez en meses, que iba al cine, ya había perdido la cuenta del tiempo que pasó desde la última vez que fui a ver una película. Llevábamos algo así como veinte minutos discutiendo sobre qué película ir a ver. Por suerte, la ausencia de clientes y de trabajo, me habían permitido sentarme a revisar las carteleras de los distintos cines hasta encontrar una película y un horario que me convenciera. Las opciones eran: una comedia romántica algo lacrimógena, según había oído rumores, la cual desde el vamos quedaba descartada, el tiempo podía haber pasado, igualmente muchas cosas en mí continuaban igual que hace tres meses; una película de guerra —no gracias—, por suerte Lucas no insistió en ir a verla, no se me antojaba ver sangre, explosiones y ese tipo de cosas; la tercera opción potable era una de terror, de un terror ligero, por explicarla de algún modo, nada de temas demasiado profundos o de aquellos ítems a los que yo fuese susceptible (aunque en todas las películas de demonios o con demonios, que he visto en mi vida, jamás le han atinado a nada de lo que sucede en la realidad). Era una de esas típicas películas en que hay una chica bonita en apuros, un galán fuerte e inteligente y un montón de momentos propicios para acabar de devorar uno de esos barriles enormes de pochoclo dulce que tanto me gustaban. A eso me había comprometido yo, a comprar el pochoclo, las bebidas y demás golosinas, mientras que Lucas se

ocuparía de comprar las entradas para asegurarnos así de conseguir un lugar en la sala, que como todos los miércoles, estaría repleta o casi completa.

—Perfecto —exclamó Lucas. Estaba feliz de la vida, no por ir al cine, sino por haber logrado convencerme de ir—. Nos vemos en una hora en el cine, yo ya salgo para ahí. No te demores.

—No tendría con qué, hace más de una hora que no entra nadie, es más, estoy pensando en cerrar antes—. Alcé la cabeza y le eché un vistazo a mis compañeros. Matías estaba apoyado contra el marco de la puerta del deposito, mandando mensajes de texto, Susana estaba a mi lado mirando una revista de decoración, tenía pensado renovar el living de su casa por lo que buscaba ideas.

—Lárguense de allí ahora, que más da si cierran una media hora antes hoy.

—Sí, creo que voy a empezar a hacer la caja, la calle está desierta, ya no creo que entre nadie—. Sentí que Susana cerraba la revista—. A lo mejor nos vemos antes.

—Mejor aún, podríamos dar una vuelta por ahí antes de entrar.

Su plan me gustó, la noche estaba preciosa, cálida, me haría bien caminar un rato por ahí, sin prisas ni compromisos.

—Hecho, nos largamos de aquí —exclamé alzando la voz para dar a conocer la noticia entre mis compañeros—. No tiene caso que sigamos perdiendo el tiempo aquí, no entrará nadie.

Al instante, Susana lanzó la revista dentro de su cartera.

—Ahí te espero.

Me despedí y corté.

—Te ayudo con las cuentas—. Se ofreció Susana.

—Gracias.

Antes de que nos pusiésemos a trabajar, le dije a Matías que podía irse, cuando corté el seguía con dedos presurosos, enviando mensajes, tenía mala cara, debía estar discutiendo con alguien, vía textos y la verdad es que no tenía mucho sentido hacer que se quedara a esperar que nosotras terminásemos con lo poco que había para contar.

Antes de irse, nos gruñó un hasta mañana.

—¿Pelear con su novia? —le pregunté a Susana en cuanto Matías se fue azotando la puerta.

—Creo; esta mañana lo escuche discutir con ella por teléfono.

—Espero que no sea nada serio—. Suspiré y me acomodé de frente a la computadora. Estábamos por empezar, cuando sonó el celular de Susana.

—Es Sebas —me dijo luego de sacar el celular del interior de su enorme cartera, puso cara de no tener ni la menor idea de para que la llamaba—. ¿Hola?

Me llegó el eco de la voz de Sebastián pero no llegué a oír lo que decía.

—¿Cómo? —soltó con el ceño fruncido. Evidentemente algo no muy bueno había pasado—. ¡¿Qué hiciste qué?! —bramó, y luego hubo un profundo silencio de su parte. La cara se le puso roja—. ¡¿Cómo que quemaste la cocina?! ¡Ahhh... no es para tanto! —soltó en tono socarrón—. ¡Por supuesto que estoy enojada! ¡¿A quién en su sano juicio se le ocurriría dejar algo en el fuego para ir a abrirle la puerta el repartidor, por más que sea el que te llevaba el helado?! ¡Hubieses corrido la sartén de la hornalla, Sebastián! —rugió enojada. Con unos gestos intenté calmarla pero no me hizo caso—. Claro que entiendo que querías preparare una cena sorpresa —dijo y luego se quedó con la boca abierta, Sebastián debía haberla interrumpido—. Sí, sí que te lo agradezco —pausa—. No, no voy a volverme loca cuando vea a los bomberos —gruñó entre dientes clavándoles las uñas al borde del mostrador—. En un rato estoy de regreso. Procura no quemar nada más —pausa—. Sí, ya te entendí que fue solamente la alacena de la derecha del extractor —siguió rumiando al borde del estallido—. Nos vemos en un rato—. Se despidió y cortó.

—¿Quemó la cocina? —procuré reprimir la sonrisa que insistía en escapárseme de los labios. No era gracioso que hubiese quemado la cocina, por poco que fuera, pero era tierno el hecho de que el incidente se había dado por estar preparándole una cena sorpresa. Tenía que admitir que era romántico.

—No es para risa, como espera poder criar niños si no es capaz de cuidar ni de sí mismo. Cada vez que se queda solo hace algún desastre, es increíble —soltó revoleando el celular dentro de su cartera otra vez.

—¿Niños? ¿Ya están pensando en eso?

—El —remarcó la palabra para que me quedara bien clara—, piensa en eso, yo no. Está loco si piensa que después de esto voy a continuar considerando su proposición de empezar a buscar un embarazo. Hasta que no me demuestre que al menos es capaz de cuidar de sí mismo no pienso ni intentarlo. ¡Que se olvide del tema, no pienso tener dos bebés en la casa, me basta con tener que cuidar a uno!

Se me escapó una sonrisa, nunca antes me había puesto a pensar en Susana como madre, es más jamás habíamos discutido el tema, yo no tenía ni idea de

si quería tener niños o cuantos, pero de lo que no me quedaba ninguna duda, es de que sería una buena madre, una de esas cariñosas y compinches, comprensiva, tolerante... mi sonrisa se ensanchó, no me la imaginaba embarazada. Ni modo, la vida no se queda quieta, tarde o temprano sucedería, la vida seguía adelante para todos los demás, así son las cosas, las parejas se conocen, con un poco de suerte y si las cosas funcionan, contraen matrimonio y luego forman una familia.

—No te pongas contenta —me espetó sacudiendo un dedo en señal de negativa—. Por el momento no pienso hacerte tía postiza. ¡Y no me importa cuanta ropita de bebé o juguetes traiga a casa! Eso no va a suceder en un futuro próximo, y si esperaba tener suerte esta noche, va muerto. ¡Bomberos! ¡Están los bomberos en la puerta de mi casa! No quiero ni imaginarme el estado en que debe haber quedado el departamento. Lo voy a matar.

—Fue un accidente—. Dije en un intento de calmarla.

—¡No intentes defender lo indefendible! A quién se le ocurre dejar una sartén con cebolla a rehogar mientras baja a abrirle la puerta al de la heladería. Lo voy a matar.

—No es para tanto.

Puso cara de que sí.

—Vete a casa, yo termino con esto.

—No hace falta, que se arregle solo.

La miré en silencio para insistir.

—De verdad, yo termino aquí; ve. Si te llamó es porque necesita una mano.

—No quiero dejarte sola.

—Voy a estar bien.

Lo meditó un instante en silencio.

—¿No vas a odiarme mañana por esto?

Le sonreí.

—Para nada. Ve, fue un día largo.

—Bien, tienes razón, mejor me voy. Que lo pases bien esta noche en el cine.

Dale mis saludos a Lucas.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

En cuanto cerró la puerta, me puse a trabajar, no quería llegar tarde a mi cita con Lucas.

Estaba comparando unos números, cuando sentí una suave brisa en el costado de la cara; se me puso la piel de gallina. alcé la vista... no sé qué fue lo que

sucedió primero, creí que era Susana, que se había arrepentido o que había olvidado algo, pero no era ninguna de las dos cosas. Como decía, no sé si primero lo vi o lo olí. Llevaba un par de semanas sin sentir esto y no me agradó en lo más mínimo volver a experimentarlo. Quedé confundida, algo choqueada. No entendía nada, el olor era penetrante, más azufrado que de costumbre, tan reconcentrado que al instante se me relajó el estómago y me dieron arcadas.

—Buenas noches, Eliza —me saludó Sufár cerrando la puerta a su espalda. No pude responder. Esto no tenía sentido. La confusión me embargó por completo nublando cualquier atisbo de razonamiento. Sufár no podía ser uno de ellos, yo lo hubiese sabido antes...—tragué en seco—, Vicente lo hubiese sabido, ¿porqué nadie sabía que él era uno de ellos y que me rondaba?! ¿No lo sabían o simplemente lo habían estado ocultando? ¿Por qué, para qué? ¿Qué estaba pasando?

—¿Estás ocupada? —me preguntó como si todo fuese completa y absolutamente normal.

Contesté que no con un ligero movimiento de cabeza.

Sonrió.

—¿Está cerrado? Espero que no, tengo una cena esta noche y no puedo llegar con las manos vacías, es algo importante —empezó a caminar hacia mí—, recuerdas ese conocido que te mencioné, el que te dije que quizá pudiese darte trabajo.

No me moví ni un ápice, quería llamar a Lucas pero ya no tenía celular, y de haberlo tenido éste estaría ahora dentro de mi cartera, a mis pies, demasiado lejos del alcance de mis dedos, para arriesgar cualquier movimiento. Si mis sentidos estaban en lo cierto, Sufár estaría sobre mí antes de que yo llegara a apretar una sola tecla en busca de auxilio. El teléfono de encima del mostrador tampoco era una opción, no podría disimular ningún movimiento brusco. Me pregunté si podría leerme la mente, y qué poderes tendría; qué quería y quién lo había enviado. Quizá realmente desee una botella de vino, nos visitó cientos de veces para comprar cosas y jamás... iba a decir que jamás insinuó nada, pero ahora que lo recuerdo, eso no es cierto, aquella vez que llegó con aliento a alcohol y que propuso que podía saltarse su compromiso para quedarse conmigo. En ese momento sus palabras no significaron demasiado, sin embargo recuerdo que intentó comprarme, que mencionó que podía darme lo que yo quisiera, que no tenía más que pedirlo.

Tragué en seco.



Di un paso atrás.

Los ojos de Sufár brillaban.

—¿Qué... —me falló la voz—, qué vino tenía en mente?

—¿Tus compañeros ya se fueron? —inquirió sin responder a mi pregunta.

Miró hacia un lado y al otro del local luego de detenerse frente al mostrador.

No contesté.

—Ayer llegaron unos vinos australianos muy buenos.

—Lo que tú escojas será perfecto—. Dio un paso al frente y posó los extremos de sus regordetes dedos sobre el mostrador. Sus uñas tenían hecha la manicura y llevaba un gran anillo de sello de oro en el dedo del corazón—. ¿Todavía sigues de novia con ese muchacho?

Yo jamás le había hablado de Vicente y no creía que él me hubiese visto con él nunca.

Negué con la cabeza.

—Mejor, así nada te atará a este lugar.

—¿Por qué lo dice? —solté de forma atropellada, los nervios me paralizaban.

—La persona esa de la que te hablé... la que voy a ver esta noche, es alguien que tiene negocios por todo el mundo.

—No estoy muy segura de querer salir el país.

—¿Qué te ata aquí, no me digas que este trabajo?

—Mi familia, mis amigos.

—Hay cosas mejores que la familia y los amigos —contrapuso con una sonrisa todavía más enorme.

—No lo creo—. Me costó articular palabra, el vaho pútrido se había intensificado a un nivel de tornar irrespirable el aire a mi alrededor.

Entornó los parpados y soltó una risa aguda y muy baja.

—Tú no sabes nada del mundo.

—Existen cosas que son preferibles no saber o ver nunca.

—¿De verdad? Yo no lo creo, la sabiduría es fuente de poder. Creía que eras una muchacha inteligente, no esperaba de ti semejante respuesta.

—Las apariencias engañan—. Repliqué intentando contener el temblor que sentía que me bajaba por los brazos hasta las manos.

—Ni te imaginas cuanto —concedió casi con deleite.

Mis manos se pusieron a temblar; las escondí debajo del mostrador. Sufár siguió mi movimiento muy de cerca, sin duda era conciente de lo que me sucedía.

—¿Te encuentras bien?

Su pregunta sonó a burla.

—Sí. Los vinos que le digo se encuentran por allí, porque no se adelanta, enseguida lo alcanzo.

Sufár siguió la dirección de mis dedos moviendo solamente los ojos. Sonrió.

—No te tardes, tú y yo tenemos mucho de qué hablar—. Canturreó. Dio media vuelta y se fue andando lentamente en dirección al corredor de los vinos.

A toda prisa levanté el teléfono y empecé a marcar el número del celular de Lucas, no fue tarea fácil, temblaba como una hoja. Al fin logré marcar el número; me llevé el aparato al oído... llamó una vez, dos... tres...

Que no salte el contestador, que no salte el contestador —rogué—. Contesta, contesta, contesta.

Llamó una cuarta vez.

—Hola. ¿Qué pasa?, no me digas que se te complicó el trabajo y que no puedes llegar, estoy en el auto, en camino del cine; ya no es hora para arrepentirse, me voy a enojar mucho si me dejas plantado —soltó de un tirón sin permitirme meter bocado.

—Lucas —susurré en la voz más baja que me fue posible articular—, ven ahora, creo que...

El golpe me dejó sin aire. El empujón me lanzó contra la pared, mi nuca se estrelló contra ésta. No perdí la conciencia, pero por una fugaz milésima de segundo, todo se me puso blanco. Caí como si estuviese rellena de plomo. El dolor se adueñó de mí.

No permanecí mucho tiempo en el suelo, una mano poderosa y ruda, me levantó en vilo, apretándome el cuello al punto de no dejarme respirar.

—¿Cómo te diste cuenta? —inquirió en un gruñido poniéndome de pie.

Mis rodillas estaban flojas, mi corazón palpitaba debocado. Abrí los ojos lentamente, allí estaba él, no cabía duda, era un demonio, sus manos ardían como el fuego.

—¿Qué cambió desde la última vez que nos vimos? —preguntó aflojando ligeramente la presión sobre mi traquea para permitirme hablar.

—Nada cambió —jadeé en completo estado de indefensión.

—No me mientas —bramó estrellándome otra vez contra la pared; las ideas se bambolearon dentro de mi cráneo. Si por una de esas casualidades salía con vida de esto, estaría un par de semanas con un buen bulto en la cabeza de tanto golpe—. Sé que sabes qué soy y antes no lo sabías, es más, creo que lo descubriste en cuanto atravesé la puerta y quiero saber cómo y por qué.

—No sé de qué me habla —mentí desviando los ojos de su mirada, temía que

adivinase mi farsa en lo profundo de mis pupilas.

—¿Te crees que soy idiota? No nació ayer, Eliza —me advirtió apretándome contra la pared—. Llevo más años en esto de lo que llevan en este mundo ese muchachito al que acabas de llamar y el otro que te dejó, juntos.

—No sé de qué me habla.

—¿Quieres fastidiarme? —Sus ojos cobraron un reflejo rojo cobrizo.

—No.

—Entonces habla. ¡¿Qué cambió, cómo supiese lo que yo soy?! ¿Cómo lo descubriste?

Apreté los labios y permanecí en silencio, Lucas me había repetido cientos de miles de veces que no debía contarle nada a nadie, sobre mi supuesto don.

—Yo no lo sabía, simplemente no deseaba verlo, estaba a punto de irme, tengo una cita.

—¿Con ese insignificante insecto? Al menos tu otro candidato tenía algo de clase y poder —enmudeció y frunció la nariz—, supongo que fue por eso mismo que te dejó, a los de su clase no les agrada mucho mezclarse con humanos, no los creen dignos de su magnánima presencia —con su cuerpo me empujó contra la pared—, pero a mí no me molesta en lo más mínimo —despegó los labios y soltó un siseo agudo entre los dientes y la lengua—, yo puedo hacer excepciones.

Sentí su lengua áspera y caliente sobre mi mejilla izquierda. Me invadió el asco y la rabia. A base de forcejeos y codazos, logré quitármelo de encima pero no por mucho tiempo, en cuanto apretó mi cuello entre sus dedos, comenzó a faltarme el aire y tuve que rendirme otra vez.

—Sí que puedo... y quiero —me susurró al oído cuando volvió a tenerme presa entre la pared y la excesiva carne de su cuerpo. Su boca se hundió entre mi cuello y la camisa que llevaba puesta.

Intenté apartarlo de mí por segunda vez, me fue posible, consideré darle un rodillazo en la ingle pero temía romperme la rodilla en el intento, y correr con una rodilla rota no me parecía el mejor modo de intentar escapar de un demonio.

De repente, las luces del local se apagaron. Mi corazón dio un salto horrorizado. Sufár siguió con lo suyo mientras las persianas de acero que protegían las vidrieras empezaron a bajar; la única fuente de luz que restó, era la de la pantalla azul de la computadora, la cual se reflejaba sobre la piel del rostro de Sufár dándole un aspecto todavía más funesto a su ya desagradable apariencia.

—¿Qué es lo que quiere?

Sufár sonrió de oreja a oreja.

—Mi niña, quiero lo que todos queremos: una apetitosa alma y un cuerpo todavía más delicioso. ¿Sabías que la carne humana sabe realmente bien a nuestro paladar? —Chasqueó la lengua—. Es una pena que se hayan perdido las viejas tradiciones, antes nos dejaban devorar a cuantos quisiéramos —puso los ojos en blanco—. Ahora las cosas no son tan sencillas, cada vez que la policía encuentra un cuerpo medio devorado a dentelladas se arma un gran revuelo, por supuesto nuestro lado cuenta con mucha gente dentro y fuera de las fuerzas para evitar que esos casos se investiguen a fondo... debemos ser cuidadosos y recatados con nuestro apetito —se apartó ligeramente relamiéndose los labios y me miró de arriba abajo—. Por suerte, no a todos les gusta el bocado que ustedes los humanos representan, hay quienes dicen que los de tu especie no son dignos ni de ser comidos —su lengua se movió dentro de su boca—, supongo que tú ex amigo debe pensar de ese modo, sino me figuro que en vez de abandonarte, se habría dado el gusto; tú te entregaste a él en bandeja de plata.

Ni lo pensé, le escupí la cara. Estaba más furiosa que asustada. Me arrepentí al instante. El golpe en mi estomago fue tan duro, tan fuerte, que me dejó sin aire y con un espantoso dolor en la boca del estomago, justo debajo de donde terminan las costillas. Sufár me soltó y por eso caí pesada contra el suelo (no atiné a intentar sujetarme de algo, estaba más ocupada en procurar hacer que mi diafragma volviese a funcionar). Acabé desparramada por el suelo, sin poder siquiera pensar. Me costó tanto volver a respirar que creí que me ahogaría allí mismo. La primer bocanada de aire que logré absorber resultó increíblemente dolorosa. Pero el dolor no terminó ahí, el dolor apenas si estaba empezando. Lo primero que vi al abrir los ojos, fue su sombra sobre el techo oscuro, recortada en la luz azulina de la computadora, lo segundo: una mano de dedos regordetes que se me venía encima.

Unos dedos ardientes me tomaron de la pantorrilla derecha y me arrastraron por el piso más allá del mostrador. Los dedos me soltaron frente a la puerta del depósito a oscuras, dejándome la piel abrazada, igual que si fuese una res marcada a fuego.

Parpadeé varias veces para escurrir las lágrimas de dolor que me anegaban el rostro, y al abrirlos, Sufár ya no estaba allí. Me costó mucho, ya que el estómago me dolía horrores, pero logré sentarme, miré a mí alrededor, estaba sola otra vez, o al menos eso parecía a simple vista, su olor continuaba allí.

Lentamente y sin hacer ruido, me incorporé, no del todo, más allá del alto de las góndolas, se colaba la luz de la calle y no deseaba ponerme en evidencia ante ésta. Encorvada comencé a andar en dirección a la puerta, dudaba que fuese a encontrarla abierta, pero al menos debía hacer el intento. No llegué muy lejos, unos dedos como tenazas me agarraron por la nuca, clavándoseme en el cuello y en el cráneo.

Solté un alarido.

—Como iba diciendo, yo quisiera quédame con tu alma y con el resto de ti, pero a ciertas personas eso no les agradaría, sobretodo considerando todo el trabajo que nos ha llevado llegar a este punto—. Acercó sus labios hasta mi oído izquierdo—. Además, yo también tengo curiosidad por saber en qué termina todo esto.

—¿Vicente lo envió? —por alguna patológica necesidad morbosa de sufrir, precisaba saber, antes de morir, si él estaba implicado en esto.

La respuesta de Sufár tronó el aire con una sonrisa que atisbé de reojo.

—Dulzura —sacudió la cabeza—, tú no tienes ni la menor idea—. Dicho esto me empujó contra la góndola. Me di un fuerte golpe en el hombro al chocar contra el borde del estante superior, algunas botellas cayeron para hacerse trizas contra el suelo salpicando mis piernas. Quedé rodeada por un charco de champagne de oferta y cristales verde botella—. Conversemos tú y yo—. Me dijo cruzándose de brazos cuando luego de recuperar la estabilidad, le hice frente; secretamente, mis dedos hurgaron entre el estante que estaba a mi alcance, y como resultado, se encontraron con el cuello de una botella que había quedado en pie, la tomé pero no la saqué de la estantería, debía esperar al momento propicio.

Sufár ladeó la cabeza.

—Dime Eliza, qué hay de nuevo en tu vida por estos días —canturreó alegremente como si fuésemos un par de amigos de toda la vida, que se reencuentran después de un largo tiempo de separación.

—Nada.

Enarcó una ceja y respiró hondo; su vientre de por sí abultado, se ensanchó todavía más.

—Óyeme bien lo que te digo —entonó con un dedo aleccionador en alto inclinándose sobre mí—, no estoy para bromas, la verdad es que sí tengo una cena esta noche, y no deseo llegar tarde, de modo que habla. Dime cómo me reconociste.

—Usted se puso en evidencia —le escupí a la cara apretando los dedos

alrededor del cuello de la botella. Mis palmas sudadas de los nervios patinaron por el vidrio.

Sufár resopló con fastidio.

—¡Es que no me has oído! —dijo una zancada adelante y se paró justo delante de mis pies—. Te arrepentirás de hacerme perder la paciencia. ¡Habla!

La mano es más rápida que la vista, incluso que la vista de un demonio. Mi brazo se movió rápido surcando el aire viciado de olor a putrefacción en un arco perfecto. La botella se hizo añicos contra el flanco izquierdo de la cabeza de Sufár. Dudo haberle causado dolor alguno, más bien logré confundirlo; eso era lo que necesitaba yo, un momento de confusión o de distracción para intentar huir. Lo obtuve y lo aproveché.

En un ágil salto me abalancé hacia la puerta. Mis dedos llegaron a rozar la manija, pero eso fue todo. Una mole dura me apartó de la salida de un golpe que me lanzó hacia el corredor pegado a la vidriera. Por suerte, no perdí el equilibrio, tropecé con mis propios pies, pero aproveché el impulso para salir disparada lo más lejos posible, de él. Corrí hacia el lado derecho del local, mi intención era escabullirme entre las góndolas para luego intentar escapar otra vez en dirección a la salida. Sufár se lanzó tras mis pasos casi inmediatamente. Yo corría por un lado de las góndolas y él por el otro, esto se parecía al juego del gato y el ratón.

—¡No seas estúpida, nunca podrás escapar de mí! ¡¿Quién te crees que eres?! ¡Me importa un bledo los poderes que tengas, yo soy más fuerte que tú, y mucho más sabio, jamás saldrás de aquí con vida si primero, no haces tratos conmigo!

—¡Olvídese! —le grité por encima de las cajas de chocolates suizos cuyo perfume vainillado ya no lograba sentir, aquí olía únicamente a demonio, a infierno.

Corrí hacia un lado y él me siguió, igual que si fuese una imagen reflejada en un espejo; lo mismo hizo cuando amagué salir disparada hacia el otro.

—Eso no tiene sentido, dulzura, tú ya sabías que este día llegaría, fue antes de lo previsto, pero no importa —sonrió—, mucho mejor, no hay porqué seguir perdiendo el tiempo—. Hizo una pausa—. Allí afuera, hay muchas personas que están deseosas de conocerte, no te imaginas cuanto, es más, si te llevo a esa cena conmigo, serías muy bien recibida, tal cómo te lo mercerías si entras en razón.

—¡No voy a ir con usted a ninguna parte!

—Puedes tutearme, no me ofenderé, mi nombre es Omar —articuló sonriente

—. Tú yo podríamos convertirnos en grandes amigos, siempre he creído que tienes un gran potencial y continuo creyéndolo, es más, esta noche, más que nunca, estoy seguro de ello—. Una mirada libidinosa se instaló en sus ojos de ratón—. Se buena y dime la verdad, ¿me reconociste en cuanto atravesé la puerta, no es así?

No contesté.

—Tus labios pueden no ser unos delatores pero tu mirada te ha engañado, desde la antigüedad se dice que los ojos son el reflejo del alma y yo lo creo, ustedes los humanos son así de fáciles de deducir, si hasta incluso algunos demonios se ponen en evidencia con una sola mirada. No puedes ignorar el hecho de que tú también deseas saber qué sucedería si ese poder tuyo continúa desarrollándose. Ningún ser humano está libre de codicia, dulzura. El Infierno busca a personas como tú, desde el principio de los tiempos. No aceptamos a cualquiera en nuestras filas, y menos dentro del grupo al que yo pertenezco, somos algo así como un grupo de élite que nada tiene que ver con pequeños demonios que simplemente andan por ahí incitando el caos y la discordia. Nuestro objetivo es mucho más preciso e importante que el de esas insignificantes criaturas, nosotros no estamos aquí simplemente para divertirnos viendo como los humanos se ahogan en preocupaciones, viendo como se matan unos a otros por nada, presenciando la forma en que destrozan el trabajo que a otros les ha costado tanto, nosotros estamos aquí para...

Un celular empezó a sonar.

Sufár cerró los ojos, bueno, en realidad no fue más que un parpadeó algo más rápido de lo normal, el celular dejó de sonar, y él dejó de sonreír y me miró seriamente.

—Eliza, permíteme ser quien te guíe en tu camino al Infierno—. Hizo una breve pausa—. No dejes que ese nombre te engañe, bien podría haberse llamado paraíso y nadie se horrorizaría tanto. Piensa en nosotros como versiones muy mejoradas de un ser humano normal. Es que eso somos... seres superiores que buscan la perfección. Dime qué es lo que quieres a cambio y yo te lo daré con gusto, es que verdaderamente no importa que lo que pidas sea mucho o demasiado grande, lo que obtendrás al final será todavía más de lo que puedas haber soñado jamás.

—Yo no quiero nada de usted —le grité.

—Ni siquiera lo has meditado por dos segundos —parpadeó lánguidamente otra vez—, hay algo... tú lo deseas con toda tu alma, yo lo siento, sé lo que es... puedo dártelo Eliza, acepta el trato y te lo daré, en un parpadeó él estará

aquí contigo.

El dolor renació de la nada con aquellas palabras, y me atravesó el corazón como una lanza ardiente, el recuerdo de su rostro se reflejó en mis retinas, todo mi cuerpo se convulsionó. ¡Por Dios, cuanto deseaba volver a verlo! La necesidad era tal que sentí que me asfixiaba, que iba a explotar. Me vi obligada a apretar los puños para contener el temblor que se apoderó de mi cuerpo una vez más.

—Quieres a Vicente y yo puedo dártelo, estará aquí en un parpadeo si me dices que me das tu alma—. Dio un paso al frente y se agarró del estante superior de la góndola—. Dilo. Dame tu alma.

Mi corazón se puso a palpar descontrolado igual que si fuese una bomba a punto de estallar. Tenía las palabras en la punta de la lengua.

—Lo tendrás por todo el tiempo que desees, incluso, puedo asegurarte que si un día te cansas de su presencia, yo mismo de desharé de él con sumo placer. No me cabe ninguna duda que de aquí a un par de años, tú ya no desearás ver su rostro nunca más. Estás hecha para algo más grande, para algo más importante —sonrió—. Si aun así, si quieres divertirte con él por un tiempo, supongo que está bien, nadie se va a horrorizar —canturreó meneando la cabeza.

Dudaba que alguna vez fuese yo a cansarme de la compañía de Vicente, si en este momento lo necesitaba más que al aire que inspiraba por la nariz.

Tragué en seco.

—No permitas que las dudas te detengan.

—Vicente dijo que no me ama.

—Puedo hacer que te ame, puedo hacer que esté loco por ti, incluso puedo hacer que te ame más de lo que tú a él y que sufra por eso. Que sufra un poco estaría bien después de todo lo que te ha hecho sufrir a ti, no es así. Tú no notarías la diferencia —me enseñó los dientes en una amplia sonrisa—. No lo notaste durante todo el tiempo que estuvieron juntos. Vamos, el tiempo corre. No desees verlo entrar por esa misma puerta.

Ambos miramos en dirección a la puerta, no pasaba un alma por la calle.

Yo hubiese dado mi vida por verlo una vez más pero... No, no lo quería otra vez de vuelta a mi lado para vivir un engaño; ya estaba bien para mí de mentiras. Esta ciertamente no era una decisión fácil, sabía que me arrepentiría por el resto de mis días de lo que estaba a punto de decir, pero no soportaría tenerlo aquí conmigo viviendo una farsa. Apreté tanto las manos que se me clavaron las uñas en la carne.



—No hay trato—. Articulé con una dificultad imposible de imaginar para quien no se hubiese encontrado alguna vez en la vida, en una situación similar a la mía.

Contra mis pronósticos, Sufár no reaccionó, no al menos con un estallido de furia o algo similar, simplemente abrió los ojos muy grandes con las cejas enarcadas. Abrió la boca como para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—Esa no era la respuesta que esperaba. ¿Por qué tenías que escoger el camino más difícil? Podría haber sido tan sencillo.

De un salto inimaginablemente atlético para alguien de su complexión, brincó al estante más alto de la góndola aplastando los productos que estaban en exhibición en ella.

Me eché hacia atrás, reboté con la góndola a mis espaldas y salí corriendo, tenía pensado correr hacia la puerta, pero Sufár saltó otra vez y cayó justo frente a mí. Sus dedos se cerraron frente a mi nariz cuando intentó atraparme. Di media vuelta y corrí en la dirección contraria; a unos pocos metros del mostrador terminó mi carrera, Sufár me agarró del brazo izquierdo y me lanzó hacia atrás; sus uñas arañaron la piel de mi brazo luego de rasgar la tela de la camisa. Mis pies se despegaron del suelo. Trastabillé una vez más, pero no caí, él me tenía agarrada por el cuello.

—Te aconsejo que arregles esto aquí ahora, y conmigo, a la gente a la que te mencioné no le gusta andar jugando. No tendrán la misma paciencia que yo, por muy interesados en ver qué sucede contigo. Dame tu alma ahora —me estrelló contra el mueble de exposición dentro del cual se guardaban los habanos—. Dámela—. El segundo impacto de mi nuca contra el cristal de la puerta cerrada con una traba que no se abría sin la llave pertinente, fue todavía más duro. En la parte baja de mi espalda se clavaron los dos tambores de metal plateado que mantenían las puertas cerradas, en estos se insertaban las llaves para abrirlas—. Dámela ahora.

El aire me faltaba, tironeé de sus dedos pero no logré aflojar el agarre con el que me sostenía.

—Perfecto, lo haremos a tu modo. Te prevengo, esta no será como la última vez, Horacio era un idiota, mi técnica, es mucho más buena, llevo siglos torturando seres humanos, y créeme —sonrió—, mi técnica es infalible—. Tiró del cuello de mi camisa hacia sí, y luego me lanzó otra vez hacia atrás.

Quise aferrarme de algo, no tenía de qué. Sentí el choque conjuntamente con el crujido de cristales. Una catarata brillante cayó sobre mí. A la nariz me llegó el aroma del tabaco de los habanos. Ambas puertas estaban destrozadas. Caí

al piso entre vidrios y de milagro no me clavé ninguno, aunque... percibí ardor y frío en la frente, sobre la sien izquierda, algo tibio y húmedo empezó a chorrear por mi rostro. Mi mano encontró rápidamente la fuente del problema, cuando me miré los dedos, estaban rojos de sangre. Las gotas me llegaron al cuello y cayeron sobre mi camisa blanca. La visión de la sangre me revolvió el estómago, por un momento todo se me puso negro. Me esforcé para mantenerme consciente; no podía desmayarme ahora.

Todavía aturdida, volví a limpiarme el rostro, esta vez con el puño de la camisa. Salía demasiada sangre para mi gusto.

Las pisadas hicieron crujir el cristal. El par de zapatos tipo mocasines, de color marrón, se detuvo entre mis despatarradas piernas. Sufár se agachó, se colocó en cuclillas y me contempló divertido.

—Huele bien—. Entonó olfateando el aire. Estiró un brazo y pasó su dedo pulgar por la herida, sobre la cual volví a sentir el filo del cristal. Se llevó el dedo humedecido en mi sangre a la boca y la degustó sin apuro—. Deliciosa. ¿Me recriminarás el día de mañana, si me quedo con uno de tus lindos largos dedos? —preguntó con picardía tomándome por la muñeca derecha. Se llevó mi dedo índice a la boca y me dio un mordiscón debajo de la uña, por un instante creí que hablaba en serio, que se comería mi dedo, pero solamente fue un doloroso amague. Se quitó mi dedo de la boca riendo a carcajadas. Pude ver las marcas blancas que sus dientes habían dejado—. Vamos —dijo en el mismo tono que un niño que intenta convencer a sus padres para que le den lo que desea—, te hacía más inteligente. No tienes por qué pasar por esto, es ridículo. Di que me entregas tu alma y terminaremos con esto de una buena vez, para que podamos ser amigos, ¿tú no deseabas ser mi amiga, o simplemente te mostrabas amistosa porque realmente quería que te ayudase a salir de aquí? Como sea, puedo ayudarte a salir de aquí.

—Ya no me interesa nada que usted pueda darme.

—Baja el tono, que todavía continúas siendo una humana —me espetó—. Mira, el asunto es el siguiente, no quiero seguir dañando tu pobre cuerpo, tendrás que seguir con él toda la eternidad, de modo que partiré hacia otra táctica: o me das tu alma a tu padre se muere en este mismo instante—. Sacó un celular del interior de su saco de vestir. Presionó una tecla y fijó sus ojos en mí mientras se llevaba el celular a la oreja—. Soy yo...

—No lo haga—le rogué en un alarido.

—Un momento —le dijo al teléfono sin quitarme los ojos de encima—. Eso siempre resulta. Eres muy apegada a tu padre, ¿no? —me dio un segundo—.

Vamos, me gustaría oírlo claro y fuerte. Dilo, di que me entregas tu alma a cambio de que yo te dé a Vicente.

Mi corazón enloqueció, y yo también. Me abalancé sobre él y de un manotazo le quité el celular de las manos. El aparato fue a parar a solo Dios sabe donde. Caímos al piso forcejando pero Sufár ganó la pulseada, no sé ni cómo ni cuándo, me levantó en voladas y me arrojó a un par de metros de distancia. Aparecí tirada otra vez frente a la puerta del depósito.

—¡Eres una maldita tramposa! —Rugió a voz en cuello—. Eres el prospecto de candidato perfecto para convertirte en demonio —su voz estaba cada vez más cerca—, serás peor que muchos —su rostro sonriente apareció en la luz que entraba de la calle—, incluyéndome a mí.

—Va a tener que matarme, porque no pienso entregarle mi alma.

—Sí me obligas—. Dijo encogiéndose de hombros mientras caminaba hacia mí, yo mientras tanto me arrastraba por el piso hacia atrás, estaba tan mareada que temía no poder sostenerme en pie, además de dolía absolutamente todo.

—Lucas va a llegar en cualquier momento —solté. Fue un acto de desesperación que hubiese querido poder reprimir.

Sufár soltó una carcajada.

—¿Parezco el tipo de demonio que podría tenerle miedo a ese muchacho? Sus poderes no le llegan a los talones a los míos. Puede que se enoje todavía más conmigo al leer mi mente y ver como gocé devorando cada uno de tus lindos dedos, pero mas allá de eso, qué crees que puede hacer en contra mío.

—Lucas no puede matarte... —jadeé. Vicente si hubiese podido (eso me lo guarde para mí).

—No, no puede —canturreó él sonriendo a medias—. Por lo visto no eres una completa neófita. Eso es bueno, has aprendido algo a lo largo de este tiempo, la mayoría de los humanos pretende ignorar la verdad, pero volvemos al hecho que nos trajo aquí: tú eres distinta. ¿Cuántas pruebas más esperas que te dé? —tironeó de mí hacia arriba para ponerme en pie, intenté negarme; su fuerza, por supuesto, venció—. Puedo volver al plan inicial—. Bajó la vista al brazo por el que me tenía sujeta—. Esto no dejará marca alguna —me aseguró sin dejar de sonreír.

No vi qué hacía, simplemente sentí como si intentase retorcer el hueso de mi antebrazo sobre su eje.

Grité y grité, el dolor no cesaba jamás; esto no era un golpe seco, no era un choque contra algo duro, tampoco un corte limpio, ni el ardor de una quemadura, era un dolor eterno, más largo de lo soportable. Lo primero que

perdí fue la estabilidad de mis piernas, me dio flojera en las rodillas; el estomago se me dio vuelta, la mano libre se me puso fría. La descompensación siguió rumbo hasta mi cabeza, todo, debajo de mis párpados empezó a brillar... me estaba yendo. Por entre la cortina de dolor oí que volvía a pedirme mi alma, pero yo ya no era capaz de hablar. En lugar de mi voz surgió otra, una tan familiar y querida que empecé a creer que me moría, o al menos, deliraba. El dolor cesó y la voz se hizo más fuerte.

### 38. Justo cuando creí que comenzaba a olvidar.

—Lucas no puede matarte, pero yo sí —rugió furiosa la voz.

No me quedó ninguna duda, era la voz de Vicente, la habría reconocido incluso en el más estruendoso griterío.

Tardé tanto en caer al suelo que por un momento, creí que flotaba en el aire. El golpe contra el piso me hizo abrir los ojos, que al instante, se me llenaron de lágrimas.

Sonó un fuerte choque, cientos de estallidos de cristal. Golpes y más golpes. Sonaba como si alguien estuviese intentando tirar una pared abajo. Oí gritos, insultos, más golpes.

Alguien gritó mi nombre.

Mi nuca giró sobre el suelo. Mis ojos siguieron el camino de luz que dejó la puerta abierta. Una figura negra recortada por la luz de unos faros de un blanco intenso, corría hacia mí.

—Tengo que sacarte de aquí—soltó presuroso intentando levantarme del suelo.

—Vicente...

—Sí, él está aquí —contestó Lucas—; tengo que sacarte de este lugar, ahora —precisó ayudándome a colgarme de su hombro.

Sonaron más golpes y estallidos, y unas voces que hablaban un idioma completamente desconocido para mí.

—Agárrate fuerte.

Justo cuando íbamos a levantarnos, algo pasó en vuelo rasante sobre nuestras cabezas. Después de ese algo, que casi nos decapita, fuimos impactados por una mancha marrón. Creí reconocer el traje de Sufár, pero aquello ya no se parecía a Sufár, esta cosa era una bestia de cuernos, enorme y fuerte. La bestia arrancó a Lucas de mis manos y me arrastró con él hacia el otro lado del local.

—¡Suéltala!

Lo reconocí por el modo de vestir, más que por su voz o por su apariencia, pese a que yo ya había tenido la oportunidad de verlo en ese estado.

—¡Ni lo sueñes! —respondió Sufár apretándome más fuerte contra su pecho, su brazo estaba alrededor de mi cuello por lo que me costaba respirar.

—Voy a asegurarme que de ti, no queden más que unas cuantas cenizas —lo amenazó Vicente con un vozarrón que parecía emerger desde lo más profundo de su pecho.

—Pues ella arderá conmigo —le contestó Sufár dejándome sorda.

—¡Pedazo de mierda del infierno, te dijeron que la sueltes!

Si Sufár no me hubiese tenido agarrada, me habría caído sentada. Lucas se había convertido en una especie de gárgola inmensa, todavía más ancha y alta que el propio Vicente.

—Haré que te comas todas y cada una de tus palabras y que te arrepientas hasta del último de tus pensamientos—. Bramó furioso—. Puede que no tenga la capacidad de generar fuego, pero nadie será capaz de reunir los pedazos de tu cuerpo cuando acabe contigo.

—Lucas, lárgate en este preciso instante —le espetó Vicente.

—Sí, borreguito, vuelve por donde viniste, este no es asunto tuyo.

—Ella es asunto mío —soltó Lucas abalanzándose hacia delante, pero Vicente le cerró el paso con un brazo.

—Creí que ella era asunto de él, no tuyo borreguito—. Sufár se carcajeó—. Qué harán con ella cuando esto termine, ¿partirla a la mitad?—. Les espetó volviendo a estallar en risas. Su pecho se sacudió con las carcajadas y yo reboté al compás.

—Mi único interés aquí es borrarte del mapa, Omar —entonó Vicente con filosa precisión.

No me esperaba ni lo que dijo Vicente, ni lo que sucedió a continuación, con respecto a lo primero... bien, debo admitir que en mí había renacido la esperanza, pensé que había vuelto, lo digo en el más completo sentido de la palabra: vuelto por mí, para quedarse junto a mí; y con respecto a lo segundo... Sufár me soltó y caí sentada.

Sufár me esquivó como si no fuese más que un bulto algo incómodo.

—Magnífico, dile a tu borreguito que se largue, pero que no se vaya muy lejos, cuando acabe contigo, me ocuparé de él, y luego de ella —entonó desafiante.

Lucas me recogió del suelo, yo intenté librarme de él, ya nada me interesaba, prefería morir aquí que seguir viviendo así. No pude hacer nada contra lo que

me sujetaba. Un metro antes de que llegásemos a la puerta, sentí la explosión. Un reflejo dorado iluminó el techo del local. Sentí el calor. La honda expansiva nos lanzó contra la puerta abierta. Yo caí sobre la vereda, pero Lucas salió en pie.

Cuando volví a tenerlo dentro de mi campo visual, ya había recuperado su aspecto normal. Me di la vuelta para encontrarme de frente con un espectáculo dantesco, el local estaba envuelto en llamas, todo ardía, parecía un polvorín que hubiese agarrado fuego. No me explicaba cómo estaba sucediendo aquello, si apenas habíamos salido de allí cinco segundos atrás.

—Arriba —me ordenó Lucas tomándome por un brazo—. Tengo que llevarte lejos de aquí.

—No —chillé—, él está adentro. Las palabras de me escaparon entre sollozos, quería volver con él, necesitaba volver con él, prefería que el fuego me abrazara antes de tener que verme obligada a apartarme de su lado una vez más.

—Vicente va a estar bien, es a ti a quien tenemos que poner a recaudo... ese corte.

—No es nada —mentí enderezando la espalda.

Estábamos discutiendo cuando alguien salió por la puerta, de entre las llamas. Era él, estaba indemne, no tenía ni un chamuscón, ni un rasguño ni se había ensuciado la ropa con el humo del fuego. Sin siquiera mirarnos, cerró la puerta de vidrio y luego le dio un codazo. El codazo destrozó el cristal, acto seguido pateó el marco de la puerta, hasta que volvió a abrirla para luego arremeter contra la persiana de metal, la deformó con sus manos igual que si fuese la más tierna y blanda de las masas, hasta que evidentemente estuvo satisfecho. Se volvió hacia nosotros nos dedicó una mirada, bien para ser honesta, miró a Lucas, a mí me ignoró alevosamente.

No podía creer que lo tuviese otra vez frente a frente; quería y necesitaba decirle tantas cosas que ninguna vencía la batalla por salir en primer lugar. Sentí que me derretía por dentro, ardía en ganas de abrazarlo y besarlo... de decirle que todavía lo amaba.

Justo cuando creí que comenzaba a olvidar.

—¿Qué haces todavía aquí? —le espetó a Lucas interrumpiendo mi infantil ensoñación.

—No quiere moverse de aquí... es por ti —le gruñó de mal modo.

Temí que Lucas cumpliera su promesa de hacerle lamentar el día en que se metió en mi vida. Lo que menos quería en este momento, es verlos a ambos

reñir.

—¿Y desde cuando le haces caso a los humanos?—

La mano de Lucas apretó mi brazo, oí sus dientes chirriar; creí que se convertiría otra vez en la bestia que yo había visto dentro.

—Llévatela de aquí en este instante, nos vemos en el departamento en una hora, todavía tengo cosas que terminar antes de irme.

Lucas dio un paso y como yo no me moví, tironeó de mí. Miré a Vicente, pero él esquivó mis ojos y finalmente me dio la espalda.

—Vamos Eliza, tenemos que irnos, la policía llegará de un momento a otro.

—No —repliqué intentando hacer que me soltara.

—Por favor.

Me eché a llorar, había esperado este momento por semanas, pero no era exactamente así como lo había soñado, en mis sueños, nuestro reencuentro se daba porque Vicente tenía tantas ganas de volver a verme, como yo a él.

—Debes llevarte la camioneta —dijo arrastrándome hasta ella.

Recordé que no tenía las llaves, mis cosas habían quedado dentro.

Lucas encontró el modo de abrir la puerta, bueno, no exactamente abrirla, rompió el vidrio de un codazo y luego hizo saltar las trabas. La alarma empezó a sonar, pero no lo haría por mucho, Lucas apartó los vidrios y colgado de la cintura en la ventana, arrancó el panel inferior de debajo del volante, tironeó de unos cables, el sonido de la alarma se extinguió. Abrió la puerta, hizo algo más, el motor se puso en marcha.

Me sorprendió que el alboroto no hubiese atraído a curiosos, pero allí estábamos nosotros, a las puertas de un terrible incendio, con cristales rotos, alarmas sonando.

—Súbete, yo te seguiré en mi automóvil—. Soltó después de darle arranque al motor haciendo contacto con unos cables que arrancara de debajo del panel delantero.

No pude moverme.

—¿Puedes manejar?—

—Sí—. Mi voz sonó temblorosa y débil. No tenía fuerzas para nada y dudaba recuperarlas.

Me puso una mano en la espalda.

—Arriba entonces —me urgió en un tono dulce, supongo que se percató de que yo estaba destrozada.

Subí empujada por su mano firme, pero delicada.

—Estarás bien —me aseguró, pero yo no le creí. El dolor era peor de lo que

nunca antes había sido.

Me agarré del volante. Lucas cerró la puerta.

—Estaré detrás de ti —me avisó.

Manejé hasta mi casa, como si estuviese manejando por la vía Láctea, sentía todo muy lejano, todo me parecía irreal, todo menos su rostro recortado entre las llamas doradas que él mismo había provocado. Estaba igual que siempre, perfecto, algo distante y encantadoramente atractivo. Incluso sus esquivos ojos no habían cambiado, tampoco sus manos. ¡Por Dios, cuanto deseaba que me abrazara otra vez!

Su perfume me vino a la nariz, incluso recordé el modo en que se sentía el tacto de su piel sobre la mía, como eran sus besos y la forma en que me hacían perder la cabeza, y su voz baja de cuando me hablaba entre susurros esperando que me durmiese. Lo recordé todo, hasta el más mínimo detalle. En realidad, no es que lo hubiese olvidado, sino que había encerrado todos esos recuerdos en un arcón, bajo siete llaves, en lo más recóndito de mi cerebro.

¡Genial! —pensé con amargura, el arcón está abierto, de vuelta a sufrir en carne viva.

Lucas estacionó detrás de mí, y corriendo vino a buscarme; llegó a la puerta antes de que yo tuviese tiempo de poner una mano sobre la manija para abrirla. La abrió para mí y como si fuese una inválida, me guió hacia la puerta. Sin necesitar de la llave, se abrió paso al hall, cuando me percaté, ya estábamos en el ascensor y unos segundos más tarde, dentro del departamento.

—Tenemos que ocuparnos de esa herida—. Noté la preocupación en el tono de su voz, pero mi cerebro no se acopló a su urgencia, la sangre no había parado de brotar, pero sí había disminuido la cantidad que chorreaba, sinceramente, en este momento no me importaba un bledo si me desangraba.

—Siéntate, voy al baño a buscar unas cosas—. Me empujó contra una de las sillas de la cocina. Mis piernas cedieron a la fuerza que imprimió sobre mis hombros. Me senté, primero recta, sin tocar el respaldo, estaba anestesiada y perdida, necesitaba que llegara, quería hablar con él. Tenía que volver a verlo, tenía que saber por qué había regresado, debía explicarme por qué ni siquiera quería mirarme a la cara.

Tuve que reclinar me sobre la mesa para no caerme del asiento.

Lucas llegó cargando un montón de cosas, entre ellas, una gran botella de alcohol, un paquete de algodón, vendas, antisépticos, apósitos, cinta adhesiva y no sé cuantas otras cosas más.

Con brusquedad, le arrancó un trozo al algodón y lo apoyó sobre mi ceja, con



la otra mano, luego de escupir la tapa a un lado (se la había sacado con los dientes), me arrojó un chorro de ese horrible antiséptico rojo parduzco, sobre la herida.

Me quejé, pero más allá de eso, no hubo otra reacción.

Lucas dejó sobre la mesa la botellita plateada que chorreaba grandes gotas parduscas, y con cuidado, pasó el algodón alrededor de la herida.

—Creo que necesitarás puntos.

No tenía intenciones de ir al hospital.

—No hace falta—. Quise apartarlo de mí, pero no me lo permitió—. Déjame —le grité y se quedó helado con el algodón manchado de sangre y antiséptico en alto—. ¡Déjame en paz! —grité con más fuerza aún.

Lucas dio un paso atrás, soltó el algodón sobre la mesa y se quedó mirándome.

—Solamente intento ayudarte.

—¡Pues no necesito tu ayuda! —chillé. Me di vuelta, manoteé uno de los sobres que papel que contenían gasa y lo rasgué, extraje las gasas y me las llevé a la frente. Así, con los codos sobre la mesa y las manos sobre las gasas, me quedé llorando.

Se hizo un silencio que duró no sé cuanto, pueden haber sido segundos, minutos u horas.

—¿Eliza?

Mis ojos buscaron su rostro.

Tenía tal cara de sufrimiento que empeoró mi llanto.

Lucas apartó la silla a mi izquierda y se sentó en ella. Me puso una mano en el hombro.

—¿Por qué vino?

—Yo lo llamé. La comunicación nunca se cortó. Oí lo suficiente como para saber que necesitaríamos ayuda. Nunca creí que fuese a contestar mi llamado y menos que aceptase seguirme hasta ti, yo ya estaba en camino al local cuando conseguí localizarlo. Debo admitir que también me sorprendió que estuviese en el país. Sí no lo encontraba a él, tenía pensado llamar a Ariel, pero él respondió al instante.

—¿Qué le dijiste?

—Que necesitaba ayuda, que iba en camino a salvarte, que sabía que alguien estaba intentando quedarse con tu alma y que no pensaba quedarme de brazos cruzados, que me importaba un cuerno quien fuese ese alguien, que no lo permitiría así tuviese que dar mi propia vida.

Bajé las gasas y comprobé que gracias a la presión, la sangre apenas si

emanaba de la herida.

—Lo hice porque sin él, ninguno de los dos habría salido con vida de allí—.  
Añadió.

La puerta se abrió, los dos nos volvimos a mirar quien era, en realidad, ya sabíamos quién vendría.

Lucas se puso de pie de un salto.

Vicente miró a su alrededor, evidentemente estaba tomando constancia de los cambios que había sufrido mi departamento desde la última vez que él estuvo aquí.

Azó la puerta a su espalda.

Me puse de pie.

—¿Sufrieron algún percance de camino aquí? —le preguntó directamente a Lucas, éste negó con la cabeza—. Mejor así, ya me he comunicado con Ariel; la responsabilidad de lo sucedido es mía, ustedes no tienen de qué preocuparse.

—¿No? —replicó Lucas con ironía.

—No —contestó él con frialdad.

—¿Quién era?

—Eso ya no debe preocuparte.

—Su nombre era Sufár, compra en el local desde que yo entré a trabajar allí —le expliqué a Lucas mientras Vicente permanecía inmutable.

—¿De dónde salió, con quién estaba aliado?

—He dicho que eso ya no importa.

—“No importa” un cuerno —explotó Lucas—. Deja de dar evasivas, todo lo que sucede aquí es culpa tuya, va siendo hora de que te hagas responsable. No puedes seguir actuando como si todo te importase una mierda. ¡¿Crees que no hiciste suficiente daño?! ¡¿Quién te crees que eres que puedes jugar con la vida de los demás?! ¡Eres un maldito miserable! La peor inmundicia del mundo —gruñó entre dientes—. Ustedes pueden considerarme apenas una mota de polvo, pero yo me alegro de no ser como tú —soltó con asco—. ¡Sí, soy un demonio pero jamás lograré convertirme en la mierda en la que tú te convertiste! Me importa un carajo si nunca obtengo el poder que tú tienes, lo que yo tengo es mucho mejor —soltó Lucas, para luego mirarme.

Por primera vez, los ojos de Vicente se posaron en mí.

No dijo nada, pero a mí me bastó para darme cuenta de que era ahora o nunca.

—Déjanos solos —le pedí.

Lucas puso cara de horror, detectó al instante que el pedido era para él.

—¡No! —bramó.

—Por favor.

—¡No!

Los ojos se le pusieron rojo, no como cuando se enojaba, sino más bien, como si fuese a echarse a llorar. Me di cuenta de que lo estaba apuñalando por la espalda y me sentí espantosamente culpable.

—Por favor —insistí.

Me miró a mí, lo miró a Vicente y finalmente, sin que mediara palabra, dio media vuelta y se echó a andar en dirección a la puerta, cuando llegó a la altura de Vicente se detuvo.

—Si le tocas un solo cabello vas a arrepentirte —masculló por lo bajo pero yo llegué a escucharlo, Vicente lo miró pero no reaccionó a la incitación, su rostro volvía a dar la sensación de estar tallado sobre una dura roca. Lucas siguió con su camino, abrió la puerta y salió, yo sabía que no se movería de detrás de ésta.

Tragué saliva; no encontraba el modo de volver a hablarle.

### 39. El ángel de la oscuridad.

—¿Por qué volviste? —No sabía por dónde empezar, de modo que fui directamente al grano.

Se mordió el labio inferior y bajó la vista por una milésima de segundo.

—Con un gracias por haberme salvado la vida, me hubiese bastado —soltó en tono socarrón avanzando por mi departamento. Se detuvo al final del sillón, miró a un lado y al otro, inspiró hondo y frunció la nariz; evidentemente lo que percibió no le agrado—. No volví por ti, volví por Lucas, él aún es mi responsabilidad.

No supe qué responder a eso. El piso tembló debajo de mis pies.

—Y comienzo a arrepentirme de haberlo hecho, debí dejar que ustedes dos se arreglasen solos, parece que hasta ahora lo vienen haciendo muy bien.

—No tenías ninguna obligación de hacer nada por nadie —dije con un hilo de voz procurando no desarmarme y sobre todo, no largarme a llorar otra vez.

—Ya te lo he dicho, tenía y tengo una obligación para con él... bueno —frunció la boca y soltó aire por ésta, haciendo mucho ruido—. Por lo visto las cosas han cambiado mucho, es evidente que él ya no me necesita —clavó los ojos en mí—, y tú tampoco.

—Supongo que te da igual si yo te necesito o no.

—¿Cuánto tardaste en cambiarme por él: un día —abrió muy grande los ojos—, una semana?

—Yo no te cambié por nadie, y por si no lo recuerdas, fuiste tú quien me dejó, fuiste tú quien nunca me amó.

—Y lo has superado a la perfección.

De haber tenido algo a mano, se lo hubiese arrojado por la cabeza.

—¿Por qué volviste?

No articuló ni una palabra.

—No tienes ni la menor idea de lo que ha sido mi vida desde la noche en que me dejaste —se me escaparon las primeras lágrimas—. No tienes ningún derecho a hacerme esto, supongo que vas a regodearte con esto, pero la verdad es que todavía te amo, la verdad es que mi existencia es un Infierno desde que te fuiste, y que si estoy con Lucas es por un patético esfuerzo por estar lo más cerca de ti que me es posible; él me ofreció su amistad y la acepté. No me quedaba nada más—. No pude controlar el temblor de mis manos—, pero eso a ti debe importarte muy poco—. Me tragué un buen trago de lágrimas—. Pudieses haberme dejado morir en manos de Sufár pero me figuro que para ti es más divertido ser el espectador de mis pobres esfuerzos por seguir adelante. ¿Por qué volviste? —entoné por tercera vez, llorando a mares.

—Tienes razón, me equivoqué, no debí regresar, siquiera por él.

—Perfecto, ya puedes largarte entonces; vuelve a tu maravillosa y perfecta vida, no tienes nada que hacer aquí, no hay nada digno de ti aquí, nosotros somos muy poca cosa para alguien como tú.

Su cara de piedra se puso todavía más dura.

—Te he traído esto.

Por primera vez noté que cargaba algo en sus manos. Era mi cartera, evidentemente la había rescatado del fuego.

—No debía quedar allí. El reporte oficial será que tú cerraste y te fuiste, unos ladrones forzaron la entrada, robaron algo de dinero y alcohol y se largaron, no sin antes prender fuego el lugar—. Hizo una pausa y luego continuó—. Lo lamento, pero no ha quedado nada. Nadie hallará ningún rastro de lo que realmente sucedió, y por supuesto, tú no debes decirle una palabra a nadie. Nadie sabrá que Sufár estuvo allí, lo que ha pasado esta noche ya no existe, nunca existió —remarcó.

Me acerqué a él para tomar mi cartera pero me alejé de su lado lo más rápido que me fue posible.

Nos quedamos en silencio.

Las luces se apagaron, esto había sucedido otras veces, como preámbulo de algo muy malo, pero esta vez no me dio miedo.

Vicente no dijo nada, simplemente se limitó a no quitarme los ojos de encima. Su rostro quedó iluminado por la luz amarillo cadmio de la calle que entraba por la ventana de la cocina, confirmando aún más que esto no era un simple corte de luz, ni mucho menos, un gran apagón, la electricidad simplemente no funcionaba en mi departamento.

Mi ángel de la oscuridad —pensé—. Siempre será eso para mí, en ángel de la oscuridad que vino, no para proteger mi alma, sino para adueñarse de ella.

—Me rompiste el corazón... te quedaste con mi alma —pretendía ser una acusación, pero sonó a ruego desesperado. Lo pensé, quería decirlo, pero no estaba segura de poder articular aquellas dos palabras, al final salieron—. Te odio —le dije lo más fuerte que pude la voz. Creí que me sentiría mejor al decir las, no fue así, fue espantoso, fue lo peor que pudiese haber hecho—. Maldigo la hora en la que entraste en mi vida. No quiero volver a verte nunca más.

Vicente no dio señales de haber comprendido lo que le decía.

—Lárgate, vete. Ahora es mi turno de ser cruel. Te odio, lamento haberte querido tanto.

No movió ni un músculo, es más ni siquiera parpadeaba, por lo que sus preciosos ojos grises quedaban en constante exposición para tortura de mi corazón.

—¡Vete ya! —le grité desgañitándome la garganta—. ¡Te odio! ¡Te odio! ¡No quiero volver a verte! ¡Lárgate! ¡Déjame en paz!

Lucas abrió la puerta y entró dejándola abierta.

—Te pidieron que te largues —le señaló a Vicente—. Esfúmate.

Vicente dio media vuelta y se fue, caminando lento, sin decir nada más, sin mirar atrás. En cuanto Lucas cerró la puerta tras su espalda, salí corriendo y me encerré en mi cuarto, no quería ver a nadie, si quiera mi propio reflejo en el espejo. No podía conmigo misma, llegué a pensar que moriría de tristeza. Hoy había estado más frío que nunca, me había demostrado que si me había salvado a mí, era como consecuencia de algo más importante para él, no porque yo le importase.

Lloré y grité hundiéndome la cara en la almohada por horas. Lucas me habló a través de la puerta pero le pedí que no entrara y no se animó a traspasar el umbral sin mi autorización. Esa noche no dormí casi nada, digamos que apenas

dormité por un par de segundos. A las siete de la mañana sonó el teléfono, mi madre estaba viendo las noticias por televisión, el local arrasado por el fuego en el centro de la ciudad, después de un robo, era titular en la mayoría de los noticieros matutinos; corté con ella y el teléfono volvió a sonar, era Julio, para darme la novedad y para preguntarme si yo había notado algo extraño anoche al salir del trabajo; le contesté que no, que no había sucedido nada fuera de lo normal. Ante mi pasividad, que él debe haber tomado como aturdimiento frente a la novedad, me dijo que no me preocupara, que el lugar estaba destruido pero que tenía seguro, que esto no se terminaría así, que él quería conservar el lugar y el negocio y que no pensaba dejarnos en la calle a ninguno de los tres (refiriéndose a Susana, Matías y a mí); a mí ya todo me importaba un comino. Julio me pidió que en cuanto tuviese tiempo, me diera una pasada por la comisaría que quedaba a pocas calles del local, que ellos tenían a cargo el caso y que deseaban formularme unas cuantas preguntas de rutina, solamente para que quedase asentado a que hora había cerrado y si había visto algún movimiento extraño durante el día.

A los dos segundos de volver a colgar con Julio, llamó Susana, nuestra conversación trató sobre lo mismo, es más, fue demasiado parecida, Julio ya había hablado con ella, había intentado comunicarse antes conmigo pero mi teléfono le daba ocupado. Susana también se preocupó por mi tono.

—Vamos a estar bien —me dijo—. Julio prometió hacer todo lo posible para devolvernos nuestros trabajos.

Mi problema no era si me quedaba sin trabajo o no.

—Menos mal que nos fuimos temprano, mira si no te hubieses ido al cine... Ayer fue un día tan extraño, sucedieron tantas cosas raras.

Era cierto, todo se había complotado para decantar en un solo suceso.

—¿Cómo quedó tu cocina? —le pregunté en un inesperado arranque de cortesía.

—No fue tan grave, creo que entré en pánico cuando Sebastián me llamó por teléfono; tendremos que cambiar esa sección de la alacena y repintar el techo, pero nada más. ¿Cómo te fue a ti en el cine, que vieron? 1me distraje por un segundo, Lucas abrió la puerta y entró sin pedir permiso.

—Dile que no llegamos al cine, que tuviste un pequeño accidente, caíste y te hiciste un corte en la frente—. Dijo en voz baja para no ser oído.

Le repetí a Susana, aquella excusa, al pie de la letra, yo no hubiese podido inventar ninguna y tampoco, si la policía investigaba, demostrar mi presencia en cine alguno.

—¿Fue grave?

—Tengo un corte en la frente y me duele algo la cabeza pero voy a estar bien.

—Tienes que tener más cuidado por dónde pisas- me recomendó con dulzura.

—Sí, ya lo sé, el problema conmigo es que no veo las cosas hasta que las tengo encima—. Sí, definitivamente ese era mi problema.

—Quédate en cama hoy, dile a Lucas que te cuide, dudo que le moleste hacerlo. Te llamo más tarde para ver cómo sigues, y no te preocupes, recuperaremos nuestros trabajos.

Me despedí de ella y corté, Lucas vino y se sentó a los pies de mi cama.

—Ariel se comunicó conmigo hará cosa de una hora, me llamó para decirme que la noticia de la desaparición de ese tal Sufár corrió como pólvora pero que nadie tiene ni la menor idea de qué sucedió con él, no sospechan de nosotros, no saben que estamos involucrados y nunca lo sabrán. También me dijo que de ahora en más, ya no dependo de Vicente, que él no desea tenerme más como aprendiz, de modo que soy libre, bueno, tan libre como se puede ser, de ahora en más solamente responderé sobre mis acciones ante Ariel—. Efectuó una brevísima pausa en la que se miró las rodillas—, Vicente dejó el país esta mañana y no tiene pensado regresar, no al menos en un futuro cercano. Le pidió a Ariel que no vuelva a darle trabajos en el país, quiere pasar lejos de aquí una temporada.

Se terminó —me dije a mi misma—. Se terminó.

Se me empañaron los ojos, pero no derramé una sola lágrima.

Estiró una mano y se aferró de la mía.

—Se fue —apretó mi mano un poco más—. Solamente quedamos tú y yo.

Le devolví el apretón.

—Sí, solamente quedamos tú y yo.

Mentira, de mí no quedaba absolutamente nada, sí algo había quedado de mí, luego de que me abandonase por primera vez, esta segunda partida suya se lo había llevado. Me sentí más vacía y sola de lo que me hubiese sentido jamás.

Me sentía más cerca del Infierno de que lo me hubiese sentido antes, incluso cuando deseaba entregar mi alma a sus llamas, por Vicente. Por lo pronto, me encontraba en el Purgatorio, pagando mis pecados, con la peor de las torturas: el tiempo que avanza a paso lento, tomando cuidado de no saltarse un solo segundo, marcando cada minuto, cada palpitar. Lo único que podía esperar, es que un día, llegase mi hora y mi destino por fin se definiese, ¿al Cielo o al Infierno? ¿Dónde iría a parar?

Así el amor lo ordena;  
Amor, más poderoso que la muerte:  
Por él de la maldad sufre la pena  
El Dios de las virtudes, y el león fuerte  
Se ofrece al golpe fiero  
Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,  
Ante siglos de siglos degollada!  
Aun no ahuyentó la noche pavorosa  
Por vez primera el alba nacarada,  
Y hostia del amor tierno,  
Moriste en los derechos del Eterno



# Table of Contents

- [1. En las nubes.](#)
- [2. Preocupaciones que roen el alma.](#)
- [3. Planes de boda.](#)
- [4. Potencial punto débil.](#)
- [5. Drapeados, volados y perlas.](#)
- [6. Fantasmas del pasado.](#)
- [7. Exceso de testosterona.](#)
- [8. Fuego y hielo.](#)
- [9. Silencio.](#)
- [10. Corazón delator.](#)
- [11. El clan Salleses.](#)
- [12. Sin sorpresas.](#)
- [13. De vuelta al trabajo.](#)
- [14. Ángeles y Demonios.](#)
- [15. Historias, leyendas y mitos.](#)
- [16. El caballero oscuro.](#)
- [17. Castigos y Recompensas.](#)
- [18. Siguiendo las pistas.](#)
- [19. Entierro prematuro.](#)
- [20. Ética demoníaca.](#)
- [21. Susurros en la noche.](#)
- [22. Panis et circensis.](#)
- [23. Sublime.](#)
- [24. Aquí vamos otra vez.](#)
- [25. Allanamiento de morada.](#)
- [26. Agujeros negros.](#)
- [27. La piel del cordero.](#)
- [28. Algo en que creer.](#)
- [29. Algo nuevo, algo azul, algo...](#)
- [30. Lo frío, lo cruel.](#)
- [31. Yo no te amo.](#)
- [32. Sombra.](#)
- [33. Amputación.](#)

34. Humanidad.

35. Culpa y perdón.

36. Feliz cumpleaños.

37. De camino al Infierno.

38. Justo cuando creí que comenzaba a olvidar.